SARAH WATERS

El lustre de la perla

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EL LUSTRE DE LA PERLA

ÍNDICE

Agradecimientos 4

PRIMERA PARTE 5
- Capítulo 1 6
- Capítulo 2 23
- Capítulo 3 43
- Capítulo 4 58
- Capítulo 5 81
- Capítulo 6 97
- Capítulo 7 108

SEGUNDA PARTE 127
- Capítulo 8 128
- Capítulo 9 142
- Capítulo 10 159
- Capítulo 11 175
- Capítulo 12 183
- Capítulo 13 194
- Capítulo 14 208

TERCERA PARTE 228
- Capítulo 15 229
- Capítulo 16 241
- Capítulo 17 259
- Capítulo 18 277
- Capítulo 19 300

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 328

Agradecimientos

Gracias a todos los que leyeron y comentaron los diversos manuscritos de *El lustre de la perla*, en especial a Sally O-J, pero también a Margaretta Jolly, Richard Shimell y Sarah Hopkins. Gracias a Carolina Halliday, Monica Forty, Judith Skinner y Nicole Pohl, porque todas ellas me infundieron ánimo, me dieron consejo y me ofrecieron su entusiasmo mientras estaba escribiendo y después; gracias a Sally Abbey, mi editora de Virago, y a Judith Murray, mi agente literaria. Gracias, finalmente, a Laura Gowing, que me ha enseñado muchas cosas maravillosas sobre historia y sobre el amor. Este libro está dedicado a ella.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

¿Alguna vez han probado una ostra de Whitstable? Se acordarán, si lo han hecho. Cierta peculiaridad de la costa de Kent hace que las ostras nativas de Whitstable —como se las llama— sean las más grandes y jugosas, las más sabrosas y sin embargo las más finas ostras de toda Inglaterra. Las ostras de Whitstable son justamente famosas. Los franceses, conocidos por su paladar sensible, cruzan el Canal en busca de ellas; las expiden por barco, en toneles de hielo, a los comedores de Hamburgo y Berlín. Caramba, he oído decir que hasta el rey en persona hace viajes especiales a Whitstable en compañía de Mrs. Keppel para cenar ostras en un hotel privado; y en cuanto a la reina, cenaba una ostra nativa todas las noches (o eso dicen) hasta el día de su muerte.

¿Han ido alguna vez a Whitstable, a ver sus ostrerías? Mi padre tenía una; yo nací en ella; ¿se acuerdan de una casa estrecha de madera, pintada de un azul descascarillado, a mitad de camino entre High Street y el puerto? ¿Se acuerdan del letrero que sobresalía colgado encima de la puerta y que decía que en el interior había *Ostras de Astley, las mejores de Kent*? ¿Han franqueado esa puerta y entrado en la sala fragante, de techo bajo e iluminación tenue? ¿Se acuerdan de las mesas con manteles de cuadros, la lista de precios escrita con tiza en un tablero, las lámparas de alcohol, las rezumantes porciones de mantequilla? ¿Les sirvió una chica de mejillas sonrosadas, pelo rizado y mucho desparpajo? Era mi hermana Alice. ¿O fue un hombre más bien alto y encorvado, con un delantal níveo colgando desde el nudo de la corbata hasta el arco de las botas? Era mi padre. ¿Vieron, al abrirse y cerrarse la puerta de la cocina, a una mujer que miraba ceñuda las nubes de vapor que ascendían de una cazuela burbujeante de sopa de ostras, o de una parrilla que chisporroteaba? Era mi madre.

¿Y no estaba a su lado una chica delgada, blanca de cara, de aspecto anodino, con el vestido remangado hasta los codos, un mechón de pelo lacio e incoloro siempre caído sobre los ojos, y que movía sin parar los labios musitando la letra de alguna canción de músico ambulante o de music-hall?

Ésa era yo.

Como Molly Malone en la vieja balada, yo era pescadera porque mis padres lo eran. Tenían un restaurante y las habitaciones que había encima de él: me crié como una ostrera, versada en todos los sabores del oficio. Di mis primeros pasos infantiles alrededor de cubas de ostras nativas dormidas y toneles de hielo; me dieron un cuchillo ostrero y me enseñaron a usarlo antes de tener siquiera una pizarra y tiza; cuando todavía balbuceaba el alfabeto sobre las rodillas de mi maestra, sabía enumerar lo que contiene la cocina de una ostrería, probar pescado con los ojos

vendados y decir cuál era. Whitstable era para mí el mundo entero, el restaurante Astley mi país particular y el jugo de ostra mi medio natural. Aunque no me creí mucho tiempo la historia que me contaba mi madre —que de bebé me habían encontrado dentro de la concha de una ostra, y que un cliente glotón había estado a punto de comerme—, durante dieciocho años no dudé nunca de mis afinidades con las ostras ni busqué nunca trabajo ni amor fuera de la cocina de mi padre.

La mía era una vida singular, incluso comparada con la que es habitual en Whitstable, pero no era desagradable ni tampoco durísima. Nuestra jornada laboral comenzaba a las siete de la mañana y terminaba doce horas después; y a lo largo de ese horario mis tareas eran siempre las mismas. Mamá cocinaba, Alice y papá servían y yo, sentada en un taburete alto, junto a una cuba de nativas, refregaba, escurría y manejaba el cuchillo de ostras. A algunos clientes les gustaban crudas, en cuyo caso mi tarea era la más sencilla de todas, pues bastaba con sacar del tonel una docena de ostras, enjuagarles el agua salada y colocarlas en una bandeja, con un ramito de perejil o de berro. Pero cuando las tomaban estofadas o fritas —o cocidas, gratinadas o empanadas— mi cometido era más delicado. Tenía que abrir cada ostra, desbarbarla y trasladarla a la olla de mamá con toda su pulpa suculenta intacta y sin que se perdiera ni se adulterase nada de su zumo. Como una bandeja contiene doce piezas, como merendar ostras es barato, y como nuestro local, que tenía una cabida para cincuenta personas, solía estar muy concurrido, pues ya pueden ustedes calcular el gran número de ostras que cada día pasaban por mi cuchillo, y pueden imaginar también lo rojos y ásperos y empapados de sal que tenía los dedos al final de la tarde. Incluso hoy, cuando hace más de dos decenios que dejé el cuchillo de ostras y abandoné para siempre la cocina de mi padre, siento un tirón fantasmal y cómplice en la muñeca y en las articulaciones de los dedos cada vez que veo un tonel de pescadero u oigo el grito de un ostrero; y todavía, en ocasiones, creo percibir el olor a jugo y agua salada debajo de la uña del pulgar y en las grietas de la palma de mi mano.

He dicho que, en mi juventud, no había en mi vida nada más que ostras; pero no es del todo cierto. Tenía amigos y primos, como cualquier chica con una amplia y antigua familia que crece en una ciudad pequeña. Tenía a mi hermana Alice —mi amiga más querida—, con quien compartía un dormitorio y una cama, a la que contaba todos mis secretos y que me contaba, a su vez, los suyos. Hasta tenía una especie de novio: un chico que se llamaba Freddy y que trabajaba en una draga, en la bahía de Whitstable, con mi hermano Davy y mi tío Joe.

Y, por último, tenía una gran afición —podría decirse que casi una pasión— por el music-hall; y, más en especial, a escuchar y a cantar sus canciones. Si han visitado Whitstable sabrán que la mía era una pasión algo inconveniente, pues la ciudad no tiene music-hall ni teatro, sino tan sólo una farola delante del Hotel Duke of Cumberland, donde de vez en cuando cantan grupos de trovadores, y donde en agosto instalan su caseta los titiriteros. Pero Whitstable está a sólo quince minutos de tren de Canterbury, y allí hay un music-hall —el palacio de variedades— con funciones que duran tres horas y entradas de seis peniques, y cuyos espectáculos

eran los mejores —se decía— que podían verse en todo Kent.

El Palace era un teatro pequeño y, sospecho, bastante destartalado; pero en mis recuerdos lo sigo viendo con los ojos de cuando trabajaba en una ostrería; veo los espejos que revestían las paredes, la felpa carmesí que tapizaba los asientos, los cupidos de yeso y pintura dorada que coronaban el telón. Como nuestro restaurante, despedía un olor particular; ahora sé que era el olor de los music-halls de todas partes, el olor a madera, a maquillaje y a cerveza vertida, a gas y a tabaco y a loción capilar, todo mezclado. Era un olor que, como la chica joven que era, adoraba sin ningún sentido crítico; más adelante oí que los empresarios de teatro y los artistas lo describían como el olor de la risa, el aroma mismo del aplauso. Más tarde aún, llegué a saber que era la esencia no del placer, sino de la pena.

Pero me estoy adelantando en mi relato.

Yo estaba más familiarizada que la mayoría de las chicas con los colores y los aromas del Palace de Canterbury —al menos en el periodo del que estoy hablando, aquel último verano en la casa de mi padre, cuando cumplí dieciocho años—, porque Alice tenía un pretendiente que trabajaba allí, un chico que se llamaba Tony Reeves, y que nos conseguía entradas a precio de saldo o gratis. Tony era sobrino del gerente del teatro, el famoso Tricky Reeves, y por tanto un buen partido para Alice. Al principio mis padres desconfiaban de él, le tenían por un «listo» porque trabajaba en un teatro, llevaba puros encajados detrás de las orejas y tenía mucha labia cuando hablaba de contratos, de Londres y de champán. Pero Tony no podía resultar antipático a nadie mucho tiempo, de buenazo y tratable y agradable que era; y adoraba a Alice, como todos los demás chicos que la cortejaban, y en atención a ella se esforzaba en ser amable con todos nosotros.

De modo que por eso Alice y yo íbamos tantas noches de sábado al Palace de Canterbury, a remeter nuestras faldas debajo de los asientos y a corear las canciones más alegres de las funciones mejores y más populares. Como el resto del público, teníamos preferencias. Teníamos nuestros artistas favoritos, cuyos números presenciábamos y pedíamos a gritos; y canciones que les suplicábamos que cantaran una y otra vez, hasta que la voz de la cantante se resecaba (pues la mayoría de las veces nuestras intérpretes predilectas eran mujeres) y ya no podía cantar, sino tan sólo sonreír y saludar.

Y cuando terminaba la función, y después de haber saludado a Tony en el aire viciado de su pequeño despacho, detrás de la taquilla, nos llevábamos las tonadillas con nosotras. Las cantábamos en el tren a Whitstable, y algunas veces también las cantaban con la misma alegría otras personas que volvían a casa tras haber asistido al mismo espectáculo. Acostadas en la cama, las susurrábamos en la oscuridad, y soñábamos nuestros sueños al compás de sus letras, y al despertar a la mañana siguiente seguíamos tarareándolas. Luego servíamos el pescado junto con un poco del encanto del music-hall: Alice silbaba transportando bandejas y los clientes sonreían al oírla; yo, encaramada en mi taburete alto, junto a mi cuenco de salmuera, les cantaba a las ostras que frotaba, abría y desbarbaba. Mamá decía que yo debería estar en el escenario.

Lo decía riendo, sin embargo; y yo también me reía. Las chicas que yo veía en el resplandor de los focos, las chicas cuyas canciones me encantaba aprender y cantar, no eran como yo. Se parecían más a mi hermana: tenían labios de cereza y bucles que bailaban alrededor de sus hombros; tenían el busto prominente, codos con hoyuelos y tobillos —cuando los enseñaban— tan finos y torneados como botellas de cerveza. Yo era alta y bastante delgada. Tenía el pecho plano, el pelo mate, los ojos apagados y de un azul incierto. Mi tez, desde luego, era perfectamente tersa y clara, y mis dientes muy blancos, pero esto, al menos en mi familia, no se consideraba nada extraordinario, pues todos estábamos tan blanquecinos y macerados como sepias, a fuerza de pasar el día en un miasma de hirviente salmuera.

No, las chicas como Alice estaban hechas para bailar con faldas de satén en un escenario dorado, aclamadas por cupidos; y las chicas como yo eran las que las miraban desde el gallinero, oscuras y anónimas.

Eso era, al menos, lo que yo pensaba entonces.

La rutina que he descrito —la de abrir, desbarbar, cocinar y servir, y las visitas de la noche del sábado al music-hall— es lo que más recuerdo de mi juventud; pero sólo era, por supuesto, la pauta del invierno. De mayo a agosto, en que hay que dejar que las ostras desoven, las dragas arrían las velas o se hacen a la mar en busca de otras presas; y las ostrerías de toda Inglaterra se ven obligadas, en consecuencia, a cambiar de menú o a cerrar sus puertas. Aunque excelente, el negocio que mi padre hacía entre el otoño y la primavera no era tan pingüe que le permitiera cerrar el local durante el verano para tomarse unas vacaciones; pero, al igual que en el caso de muchas otras familias de Whitstable cuya fortuna dependía del mar y sus riquezas, el trabajo se relajaba mucho en los meses más calurosos, en que había una especie de remanso con un ritmo más lento, más libre y más alegre. El restaurante tenía menos clientela. En lugar de ostras servíamos cangrejos, platijas, rodaballos y arenques, y cortarlos en filetes era una labor más liviana que el interminable fregoteo y desconchado de los meses de invierno. Teníamos las ventanas levantadas y abierta la puerta de la cocina; ni nos quemaba vivos el vapor de las ollas ni nos entumecían y congelaban los toneles de hielo como en invierno, sino que nos refrescaban las brisas suaves y nos arrullaban el aleteo de las lonas y el chirrido de las poleas que entraban en la cocina desde la bahía de Whitstable.

El verano en que cumplí dieciocho años hacía un calor que fue aumentando a medida que pasaban las semanas. Durante días enteros, mi padre confiaba a mamá la dirección del restaurante y ponía un tenderete de berberechos y buccinos en la playa. Alice y yo teníamos la libertad de visitar el Palace de Canterbury todas las noches que nos viniera en gana; pero del mismo modo que nadie quería, en julio, comer pescado frito y sopa de langosta en nuestra ostrería sofocante, la sola idea de pasar una o dos horas con guantes y sombrero, bajo las llamas de las lámparas de gas, en el music-hall mal ventilado de Tony Reeves, nos producía jadeos, desfallecimientos y picores.

Hay más similitudes de las que parece entre un pescadero y un empresario de music-hall. Cuando mi padre cambiaba su mercancía para satisfacer el paladar embotado y recalentado de sus clientes, lo mismo hacía Tony. Despedía a la mitad de sus artistas y traía a nuevas huestes de los music-halls de Chatham, Margate y Dover; la más avispada de sus ocurrencias fue ofrecer un contrato de una semana a una auténtica celebridad de Londres: Gully Sutherland, uno de los mejores cantantes cómicos del gremio, cuya presencia garantizaba llenar media sala en los días más calurosos del verano de Kent.

Alice y yo fuimos al Palace la misma noche del estreno de Gully. Para entonces teníamos un apaño con la taquillera del teatro: al llegar la saludábamos con una sonrisa y un gesto de la cabeza, pasábamos tranquilamente por delante de la taquilla y elegíamos a nuestro antojo las localidades. Solíamos sentarnos en el gallinero. Nunca entendí el atractivo de las primeras filas; no me parecía natural instalarse debajo del escenario y tener que mirar hacia arriba a los artistas, desde una altura cercana a sus tobillos y a través de la tenue y reluciente bruma de calor que se elevaba de las candilejas. Desde las filas de atrás se veía mejor, pero el gallinero, aunque más alejado, era, a mi entender, la atalaya ideal, y a Alice y a mí nos gustaban en especial dos butacas de la primera fila, en el centro mismo del gallinero. Allí te sentías no sólo en una función sino en un teatro: veías la forma del escenario y las filas de butacas, y te maravillaba la cara de tus vecinos y el saber que la tuya era igual que la de ellos, todas extrañamente iluminadas por el resplandor de las candilejas, con los labios húmedos y una sonrisa en la boca, como la del demonio en una revista infernal.

Hacía, desde luego, un calor de mil diablos en el Palace de Canterbury aquella noche de estreno; tan es así que cuando Alice y yo nos asomamos por la barandilla para contemplar al público de abajo, nos echó para atrás una ráfaga de aire con olor a tabaco y a sudor que nos produjo un acceso de tos. El teatro, tal como había previsto el tío de Tony, estaba casi lleno, pero reinaba en él un extraño silencio. La gente no hablaba o lo hacía en murmullos. Desde el gallinero sólo se veía el aleteo de sombreros y programas en el patio de butacas. Esta agitación no cesó cuando la orquesta atacó unos compases de obertura y atenuaron las luces de la sala, pero disminuyó un poco y la gente se puso más tiesa en sus asientos. El silencio fatigado se convirtió en expectante.

El Palace era un music-hall anticuado y, como muchos otros locales similares de los años 1880, aún disponía de un presentador. Éste, por descontado, era el propio Tricky: sentado en una silla, entre la orquesta y la primera fila, presentaba los números, y llamaba al orden si el público alborotaba demasiado, y dirigía los brindis a la reina. Llevaba un mazo y un sombrero de copa —nunca he visto a un presentador sin mazo—, y tenía una jarra de cerveza. Sobre su mesa había una vela: la mantenía encendida mientras había artistas en el escenario, pero la apagaba en los entreactos y al final de la función.

Tricky era un hombre con una cara vulgar y una voz muy bonita, que sonaba como un clarinete, a la vez líquida y penetrante, y muy agradable de escuchar. La

noche del estreno de Gully Sutherland nos dio la bienvenida y nos prometió una velada que nunca olvidaríamos. ¿Teníamos pulmones?, preguntó. ¡Tendríamos que usarlos! ¿Teníamos pies y manos? ¡Tendríamos que patear y aplaudir! ¿Teníamos nalgas? ¡Se nos iban a partir! ¿Lágrimas? ¡Verteríamos cubos! ¿Ojos?

—¡Abridlos de par en par, maravillados! Orquesta, por favor. Listos los de los focos. —Golpeó la mesa con el mazo, con un clac que redujo la llama de la vela—. Os presento a los fantásticos, los musicales, los alegres, muy *Alegres* —volvió a golpear la mesa—. ¡Randall!

El telón se agito y se alzó. Al fondo del escenario apareció un decorado costero y, en las mismas tablas, arena de verdad, y la pisaban cuatro figuras joviales con un atuendo vacacional: dos damas —una rubia y otra morena— con sombrillas y dos caballeros altos, uno de ellos con un ukelele colgado de una correa. Cantaron muy lindamente «All the Girls are Lovely by the Seaside»; después el del ukelele ejecutó un solo y las damas se levantaron las faldas para un número de baile de claqué sobre la arena. Para ser un estreno, estuvieron bien. Las aplaudimos y Tricky, muy gentilmente, agradeció la ovación.

Después actuó un humorista y tras él una señora vestida con traje de noche y guantes, que leía el pensamiento y que permanecía en el escenario con los ojos vendados mientras su marido se desplazaba entre el público con una pizarra e invitaba a la gente a que escribiera en ella nombres y números con una tiza, para que su esposa los adivinara.

—Imagínense el número que flota por el aire en una llamarada púrpura —dijo el hombre, para impresionarnos— y se abre un camino ardiente que traspasa la frente de mi esposa hasta su cerebro.

Con el ceño fruncido, entrecerramos los ojos hacia el escenario y la señora se tambaleó un poco y se llevó las manos a las sienes.

—El poder —dijo ella— es muy fuerte esta noche. ¡Ah, noto cómo quema!

Luego llegó el turno de un grupo de acróbatas, tres hombres con lentejuelas que daban vueltas de campana a través de unos aros y se ponían de pie sobre los hombros de sus compañeros. En el momento culminante del número formaron una especie de aro humano y rodaron por el escenario al compás de una canción de la orquesta. Les aplaudimos, pero hacía demasiado calor para acrobacias y hubo cuchicheos y un arrastrar de pies general a lo largo del acto, mientras mandaban al bar a chicos que volvían con botellas, vasos y jarras que había que pasar ruidosamente a lo largo de las filas, entre cabezas, regazos y manos estiradas. Lancé una mirada a Alice. Se había quitado el sombrero, se abanicaba con él y tenía las mejillas muy rojas. Yo también empujé hacia la nuca mi sombrero, me recosté en la barandilla, con la barbilla descansando en los nudillos, y cerré los ojos. Oí que Tricky se levantaba y pedía silencio con su mazo.

—Damas y caballeros —gritó—, ahora un pequeño *regalo* para todos vosotros. Un poco de *elegantez* y gran estilo. Si tenéis champán en las copas —hubo vítores irónicos al oír esto—, levantadlas. Si es cerveza… bueno, la cerveza tiene burbujas, ¿no? ¡Levantadlas también! Y sobre todo levantad la voz mientras os presento, recién

llegada de Dover, del teatro Phoenix, a nuestra fantástica, a nuestro diminuto donjuán de Faversham… ¡Miss Kitty —*¡clac!*— Butler!

Hubo una salva de aplausos y unos cuantos gritos ahogados. La orquesta atacó una pieza alegre y oí el chirrido y el susurro del telón que se alzaba. Abrí sin querer los ojos; los abrí de par en par, y levanté la cabeza. Olvidé por completo el calor, mi cansancio. Perforando la penumbra del escenario desnudo había un solo rayo de luz de candilejas, y en su centro había una chica: la chica más maravillosa —¡lo supe al instante!— que había visto nunca.

Por supuesto que no era la primera vez que en el Palace había números de travestidos; pero en 1888, en los music-halls provincianos, no eran en absoluto como en la actualidad. Seis meses antes, cuando Nelly Power nos había cantado «The Last of the Dandies», llevaba leotardos y faldita dorada, igual que una bailarina; sólo un bastón y un bombín le daban un aire masculino. Kitty Butler no llevaba leotardos ni lentejuelas. Era, como Tricky la había anunciado, un prototipo perfecto de gran dandy del West End. Vestía traje, un traje precioso de hombre, cortado a su medida y con puños y solapas forrados de ostentosa seda. Lucía una rosa en el ojal y guantes de color espliego en el bolsillo. Por debajo del chaleco relucía una pechera de un blanco inmaculado, con un alzacuello de cinco centímetros de alto. Atada al cuello llevaba una pajarita, y una chistera le coronaba la cabeza. Cuando se la quitó —lo que hizo para saludar al público con un jovial «¡Hola!»—, vimos que llevaba el pelo casi al rape.

Creo que fue el pelo lo que más me atrajo. Las mujeres que yo había visto con el pelo tan corto lo llevaban así porque habían estado en el hospital o en la cárcel; o porque estaban locas. Nunca se habrían parecido a Kitty Butler. El pelo se le ajustaba a la cabeza como un gorro cosido, expresamente para ella, por un sombrerero de dedos diestros. Yo diría que era castaño; palabra que, sin embargo, en este caso resulta pobre. Era más bien del tono castaño de que se habla en las canciones: de un color avellana o rojizo. Era casi, quizás, de color chocolate, pero el chocolate no posee brillo y aquel pelo brillaba como tafetán en el fulgor de las candilejas. Se le rizaba ligeramente en las sienes y encima de las orejas; y cuando Kitty Butler giró un poco la cabeza para volver a ponerse la chistera, vi una franja de piel pálida en su nuca, donde el cuello terminaba y nacía el cabello, que me estremeció, a pesar del calor asfixiante que reinaba en la sala.

Supongo que tenía aspecto de chico muy guapo, pues tenía una cara perfectamente oval y los ojos grandes y de oscuras pestañas, y los labios rosados y carnosos. Su silueta, también, era delgada y viril, aunque torneada, de una forma vaga pero inequívoca, a la altura del busto, las caderas y el estómago, cosa que jamás ocurre en un chico de verdad; y al cabo de un rato advertí que calzaba tacones de unos cinco centímetros. Pero caminaba como un chico y tenía un porte masculino, con los pies muy separados y las manos metidas con desenvoltura en los bolsillos de los pantalones, y la cabeza en postura arrogante, en el borde mismo del escenario; y cuando cantó, su voz era de muchacho: dulce y terriblemente auténtica.

Fue prodigioso el efecto que causó en la sala caldeada. Todos mis vecinos se

incorporaron, como también hice yo, y la miraban con los ojos brillantes. Todas las canciones que cantó Kitty Butler estaban bien escogidas: piezas como «¡Drink Up, Boys!» y «Sweethearts and Wives», que intérpretes como G. H Macdermott ya habían hecho famosas, y que, por lo tanto, pudimos corear todos, aunque resultaba especialmente emocionante que las cantase no un chico, sino una chica con pajarita y pantalones. Entre las canciones, Kitty se dirigía al público en un tono confidencial y fanfarrón, e intercambiaba algunas boberías con Tricky Reeves en su mesa de presentador. Su voz, hablando, era parecida a su voz cantando: fuerte y vigorosa y sumamente cálida para el oído. Su acento era a veces un cockney de music-hall, a veces de una finura teatral y otras veces un puro y llano acento de Kent.

Su actuación no duró más que el cuarto de hora habitual, pero al terminar la reclamaron con aplausos para que saliese dos veces más a escena. Su última canción fue dulce: una balada sobre rosas y un amor perdido. Mientras cantaba se quitó el sombrero y lo mantuvo contra su pecho; después se desprendió la flor de la solapa, se la prensó contra la mejilla y pareció que lloraba un poco. El público, por simpatía, exhaló un enorme suspiro colectivo y se mordió los labios al oír cómo los tonos muchachiles se volvían de repente tan tiernos.

De pronto, sin embargo, ella levantó los ojos y nos miró por encima de sus nudillos: vimos que no estaba llorando en absoluto, sino que sonreía, y luego, de golpe, lanzó unos guiños enormes y pícaros. A toda velocidad se plantó de nuevo en el borde del escenario y buscó con la mirada a la chica más guapa de las primeras filas. Cuando la encontró, alzó la mano y la rosa voló por encima de las fulgurantes candilejas, sobrepasó el foso de la orquesta y aterrizó en el regazo de la bella.

Entonces enloquecimos. Gritamos y pateamos, y Kitty Butler, con la mayor galantería, levantó el sombrero y, saludando con la mano, salió del escenario. Reclamamos su regreso, pero no hubo más bises. Cayó el telón, tocó la orquesta; Tricky golpeó la mesa con el mazo, apagó la vela de un soplo y llegó el entreacto.

Busqué con la mirada, parpadeando, entre las butacas de abajo, a la chica que había recibido la flor. En aquel momento nada me parecía más delicioso que ser la destinataria de una flor lanzada por la mano de Kitty Butler.

Aquella noche yo había ido al Palace, como todo el mundo, a ver a Gully Sutherland, pero cuando por fin hizo su aparición —secándose la frente con un gigantesco pañuelo moteado, quejándose del calor que hacía en Canterbury y despertando la sudorosa hilaridad del público con sus muecas y sus canciones cómicas— descubrí que, al fin y al cabo, no me apetecía verle. Lo único que deseaba era que Kitty Butler volviese para mirarnos de aquel modo elegante y altanero, cantarnos cosas sobre el champán y gritar «¡Hurra!» en las carreras de caballos. Me intranquilizó pensarlo. Finalmente, Alice, que se estaba riendo de las muecas de Gully tan sonoramente como todos los demás, me dijo al oído:

—¿Qué te pasa?

—Tengo calor —dije yo—. Me voy abajo.

Y mientras ella asistía al resto de la función, yo bajé lentamente al vestíbulo vacío y descansé la mejilla en el cristal frío de la puerta, cantando para mí sola la

canción de Kitty, «Sweethearts and Wives».

Enseguida estallaron los aullidos y pateos al final del número de Gully; al cabo de un rato apareció Alice, todavía abanicándose con el sombrero y soplándose los rizos humedecidos que se le adherían a las mejillas sonrosadas. Me guiñó un ojo: «Vamos a ver a Tony.» La seguí al cuartito de Tony, me senté y me removí inquieta en la silla delante de su escritorio mientras él rodeaba con el brazo la cintura de Alice. Charlamos un poco sobre Sutherland y su pañuelo de motas; después Tony dijo:

—¿Qué me decís de Kitty Butler, eh? ¿No es un donjuán? Si sigue encandilando al público como esta noche, os aseguro que mi tío le va a prolongar el contrato hasta Navidad.

Al oír esto paré de removerme.

—Es el mejor número que he visto en mi vida —dije—, ¡aquí o en cualquier sitio! Tricky sería tonto si la dejase marchar: díselo de mi parte.

Tony se rió y dijo que lo haría, pero al decirlo vi que le guiñaba un ojo a Alice y paseaba la mirada, bastante embobada, por su cara preciosa.

Miré a otro lado, suspiré y dije con la mayor candidez:

—¡Ah, cómo me gustaría volver a ver a Kitty Butler!

—Pues volverás a verla el sábado —dijo Alice. Teníamos planeado ir todos al Palace la noche del sábado: papá, mamá, Davy, Fred, todo el mundo. Tiré de mi guante.

—Ya sé —dije— Pero el sábado está tan lejos…

Tony volvió a reírse.

—Oye, Nance, ¿quién ha dicho que tienes que esperar tanto tiempo? Si quieres, puedes venir mañana, y cualquier otra noche que quieras, por lo que a mí respecta. Y si no hay sitio en el gallinero, pues te ponemos en un palco al lado del escenario, ¡y desde allí podrás mirar a tus anchas a Kitty Butler!

Estoy segura de que lo dijo para impresionar a mi hermana, pero el corazón me dio un extraño vuelco al oír sus palabras. Dije:

—Oh, Tony, ¿hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿En un palco, de veras?

—¿Por qué no? Entre tú y yo, los únicos que piden esas butacas son la familia Wood y los ricachones. Te sientas en un palco y te aseguras de que el público te vea: eso podría darles aires de superioridad.

—Puede que se los dé a Nancy —dijo Alice—. Sería insufrible.

Se rió y Tony, entretanto, aumentaba la presión sobre su cintura y se inclinaba para besar a Alice.

Supongo que no estaba bien visto que las chicas de ciudad fueran a los music-halls sin acompañante; pero la gente de Whitstable no era tan melindrosa para estas cosas. Mamá sólo torció el gesto y chasqueó un poco la lengua cuando al día

siguiente le hablé de volver al Palace; Alice se rió y declaró que yo estaba loca: *ella* no pensaba acompañarme, dijo, para estar toda la función soportando el humo y el calor, y todo para ver sólo a una chica con pantalones, una chica cuyo número ya habíamos visto y cuyas canciones habíamos escuchado veinticuatro horas antes.

Me escandalizó su indiferencia, pero en secreto me alegró pensar que vería de nuevo, completamente sola, a Kitty Butler. También me emocionaba, más de lo que había dado a entender, la promesa de Tony de cederme un palco. Para la función de la noche anterior me había puesto un vestido corriente; ahora, sin embargo —el día había transcurrido despacio en la ostrería y papá nos permitió cerrarla a las seis—, me puse la ropa de domingo, el vestido que solía ponerme cuando salía de paseo con Freddy. Davy silbó cuando bajé de tiros largos; y hubo un par de chicos que intentaron llamar mi atención durante todo el trayecto de tren a Canterbury. Pero —¡aquella noche particular, al menos!— no les hice el menor caso. Al llegar al Palace saludé con la cabeza a la taquillera, como hacía siempre; pero luego cedí mi asiento favorito para que otra persona sudara en el gallinero y me dirigí a un lado del escenario, a una butaca de felpa dorada y escariada. Y allí me senté, incómodamente expuesta a la mirada, como se vio, ociosa, curiosa o envidiosa de toda la sala impaciente, mientras los Alegres Randall, arrastrando los pies, interpretaban las mismas canciones que antes, el humorista contaba sus chistes, la señora que leía el pensamiento se tambaleaba y los acróbatas ejecutaban piruetas.

Entonces Tricky nos invitó de nuevo a ver a nuestro dandy de Kent… y yo contuve la respiración.

Esta vez, cuando ella gritó «¡Hola!», el público respondió con un bramido cordial: creo que debía de haber circulado el rumor de su éxito. Ahora, claro está, yo tenía de ella una visión lateral y bastante rara; pero cuando avanzó, como antes, hasta el borde del escenario, tuve la impresión de que su paso era más ligero, como si la admiración del público le prestara alas. Me incliné hacia ella, apretando los dedos sobre el terciopelo de mi asiento inhabitual. Los palcos del Palace estaban muy cerca del escenario: mientras Kitty cantaba, la tenía a menos de seis metros. Pude distinguir todos los detalles deliciosos de su indumentaria —la leontina enrollada en los botones del chaleco, los gemelos de plata en los puños—, que antes no había visto desde mi asiento del gallinero.

Vi también sus facciones con mayor claridad. Vi sus orejas, que eran pequeñas y sin perforar. Vi sus labios, vi que no eran rosados de por sí, sino que, por supuesto, se los había pintado de carmín para la luz de las candilejas. Vi que sus dientes eran de un blanco cremoso, y sus ojos, al igual que su pelo, de un color chocolate.

Como sabía qué esperar de su actuación —y como dediqué tanto tiempo a observarla, en vez de a escuchar sus canciones—, me pareció que duraba un soplo. Otra vez le pidieron dos bises y terminó, como antes, con la balada sentimental y el lanzamiento de la rosa. Esta vez vi quién la cogió: una chica de la tercera fila, que tenía un sombrero de paja con plumas y un vestido de raso amarillo sin mangas que mostraba sus brazos. ¡Una chica preciosa a quien yo nunca había visto pero a la que en aquel momento no me costaba nada despreciar!

Volví a mirar a Kitty Butler. Sostenía en el aire su sombrero de copa y estaba haciendo su histriónico saludo de despedida. Fíjate en mí, pensé. ¡Fíjate en mí! Pronuncié estas palabras mentalmente con letras escarlata, como había aconsejado el marido de la que adivinaba el pensamiento, y se las mandé como un hierro ardiente a la frente de Kitty Butler. *¡Fíjate en mí!*

Ella se volvió. Sus ojos destellaron hacia mí, como advirtiendo simplemente que el palco, vacío la víspera, ahora estaba ocupado; se agachó por debajo del telón que bajaba y desapareció.

Tricky apagó la vela de un soplo.

—Bueno —dijo Alice un poco más tarde, cuando entré en la sala, en nuestra sala privada, no en la de la ostrería de abajo—, ¿qué tal ha estado esta noche Kitty Butler?

—Igual que ayer, me imagino —dijo papá.

—Nada de eso —dije, quitándome los guantes—. Ha estado aún mejor.

—¡Aún mejor, dice! Si sigue así, a ese paso, ¡figúrate lo bien que estará el sábado!

Alice me miró, torciendo el labio.

—¿Crees que podrás esperar hasta entonces, Nancy? —preguntó.

—Sí —dije, simulando indiferencia—, pero no sé si lo haré. —Me volví hacia mi madre, que estaba cosiendo junto a la rejilla vacía de la chimenea. Dije, con ligereza—: No te importará que vuelva mañana por la noche, ¿verdad?

—¿Otra vez? —dijo todo el mundo, divertido. Yo sólo miré a mi madre. Había levantado la cabeza y me examinaba con un ceño algo perplejo.

—No veo por qué no —dijo lentamente—. Pero, la verdad, Nancy, todo ese viaje para un solo número… Y además sola. ¿No puedes pedirle a Fred que te acompañe?

Fred era la última persona que yo quería a mi lado cuando volviese a ver a Kitty Butler. Dije:

—Oh, ¡*él* no querrá ver eso! No, iré sola.

Lo dije con bastante firmeza, como si ir al Palace todas las noches fuese una tarea que me hubiesen encomendado y yo, generosamente, hubiera decidido cumplirla, reduciendo al mínimo toda queja y fastidio.

Hubo un segundo de silencio casi embarazoso. Papá dijo:

—Eres una chica rara, Nancy. Ir hasta Canterbury con este calor terrible… ¡y no ver siquiera a Gully Sutherland cuando llegas allí!

Todo el mundo se rió de esta ocurrencia, pasó el segundo embarazoso y la conversación se desvió hacia otros temas.

Hubo, sin embargo, más gritos incrédulos, y más sonrisas, cuando volví a casa de mi tercer viaje al Palace y anuncié, tímidamente, mi intención de volver una cuarta y una quinta vez. El tío Joe estaba de visita: estaba vertiendo cerveza de una

botella, con mucho cuidado, en un vaso inclinado, pero alzó la mirada cuando oyó las risas.

—¿A qué viene esto? —dijo.

—Nancy está colada por la tal Kitty Butler del Palace —dijo Davy—. Figúrate, tío Joe, ¡ser la seducida de ese donjuán!

—Cállate —dije. Mamá me miró enfadada.

—Te callas *tú*, señorita, haz el favor.

El tío Joe dio un sorbo de cerveza y se lamió la espuma de los bigotes.

—¿Kitty Butler? —dijo—. ¿No es la chica que se viste como un chico? —Hizo una mueca—. Puf, Nancy, ¿ya no tienes bastante con los de verdad?

Papá se inclinó hacia él.

—Bueno, nos ha *dicho* que es Kitty Butler —dijo—. Si me preguntas a mí —y aquí guiñó un ojo y se frotó la nariz—, creo que Nancy le ha echado el ojo a un jovencito que toca en la orquesta…

—Ah —dijo Joe, elocuentemente—. Esperemos que el pobre Frederick no se entere, entonces…

Tras esto, todo el mundo miró en mi dirección y yo me ruboricé, lo cual, supongo, pareció demostrar que mi padre estaba en lo cierto. Davy resopló; mamá, que antes se había enfurruñado, sonrió. Tanto a ella como a los demás les dejé que pensaran lo que quisieran, y no dije nada, y la conversación, como la otra vez, no tardó en desviarse hacia otras cosas.

Con mis silencios podía engañar a mis padres y a mi hermano; pero a mi hermana Alice no podía ocultarle nada.

—¿*Hay* un tipo en el Palace al que le tienes fichado? —me preguntó más tarde, cuando todos dormían en la casa en silencio.

—Desde luego que no —dije en voz baja.

—Entonces, ¿sólo vas a ver a Kitty Butler?

—Sí.

Hubo un silencio, sólo interrumpido por el lejano estruendo de ruedas y el débil ruido de cascos en High Street, y el aún más tenue *zum* del agua lamiendo los guijarros en la bahía. Habíamos apagado la vela y no habíamos cerrado los postigos de la ventana. Vi a la luz de las estrellas que los ojos de Alice también estaban abiertos. Me miraba con una expresión ambigua, mitad divertida, mitad disgustada.

—O sea que estás encaprichada de ella, ¿no? —dijo ella.

Miré a otra parte y tardé en contestar. Cuando por fin lo hice no le hablé a Alice, sino a la oscuridad.

—Cuando la veo —dije—, no sé lo que es. Es como si no hubiese visto nada igual en mi vida. Es como si estuviera llena, como un vaso cuando está lleno de vino. Veo los números de los otros artistas y no me dicen nada…, son como polvo. Luego ella entra en escena y… es tan bonita, y tiene un traje tan bonito y una voz tan dulce… Me entran ganas de sonreír y de llorar al mismo tiempo. Me duele aquí. —Coloqué una mano en mi pecho, encima del esternón—. No he visto nunca una chica igual. No sabía que hubiese chicas como ella…

La voz se me volvió un susurro tembloroso, y comprendí que no podía decir nada más.

Hubo otro silencio. Abrí los ojos y miré a Alice, y al instante supe que no debería haber hablado, que debería haber sido tan reservada y astuta con ella como con todos los demás. Ahora ella tenía una expresión nada ambigua, una expresión de susto y nerviosismo mezclados, de sonrojo o vergüenza. Me había ido de la lengua. Era como si mi admiración por Kitty Butler hubiese encendido una almenara en mi interior y como si al abrir mis labios desprevenidos un rayo de luz hubiera iluminado la habitación a oscuras.

Había hablado más de la cuenta, pero si no decía aquello no decía nada.

Los ojos de Alice siguieron fijos en los míos un momento más, y luego los bajó con un pestañeo. No habló; se dio vuelta en la cama y miró a la pared.

Aquella semana persistió el bochorno. El sol trajo excursionistas a Whitstable y a nuestra ostrería, pero el calor les quitaba el apetito. Acudían ahora a tomar té y limonada como antes platija y caballa, y durante horas seguidas yo dejaba a mi madre y a Alice trabajando en el local y corría a la playa a servir berberechos, buccinos, carne de cangrejo y pan con mantequilla en el tenderete de mi padre. Era una novedad servir tés en la orilla, pero también era arduo permanecer al sol con el vinagre corriéndote desde las muñecas a los codos y los ojos escocidos por sus efluvios. Mi padre me daba media corona por cada tarde que trabajaba allí. Me compré un sombrero y una cinta de color espliego para adornarlo, pero guardé el resto del dinero: cuando tuviese suficiente, lo emplearía en comprar un abono de temporada para el tren de Canterbury.

En efecto, toda aquella semana hice mis trayectos nocturnos para sentarme en el palco de los «ricachones» —como decía Tony— y oír cantar a Kitty Butler; y no me cansaba de ella. Seguía siendo maravilloso entrar en mi palco escarlata; mirar a la fila de caras, al arco dorado encima del escenario y a las cortinas y borlas de terciopelo, y al espacio del tablado polvoriento, con sus hileras de luces, que siempre me recordaban a conchas de berberecho, ante las cuales pronto vería a Kitty caminar, pavonearse y agitar su sombrero… ¡Oh!, y cuando por fin entrara en escena, irrumpiría aquella ráfaga de júbilo tan veloz e intenso que yo, desfallecida, retendría el aliento para disfrutarlo.

Así ocurría en mis visitas solitarias; pero el sábado, por supuesto, como estaba previsto, me acompañó mi familia… y todo fue distinto.

Éramos como una docena en total, y más cuando llegamos al teatro y ocupamos los asientos, pues encontramos a amigos y vecinos en el tren y en la taquilla, y se nos pegaron como lapas para la alegre velada. No había sitio para sentarnos en una larga fila: nos desperdigamos en grupos de tres o cuatro, de tal modo que cuando alguien preguntaba *¿Os apetece una cerveza?* o *¿Ha traído mamá agua de colonia?* o *¿Por qué Millicent no ha venido con Jim?*, había que transmitir el mensaje, a gritos o en cuchicheos, por todo el gallinero, de primo a primo, de tía a hermana y a tío y a

amigo, molestando de pasada a todas las filas.

Eso, por lo menos, me pareció a mí. Mi asiento estaba entre Fred y Alice, y Davy y su chica, Rhoda, estaban a la izquierda de Alice, y mis padres detrás. Había mucha gente y el calor persistía, aunque no era tan fuerte como el sofocante del lunes anterior; pero como yo había tenido un palco para mí sola durante toda la semana, y una corriente del escenario que me refrescaba, pensé que sentía el calor más que nadie. Me resultó inaguantable la mano de Fred encima de la mía, o sus labios en mis mejillas, como chorros de vapor más que caricias; hasta me estremecía, sudaba y me removía en mi butaca al notar la presión de la manga de Alice contra mi brazo, y el calor de la cara de mi padre contra mi cuello cuando se inclinaba para pedirnos nuestra opinión sobre el espectáculo.

Era como si me hubieran obligado a pasar la velada con desconocidos. El placer que les proporcionaban los detalles de la función —que yo había presenciado tantas veces, y con tanta impaciencia— me parecía incomprensible, idiota. Me mordí las uñas cuando coreaban las canciones de los exasperantes Randall, cuando se partían de risa con los chistes del cómico, cuando miraban pasmados a la adivina tambaleante y cuando reclamaban a los acróbatas que volvieran a escena para otra voltereta. A medida que se hacía inminente la aparición de Kitty Butler, yo estaba cada vez más agitada y descompuesta. Estaba deseando que saliera, pero también deseaba haber podido estar sola cuando ella apareciese —sola en mi palco, con la puerta bien cerrada a mi espalda—, en vez de rodeada de un montón de personas para las que Kitty no significaba nada y que sólo consideraban rara o peculiar la pasión especial que ella me inspiraba.

Me habían oído cantar mil veces «Sweethearts and Wives»; me habían oído describir su vestimenta al dedillo, su pelo y su voz; les había encarecido toda la semana que fuesen a verla, y les había dicho que era una maravilla. Pero ahora que estaban reunidos allí, festivos, desenfadados, ruidosos y sofocados, yo les despreciaba. A duras penas soportaba que la contemplaran; todavía peor, pensé que no soportaría que me mirasen a *mí* mientras miraba a Kitty Butler. Tuve de nuevo la sensación de que dentro de mí se había encendido un farol o una almenara. Tenía la certeza de que en cuanto ella entrara en el escenario sería como aplicar una cerilla a la mecha, y de que yo ardería, dorada e incandescente, aunque en cierto modo envuelta en llamas dolorosas e inflamantes, y de que mi familia y mi pretendiente se apartarían de mí, horrorizados.

Claro está que no ocurrió tal cosa cuando Kitty Butler apareció delante de las candilejas. Vi que Davy miraba en mi dirección y guiñaba un ojo, y oí susurrar a mi padre: «Por fin, ahí está esa chica»; pero era evidente que yo centelleé y resplandecí con una llama oscura y secreta que nadie —salvo Alice, quizás— buscó ni percibió.

Como me había temido, sin embargo, aquella noche me sentí terriblemente lejos de Kitty. Su voz era tan fuerte y su cara tan preciosa como siempre, pero yo me había acostumbrado a sentir cómo respiraba entre las frases, a observar el fulgor de los focos en sus labios, la sombra de sus pestañas sobre sus mejillas empolvadas. Ahora me parecía verla como a través de una lámina de cristal, o con los oídos tapados con

cera. Cuando ella terminó, mi familia aplaudió y Freddy pateó el suelo y silbó. Davy gritó:

—Caray, ¿a que es tan buena como Nancy decía? —Y se inclinó por encima de las rodillas de Alice para añadir, con un guiño—: ¡Aunque no tanto como para que yo pagase un chelín a la semana en billetes de tren para venir todas las noches a verla!

No le respondí. Kitty Butler había vuelto para un bis y ya había sacado la rosa del ojal, pero no me consoló nada saber que a mi familia le gustaba; al contrario, me hizo sentirme aún más desgraciada. Miré otra vez a la figura en el rayo de luz de candilejas y pensé, con amargura: *Serías maravillosa, estuviese yo aquí o no. Serías maravillosa sin mi admiración. Para lo que tú sabes de mí, ¡lo mismo daría que yo estuviese en casa, metiendo en un cucurucho carne de cangrejo!*

Pero mientras lo pensaba sucedió algo curioso. Había llegado al final de su canción, ya había lanzado la flor a la guapa y, hecho esto, se encaminó hacia un lado del escenario. Vi que entonces alzaba la cabeza y que miraba —*miró*, lo juro— hacia la butaca vacía en la que yo me sentaba; luego bajó la mirada y se retiró. ¡Si yo hubiera estado en el palco aquella noche, me habría mirado! ¡Si hubiese estado en mi palco, en lugar de donde estaba…!

Miré a Davy y a mi padre: los dos, puestos en pie, gritaban que volviera Kitty, pero cada vez con menos insistencia, y empezaban a desperezarse. Detrás de mí, Freddy seguía sonriendo hacia el escenario. Tenía el pelo pegado a la frente, le sombreaba el labio un bigote en ciernes, y en su mejilla roja florecía un grano. «¿No es un bombón?», me dijo. Luego se frotó los ojos y gritó a Davy que le diera una cerveza. Oí que a mi espalda mamá preguntaba cómo podía la señora con traje de noche leer tantos números con los ojos vendados.

Los aplausos remitían, la vela de Tricky estaba apagada; las llamas de las lámparas de gas nos hacían parpadear. La mirada de Kitty me había buscado; había alzado la cabeza y me había buscado, y yo estaba perdida y sentada con extraños.

Pasé el día siguiente, un domingo, en el tenderete de la playa; y cuando Freddy vino por la noche a proponerme un paseo le dije que estaba cansadísima. El día había sido más fresco, y para el lunes el tiempo ya había empeorado. Papá volvió a estar en la ostrería toda la jornada y yo me pasé el día en la cocina, destripando y fileteando pescado. Trabajamos hasta casi las siete: entre el cierre del negocio y la partida del tren a Canterbury tenía el tiempo justo para cambiarme el vestido, ponerme un par de botas elásticas y sentarme a despachar una cena rápida con mis padres, Alice, Davy y Rhoda. Sabía que les parecía más que extraño que yo volviese otra vez al Palace; Rhoda, en especial, parecía muy intrigada por la historia de mi «flechazo».

—¿No le importa que se vaya, Mrs. Astley? —preguntó—. Mi madre no me deja ir tan lejos sola, y eso que soy dos años mayor. Pero bueno, supongo que Nancy es una chica muy formal.

Yo lo había sido; era por Alice —la descarada Alice— por quien mis padres se

preocupaban. Pero, al oír a Rhoda, vi que mi madre me inspeccionaba entera con expresión pensativa. Yo llevaba puesto mi vestido de domingo y mi sombrero nuevo con su cinta de espliego; y llevaba un lazo del mismo color en la punta de mi trenza, y otro de la misma cinta cosido en cada uno de mis guantes blancos de lino. Resplandecía el lustre negro de mis botas. Me había puesto una gota del perfume de Alice —*eau de rose*— detrás de las orejas, y me había sombreado las pestañas con aceite de ricino que cogí de la cocina. Mi madre dijo:

—Nancy, ¿crees de verdad que…?

Pero, mientras hablaba, el reloj en la repisa de la chimenea dio un *¡tin!* Eran las siete menos cuarto, perdería el tren.

—¡Adiós! ¡Adiós! —dije, y salí pitando antes de que mi madre pudiera entretenerme.

Perdí el tren, de todos modos, y tuve que esperar en la estación al próximo. Cuando llegué al Palace la función ya había empezado; al tomar asiento vi que los acróbatas ya estaban formando su aro, con las lentejuelas relucientes y polvo en las rodillas de sus trajes blancos. Hubo aplausos: Tricky se levantó para decir —y como lo decía cada noche, la mitad del público sonrió y lo dijo al mismo tiempo que él— que *¡No veréis muchos así por una libra!* Después —como si fuera un preámbulo a la actuación de Kitty y ella no pudiera actuar sin él—, me agarré al asiento y no respiré mientras Tricky levantaba el mazo para anunciar el nombre de Kitty Butler.

Cantó aquella noche como…, no puedo decir como un ángel, pues todas sus canciones hablaban de cenas con champán y de paseos por la Burlington Arcade; quizás, entonces, como un ángel caído; o, mejor aún, como un ángel que cae: cantó como cantaría un ángel que cae fuera de los límites del cielo que acaba de estallar a su espalda, y con el infierno todavía lejos y todavía no presentido. Y yo cantaba con ella, no en voz alta y desenfadada como los demás del público, sino en voz baja, casi en secreto, como si ella pudiera oírme mejor si susurraba en vez de desgañitarme.

Y quizás me oyera, en definitiva. Yo había creído que, al entrar en escena, había mirado hacia mí, como diciendo: el palco vuelve a estar ocupado. Cuando avanzaba hacia las candilejas, creí ver que me miraba de nuevo. La idea era fantástica y, sin embargo, cada vez que su mirada recorría la sala llena parecía cruzarse con la mía y demorarse un poco más de lo debido. Dejé de cantar en susurros y me limité a mirar, tragando saliva. Vi que ella abandonaba el escenario —de nuevo su mirada encontró la mía— y que volvía para su bis. Cantó la balada, desprendió la flor de su solapa y se la llevó a la mejilla, como todos esperábamos. Pero cuando terminó la canción no buscó en la platea a la chica más guapa, como siempre hacía. Esta vez dio un paso a su izquierda, hacia el palco donde yo estaba. Y luego dio otro. En un instante había llegado al rincón del escenario y se me plantó delante: estaba tan cerca que yo veía brillar al gemelo de su cuello, el latido del pulso en su garganta, el tono rosa en el rabillo de su ojo. Permaneció allí durante lo que parecía una pequeña eternidad; después levantó el brazo, la flor destelló un segundo bajo la luz de las candilejas… y mi propia mano, temblorosa, se alzó para tomarla. El público emitió una ovación amplia e indulgente de placer, y se rió. Kitty sostuvo mi mirada nerviosa con la suya

más firme y me hizo una pequeña reverencia. Retrocedió de repente, saludó al público y salió.

Por un momento permanecí como aturdida, mirando la flor en mis manos, que hacía tan poco había estado tan cerca de la mejilla de Kitty Butler. Quise aproximar la flor a mi cara, y creo que estaba a punto de hacerlo cuando el clamor en la sala penetró por fin en mi cerebro y me empujó a mirar alrededor y ver las miradas inquisitivas y clementes que se volvían hacia mí, y las cabezadas, risitas y guiños dirigidos a mis ojos levantados. Enrojecí y me retraje en la penumbra del palco. Dando la espalda a la hilera de miradas curiosas, deslicé la rosa dentro del cinturón del vestido y me puse los guantes. Mi corazón, que había empezado a acelerarse cuando Kitty Butler se me había acercado recorriendo el escenario, seguía latiendo con tal fuerza que me hacía daño; pero cuando salí del palco y me encaminé hacia el foyer atestado para salir a la calle, empezó a sentirse ligero y alegre, y poco a poco me entraron ganas de sonreír. Tuve que ponerme una mano delante de la boca para no parecer una idiota, sonriendo sin motivo para mis adentros.

Estaba a punto de salir a la calle cuando oí que me llamaban. Me volví y vi a Tony, que cruzaba el vestíbulo con el brazo en alto para llamar mi atención. Fue un alivio tener por fin a un amigo para sonreírle. Retiré la mano y me reí como un mono.

—Eh, eh —dijo sin resuello cuando llegó a mi lado—, alguien está alegre, ¡y yo sé por qué! ¿Cómo es posible que las chicas nunca se pongan tan contentas como tú cuando yo les regalo una rosa?

Enrojecí de nuevo y volví a llevarme los dedos a los labios, pero no dije nada. Tony esbozó una sonrisita.

—Tengo un mensaje para ti. Alguien quiere verte —dijo. Arqueé las cejas; pensé que quizás Alice o Freddy estuviesen allí, que hubiesen venido a recogerme. Tony ensanchó la sonrisa—. Kitty Butler quiere hablar contigo.

Se me congeló la risa.

—¿Hablar? —dije—. ¿Kitty Butler? ¿Conmigo?

—Así es. Le ha preguntado a Ike, el telonero, quién era la chica sentada en el palco todas las noches, sola, e Ike le ha dicho que eras una amiga mía, y que me lo preguntase a mí. Y yo se lo he dicho. Y ahora quiere verte.

—¿Para qué? Oh, Tony, ¿para qué puede ser? ¿Qué le has dicho?

Le agarré del brazo y se lo apreté con fuerza.

—Nada, sólo la verdad… —Le retorcí el brazo. La verdad era horrible. No quería que ella supiera lo de los escalofríos y los susurros, la llama y el raudal de luz. Tony desenganchó mis dedos de su manga y me cogió de la mano—. Sólo que te gusta —dijo simplemente—. ¿Ahora vienes o qué?

Yo no sabía qué decir. No dije nada, pero le dejé que me condujera desde las grandes puertas de cristal detrás de las cuales estaba la noche fresca y azul de Canterbury, y a través del pasillo abovedado que llevaba al patio de butacas y la escalera que subía al gallinero, hacia un hueco en el extremo más lejano del foyer, con una cortina que lo tapaba y una cuerda de la que colgaba un letrero que decía *Privado*.

Capítulo 2

Yo había estado un par de veces con Tony en los bastidores del Palace, pero siempre de día, cuando la sala estaba en penumbra y totalmente vacía. Ahora los pasillos que recorrí con él bullían de luz y ruido. Rebasamos una entrada que yo sabía que llevaba al escenario: vislumbré escalas, cuerdas y tuberías de gas; a chicos con delantales y gorras que acarreaban cestas y manipulaban luces. Tuve entonces la sensación —que volví a tener en los años siguientes, cada vez que me internaba entre bastidores— de que había entrado en la maquinaria de un reloj gigantesco, atravesado su elegante estuche y entrado en los engranajes polvorientos, grasientos y bulliciosos que había detrás, ocultos a las miradas ordinarias.

Tony me llevó por un corredor que acababa al pie de una escalera metálica, y allí hizo un alto para ceder el paso a tres hombres. Llevaban sombrero y cargaban abrigos y maletas; tenían la cara cetrina y una apariencia modesta, con una pátina de centelleo: pensé que parecían vendedores que viajaban con su muestrario. Sólo cuando hubieron pasado y les oí reír una broma con el portero del escenario me percaté de que eran el trío de acróbatas que se marchaban a pasar la noche, y que sus maletines contenían los trajes de lentejuelas. Temí de pronto que Kitty Butler fuese, a la postre, como ellos: fea, anodina, casi irreconocible como la chica guapa a la que yo había visto contonearse en el fulgor de las candilejas. A punto estuve de decirle a Tony que me volviera a llevar a la salida, pero él ya había bajado la escalera, y cuando le alcancé en el pasillo de abajo estaba ante una puerta y ya había girado el picaporte. La puerta formaba parte de una hilera de puertas idénticas, pero la distinguía de las otras un número 7 de latón, muy viejo y rayado, atornillado a la altura de los ojos en el tablero central y, clavada debajo, había una tarjeta escrita a mano. *Miss Kitty Butler*, decía.

La encontré sentada a una mesita delante de un espejo; estaba medio vuelta hacia un costado —en respuesta, supongo, a la llamada de Tony—, pero al acercarme se levantó y extendió la mano para estrechar la mía. Era un poco más baja que yo, incluso con tacones, y más joven de lo que me había imaginado: quizás de la edad de mi hermana, veintiún o veintidós años.

—Ajá —dijo, cuando Tony nos dejó solas; perduraba en su voz un rastro de su porte en el escenario—, ¡mi admiradora misteriosa! Estaba convencida de que venías a ver a Gully, hasta que alguien me dijo que nunca te quedabas después del entreacto. ¿De verdad era por mí? ¡No he tenido nunca una admiradora!

Mientras hablaba estaba cómodamente recostada contra la mesa, atiborrada, como pude ver, de tarros de crema y varillas de maquillaje, de naipes, cigarrillos a medio fumar y tazas de té sucias, y con las piernas cruzadas en los tobillos, y cruzada

también de brazos. Tenía aún la cara espesamente empolvada y los labios muy rojos; sus pestañas y párpados estaban negros de pintura. Llevaba los pantalones y el calzado con que había actuado, pero se había quitado la chaqueta, el chaleco y, por supuesto, el sombrero de copa. Un par de tirantes le prensaban la pechera almidonada contra la ondulación del busto, pero la pajarita desabrochada le había dejado la garganta al descubierto. Debajo de la pechera vi una orla de encaje crema. Miré a otra parte.

—Me gusta su número —dije.

—¡Ya me figuro, vienes tantas veces!

Sonreí.

—Bueno, Tony me deja entrar gratis…

Esto le hizo reír: su lengua parecía muy rosada, sus dientes sumamente blancos contra los labios pintados. Noté que me sonrojaba.

—Quiero decir que Tony me permite estar en el palco. Pero si tuviera que hacerlo pagaría una butaca en el gallinero, porque su número me gusta mucho, muchísimo, Miss Butler.

En vez de reírse, ahora ladeó la cabeza un poco.

—¿Sí? —respondió suavemente.

—Oh, sí.

—Dime qué es lo que te gusta tanto. Vacilé.

—Me gusta su traje —dije por fin—. Me gustan sus canciones y cómo las canta. Me gusta la forma en que habla con Tricky. Me gusta su… pelo. —Aquí me aturullé, y esta vez fue ella la que pareció ruborizarse. Hubo un segundo de silencio casi embarazoso; luego, de repente, como procedente de algún lugar muy próximo, se oyó el sonido de música (el toque de un cuerno y el redoble de un tambor) y una ovación, como el bramido del viento en una gran caracola. Me sobresalté y miré alrededor; ella se rió.

—La segunda parte —dijo. Al cabo de un momento la aclamación cesó; la música, no obstante, siguió resonando, sorda, como el latido de un corazón grande.

Se despegó de la mesa y me preguntó si me importaba que fumase. Negué con la cabeza, y repetí el gesto cuando ella cogió un paquete de tabaco entre los naipes y las tazas sucias y me ofreció un cigarrillo. En la pared había un mechero de gas silbante dentro de una jaula de alambre, y aplicó la cara contra ella para encender el pitillo. Con él en la comisura de la boca, y con los ojos entornados contra la llama, parecía otra vez un chico: pero cuando apartó el cigarrillo, la boquilla estaba manchada de carmín. Al ver esto ella chistó:

—¡Y yo con toda esta pintura encima! ¿Me esperas aquí sentada mientras me limpio la cara? No es de muy buena educación, lo sé, pero tengo que darme prisa porque otra chica necesitará enseguida el camerino…

La obedecí y permanecí sentada, observando cómo ella se embadurnaba las mejillas de crema y luego se pasaba un paño. Sus movimientos eran rápidos y meticulosos, pero distraídos; y mientras se frotaba la cara me observaba en el espejo. Vio mi sombrero nuevo y dijo: «¡Qué sombrero más bonito!» Luego me preguntó

cómo conocía a Tony: ¿era mi novio? Conmocionada, dije:

—¡Oh, no! Corteja a mi hermana.

Ella se rió. Después me preguntó dónde vivía; en qué trabajaba.

—Trabajo en una ostrería —dije.

—¡Una ostrería!

La idea pareció agradarle. Sin dejar de frotarse las mejillas, empezó a tararear y a cantar muy quedo, entre dientes.

Bajando por la calle del Obispo,

por casualidad a una ostrera he visto…

Un restregón al carmín de los labios, al negro de las pestañas.

Eché un vistazo al cesto que llevaba

para ver si había alguna ostra…

Siguió cantando; abrió de par en par un ojo y se inclinó hacia el espejo para extraer una terca partícula de pintura negra; mientras lo hacía ensanchó la boca, en una especie de simpatía con sus párpados, y su aliento empañó el espejo. Por un instante pareció que me había olvidado por completo. Examiné la piel de su cara y su garganta. De su mascarilla de polvo y cosmético había aflorado el color crema, el mismo que tenía el encaje del corpiño; pero unas pecas, castañas como su pelo, lo oscurecían en la nariz y las mejillas, y vi que hasta en el borde del labio. Yo no había sospechado la existencia de unas pecas. Me parecieron preciosas y —no sabría explicarlo— enternecedoras.

Borró del espejo el vapor de su aliento, me guiñó un ojo y me preguntó más cosas sobre mí; y como, por alguna razón, era más fácil hablarle a su reflejo que a la cara, empecé por fin a charlar con ella con toda libertad. Al principio respondía como creí que lo haría una artista: desinhibida, de un modo algo burlón, riéndose cuando yo me sonrojaba o decía una tontería. Poco a poco, sin embargo —como si se estuviese quitando la pintura no sólo de la cara, sino de la voz—, dulcificó el tono hasta adoptar uno menos insolente y apremiante. Por fin —bostezó, y se frotó los ojos con los nudillos—, por fin su voz fue una voz de chica: melodiosa, aguda y clara, pero la voz de una chica de Kent, como la mía.

Al igual que las pecas, la transformaba no en alguien vulgar, como me había temido, sino en un ser maravillosa, dolorosamente real. Al oír aquella voz, comprendí finalmente mi locura de los siete días anteriores. *¡Qué extraño es esto!*, pensé; y, sin embargo, qué cosa más normal: *Estoy enamorada de ti*.

Su cara estuvo enseguida perfectamente limpia y su cigarro consumido hasta el filtro; entonces se levantó y se llevó los dedos al pelo.

—Debería cambiarme —dijo, casi con timidez. Capté la insinuación y dije que tenía que irme, y ella me acompañó hasta la puerta—. Gracias, Miss Astley, por venir

a verme —dijo. Ya sabía mi nombre por medio de Tony. Me tendió la mano y yo levanté la mía para estrecharla; me acordé del guante, del guante con los lazos de color espliego, a juego con mi bonito sombrero, y rápidamente me lo quité para ofrecerle la mano desnuda. Al instante ella volvió a ser el chico galante de las candilejas. Enderezó la espalda, me hizo una pequeña reverencia y levantó mis nudillos hasta sus labios.

Enrojecí de placer… hasta que vi que las aletas de su nariz temblaban y supe de pronto lo que estaba oliendo: los aromas de mar apestosos, a jugo y pulpa de ostras, carne de cangrejo y buccinos, que habían sazonado mis dedos y los de mi familia durante tantos años que ya no los percibíamos. ¡Y se los acababa de meter en las narices a Kitty Butler! Por poco me muero de vergüenza.

Hice ademán en el acto de retirar la mano, pero ella me la retuvo con la suya, todavía apretada contra sus labios, y se rió de mí por encima de los nudillos. En sus ojos había una expresión que no acerté a interpretar del todo.

—Hueles a… —empezó, con un tono lento, interrogante.

—¡A arenque! —dije, con amargura. Tenía las mejillas calientes y muy rojas; casi me asomaban las lágrimas a los ojos. Creo que ella vio mi confusión y se apiadó.

—A arenque no, qué va —dijo, dulcemente—. Pero quizás a sirena…

Y me besó los dedos como se debe, y esta vez accedí; mi rubor se disipó, por fin, y sonreí.

Volví a ponerme el guante. Mis dedos parecían hormiguear contra la tela.

—¿Vendrás a verme otra vez, Miss Sirena? —preguntó.

Lo dijo con ligereza; por increíble que pareciese, sonó como si hablase en serio. Dije: ¡Oh, sí, me encantaría!, y ella asintió con una especie de satisfacción. Después me hizo otra pequeña reverencia y nos deseamos buenas noches; cerró la puerta y desapareció.

Permanecí inmóvil ante el 7 de latón y la tarjeta escrita a mano: *Miss Kitty Butler*. Era incapaz de alejarme de la puerta; tan incapaz como si fuese una sirena auténtica y no tuviera piernas para caminar, sino una cola. Había estado sudando, y el sudor y el humo del cigarrillo de Kitty, actuando sobre el aceite de ricino en mis pestañas, me habían irritado los párpados. Los toqué con la mano; la mano que ella había besado; me llevé los dedos a la nariz y olí a través del lino que ella había olido, y volví a ruborizarme.

En el camerino reinaba el silencio. Por fin, muy bajo, llegó el sonido de la voz de Kitty. Estaba cantando de nuevo la canción de la ostrera y el cesto. Pero ahora la cantaba a ráfagas, y comprendí, desde luego, que mientras cantaba se estaba agachando para desatarse las botas, y enderezando para quitarse los tirantes, y quizás pataleando para desprenderse de los pantalones…

Todo aquello; ¡y sólo había el grosor delgado de una puerta entre su cuerpo y mis ojos inflamados!

Fue este pensamiento el que me devolvió las piernas para marcharme de allí.

Ver actuar a Kitty Butler en el escenario después de haber hablado con ella, y después de que me hubiera sonreído y besado la mano, fue una extraña experiencia, a la vez más y menos emocionante que antes. Su voz encantadora, su elegancia, su pavoneo: era como si con ellos se me hubiese concedido una especie de secreto compartido, y que tintaba de suficiencia cada ocasión en que el público rugía al recibirla o la reclamaba a gritos para un bis. No me lanzó más rosas; todas iban a parar, como antes, a las chicas bonitas de las primeras filas. Pero sé que me veía en el palco, porque notaba sus ojos en mí, a veces, mientras cantaba; y siempre, cuando salía del escenario, hacía aquel gesto amplio con el sombrero para toda la sala, y a mí me dedicaba un gesto de cabeza, un guiño o un asomo de sonrisa.

Pero aunque yo me sentía complacida, también estaba insatisfecha. Había visto algo más que el maquillaje y los contoneos; era durísimo tener que contemplarla con los demás espectadores mientras cantaba, y no tener de ella ni un ápice más que ellos. Ardía en deseos de visitarla de nuevo; pero también lo temía. Me había invitado, pero no había precisado cuándo, y yo, en aquellos tiempos, era tremendamente insegura y tímida. Así pues, aunque iba siempre que podía a mi palco del Palace, y escuchaba y aplaudía sus canciones, y recibía aquellas miradas y señales secretas, pasó una semana entera hasta la siguiente vez en que me dirigí a los bastidores y, toda pálida, sudorosa y dubitativa, me presenté delante de la puerta de su camerino.

Pero ella me recibió con mucha deferencia y me reprendió sinceramente por haber tardado tanto tiempo en visitarla; y una vez más nos pusimos a charlar con tanta soltura sobre su vida en el teatro y la mía en la ostrería de Whitstable, que todas mis dudas se desvanecieron. Persuadida por fin de que yo le gustaba, volví a visitarla una y otra vez. Aquel mes no fui a ningún sitio que no fuera el Palace; no vi a nadie más que a ella, ni a Freddy, ni a mis primos, ni siquiera, casi, a Alice. Mi madre había empezado a enfurruñarse, pero cuando volví a casa y dije que había ido al camerino de Miss Butler invitada por ella, y que me había tratado como a una amiga, se quedó impresionada. Trabajaba más de firme que nunca en la cocina; fileteaba pescado, lavaba patatas, picaba perejil, echaba cangrejos y langostas en ollas de agua hirviendo, y todo con tal brío que apenas tenía aliento para cantar algo que encubriera sus gritos. Alice decía con bastante hostilidad que mi manía por determinada persona me volvía torpe; pero yo no hablaba mucho con ella por aquellas fechas. Todas las jornadas de trabajo terminaban para mí cambiándome a toda prisa, cenando muy rápido y corriendo a la estación para coger el tren a Canterbury; y cada viaje concluía en el camerino de Kitty Butler. Pasaba más tiempo en su compañía que mirándola actuar en el escenario, y la veía más veces sin maquillaje, sin el traje y sin su desparpajo en escena que con ellos.

Cuanto más amigas nos hacíamos más libre se volvía, y más confiada.

—Tienes que llamarme Kitty —dijo poco después—, y yo te llamaré… ¿Cómo? Nancy no, porque así te llama todo el mundo. ¿Cómo te llaman en casa? Nance, ¿no? ¿O Nan?

—Nance —dije.

—Entonces te llamaré Nan… ¿Puedo?

¡Que si podía! Asentí y sonreí como una idiota: por la emoción de que ella me dirigiera la palabra de buena gana habría perdido mi nombre y adoptado otro, o prescindido de nombre por completo.

Conque enseguida fue «¡Bueno, Nan…!» esto, y «¡Por favor, Nan!» lo otro; y, poco a poco: «Nan, encanto, alcánzame las medias…» Aún le daba mucho reparo cambiarse en mi presencia, pero una noche, al llegar, descubrí que había hecho instalar un pequeño biombo plegable, y a partir de entonces se metía detrás mientras hablábamos, y me pasaba prendas de su vestuario mientras se desvestía, y yo le entregaba las de su ropa de mujer del gancho donde las había colgado antes de la función. Me encantaba ser tan servicial con ella. Cepillaba y doblaba su traje con dedos temblorosos, y secretamente apretaba contra mi mejilla sus diversas telas: el lino almidonado de la pechera, la seda del chaleco y de las medias, la lana del pantalón y la chaqueta. Recibía cada prenda calentada por su cuerpo y con su aroma propio y especial; cada una parecía cargada de un extraño poder, y hormigueaba o relucía (o eso me imaginaba) en mi mano.

Sus enaguas y vestidos estaban fríos y no cosquilleaban; pero todavía me ruborizaba tocarlos, porque no podía por menos de pensar en todos los lugares blandos y secretos que pronto envolverían o rozarían, o que calentarían y humedecerían en cuanto se los hubiese puesto. Cada vez que salía de detrás del biombo vestida de chica, menuda y delgada y curvilínea, con una falsa trenza que mitigaba los bordes desiguales y deliciosos de su pelo corto, yo tenía la misma sensación: una punzada de desencanto y pena que al instante se convertía en placer y amor doliente; un deseo tan fuerte de tocar, de abrazar y acariciar que tenía que apartarme o cruzar los brazos por miedo a que volaran hacia ella o la atrajeran hacia mí.

Acabé siendo tan útil con sus ropas que ella me propuso que la visitara antes de salir a escena, para ayudarla a arreglarse, como una ayudante de verdad. Lo dijo con una especie de indiferencia calculada, como si temiera a medias que yo no quisiera; supongo que no podía saber lo monótonas que eran las horas que tenía que pasar lejos de ella… Pronto llegó el momento en que yo no entraba ya en el teatro, sino que todas las noches me dirigía a los bastidores, media hora antes de que Kitty actuara, para ayudarla a ponerse la pechera, el chaleco y los pantalones que yo le había quitado la noche anterior; para sostenerle la polvera mientras ella se empolvaba las pecas, humedecer los cepillos con los que aplastaba el rizo de su pelo y prenderle la rosa en el ojal.

La primera vez que hice todo esto salí después con ella al escenario y me quedé entre bastidores mientras ella actuaba, mirando asombrada a los electricistas que cruzaban, ágiles como acróbatas, los listones de las bambalinas; y sin ver nada del escenario, salvo un espacio de tablado polvoriento en cuyo extremo había un chico con el brazo sobre la manivela que hacía girar la cuerda para bajar el telón. Kitty había estado nerviosa, como todos los artistas, y su nerviosismo me había contagiado; pero cuando salió de escena al final de su acto, perseguida por pateos y

gritos de «¡Hurra!», estaba colorada, contenta y triunfal. A decir verdad, a mí no me gustaba cuando estaba así. Me agarró del brazo, pero sin verme. Era como una mujer narcotizada o en el primer arrebato de un abrazo, y yo me sentía como una tonta a su lado, tan silenciosa, sobria y celosa del público, que era su amante.

Más adelante solía quedarme sola en su camerino los veinte minutos aproximados que duraba su número, escuchando el ritmo de las canciones a través del techo y las paredes, y contentándome con oír a lo lejos los aplausos del público. Le preparaba té: a ella le gustaba mezclado con leche condensada, oscuro como una nuez y espeso como jarabe; sabía por el cambio de tempos de su programa en qué momento exacto poner la tetera en el fuego para que la taza estuviera lista a su llegada. Mientras el té hervía a fuego lento yo limpiaba la mesita, vaciaba los ceniceros y quitaba el polvo del espejo; ordenaba la caja de puros agrietada y descolorida donde ella guardaba sus barras de maquillaje. Eran actos de amor, aquellas pequeñas y humildes atenciones, y de placer, y hasta puede que de una especie de *auto*-placer, pues me sentía extraña y encendida y casi avergonzada al realizarlos. Mientras ella estaba embelesada por la admiración del público, yo daba vueltas por el camerino y contemplaba sus pertenencias y las acariciaba, o *casi*, manteniendo los dedos a un palmo de ellas, como si poseyeran un aura, así como una superficie, acariciable. Amaba todo lo que Kitty había dejado allí: sus enaguas y sus perfumes, y las perlas que se prendía en los lóbulos de las orejas; pero también los pelos enredados en los peines, las pestañas pegadas a las barras de cosmético, y hasta la marca que dejaban sus dedos y labios en las colillas. El mundo me parecía transfigurado desde que Kitty Butler había entrado en mi vida. Antes de ella era común y corriente; ahora estaba lleno de los extraños espacios eléctricos que ella creaba, resonantes de música o radiantes de luz.

Cuando volvía al camerino yo ya lo había ordenado y organizado todo. Su té, como he dicho, ya estaba listo; a veces, incluso, tenía un cigarro ya encendido para ella. Kitty había perdido su expresión virulenta y distraída y se mostraba alegre y amable. «¡Qué público!», decía. «¡No me dejaban marcharme!» O bien: «Un poco lerdo esta noche, Nan; creo que iba por la mitad de "*Good Cheer, Boys, Good Cheer*", ¡y todavía no se habían dado cuenta de que yo era una chica!»

Se soltaba la pajarita y colgaba la chaqueta y la chistera; daba un sorbo de té, fumaba su pitillo y —puesto que actuar la volvía locuaz— hablaba conmigo, y yo la escuchaba con toda atención. Así conocí un poco de su historia.

Dijo que había nacido en Rochester, en una familia de faranduleros. Su madre (no mencionó al padre) había muerto cuando ella era un bebé, y se había criado con su abuela; que ella recordase, no tenía hermanos, hermanas ni primos. Había hecho sus primeras reverencias en un escenario a los doce años, como «Kate Straw, la cantante prodigio», y había cosechado algún que otro éxito en ferias de tres al cuarto y music-halls, y en las salas y teatros más ínfimos. Pero dijo que era una vida mísera, «y llegó un momento en que ya no era una niña. Cada vez que se abría un local había un montón de chicas haciendo cola en la puerta, todas iguales que yo, o más bonitas, o más descaradas… o más famélicas y por tanto más dispuestas a besar al director a

cambio de la promesa de una temporada de trabajo, o sólo una semana, o hasta una sola noche». Su abuela había muerto; ella había ingresado en una compañía de baile con la que hizo una gira por ciudades costeras de Kent y del sur, dando tres funciones cada noche. Arrugaba el entrecejo al hablar de aquella época, y su tono era amargo o fatigado; se ponía una mano debajo de la barbilla, descansaba en ella la cabeza y cerraba los ojos.

—Ah, era duro —decía—, durísimo… Y nunca hacías amigos, porque nunca te quedabas el tiempo suficiente en el mismo sitio. Y todas las vedettes tenían demasiadas ínfulas para hablar contigo o tenían miedo de que les copiaras sus números. Y el público era cruel, te hacía llorar… —Sólo pensar en Kitty llorando me entraron ganas de llorar a mí también; y al verme tan afectada ella me sonreía, me guiñaba un ojo y decía, con su mejor acento de donjuán—: Pero aquellos tiempos, ya ves, están muy lejos ahora y estoy en el camino hacia la fama y la fortuna. Como me he cambiado de nombre y soy un tenorio todo el mundo me quiere, y el que más Tricky Reeves, ¡y para demostrarlo me paga como a un príncipe!

Y entonces nos reíamos juntas, pues las dos sabíamos que si ella fuera un tenorio de verdad el sueldo de Tricky apenas le alcanzaría para champán; pero en mi sonrisa había un poco de pesadumbre, porque sabía también que su contrato expiraba a finales de agosto, y entonces tendría que ir a otro teatro, a Margate, quizás, dijo, o a Broadstairs, si la admitían. Me resultaba insufrible pensar en qué haría yo cuando ella se fuera.

No sé muy bien lo que pensaba mi familia de mis viajes al camerino ni de mi nueva posición maravillosa como amiga y ayudante oficiosa de Kitty Butler. He dicho ya que estaban impresionados; pero también inquietos. Les tranquilizaba que fuese una auténtica amistad, y no un simple capricho de colegiala, lo que me empujaba a viajar tan a menudo al Palace y a gastar todos mis ahorros en los billetes de tren; y, sin embargo, creo que les oí preguntarse qué clase de amistad podía *haber* entre una artista de music-hall inteligente y bonita y la chica del público que la admiraba. Cuando dije que Kitty no tenía novio (porque lo había sabido antes, cuando me contó cosas de su vida), Davy dijo que tenía que llevarla a casa y presentarle a su apuesto hermano, aunque sólo lo dijo cuando Rhoda lo oía, para hacerla rabiar. Cuando expliqué que le preparaba la tetera y le ordenaba la mesa, mamá entrecerró los ojos:

—Veo que te está sacando partido. Aquí, en casa, no nos vendría mal un poco más de ayuda con el té y las mesas…

Presumo que era cierto que yo descuidaba un tanto mis tareas en casa por culpa de mis visitas al Palace. Recaían en Alice, aunque rara vez se quejaba al respecto. Creo que mis padres la juzgaban generosa, al darme libertad a costa de la suya. Creo, la verdad, que le daba apuro mencionar a Kitty, y sólo por esto yo sabía que ella era la que estaba más preocupada de todos. No le había dicho nada de mi pasión. No había dicho nada a nadie de mi nuevo, extraño y candente deseo. Pero ella, por supuesto, me veía tumbada en la cama; y como dirá cualquiera que haya estado enamorado, es en la cama donde uno sueña; en la cama, a oscuras, cuando nadie ve

que se te ponen coloradas las mejillas, aflojas el manto de represión que mantiene tu pasión atenuada a lo largo del día, y la dejas brillar un poco.

¡Cómo se habría ruborizado Kitty si hubiera sabido el papel que interpretaba en mis sueños vehementes, la desvergüenza con que utilizaba mis recuerdos de ella y el modo en que les extraía un indecente provecho! Todas las noches ella me daba en el Palace un beso de despedida; en mis sueños sus labios permanecían en mi mejilla —tiernos, calientes— y se desplazaban hacia mi frente, mi oreja, mi garganta, mi boca… Solía acercarme a ella para atarle el alzacuello o cepillar sus solapas; en mis ensueños, hacía lo que anhelaba hacer en aquel momento: me inclinaba para posar mis labios en los bordes de su pelo; le deslizaba las manos por debajo de la chaqueta, donde sus pechos se prensaban cálidos contra su pechera de hombre y se alzaban para venir al encuentro de mis caricias…

¡Y todo esto —lo cual me dejaba muda de perplejidad y de placer— al lado de mi hermana! Todo esto con la respiración de Alice sobre mi mejilla, o sus miembros calientes apretados contra los míos; o con un brillo frío y apagado en sus ojos, en los que había luz de estrella y sospecha.

Pero ella no decía nada, no me preguntaba nada; y para el resto de la familia, cuando menos, mi amistad continuada con Kitty pasó a ser una fuente no de asombro, sino de orgullo. «¿Han estado en el Palace de Canterbury?», le oía decir a mi padre a los clientes, mientras les retiraba los platos. «Nuestra hija menor es íntima de Kitty Butler, la estrella del espectáculo…» Hacia finales de agosto, cuando recomenzó la temporada de ostras y de nuevo pasábamos todo el tiempo en la ostrería, empezaron a incitarme a que llevara a Kitty a casa, para que la conocieran.

—Siempre estás diciendo lo amigas que sois —dijo papá una mañana durante el desayuno—. Y, además, sería un crimen que haya estado tan cerca de Whitstable y no haya probado un solo té de ostras. Tráela aquí antes de que se vaya.

La idea de pedir a Kitty que viniese a cenar con mi familia me parecía horrible; y como mi padre habló con semejante indiferencia de que ella pronto se marcharía a otro teatro, le respondí algo hiriente. Un poco más tarde mamá me llamó aparte. ¿Era la casa de mi padre tan mala para Kitty Butler, me dijo, que no podía invitarla? ¿Acaso me avergonzaba de mis padres y de su negocio? Sus palabras me entristecieron; estuve callada y decaída con Kitty aquella noche, y cuando después de la función ella me preguntó por qué, me mordí el labio.

—Mis padres quieren que te invite a tomar el té en casa —dije—. No hace falta que vengas, puedo decir que estás ocupada o enferma. Pero les he prometido que te lo diría, y eso es lo que he hecho —concluí, abatida.

Me cogió la mano.

—Pero, Nan —dijo, asombrada—, ¡si me encantaría ir! ¡Ya sabes lo aburrido que es Canterbury para mí, sin nadie más con quien hablar que Mrs. Pugh y Sandy!

Mrs. Pugh era la casera de la pensión de Kitty; Sandy era el vecino del rellano: tocaba en la orquesta en el Palace, pero Kitty dijo que bebía y que a veces se ponía tonto y pesado.

—¡Ah, qué bonito sería —prosiguió— volver a estar en una sala como es

debido, con una familia auténtica, y no en un simple cuarto con una cama y una alfombra sucia, y un papel de periódico en la mesa en lugar de un mantel! Y qué bonito ver dónde vives y trabajas; y subir a tu tren y conocer a gente que te quiere y tenerlos a tu lado todo el día…

Tragué saliva, inquieta, al oírla hablar así, con toda naturalidad, de lo mucho que me quería; aquella noche, sin embargo, ni siquiera tuve tiempo de ruborizarme, pues mientras ella hablaba llamaron a la puerta: un golpe seco, alegre, autoritario que la hizo parpadear, envararse y levantar los ojos, sorprendida.

A mí también me sobresaltó. En todas las veladas que había pasado con ella, no recibió más visitas que las del traspunte, el chico que la avisaba cuando tenía que salir a escena, y las de Tony, que a veces asomaba la cabeza por la puerta para darnos las buenas noches. Ya he dicho que Kitty no tenía novio; no tenía otros «admiradores», ninguna amiga, creo, aparte de mí; y a mí siempre me había alegrado que así fuera. Miré cómo se dirigía a la puerta y me mordí el labio. Me gustaría decir que tuve una corazonada, pero no la tuve. Sólo sentí rabia de que se abreviara nuestro tiempo juntas, ¡que ya consideraba demasiado breve!

El visitante era un caballero; un desconocido, evidentemente, para Kitty, porque le saludó con cortesía, pero con cierta cautela. El hombre llevaba un sombrero que se quitó al verla, y al verme a mí acechando detrás de ella en el cuartito, y apoyó contra el pecho.

—Miss Butler, supongo —dijo; ella asintió y él la saludó, inclinándose—. Walter Bliss, señorita. A su servicio.

Tenía una voz honda, agradable y clara, como la de Tricky. Mientras hablaba sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió. Yo le examiné durante los segundos que Kitty tardó en cogerla y exclamar «¡Oh!» con sorpresa. Era muy alto, incluso sin el sombrero, y vestía a la moda, con pantalón de cuadros y un chaleco de fantasía. Le cruzaba el estómago una leontina de oro tan gruesa como el rabo de una rata; y advertí que en sus dedos destellaba más oro. Tenía la cabeza grande, el pelo de un rojizo mate; del mismo tono —y algo imponentes y al mismo tiempo cómicas— eran las patillas que arrancaban del labio superior y le llegaban a las orejas; y también las cejas y el vello de la nariz. Su piel era tan clara y brillante como la de un chico. Tenía los ojos azules.

Cuando Kitty le devolvió la tarjeta, él le preguntó si podía hablar con ella un momento, y ella en el acto se hizo a un lado para dejarle pasar. Con su presencia, el camerino parecía muy lleno y caluroso. Me levanté, con desgana, me puse los guantes y el sombrero y dije que tenía que irme, y entonces Kitty me presentó —«Mi amiga, Miss Astley», me llamó, lo cual me animó un poco— y Bliss me estrechó la mano.

—Dile a tu madre —dijo Kitty, acompañándome a la puerta— que iré mañana, a la hora que ella quiera.

—Ven a las cuatro —dije.

—¡A las cuatro, entonces! —dijo; me tomó la mano un instante y me besó en la mejilla.

Por encima de su hombro vi al peripuesto caballero acariciarse las patillas, pero mirando educadamente hacia otro lado.

Apenas puedo describir la curiosa mezcla de sentimientos que tenía cuando Kitty vino a visitarnos el sábado por la tarde. Para mí significaba más que el mundo entero; que me visitara en mi propia casa y cenara con mi familia me parecía un placer insufrible, de tan delicioso, y a la vez una carga muy pesada. Como la amaba, no podía sino ansiar que viniese; pero nadie debía saber que la amaba, ni siquiera ella. Pensé que sería una tortura tener que sentarme a su lado en la mesa con aquel amor dentro de mí, mudo e inquieto como un gusano corrosivo. Tendría que sonreír cuando mamá preguntase por qué Kitty no tenía un pretendiente, y volver a sonreír cuando Davy cogiera a Rhoda de la mano o Tony le pellizcara la rodilla a Alice por debajo de la mesa, mientras mi amada permanecía a mi lado todo el tiempo, intocable.

Una vez más me desazonaría la estrechez, la sordidez y el inconfundible olor a pescado de nuestra casa. ¿A Kitty le parecería mísera? ¿Vería los desgarrones en la esterilla, las manchas en las paredes; vería que las butacas estaban abombadas, las alfombras descoloridas, que el chal que mamá había clavado con unas tachuelas en el manto de la chimenea, para que ondease en la corriente formada por la campana, estaba lleno de polvo, raído y desflecándose en los bordes? Yo había crecido con aquellas cosas, y durante dieciocho años apenas me había fijado en ellas, pero ahora las veía tal cual eran, como si las viera con los ojos de Kitty.

Veía a mi familia con una luz también nueva. Veía a mi padre, un buen hombre, pero algo insulso. ¿Le parecería soso a Kitty? Y Davy podía ser bastante zafio; y Rhoda —la horrible Rhoda— sería sin duda de lo más descarada. ¿Qué iba a pensar Kitty de ellos? ¿Qué pensaría de Alice, mi amiga más querida hasta hacía un mes? ¿La juzgaría fría, y su frialdad la desconcertaría? ¿O le parecería —el pensamiento más temible de todos— guapa, y más semejante que yo a ella, a Kitty? ¿Pensaría que ojalá hubiese sido Alice la que estaba en el palco para recibir su rosa, invitarla al camerino y llamarla sirena…?

Aquella tarde, mientras aguardaba su llegada, yo había estado a ratos inquieta y a ratos contenta o ceñuda: ya rezongando por cómo estaba puesta la mesa, ya hablándole a Davy de mala manera y gruñendo a Rhoda, ya mereciendo regañinas de todos por mis nervios y mis quejas y, en general, por convertir lo que debería ser un buen día para mí en un incordio para todos nosotros. Me había lavado el pelo y me lo había secado de un modo particular; había añadido un volante nuevo a mi mejor vestido, pero lo había cosido torcido y no podía aplanarlo. Estaba en lo alto de la escalera, sudando por clavar un imperdible en la seda, a punto de llorar porque el tren de Kitty llegaría enseguida y tenía que correr a recogerla, cuando Tony salió de la pequeña cocina con botellas de cerveza para la mesa. Vio como yo me afanaba. «Vete», le dije, pero él me miró con insolencia.

—O sea que no quieres saber la noticia.

—¿Qué noticia?

Por fin conseguí alisar el volante. Cogí mi sombrero del gancho en la pared. Tony sonrió y no dijo nada. Yo di una patada en el suelo.

—¿Qué noticia, Tony? Estoy retrasada y encima me entretienes.

—Pues entonces no te digo nada. Me figuro que te lo dirá ella misma, Miss Butler…

—¿Decirme qué? —Me quedé parada, con el sombrero en una mano y un alfiler en la otra—. ¿Decirme *qué*, Tony?

Echó una ojeada por encima del hombro y bajó la voz.

—No se lo digas a ellos todavía, porque no está arreglado del todo. Pero tu amiga, Kitty, tiene que irse del Palace dentro de una semana, más o menos, ¿no? —Asentí—. Pues no se irá…, no durante una temporada, en todo caso. Mi tío le ha ofrecido un contrato fabuloso hasta Año Nuevo; ha dicho que es demasiado buena para que se la lleve el Broadstairs.

¡Año Nuevo! Para esa fecha faltaban todavía meses y meses, y muchas semanas. Las veía extenderse por delante, cada semana llena de noches en el camerino de Kitty, y de besos de despedida, y sueños.

Creo que solté un grito, y Tony dio un sorbo de cerveza con aire de suficiencia. Apareció Alice preguntando qué era lo que teníamos que hablar cuchicheando y lanzando gritos en la escalera. No aguardé a la respuesta de Tony, bajé en dos saltos hasta la puerta, salí a la calle y corrí a la estación como un marimacho, con el sombrero brincando alrededor de las orejas, porque al final me había olvidado de ponerle el alfiler.

Difícilmente hubiera esperado que Kitty se presentase en Whitstable con su traje, su chistera y sus guantes de color espliego; aun así, cuando bajó del tren y vi que estaba vestida de chica y que caminaba como tal, con la trenza prendida en la nuca y una sombrilla encima del brazo, sentí una punzada de desencanto. Pero enseguida —como siempre— se convirtió en deseo, y después en orgullo, porque estaba elegantísima y hermosa en aquel polvoriento andén de Whitstable. Me besó la mejilla cuando llegué hasta ella, me cogió del brazo y me dejó que la llevara desde la estación hasta nuestra casa, enfrente del mar.

—¡Vaya! ¿Naciste y te criaste aquí?

—¡Oh, sí! Mira: aquel edificio, al lado de la iglesia, era nuestra escuela. Allí… ¿Ves esa casa, con una bicicleta en la cancilla? Allí viven mis primos. Mira ese escalón: una vez me caí ahí y me corté en la barbilla y mi hermana me puso un pañuelo en el corte durante todo el camino a casa…

Le hablé de este modo, señalando cosas, y Kitty asentía, mordiéndose el labio.

—¡Qué suerte tienes! —dijo por fin, y al decir esto pareció que suspiraba.

Yo había temido que la tarde fuera deprimente y engorrosa; de hecho, fue divertida. Kitty estrechó la mano a todo el mundo y a todos les dijo algo, cosas como; «Tú debes de ser Davy, el que trabaja en la draga», «Tú tienes que ser Alice, de la que Nancy me habla muchas veces y de la que está tan orgullosa. Ahora entiendo por qué…». Alice se sonrojó y miró al suelo, azorada.

Con mi padre fue afable.

—Vaya, vaya, Miss Butler —dijo él cuando le dio la mano, asintiendo al ver su falda—, todo un cambio de ropa, ¿no?, con respecto al habitual. —Ella sonrió y dijo que sí; y cuando él añadió, con un guiño—: Y una mejora, por cierto…, si no le importa que se lo diga un caballero. —Ella se rió y dijo que, como los caballeros solían ser de esa opinión, ella estaba totalmente acostumbrada y no le importaba lo más mínimo.

En conjunto se condujo de un modo tan agradable, y respondió a las preguntas que le hicieron sobre ella y sobre el music-hall con tanta inteligencia y dulzura, que a nadie —ni siquiera a Alice, o a la rencorosa Rhoda— le cayó antipática; y yo —al ver cómo contemplaba desde las ventanas la bahía de Whitstable, o cómo inclinaba la cabeza para escuchar una historia que le contaba mi padre, o felicitaba a mi madre por algún adorno o cuadro (le gustó el chal de encima de la chimenea!)—, yo me enamoré de ella otra vez desde el principio. Y mi amor era tanto más vivo, desde luego, porque tenía un conocimiento especial y secreto del contrato de Tricky y los cuatro meses de renovación.

Ella había venido a tomar el té, y poco después nos sentamos a tomarlo; a Kitty le maravilló la mesa. Estaba puesta para una auténtica cena de ostras, con un mantel de lino y una lamparilla con un plato de mantequilla encima, para que se derritiera. A ambos lados de la lámpara había bandejas de pan y limones cortados en cuartos, y vinagre y saleros de pimienta, dos o tres de cada. Junto a cada plato había un tenedor, una cuchara, una servilleta y el imprescindible cuchillo de ostras; y en el centro de la mesa había un tonel de ostras, con un paño blanco atado alrededor de su fleje superior, y la tapadera abierta hasta la anchura de un dedo, «Justo lo suficiente», como decía mi padre, «para que las ostras se estiren un poco», pero no tanto como para que las conchas se abran y la pulpa se pudra. Estábamos bastante apretujados en torno a la mesa, porque en total éramos ocho, y habíamos traído más sillas del restaurante de abajo. Kitty y yo estábamos juntas, y nuestros codos casi se tocaban, y teníamos los píes pegados debajo de la mesa. Mamá gritó: «¡Muévete una pizca, Nancy, para hacerle a Miss Butler un poco de sitio!», pero Kitty dijo que estaba muy bien como estaba, Mrs. Astley, de veras; y se desplazó unos cincuenta centímetros a mi derecha, pero mantuvo el pie apretado contra el mío y yo notaba el calor de su pierna contra la mía.

Papá servía las ostras y mamá ofrecía cerveza o limonada. Kitty cogió una concha con una mano y el cuchillo con la otra, y las juntó torpemente. Mi padre lo vio y lanzó un grito.

—¡Eh, oiga, Miss Butler, qué modales los nuestros! Davy, coge ese cuchillo y enseña a la señorita cómo se hace… si no podría clavarse la hoja en la mano y hacerse un corte muy feo.

—Yo también sé —dije rápidamente. Cogí la ostra y el cuchillo de sus manos antes de que Davy se me adelantase—. Haz como yo —le dije a ella—. Tienes que sostener la ostra en la palma de tal forma que la parte plana quede arriba… Así. —Sujeté la concha para enseñarle, y ella la miraba con cierta gravedad—. Luego coges

el cuchillo y lo introduces… no entre las dos valvas, sino en esta abertura. Y luego la sujetas y la abres. —Giré suavemente el cuchillo y la concha se abrió—. Hay que mantenerla derecha, porque está llena de jugo —proseguí—, y no se te tiene que caer ni una gota, porque es la parte más sabrosa. —El pequeño molusco descansaba en mi palma dentro de su baño de jugo, desnudo y resbaloso—. Esto de aquí —dije, apuntando con el cuchillo— se llama la barba; hay que arrancarla. —Di un tajo con el cuchillo y la barba quedó cercenada—. Luego tienes que sacar la ostra… Y ya puedes comértela.

Deslicé con cuidado la concha en su mano y noté que sus dedos calientes y blandos, al ahuecarse para recibirla, rozaban los míos. Teníamos las cabezas muy juntas. Se llevó la ostra a los labios y la mantuvo unos segundos delante de la boca, con sus ojos en los míos, sin pestañear.

Yo no me había percatado de ello, pero había hablado en voz baja, y los demás bajaron las suyas para escuchar. En la mesa reinaba el silencio y la quietud. Cuando aparté los ojos de Kitty, vi un corro de caras que me miraban, y me sonrojé.

Finalmente habló alguien. Fue mi padre, y lo hizo en voz muy alta.

—Ahora no se la engulla entera, Miss Butler —dijo—, como hacen los *gurmés*. En esta mesa no hacemos eso. Adelante, mastíquela a gusto. —Lo dijo amablemente, y Kitty se rió. Escudriñó la concha que tenía en su mano.

—¿Y de verdad está *viva*? —dijo.

—Viva y coleando —dijo Davy—. Si aguza el oído, oirá sus gritos cuando se la trague.

Hubo protestas de Rhoda y Alice.

—Vas a darle náuseas a la pobre chica —dijo mamá—. No le haga caso, Miss Butler. Coma la ostra y disfrútela.

Así lo hizo Kitty. Sin volver a mirarme se metió en la boca el contenido de la concha, lo masticó a conciencia y se lo tragó. Se limpió los labios con la servilleta y sonrió a mi padre.

—Ahora dígame la verdad —dijo él, confidencialmente—: ¿alguna vez ha comido una ostra como ésa o no?

Ella dijo que nunca, y Davy lanzó un ¡viva!; durante un rato no hubo más sonido que los diminutos y delicados de la deglución de ostras: el crujido de las conchas, el corte de las barbas desechadas, el goteo de jugo y de pan con mantequilla.

No le abrí más ostras a Kitty, porque se las arreglaba sola.

—¡Mira ésta! —dijo, cuando ya se había zampado como una media docena—. ¡Qué dura está! —La examinó más de cerca—. ¿Dura? ¿Es macho o hembra? Supongo que son todas machos, porque tienen barba, ¿no?

Mi padre movió la cabeza, masticando.

—Qué va, Miss Butler. No se deje engañar por la barba. Verá, la ostra es un marisco rarísimo; es macho o es hembra, según le da. ¡Es un auténtico *morfodita*, en realidad!

—¿Sí?

Tony golpeteó su plato.

—¡Entonces tú también eres un poco como las ostras, Kitty! Por un momento, ella pareció un tanto perpleja, pero luego sonrió.

—Bueno, supongo que sí —dijo—. ¡Figúrate! Nunca me habían comparado con un pescado.

—Ande, no se lo tome a mal, Miss Butler —dijo mamá—, porque dicho en esta casa es casi un cumplido.

Tony se rió y mi padre dijo:

—¡Oh, sí, desde luego!

Kitty seguía sonriendo. Se incorporó a medias para alcanzar un pimentero; y cuando volvió a sentarse remetió el pie debajo de su silla y noté que a mí se me enfriaba el muslo.

Cuando el tonel de ostras estuvo casi vacío y se había agotado la cerveza y la limonada y Kitty declaró que nunca había cenado mejor en su vida, aparcamos las sillas de la mesa, los hombres encendieron cigarros y Alice y Rhoda sacaron tazas de té. Hubo más conversación y Kitty tuvo que responder a más preguntas. ¿Había conocido a Nelly Power? ¿Conocía a Bessie Bellwood, o a Jenny Hill, o a Jolly John Nash? A continuación cambiaron de tema: ¿era verdad que no tenía novio? Ella dijo que no tenía tiempo para eso. ¿Y tenía familia en Kent, y cuándo la veía? Dijo que no tenía familiares desde la muerte de su abuela. Mi madre chistó al oír esto, y dijo que era una pena; Davy dijo que podía apropiarse de algunos de nuestros parientes, si ella quería, porque teníamos tantos que no sabíamos qué hacer con ellos.

—¿Ah, sí? —dijo Kitty.

—Sí —dijo Davy—, Seguramente habrá oído la canción que dice:

Tiene un tío, y un hermano, y una hermana,

y una madre, y una tía y otra tía que es prima de su madre…

No bien había terminado esta frase, oímos que se abría la puerta de la calle y un grito desde el pie de la escalera, y aparecieron tres primos nuestros, seguidos por el tío Joe y la tía Rosina, todos endomingados y que se habían dejado caer, dijeron, para echar un «vistazo» a Miss Butler, si ésta no tenía reparo.

Trajeron más sillas y más tazas; se hizo una nueva ronda de presentaciones y la pequeña habitación se llenó de humo, de calor y de risas. Alguien dijo que era una lástima que no tuviéramos un piano para que Miss Butler nos cantara una canción; George —mi primo mayor— dijo: «¿Serviría una armónica?», y sacó una del bolsillo de su chaqueta. Kitty se sonrojó y dijo que no podía; y todo el mundo protestó: «¡Oh, vamos, por favor, Miss Butler!»

—¿Qué opinas tú, Nan? —me dijo—. ¿Tengo que hacer el ridículo?

—Tú sabes que no lo harás —dije, complacida de que al fin se hubiese dirigido a mí y me hubiese llamado por mi nombre especial en presencia de todos.

—Muy bien, vale —dijo ella. Le despejaron un pequeño espacio, y Rhoda corrió a su casa para que sus hermanas vinieran a verla.

Kitty cantó «*The Boy I Love is Up in the Gallery*» y «*The Coffee Shop Girl*», y de nuevo «*The Boy*» para las hermanas de Rhoda, que acababan de llegar. Luego Kitty nos susurró algo a George y a mí, y le llevé un sombrero de mi padre y un bastón, y ella nos cantó un par de canciones de donjuán y terminó con la balada sobre la enamorada y la rosa con que concluía su número en el Palace.

Todos la aplaudimos y le estrecharon la mano y uno tras otro le dieron diez palmadas en la espalda. Al final parecía muy sofocada y colorada, y algo cansada. Davy dijo:

—¿Qué tal si ahora nos cantas tú algo, Nance? Le clavé la mirada.

—No —dije. Por nada del mundo les cantaría nada en presencia de Kitty. Ésta me miró con curiosidad.

—¿También cantas? —dijo.

—Nancy tiene la voz más bonita que haya oído nunca, Miss Butler —dijo uno de mis primos.

—¡Anda, vamos, Nance, sé buena! —dijo otro.

—¡No, no y no! —exclamé de nuevo, con tanta firmeza que mamá frunció el ceño y los demás se rieron. El tío Joe dijo:

—Pues es una lástima. Tendría que oírla cantar en la cocina, Miss Butler. Canta muy a menudo, sí: es una alondra. Al oírla uno gira la cabeza.

Hubo murmullos de complicidad por el cuarto, y vi que Kitty miraba parpadeando en mi dirección. George susurró entonces, bastante alto, que yo debía de estar reservando mi voz para darle una serenata a Freddy, y hubo una nueva ronda de risas que me sacó los colores y me obligó a bajar la vista hacia mi regazo. Kitty pareció desconcertada. Preguntó:

—¿Quién es Freddy?

—Freddy es el chico de Nancy —dijo Davy—. Un chico muy guapo. ¿No ha presumido de él con usted?

—No —dijo Kitty. Lo dijo con desenfado, pero alcé los ojos y vi que los suyos estaban raros, casi tristes. Era verdad que nunca le había mencionado a Freddy. Lo cierto era que casi nunca pensaba en él como mi novio, pues desde la llegada de Kitty a Canterbury no había tenido noches de asueto que pasar con Freddy. Él me había enviado hacía poco una carta en la que me preguntaba si todavía me gustaba; yo había guardado la carta en un cajón y me había olvidado de contestarla.

Hubo más chanzas sobre Freddy; me alegré cuando una de las hermanas de Rhoda causó un alboroto al arrancarle la armónica a George y ponerse a tocar una canción tan horrible que los chicos empezaron a gritar y a tirarle del pelo para que se callara.

Mientras ellos se peleaban y juraban, Kitty se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—¿Puedes llevarme a tu habitación, Nan, o a algún sitio tranquilo donde podamos hablar… a solas?

De repente parecía tan seria que temí que fuese a desmayarse. Me levanté y le abrí camino por la habitación repleta, y le dijo a mi madre que llevaba a Kitty arriba; y mamá —que estaba mirando preocupada a la hermana de Rhoda, sin saber si reírse o reprenderla— asintió con un gesto distraído, y nos escapamos.

El dormitorio estaba más fresco que la sala, y menos iluminado y —aunque seguíamos oyendo voces y pateos y ráfagas de armónica— maravillosamente tranquilo, comparado con la habitación de la que acabábamos de salir. La ventana estaba levantada y Kitty se fue derecha hacia ella y apoyó los brazos en el alféizar. Cerró los ojos contra la brisa que soplaba desde la bahía y aspiró con gratitud unas cuantas bocanadas profundas.

—¿Te encuentras mal? —dije. Ella se volvió hacia mí, movió la cabeza y sonrió; pero una vez más su sonrisa parecía triste.

—Sólo cansada.

Mi jarra y mi jofaina estaban en la mesilla. Vertí un poco de agua y le acerqué la jofaina para que se lavara las manos y se remojase la cara. El agua le salpicó el vestido y le humedeció el flequillo con puntitos oscuros.

De la cintura le colgaba un bolso en el cual metió los dedos para sacar un cigarrillo y una caja de cerillas. Dijo:

—Seguro que tu madre lo desaprobaría, pero estoy reventando de ganas de fumar.

Encendió el cigarrillo y dio una calada intensa.

Nos miramos sin hablar. Como estábamos cansadas y no había un sitio donde sentarnos, nos sentamos en la cama, una al lado de la otra, muy cerca. Se me hacía tremendamente extraño estar con ella en el mismo cuarto —¡en el mismo sitio!— donde había pasado tantas horas soñando con ella sin el menor recato.

—¿No te parece raro…? —empecé a decir, pero ella habló al mismo tiempo; las dos nos reímos.

—Tú primero —dijo, y dio otra calada.

—Sólo iba a decir que me parece raro que estés así conmigo, en este cuarto.

—¡Y yo iba a decir lo raro que se me hace estar aquí! —dijo ella—. ¿Esta habitación es la tuya de verdad, tuya y de Alice? ¿Y ésta es tu cama? —Miró alrededor, como asombrada; como si yo hubiera podido llevarla a una alcoba ajena e intentase hacerle creer que era la mía; y asentí.

Guardó silencio otra vez, y yo también; y sin embargo presentí que tenía algo más que decir y que estaba pensando cómo decirlo.

Pensé, con un pequeño escalofrío, que ya sabía lo que era; pero cuando ella volvió a hablar no habló de su contrato, sino de mi familia, de lo amables que eran, de lo mucho que me querían y de la suerte que yo tenía por tenerla. Al recordar que ella era huérfana, por así decirlo, refrené mis protestas y te dejé hablar; pero mi silencio sólo pareció servir para desazonarla aún más.

Por fin, cuando acabó el cigarrillo y lo tiró a la chimenea, respiró y dijo lo que yo había estado esperando.

—Tengo algo que decirte…, una buena noticia, y tienes que prometerme que

vas a alegrarte por mí.

No pude contenerme. Toda la tarde había estado deseando sonreír a causa de la noticia, y ahora me reí y dije:

—¡Oh, Kitty, ya la sé! —Como ella pareció ensombrecerse, yo continué rápidamente—: No te enfades con Tony, pero me lo ha dicho hoy mismo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que Tricky quiere que te quedes en el Palace; ¡que te quedarás hasta Navidad como mínimo!

Ella me miró de un modo algo raro, y luego bajó la mirada y lanzó una risita forzada.

—No es lo que te iba a decir —dijo—. Y esto sólo lo sé yo. Tricky quiere que me quede, pero he rechazado su oferta.

—¿Rechazado?

La miré de hito en hito. Ella seguía sin mirarme a los ojos; se levantó y cruzó los brazos a la altura del talle.

—¿Te acuerdas del hombre que vino a verme anoche? —dijo—. ¿De Mr. Bliss? —Asentí. No le había mencionado en todo el día, y con mi nerviosismo por la visita de Kitty, me había olvidado de preguntarle por él. Ella prosiguió—: Bliss es empresario, no empresario de teatro como Tricky, sino de artistas: un agente. —Al ver la cara que puse dijo—: ¡Oh, Nan! —No pudo evitar excitarse—. ¡Vio mi número y le gustó tanto que me ha ofrecido un contrato en un music-hall de Londres!

—¡Londres!

Sólo acerté a decir esto, incrédula. Era algo que estaba mucho más allá de las palabras. Si se hubiera ido a Margate o a Broadstairs, habría podido visitarla algunas veces. Si se iba a Londres no volvería a verla nunca; era como si se fuera a África o a la luna.

Kitty siguió hablando y dijo que Bliss tenía amigos en las salas de Londres y que le había prometido una temporada en cada una de ellas; le había dicho que era demasiado buena para teatros de provincias y que se haría famosa en la ciudad, donde actuaban todos los grandes nombres y donde estaba todo el dinero… Apenas la escuché, de tan desgraciada como me sentía. Al final me puse una mano delante de los ojos y agaché la cabeza, y ella guardó silencio.

—No te alegras por mí, entonces —dijo, rápidamente.

—Sí me alegro —dije, con la voz pastosa—. Pero yo soy más infeliz.

El silencio que siguió sólo fue interrumpido por el sonido de risas y chirrido de sillas en la sala de abajo, y por el graznido de las gaviotas fuera de la ventana abierta. La habitación parecía haberse oscurecido desde que entramos en ella, y de repente sentí más frío del que había tenido en todo aquel verano.

Oí que Kitty daba un paso. En un segundo estaba sentada a mi lado y me había cogido la mano que yo tenía posada en la frente.

—Escucha —dijo—. Tengo que preguntarte algo. —La miré; tenía la cara pálida, salvo por la nube de pecas, y sus ojos parecían más grandes—. ¿Crees que estoy guapa hoy? —dijo—. ¿Crees que he sido amable y agradable y buena? ¿Crees que les

gusto a tus padres? —Hablaba con vehemencia. Yo no dije nada; me limité a asentir, perpleja—. He venido a gustarles —dijo—. Me he puesto mi vestido más elegante para que piensen que soy más de lo que soy. Pensé que podrían ser la familia más ruin y desgraciada de todo Kent; pero me esforzaría tanto en agradarles que confiarían en mí como en una hija. ¡Pero, Nan, no son desgraciados ni ruines, y no he tenido que fingir amabilidad! Es la familia más encantadora que he conocido nunca; y tú lo eres todo para ellos. No puedo pedirte que renuncies a ella…

Sentí que el corazón se me paraba y que latía de nuevo, como un émbolo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Kitty apartó la vista.

—Quería pedirte que vinieras conmigo. A Londres.

Parpadeé.

—¿Que me vaya contigo? Pero ¿cómo?

—Como mi ayudante, si quisieras —dijo—. Como mi… cualquier cosa. No lo sé. He hablado con Bliss; dice que al principio no ganarás mucho dinero. Pero bastará, si compartimos alojamiento.

—¿Por qué? —dije entonces. Ella me miró a los ojos.

—Porque… me gustas. Porque eres buena conmigo y me traes suerte. Y porque Londres me resultará extraño, y puede que Bliss no sea lo que parece, y no tendré a nadie…

—¿Y de verdad pensabas que yo diría que no? —dije, lentamente.

—Esta tarde… sí. Anoche, y esta mañana, creía… ¡Ah, todo era tan distinto en el camerino, cuando estábamos a solas las dos! No sabía cómo era esto para ti. No sabía que tuvieses… un amigo.

Sus palabras me envalentonaron. Retiré mi mano de la suya y me levanté. Fui hasta la cabecera de la cama, donde había un armarito con un cajón dentro. Lo abrí, saqué algo y se lo enseñé.

—¿Sabes lo que es esto? —dije, y sonreí.

—Es la flor que te di.

Me la cogió de la mano y se quedó con ella. Estaba seca y mustia, y sus pétalos, pardos ya en los bordes, se desprendían, y estaba bastante aplastada porque había dormido muchas noches con ella debajo de la almohada.

—Cuando me la lanzaste, mi vida cambió —le dije—. Creo que hasta aquel momento había estado dormida; dormida o muerta. Desde que te conozco estoy despierta, ¡viva! ¿Crees que ahora renunciaría a esto tan fácilmente?

Mis palabras la sobresaltaron; y no era para menos, pues nunca le había hablado así, ni a ella ni a nadie. Miró hacia otras partes del dormitorio y se pasó la lengua por los labios.

—¿Y todos ellos, los que están abajo? —dijo, señalando a la puerta—. ¿Tu madre y tu padre, tu hermano, Alice, Freddy?

Mientras hablaba oímos un grito y el vocerío de una discusión amistosa.

No significan nada para mí, quise decir, *comparados contigo*… Pero me limité a encogerme de hombros y a sonreír. Ella también sonrió.

—¿De verdad que vendrás, entonces? Tenemos que irnos el domingo, ¿sabes?

Dentro de una semana. No tienes mucho tiempo.

Dije que sería suficiente, y ella depositó en la cama la flor marchita, me agarró de las manos y las apretó con fuerza.

—¡Oh, Nan! ¡Mi querida Nan! ¡Pasaremos grandes ratos juntas, te lo prometo!

Y al decir esto me separó las manos hacia los lados, me estrechó con virulencia, y se rió de placer hasta el punto de que sentí que su cuerpo se estremecía en mis brazos. Luego, de improviso, retrocedió y sólo pude aferrar aire vacío.

Hubo más ruidos abajo y después el sonido de una puerta que se abría, seguido del golpe sordo de pies en la escalera, y un grito. «¡Nancy!» Era Alice. Se detuvo en la puerta del dormitorio, pero fue lo bastante cortés —o temerosa— de no girar el picaporte.

—Se va todo el mundo —dijo—. Mamá pregunta si Miss Butler puede bajar un momento, por favor, para que todos se despidan de ella.

Miré a Kitty.

—Baja tú, y yo bajaré dentro de un minuto —dije—. Y no digas nada de nuestros planes —añadí en voz más baja—. Se los contaré más tarde.

Ella asintió y volvió a apretarme la mano. Abrió la puerta y se reunió con Alice en el rellano, y las oí bajar juntas.

De pie en la penumbra creciente, me puse los dedos temblorosos delante de la cara. Desde que conocía a Kitty Butler había adquirido la costumbre de restregarme las manos a conciencia, y si alguna vez tenía manchadas las grietas, era tanto de pintura y de maquillaje y de *blanc-de-perle* como de vinagre. Aun así, en ellas persistía el olor a ostras, y había una hebra fina —que podría haber sido un hilo del lomo de una langosta o el bigote de una gamba— debajo de una uña. ¿Cómo sería, pensé, abandonar a mi familia, mi hogar, todos mis hábitos de ostrera?

¿Y cómo sería vivir con Kitty, desbordante de un amor tan inmediato, y no obstante tan secreto que me producía estremecimientos?

Capítulo 3

Me gustaría, por puro efectismo, poder decir que mis padres, en cuanto oyeron una sola palabra de la propuesta de Kitty, me prohibieron tajantemente hablar más del asunto; que cuando yo insistí, gritaron y me maldijeron; que mi madre lloró y mi padre me zurró; que al final no tuve más remedio que fugarme al alba por una ventana, con un hatillo de ropa en el extremo de un palo, la cara arrasada de lágrimas y una nota clavada en mi almohada que decía: No intentéis seguirme… Pero mentiría si dijera estas cosas. Mis padres eran personas razonables, no apasionadas. Me amaban, y temían por mí; sabían que la idea de consentir que su hija menor viajase al cuidado de una actriz y un empresario de music-hall a la ciudad más sombría y malvada de Inglaterra era una locura que ningún padre en su sano juicio concebiría ni por un segundo. Pero como me amaban tanto, no soportaban la idea de hacerme sufrir. Cualquiera con una pizca de vista habría visto que mi corazón pertenecía por entero a Kitty Butler; cualquiera entendería que después de haber recibido la oferta de un futuro a su lado, y de haberlo rechazado, nunca podría volver a la cocina de mi padre y ser feliz allí como lo había sido.

De modo que, como una hora después de la partida de Kitty, expuse toda nerviosa mi plan a mis padres, y discutí y les supliqué su bendición; ellos me escucharon pasmados, pero con suma atención, y cuando, al día siguiente, papá me paró en el camino a la cocina para llevarme a la sala, tranquila y silenciosa, su cara era seria y triste, pero bondadosa. Me preguntó, primero, si no había cambiado de opinión. Negué con la cabeza, y él suspiró. Dijo que si yo lo había decidido, él y mi madre no podían retenerme; que era ya casi una mujer adulta y había que tolerar que fuera dueña de mis actos; que ellos habían pensado que me verían casada con un chico de Whitstable y que me instalaría cerca de su casa, para así compartir un poco tanto mi dicha como mis problemas, pero que ahora suponía que me enredaría con algún muchacho de Londres que no entendería nada del mundo de mis padres.

Pero concluyó diciendo que los hijos no se hacían para complacer a sus padres, y que ningún padre debería esperar que su hija estuviera a su lado para siempre…

—En resumen, Nance, aunque fueras el mismísimo diablo, tu madre y yo preferiríamos que huyeses de nosotros contenta a que te quedaras aquí triste… y llegaras, quizás, a odiarnos por haberte impedido que decidas tu destino.

Nunca hasta entonces le había visto tan grave y elocuente. Tampoco le había visto llorar; pero ahora le brillaban los ojos mientras hablaba y pestañeó dos o tres veces para contener las lágrimas, y su voz se hizo más tenue. Descansé la cabeza en su hombro y a mí también se me saltaron las lágrimas. Él me rodeó con un brazo y me dio unas palmadas.

—Nos parte el corazón perderte, querida —prosiguió—. Tú lo sabes. Sólo prométenos que no nos olvidarás del todo. Que nos escribirás y vendrás a visitarnos. Y que, si las cosas no salen como tú deseas, no serás tan orgullosa de no volver a esta casa donde todos te queremos…

Aquí la voz le falló totalmente y se estremeció, y yo sólo pude asentir contra su cuello y decir: «Lo haré, lo haré, te lo prometo.»

Pero, ¡ah!, como hija de corazón insensible que yo era, cuando él se marchó se me secó al instante el llanto y noté que renacía toda mi alegría de la noche anterior. Me abracé yo misma de júbilo y bailé una jiga alrededor de la sala, pero con delicadeza, de puntillas, para que no me oyeran en el comedor de abajo. Luego, a toda prisa, para que no notaran mi ausencia, corrí a la estafeta de correos y envié a Kitty una postal al Palace: una foto de una draga ostrera de Whitstable, sobre cuya vela escribí con tinta «A Londres», y sobre cuya cubierta dibujé dos chicas con maletas y arcones y caras enormes y risueñas. «¡Puedo ir!», escribí en el dorso, y añadí que tendría que prescindir de su ayudante durante algunas noches mientras lo preparaba todo… y, para acabar, puse: «Con cariño» y firmaba: «Tu Nan.»

Sólo pude estar contenta a ratos aquel día, porque la escena que había vivido con mi padre, después del desayuno, tuve que revivirla con mi madre —quien me estrechó en sus brazos y exclamó que debían de estar locos por dejarme marchar—, y con Davy —quien dijo, absurdamente, que era demasiado pequeña para ir a Londres y que me atropellaría un tranvía en Trafalgar Square en cuanto pusiera el pie en la ciudad—, y con Alice, que no dijo nada cuando se enteró de la noticia, sino que salió llorando de la cocina y no hubo manera de convencerla de que asumiera sus tareas en el restaurante hasta la hora del almuerzo. Sólo mis primos parecieron alegrarse por mí y, más celosos que contentos, dijeron que tenía mucha suerte y juraron que haría mi fortuna en la ciudad y les olvidaría a todos, o bien que me arruinaría por completo y que volvería arrastrándome como una deshonrada.

Aquella semana pasó velozmente. Dedicaba las noches a visitar a amigos y familiares para despedirme de ellos; a lavar, remendar y empacar mis vestidos, y a decidir las prendas que llevaría y las que dejaría en casa. Visité el Palace una sola vez, y lo hice acompañada de mis padres, que querían cerciorarse de que Miss Butler seguía siendo una persona sensata y buena, y averiguar más detalles acerca del nebuloso Mr. Bliss.

Sólo pude estar con Kitty a solas un minuto, mientras papá, después de la función, charlaba con Tony y Tricky. Yo había temido durante toda la semana haberme imaginado las palabras que Kitty me había dicho la noche del domingo, o haberlas interpretado erróneamente. Casi todas las noches me había despertado, sudando, de sueños en los que me presentaba en su puerta, con todo el equipaje ya empacado y mi sombrero en la cabeza, y ella me miraba estupefacta, o ponía mala cara, o se reía con desdén; o que yo llegaba demasiado tarde a la estación y tenía que correr por el andén detrás del tren mientras Kitty y Bliss me miraban desde la ventana del vagón, y no se asomaban para ayudarme a subir… Aquella noche en el Palace, sin embargo, Kitty me llevó aparte, me apretó la mano y estuvo tan cariñosa y

excitada como lo había estado antes.

—He recibido una carta de Bliss —me dijo—. Nos ha encontrado alojamiento en un lugar que se llama Brixton, un sitio tan lleno de actores y gente del music-hall que lo llaman «Grease-Paint Avenue[1]»…

¡Grease-Paint Avenue! Vi al instante la calle y era maravillosa, trazada como un estuche de maquillaje, y con casas doradas, cada una con un tejado de color diferente; ¡y la nuestra sería la número 3, con una chimenea del color del carmín de los labios de Kitty!

—Tenemos que coger el tren de las dos de la tarde el domingo —continuó—, y Bliss nos recogerá en la estación, con un coche. Y yo tengo que empezar al día siguiente mismo en el music-hall Star, en Bermondsey.

—El Star —dije—. Un nombre de suerte.

Ella sonrió.

—Esperemos. ¡Oh, Nan, esperemos que lo sea!

La última mañana que pasé en casa —como todas las últimas mañanas de la historia, me figuro— fue una mañana triste. Desayunamos juntos, nosotros cinco, y estábamos animados; pero había en la casa una horrible sensación expectante que hacía imposible cualquier cosa que no fuera suspirar y pasar, desorientados, de un quehacer a otro. Hacia las once me sentía tan enclaustrada y asfixiada como una rata en una caja, y le pedí a Alice que me acompañara a la playa y que me tuviera los zapatos y medias mientras yo me bañaba por última vez los pies en la orilla. Pero hasta este pequeño ritual fue decepcionante. Con la mano en la frente, contemplé la bahía reluciente, los lejanos campos y vallados de Sheppey, las casas bajas y pintadas de brea de la ciudad, y los mástiles y grúas del puerto y el astillero. Era un entorno tan conocido para mí como las líneas de mi cara —como la propia cara vista en un espejo— e igual de fascinante ya a la vez insípido. Por mucho que lo examinara, por más intensamente que pensara, no volvería a verlo durante meses y meses, y parecía ser el mismo de siempre; por fin, aparté los ojos y regresé tristemente a casa.

Pero allí ocurrió lo mismo: nada de lo que miraba o tocaba era tan especial como creía que debía serlo, ni mi partida lo había cambiado un ápice. Es decir, nada salvo las caras de mi familia, que estaban tan serias, o tan falsamente alegres y rígidas, que a duras penas soportaba mirarlas.

Así que casi estaba contenta cuando al fin llegó el momento de decirles adiós. Papá no me consintió que tomase el tren hasta Canterbury, sino que dijo que tenían que llevarme, y alquiló una calesa que me transportara al mozo de cuadra del Hotel Duke de Cumberland. Besé a mi madre y a Alice, y mi hermano me ayudó a subir a mi asiento, al lado de mi padre, y colocó el equipaje a mis pies. No era muy grande. Una vieja maleta de cuero con una correa que contenía mi ropa, una sombrerera para mis sombreros y un pequeño baúl negro de estaño para todo lo demás. El baúl era un

[1] Avenida del Cosmético. (N. del T.)

regalo de despedida de Davy. Lo había comprado nuevo y había hecho pintar mis iniciales en la tapa, con mayúsculas amarillas que poco a poco se iban borrando, y dentro había pegado un mapa de Kent, con Whitstable marcado con una flecha, para recordarme, dijo, dónde estaba mi hogar, por si acaso lo olvidaba.

Mi padre y yo no hablamos mucho durante el trayecto a Canterbury. En la estación encontramos el tren ya listo y humeante, y a Kitty, con sus maletas y cestos a su lado, consultando su reloj, preocupada. No era en absoluto como en mis sueños inquietos; agitó mucho la mano al vernos y nos sonrió.

—Creí que podrías haber cambiado de idea en el último momento —exclamó, y yo moví la cabeza: ¡sorprendida de que pudiese pensar tal cosa, después de todo lo que yo había dicho!

Papá fue muy amable. Saludó gentilmente a Kitty y también la besó a ella después de haberme dado un beso de despedida a mí, y le deseó felicidad y suerte. En el último instante, cuando yo me asomé desde el vagón para abrazarle, sacó del bolsillo una bolsita de gamuza, me la puso en la mano y me cerró los dedos sobre ella. Contenía monedas —soberanos—, seis monedas que yo sabía que eran más de lo que podía permitirse; pero para cuando hube soltado el cuello de la bolsa y visto el brillo del oro en su interior, el tren ya había empezado a moverse y no había tiempo para devolvérselas. Lo único que pude hacer fue expresarle mi gratitud a gritos, besarme los dedos en signo de amor y ver cómo él alzaba el sombrero y lo agitaba; luego, al perderle de vista, apliqué la mejilla contra el cristal de la ventanilla y me pregunté cuándo volvería a verle.

Lamento decir que no me lo pregunté por mucho tiempo, pues la emoción de estar con Kitty, de oírle hablar de nuevo del hospedaje que íbamos a compartir y de la clase de vida que íbamos a llevar en la ciudad, donde ella iba a conquistar su fortuna, pronto prevaleció sobre mi pena. Sé que mi familia me habría juzgado cruel si me hubiera visto reírme mientras ellos, en casa, se entristecían sin mí; pero ¡oh!, no haber sonreído aquella tarde habría sido como no respirar o transpirar.

Y pronto, además, apareció Londres para contemplarlo maravillada, pues al cabo de una hora llegamos a Charing Cross. Aquí Kitty encontró a un maletero que cargó con nuestras maletas y cajas, y mientras él las subía a un carro nosotras miramos alrededor con impaciencia en busca de Mr. Bliss. «¡Ahí está!», gritó por fin Kitty, apuntando con el dedo mientras él recorría a zancadas el andén, con la cara muy roja y las patillas y los faldones al vuelo.

—¡Miss Butler! —exclamó al llegar junto a nosotras—. ¡Qué placer! ¡Qué placer! Temí llegar tarde, pero aquí está usted exactamente como estaba previsto, e incluso más encantadora que nunca. —Se volvió hacia mí, se quitó el sombrero de seda otra vez y me hizo una reverencia profunda y teatral—. ¡Me descubro ante una abridora de ostras! —dijo, en voz bastante alta—. Miss Astley, de Whitstable, hasta ahora, ¿no es así?

Tomó mi mano y la estrechó brevemente. Luego chasqueó los dedos en dirección al maletero y nos ofreció a las dos el brazo.

En el Strand nos aguardaba un coche: el cochero se tocó la gorra con la fusta

cuando nos acercamos y saltó del pescante para colocar nuestro equipaje en el techo. Miré a mi alrededor. Era domingo y el Strand estaba bastante tranquilo, pero yo no lo conocía; para mí podría haber sido el hipódromo en el Derby, de tan ensordecedor y mareante que era el fragor del tráfico y de tan raudo que era el paso de los caballos. Me sentí más segura en el coche, y sólo un poco extrañada de encontrarme tan cerca de un caballero a quien no conocía, y transportada no sabía adónde, en una ciudad más grande, más llena de humo y más alarmante de lo que hubiera creído posible.

Había, por supuesto, muchas cosas que mirar. Como Bliss había propuesto que viéramos algunas antes de dirigirnos a Brixton, rodamos hasta Trafalgar Square, y vimos las fuentes y a Nelson en su columna, y la fachada preciosa, de color hueso, de la National Gallery, y la vista desde Whitehall hasta el Parlamento.

—Mi hermano ha dicho —dije, apretando la cara contra la ventanilla para verlo todo— que si venía a Londres me atropellaría un tranvía en Trafalgar Square.

Bliss se puso serio.

—Su hermano ha sido muy sensato al prevenirla, Miss Astley, pero por desgracia está mal informado. No hay tranvías en Trafalgar Square, sino sólo autobuses y coches de caballos, y cupés como éste. Los tranvías son para la gente corriente; me temo que tendría que ir hasta Kilburn, o hasta Camden Town, para que pudiese atropellarla un tranvía.

Sonreí, insegura. No sabía muy bien qué pensar de Bliss, a quien desde hacía tan poco, y de un modo tan inesperado, se le habían confiado mi felicidad y mi futuro. Le examiné mientras él hablaba con Kitty y dirigía nuestra atención de vez en cuando hacia alguna escena o personaje de la calle. Vi que era un poco más joven de lo que creí al principio. Aquella noche, en el camerino de Kitty, pensé que era de edad mediana; ahora le calculé treinta y uno o treinta y dos años, como mucho. Era un hombre imponente, más que guapo, pero, a pesar de todo su centelleo y de su labia, bastante hogareño: pensé que debía de tener una buena esposa que le amaba y un bebé; y que si no los tenía —lo cual era el caso—, debería tenerlos. Entonces no sabía nada de su historia, pero más adelante supe que procedía de una respetable familia del teatro (su apellido, Bliss, no era más auténtico que el Butler de Kitty); que había abandonado de joven los grandes escenarios para trabajar en salas como cantante cómico; y que representaba ahora a una docena de artistas, aunque todavía, en ciertas ocasiones, actuaba ante los focos —como «Walter Waters, barítono»— por puro amor al oficio. No sabía nada de esto aquel día en el cupé, pero empecé a adivinar un poco, pues cuando llegamos a Pall Mall y, doblando hacia Haymarket, donde comienzan los teatros y los music-halls, pasamos por delante de ellos, alzó la mano y ladeó el ala de su sombrero en una especie de saludo. Yo había visto a ancianas irlandesas hacer algo parecido cuando pasaban por delante de una iglesia.

—Her Majesty —dijo, señalando con un gesto un hermoso edificio a su izquierda—: mi padre vio aquí el debut de Jenny Lind, la ruiseñor sueca. El Haymarket: dirigido por Beerbohm Tree. The Criterion o Cri a secas: una maravilla de teatro, construido entero bajo tierra. —Teatro tras teatro, sala tras sala; y conocía la historia de todos—. Ahí enfrente, el London Pavilion. Allí echamos un vistazo a lo

largo de Great Windmill Street—, el Trocadero Palace. A nuestra derecha, el Prince's Theatre. —Llegamos a Leicester Square; él aspiró aire—. Y por último —dijo, y aquí se descubrió por completo y posó el sombrero en sus rodillas—, por último el Empire y el Alhambra, los music-halls más bonitos de Inglaterra, donde todos los artistas son estrellas y el público es tan distinguido que hasta las chicas alegres del gallinero, si me perdonan la expresión, Miss Butler y Miss Astley, llevan pieles, perlas y diamantes.

Dio un golpe en el techo del cupé y el cochero lo detuvo en una esquina del pequeño jardín, en medio de la plaza. Bliss abrió la portezuela del coche y nos llevó a su centro. Desde allí, con William Shakespeare en su pedestal de mármol a nuestra espalda, contemplamos los tres las gloriosas fachadas del Empire y el Alhambra; la primera con sus columnas y sus linternas destellantes, sus vidrieras y su tenue resplandor eléctrico; la segunda con su cúpula, sus minaretes y su fuente. Yo Ignoraba que hubiese teatros como aquéllos en el mundo. No sabía que existiese un lugar semejante: una ciudad tan sórdida y tan espléndida, tan fea y tan grandiosa, donde, codo con codo, había toda clase imaginable de personas, paradas, paseando o sin hacer nada.

Había hombres y mujeres que se apeaban de carruajes.

Había chicas con bandejas de flores y frutas; vendedores ambulantes de café, sorbetes y sopa.

Había soldados de casacas escarlata; había dependientes en su día de asueto con canotiers y bombines. Había mujeres con chales, mujeres con corbata y mujeres con falda corta que enseñaban los tobillos.

Había negros y chinos, italianos y griegos. Había recién llegados que miraban en su derredor tan aturdidos y confusos como yo; y había gente ovillada en escalones y bancos, gente con ropa arrugada o manchada, que se diría que pasaban allí todas las horas diurnas… y también las nocturnas.

Supongo que al mirar a Kitty, mi cara mostró mi asombro, porque ella se rió y me acarició la mejilla, y luego me cogió la mano y me la retuvo en la suya.

—Estamos en el corazón de Londres —dijo Bliss entonces—, en pleno corazón de la ciudad. Allí —señaló al Alhambra—, y todo alrededor —y aquí barrió con la mano toda la plaza—, ya ven lo que hace latir a este gran corazón: ¡*las variedades*! *Variedades*, Miss Astley, que el tiempo no puede marchitar ni la costumbre mustiar. —Se dirigió a Kitty—. Estamos ante el mayor templo de variedades de todo el país —dijo—. Mañana, Miss Butler, mañana o la semana que viene o el mes siguiente, quizás, pero pronto, muy pronto, se lo prometo, estará usted ahí dentro, pisando el escenario. ¡Y entonces será usted la que acelere el corazón de Londres! La que hará que las gargantas de la ciudad griten: «¡*Brava*!»

Lo dijo levantando el sombrero y golpeando con él el aire; un par de transeúntes giraron la cabeza hacia nosotros y luego miraron a otra parte, indiferentes. Las palabras de Bliss me parecieron maravillosas, y supe que Kitty también pensaba lo mismo, pues aferró mi mano al oírlas y tuvo un pequeño escalofrío de placer; se le sonrojaron las mejillas, al igual que las mías, y le brillaron

los ojos ensanchados, como los míos.

No nos entretuvimos mucho más en Leicester Square. Bliss llamó a un chico y le dio un chelín para que nos trajese del puesto callejero tres vasos espumeantes de sorbete, y nos sentamos unos minutos a la sombra de Shakespeare, bebiendo y mirando a la gente que pasaba y a los carteles en la entrada del Empire, donde sabíamos que el nombre de Kitty pronto estaría pegado con letras de un metro de alto. Pero cuando vaciamos los vasos, Bliss di una palmada y dijo que teníamos que irnos, porque nos aguardaban Brixton y Mrs. Dendy, nuestra nueva casera; y nos llevó de vuelta al cupé y nos indicó que nos sentáramos. Noté que mis ojos, que se me habían puesto tan grandes y deslumbrados, se empequeñecían en la penumbra del coche, y empecé a sentirme nerviosa más que emocionada. Me pregunté qué clase de hospedaje nos habría buscado y qué clase de persona sería Mrs. Dendy. Confiaba en que ninguna de las dos cosas fuera demasiado grandiosa.

No debería haberme preocupado. En cuanto salimos del West End y cruzamos el río, las calles se tornaron más grises y perfectamente anodinas. Las casas y la gente eran elegantes allí, aunque uniformes, como diseñadas todas por la misma mano poco imaginativa: no había nada de aquel extraño encanto, de aquella encantadora y singular diversidad de Leicester Square.

Las calles, además, enseguida dejaron de ser elegantes y se volvieron un poco míseras; cada esquina que pasábamos, cada taberna, cada fila de tiendas y de casas parecía más lúgubre que la anterior. A mi lado, Kitty y Bliss habían entablado conversación; versaba únicamente de teatros y contratos, de indumentarias y de canciones. Con la cara pegada a la ventanilla, me preguntaba cuándo dejaríamos atrás aquellos barrios sombríos y llegaríamos a Grease-Paint Avenue, nuestra casa.

Por fin, cuando entramos en una calle de casas altas y de tejado plano, todas con una hilera de verjas descascarilladas delante, y con una serie de persianas y cortinas tiznadas de hollín en las ventanas, Bliss interrumpió la charla para atisbar fuera y dijo que casi habíamos llegado. Tuve que apartar la vista de su cara afable y risueña para ocultar mi decepción. Sabía que mi primera y excitada visión de Brixton —aquella hilera de barras de maquillaje doradas, nuestra casa con el techo de color carmín— era insensata, pero aquella calle tenía un aspecto muy gris y mísero. En realidad, supongo que no era muy distinta de las calles normales que había en Whitstable; era sólo desconocida y, en consecuencia, ligeramente siniestra.

Al apearnos del coche miré de soslayo a Kitty para ver si ella también sentía un hormigueo de desazón. Pero tenía los colores tan vivos y los ojos tan húmedos y brillantes como antes; miró a la casa hacia la cual nos conducía nuestro acompañante y esbozó, con los labios apretados, una pequeña sonrisa de satisfacción. Comprendí de repente —cosa que sólo a medias había captado antes— que su vida había transcurrido en casas feas y anónimas como aquélla, y que no conocía nada mejor. Este pensamiento me infundió valor y me inspiró, como de costumbre, un cosquilleo de comprensión y de amor.

El interior de la casa era, además, más alegre. Nos recibió en la puerta la propia Mrs. Dendy —una mujer más bien corpulenta y de pelo blanco, que acogió a Bliss

como a un amigo, le llamó «Wal» y le ofreció la mejilla para que él se la besara—, que nos hizo pasar a la sala. Nos ofreció asiento, nos pidió que nos quitáramos los sombreros y que nos pusiéramos cómodos; llamó a una chica y le mandó rápidamente que nos trajera tazas y nos preparase un té. Cuando la chica cerró la puerta tras ella, Mrs. Dendy nos sonrió.

—Bienvenidas, queridas —dijo. Tenía una voz tan húmeda y frutal como un pedazo de tarta de Navidad—. Bienvenidas a Ginevra Road. Espero que su estancia conmigo sea feliz y afortunada. —Aquí hizo una señal a Kitty—. Mr. Bliss dice que voy a tener una estrellita brillando bajo mis aleros, Miss Butler.

Kitty respondió modestamente que no sabía nada de eso, y Mrs. Dendy lanzó una risita que se transformó en una tos ronca. Durante un rato largo la tos pareció convulsionarla y Kitty y yo nos levantamos, cruzando miradas de consternación y alarma. Cuando el acceso pasó, sin embargo, la señora pareció de nuevo tan serena y jovial como antes. Sacó un pañuelo de la manga y se limpió con él los labios y los ojos; acto seguido sacó un paquete de tabaco de la mesa que tenía junto al codo, nos ofreció un cigarrillo y ella cogió otro. Entonces vi que tenía los dedos amarillos de tabaco.

Al cabo de un momento aparecieron las cosas del té y mientras Kitty y Mrs. Dendy se ocupaban de la bandeja yo miré alrededor. Había mucho que ver, pues aquella sala era bastante extraordinaria. Las alfombras y muebles eran más bien feos, pero las paredes eran increíbles, pues todas ellas estaban tapizadas de cuadros y fotografías, tan atiborradas, de hecho, que apenas quedaba sitio entre los marcos para distinguir el color del empapelado.

—Veo que le interesa mi pequeña colección —dijo Mrs. Dendy al tenderme mi taza de té, y yo me ruboricé al percatarme de que todos me estaban mirando. Ella me sonrió, y alzó sus dedos amarillentos para juguetear con la gota de cristal que le colgaba, de un hilo de latón, del orificio de la oreja—. Todos antiguos inquilinos míos, querida —dijo—, y algunos, como verá, famosos.

Volví a mirar los cuadros. Vi que todos eran retratos —en su mayoría, retratos firmados— de artistas de teatro y de music-hall. Tal como ella había anunciado, había varias caras que yo conocía: la foto de Great Vance, por ejemplo, estaba sobre la campana de la chimenea, junto a Jolly John Nash en el papel de «Rackity Jack»; y en la pared, encima del sofá, había una partitura con una dedicatoria en letra grande y desigual: «A la querida mami Dendy. Con mis mejores deseos y pensamientos. Bessie Bellwood.» Pero no reconocí otras muchas fotos de hombres y mujeres de cara sonriente y poses alegres, profesionales, y con atuendos y nombres tan sosos, exóticos u oscuros —Jennie West, Capitán Largo, Shinkaboo Lee— que no permitían adivinar nada sobre la naturaleza de su número artístico. Me maravilló pensar que todos habían estado allí, en Ginevra Road, y que todos habían sido pupilos de la hermosa Mrs. Dendy.

Hablamos hasta que terminamos el té y ella se hubo fumado dos o tres cigarrillos más; luego se dio una palmada en las rodillas y se puso en pie despacio.

—Supongo que querrán ver sus habitaciones y refrescarse un poco la cara —

dijo, con tono agradable. Se dirigió a Bliss, que se había levantado cortésmente cuando ella lo hizo—. Wal, si ahora pudieras prestar tu brazo servicial para subir las cajas y las cosas de las señoritas…

Nos condujo desde la sala hasta la escalera. Subimos tres pisos, el hueco de la escalera se oscurecía a medida que subíamos y después se iluminó: el último tramo de escalones era resbaladizo y no estaba alfombrado, y tenía una pequeña claraboya encima, un cristal dividido en cuatro partes y manchado de hollín y excrementos de palomas, por el cual irrumpía, resplandeciente y despejado, el cielo azul de septiembre, como si el propio cielo fuera un techo y, al ascender, nos hubiéramos acercado a él.

En la cima de estos peldaños había una puerta y, detrás, un cuarto muy pequeño; no era un cuarto completo con cocina y baño, como yo esperaba, sino una sala diminuta con un par de butacas viejas y combadas, situadas delante de una chimenea y un tocador anticuado y con poca cabida. Junto al tocador había otra puerta por la que se entraba a un segundo aposento cuyo techo abuhardillado lo hacía incluso más reducido que el primero. Kitty y yo, las dos juntas, miramos desde el umbral lo que había dentro: un aguamanil, una silla en forma de lira, un cubículo tapado por una cortina y una cama, una cama con un colchón alto y grueso y cabecera de hierro, y debajo un orinal: una cama incluso más estrecha que la que yo compartía con mi hermana en Whitstable.

—No les importará compartir la habitación, claro —dijo Mrs. Dendy, que nos había seguido hasta el dormitorio—. Me temo que aquí dentro estarán muy apretujadas, aunque no tanto como mis chicos de abajo, que sólo tienen un cuarto. Pero Bliss insistió en que tuvieran un espacio decente para las dos.

Me sonrió a mí y yo miré a otro lado. Kitty, sin embargo, dijo muy contenta:

—Es perfecto, Mrs. Dendy. Miss Astley y yo estaremos tan a gusto aquí como dos sillitas en una casa de muñecas, ¿verdad, Nan?

Vi que se le habían sonrosado un poco las mejillas, pero podía ser por la subida desde la planta baja. Dije que sí y bajé otra vez los ojos; después nos movimos para coger una caja que nos pasó Bliss.

No se quedó mucho tiempo más, como si considerase poco delicado demorarse en el dormitorio de una dama, aunque fuera él quien lo pagase. Intercambió algunas palabras con Kitty referentes a la cita que ella tenía al día siguiente en el Bermondsey Star —porque debía conocer al director y ensayar con la orquesta por la mañana, a fin de preparar su primera aparición por la noche— y luego nos estrechó la mano a las dos y se despidió. De pronto me intranquilizó tanto la idea de que se marchara como lo había hecho unas horas antes la perspectiva de reunimos con él.

Pero cuando se hubo ido —y cuando Mrs. Dendy también hubo cerrado la puerta y resoplado y tosido a lo largo de todo el descenso, precedida por Bliss—, me dejé caer en una de las butacas, cerré los ojos y noté que me dolía el simple placer y alivio de estar a solas con alguien que era para mí algo más que una desconocida. Oí que Kitty pasaba por encima del equipaje y cuando abrí los ojos vi que estaba a mi lado y había levantado la mano para tirar de un mechón de pelo que se había soltado

de la trenza y me caía sobre la frente. Al sentir su contacto me puse rígida: todavía no estaba acostumbrada a las caricias fáciles de nuestra amistad, a juntar las manos y al roce de las palmas en las mejillas, y cada una de ellas me acobardaba y me producía un rubor ligero de deseo y confusión.

Ella sonrió y se agachó para soltar las correas de la cesta que había a sus pies; al cabo de un rato de ociosidad en la butaca, al ver que Kitty estaba atareada con vestidos, libros y sombreros, me levanté a ayudarla.

Deshacer las maletas nos llevó una hora. Mis escasos y pobres vestidos, zapatos y prendas de ropa interior ocupaban poco espacio y quedaron guardados de un voleo; pero Kitty, por supuesto, no sólo tenía que sacar, cepillar y alisar la ropa de diario, sino también sus trajes y chisteras. Cuando empezó a ocuparse de ellos, me adelanté para cogérselos.

—Ahora voy a ser yo la que se encargue de tu ropa. ¡Mira estos cuellos! Hay que blanquearlos. ¡Mira estas medias! Tenemos que guardar en un cajón las que ya están lavadas y en otro las que haya que remendar. Habrá que guardar estos gemelos en un estuche para que no se pierdan…

Ella se apartó y me dejó que trajinara con los gemelos, los guantes y las pecheras, y durante unos minutos trabajé en silencio, completamente absorta. Cuando por fin levanté la vista vi que ella me observaba; y, al sorprenderla, ella hizo una mueca y se sonrojó al instante.

—No sabes lo engreída que me siento —dijo—. Cualquier cantante de segunda fila se muere por tener una ayudante, Nan. Cualquier actriz prometedora y cansada que ha pisado alguna vez un escenario de provincias se muere de ganas de trabajar en las salas de Londres, en lugar de actuar en una cochambrosa, y de tener un coche que la lleve de noche a la función y la recoja para volver a casa, mientras otras, más pobres, tienen que volver en tranvía. —Estaba de pie debajo de la pendiente del techo, con la cara en la sombra y los ojos oscuros y grandes—. Y ahora, de golpe, ¡tengo todas las cosas que durante tanto tiempo he soñado tener! ¿Sabes cómo te sientes, Nan, cuando se han cumplido tus deseos?

Sí, lo sabía. Era una sensación maravillosa; pero asimismo aterradora, porque continuamente pensabas que no merecías tu buena fortuna, que la habías obtenido por error, en lugar de alguna otra persona; y que podían arrebatártela en cuanto te descuidaras. Y no había cosa que no hicieras, pensé, nada que no sacrificaras para conservar lo que habías deseado una vez que lo habías recibido. Sabía que Kitty y yo sentíamos lo mismo, aunque, claro está, por cosas distintas.

Más adelante, debería haberme acordado de esto.

Tardamos una hora, como he dicho, en deshacer las maletas, y mientras trabajábamos percibía el sonido de diversos gritos y movimientos en el resto de la casa. A eso de las seis oímos un crujido de pisadas en el rellano debajo del nuestro, y un grito: «¡Miss Butler! ¡Miss Astley!» Era Mrs. Dendy, que subía a decirnos que nos esperaba una cena ligera, si nos apetecía, en la sala de la planta baja, y «un montón

de personas, además, a las que les gustaría conocerlas».

Yo tenía hambre, pero estaba cansada y harta de estrechar manos y sonreír a extraños, pero Kitty susurró que si no bajábamos los demás inquilinos nos tomarían por unas orgullosas. Así que dijimos a Mrs. Dendy que nos diera un momento, y mientras Kitty se cambiaba de ropa, yo me peiné y recompuse mi trenza, me sacudí en la chimenea el polvo del dobladillo de la falda y me lavé las manos; a continuación, bajamos.

La sala era ahora una habitación muy distinta a aquella en la que habíamos tomado el té cuando llegamos. Habían desplegado la mesa, la habían desplazado hasta el centro de la sala y la habían puesto para la cena; lo más importante era que estaba rodeada de caras que en cuanto aparecimos levantaron la mirada y nos dedicaron una sonrisa, la misma sonrisa rápida y ejercitada que destellaba en todos las fotos de las paredes. Era como si media docena de retratos hubieran cobrado vida y traspasado el cristal polvoriento de sus marcos para sumarse a la cena de Mrs. Dendy.

Había asientos para ocho comensales; dos de ellos vacíos y aguardándonos, obviamente, a Kitty y a mí, pero los demás estaban todos ocupados. Mrs. Dendy se hallaba en la cabecera de la mesa; estaba cortando rebanadas de un plato de fiambres, pero se levantó a medias nada más vernos, para pedirnos que nos acomodásemos y señalar con el tenedor a los otros inquilinos: en primer lugar a un anciano caballero con un chaleco de terciopelo que estaba sentado enfrente de ella.

—El profesor Emery —dijo, no sin una pizca de timidez—. Gran lector del pensamiento.

El profesor se levantó también para hacernos una pequeña reverencia.

—Gran lector del pensamiento, *ah, jubilado* —dijo, lanzando una mirada a la casera—. Mrs. Dendy es muy amable. Hace muchos años desde la última vez en que actué ante un público callado y boquiabierto, adivinando el contenido de un bolso de señora.

Sonrió y volvió a sentarse, dejando caer todo su peso. Kitty le dijo que estaba encantada de conocerle. La casera señaló después a un chico delgado y pelirrojo que estaba a la derecha del profesor.

—Sims Willis —dijo—. Músico…

—Gran músico, por supuesto —dijo él velozmente, inclinándose para estrechar nuestra mano—. Y en activo. Y éste —añadió, apuntando a otro chico sentado al otro lado de la mesa— es Percy, mi hermano, que toca los palillos de hueso. También un gran artista.

Mientras Sims decía esto, Percy guiñó un ojo y, como para demostrar las palabras de su hermano, cogió un par de cucharas de al lado de su plato y empezó a ejecutar sobre el mantel un estupendo tamborileo.

Mrs. Dendy carraspeó por encima del ruido y presentó con un gesto a una chica de labios rosas que ocupaba el asiento contiguo al de Sims.

—Y sin olvidar a Miss Flyte, nuestra bailarina. La chica soltó una risa tonta.

—Llámenme Lydia —dijo, tendiendo la mano—, que es como me llaman en el…, ¡para ya, Percy!, como me llaman en el Pav. O Mónica, si prefieren, que es mi verdadero nombre.

—O Tootsie —añadió Sims—, que es como la llaman sus compañeras, y si han leído *Ally Sloper's* les dejo adivinar por qué. Permítame sólo que le diga, Miss Butler, que casi le entró el pánico cuando Walter nos dijo que iba a traerla aquí a usted, pues temía que fuese una corista sinuosa con cintura de avispa. Cuando ha sabido que se traviste de hombre, uf, con el alivio se ha puesto de lo más dulce.

Tootsie le dio un empujón.

—No le hagan caso —nos dijo—, siempre me está pinchando. Me alegro mucho de que haya otra chica aquí, dos chicas, mejor dicho…, sinuosas o no.

Mientras hablaba me lanzó una mirada rápida y satisfecha que mostró bien a las claras qué clase de chica pensaba que yo era; luego prosiguió, cuando Kitty tomó asiento y me dejó el contiguo al de Percy:

—Walter dice que es usted un fenómeno, Miss Butler. He oído que empieza en el Star mañana por la noche. La recuerdo como una sala preciosa.

—Eso me han dicho. Llámame Kitty…

—¿Y qué nos dice de usted, Miss Astley? —preguntó Percy, mientras ellas charlaban—. ¿Hace mucho que es ayudante de camerino? Parece jovencísima para eso.

—En realidad no soy una ayudante. Kitty me está enseñando…

—¿Enseñarle? —intervino Tootsie—. Sigue mi consejo, Kitty, y no le enseñes demasiado, si no quieres que te la quite otra artista. Lo he visto más de una vez.

—¿Quitármela? —dijo Kitty, con una sonrisa—. Oh, eso no es posible. Nan me trae buena suerte.

Miré a mi plato y me sentí enrojecer hasta que Mrs. Dendy, todavía ocupada sirviendo, mantuvo en alto hacia mí un pedazo tembloroso de carne y tosió:

—¿Un poco de lengua, Miss Astley, querida?

La conversación durante la cena versó, por supuesto, sobre chismes teatrales, y fue enormemente densa y extraña para mis oídos. Al parecer, no había nadie en la casa que no tuviese alguna relación con el gremio. Hasta la feúcha Minnie —el octavo miembro de nuestro grupo, la chica que nos había servido el té al llegar y que ahora había vuelto para ayudar a Mrs. Dendy a servir y retirar los platos— formaba parte de una compañía de ballet y tenía un contrato en una sala de conciertos de Lambeth. Caramba, hasta el perro, Bransby, que no tardó en hacer su aparición para mendigar sobras y descansar sus fauces babeantes en la rodilla del profesor Emery, hasta él era un viejo artista que en otro tiempo había hecho una gira por la costa del sur con un número de baile perruno, y que tenía un nombre escénico: «Archie.»

Era una noche de domingo, y nadie tenía que salir corriendo a trabajar en un escenario después de la cena; nadie parecía tener otra cosa que hacer aparte de firmar y cotillear. A las siete llamaron a la puerta y una chica irrumpió en la casa repartiendo holas, con un vestido de tul y raso y una diadema dorada: era una amiga de Tootsie, del ballet del Pav, que venía a preguntar la opinión de Mrs. Dendy sobre

el atuendo. Recogieron la mesa de la cena mientras el vestido yacía extendido sobre la alfombra de la sala; y cuando la mesa quedó despejada, el profesor se sentó a ella y desplegó una baraja de cartas. Percy se le unió, silbando; se sumó a la tonadilla Sims, que levantó la tapa del piano de Mrs. Dendy y empezó a tocar la melodía. El piano era malísimo:

—¡Maldito trasto viejo! —exclamó Sims al aporrearlo—. ¡Si tocaras Wagner aquí, te juro que sonaría como una habanera o una giga!

Pero la canción era tan alegre que Kitty sonrió.

—Conozco esta canción —me dijo; y como la conocía no pudo evitar cantarla, y en un santiamén ya había saltado por encima del brillante vestido en el suelo y alzado la voz para corearla al lado de Sims.

Yo me senté en el sofá con Bransby y escribí una postal a mi familia. «Estoy en la sala más rara que he visto en mi vida», escribí, «y todo el mundo es simpatiquísimo. ¡Aquí hay un perro con un nombre artístico! Mi casera me dice que gracias por las ostras…»

Estaba muy a gusto en el sofá, rodeada de gente tan alegre, pero a eso de las diez y media Kitty bostezó… y al verlo me levanté de un salto y dije que era hora de acostarme. Hice una visita apresurada al excusado que estaba al fondo de la casa y subí pitando a ponerme el camisón; podría haberse pensado que llevaba una semana sin dormir y estaba a punto de morirme de cansancio. Pero no tenía ni gota de sueño; lo único que quería era estar a salvo en la cama antes de que Kitty apareciera; a salvo, inmóvil, tranquila y preparada para el momento que llegaría enseguida, el momento en que ella estuviese a mi lado en la oscuridad y nada más que la tela ligera de nuestros camisones de algodón separase sus cálidos miembros de los míos.

Kitty llegó como una media hora después. No la miré ni la llamé por su nombre y ella no me saludó, sino que se limitó a moverse con mucho sigilo por la habitación, suponiendo, me figuro, que yo estaba dormida, porque estaba muy tiesa en mi lado de la cama y tenía los ojos apretados muy fuerte. Se oían pequeños ruidos en otras partes de la casa: una risa, una puerta cerrándose y el agua circulando por lejanas tuberías. Pero luego todo quedó en calma y no hubo más sonidos que los que Kitty hacía al desvestirse: la casi inaudible sucesión de chasquidos al soltarse los botones del corpiño; el frufrú de su falda, y después de su enagua; el suspiro de encajes a través del ojal de sus ballenas. Al final resonó el palmetazo de sus pies sobre el suelo de tablas y supuse que estaría completamente desnuda.

Yo había apagado el gas, pero le había dejado una vela encendida. Sabía que si abría los ojos y ladeaba la cabeza la vería vestida nada más que de sombras y del resplandor ámbar de la llama.

Pero no me volví; pronto hubo otro susurro que significaba que se había puesto el camisón. Un instante después, la luz se apagó; la cama crujió y osciló, y ella estaba tumbada a mi lado, muy cálida y horriblemente real.

Suspiró. Sentí su aliento en el cuello y supe que me estaba mirando. Noté su respiración una segunda y una tercera vez, y entonces susurró:

—¿Estás dormida?

—No —dije, porque no pude simularlo más tiempo. Me tumbé de espaldas. Este movimiento nos acercó más (la cama, en verdad, era sumamente estrecha), y me apresuré a moverme hacia la izquierda hasta que ya no habría podido desplazarme más sin caer al suelo. Ahora tenía su aliento en mi mejilla, más cálido que antes.

—¿Echas de menos tu casa y a Alice? —dijo ella. Negué con la cabeza—. ¿Ni un poquito?

—Bueno…

Noté que sonreía. Muy suavemente —pero con toda naturalidad— llevó su mano hasta mi muñeca, me levantó el brazo y metió la cabeza debajo para apoyar la sien en mi clavícula y colocar mi brazo alrededor de su cuello. Apretó y retuvo la mano que colgaba delante de su garganta. Su mejilla, apretada contra mi pecho plano, estaba más caliente que una plancha de hierro.

—¡Cómo te late el corazón! —dijo, y al oír yo esto latió, por supuesto, aún más aprisa. Ella volvió a suspirar; esta vez su boca estaba en el escote de mi camisón, y noté su aliento sobre la piel desnuda de debajo; suspiró y dijo—: Cuántas veces he estado tumbada en aquel triste cuarto de Mrs. Pugh pensando en ti y en Alice en vuestra cama pequeña junto al mar. ¿Era igual que esto estar con ella?

No le contesté. Yo también estaba pensando en aquella cama. En lo duro que había sido tener que estar acostada junto a Alice, dormida como un leño, con el corazón y la cabeza colmados por la imagen de Kitty. ¡Cuánto más duro sería tener a mi lado a la propia Kitty, tan cerca y sin ella saberlo! Sería una tortura. Pensé: Haré mi baúl mañana. Me levantaré muy temprano y cogeré el primer tren de vuelta…

Kitty siguió hablando, a pesar de mi silencio.

—Tú y Alice —estaba diciendo—. ¿Sabes, Nan, lo celosa que yo estaba…?

Tragué saliva.

—¿Celosa?

La palabra, en la oscuridad, sonó terrible.

—Sí, yo… —Pareció que vacilaba—. Verás —continuó—, nunca he tenido una hermana como las demás chicas… —Me soltó la mano y colocó el brazo encima de mi abdomen, curvando los dedos alrededor del hueco de mi cintura—. Pero ahora somos como hermanas, ¿verdad, Nan? ¿Verdad que serás para mí como una hermana?

Le di una palmada en el hombro, con la mano rígida. Luego volteé la cara, totalmente aturdida, con una mezcla de alivio y de frustración.

—Oh, sí, Kitty —dije, y ella me apretó más fuerte.

Después se quedó dormida y la cabeza y el brazo se le tornaron fláccidos y pesados. Yo, sin embargo, permanecí despierta, como solía hacer tumbada al lado de Alice. Pero ya no soñaba; ahora sólo hablaba severamente conmigo misma.

Sabía que, al fin y al cabo, a la mañana siguiente no empacaría mis cosas ni diría adiós a Kitty; sabía que, habiendo ido tan lejos, no lo haría. Pero si me quedaba con ella, tendría que ser como ella había dicho; tendría que aprender a refrenar mis impertinentes deseos sáficos y a llamarla «hermana», ya que ser hermana de Kitty era mejor que no ser nada ni nadie para ella. Y si mi corazón y mi cabeza —y mis

entrañas calientes, ansiosas— se rebelaban contra aquel desaire, tendría que reprimirlos. Tendría que aprender a amar a Kitty como Kitty me amaba; o bien no amarla nada.

Y eso, lo sabía, sería horrible.

Capítulo 4

Cuando llegamos al Star, al mediodía del día siguiente, resultó que no era ni la décima parte de elegante que aquellas salas maravillosas del West End que habíamos admirado con Mr. Bliss, soñando con el triunfo de Kitty; aun así, era lo bastante bonito y magnífico para que nos pareciera imponente. Su director, en aquella época, era un tal Ling; nos recibió en la puerta del escenario y nos llevó a su despacho para leer en voz alta las cláusulas del contrato de Kitty y para que ella lo firmara; luego se levantó, nos estrechó la mano y llamó al traspunte, y sin más dilación hizo que nos condujeran al escenario. Allí aguardé, cohibida y despistada, mientras Kitty hablaba con el director de orquesta y repasaba sus canciones con los músicos. En un momento dado, se me acercó un hombre con una escoba al hombro y me preguntó con brusquedad quién era yo y qué hacía allí.

—Estoy esperando a Miss Butler —dije, con un hilo de voz.

—Con que esperando —dijo él—. Pues tendrá que esperar en otro sitio, cariño, porque tengo que barrer esto y me está estorbando. Vamos, circule.

Yo me marché, colorada como un tomate, y tuve que ponerme en un pasillo por el que pasaban chicos con cestas, escalas y cubos de arena, que me miraban de arriba abajo o me maldecían cuando les obstruía el paso.

La siguiente visita, sin embargo, la de aquella noche, fue más llevadera, pues entramos directamente en el camerino, donde yo conocía un poco mejor mi cometido. Así y todo, cuando entramos en él se me cayó el alma a los pies, porque no era en absoluto como el cuarto acogedor del Palace de Canterbury, del que Kitty disponía para ella sola, y que yo estaba acostumbrada a mantener muy limpio y ordenado. El de allí era oscuro y polvoriento, con bancos y ganchos para una docena de artistas, y un fregadero grasiento que tenían que compartir todas, y una puerta que para cerrarla había que apuntalarla con algo o dejarla entornada y que fisgara cualquier tramoyista o visitante ocioso que anduviera curioseando por el corredor de fuera. Llegamos tarde y encontramos la mayoría de los ganchos y varios bancos ya ocupados por chicas y mujeres en diversas fases de la acción de desvestirse. Nos miraron cuando llegamos y casi todas nos sonrieron, y cuando Kitty sacó su paquete de tabaco y una cerilla, alguien gritó:

—¡Gracias a Dios, una mujer con cigarrillos! Danos uno, tesoro, ¿quieres? Estoy sin blanca hasta el día de la paga.

Kitty, aquella noche, tenía que salir a escena hacia el final de la primera mitad de la función. Estuve bastante tranquila mientras la ayudaba con el cuello, la corbata y la rosa; pero cuando fuimos a los bastidores para aguardar el momento de su número y vi desde la penumbra el teatro desconocido y a su público vasto e

indiferente, noté que empezaba a temblar. Miré a Kitty. Tenía la cara blanca por debajo de la capa de pintura, aunque no sabría decir si de miedo o de ardiente ambición. Sin otro motivo, lo juro, que reconfortarla —tan firme estaba yo en mi resolución de hacer de hermana y nada más—, cogí su mano y se la apreté.

Pero cuando por fin el director de escena le dio la señal, tuve que mirar hacia otro lado. En aquella sala no había un presentador que llamara al orden al público, y el número que precedía al de Kitty era popular: un cómico que había sido reclamado cuatro veces para que saliera a saludar, y que había tenido que rogar al auditorio para que finalmente le dejara hacer mutis. Se lo consintieron a regañadientes; los espectadores estaban frustrados y distraídos cuando la orquesta atacó los primeros compases de la canción inaugural de Kitty. Cuando ella apareció ante el resplandor de las candilejas, agitando su sombrero y diciendo «¡Hola!», no hubo un clamor de respuesta desde el gallinero, sino tan sólo un tibio y breve aplauso de los palcos y el patio de butacas, motivado, supongo, por su atuendo. Me forcé, por fin, a mirar a la sala y vi que el público no paraba de moverse; que había gente de pie que se dirigía hacia el bar o los lavabos; que unos chicos se habían sentado de espaldas a la escena en la barandilla del gallinero; que unas chicas llamaban a unos amigos que estaban tres filas más lejos o cotilleaban con sus vecinos, mirando a todas partes menos al escenario donde Kitty —la encantadora y talentosa Kitty— cantaba, iba y venía a zancadas y sudaba.

Pero muy poco a poco cambió la actitud del público, no de una forma radical, pero sí notable. Cuando ella terminó la primera canción, un hombre gritó en el gallinero: «¡Ahora que salga Nibs!»; se refería a Nibs Fuller, el cómico que había actuado antes que Kitty. Ésta no pestañeó; mientras la orquesta tocaba la introducción a la canción siguiente, alzó la chistera hacia el hombre y le dijo: «¿Por qué? ¿Te debe dinero?» La gente se rió y escuchó con más atención la siguiente melodía, y aplaudió más fuerte cuando concluyó. Un poco más tarde, a otro espectador que intentó reclamar a Nibs lo acallaron sus vecinos de asiento, y para cuando Kitty llegó a su balada y el lanzamiento de la rosa, la sala estaba de su parte, atenta y apreciativa.

Yo la observaba maravillada desde mi puesto, a un lado del escenario. Cuando salló a bastidores, cansada y sofocada, y ocupó su lugar un cantante cómico, posé la mano en su hombro y se lo apreté con fuerza. Entonces apareció Bliss con el director, Ling. Habían presenciado la actuación desde el patio de butacas, y parecían muy satisfechos; el primero tomó la mano de Kitty entre las suyas y se la estrechó, exclamando:

—¡Un triunfo, Miss Butler! Un triunfo, si es que en mi vida he visto alguno.

Ling fue menos efusivo. Asintió con un gesto a Kitty y dijo:

—Bravo, querida. Un público difícil, pero lo ha manejado estupendamente. En cuanto la orquesta haya cogido el tranquillo de sus canciones y movimientos… estará usted espléndida.

Kitty se limitó a fruncir el ceño. Cogió y se apretó contra la cara la toalla que yo le había llevado del camerino. Luego se quitó la chaqueta, me la entregó y se desató

la corbata.

—No ha salido tan bien como yo esperaba —dijo—. No ha habido burbujeo ni chispa.

Bliss resopló y extendió las manos.

—Querida mía, ¡su primera noche en la capital! ¡En un teatro más grande que las salas donde ha trabajado hasta ahora! El público vendrá a verla, correrá la voz. Tiene que tener paciencia. ¡Pronto comprarán entradas sólo para verla! —Al oír esto, vi que el director le miraba con los ojos entornados, pero Kitty, por lo menos, se permitió una sonrisa—. Así está mejor —dijo Bliss—. Y ahora, si me lo permiten, señoritas, creo que nos vendría bien una cena ligera. Una cena ligera… y quizás una copa muy grande con un poco de ese burbujeo dentro, Miss Butler, que tanto parece gustarle.

El restaurante al que nos llevó era uno frecuentado por gente de teatro; no estaba muy lejos y había muchos caballeros con chalecos de fantasía como Bliss, y de chicas o chicos como Kitty, con manchas de maquillaje en los puños y vestigios de pintura en los rabillos de los ojos. Bliss tenía, al parecer, un amigo en cada mesa, y todos le saludaron al pasar; pero no se entretuvo charlando con ellos, sino que agitó el sombrero a modo de saludo general, nos llevó a un reservado vacío y llamó a un camarero para que nos recitara la lista del menú. Hecho esto, y elegidos los platos, pidió al camarero que se le acercara y le murmuró algo; el hombre se retiró y volvió un minuto después con una botella de champán que Bliss, ostentosamente, procedió a descorchar. En eso hubo un aplauso en las otras mesas, y una mujer empezó a cantar, en medio de muchas risas y aplausos, *que no pediría jerez ni pediría cerveza ni pediría champán porque sabía que se pondría mala…*

Pensé en la postal que escribiría al volver a la pensión: «He cenado en un restaurante de gente de teatro. Kitty se ha estrenado en el Star y dicen que ha sido un triunfo…»

Entretanto ella y Bliss charlaban, y cuando volví a concentrarme en su conversación comprendí que era bastante seria.

—Ahora voy a pedirle que haga algo —estaba diciendo Bliss— que me avergonzaría pedirle si yo no fuera un caballero que además es agente teatral. Voy a pedirle que salga de paseo por la ciudad, y usted debe acompañarla, Miss Astley —añadió al ver que yo miraba—. Tienen que pasear las dos por la ciudad ¡y fijarse en los hombres!

Miré a Kitty, parpadeando, y ella me devolvió una sonrisa dubitativa.

—¿Fijarnos en los hombres? —dijo.

—¡*Estudiarlos*!—dijo Bliss, cortando una chuleta—. Captar su carácter, sus pequeñas costumbres, sus gestos y sus andares. ¿Qué historia tienen? ¿Qué secretos? ¿Tienen ambiciones? ¿Tienen esperanzas y sueños? ¿Han tenido novias y las han perdido? ¿O sólo son pies doloridos y barrigas vacías? —Agitó el tenedor—. Tienen que averiguarlo, tienen que imitarles y transmitírselo al público.

—¿Se refiere a cambiar el número de Kitty? —pregunté, sin entenderle.

—Me refiero, Miss Astley, a ampliar su repertorio. Su donjuán es un tipo muy simpático, pero Kitty no puede andar toda la vida por la Burlington Arcade con sus guantes de color espliego. —Miró de nuevo a Kitty, se limpió la boca con una servilleta y adoptó un tono más confiado—. ¿Qué me dicen de una casaca de policía? ¿O de una guerrera de marino? ¿Qué tal unos pantalones con pinzas o una chaqueta de perlas? —Se volvió hacia mí—. ¡Solamente imagine, Miss Astley, todas las bonitas prendas masculinas que languidecen en el fondo del canasto de un modisto, esperando, nada más que esperando a que Kitty Butler se las ponga y les preste vida! Piense por un instante en todas esas telas tan hermosas, en esos estambres de marfil, esas sedas salvajes, esos terciopelos carmesí y esas lanas escarlatas; oiga sólo el tijeretazo del sastre, el pinchazo de la aguja de la costurera; imagínese qué éxito Kitty vestida de soldado, de mercachifle o de príncipe…

Hizo una pausa, por fin, y Kitty sonrió.

—Mr. Bliss —dijo—, con esa labia creo que convencería a un manco de que hiciera trucos malabares.

Él se rió y golpeó la mesa de tal modo que la cubertería tintineó: resultó que tenía entre su clientela a un malabarista manco, y le anunciaba, con un gran éxito, como «El segundo Cinquevalli: ¡mitad de capacidad, doble destreza!».

Y todo salió como él prometió y organizó. Nos mandó a ver a modistos y sastres, e hizo que Kitty se disfrazara con diferentes indumentarias de hombre; y cuando los trajes ya estuvieron hechos, nos mandó a estudios de fotógrafos para que plasmaran la semejanza cuando ella se llevaba a los labios el silbato de un policía, o posaba con un fusil al hombro o con la soga de un marinero. Bliss encontró canciones que casaban con cada atavío, y él mismo las llevó a Ginevra Road para tocarlas en el pésimo piano de Mrs. Dendy y que Kitty ensayara y los demás juzgáramos al escucharlas. Y —lo que era más importante— consiguió contratos en salas de Hoxton, de Poplar, Kilburn y Bow. Quince días después, la carrera de Kitty en Londres estaba totalmente lanzada. Ya no se ponía su ropa corriente de chica cuando terminaba su actuación en el Star; en vez de eso, yo tenía preparados su chaqueta y su cesto y cuando salía del escenario corríamos juntas hasta la puerta donde nos esperaba el cupé para llevarnos con intermitencias, a través del tráfico urbano, al teatro siguiente. En lugar de un solo traje durante todo su número, se ponía tres o cuatro; y mi labor de ayudante cobraba pleno sentido, pues le soltaba botones y gemelos mientras la orquesta tocaba entre las canciones y el público esperaba, a medio camino entre la expectación y la impaciencia, a que ella reapareciese.

Nuestro horario, por supuesto, era bastante especial, pues mientras Kitty siguió trabajando en dos, tres o cuatro salas por noche, volvíamos a Ginevra Road a las doce y media o a la una de la madrugada, cansadas y doloridas, pero todavía mareadas y acaloradas por nuestra travesía por la ciudad a la luz de la luna y por los ratos de espera nerviosa en camerinos y entre bastidores. Al volver encontrábamos a Sims, a Percy, a Tootsie y a los amigos y amigas de ésta, todos frescos y colorados y alegres

como nosotras, preparando té y cacao, tostadas de queso derretido y tortitas en la cocina de Mrs. Dendy. Luego aparecía la propia casera —porque había tenido inquilinos del teatro durante tanto tiempo que también había empezado a vivir según los horarios teatrales— y proponía una partida de cartas, una canción o un baile. En aquella casa no era posible mantener en secreto durante largo tiempo, que a mí me gustaba cantar y que tenía una voz bonita, por lo que algunas veces hacía un par de coros con Kitty. Nunca me acostaba antes de las tres de la mañana ni me levantaba antes de las nueve o diez, hasta tal punto y con tal rapidez me había olvidado de mis antiguas costumbres de ostrera.

No olvidé, por descontado, a mi familia ni mi casa. Les enviaba postales, como he dicho; les mandaba noticias de las funciones de Kitty y chismes del teatro. Me contestaban con cartas y pequeños paquetes y, por supuesto, toneles de ostras que yo le entregaba a Mrs. Dendy para que nos las sirviera en la cena. Y sin embargo, de una forma u otra, mis cartas a casa se hicieron más infrecuentes y respondía cada vez más tarde y más brevemente a sus noticias y regalos. «¿Cuándo vienes a vernos?», me escribían al final de sus misivas. «¿Cuándo vienes a Whitstable?» Y yo respondía: «Pronto, pronto…», o: «Cuando Kitty no me necesite…»

Pero Kitty me necesitaba siempre. Pasaron las semanas, cambió la estación; las noches eran más largas, oscuras y frías. Whitstable, en mi recuerdo, se volvió… no más tenue, sino eclipsado. No era que no pensase en mis padres, en Alice, en Davy y en mis primos…, sino sólo que pensaba más en Kitty y en mi nueva vida…

Pues no faltaban las cosas en que pensar. Yo era la ayudante de Kitty, pero también su amiga, su consejera, su acompañante en todo momento. Cuando aprendía una canción yo le sostenía la partitura, para apuntársela si no se acordaba. Cuando los sastres le probaban un traje yo observaba y asentía, o movía la cabeza si el corte no era el correcto. Yo la acompañaba cuando ella se dejaba guiar por el inteligente Bliss —o «Walter», debería decir, pues ahora le llamábamos por su nombre de pila, del mismo modo que para él éramos «Kitty» y «Nan»— y nos pasábamos horas, tal como él había aconsejado, en tiendas, plazas de mercado y estaciones de tren estudiando a los hombres; y aprendimos juntas la manera de andar del alguacil, el contoneo cansino del vendedor ambulante y el paso ligero del soldado de permiso.

Y al hacer esto parecía que aprendíamos los usos y costumbres de la revoltosa ciudad entera; y yo estaba cada vez más a gusto en Londres y también con Kitty; tan a gusto como eternamente fascinada y hechizada por ella. Visitamos los parques, aquellos grandes parques y jardines preciosos, que son tan extraños y verdeantes en medio de tanto polvo, aunque también poseen algo de la presteza de los pavimentos. Recorríamos el West End; nos sentábamos a contemplar todas aquellas vistas maravillosas, no sólo las célebres y grandiosas de Londres, los palacios y monumentos y museos, sino también los dramas más modestos y fugaces: el vuelco de un coche de caballos; la fuga de una anguila de la carretilla de un anguilero; el robo de un bolsillo, el tirón de un bolso.

Visitamos el río: fuimos al puente de Londres y al de Battersea y a todos los

puentes que hay entre ellos, sólo para contemplar, pasmadas, su cauce vasto y maloliente. Yo sabía que era el Támesis, en cuyo estuario se ensanchaba para formar la bahía agradable, clara y fértil en ostras donde yo había crecido. Me daba un pequeño escalofrío mientras miraba a los barcos de recreo debajo del puente Lambeth saber que había viajado contra la corriente, que había recorrido al revés el trayecto desde la metrópolis palpitante hasta el apacible y sencillo Whitstable. Sonreía únicamente cuando veía gabarras que traían pescado de Kent; no me despertaban añoranza. Y tampoco envidiaba a los gabarreros cuando hacían el trayecto de vuelta a lo largo del río.

Y en tanto paseábamos, mirábamos y nos sentíamos cada vez más fraternales y contentas, el año se acercaba a su término; seguíamos perfeccionando el número, y Kitty alcanzó un éxito relativo. Los contratos que Walter le agenciaba eran más duraderos y más generosos; pronto tuvo la agenda completa y hubo de rechazar ofertas. Tenía admiradores: caballeros que le mandaban flores e invitaciones a cenar (de las que se reía, para mi secreto deleite, y que ponía aparte); chicos que le pedían una foto; chicas que se congregaban en la puerta del escenario para decirle lo guapa que era, chicas a las que yo no sabía si compadecer, auspiciar o temer, pues se me parecían tanto que fácilmente habrían podido ocupar mi puesto y yo el de ellas.

Y sin embargo, a pesar de todo esto, Kitty no lograba convertirse en lo que anhelaba ser, lo que Walter le había prometido que sería: una estrella. Seguía trabajando en salas de las afueras y en las mejores del East End (y alguna que otra vez en escenarios que no estaban tan bien, como el Foresters y el Sebright, donde el público arrojaba botas y huesos de pies de cerdo a los números que no le gustaba). Su nombre no ascendió en la lista ni tuvo letras más grandes en los carteles de music-hall; sus canciones no las tarareaban ni silbaban en las calles. Walter dijo que el problema no estaba en la propia Kitty, sino en la índole de su número. Tenía demasiadas rivales; los travestidos —en otro tiempo tan especializados como un artesano del metal— se habían convertido de repente, y de una forma inexplicable, en una rutina cruelmente manida.

—¿Por qué todas las jovencitas que quieren en estos tiempos abrirse camino en las tablas tienen que actuar con pantalones? —nos preguntaba Walter, exasperado, cada vez que otra travestida hacía su debut en el circuito londinense—. ¿Por qué todas las cómicas absolutamente respetables quieren cambiar de pronto su espectáculo y se ponen pantalones de campana y bailan una danza de marineros? Kitty, tú has nacido para hacer de chico, eso lo ve hasta el más tonto; si actuaras en el teatro serio, serías Rosalind, o Viola, o Portia. Pero esas travestidas de tres al cuarto, Fannie Leslie, Fanny Robins, Bessie Bonehill, Millie Hylton, parecen tan naturales con su esmoquin como yo lo estaría con un polisón o un miriñaque. Me enfurece —hablaba sentado en nuestra salita, y al decir esto golpeó el brazo de su silla y las costuras vetustas de la misma exhalaron una ventosidad de polvo y pelo—, me enfurece ver que chicas con la décima parte de tu talento consiguen todos los contratos que deberían ser tuyos, ¡y todavía peor!, toda la fama. —Se levantó y colocó las manos en los hombros de Kitty—. Estás al mismo *borde* del estrellato —dijo,

dándole un pequeño empujón que obligó a Kitty a agarrarse de sus brazos para no caerse—. Tiene que haber algo, algo que podamos hacer para impulsarte, ¡algo que podamos añadir a tu espectáculo para distinguirte de todas esas colegialas y sus cabriolas!

Pero, por más que lo intentamos, no pudimos encontrarlo; y entretanto Kitty continuaba trabajando en los teatros inferiores, en los barrios más humildes —Islington, Marylebone, Battersea, Peckham, Hackney—, circundando Leicester Square, cruzando el West End en sus trayectos nocturnos de una sala a otra, pero sin entrar en los palacios que ella y Walter soñaban: el Alhambra y el Empire.

A decir verdad, a mí no me importaba mucho. Me apenaba por Kitty que su nueva y gran carrera en Londres no fuese tan grandiosa como había esperado; pero también, en privado, me sentía aliviada. Sabía lo inteligente, encantadora y guapa que era, y mientras una parte de mí quería como Walter, compartir esta certeza con el mundo, otra mayor ansiaba únicamente guardársela para sí, mantenerla segura y secreta. Estaba convencida de que perdería a Kitty si llegaba a hacerse muy famosa. No me hacía gracia que sus admiradores le enviasen flores o alborotasen en la puerta del teatro *pidiendo fotos y besos*; más fama reportaría *más flores y más besos*, y yo no creía que entonces ella seguiría riéndose de las invitaciones de caballeros, no creía que un día, entre todas aquellas admiradoras suyas, no hubiese una que le gustara más que yo…

Además, si se hacía más famosa sería también más rica. Podría comprarse una casa; tendríamos que abandonar Ginevra Road y a todas nuestras nuevas amistades; dejar nuestro pequeño cuarto de estar, dejar nuestra cama y ocupar alcobas separadas. Me era insufrible esta idea. Por fin me había acostumbrado a dormir al lado de Kitty. Ya no temblaba, ni me ponía rígida e incómoda cuando ella me tocaba, sino que había aprendido a entregarme a sus abrazos y a aceptar sus besos castamente, sin perder el control, y hasta, en ocasiones, a devolvérselos. Me había acostumbrado a verla profundamente dormida o desvestida. No contenía la respiración de puro pasmo, al abrir los ojos y ver su cara, inmóvil y envuelta en la penumbra de la fina luz gris del alba. La había visto desnudarse para lavarse o cambiarse de vestido. Estaba tan familiarizada con su cuerpo como con el mío; más incluso, de hecho, pues su cabeza, su cuello, sus muñecas, su espalda, sus miembros (que eran tan tersos, redondeados y pecosos como sus mejillas), su piel (que ella portaba con una grácil, maravillosa desenvoltura, como si fuese otro hermoso tipo de traje, de impecable corte y agradable de llevar) eran, a mi entender, tanto más fascinantes y deliciosos que los míos.

No, yo no quería que cambiase nada; ni siquiera cuando supe algo de Walter bastante desconcertante.

Era inevitable que, a fuerza de pasar tantas horas con Walter —trabajando en las canciones al piano de Mrs. Dendy, o cenando con él después de las funciones—, hubiéramos empezado a considerarle más un amigo que el agente de Kitty. Llegó un momento en que no sólo pasábamos con él los días laborables, sino también los domingos; de hecho, los domingos con Walter pasaron a ser la norma en vez de la

excepción, y aguzábamos el oído en Ginevra Road para captar el traqueteo de su coche, el estrépito de sus botas en los peldaños de nuestra buhardilla, sus golpes con los nudillos en la puerta de entrada y sus insensatos y exuberantes saludos. Nos traía noticias y chismorreos; nos llevaba en coche a la ciudad o a las afueras; paseábamos juntos, Kitty con la mano insertada en el codo de uno de los grandes brazos de Walter, yo con la mía en el otro codo y él como un tío bravucón, vociferante, enérgico y bondadoso.

Yo no pensaba nada a este respecto, salvo que resultaba grato, hasta una mañana en que estaba desayunando en compañía de Kitty, Sims, Percy y Tootsie. Era domingo, y Kitty y yo nos habíamos retrasado un poco; cuando Sims se enteró de a quién estábamos esperando, lanzó una exclamación: «¡La verdad, Kitty, Walter debe de esperar maravillas de ti! Nunca le he visto dedicar tanto tiempo a una de sus artistas. ¡Cualquiera pensaría que es tu pretendiente!» Pareció decirlo sin ninguna malicia; pero mientras lo decía vi sonreír a Tootsie y mirar de reojo a Percy —¡y algo peor!, vi a Kitty ruborizarse y mirar a otro lado—, y de golpe comprendí lo que todos sabían, y me maldije por no haberlo intuido antes. Media hora después, Walter se presentó en la puerta de la sala, ofreció a Kitty una mejilla reluciente y exclamó: «¡Bésame, Kitty!», pero yo no sonreí, sino que me mordí el labio, pensativa.

Estaba un poco enamorado de ella; quizás, en realidad, más que un poco. Lo vi entonces: vi las miradas húmedas que a veces le dirigía, y la torpeza de las miradas furtivas que se apresuraba a esconder. Vi cómo no desperdiciaba ni la más tonta oportunidad de besar la mano de Kitty, o de tirarle de la manga, o de rodearle los hombros esbeltos con su brazo, pesado y patoso de deseo; oí que a veces se le cascaba la voz, o se ponía pastosa, al dirigirse a ella. Ahora yo veía y oía todo esto porque —¡era el mismo motivo que a mí me había mantenido ciega y sorda!—, porque la pasión de Walter era la mía propia, que yo me había habituado desde hacía mucho tiempo a considerar inadvertida y lícita.

Yo casi le compadecía; casi le amaba. No le odiaba, o si lo hacía, era sólo del modo en que uno aborrece al espejo que muestra sus imperfecciones con una claridad estricta y espantosa. Tampoco le guardaba rencor por su presencia en aquellos paseos y visitas que, de lo contrario, Kitty y yo habríamos dado o hecho solas. Walter era mi rival, en cierto modo; pero por alguna razón extraña era casi más fácil amarla estando él que no estando. Su presencia me autorizaba a mostrarme atrevida, sentimental y alegre tal como él se mostraba; fingir que la adoraba, lo que prácticamente equivalía a poder adorarla en serio.

Y aunque aún anhelaba pero temía estrechar a Kitty…, bueno, como he dicho, el hecho de que Walter sintiera lo mismo probaba que mi contención y mi amor eran naturales y auténticos. Ella era una estrella —mi estrella privada—, y yo pensé que me conformaría, igual que Walter, con girar alrededor, incondicional y para siempre, en mi órbita invariable y lejana.

No podía saber qué pronto íbamos a chocar, ni con qué dramatismo.

Era ya diciembre, un diciembre frío para compensar el tórrido agosto, tan frío que el pequeño tragaluz encima de nuestra escalera, en la casa de Mrs. Dendy, estaba días enteros sepultado por el hielo; tan frío que cuando despertábamos por la mañana, nuestro aliento era gris como el humo y teníamos que acostarnos con enaguas y vestirnos debajo de las sábanas.

En Whitstable odiábamos el frío porque hacía mucho más penosa la faena de los pescadores. Recuerdo a mi hermano Davy sentado ante la lumbre en veladas de enero, llorando de dolor, lisa y llanamente, mientras la vida volvía a sus manos partidas y congeladas y a sus pies con sabañones. Recuerdo el dolor en mis propios dedos cuando acarreaba un cubo gélido tras otro de ostras invernales, y transvasaba el pescado, sin descanso, de agua de mar glacial a la sopa humeante.

En casa de Mrs. Dendy, sin embargo, a todo el mundo le encantaban los meses de invierno; cuanto más frío mejor, decían, porque las heladas y los vientos polares llenaban los teatros. Para muchos londinenses una entrada para el music-hall es más barata que un cubo de carbón; o si no más barata, al menos más divertida: ¿para qué quedarte en tu lúgubre salón, pateando y dando palmadas para mitigar el frío, cuando puedes visitar el Star o el Paragon, y patear y aplaudir con tus vecinos, y con Marie Lloyd acompañando? Las noches muy frías, los music-halls están llenos de niños que lloran: sus madres les llevan a las funciones para que no se duerman —y, quizás, nunca despierten— en sus cunas húmedas y expuestas a corrientes de aire.

Pero en la casa de Mrs. Dendy, aquel invierno, no nos preocupamos mucho de los bebés congelados; teníamos el ánimo alegre y desenfadado, porque se estaban vendiendo muchas entradas y todos teníamos trabajo y éramos un poquito más ricos. A principios de diciembre, Kitty logró figurar en el cartel de una sala de Marylebone, y actuaba allí dos veces por noche durante todo el mes. Era agradable cotillear en el cuarto de descanso entre funciones, sabiendo que no teníamos que hacer trayectos frenéticos de un lado a otro de Londres y a través de la nieve; y los demás artistas —un grupo de malabaristas, un prestidigitador, dos cantantes, cómicos y un matrimonio de enanos, «Los Pulgarcitos»—estaban tan contentos como nosotras, y nos brindaban una jovial compañía.

El espectáculo terminó en Navidad. Quizás debería haber pasado la festividad en Whitstable, porque sabía que para mis padres sería un desencanto no tenerme con ellos. Pero también sabía cómo sería la cena de Nochebuena en casa. Habría veinte primos reunidos alrededor de la mesa, hablando todos al mismo tiempo y todos robando pavo de los platos ajenos. Habría tanto jaleo y bullicio que era imposible, pensé, que me echasen de menos, mientras que Kitty, al contrario, sí notaría mi ausencia si me iba con mi familia; y sabía, además, que yo notaría la suya horriblemente y que sólo serviría para hacer desgraciado a todo el mundo. En suma, que pasamos la noche juntas —con Walter presente, como de costumbre— en la mesa de Mrs. Dendy, comiendo ganso y brindando una y otra vez con champán y cerveza por el nuevo año.

Desde luego, hubo regalos: regalos de casa, que mamá me expidió con una notita severa que no dejé que me abochornara: y regalos de Walter (un broche para

Kitty, un alfiler de sombrero para mí). Envié paquetes a Whitstable e hice regalos a Mamá Dendy; y a Kitty le compré la cosa más bonita que pude encontrar; una perla, una perla sola e intachable, engastada en plata y colgada de una cadena. Me costó diez veces más que cualquier regalo que hubiese comprado hasta entonces, y temblé al cogerla. Mrs. Dendy, cuando se la enseñé, torció el gesto. «Las perlas traen lágrimas», dijo, y meneó la cabeza: era muy supersticiosa. A Kitty, sin embargo, le pareció bella y me obligó en el acto a abrochársela en el cuello, y cogió un espejo para verla colgando un palmo por debajo del hoyo de su hermosa garganta. «No me la quitaré nunca», dijo, y nunca se la quitó, sino que siempre la llevaba encima, incluso en el escenario, debajo de los fulares y las corbatas.

Ella también, por supuesto, me regaló algo. Venía en una caja con un lazo, envuelta en papel de seda, y resultó ser un vestido: el vestido más bonito que yo jamás había tenido, un largo y fino vestido de noche, de color azul muy oscuro, con una faja de satén crema alrededor de la cintura, y sendos encajes gruesos en el busto y el dobladillo; un vestido que yo sabía que era demasiado hermoso para mí. Meneé la cabeza, incrédula, cuando lo saqué de su envoltorio y lo sostuve contra mí delante del espejo.

—Es precioso —le dije a Kitty—, pero ¿cómo voy a quedármelo? Es demasiado elegante. Tienes que devolverlo, Kitty. Es carísimo.

Pero ella, que había observado cómo yo lo cogía, con ojos oscuros y brillantes, se rió al verme tan azorada.

—¡Bobadas! —dijo—. Ya es hora de que empieces a ponerte vestidos decentes, y no esas ropas espantosas de colegiala que te trajiste de casa. Tengo un vestuario decente, y tú también deberías tenerlo. Y desde luego que podemos permitírnoslo. Y de todos modos no puedo devolverlo, porque te lo han hecho a medida, como la zapatilla de Cenicienta, y es de una talla tan especial que no le valdría a nadie más.

¿Hecho a medida? ¡Todavía peor!

—Kitty —dije—, no, de verdad. No me sentiría cómoda con él…

—Pues tienes que hacerlo —dijo ella—. Y, además —manoseó la perla que yo acababa de ponerle en el cuello y miró a otra parte—, ahora las cosas me van muy bien. No puedo consentir que mi ayudante vaya por ahí con las ropas heredadas de su hermana. No es que sea muy apropiado, ¿eh?

Lo dijo a la ligera, pero al momento vi lo ciertas que eran sus palabras. Yo tenía por entonces mis propios ingresos, había gastado el sueldo de dos semanas en la perla y la cadena, pero conservaba los escrúpulos de Whitstable respecto a gastar dinero en mí misma. Me sonrojó pensar que ella alguna vez me hubiese considerado desgarbada.

Guardé el vestido en atención a ella, y me lo puse por primera vez algunas noches después. La ocasión fue una fiesta de fin de temporada en el teatro Marylebone, donde habíamos pasado un mes tan dichoso. Iba a ser una gran velada. Kitty había encargado para la fiesta un vestido nuevo y precioso, de raso de China, escote bajo, manga corta y un color rosa cálido como el del corazón de un capullo de rosa. Se lo sostuve para que se lo pusiera y le ayudé a abrocharlo; miré cómo se

calzaba los guantes… en todo momento herida por su belleza, pues el rosado de la seda resaltaba el rojo de sus labios y tornaba su garganta más luminosa y sus ojos y su pelo tanto más castaños y lustrosos. No lucía más joyas que la perla que yo le había regalado y el broche que le había regalado Walter. En realidad, no casaban: el broche era de color ámbar. Pero Kitty habría podido llevar cualquier cosa —un collar de tapones de botellas en el cuello— y aun así, a mis ojos, parecer una reina.

Ayudarle a abrocharse los botones retrasó mi hora de vestirme; le dije que bajase sin mí. Cuando se hubo ido, saqué el vestido encantador que me había regalado y me planté ante el espejo para verme; me enfurruñó lo que vi. El vestido me transfiguraba de tal modo que en la práctica parecía un disfraz. En la media luz estaba tan oscuro como si fuese medianoche; mis ojos parecían más azules de lo que eran, y mi pelo más claro, y la falda larga y la faja en el talle me hacían más alta y delgada que nunca. No tenía en absoluto la apariencia de Kitty con su vestido rosa; más bien parecía un chico que se hubiera puesto, para hacer el payaso, el vestido de baile de su hermana. Me alisé la trenza y la cepillé; como no tenía tiempo de enrollarla, la retorcí hasta formar un nudo en la nuca y clavé en él una peineta. Pensé que el moño destacaba las líneas duras de mi mandíbula y pómulos, y que ensanchaba aún más mis hombros anchos. Fruncí de nuevo el ceño y aparté la vista. Tendría que conformarme, y en todo caso valdría para que Kitty, a mi lado, luciera más todavía.

Bajé a reunirme con ella. Al empujar la puerta de la sala la vi charlando con los demás; aún estaban cenando. Tootsie fue la primera que me vio, y debió de asestarle un codazo a Percy, que estaba a su lado, pues él levantó la cara del plato y al verme lanzó un silbido. Sims miró en mi dirección y fue como si nunca me hubiera visto: dejó el tenedor suspendido en el aire a mitad de camino hacia su boca abierta. Mrs. Dendy le siguió la mirada y emitió una tos tremenda.

—¡Pero, Nancy! —dijo—. ¡Mira por dónde! Estás hecha una monada, como una verdadera señorita, ¡delante de nuestras propias narices!

Al oír eso, Kitty también se volvió a mirarme; y puso una cara de asombro y confusión que era como si, por un segundo, ella tampoco me hubiese visto nunca; y no sé qué mejillas estaban más sonrosadas, si las suyas o las mías.

Soltó una risita tensa.

—Muy mona —dijo, y miró a otra parre; ante lo cual, pensé, desventurada, que el vestido me sentaba aún peor de lo que me había parecido, y me dispuse a pasar una velada triste.

Pero no lo fue; fue alegre, cordial, ruidosa y muy concurrida. Para que todos cupiéramos, el director hizo instalar una plataforma desde el final del escenario hasta el fondo del foso de la orquesta, y había contratado a ésta para que tocase valses y piezas escocesas, y había hecho poner en los bastidores mesas llenas de pasteles y gelatinas, barriles de cerveza y cuencos de ponche, y filas enteras de botellas de vino.

Kitty y yo fuimos muy piropeadas por nuestros vestidos nuevos; *y a mí, en especial*, la gente me sonreía y exclamaba, llamándome a través del griterío: «¡Qué guapa estás!» Una mujer —la ayudante del prestidigitador— me cogió de la mano y

dijo: «¡Querida, estás tan mayor que no te he reconocido!»; lo mismo que me había dicho Mrs. Dendy una hora antes. Sus palabras me impresionaron. Kitty y yo estuvimos juntas toda la velada pero, poco después de medianoche, se separó para reunirse con un grupo que se había congregado alrededor de las mesas de champán y yo me quedé al margen, meditabunda. No tenía costumbre de considerarme una mujer adulta, pero entonces, con aquel bonito vestido de satén y encaje azul y crema, empecé por fin a sentirme como tal y a comprender, de hecho, que era una mujer hecha y derecha: tenía dieciocho años, había abandonado la casa de mis padres quizás para siempre, me ganaba el sustento y pagaba el alquiler de mi propio alojamiento en Londres. Me observé desde una cierta distancia, mientras apuraba el vino como si fuese cerveza de jengibre, y charlaba y bromeaba con los tramoyistas, que tanto miedo me daban en otro tiempo; me observé al aceptar un cigarrillo de un músico de la orquesta, al encenderlo y dar una calada con un suspiro de satisfacción. ¿Cuándo había empezado a fumar? No me acordaba. Me había acostumbrado hasta tal punto a sostener el pitillo de Kitty mientras ella se cambiaba de ropa, que poco a poco había adquirido el hábito. Ahora fumaba tanto que la mitad de mis dedos —que, cuatro meses antes, habían estado continuamente rosas y arrugados, de tanto bañarlos en la cuba de ostras— tenía la punta manchada de amarillo mostaza.

El músico —creo que tocaba la corneta— dio un pasito insinuante hacia mí.

—¿Eres amiga del director? —dijo—. No te he visto nunca en el teatro.

Yo me reí.

—Sí me has visto. Soy Nancy, la ayudante de Kitty Butler. Él enarcó las cejas y se inclinó para inspeccionarme de la cabeza a los pies.

—¡Vaya! Pues sí que lo eres. Creía que eras sólo una niña. Pero ahora te he tomado por una actriz o una bailarina.

Sonreí y moví la cabeza. Hubo una pausa mientras él daba un sorbo de su copa y se limpiaba el bigote.

—Seguro que bailas de maravilla —dijo él—. ¿Qué tal esta pieza?

Señaló con un gesto el tumulto de parejas que bailaban el vals al fondo del escenario.

—Oh, no —dije—. He bebido demasiado. Él se rió.

—¡Tanto mejor!

Posó su bebida, apretó el cigarrillo entre los labios, me puso las manos en la cintura y me levantó en vilo. Lancé un grito; él empezó a girar y a agacharse, imitando con una payasada los pasos de vals. Cuanto más fuerte yo reía y gritaba, tanto más rápido él me daba vueltas. Un grupo de personas miró hacia nosotros y sonrió y aplaudió.

Al final él tropezó y estuvo a punto de caerse, y me depositó en el suelo con un ruido sordo.

—Ahora dime que no bailo el vals como un maestro —dijo, sin resuello.

—No —dije—. Me has dejado mareada como un pulpo, y… —palpé la delantera de mi vestido— ¡me has estropeado la faja!

—Yo te la arreglo —dijo, tomándome otra vez de la cintura. Con un aullido, me

puse lejos de su alcance.

—¡Ni hablar! —dije—. Lárgate y déjame en paz.

Él me agarró y me hizo tantas cosquillas que empecé a reírme. Las cosquillas siempre me hacen reír, aunque me las haga alguien que no me interesa; pero al cabo de unos minutos de este tira y afloja, me dejó tranquila y se fue con sus amigos de la orquesta.

Volví a revisar mi faja con las manos. Temía que me la hubiese estropeado de verdad, pero no veía lo suficiente para estar segura. Apuré mi copa de un trago —era, supongo, la sexta o la séptima que había bebido— y me escabullí fuera del escenario. Primero me dirigí a los lavabos, y luego bajé al camerino. Lo habían abierto aquella noche para que las mujeres tuvieran un sitio donde colgar los abrigos, y estaba frío, vacío y casi a oscuras, pero tenía un espejo, y ante él me detuve, arrugando los ojos y tirando del vestido para enderezarlo.

No llevaba allí más de un minuto cuando oí un sonido de pasos en el pasillo, seguidos de un silencio. Giré la cabeza para ver quién era y descubrí que era Kitty. Tenía el hombro apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados. No estaba en la postura normal —la suya habitual— de quien lleva un vestido de noche. Estaba plantada como lo hacía en el escenario cuando llevaba pantalones: una actitud insolente. Tenía la cara vuelta hacia mí y yo no veía su pelo ni la prominencia de sus pechos. Estaba muy pálida; había una mancha de champán en su falda, de una copa que la había salpicado.

—Salud, Kitty —dije. Pero ella no me devolvió la sonrisa. Se limitó a mirarme, impávida. Volví a dirigir a la copa una mirada vacilante, y seguí arreglando mi faja. Cuando al fin habló, supe que estaba bastante borracha.

—¿Has visto algo que te gusta? —dijo. Me volví sorprendida hacia ella, y avanzó un paso hacia el interior del cuarto.

—¿Qué?

—He dicho: «¿Has visto algo que te gusta, Nancy?» Parece que esta noche todo el mundo ha visto algo. Algo que le ha llamado la atención.

Tragué saliva, sin saber qué responderle. Se acercó más, se paró a unos pasos de mí y continuó mirándome de aquella forma serena y arrogante.

—Has sido muy descarada con el cornetista, ¿no? —dijo entonces.

Pestañeé.

—Estábamos bromeando.

—¿Bromeando? Te ha manoseado entera.

—Oh, Kitty, ¿qué dices?

Casi me tembló la voz. Era horrible verla tan furiosa; creo que en todas las semanas que llevábamos juntas, no había mostrado ni una nota de impaciencia.

—Sí, manoseado —dijo—. Te he estado mirando, yo y la mitad de la gente. ¿Sabes cómo van a empezar a llamarte? «Miss Coqueta.»

¡Miss Coqueta! No supe entonces si reír o llorar.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —le pregunté.

—Porque es verdad. —De pronto su tono se volvió hosco—. No te habría

comprado un vestido tan bonito si hubiera sabido que ibas a ponértelo para coquetear.

—¡Oh! —Di una patada desmañada contra el suelo; supongo que yo estaba tan bebida como ella—. ¡Oh! —Me llevé los dedos al cuello del vestido y busqué a tientas los broches—. ¡Voy a quitarme ahora mismo este maldito vestido y lo devuelves a la tienda, si eso es lo que piensas! —dije.

Al oír esto, ella avanzó otro paso y me agarró del brazo.

—No seas tonta —dijo, con un tono ligeramente contrito. Me zafé de su mano y seguí forcejeando con los botones del vestido; totalmente en vano, pues con el vino, combinado con mi rabia y mi sorpresa, no daba una a derechas. Kitty me agarró otra vez; empezamos casi a pelearnos.

—¡No tolero que me llames coqueta! —dije, mientras ella me daba tirones—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido? ¡Oh! Si tú supieras…

Me llevé la mano a la nuca; sus dedos siguieron a los míos, su cara se me acercó. Al ver eso, súbitamente me sentí aturdida. Creía haberme convertido en su hermana, como ella quería. Creía haber refrenado, enfriado y reprimido mis deseos lascivos. Pero en aquel momento sólo sabía que ella me rodeaba con el brazo, que tenía su mano en la mía y su aliento caliente en mi mejilla. La agarré; no para poder empujarla mejor, sino para aproximarla. Poco a poco cesó el mutuo forcejeo y nos quedamos inmóviles, con la respiración entrecortada y el corazón acelerado. Sus ojos eran redondos y negros como azabache; noté que sus dedos me soltaban la mano y se deslizaban por mi cuello.

Entonces, de pronto, se oyó un estruendo en el pasillo de fuera y el rumor de pasos. Kitty se sobresaltó en mis brazos como si hubiera sonado un disparo, y retrocedió a toda prisa media docena de pasos. Una mujer —Esther, la ayudante del prestidigitador— apareció al otro lado de la puerta abierta. Estaba pálida y parecía enormemente seria. Dijo:

—Kitty, Nan, no os lo vais a creer. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo aplicó a la boca—. Acaban de llegar unos chicos que vienen del hospital de Charing Cross. Dicen que allí está Gully Sutherland… —Era el cantante cómico que había actuado en la función de Kitty en el Palace de Canterbury—. ¡Dicen que allí está Gully…, que se ha emborrachado y se ha matado de un tiro!

Era cierto; todos supimos, al día siguiente, por horrible que fuera, que era cierto. Yo nunca lo habría sospechado, pero me había enterado tras mi llegada a Londres de que Gully tenía fama en el gremio de empinar el codo. No había función que no terminara sin entrar en una taberna en el camino de vuelta a su casa; y la noche de nuestra fiesta había estado bebiendo en Fulham. Allí, escondido en un rincón de la cantina, había entreoído decir a un fulano en el mostrador que Gully Sutherland estaba acabado y que debía dejar paso a artistas más divertidos, que había asistido a su último espectáculo y que sus chistes ya no tenían gracia. El camarero dijo que cuando Gully oyó esto fue donde el hombre, le estrechó la mano y le invitó a una cerveza, y que luego invitó a cerveza a todo el mundo. Después se fue a su casa, cogió una pistola y se pegó un tiro en el corazón…

Nada de esto sabíamos aquella noche en Marylebone, sólo sabíamos que Gully había sufrido un ataque y que se había quitado la vida; pero la noticia puso fin a la fiesta y nos dejó a todos, lo mismo que a Esther, nerviosos y serios. Kitty y yo, al saber lo ocurrido, subimos al escenario; ella me agarraba de la mano mientras subíamos a trompicones la escalera, pero ahora compungida, creo, más que efusiva. El director había hecho encender todas las luces del local y la orquesta había afinado sus instrumentos; algunas personas estaban llorando y el músico que me había hecho cosquillas rodeaba con el brazo a una chica temblorosa. Esther exclamó: «Oh, ¿no es espantoso, no es horrible?»

Supongo que el vino agravaba la conmoción general.

Yo, sin embargo, no sabía cómo reaccionar. No conseguía pensar en Gully: mis pensamientos seguían concentrados en Kitty, en aquel momento en el camerino en que había sentido su mano sobre mí y creí presentir que entre nosotras surgía otra clase de entendimiento. Ella no me había mirado desde entonces, y ahora se había ido a hablar con uno de los chicos que habían traído la noticia del suicidio de Gully. Pero al cabo de un rato vi que ella meneaba la cabeza, se alejaba y me pareció que me buscaba; en cuanto me vio —esperándola en la penumbra de bastidores—, vino y suspiró.

—Pobre Gully. Dicen que se ha traspasado el corazón…

—Y pensar que fue gracias a Gully que fui a Canterbury a verte…

Kitty me miró y tembló; le puse una mano en la mejilla, como debilitada por la tristeza. Pero no me atreví a moverme para consolarla; permanecí como estaba, infeliz y dubitativa.

Ella asintió cuando le dije que debíamos irnos, ya que otras personas se estaban marchando. Volvimos al camerino a buscar los abrigos: dentro, todas las luces estaba encendidas y había mujeres con la cara blanca y pañuelos delante de los ojos. Después salimos a la puerta del escenario y aguardamos a que el portero nos encontrase un coche. La espera pareció durar un siglo. Eran las dos de la mañana o más tarde cuando emprendimos el regreso a casa; sentadas en asientos separados, en silencio, Kitty repetía, a cada rato; «¡Pobre Gully! ¡Hacer algo así!», y yo estaba todavía borracha, todavía aturdida, desesperadamente conmovida, pero aún insegura.

Hacía un frío glacial y una noche preciosa; perfectamente tranquila, después de haber dejado atrás la algarabía de la fiesta, y silenciosa. Había niebla en las calles, y hielo espeso en las calzadas; de vez en cuando notaba que las ruedas de nuestro coche patinaban y percibía el ruido del avance titubeante y resbaladizo del caballo y las discretas maldiciones del cochero.

A nuestro lado las aceras brillaban de escarcha, y todas las farolas resplandecían en la niebla, desde el centro de su halo amarillento. Durante largos trechos, nuestro coche era el único que circulaba por las calles; el caballo, el cochero, Kitty y yo podríamos haber sido las únicas criaturas despiertas en una ciudad de piedra, hielo y sueño.

Por fin llegamos al Lambeth Bridge, donde unas pocas semanas antes Kitty y yo habíamos contemplado las embarcaciones de recreo. Aquella noche, con las caras pegadas a la ventanilla, lo vimos todo completamente transformado; vimos las luces del Embankment, un cinturón de cuentas ámbar que se disolvían en la noche; y la gran mole oscura y recortada del Parlamento, asomadas al río; y al mismo Támesis, con sus barcas atracadas y silentes y su agua gris, lenta y espesa, y algo extraña.

Fue el río lo que impulsó a Kitty a bajar la ventanilla y gritar al cochero, con una voz alta y excitada, que parase. Abrió la portezuela del coche, me arrastró al pretil de piedra del puente y me cogió la mano.

—Mira —dijo. Toda su pena parecía olvidada. Abajo, en el agua, había grandes bloques de hielo, de dos metros de largo, flotando y virando lentamente en la corriente agitada, como focas solazándose.

El Támesis se estaba congelando.

Miré primero al río, luego a Kitty y después al puente donde estábamos. No había nadie cerca, salvo nuestro cochero, que se había subido el cuello de su capa hasta las orejas y estaba atareado con su pipa y su petaca. Miré al río de nuevo, a aquella transformación extraordinaria y ordinaria, aquella sumisión a los apremios de la ley natural, que sin embargo resultaba tan singular y perturbadora.

Parecía un pequeño milagro, realizado sólo para Kitty y para mí.

—¡Qué frío tiene que estar! —dije en voz baja—. Imagínate que se congelara todo el río, que se congelara desde aquí hasta Richmond. ¿Lo cruzarías a pie?

Kitty tiritó y negó con la cabeza.

—El hielo se rompería —dijo—. Nos hundiríamos y nos ahogaríamos; ¡o nos quedaríamos atrapadas y moriríamos de frío!

Yo había esperado que ella sonriera, no que me diera una respuesta seria. Vi a nosotras dos flotando en el Támesis, en dirección al mar —rebasando Whitstable, quizás— sobre un pedazo de hielo no más grande que una tortita.

El caballo dio un paso y resonó la brida; el cochero tosió. Nosotras seguíamos contemplando el río, en silencio e inmóviles, y las dos, a la postre, con semblante grave.

Por fin Kitty susurró:

—Qué raro es.

No contesté; miré solamente hacia donde se arremolinaba el agua cuajada, densa y díscola, en torno a los pilares del puente, a nuestros pies. Pero cuando ella tiritó otra vez, me acerqué un paso más a ella y noté que se recostaba en mí como respuesta. Hacía un frío glacial en el puente; deberíamos habernos alejado del pretil para guarecernos en el interior del coche. Pero nos resistíamos a dejar la vista del río helado; y también, quizás, a perder el calor de nuestros cuerpos ahora que lo habíamos descubierto.

Tomé su mano. Noté sus dedos tiesos y fríos dentro del guante. Me puse su mano en la mejilla; no la calentaba. Sin apartar los ojos del agua, solté el botón de su muñeca, despojé a Kitty del mitón y apreté sus dedos contra mis labios para calentarlos con mi aliento.

Suspiré, con suavidad, contra sus nudillos; le giré la mano y respiré sobre la palma. No se oía nada más que el chapaleteo y el crujido insólitos del río helado. «Nan», dijo ella entonces, muy bajo.

La miré, con su mano todavía prensada contra mi boca y mi aliento todavía húmedo en sus dedos. Había levantado su cara hacia la mía, y su mirada era oscura, extraña y densa como el río de abajo.

Dejé caer la mano; ella mantuvo sus dedos sobre mis labios y luego los movió, muy lentamente, hasta mi mejilla, mi oreja, mi garganta, mi cuello. Sus facciones se estremecieron de repente y dijo, en un susurro.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad, Nan?

Creo que suspiré: suspiré al saber —¡saber seguro, por fin!— que *había algo que decir*. Y entonces incliné mi cara hacia la suya y cerré los ojos.

Su boca, al principio, estaba helada, y luego muy caliente, lo único caliente, me pareció, que había en toda la ciudad helada; y cuando separó los labios —cosa que hizo al cabo de un momento, para lanzar una mirada rápida e inquieta hacia nuestro cochero, que daba cabezadas, encorvado—, sentí los míos húmedos, doloridos y desnudos en las brisas cortantes de diciembre, como si su beso los hubiese despellejado.

Permanecimos así durante un minuto, o quizás un poco más; el coche crujió, cuando el cochero cambió de postura en su asiento, y Kitty se separó rápidamente. Yo no podía apartar mis manos de ella, pero me agarró de las muñecas y me besó los dedos y soltó una especie de risa nerviosa y un cuchicheo: «¡Me besarás hasta dejarme sin vida!»

Entró en el coche y yo subí detrás de ella, trémula, atontada y medio ciega creo, de agitación y deseo. Se cerró la portezuela, el cochero alertó a su poni, el carruaje dio una sacudida y un patinazo. Dejamos atrás el río helado…, ¡insulso, comparado con aquel nuevo milagro!

Estábamos sentadas juntas. Ella volvió a ponerme las manos en la cara y tirité de tal forma que la mandíbula me daba brincos debajo de los dedos de Kitty. Pero no volvió a besarme: en vez de hacerlo, apoyó la cara en mi cuello, con lo que su boca quedaba fuera de mi alcance, pero caliente contra la piel de debajo de mi oreja. La mano, todavía sin el guante y blanca de frío, la deslizó en la abertura frontal de mi chaqueta; su rodilla me apretaba muy fuerte la mía. Con el balanceo del cupé sentía que sus labios, sus dedos, su muslo se volvían cada vez más pesados, cada vez más calientes y más cerca de mí, hasta que me embargaron ganas de retorcerme bajo su presión y de gritar. Pero ella no dijo palabra, ni me besó ni me acarició; y en mi temor reverencial y mi ignorancia permanecí quieta, como ella parecía desear. El trayecto en cupé desde el Támesis a Brixton fue, en consecuencia, el más delicioso y el más terrible que he hecho en mi vida.

Sin embargo, notamos que el coche viraba y que finalmente, despacio, se paraba, y oímos que el cochero golpeaba el techo con el mango de su fusta para anunciarnos que habíamos llegado a casa: estábamos tan calladas que debió de pensar que nos habíamos dormido.

Recuerdo poco de nuestra entrada en la pensión de Mrs. Dendy: las torpes tentativas de introducir la llave en la cerradura, la ascensión de la escalera a oscuras, la casa dormida y silenciosa. Recuerdo que hicimos un alto en el rellano, debajo de la claraboya por donde se veían las estrellas muy pequeñas y brillantes, y que apreté en silencio los labios contra la oreja de Kitty, mientras ella se agachaba para abrir la puerta de nuestro cuarto; recuerdo que se apoyó en ella cuando la hubo cerrado y que exhaló un suspiro, extendió hacia mí la mano y me atrajo hacia ella. Recuerdo que no me permitió que acercase una vela a la lámpara de gas; en la oscuridad, me llevó trastabillando al dormitorio.

Y recuerdo, con toda claridad, todo lo que sucedió allí dentro.

El cuarto estaba gélido, tan frío que parecía un desatino quitarse la ropa y exponer al aire la piel desnuda; pero además violentaba un instinto más acuciante de conservar la ropa puesta. En el camerino del teatro yo había estado torpe, pero ahora no lo estuve. En un santiamén me quedé en bragas y camiseta y, al oír que Kitty despotricaba contra los botones de su vestido, me agaché para ayudarla. Por un instante, con mis dedos tironeando de ganchos y cintas, y los suyos tirando de los alfileres que le sujetaban el pelo o la trenza, se hubiese dicho que estábamos en los bastidores de un teatro, haciendo un cambio apresurado entre un número y otro.

Por fin estuvo desnuda, sin nada más encima que la perla y la cadena en el cuello; giró en mis manos, rígida y con la piel punteada de carne de gallina, y sentí el roce de sus pezones y del vello entre sus muslos. Luego se alejó y crujieron los muelles de la cama; al oírlos, no esperé a despojarme del resto de mi ropa, sino que la seguí a la cama y la encontré tiritando debajo de las sábanas. Allí nos besamos con más comodidad, pero más ardientemente que antes; y por último se le calmó la tiritona…, pero no cesaron los temblores.

Sin embargo, en cuanto sus miembros desnudos empezaron a tensarse contra los míos, me ganó una timidez súbita, sobrecogida. Me incliné sobre ella.

—¿De verdad puedo… tocarte? —susurré. Ella emitió otra vez una risa nerviosa, y ladeó la cabeza contra la almohada.

—Oh, Nan —dijo—, ¡creo que me moriré si no lo haces!

A tientas, pues, levanté la mano y le hundí los dedos en el pelo. Le toqué la cara: la frente, que se curvaba; la mejilla, con sus pecas; los labios, la barbilla, la garganta, la clavícula, el hombro… Aquí, de nuevo tímida, demoré la mano… hasta que con la cara todavía ladeada y los ojos cerrados muy fuerte, me cogió la muñeca y suavemente condujo mis dedos hasta sus pechos. Cuando se los toqué ella suspiró y se volvió; y al cabo de unos minutos volvió a agarrarme de la muñeca y la desplazó más abajo.

Allí Kitty estaba húmeda, y lisa como terciopelo. Por supuesto, hasta entonces yo nunca había tocado a nadie de aquella manera, excepto, algunas veces, a mí misma; pero fue como si me tocase yo misma, porque la mano resbaladiza que la acariciaba a ella parecía acariciarme a mí: sentí que mis bragas se ponían húmedas y calientes, y que mis caderas se zarandeaban como las de Kitty. Enseguida abandoné mis roces suaves y empecé a friccionarla con bastante energía. «¡Oh!», dijo ella, en

voz muy queda; cuando aceleré la fricción, dijo otra vez «¡Oh!». Después, «¡Oh, oh, oh!»: una andanada de «¡Ohs!» tenues, veloces y entrecortados. Kitty corcoveaba, y la cama emitió un crujido de respuesta; las manos de Kitty empezaron a rozar distraídamente la piel de mis hombros. No parecía haber en todo el mundo más movimiento, más ritmo que el que yo imprimía con un solo dedo húmedo entre sus piernas.

Finalmente jadeó, se puso tensa, me apartó la mano y cayó hacia atrás, pesada y fláccida. La estreché contra mí y por un momento permanecimos muy quietas. Sentía su corazón latiendo locamente en su pecho; cuando se calmó un poco, Kitty se removió, suspiró y me puso una mano en su mejilla.

—Me has hecho llorar —musitó.

Me incorporé.

—¿Lo dices de verdad, Kitty?

—Sí, de verdad.

Hizo una mueca que era a medias risa y a medias sollozo; volvió a frotarse los ojos y al retirarle los dedos de la cara vi que había lágrimas en ellos. Le apreté la mano, con una aprensión súbita.

—¿Te he hecho daño? ¿Te he hecho algo malo? ¿Te he hecho daño, Kitty?

Ella movió la cabeza, resopló y se rió con mayor libertad.

—¿Daño? Oh, no. Sólo ha sido… tan dulce. —Sonrió—. Y eres… tan buena. Y yo… —Resopló de nuevo, sepultó la cara en mi pecho y me ocultó sus ojos—. Yo… ¡oh, Nan, te quiero tanto, tantísimo!

Tumbada a su lado, la rodeé con mis brazos. Me olvidé por completo de mi propio placer, y ella no hizo ademán de recordármelo. Me olvidé también de Gully Sutherland, que tres horas antes se había disparado en el corazón porque un hombre no se había reído durante su actuación. Simplemente permanecí tumbada, y Kitty no tardó en dormirse. Examiné su cara, de un color crema pálido en la oscuridad, y pensé *Me ama, me ama*, como una loca con una margarita, que incesantemente repite lo mismo al deshojar el último pétalo pardusco.

A la mañana siguiente nos sentimos cohibidas al principio, y me parece que Kitty lo estaba más que yo.

—¡Cuánto bebimos anoche! —dijo, sin mirarme; y durante un instante terrible pensé que quizás sólo había sido el champán lo que la había arrojado en mis brazos e impulsado a decirme que me amaba tanto, tantísimo… Pero al hablar se puso colorada. Sin poder contenerme, dije:

—¡Me moriré, Kitty, si te desdices de todo lo que me dijiste anoche!

Entonces ella levantó los ojos hacia los míos y vi que simplemente le inquietaba que yo hubiera estado borracha… Y luego nos miramos y remiramos; y a pesar de los miles de veces que la había mirado, era como si lo estuviese haciendo por primera vez. Habíamos vivido, dormido y trabajado juntas durante medio año; pero había habido una especie de velo entre nosotras que nuestros gritos y susurros de la noche

anterior habían rasgado. Kitty parecía exaltada, lavada…, recién nacida hasta tal punto que apenas me atrevía a apretar su piel por miedo a dejarle marcas; hasta el extremo de que temía, casi, besar sus labios, por miedo a lastimarlos.

Pero los besé; y luego, acostada, observé a mis anchas cómo ella se salpicaba de agua la cara y los brazos, y se abrochaba la ropa interior y el vestido, y se abotonaba los zapatos. Mientras se peinaba encendí un cigarrillo: prendí la cerilla y casi la dejé consumirse entre mis dedos, mirando cómo la llama devoraba la madera. Dije:

—Cuando te conocí, siempre que pensaba en ti me encendía toda yo, como una lámpara. Tenía miedo de que la gente lo viera… —Ella sonrió. Sacudí la cerilla—. ¿No sabías —dije después—, no sabías que yo te quería?

—No estoy segura —respondió; luego suspiró—. No me gustaba pensar en ello.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Me parecía más fácil ser tu amiga…

—Pero, Kitty, ¡eso es exactamente lo que yo pensaba! Y, ¡oh!, ¿no era durísimo? Yo creía que si tú supieras que me gustabas como…, como novia… En fin, yo nunca había oído hablar de una cosa parecida, ¿y tú?

Se colocó delante del espejo para arreglarse otra vez los alfileres de la trenza y, sin volverse, dijo:

—Es verdad que no he querido nunca a ninguna otra chica como te quiero a ti…

Al decir esto vi que se le sonrojaban el cuello y las orejas, y yo, a mi vez, me sentí débil y tibia y tonta; pero asimismo capté un atisbo de algo detrás de sus palabras.

—Te ha ocurrido antes, entonces… —dije de golpe y porrazo. Se puso más colorada que nunca, pero no quiso contestarme, y guardé silencio. Lo cierto era que la amaba demasiado para preocuparme de las otras chicas a las que habría podido besar antes que a mí—. ¿Cuándo empezaste —pregunté a continuación— a pensar en mí como…? ¿Cuándo empezaste a pensar que podrías llegar a… quererme?

Ella se volvió y sonrió.

—Recuerdo cientos de veces —dijo—. Recuerdo cómo me limpiabas y ordenabas el vestuario; recuerdo cómo te ruborizabas cuando te daba las buenas noches. Recuerdo cómo me abriste una ostra en la mesa de tu padre… Creo que entonces ya te quería. La verdad es que…, me da vergüenza decirlo…, que debió de ser en aquel momento, en el Palace de Canterbury, el momento en que olí por primera vez el olor a ostras en tus dedos, cuando empecé a pensar en ti como… no hubiera debido.

—¡Oh!

—Y me da todavía más vergüenza decirte —prosiguió, en un tono ligeramente distinto— que hasta ayer por la noche, cuando te vi flirteando con aquel chico y me puse tan celosa…, no supe cuánto, cuánto…

—Oh, Kitty. —Tragué saliva—. Me alegro de que lo sepas, por fin.

Ella apartó la mirada y luego vino hacia mí, me quitó el cigarrillo y me dio un beso impulsivo.

—Y yo también.

Acto seguido se agachó para lustrarse con un paño el cuero de sus botas, y yo me sorprendí bostezando: estaba cansada y tenía resaca del champán y las emociones de la noche pasada. Dije:

—¿Tenemos que levantarnos?

Kitty asintió:

—Sí, porque son casi las once y Walter llegará enseguida. ¿Te habías olvidado?

Era domingo, y Walter vendría, como de costumbre, para llevarnos de paseo en coche. No lo había olvidado, pero todavía no había tenido tiempo ni ganas de pensar en cosas ordinarias. La mención de Walter me puso pensativa. Sería duro de encajar para él, ahora que aquello había sucedido.

Como si Kitty supiera lo que yo estaba pensando, dijo:

—Serás sensata con Walter, ¿verdad, Nan? —Y repitió lo que había dicho la noche anterior en el puente—: No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Tendrás *cuidado*, ¿eh?

La maldije en silencio por ser tan prudente, pero ella me cogió la mano y la besó.

—He tenido cuidado desde el primer momento en que te vi. Soy la reina de la precaución. Lo seguiré siendo eternamente, si quieres, con tal de que pueda ser un poco osada algunas veces, cuando estemos solas.

La sonrisa que esbozó fue un poco distraída.

—Al fin y al cabo —dijo—, las cosas no han cambiado tanto.

Pero yo sabía que todo había cambiado… *Todo*.

Acabé levantándome, me lavé, me vestí y utilicé el orinal mientras Kitty bajaba a la planta baja. Volvió con una bandeja de té y una tostada.

—¡No me he atrevido a mirar a Mamá Dendy a la cara! —dijo, de nuevo tímida y colorada, y desayunamos en nuestra pequeña sala, delante del fuego, besando las migas y la mantequilla en los labios de la otra.

Había un canasto lleno de trajes debajo de la ventana, que nos había enviado un modisto y que aún no habíamos examinado. Mientras aguardábamos la llegada de Walter, Kitty, por hacer algo, empezó a inspeccionarlos. Sacó un frac negro muy elegante.

—¡Mira esto! —dijo. Se lo puso encima del vestido y ejecutó un pequeño baile con las piernas rectas. Luego empezó a cantar, muy suavemente:

«*En una casa, en una plaza, en un patio*», cantó, «*en una calle, en una avenida, en una carretera; doblas a la izquierda, a la derecha, y ves dónde vive mi verdadero amor*.»

Sonreí. Era una antigua canción de George Leybourne: todo el mundo la silbaba en los años setenta, y en una ocasión yo se la había oído cantar al propio Leybourne en el Palace de Canterbury. Era una de esas canciones tontas, disparatadas, pero muy contagiosa, y Kitty la cantó con tanta más dulzura porque la entonaba en voz muy baja y desenfadada.

Voy allí a cortejar a mi amor y arrullarle,

como una paloma. Y a jurar, rodilla

en tierra, que, si algún día no amo,

que en los árboles crezcan cabezas

de oveja, si algún día no amo.

Escuché durante un rato y luego levanté la voz para hacerle coro.

Si algún día no amo,

si algún día no amo,

que la luna se convierta en queso verde

si algún día no amo.

Nos reímos y cantamos más fuerte. Encontré un sombrero en el canasto, se lo arrojé a Kitty y saqué para mí una chaqueta, un canotier y un bastón. Enlacé del brazo a Kitty e imité su baile. La canción cada vez era más tonta.

Ni por todo el dinero del banco

ni por un título de marqués o duque

cambiaría yo a la chica que amo.

Es un gozo mirarla.

Cuando la veo bailando la polka,

desmayarme podría de amor jubiloso.

¡Que el monumento se vuelva una habanera

si algún día no amo!

¡Que nunca pague el impuesto de la renta si algún día no amo!

Terminamos con un floreo, y yo intenté un revoleo… y me quedé petrificada. Kitty había dejado la puerta entornada, y Walter nos miraba desde el umbral, con los ojos tan abiertos como si le hubieran dado un susto. Noté que la mirada de Kitty seguía a la mía; me agarró del brazo y lo dejó caer bruscamente. Pensé aterrada en qué podría haber visto Walter. Las palabras de la canción eran idiotas, pero no cabía la menor duda de que nos las habíamos cantado mutuamente y las decíamos en

serio. ¿También nos habíamos besado? ¿Había tocado a Kitty donde no debía?

Mis dudas persistían cuando Walter habló.

—Dios mío —dijo. Yo me mordí el labio; pero él no se enfurruñó ni lanzó un juramento como yo esperaba. En lugar de eso esbozó una gran sonrisa radiante y entró en el cuarto a poner una mano en nuestros hombros respectivos, excitado.

—Dios Santo… ¡Es eso! ¡Es eso! ¿Por qué, pero por qué no lo he visto antes? Es lo que estaba buscando. Esto, Kitty —señaló con un gesto las chaquetas, los sombreros que llevábamos, y nuestra pose caballeresca—, ¡esto nos hará famosos!

Y de este modo el día en que me convertí en la enamorada de Kitty fue también el día en que me sumé a su número y empecé mi carrera —mi breve, impensada y prodigiosa carrera— en la escena del music-hall.

Capítulo 5

Al principio, la perspectiva de subir con Kitty al escenario, para ejercer un oficio para el que nunca había ensayado y nunca había ansiado, y para el que no poseía un especial talento, me dejó consternada.

—No —le dije a Walter aquella tarde, cuando por fin comprendí su intención—. Rotundamente no. No puedo. Tú, mejor que nadie, deberías saber que haría el ridículo… ¡y pondría en ridículo a Kitty!

Pero Walter hizo oídos sordos.

—¿No lo entiendes? —dijo—. ¿Cuánto tiempo llevamos buscando algo para el número que se salga de lo corriente y que lo haga memorable? ¡Es esto! ¡Un número doble! ¡Un soldado… y su camarada! ¡Un dandy con su compadre! Sobre todo: *dos* chicas preciosas en pantalones, ¡en lugar de una sola! ¿Cuándo se ha visto algo parecido? ¡Causará sensación!

—Sería sensacional, quizás, con dos Kitty Butler, pero con Kitty Butler y Nancy Astley, su ayudante de camerino, que no ha cantado una canción en su vida…

—Todos te hemos oído cantar —dijo Walter—, miles de veces… y muy bien, además.

—… que no ha bailado nunca… —continué.

—¡Bah, bailar! Arrastrar un poco los pies por el escenario. Hasta el más tonto sabe hacerlo con la pata coja.

—… que nunca ha cantado en público…

—¡El coro! —dijo él, sin hacer caso—. ¡Kitty se ocupa del acompañamiento!

Me reí, de pura exasperación, y me dirigí a Kitty. Hasta aquel momento ella no había participado en la conversación; había permanecido a mi lado, mordiéndose el borde de una uña, con el ceño fruncido.

—Kitty —dije—, por lo que más quieras, ¡dile que es una locura!

En lugar de contestar, ella siguió masticando la uña, con aire distraído. Me miró, miró a Walter, luego a mí, y arrugó los ojos.

—Podría resultar —dijo.

Estampé el pie contra el suelo.

—¡Ahora los dos habéis perdido el juicio! Pensad en lo que estáis diciendo. Sois de familias en las que todos son actores. Habéis vivido siempre en casas como ésta, donde hasta el perro sabe bailar. ¡Hace cuatro meses yo trabajaba en una ostrería de Whitstable!

—Cuatro meses antes de que Bessie Bellwood hiciera su debut —respondió Walter— ¡despellejaba conejos en el New Cut! —Posó la mano en mi hombro—. Nan —dijo afablemente—, no te estoy presionando, pero déjanos ver si da resultado, por

lo menos. ¿Quieres coger un traje de Kitty y ponértelo como es debido? Y tú, Kitty, arréglate también. Y entonces veremos qué aspecto tenéis las dos juntas.

Me volví hacia Kitty. Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo.

Parece extraño que en todas las semanas manejando tantos vestidos bonitos, nunca se me hubiera ocurrido probarme uno; pero así era. La humorada con la chaqueta y el canotier había sido algo inédito, nacido del júbilo de aquella mañana maravillosa; hasta entonces los trajes de Kitty habían sido tan hermosos, tan especiales —sobre todo tan singularmente suyos, tan fundamentales para su propio fanfarroneo mágico—, que ni por asomo habría jugado con ellos. Los había cuidado y mantenido limpios, pero ni siquiera me había mirado al espejo con uno de ellos encima de mí. Me sentí medio desnuda en nuestro dormitorio helado, con Kitty a mi lado sosteniendo un traje en la mano y nuestros papeles totalmente invertidos.

Me había quitado el vestido y la enagua, y abrochado una camisa encima del sujetador de ballenas. Kitty me había encontrado un traje negro y gris y tenía preparado otro similar para ella. Me inspeccionó.

—Tienes que quitarte las bragas —dijo en voz baja; la puerta estaba cerrada con llave, pero se oía deambular a Walter en la salita contigua—, porque, si no, te abultan debajo de los pantalones.

Ruborizándome, deslicé las bragas hacia abajo de los muslos y me las quité; sólo llevaba encima la camisa y un par de medias con ligas en las rodillas. Sólo una vez en mi vida, de niña, me había puesto un traje de mi hermano para una fiesta de disfraces. Pero aquello había sido hacía muchos años; era una cosa totalmente distinta subirme los bonitos pantalones de Kitty por mis caderas desnudas, y abotonarlos sobre aquel lugar delicado que hacía tan poco tiempo la propia Kitty había excitado. Di un paso y me sonrojé aún más. Era como si nunca hubiera tenido piernas o, mejor dicho, como si nunca hubiera sabido realmente lo que significaba tener dos piernas que se juntaban arriba.

Extendí el brazo hacia Kitty y la atraje hacia mí.

—Ojalá Walter no nos estuviera esperando —susurré, aunque, a decir verdad, había algo bastante emocionante en el hecho de abrazarla con aquel traje puesto y con Walter tan cerca, sin sospechar nada.

Aquel pensamiento —y el beso insonoro que le siguió— aumentó la extrañeza de verme con pantalones. Cuando Kitty se separó para ver su propio traje, la miré interrogante. Dije:

—¿Cómo puedes vestirte así todas las noches, ante una sala de desconocidos, sin sentirte rara?

Ella se abrochó los tirantes y se encogió de hombros.

—He llevado ropa más absurda.

—No he dicho que fuera absurda. Quería decir…, verás, si tuviera que estar a tu lado con estos… —Avancé unos pasos—. ¡Oh, Kitty, creo que no podría evitar besarte!

Se llevó un dedo a los labios; luego se tiró del flequillo.

—Tendrás que acostumbrarte —dijo— para que funcione el proyecto de Walter. Si no, ¡eso sí que sería un número!

Me reí, pero las palabras *el proyecto de Walter* hicieron que de pronto el estómago se me revolviera de pánico, y la risa sonó algo hueca. Me miré las perneras. Después de todo, eran demasiado cortas para mí, y a la altura del tobillo se me veían las medias.

—No saldrá bien, ¿verdad, Kitty? No pensará en serio que va a resultar, ¿no?

Lo pensaba. «¡Oh, sí!», exclamó cuando por fin salimos las dos juntas. «¡Oh, sí, hacéis una gran pareja!» Nunca le había visto tan excitado. Nos hizo colocarnos cogidas del brazo; nos hizo dar la vuelta y ejecutar aquel baile de piernas rectas con que nos había sorprendido. Y daba continuas vueltas a nuestro alrededor con los ojos entornados, acariciándose la barbilla y asintiendo.

—Necesitaremos un traje para ti, desde luego —me dijo—. Una serie de trajes, más bien, a juego con los de Kitty. Pero eso tiene fácil arreglo. —Me quitó el canotier de la cabeza y la trenza cayó sobre mi hombro—. Habrá que hacer algo con tu pelo, pero el color, por lo menos, es perfecto, un magnífico contraste con el de Kitty, y así a la gente del gallinero no le costará nada distinguiros.

Asintió y me estudió un poco más, con las manos en la nuca. Se había quitado la chaqueta. Llevaba una camisa verde con un cuello blanco, muy abierto —siempre vestía a la última—, y tenía los sobacos oscuros de sudor. Dije:

—¿Hablas en serio, Walter?

—Sí, Nancy, hablo en serio —dijo.

Nos tuvo ocupadas toda aquella tarde. Quedó olvidada la excursión que planeábamos, el paseo del domingo, y pagó y despidió al cochero que nos esperaba. Como la casa estaba vacía, ensayamos con el piano de Mrs. Dendy tan intensamente como si fuera una mañana laborable, salvo en que yo también cantaba, y no para preservar la voz de Kitty, como había hecho algunas veces, sino para probar la mía. Interpretamos de nuevo la canción con que Walter nos había sorprendido cantando, «*Si algún día no amo*», pero, por supuesto, ahora estábamos cohibidas y sonaba cojísima. Después probamos algunas canciones de Kitty que yo le había oído cantar en el Palace y que me sabía de memoria; y esto salió algo mejor. Y por último probamos una nueva, una de las que estaban de moda por entonces en el West End, y cuya letra habla de alguien que se pasea por Piccadilly con el bolsillo tan lleno de soberanos que todas las señoras le miran, le sonríen y le guiñan el ojo. Los tenorios la cantan incluso hoy día; pero fuimos Kitty y yo las primeras chicas en cantarla, y cuando la ensayamos aquella tarde —cambiando el «yo» de la letra por el «nosotros», cogidas del brazo y deambulando por la alfombra de la sala con nuestras voces al unísono—, sonaba más dulce y cómica de lo que habría parecido posible. La cantamos una segunda vez, luego una tercera y una cuarta; y cada vez yo me soltaba más y estaba más alegre y menos convencida de la insensatez del proyecto de Walter…

Al final, cuando la garganta se nos puso ronca y estábamos mareadas de tantos soberanos y guiños, él cerró la tapa del piano y nos dejó descansar. Preparamos té y

hablamos de otras cosas. Miré a Kitty y recordé que yo tenía otro motivo más apremiante para estar alegre y mareada, y empecé a desear que Walter nos dejase solas. Por esto, y por mi cansancio, estuve un poco apática con él, y creo que pensó que me había hecho trabajar demasiado, por lo que se marchó enseguida; y en cuanto se cerró la puerta me levanté, fui a donde estaba Kitty y la rodeé con mis brazos. No me permitió que la besara en la sala, pero un instante después me llevó a nuestro dormitorio a través de la casa a oscuras. Allí, el traje —al que, de hecho, casi me había habituado mientras me movía con él ante Walter— empezó de nuevo a hacérseme raro. Cuando Kitty se desvistió la acerqué hacia mí; y era una sensación lasciva sentir su cadera desnuda presionando entre las perneras de mis pantalones. Pasó la mano una vez, muy levemente, sobre mis botones, hasta que empecé a estremecerme de deseo por ella. Después me quitó el traje entero y nos acostamos, desnudas como sombras debajo de la colcha; y ella volvió a tocarme.

Permanecimos así hasta que la puerta de la calle se cerró de un portazo y oímos la tos de Mrs. Dendy y la risa de Tootsie en la escalera. Kitty dijo que debíamos levantarnos y vestirnos para que las otras no se hicieran preguntas, y por segunda vez aquel día, con ojos perezosos, contemplé cómo se lavaba y se ponía medias y una falda.

Mientras la miraba, me puse una mano en el pecho. Hubo en él un movimiento sordo, una especie de tirón, de pliegue o de derretimiento, como si mi pecho entero fuese la caliente y blanda pared de una vela que caía sobre una mecha ardiendo. Lancé un suspiro. Kitty lo oyó, vio mi cara afligida y vino a mi lado; me apartó la mano del pecho y posó los labios, muy suavemente, sobre mi corazón.

Yo tenía dieciocho años y no sabía nada. Pensé, en aquel momento, que me moriría de amor por ella.

No vimos a Walter, ni se volvió a hablar de su proyecto de que yo saliera a escena con Kitty, hasta dos noches más tarde, cuando llegó a la casa de Mrs. Dendy con un paquete donde estaba escrito: *Nan Astley*. Era la última noche del año; había venido a cenar y se quedó a escuchar las campanadas de medianoche con nosotros. Cuando por fin sonaron —tañidas por las campanas de la iglesia de Brixton—, alzó su copa:

—¡Por Kitty y por Nan! —gritó. Me miró a mí y luego, con más detenimiento, a Kitty—. ¡Por su nueva asociación, que nos deparará fama y fortuna a todos en mil ochocientos ochenta y nueve y siempre!

Estábamos en la mesa de la sala con Mamá Dendy y el profesor Emery, y sumamos nuestras voces a la de él, y coreamos su brindis; pero Kitty y yo cruzamos una veloz mirada secreta, y yo pensé —con un pequeño escalofrío de placer y triunfo que no logré reprimir del todo—: ¡Pobre hombre! ¿Cómo iba a saber lo que en realidad estábamos celebrando?

Después Walter me entregó el paquete de regalo, y sonrió al verme abrirlo. Pero yo sabía ya lo que contenía: un traje, un traje escénico de sarga y terciopelo, cortado a mi medida según el patrón de uno de Kitty, pero azul para hacer juego con mis ojos,

mientras que los de ella eran castaños. Lo sujeté en el aire y Walter asintió.

—Esto lo cambiará todo —dijo—. Sube corriendo a ponértelo, y veremos lo que opina Mrs. Dendy.

Hice lo que me pedía; me entretuve un momento para mirarme en el espejo. Me había puesto unas sencillas botas negras y recogido el pelo dentro del sombrero. Me había encajado un cigarrillo detrás de una oreja; incluso me había quitado el corsé, para aplanar aún más mi pecho plano. Me parecía un poco a mi hermano Davy; si acaso, un poco más guapa. Meneé la cabeza. Cuatro noches antes me había contemplado en aquel mismo lugar, maravillada de verme vestida de mujer adulta. Ahora, tras una callada visita al taller del sastre, me había transformado en un chico, un chico con botones y cinturón. Tuve de nuevo un pensamiento pícaro; pensé que no debía alentarlo. Bajé de inmediato a la sala, metí las manos en los bolsillos y posé delante de todos, dispuesta a recibir sus cumplidos.

Pero mientras deambulaba por la alfombra, Walter se mostró sombrío y Mrs. Dendy pensativa. A petición de ambos, cogí a Kitty del brazo y cantamos un rápido dúo; Walter retrocedió, ceñudo, y movió la cabeza.

—Hay algo que no va —dijo—. Me apena decirlo, pero no resultará.

Desazonada, me volví hacia Kitty. Ella jugueteaba con su collar, chupando la cadena y golpeando la perla contra un diente. Ella también parecía seria.

—Hay algo que no encaja —dijo—, pero no sé lo que es.

Me miré el traje. Saqué las manos de los bolsillos, me crucé de brazos y Walter volvió a mover la cabeza.

—Es la talla exacta —dijo—. El color es perfecto. Pero hay algo… desagradable en el conjunto. ¿Qué será? Mrs. Dendy tosió.

—Da un paso —me dijo. Obedecí—. Ahora date la vuelta; así está bien. Ahora ten la bondad de encenderme un pitillo.

Se lo encendí y aguardé mientras ella daba una calada y tosía de nuevo.

—Es demasiado real —le dijo a Walter, por fin.

—¿Demasiado real?

—Sí. Parece un chico. Ya sé que se supone que lo es, pero parece un chico de verdad, no sé si me entiendes. La cara, la figura y los andares. Y eso no es precisamente lo que se pretende, ¿no?

Yo me sentía más patosa que nunca. Miré a Kitty y ella me devolvió una risa nerviosa. Walter, sin embargo, ya no estaba ceñudo, y sus ojos parecían azules y tan abiertos como los de un niño.

—¡Maldita sea, mamá! —dijo—. ¡Tiene razón!

Se puso una mano en la frente y se dirigió a la puerta; oímos su paso vivo y pesado en la escalera, oímos pisadas en la habitación de encima de nuestras cabezas —la de Sims y Percy— y después un portazo, más arriba. Volvió con un extraño revoltijo de objetos: un par de zapatos de hombre, un costurero, un par de cintas y el estuche de maquillaje de Kitty. Lo depositó todo a mi alrededor, en la alfombra. A continuación, con un presuroso: «Disculpa, Nancy», me quitó la chaqueta y las botas. La chaqueta se la entregó a Kitty, junto con el costurero: «Haz un par de frunces aquí

dentro», dijo, señalando la costura. Las botas las puso aparte y las sustituyó por un par de zapatos: eran de Sims, pequeños, de tacón bajo y más bien delicados; y Walter los afeminó aún más atando lazos de cinta en lugar de cordones. Para que los lazos se notaran más —y como, sin las botas, yo era un poco más baja— cogió la parte inferior de mis perneras y les puso un dobladillo.

A continuación me agarró la cabeza, la inclinó hacia atrás y me aplicó carmín en los labios y sombra de ojos del estuche de Kitty en las pestañas: lo hizo con tanta suavidad como una chica. Me arrancó el cigarrillo de detrás de la oreja y lo tiró a la repisa de la chimenea. Por último se volvió hacia Kitty y chasqueó los dedos. Ella, contagiada por la premura y la determinación de Walter, había empezado a coser como él le había indicado. Levantó la chaqueta hasta la mejilla para cortar de un mordisco el tramo final de hilo y, hecho esto, Walter cogió la chaqueta, me la enfundó y la abotonó hasta el pecho. Se echó hacia atrás y ladeó la cabeza.

Volví a mirarme. Mis nuevos zapatos parecían pintorescos y femeniles, como en el papel de chico interpretado por una mujer en una pantomima. Los pantalones eran más cortos y la raya estaba casi deshecha. La chaqueta se inflaba un poco, por encima y por debajo de la cintura, como si yo tuviera caderas y busto, pero me apretaba más que antes, y no era ni la mitad de cómoda. La cara, por supuesto, no me la veía: tuve que volverme y escudriñar en un cuadro encima de la chimenea para verla reflejada en él —todo ojos y labios—, sobre la nariz roja y los bigotes de Rackity Jack.

Miré a los presentes. Mrs. Dendy y el profesor sonreían. Kitty ya no parecía nada nerviosa. Walter estaba colorado y como sobrecogido por su propia obra. Cruzó los brazos.

—Perfecto —dijo.

A partir de ahí —vestida no exactamente como un chico, sino, de un modo confuso, como el chico que habría sido si hubiera sido más chica— mi ingreso en el oficio fue bastante rápido. Al día siguiente mismo, Walter envió mi traje a una costurera que lo recosió como es debido: una semana después, había alquilado una sala y una orquesta a un empresario que le debía un favor, y Kitty y yo, con nuestros trajes a juego, estábamos ensayando en el escenario. No era en absoluto como cantar en la sala de Mrs. Dendy. Los desconocidos, la sala oscura y vacía, me desconcertaban; estaba envarada y torpe, y no lograba aprender los pasos más sencillos que Walter y Kitty trataban pacientemente de enseñarme. Al final Walter me dio un bastón y me dijo que me limitase a apoyarme en él mientras Kitty bailaba; así estaba mejor y gané confianza, y la canción volvió a sonar divertida. Al terminar, cuando ensayamos la reverencia, algunos de los músicos nos aplaudieron.

Kitty se sentó a tomar una taza de té, pero Walter me llevó a una butaca del patio, aparte de los demás, y su semblante era serio.

—Nan —dijo—, cuando empezó todo esto te dije que no te presionaría, y hablaba en serio; renunciaría a todo mi negocio antes que obligar a una chica a subir al escenario en contra de su voluntad. Hay tipos que hacen esas cosas, ya sabes, tipos que sólo piensan en llenarse los bolsillos. Pero yo no soy como ellos y, además, eres

mi amiga. Pero —respiró— a estas alturas en que estamos los tres, te digo que vales; te lo prometo, eres buena.

—Con trabajo, quizás —dije, dubitativa. Él movió la cabeza.

—Ni siquiera. ¿No has trabajado casi tan de firme como Kitty en los últimos seis meses? Conoces el número tan bien como ella; conoces las canciones… Caramba, ¡si casi todas se las has enseñado tú!

—No lo sé —dije—. Todo esto es tan nuevo y extraño… Toda mi vida me ha encantado el music-hall, pero nunca he pensado en subir a un escenario…

—¿Ah, no? —dijo él—. ¿De verdad? Cada vez que veías a un jocoserio meterse al público en el bolsillo, en aquel Palace tuyo de Canterbury, ¿no querías ser él? ¿No cerrabas los ojos y veías tu nombre en los programas, tú número en la taquilla? ¿No le cantabas a tu… tonel de ostras como si fuera una sala con público, y no les hacías llorar o partirse de risa a aquellos pescaditos?

Me mordí la uña y fruncí el entrecejo.

—Sueños —dije.

Él chasqueó los dedos.

—La sustancia misma de que están hechos los escenarios.

—¿Dónde empezaríamos? —dije—. ¿Quién nos ofrecerá un local?

—El empresario de aquí. Esta noche. Ya he hablado con él…

—¡Esta noche!

—Sólo una canción. Te hará un hueco en el programa; y si gustas, te lo mantendrá.

—Esta noche… —Miré consternada a Walter. Su cara era muy afable, y sus ojos más azules y serios que nunca. Pero lo que dijo me hizo temblar. Pensé en la sala, caldeada, bulliciosa y llena de caras burlonas. Pensé en el escenario, tan amplio y vacío. Pensé: *No puedo hacerlo, ni siquiera por Walter. Ni siquiera por Kitty*.

Hice un ademán de negar con la cabeza. Él lo vio y se apresuró a hablar; recurrió, quizás por primera vez en todos los meses desde que le conocía, a algo que era casi una argucia. Dijo:

—Sabes, desde luego, que no podemos tirar por la borda la idea de la actuación doble, ahora que la hemos encontrado. Si no quieres acompañar a Kitty, lo hará otra chica. Haremos correr la voz, pondremos anuncios, haremos audiciones. No debes sentir que dejas a Kitty en la estacada…

Le miré a él y luego al escenario, donde Kitty estaba sentada al borde de un rayo de las candilejas, bebiendo su té, columpiando las piernas y sonriendo a algo que le había dicho el director de orquesta. No se me había ocurrido la idea de que pudiese haber otra compañera, de que ella se paseara debajo de los focos, cogida del brazo, con otra chica cuya voz se alzara y se mezclara con la de Kitty. Era más fantasmal que la imagen del público burlón; más espantosa que la perspectiva de que la sala se riera y silbara pidiendo que me expulsaran de miles de escenarios…

Así que cuando Kitty, aquella noche, estaba en los bastidores del teatro esperando la señal del presentador, yo estaba a su lado, sudando debajo de una capa

de maquillaje y mordiéndome los labios tan fuerte que pensé que iban a sangrar. El corazón, antes, me había latido aprisa por Kitty, de aprensión y de pasión; pero nunca se había desbocado como en aquel momento; creí que me reventaría dentro del pecho, pensé que iba a morirme de miedo. No pude responderle a Walter cuando vino a susurrarnos algo y a llenarnos los bolsillos de monedas. Había en escena un número de malabarismo. Oí el crujido de las tablas cuando el artista corría a atrapar sus palillos, la ovación compuesta de palmada-jadeo, palmada-jadeo con que le premió el público al final del número; después sonó el mazo del presentador y el malabarista pasó corriendo por delante de nosotras, cargando con sus bártulos. Kitty dijo, en voz muy baja: «¡Te quiero!», y me sentí a medias tironeada, a medias empujada hasta delante del telón que se alzaba, y supe que tenía que apañármelas para moverme y cantar.

Al principio las luces me cegaron de tal modo que no vi nada del público; solamente lo oía, impaciente y murmurando; ruidoso y cercano, me pareció, por todos lados. Cuando por fin me separé por un segundo del fulgor de las candilejas y vi todas las caras mirando hacia nosotras, estuve a punto de flaquear y de abandonar mi puesto…, y lo habría hecho, creo, si Kitty no me hubiera apretado el brazo en el último momento y murmurado, al amparo de la orquesta: «¡Ya son nuestros! ¡Escucha!» Escuché y comprendí que, increíblemente, ella tenía razón: había aplausos y gritos amistosos; había un zumbido creciente de expectación placentera hacia nuestro dúo a medida que avanzábamos: estalló, por último, una cascada desbordante de aplausos y risas desde el gallinero hasta el patio de butacas.

El estruendo me afectó como nada lo había hecho en toda mi vida. Al instante recordé el baile descabellado que en todo el día no había conseguido aprender, y en vez de recostarme en el bastón, opté por sumarme a Kitty en su pavoneo ante las candilejas. Comprendí también lo que Walter había querido que hiciéramos: cuando la nueva canción se aproximaba a su fin, avancé con Kitty hasta el borde del escenario, saqué las monedas que él me había introducido en el bolsillo —eran sólo soberanos de chocolate, claro, pero cubiertos de papel de plata para que brillaran— y los arrojé al público, que se reía a carcajadas. Una docena de manos se extendieron para atraparlas.

Pidieron un bis, pero nosotras, por supuesto, no teníamos ninguno que ofrecer. Lo único que hicimos fue volver a bailar debajo del telón que descendía, mientras la gente seguía aplaudiendo y el presentador le llamaba al orden. El número siguiente —una pareja de equilibristas en bicicleta— salió rápidamente a ocupar nuestro lugar; pero incluso al final de su actuación hubo algunas voces que nos reclamaban. Fuimos el éxito de la velada.

Entre bastidores, con los labios de Kitty en mi mejilla y el brazo de Walter alrededor de mis hombros, y exclamaciones de placer y de encomio que me llegaban de todos los rincones, yo estaba atónita, incapaz de sonreír a las felicitaciones o, modestamente, de restarles importancia. Yo había permanecido, quizás, siete minutos ante aquella multitud alegre y vocinglera; pero en aquel breve y veloz lapso había vislumbrado una verdad sobre mí misma que me había dejado sobrecogida y

transfigurada.

La verdad era la siguiente: que por muchos éxitos que llegase a cosechar como chica, no serían nada comparados con los triunfos que podría alcanzar vestido de chico, por muy afeminado que pareciera.

En suma, había descubierto mi vocación.

Al día siguiente, como no era para menos, fui a cortarme el pelo y me cambié de nombre.

El pelo me lo cortaron en una peluquería de Battersea, el mismo peluquero de gente de teatro que se lo cortaba a Kitty. Trabajó conmigo una hora, mientras Kitty observaba sentada; y al final de ese plazo recuerdo que el hombre sostuvo un espejo contra su bata y me dijo, a modo de aviso:

—Va a chillar cuando lo vea; no hay chica que no lo haga la primera vez que lo ve.

Yo temblé, presa del pánico.

Pero cuando él volteó el espejo hacia mí, lo que hice fue sonreír al ver la transformación que había operado. No me había cortado el pelo tan corto como el de Kitty, sino que lo dejó largo y cayendo, al estilo bohemio, hasta la altura del cuello; y aquí, sin el peso de la trenza que lo alisaba y lo dejaba lacio, se había rizado ligera y asombrosamente. Los mechones que amenazaban con caer sobre la frente los había untado con un poco de aceite de Makassar, que los volvió lustrosos como la piel de un gato y tan dorados como un anillo. Cuando los toqué —al girarme y escorar la cabeza—, noté que me ponía roja como un tomate. Entonces el peluquero dijo: «Ya ve, se le hará raro» y me mostró cómo llevar la trenza cortada, al igual que Kitty llevaba la suya, para camuflar el corte.

No dije nada; pero no me había sonrojado de pena. Me había ruborizado porque mi cabeza pelada y mi cuello desnudo me producían una sensación lasciva. Me había ruborizado porque —lo mismo que la primera vez en que me puse un par de pantalones— había sentido que me excitaba, me inflamaba y deseaba a Kitty. De hecho, cuanto más se acentuaba mi aspecto de chico, tanto más parecía desearla.

Ella, sin embargo, aunque también sonrió cuando el barbero enseñó su obra, ensanchó la sonrisa cuando la trenza fue adherida de nuevo.

—Así estás mejor —dijo, cuando me levanté y me sacudí la falda—. ¡Estabas hecha un adefesio con el pelo corto y un vestido!

Al volver a Ginevra Road nos estaba esperando Walter y Mrs. Dendy servía el almuerzo; fue entonces cuando me pusieron otro nombre en consonancia con mi audaz corte de pelo.

Para nuestro debut en Camberwell, habíamos pensado que nuestro propio nombre serviría tan bien como cualquier otro, y el presentador nos había anunciado como «Kitty Butler y Nancy Astley». Pero ahora habíamos triunfado; el amigo empresario de Walter nos había ofrecido un contrato de cuatro semanas y necesitaba saber los nombres que debía imprimir en los carteles. Sabíamos que había que conservar el de Kitty, debido a sus éxitos de los seis meses anteriores; pero Walter

dijo que «Astley» era demasiado corriente, y ¿no podíamos pensar uno mejor? Yo no tenía inconveniente, y sólo dije que me gustaría conservar «Nan», ya que Kitty me había bautizado así; por consiguiente, a lo largo del almuerzo todo el mundo propuso nombres que les parecían adecuados. Tootsie sugirió «Nan Amor», Sims, «Sargento Nan», Percy dijo que «Nan Escarlata… no, Nan Plata… no, Nan Oro…». Cada nombre parecía brindarme una nueva y maravillosa versión de mi persona; era como descartar chaquetas del perchero del modisto.

Ninguno, sin embargo, parecía apropiado, hasta que el profesor Emery golpeó la mesa, carraspeó y dijo: «Nan Rey.» Y aun cuando me gustaría decir —como hacen otros artistas— que había una historia sumamente interesante o romántica en la elección de mi nombre escénico —que habíamos abierto un libro especial en una página determinada, y lo encontramos allí; que yo había oído el nombre «Rey» dicho en un sueño, y me había estremecido—, sobre este asunto no puedo dar más explicación que la verdad: a saber, que necesitábamos un nombre y el profesor sugirió «Nan Rey» y a mí me gustó.

De modo que aquella noche reaparecimos en el Camberwell como «Kitty Butler y Nan Rey», para renovar y aumentar el éxito de la función del estreno. Era «Kitty Butler y Nan Rey» lo que figuraba escrito en los carteles; y fueron «Kitty Butler y Nan Rey» las que empezaron a ascender, constantemente, desde la mitad del reparto hasta la segunda línea y, finalmente, hasta la cabecera de cartel. No sólo del Camberwell, sino, a lo largo de los meses siguientes, de todas las salas inferiores de Londres y —muy poco a poco— también de algunas del West End…

No sabría decir qué era lo que hacía que al público le gustáramos Kitty y yo juntas más de lo que le gustaba Kitty sola. Puede que fuese, como Walter había predicho, que éramos una novedad: pues aunque en años posteriores nos imitaron con bastante libertad, sin duda no había un número como el nuestro en las salas de Londres en 1889. Puede que fuera —de nuevo, como Walter había vaticinado— que la imagen de un par de chicas con trajes de caballeros resultaba por alguna razón, más encantadora, más emocionante, más indefinidamente picante que la de una sola chica con pantalones, chistera y polainas. Sé que formábamos una pareja espléndida: Kitty con su pelo castaño, yo con mi cabeza rubia, lisa y reluciente; ella un poco alzada sobre el palmo de altura de sus escarpines, yo con mis zapatos afeminados de tacón bajo y los trajes sabiamente cortados que encubrían las curvas de mi cuerpo anguloso y esbelto.

Cualquiera que fuese el cambio, sin embargo, funcionó, y funcionó de maravilla. No sólo nos hicimos populares, como Kitty había sido, sino realmente famosas. Nuestros sueldos aumentaron; trabajábamos en tres salas cada noche —a veces en cuatro—, y cuando nuestro cupé quedaba atascado en el tráfico, el cochero bramaba: «¡Llevo aquí a Kitty Butler y a Nan Rey, que tienen que estar en el Royal de Holborn dentro de quince minutos! Despejen el camino, ¿quieren?»; ¡y los otros cocheros se hacían a un lado para dejarnos pasar, y cuando pasábamos sonreían y levantaban el sombrero hacia nuestra ventanilla! También me enviaban flores a mí,

como a Kitty; ahora yo recibía invitaciones a cenar y me pedían autógrafos y cartas…

Me costó semanas comprender que aquello estaba sucediendo de verdad, y sucediéndome a mí; tardé semanas en creerlo y en creer que yo agradaba al público. Pero cuando por fin aprendí a amar mi nueva vida, la amé ardientemente. Los placeres del éxito, supongo, son fáciles de entender; lo que más me sorprendía y conmocionaba era mi nueva capacidad para el placer, para el placer de actuar, exhibir y disfrazar, lucir hermosos atuendos y cantar canciones procaces. Hasta entonces me había conformado con permanecer entre bastidores observando cómo Kitty flirteaba ante las candilejas con el vasto y bullicioso público. De repente era yo la que lo cortejaba; era a mí a quien miraba con envidia y deleite. No podía evitarlo: me había enamorado de Kitty; al *convertirme* en Kitty, me enamoré un poco de mí misma. Admiraba mi pelo, tan pulcro y lustroso. Adoraba mis piernas, en las que apenas me paraba a pensar en la época en que llevaba faldas, pero que descubrí que eran más bien largas, torneadas y finas.

Sueno a vanidosa. No lo era —entonces— y no habría podido serlo mientras Kitty existiese como el objeto más amplio de mi amor propio. Sabía que el número seguía siendo totalmente suyo. Cuando cantábamos, era ella la que cantaba en realidad, y yo le hacía un acompañamiento ligero y suelto. Cuando bailábamos, era ella la que daba los pasos difíciles: yo me limitaba a deambular o a caminar arrastrando los pies. Yo era su complemento, su eco; era la sombra que su brillantez arrojaba sobre el escenario. Pero, como una sombra, yo le prestaba el lindero, la profundidad, la definición crucial de que antes carecía.

Mi satisfacción de entonces distaba mucho de la vanidad. Era sólo amor; y yo pensaba que cuanto mejor fuese nuestro número, tanto más perfecto sería nuestro amor. En definitiva, las dos cosas —la actuación, nuestro amor— no eran tan distintas. Habían nacido juntas o, como a mí me gustaba pensar, la una había nacido del otro, y era simplemente su apariencia pública. Cuando Kitty y yo nos hicimos novias, le hice una promesa. «*Tendré cuidado*», le había dicho, y se lo dije con toda ligereza, porque pensaba que sería fácil. Había cumplido mi promesa: no la besaba, no la tocaba ni le decía algo cariñoso cuando había alguien que pudiera vislumbrarnos o entreoírnos. Pero no era fácil, ni se había hecho más fácil a medida que transcurrían los meses; pasó a ser sólo una especie de hábito tedioso. ¿Cómo podía ser fácil mantenerse fría y distante durante el día cuando habíamos pasado la noche con nuestros miembros desnudos en estrecho y cálido contacto? ¿Cómo podía ser fácil velar mis miradas cuando otros observaban, morderme la lengua porque otros escuchaban, cuando en todas nuestras horas a solas la miraba hasta que me dolían los ojos y la llamaba, hasta que se me secaba la garganta, con toda clase de apelativos cariñosos? Sentada a su lado a la hora de la cena en la pensión de Mrs. Dendy, de pie cerca de ella en el camerino de un teatro, caminando con ella por las calles de la ciudad, me sentía como atada, encadenada por grilletes de hierro, amarrada, amordazada y vendada. Kitty me había autorizado a amarla; el mundo, dijo ella, nunca me permitiría ser otra cosa que amiga suya.

Su amiga y su compañera de escenario. No me creerán, pero hacer el amor con

Kitty —algo que hacíamos con pasión, sí, pero también en la penumbra y en silencio, y con un oído alerta para captar el sonido de pasos en la escalera—, hacer el amor con ella y pavonearme a su lado en el fulgor de las candilejas, ante mil pares de ojos, con arreglo a un guión que me sabía de memoria, con una actitud que había dedicado horas a perfeccionar… no eran cosas tan distintas. Un número doble es siempre dos veces el número que el público cree que es: más allá de las canciones, de los pasos, de los aditamentos con las monedas, los bastones y las flores, había un lenguaje privado con el que manteníamos un diálogo interminable y delicado del que la gente no sabía nada. Era un lenguaje no de la lengua sino del cuerpo, y su vocabulario consistía en la presión de un dedo o una palma, el choque de una cadera, en sostener o interrumpir una mirada que decía: *Demasiado lento… demasiado aprisa… ahí no… aquí sí… qué bien… ¡mucho mejor!* Era como si camináramos delante del telón carmesí, nos tumbáramos en las tablas y nos enzarzásemos a besos y caricias… ¡y que nos aplaudiesen, nos aclamaran y nos pagaran por ello! Como Kitty había dicho cuando le susurré que el único efecto que me producía llevar pantalones en el escenario era el deseo de besarla: «¡Vaya número sería eso!» Pero eso era nuestro espectáculo, sólo que el público no lo sabía. Miraban y veían otra cosa totalmente diferente.

En fin, quizás hubiese algunos que vislumbraban algo…

He hablado de mis admiradores. La mayoría eran chicas: chicas joviales y despreocupadas que se agolpaban en la puerta del teatro y suplicaban fotografías y autógrafos, y que nos regalaban flores. Pero, por cada diez o veinte de éstas, había una o dos más desesperadas y más impetuosas, o más tímidas y torpes que las otras; y en ellas yo reconocía un cierto…, algo. No sabía darle un nombre, sólo que existía y que convertía su interés por mí en una cosa especial. Aquellas chicas mandaban cartas; cartas que, como su conducta en la puerta del escenario, abundaban en elipses o excesos curiosos; cartas que me arredraban, me repelían y a la vez me atraían. «Espero que me perdones que te escriba para decirte que eres muy guapa», escribía una chica. Otra decía: «¡Miss Rey, estoy enamorada de ti!» Una que se llamaba Ada Rey me preguntaba si éramos primas. Decía: «Os admiro tanto a ti y a Miss Butler, pero sobre todo a ti. ¿Podrías mandarme una foto? Me gustaría tener una tuya al lado de mi cama…» La tarjeta que le había enviado era una de mis preferidas, una foto de Kitty y mía con bombachos y canotiers, en que Kitty tenía las manos metidas en los bolsillos y yo mi brazo enlazado con el suyo y un cigarrillo entre mis dedos. La firmé «A Ada, de una Rey a otra», y se me hacía muy raro pensar que acabase clavada en una pared o metida en un marco para que aquella joven desconocida pudiese mirarla mientras se desabrochaba el vestido o soñaba acostada en la cama.

Había otras peticiones más extrañas. ¿Podía mandarles un gemelo de cuello, un botón de mi traje, un rizo de pelo? La noche del jueves, o la del viernes, ¿llevaría yo una corbata escarlata, o verde, o una rosa amarilla en el ojal; haría una seña especial o bailaría un paso particular? Pues de este modo la remitente, al verlo, sabría que yo había recibido su nota.

—Tíralas —decía Kitty cuando le enseñaba aquellas cartas—. Esas chicas están

chifladas, y no debes darles alas.

Pero yo sabía que no estaban chifladas, como ella decía; que eran sólo como yo había sido un año antes, aunque más valientes o más osadas. Esto, por sí solo, me impresionaba; lo que me asombraba y emocionaba era pensar que las chicas pudiesen mirarme; pensar que en cada sala en penumbra pudiera haber uno o dos corazones femeninos que latían por mí exclusivamente, uno o dos pares de ojos que se demoraban, quizás sensualmente, en contemplar mi cara, mi figura y mi traje. ¿Sabían por qué miraban? ¿Sabían qué buscaban? Ante todo, cuando me veían moverme por el escenario en pantalones, cantando canciones sobre chicas en cuyos ojos yo había provocado destellos, cuyos corazones yo había roto, *¿qué veían*? ¿Veían aquello —aquel algo— que yo veía en ellas?

—¡Más vale que no! —dijo Kitty cuando le comuniqué esta idea, y aunque lo dijo riéndose, fue una risa un poco forzada. No le gustaba hablar de estas cosas.

Tampoco le gustó que una noche, en el camerino de un teatro, encontráramos a un par de mujeres —una cantante cómica y su ayudante— que yo pensé que eran como nosotras. La cantante era vistosa, y llevaba un vestido de lentejuelas que había que atar muy fuerte sobre su corsé. Su asistenta era una mujer más mayor, con un sencillo vestido marrón; la vi tirando del vestido y no me llamó la atención. Pero cuando hubo ceñido muy prietos los corchetes, se inclinó para soplar con suavidad en la garganta de la otra, donde el colorete había formado un grumo; y luego le susurró algo al oído y las dos se rieron, con las cabezas muy juntas…, y supe que eran amantes con tanta certeza como si lo hubieran escrito en la pared del camerino.

Saberlo hizo que se me saltaran los colores. Miré a Kitty y vi que ella también se había fijado en aquel gesto; sin embargo, había bajado los ojos y fruncido los labios. La cantante me lanzó un guiño cuando se dirigía al escenario: «Allá vamos, a complacer al público», dijo, y su ayudante se rió otra vez. Cuando volvió, después de quitarse el maquillaje, se acercó con un cigarrillo y pidió fuego; mientras aspiraba el humo, me miró de arriba abajo.

—¿Vas a la fiesta de Barbara después de la función? —dijo. Le contesté que no sabía quién era Barbara. Ella agitó una mano.

—Oh, a Barbara no le importará. Venid con Ella y conmigo: tú y tu amiga.

Aquí señaló con un gesto —muy simpático, me pareció— a Kitty. Pero ésta, que durante todo este tiempo había mantenido la cabeza gacha, atareada con los broches de su falda, levantó la vista y le dirigió una sonrisita remilgada.

—Qué amable por tu parte —dijo—, pero esta noche tenemos un compromiso. Nos ha invitado a cenar nuestro agente, Mr. Bliss.

La miré perpleja: que yo supiera, no existía semejante compromiso. Pero la cantante se limitó a encogerse de hombros.

—Qué pena —dijo, y me miró—. ¿No te apetece dejar a tu compañera con su agente y venir con nosotras, con Ella y conmigo?

—Miss Rey tiene cosas que hablar con Bliss —dijo Kitty, antes de que yo pudiera responder; y lo dijo con tal seguridad que la cantante resopló, dio media vuelta y se encaminó hacia donde su asistenta la esperaba con las cestas. Las vi

marcharse, sin volverse a mirarme. La noche siguiente, cuando llegamos al teatro, Kitty eligió un gancho muy alejado del de ellas; y la noche siguiente se habían ido a otro teatro…

En casa, en la cama, dije que era una lástima.

—¿Por qué les dijiste que teníamos una cita con Walter? —pregunté.

—No me gustaron —dijo.

—¿Por qué no? Eran simpáticas. Eran divertidas. Eran… como nosotras.

La tenía rodeada con mi brazo, y noté que al oírme se tensaba. Se separó de mí y levantó la cabeza. Habíamos dejado una vela encendida y vi en su cara blanca que estaba escandalizada.

—¡Nan! —exclamó—. ¡No son como nosotras! No son para nada como nosotras. Son *marimachos*.

—¿Marimachos?

Recuerdo aquel momento muy claramente, porque nunca había oído esta palabra. Más adelante me parecería prodigioso que hubiera habido un tiempo en que no la conocía. Después de haberla dicho, Kitty se retrajo.

—Marimachos. Su oficio consiste en… besar a chicas… ¡Nosotras no somos así!

—¿No? —dije—. Oh, si alguien me pagara por hacerlo, me encantaría que mi profesión fuese besarte. ¿Crees que habrá alguien que me pague por eso? Dejaría el teatro inmediatamente.

Intenté atraerla de nuevo hacía mí, pero ella me empujó la mano.

—Tendrías que dejarlo —dijo seriamente—, y yo también, si hablaran de nosotras, si la gente supiera que somos… así.

Pero ¿cómo éramos? Yo seguía sin saberlo. Se puso nerviosa cuando yo insistí.

—¡No somos de ninguna forma! Somos… nosotras mismas.

—Pero si somos nosotras mismas, ¿por qué tenemos que ocultarlo?

—Porque nadie vería la diferencia entre nosotras y… ¡las mujeres así! Me reí.

—¿Hay alguna diferencia? —pregunté otra vez.

Ella persistía en su seriedad y enfado.

—Te lo he dicho —dijo—. No lo comprendes. No sabes lo que está bien o mal, o es bueno…

—Sé que lo que hacemos no es malo. Pero que el mundo dice que lo es.

Movió la cabeza.

—Es lo mismo —dijo. Recostó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y apartó la cara.

Me entristecía haberla zaherido; aunque también, me avergüenza decirlo, su aflicción me reconfortaba. Le toqué la mejilla y me acerqué un poco más; retiré la mano de su cara y la deslicé, titubeante, camisón abajo, sobre los pechos y el vientre. Ella se alejó y yo lentifiqué —pero no detuve— el rastreo de mis dedos; y pronto, como a despecho, noté que su cuerpo consentía. Bajé más la mano, cogí el dobladillo de su enagua y se la levanté; hice lo mismo con la mía y suavemente descansé mis caderas sobre las suyas. Nos acoplamos como las dos valvas de una ostra; entre nosotras no habría cabido siquiera la hoja de un cuchillo.

—Oh, Kitty —dije—, ¿cómo puede ser malo esto?

Pero ella no contestó; tan sólo avanzó por fin sus labios hacia los míos, y cuando noté el impulso de su beso dejé caer todo mi peso sobre ella y exhalé un suspiro.

Era como si yo fuese Narciso, abrazando el estanque donde estaba a punto de ahogarse.

Supongo que era cierto lo que ella había dicho: que no la comprendía. Siempre, siempre llegábamos a lo mismo: que por mucho que ocultáramos nuestro amor, por muchas precauciones con que lo disfrutásemos, yo ya no podía ser desgraciada por algo que era —como la propia Kitty admitía— tan dulce. Tampoco, en mi júbilo, lograba creer del todo que las personas que me apreciaban, de saberlo, no se alegraran por mí.

Como ya he dicho, yo era muy joven. Al día siguiente, mientras Kitty aún dormía, me levanté y bajé a la sala sin hacer ruido. Allí hice algo que ansiaba hacer desde hacía meses, pero que hasta entonces no me había atrevido. Cogí papel y pluma y escribí una carta a mi hermana Alice.

Llevaba semanas sin escribir a mi casa. Había notificado a mis padres que yo también actuaba; pero más bien le había quitado importancia a este hecho, temiendo que pensaran que no era una vida decente para su hija. Me habían contestado con una nota breve, desconcertada y poco entusiasta; hablaban de viajar a Londres, para cerciorarse de que yo estaba contenta, a lo cual yo había respondido de inmediato que no se les ocurriera venir, pues estaba demasiado atareada y nuestro alojamiento era diminuto… En suma —¡tan «precavida» me había vuelto Kitty!—, me mostré en este aspecto lo menos hospitalaria que se puede ser. Desde entonces nuestras cartas se habían espaciado más que nunca, y la noticia de mi éxito en escena había sido omitida; yo no la mencioné y ellos no preguntaban.

No obstante, no era del teatro de lo que quería hablarle a Alice. Le escribía para contarle lo que había sucedido entre Kitty y yo; para decirle que nos queríamos, no como amigas, sino como enamoradas; que vivíamos juntas y que debía alegrarse por mí, pues era más feliz de lo que nunca había creído que sería.

Era una carta larga, pero no me costó nada escribirla; cuando la hube acabado me sentí ligera como el aire. En vez de releerla, la metí sin dilación en un sobre y corrí con ella al buzón de correos. Regresé antes de que Kitty se hubiera movido, y cuando despertó no le hablé de la carta.

Tampoco le hablé de la respuesta de Alice. La recibí unos días más tarde; llegó cuando Kitty y yo estábamos desayunando, y permaneció sin abrir en mi bolsillo hasta que pude estar a solas y leerla. Vi enseguida que la letra era muy cuidada; y como sabía que Alice no era muy dada a escribir, intuí que aquélla debía de ser la última de varias versiones distintas.

Era también una nota muy breve, a diferencia de la mía; tan corta era que, para mi gran desazón y con la mayor desgana, veo que incluso ahora me acuerdo del texto completo.

«Querida Nancy», empezaba.

«Tu carta me ha chocado, a pesar de que no ha sido una sorpresa, pues estaba esperando algo parecido a lo que me dices desde el día en que te fuiste. La primera vez que la he leído no sabía si llorar o tirarla de rabia a la papelera. He acabado quemándola, y confío en que tengas la sensatez de quemar también ésta.

«Me pides que me alegre por ti. Nancy, tienes que saber que lo único que he querido siempre, de todo corazón, más incluso que mi felicidad, es que tú fueras feliz. Pero también tienes que saber que no puedo alegrarme por tu amistad tan anormal y extraña con esa mujer.»

«Nunca me podrá agradar lo que me has dicho. Crees que eres feliz, pero sólo estás descarriada, y esa mujer, tu "supuesta" amiga, tiene la culpa.»

«Sólo deseo que no la hubieras conocido nunca ni te hubieras ido de casa, y que te hubieses quedado en Whitstable, de donde eres y donde están las personas que te quieren como es debido.»

«Te diré, por último, lo que espero que sepas. Papá, mamá y Davy no saben nada de esto, y no lo sabrán de mis labios, porque antes me moriría de vergüenza. No debes contárselo nunca, si no quieres completar la tarea que empezaste al dejarnos, y romperles el corazón de una vez y para siempre.»

«Te pido que no me cargues con el peso de más secretos vergonzosos. Pero mírate a ti misma y el camino que estás recorriendo y pregúntate si de verdad es el correcto.»

«Alice.»

Debió de cumplir su promesa de no decirles nada a nuestros padres, pues sus cartas siguieron llegando, todavía cautelosas, todavía preocupadas, pero siempre amables. Pero cada vez me producían menos gusto; no paraba de pensar: *¿Qué me escribirían, si supieran? ¿Cómo de amables serían?* Mis respuestas, en consecuencia, a partir de entonces se hicieron más breves y espaciadas.

En cuanto a Alice; después de aquella breve y amarga epístola, no volvió a escribirme nunca.

Capítulo 6

Aquel año, los meses parecían pasar muy velozmente, ya que, por supuesto, estábamos más ocupadas que nunca. Seguimos interpretando nuestro gran éxito —la canción sobre monedas y guiños— durante toda la primavera y el verano, pero siempre había canciones nuevas, novedades que perfeccionar ensayando, nuevas orquestas a las que habituarnos, teatros nuevos y nuevos trajes. De estos últimos compramos tantos que vimos que no podíamos arreglarnos sin ayuda, y contratamos a una chica para mi antigua tarea: remendar los trajes y ayudarnos a vestirnos entre bastidores.

Nos hicimos ricas; o, al menos, yo lo era, por lo que a mí respectaba. En el Star, en Bermondsey, Kitty había empezado ganando un par de libras a la semana, y yo consideraba que la pequeña parte que yo percibía como asistenta era lo bastante suntuosa. Ahora ganaba yo sola diez, veinte, treinta veces esa cifra, y en ocasiones más. Las sumas me parecían inconcebibles: prefería, quizás neciamente, no pensar en ellas y dejar que Walter se ocupase de nuestros sueldos. Él, en vista de nuestros grandes éxitos, había encontrado agentes para sus otros artistas y se consagraba a nosotras a tiempo completo. Negociaba nuestros contratos, la publicidad, y nos guardaba el dinero; le pagaba a Kitty y ella, como hacía antes, me daba en efectivo las cantidades que necesitaba cuando yo se las pedía.

La situación con Walter era un poco extraña, ahora que Kitty y yo nos habíamos hecho íntimas. Le veíamos con tanta frecuencia como antes; seguíamos saliendo con él en coche; pasábamos largas horas los tres juntos ensayando con el piano de Mrs. Dendy (aunque lo habíamos cambiado por otro más caro). Era tan amable y tonto como siempre, aunque estaba un poco apagado, un poco en la sombra, desde que el fuego de los encantos de Kitty se había decantado claramente en mi favor. Quizás era sólo que yo tenía esta impresión; pero compadecía a Walter y no podía por menos de preguntarme qué pensaría. Estaba segura de que no había intuido que Kitty y yo estábamos enamoradas, ya que, desde luego, nos mostrábamos más bien frías en público.

Por ricas que llegáramos a ser aquel año, no teníamos tanto dinero como para ser muy tiquismiquis sobre las salas en que actuábamos. Durante todo septiembre cantamos en el Trocadero: era un teatro muy elegante, y uno de los que Walter nos había enseñado en nuestro primer y mareante recorrido del West End, hacía más de un año. Cuando salíamos del Troc, sin embargo, era para ir en coche al music-hall Deacon, en Islington. Este local era totalmente distinto: pequeño y antiguo, con un público compuesto de gente de las calles y patios de Clerkenwell, y proclive, por lo tanto, a comportarse con rudeza.

Por lo general, no nos importaba un auditorio alborotador, porque podía resultar incómodo trabajar en los teatros remilgados del West End, donde las damas eran demasiado finolis o estaban tan bien vestidas que no aplaudían ni pateaban, y donde sólo los dandys borrachos silbaban y gritaban como debe hacer en el music-hall un público que se precie. No habíamos actuado nunca en Deacon, pero sí una semana en el Sam Collins, un poco más arriba de la calle. Allí los espectadores habían sido humildes y festivos —obreros y mujeres con bebés en brazos—, la clase de personas que yo prefería, porque era el estamento al que yo había pertenecido hasta muy poco antes.

La gente del Deacon era notablemente más populachera que la del Green de Islington, pero no menos amable; en realidad, tendía a ser más agradable y jovial, más dispuesta a conmoverse, emocionarse y divertirse. La primera semana allí nos fue bien; llenamos la sala. El problema ocurrió la noche del sábado de la segunda semana, una noche de sábado a fines de septiembre, una noche de niebla: uno de esos atardeceres de un gris pardusco, en que todas las calles y edificios de la ciudad parecen vibrar un poco por los bordes.

En una noche así, las calles están siempre congestionadas, y en aquélla en particular el tráfico entre Windmill Street e Islington era lentísimo, porque había habido un accidente viario. Un furgón había volcado; una docena de chicos se había apresurado a sentarse encima de la cabeza del caballo para impedir que el animal se levantase; y nuestro coche no pudo pasar durante cosa de media hora. Llegamos a Deacon con una gran retraso y el local estaba tan frenético como la calle de la que veníamos. El público había tenido que esperarnos y estaba impaciente. Habían encargado a un pobre artista que saliera a cantar una canción cómica para entretenerlo, pero habían empezado a interrumpirle sin misericordia: por último —el hombre había iniciado un baile con zuecos—, dos gamberros se habían subido al escenario, le quitaron las botas y se las arrojaron al gallinero. Cuando llegamos, acaloradas y sin aliento, pero listas para cantar, atronaban el aire los gritos, bramidos y carcajadas. Los dos vándalos tenían agarrado al cómico por los tobillos y le sujetaban de tal forma que su cabeza colgaba sobre las llamas de las candilejas, con intención de prenderle fuego al pelo. El director de la orquesta y un par de tramoyistas habían cogido a los dos incendiarios y estaban intentando empujarles hasta bastidores. Había otro tramoyista cerca, aturdido y con la nariz sangrando.

Walter estaba con nosotras, porque habíamos quedado en cenar con él después de la función. Miraba horrorizado al escenario.

—Dios mío —dijo—. No podéis salir con este ambiente. Mientras lo decía, el empresario llegó corriendo.

—¿Que no salen? —dijo, angustiado—. Tienen que salir o habrá un motín. Este maldito jaleo, con perdón, señoritas, ha empezado precisamente porque ellas no han salido cuando estaba previsto.

Se enjugó la frente, que estaba muy húmeda. Sin embargo, desde el escenario llegaban indicios de que la trifulca se estaba calmando.

Kitty me miró y asintió.

—Tiene razón —le dijo a Walter—. Dígales que anuncien nuestro número.

El empresario se embolsó el pañuelo y se alejó rápidamente antes de que pudiéramos cambiar de idea, pero Walter seguía igual de serio.

—¿Estáis seguras? —nos preguntó. Lanzó otra mirada al escenario. Habían conseguido llevarse a los gamberros, y al artista le habían sentado en una silla, en el otro lado de los bastidores, y le habían dado un vaso de agua. Debían de haber devuelto los zuecos al escenario, o bien algún alma bondadosa los había rescatado y entregado; en todo caso, estaban muy bien puestos debajo de la silla y al lado de los pies magullados y descalzos del cómico. En la sala sonaban todavía algunos gritos y silbidos.

—No tenéis que salir —continuó Walter—. Podrían lanzar algo; podrían heriros.

Kitty se enderezó el cuello. Mientras lo hacía oímos un gran rugido y el estruendo de un pateo general, y así supimos que ya habían anunciado nuestro número. Un segundo después, elevándose tercamente sobre el griterío, sonaron los primeros compases de nuestra canción inaugural.

—Si nos lanzan algo nos agacharemos —dijo Kitty, deprisa. Avanzó un paso y me hizo una señal de que la siguiera.

Y después de todo aquel alboroto, nos recibieron con bastante gentileza.

—¿Qué ha pasado, Kitty? —gritó alguien, cuando nos acercábamos bailando a las candilejas—. ¿Te has perdido en la niebla o qué?

—Un tráfico espantoso —gritó ella en respuesta; la primera frase estaba a punto de empezar, y Kitty se metía más en su papel a cada paso que daba—, pero no tan malo como el atasco que tuvimos mi amiga y yo la otra tarde. Caray, tardamos la mitad del día en llegar de Pall Mall a Piccadilly…

Y sin esfuerzo, sin el menor percance, y conmigo a su lado, más cerca y más fiel que una sombra, dimos comienzo a la tonadilla.

Una vez acabada, hicimos mutis y fuimos adonde estaba Flora, nuestra ayudante, que nos aguardaba con los trajes. Walter se mantuvo a distancia, pero juntó las manos delante del pecho cuando aparecimos, y las movió, en ademán de triunfo. Tenía la cara rosa y sonreía de alivio.

Nuestro segundo número —una canción titulada «*Scarlet Fever*», que interpretábamos con el uniforme de la Guardia Real (casacas y gorras rojas, cinturones blancos y pantalones negros, muy elegantes)— fue como la seda; el follón se armó durante el siguiente. Había un hombre en las primeras filas; yo ya me había fijado en él, pues era corpulento y estaba a todas luces muy borracho; dormía ruidosamente en su butaca, con las rodillas despatarradas, la boca abierta y la barbilla ligeramente reluciente por el resplandor del escenario. Que yo supiera, podía ser que hubiese estado durmiendo durante toda la escandalera del baile con zuecos; sin embargo, por un terrible infortunio, en aquel momento se había desperrado. Era un teatro muy pequeño y yo le veía con toda claridad. Se había tropezado con las piernas del vecino en su intento de llegar al final de la fila, jurando continuamente y recibiendo improperios de todos los espectadores a los que pisaba. Cuando por fin

alcanzó el pasillo, algo le ofuscó. En vez de dirigirse al bar, a los urinarios o adondequiera que hubiera decidido ir su mente empapada de ginebra o de whisky, había descendido hasta un costado del escenario. Allí plantado, nos miraba, con las manos encima de sus ojos alzados.

—¿Qué demonios…? —dijo; lo dijo en una pausa entre versos, y sonó muy fuerte. Algunas personas apartaron la mirada de nosotras y le miraron a él, y se rieron o le chistaron.

Crucé una mirada con Kitty, pero seguí cantando y acordando mis pasos con los de ella, con los ojos todavía brillantes y una amplia sonrisa en mi boca. Al cabo de un segundo el hombre empezó a jurar aún más alto. El público -que supongo que seguía estando bien dispuesto a un poco de diversión -empezó a chillarle para que se callara.

—¡Echen a ese pelma! —gritó alguien, y—: ¡No le hagas caso, Nan, querida!

Esto último lo dijo una mujer sentada en el patio de butacas. Capté su mirada, ladeé el sombrero —era un canotier; llevábamos bombachos y canotier— y vi que ella enrojecía.

El griterío, no obstante, sólo sirvió para enfurecer y confundir aún más al hombre. Un chico se le acercó, pero fue derribado de un golpe; vi que los músicos del foso empezaban a mirar con ojos desorbitados por encima de sus instrumentos. Al fondo de la sala habían llamado a dos porteros que bizqueaban para ver en la penumbra. Media docena de manos se agitaron y señalaron el sitio donde el hombre se estaba inclinando sobre las candilejas, con los bigotes ondeando en el calor.

Ahora estaba aporreando el escenario con el pulpejo de la mano. Reprimí un arrebato de acercarme a él bailando y estamparle el pie contra la muñeca (porque, aparte de todo, le creía muy capaz de agarrarme del tobillo y arrastrarme al patio de butacas). Opté por observar lo que hacía Kitty. Me había cogido de la mano y la había apretado, pero tenía la frente lisa y despejada. Pensé que en cuestión de un momento cantaría más despacio, se abalanzaría sobre el intruso o llamaría a los porteros para que se lo llevaran.

Pero ellos le habían localizado finalmente, y se aproximaban. El hombre, sin darse cuenta de nada, continuaba su perorata ebria.

—¿Eso es una canción? —gritó—. ¿Eso es una canción? ¡Quiero que me devuelvan mi chelín! ¿Me oyen? ¡Quiero que me devuelvan mi puñetero chelín!

—¡Lo que quieres es que te den una patada en el culo! —respondió alguien desde el patio de butacas.

Otro espectador, una mujer, gritó:

—Para esa murga, ¿quieres? No oímos a las chicas con toda tu tabarra.

El hombre hizo una mueca despectiva; luego carraspeó y escupió.

—¿Chicas? —gritó—. ¿A esto llamas chicas? ¡Pero si no son más que un par de… marimachos!

Recalcó con toda la fuerza de su voz esta palabra: ¡la palabra que Kitty me había susurrado una vez, temblando de miedo al decida! En aquel momento sonó más estridente que un toque de corneta; pareció que rebotaba de una pared de la sala a la

otra, como una bala perdida de un tirador de exhibición.

¡Marimachos!

Al oír esto, el público tuvo un gran estremecimiento colectivo. Se hizo un silencio repentino: los gritos se convirtieron en murmullos, el vocerío fue disminuyendo. A través de la luz de las candilejas yo veía sus caras; mil caras cohibidas y horrorizadas.

Aun así, este engorro podría no haber durado más que un instante; podrían haberlo olvidado enseguida, y haberse reinstaurado el bullicio y la alegría, de no ser por lo que ocurrió en el escenario al mismo tiempo que se hacía el silencio en la sala.

Porque Kitty se quedó agarrotada, y después había trastabillado. Estábamos bailando enlazadas del brazo. Ahora tenía la boca abierta. Se había callado. Temblaba. Su voz, su voz potente, deliciosa y brillante, flaqueó y había enmudecido. Yo nunca la había visto así. La había visto navegar a sus anchas por mares de indiferencia y borrascas de pitidos. Ahora, al oír aquel grito único y atroz del borracho, Kitty se había hundido.

Yo, por supuesto, habría tenido que cantar más alto, sacar poco a poco a Kitty del escenario, animar al público; pero, claro está, yo sólo era su sombra. El silencio súbito de Kitty paralizó mi garganta y me dejó inmóvil. La miré a ella y luego al foso de la orquesta. El director había advertido nuestra confusión. La música sonó más lenta y cesó durante un segundo para reanudarse más briosa que antes.

Pero la melodía no afectó ni a Kitty ni a los espectadores.

A un lado del patio de butacas, los porteros ya habían atrapado al borracho y le tenían cogido por el cuello. La gente no le miraba a él, sino a nosotras. Nos miraban y veían… ¿qué? Dos chicas con traje, con el pelo muy corto y unidas del brazo. *¡Chicazos!* A pesar de los esfuerzos de la orquesta, la exclamación del hombre parecía resonar en todo el teatro.

Al fondo del gallinero alguien gritó algo que no entendí, pero hubo una incómoda risa de respuesta.

Si el grito obró como un sortilegio en el teatro, la risa lo rompió. Kitty se movió y pareció caer en la cuenta de que teníamos los brazos unidos. Lanzó una exclamación y se separó de mí, como horrorizada. Se tapó los ojos con una mano y salió de escena, con la cabeza gacha.

Yo me quedé unos segundos, aturdida y confusa; luego corrí tras ella. La orquesta seguía tocando. Al final se oyeron gritos en la sala, gritos de «¡Qué vergüenza!». Creo que bajaron el telón a toda prisa.

Entre bastidores reinaba un estado de desconcierto absoluto. Kitty había ido corriendo donde estaba Walter; él le estrechaba los hombros, con expresión grave. Flora, con un zapato sin atar y preparado en la mano, estaba escandalizada y no sabía qué hacer, pero también le embargaba una curiosidad acuciante. Un corro de operarios y tramoyistas observaba la escena, cuchicheando entre ellos. Me acerqué a Kitty y extendí la mano; retrocedió como si la hubiera levantado para pegarle, y me retraje al instante. En eso apareció el empresario, más ofuscado que nunca.

—Me gustaría saber, Miss Butler y Miss Rey, qué demonios pretenden con…

—A mí me gustaría saber —le interrumpió ásperamente Walter— qué demonios pretende *usted* mandando a *mis* artistas delante de esa chusma que usted llama su público. Me gustaría saber por qué se le tolera a un imbécil borracho interrumpir la actuación de Miss Butler durante diez minutos, mientras sus empleados se arman de valor y se deciden a quitarlo de en medio.

El empresario pateó el suelo.

—¿Cómo se atreve, señor?

—¿Cómo se atreve usted…?

La discusión prosiguió. Yo no escuchaba, sólo miraba a Kitty. Tenía los ojos secos, pero estaba pálida y tirante. No había retirado la cabeza del hombro de Walter y ni una sola vez me había mirado.

Por último, Walter bufó y despidió con un gesto al sulfurado empresario. Se volvió hacia mí. Dijo:

—Nan, me llevo ahora mismo a Kitty a casa. No tiene sentido que salgáis a hacer el último número. Me temo, además, que tendremos que cancelar la cena. Llamaré a un coche. ¿Nos sigues en el cupé con Flora y los pertrechos? Me gustaría llevar a Kitty a Ginevra Road lo más rápido posible.

Titubeé y miré otra vez a Kitty. Ella por fin levantó hacia mí los ojos, muy brevemente, y asintió.

—De acuerdo —dije. Vi cómo se iban. Walter cogió su capa y, aunque era demasiado grande para Kitty y se arrastraba por el suelo polvoriento, le envolvió con ella sus hombros delgados. Ella se la ciñó muy fuerte alrededor de la garganta y se dejó conducir por Walter por delante del empresario y del corro de chicos que cuchicheaban.

Para cuando llegué a Ginevra Road —tras haber recogido nuestras cajas y bolsas en el Deacon y dejado a Flora en su casa de Lambeth—, Walter se había ido, nuestras habitaciones estaban oscuras y Kitty estaba acostada, en apariencia dormida. Me incliné sobre ella y acaricié su cabeza. No se movió, y no quise despertarla y que quizás se disgustara aún más. Me desvestí, me acosté a su lado y coloqué la mano sobre su corazón, galopante en sus sueños.

La noche desastrosa en Deacon deparó cambios y trastornó algunas cosas. No volvimos a cantar en la sala; rompimos el contrato y perdimos dinero. Kitty se volvió más quisquillosa respecto a los teatros en que actuábamos; también empezó a interrogar a Walter sobre los otros espectáculos con los que teníamos que compartir la cartelera. En una ocasión teníamos que aparecer en un programa junto con un artista norteamericano, un hombre que se llamaba «¿Paul o Pauline?», cuyo número consistía en bailar entrando o saliendo de un armario de ébano, ya vestido de mujer, ya de hombre, y en cantar por turnos con voz de barítono y de soprano. A mí el acto me parecía bueno, pero cuando Kitty lo vio, nos obligó a deshacer el trato. Dijo que aquel hombre era un bicho raro y que, por contaminación, nos haría parecer igualmente anormales…

También en esta ocasión perdimos dinero. Al final me maravillaba la paciencia de Walter pues él representaba otro de los cambios. Ya he hablado de la curiosa

transformación de su alegría en apocamiento, de la sutil distancia que se había establecido entre nosotros desde que Kitty y yo nos hicimos novias. Walter estaba más reservado y distante. Seguía siendo afable, pero una sorprendente tirantez atemperaba su afabilidad; en presencia de Kitty, sobre todo, se aturullaba y se cohibía fácilmente; y luego se comportaba de una forma jovial, pero con una jovialidad horrible y forzada, como si se avergonzase de ser tan patoso. Sus visitas a Ginevra Road se hicieron más espaciadas. Al final le veíamos sólo para ensayar canciones nuevas o en compañía de otros artistas con los que a veces cenábamos o bebíamos algo.

Yo le echaba de menos, y me preguntaba por qué habría cambiado; pero debo confesar que tampoco me intrigaba tanto, pues creía saber la causa del cambio. Aquella noche en Islington se había enterado por fin de la verdad; había oído el grito del borracho, y al ver la reacción tremenda y aterrada de Kitty había comprendido. La había llevado a casa —ignoro de qué hablaron en el trayecto, porque ninguno de los dos parecía inclinado a comentar nada de aquella velada atroz—; la había llevado a casa, pero aquel detalle tierno de envolverle en su capa los hombros temblorosos y acompañarla a su puerta había sido el último. Ya no podía sentirse a gusto con ella; quizás porque tenía la certeza de que la había perdido; más probablemente, porque le repugnaba la idea de que nos amásemos. Y en consecuencia se mantenía a distancia.

Si nos hubiéramos quedado mucho tiempo en casa de Mrs. Dendy, creo que nuestros amigos de allí se habrían percatado de la ausencia de Walter y nos habrían interrogado al respecto; pero al final de septiembre se produjo el mayor cambio de todos. Nos despedimos de nuestra casera y de Ginevra Road, y nos mudamos.

Habíamos hablado vagamente de mudarnos desde el comienzo de nuestra fama, pero siempre habíamos pospuesto el momento crucial de marcharnos; parecía insensato abandonar un lugar donde habíamos sido y seguíamos siendo tan felices. La pensión de Mrs. Dendy se había convertido en nuestro hogar. Era la casa donde nos habíamos besado y nos habíamos declarado nuestro amor; era, yo pensaba, la casa donde pasamos la luna de miel; y a pesar de su fealdad y sus apreturas, a pesar de que nuestra ropa de trabajo ocupaba en el dormitorio más espacio que la cama, me resistí muchísimo a dejarla.

Pero Kitty dijo que resultaba extraño que siguiéramos compartiendo un cuarto y una cama cuando teníamos dinero para vivir en otro sitio diez veces más espacioso; y había encargado a un agente inmobiliario que nos buscara alojamiento en un lugar más apropiado.

Al final nos trasladamos a Stamford Hill; estaba al otro lado del río, en una zona de Londres que yo apenas conocía (y que, personalmente, consideraba un poco insulsa). Hicimos una cena de despedida en Ginevra Road, en la que todo el mundo expresó la pena que le daba que nos fuéramos; Mrs. Dendy, por su parte, lloró un poco, y dijo que la casa no sería la misma. Tootsie, en efecto, se marchaba también, se iba a Francia contratada para actuar en una revista parisina, y alquiló su habitación a un cómico que silbaba. El profesor Emery había contraído un principio de parálisis, y

se habló de que quizás terminase en una residencia para antiguos comediantes. A Sims y a Percy les iban bien las cosas, y proyectaban trasladarse a nuestros cuartos cuando los dejásemos, pero Percy se había buscado novia y la chica provocaba disputas entre ellos; más tarde supe que ya no actuaban juntos, sino de juglares en compañías rivales. Supongo que es lo que pasa en las pensiones de artistas, que se deshacen y se recomponen; pero yo estaba casi más triste, en mi último día en Ginevra Road, de lo que había estado cuando abandoné Whitstable. Sentada en el salón —ahora mi retrato estaba en la pared, junto con todos los demás—, pensaba en lo mucho que había cambiado desde la primera vez que me había sentado allí, algo menos que trece meses antes; y por un instante me pregunté si todos los cambios habían sido buenos, y hubiera deseado volver a ser la Nancy Astley de antaño, a la que Kitty Butler amaba con un amor normal que no tenía miedo de mostrar al mundo.

La calle a la que nos mudamos era muy nueva y muy tranquila. Nuestros vecinos, creo, trabajaban en el centro; sus esposas se quedaban en casa todo el día y sus hijos tenían niñeras que les paseaban resoplando, por todo el jardín en grandes cochecitos de hierro. Ocupábamos los dos pisos superiores de una casa cercana a la estación de tren; la casera y su marido vivían debajo, pero no tenían nada que ver con nuestro gremio, y apenas les veíamos. Nuestras habitaciones eran muy bonitas, y fuimos sus primeras inquilinas: todo el mobiliario era de madera barnizada, de terciopelo y brocado, y mucho más lujoso de lo que teníamos por costumbre, con lo que al sentarnos en las sillas y sofás lo hacíamos con cierta cautela. Había tres dormitorios, uno de ellos el mío, lo cual significaba, por supuesto, que guardaba mis vestidos en el ropero, mis cepillos y peines junto al lavamanos y mi camisón debajo de la almohada, para que los viese la chica que venía a limpiar tres días a la semana. En realidad, yo pasaba la noche en la alcoba de Kitty, la grande de la fachada, con su gran cama alta que habían puesto para un matrimonio. Me hacía sonreír el hecho de dormir en ella. «Estamos casadas», le decía a Kitty. «¡Ni siquiera tenemos que dormir aquí, si no queremos! ¡Podría bajarte al salón y besarte encima de la alfombra!» Pero nunca lo hice, pues aunque teníamos libertad por fin para hacer las picardías y el ruido que nos apeteciera, descubrimos que no éramos capaces de abandonar nuestros antiguos hábitos: seguíamos susurrando nuestro amor y nos besábamos debajo de la colcha y en silencio, como ratones.

Esto era, por supuesto, cuando teníamos tiempo para besos. Trabajábamos seis noches por semana, y no estaban Sims y Percy y Tootsie para animarnos después de las funciones; a menudo llegábamos a Stamford Hill tan cansadas que nada más desplomarnos en la cama empezábamos a roncar. Para noviembre estábamos tan fatigadas que Walter nos dijo que teníamos que tomarnos unas vacaciones. Hablamos de ir al continente, y hasta de viajar a América, donde también había salas en las que labrarnos una reputación, y donde Walter tenía amigos que nos alojarían. Pero antes de que pudiéramos organizar el viaje, llegó una invitación para actuar en una comedia musical en el teatro Britannia de Hoxton. La comedia era *La cenicienta*, y querían que Kitty y yo interpretásemos los papeles de primer y segundo chico; la

oferta era demasiado tentadora para declinarla.

Mi carrera en el music-hall, aunque muy breve, había sido feliz, pero no creo que nunca estuviese más contenta que aquel invierno, interpretando a *Dandini* en el Britannia y con Kitty en el papel de príncipe. Cualquier artista les dirá que su ambición es trabajar en una comedia musical; sin embargo, hasta que actúas en una, en un teatro tan grandioso y tan famoso como el Brit, no entiendes por qué. Tienes un empleo fijo durante los tres meses más fríos del invierno. No tienes que ir corriendo de una sala a otra, no te preocupas por los contratos. Conoces a actores y bailarinas, y haces amistad con ellos. Tu camerino es espacioso y privado y está caliente, porque se supone que te cambias y te maquillas en él, en vez de llegar sin resuello a la puerta del escenario después de haberte abotonado el traje en el cupé. Te dan un papel que leer y lo recitas, te indican pasos que dar y los das, te entregan ropa que vestir —la indumentaria más maravillosa que has visto en tu vida, trajes de piel, raso y terciopelo— y te la pones, y luego se la entregas a la encargada de la guardarropía para que ella se ocupe de remendarla y conservarla en buen estado. Actúas ante el público más agradable y alegre del mundo: puedes lanzarle cualquier tontería y se desternillan, sólo porque es Navidad y están decididos a pasarlo bien. Es como unas vacaciones de la vida real, salvo que te pagan veinte libras a la semana, si tienes tanta suerte como teníamos entonces, para disfrutarlas.

La cenicienta en la que actuamos aquel año fue especialmente espléndida. La protagonista era Dolly Arnold, una chica encantadora, con una voz de pardal y un talle tan estrecho que su sello característico consistía en ceñírselo con un collar a modo de cinto. Resultaba un tanto raro ver a Kitty besuqueándose con ella en el escenario, besándola mientras en el reloj faltaba un minuto para la medianoche; aunque era todavía más extraño, quizás, que nadie del público gritara *¡Marimachos!* y que ni siquiera pareciera pensarlo: se limitaban a aplaudir cuando al final el príncipe y Cenicienta estaban unidos y media docena de caballos enanos les sacaban en su carruaje nupcial al escenario.

Aparte de Dolly Arnold había otras estrellas, artistas cuyos números yo había pagado para ver y aplaudir en el Palace de variedades de Canterbury. Me sentía muy bisoña trabajando con ellos y hablándoles como iguales. Hasta entonces yo sólo había cantado y bailado en compañía de Kitty; ahora, por descontado, tenía que actuar: salir a escena con un séquito de cazadores y decir: «Señores, ¿dónde está el príncipe Casimir, nuestro amo?»; darme una palmada en el muslo y hacer retruécanos horribles; arrodillarme delante de Cenicienta, con un cojín de terciopelo, y calzarle la zapatilla de cristal en su pie diminuto, y guiar al público para que gritara tres ovaciones cuando se descubría que era de su talla. Si alguna vez han visto una comedia en el Brit, sabrán lo maravillosas que son. Para la escena de la transformación de Cenicienta vestían a cien chicas con trajes de gasa y encajes de oro y plata, las ataban a alambres móviles y las hacían sobrevolar el patio de butacas. En el escenario instalaban fuentes que luego encendían, cada una con una luz distinta. Dolly, como Cenicienta con vestido de novia, llevaba uno de oro, con oropeles en el

corpiño. Kitty llevaba bombachos dorados, un chaleco reluciente y un sombrero de tres picos, y yo tirantes, una casaca de terciopelo y zapatos de punta chata con hebillas de plata. De pie al lado de Kitty, mientras las fuentes manaban agua, las hadas volaban, los caballos enanos brincaban y trotaban, nunca tenía la plena certeza de que no me hubiese muerto en el camino al teatro y hubiera despertado en el paraíso. Los ponis despiden un olor particular cuando están mucho tiempo debajo de un lámpara incandescente. En el Brit yo lo olía cada noche, mezclado con esa pestilencia de polvo, maquillaje, tabaco y cerveza propia del music-hall. Aún hoy, si me preguntaran de sopetón; «¿Cómo es el cielo?», tendría que decir que debe de oler a crines recalentadas, estar lleno de ángeles con lentejuelas y gasa y decorado con fuentes de luz azul y escarlata…

Pero quizás en ese cielo no esté Kitty.

Huelga decir que entonces no pensaba esto último. Estaba contentísima de tener un puesto en semejante espectáculo, y con mi verdadero amor junto a mí; y todo lo que Kitty hacía o decía parecía mostrar que ella sentía lo mismo. Creo que aquel invierno pasábamos más horas en el Brit que en nuestra nueva casa de Stamford Hill; más tiempo con trajes de terciopelo y pelucas empolvadas que sin ellos. Nos hicimos amigas de toda la gente del teatro; de las bailarinas y las chicas del guardarropa, de los iluminadores, los hombres del atrezo, los carpinteros y los traspuntes. Flora, nuestra ayudante, hasta encontró un novio entre ellos. Era un chico negro que se había fugado de una familia de marinos de Wapping para unirse a una troupe de juglares; como no tenía voz para el oficio, había acabado siendo tramoyista. Creo que se llamaba Albert, pero hacía poco caso de este nombre como cualquiera del gremio, y era «Billy-Boy» para rodo el mundo. Amaba el teatro más que cualquiera de nosotros y estaba allí a todas horas, jugando a las cartas con los porteros y los carpinteros, merodeando por las bambalinas, tensando cuerdas y girando manijas. Era bien parecido, y Flora le quería mucho; pasaba, por lo tanto, mucho tiempo en la puerta de nuestro camerino, aguardando para llevarla a casa después de la función; así que llegamos a conocerle muy bien. Billy-Boy me gustaba porque procedía del río y al igual que yo, había abandonado a su familia por amor al teatro. A veces, por las tardes o ya entrada la noche, él y yo dejábamos a Kitty y Flora trajinando con el vestuario y dábamos una vuelta por el teatro silencioso y en penumbra, por el puro placer de recorrerlo. Él se había agenciado de alguna manera todas las llaves de todos los rincones polvorientos y secretos del Britannia —de los sótanos y los desvanes, y de los antiguos cuartos del atrezo—, y me enseñaba cestas llenas de trajes de las funciones de los años cincuenta, coronas y cetros de papel maché, y armaduras hechas con papel de aluminio. Un par de veces me llevó a las bambalinas por las altas escalas que había a un costado del escenario: allí fumábamos un cigarrillo, con la barbilla apoyada en la barandilla, mirando el humo que bajaba ondeando entre la maraña de sogas y plataformas hasta el suelo, dieciocho metros más abajo.

Era como estar de nuevo en casa de Mrs. Dendy, rodeadas de todos nuestros amigos, excepto, por supuesto, Walter. Sólo venía al Brit de cuando en cuando, y apenas nos visitaba en Stamford Hill; cuando venía, no soportaba verle tan a

disgusto allí y procuraba atarearme en otro cuarto y dejar que Kitty le atendiese. Ella estaba tan incómoda y cohibida como él cuando nos visitaba, y parecía preferir sus cartas a su presencia, pues él, en aquellos tiempos, le mandaba sus noticias por correo, tan drásticamente había decrecido nuestra antigua amistad. Pero ella decía que no le importaba, y yo comprendía que no quisiera hablar de algo que le resultaba doloroso. Sabía que para ella tenía que ser muy duro pensar que Walter había adivinado su secreto y que lo aborrecía.

Capítulo 7

El estreno en el Brit fue el 26 de diciembre, y antes de esa fecha ensayamos durante semanas. Así pues, nos habíamos saltado la Navidad, y cuando mamá me escribió —como había hecho el año anterior— para pedirme que la pasara en casa, tuve que mandarle otra nota de disculpa diciendo que otra vez estaba muy ocupada. Hacía casi un año y medio que me había marchado: un año y medio desde la última vez que vi el mar y que había tomado una cena decente de ostras frescas. Era mucho tiempo, y por muy deprimida y rencorosa que me hubiese dejado la carta de Alice, no podía evitar añorarles y preguntarme cómo estarían. Un día de enero topé casualmente con mi viejo baúl de hojalata, con su esmaltada inscripción amarilla. Levanté la tapa… y encontré el mapa de Kent que Davy había pegado en la cara interior y en el que Whitstable estaba señalado con una flecha ya descolorida. «Para enseñarme dónde estaba mi hogar, por si lo olvidaba.» Lo había dicho en broma; ninguno de ellos habría pensado que pudiera olvidarles. Ahora, sin embargo, debían de creer que lo había hecho.

Cerré de golpe el baúl; había notado que se me humedecían los ojos. Cuando Kitty acudió corriendo a ver qué había sido aquel ruido, me encontró llorando.

—Eh —dijo, y me rodeó con el brazo—. ¿Qué pasa? ¿Son lágrimas?

—Me he acordado de mi casa —dije, entre sollozos—, y de repente he querido volver.

Ella me tocó la mejilla, se llevó los dedos a los labios y se los lamió.

—Agua de mar pura —dijo—. Por eso tienes añoranza. Me asombra que hayas podido sobrevivir hasta ahora lejos del mar, sin resecarte como un alga vieja. No debería haberte sacado nunca de la bahía de Whitstable. Miss Sirena…

Sonreí al oír que empleaba el apodo que creí que había olvidado; luego suspiré.

—Me gustaría volver para un par de días… —dije.

—¡Un par de días! ¡Me moriré sin ti!

Se rió y miró a otro lado. Supuse que en parte estaba bromeando, pues en todos los meses que llevábamos juntas no nos habíamos separado ni siquiera una noche. Sentí aquella antigua opresión en el pecho y besé a Kitty rápidamente. Ella levantó las manos para abarcarme la cara, pero de nuevo apartó la vista.

—Si te entristeces así, tienes que irte —dijo—. Me apañaré sola.

—También a mí me fastidia —dije. Mis lágrimas se habían secado; ahora era yo la que la estaba consolando—. De todos modos, no podré irme hasta que terminemos en Hoxton… y faltan unas semanas.

Ella asintió, pensativa.

Faltaban, en efecto, algunas semanas, pues *La cenicienta* estaba programada

hasta Pascua; sin embargo, a mediados de febrero, de un modo súbito e inesperado, recobré la libertad. Hubo un incendio en el Britannia. En aquellos tiempos siempre había incendios en los teatros; salas que ardían hasta sus cimientos y luego se reconstruían mejor que antes y nadie decía nada. El incendio en el Brit había sido pequeño y no hubo ningún herido, pero habían tenido que evacuar el local y había habido problemas con las salidas; más tarde acudió un inspector, examinó el edificio y dijo que había que añadir una nueva puerta de emergencia. Cerró el teatro mientras se hacían las obras: se devolvieron las entradas, se formularon disculpas y nos dieron media semana de vacaciones.

Apremiada por Kitty —porque de pronto había perdido el miedo a que me fuera—, aproveché la oportunidad. Escribí a mi madre y le dije que, si todavía estaban dispuestos a acogerme, llegaría a casa al día siguiente —era un domingo— y me quedaría hasta la noche del miércoles. Luego fui a comprar regalos para mi familia: en definitiva, me parecía emocionante la idea de volver a Whitstable al cabo de tanto tiempo con un paquete de regalos de Londres…

Aun así, me costó separarme de Kitty.

—¿Estarás bien? —le dije—. ¿No te sentirás sola?

—Me sentiré tremendamente sola. ¡Supongo que cuando vuelvas me habré muerto de soledad!

—¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos coger un tren más tarde…

—No, Nan; tienes que ver a tu familia sin mí.

—Pensaré en ti cada minuto.

—Y yo pensaré en ti…

—Oh, Kitty…

Se había estado golpeteando el diente con la perla del collar; cuando junté mi boca con la suya noté la perla dura y fría entre sus labios. Me dejó besarla y luego movió la cabeza de tal forma que nuestras mejillas se tocaron; me rodeó la cintura con los brazos de una forma ardiente: como si me quisiera más que a nada en el mundo.

Cuando entré en Whitstable aquella mañana, la ciudad parecía muy cambiada: muy pequeña y gris, y con un mar más vasto y un cielo más bajo y menos azul de lo que recordaba. Me asomé a la ventanilla del vagón para contemplarla y vi a mi padre y a Davy en la estación un momento antes de que ellos me vieran. Hasta ellos parecían distintos —sentí al pensarlo una ráfaga de amor entristecido y de pena extraña—: papá un poco más viejo y encogido; Davy ligeramente más robusto y con la cara más colorada.

Se acercaron corriendo por el andén cuando me vieron apearme del tren.

—¡Nance! ¡Mi queridísima niña…!

Era papá; nos abrazamos torpemente, porque yo estaba cargada de paquetes y llevaba un sombrero envuelto en un velo. Uno de los paquetes cayó al suelo, él se agachó a recogerlo y se apresuró a ayudarme con los restantes. Davy, entretanto, me cogió de la mano y me besó la mejilla a través de la malla de! velo.

—Pero mírala —dijo—. De punta en blanco! Toda una señorita, ¿eh, papá?

Se le puso la mejilla más roja que nunca.

Mi padre se enderezó y me inspeccionó antes de dirigirme una amplia sonrisa que pareció tensarle un poco los rabillos de los ojos.

—Muy elegante —dijo—. A tu madre le costará reconocerte.

Supongo que, en efecto, debía de parecer un poco peripuesta, pero no había pensado en ello hasta el último momento. Toda mi ropa era de calidad en aquella época, porque hacía tiempo que me había desprendido de aquellas prendas infantiles y heredadas con que había salido de mi casa. Sólo había pretendido estar bonita aquella mañana. Pero entonces me sentí cohibida.

Este sentimiento no disminuyó mientras recorría del brazo de mi padre la pequeña distancia hasta nuestra ostrería. La casa me pareció más destartalada que nunca. Las tablas de chilla encima del restaurante enseñaban ahora más madera que pintura azul, y el letrero —*Ostras Astley, las mejores de Kent*— colgaba de una charnela y el agua de lluvia, al empaparlo, lo había agrietado. La escalera que subimos era oscura y estrecha, el cuarto al que llegué más pequeño y atestado de lo que hubiera creído posible. ¡Lo peor era que la calle, la escalera, el cuarto, la gente que había dentro, todo apestaba a pescado! Era un hedor tan familiar para mí como el olor de mi propio sobaco, pero en aquel momento me sobresaltó pensar que siempre había vivido con él y lo había considerado normal.

Espero que mi sorpresa pasara inadvertida en el bullicio general de mi llegada. Presumía que mi madre y Alice me estarían esperando: estaban, pero también media docena de personas, cada una de las cuales lanzó una exclamación al verme aparecer y se adelantó (menos Alice) para abrazarme. Tuve que sonreír y someterme a tantos apretujones y palmadas que me quedé casi sin aliento. Allí estaba Rhoda —que seguía siendo la novia de mi hermano—, con una expresión más insolente que nunca; también había venido a recibirme la tía Ro, junto con su hijo, mi primo George, y su hija, mi prima Liza, y el bebé de Liza, sólo que ya no era un bebé, sino un niño con volantes. Vi que Liza estaba embarazada de nuevo; creo que me lo habían dicho en una carta, pero lo había olvidado.

Una vez terminados todos los saludos, me quité el sombrero y mi pesado abrigo. Mamá me miró de arriba abajo. Dijo:

—¡Santo cielo, Nance, qué alta y qué guapa estás! Creo que estás casi más alta que tu padre.

Yo me sentía alta en aquella habitación diminuta y abarrotada de gente; pero pensé que difícilmente podría haber crecido. Era sólo que me mantenía muy derecha. Miré alrededor —con un cierto orgullo, a pesar de mi torpeza—, encontré un asiento y sirvieron el té. Aún no había cruzado una sola palabra con Alice.

Mi padre me preguntó por Kitty, y le dije que ella estaba bien. ¿Dónde actuaba ahora?, me preguntaron. ¿Dónde vivíamos?, preguntó Rosina; ¿era cierto lo que se contaba de que yo también trabajaba en el teatro…? A lo cual yo respondí solamente que «algunas veces actuaba con Kitty».

—¡Vaya, fíjate!

No sabría decir qué escrúpulo me impelía a ocultarles mi éxito. Creo que era

porque mi trabajo —como he dicho— estaba estrechamente asociado con mi amor; no soportaba la idea de dejarles que fisgaran al respecto, o de que pusieran mala cara o se lo contaran a otros, negligentemente…

Ahora supongo que era una especie de gazmoñería; de hecho, no llevaba con ellos más de media hora cuando George, mi primo, exclamó: «¿Qué ha pasado con tu acento, Nance? Hablas como una *señoritinga*.» Le miré con auténtica sorpresa y me escuché la siguiente vez que hablé. Era verdad, mi voz había cambiado. No era afectada, como él había afirmado, pero sin duda la gente de teatro tiene un cierto deje: una mezcla imprevisible y algo extraña de todos los acentos de las salas, desde el verdulero hasta el *lion comique*, y yo, sin darme cuenta, lo había adquirido. Hablaba un poco como Kitty; de vez en cuando, incluso como Walter. No me había percatado hasta entonces.

Tomamos el té; hubo muchos mimos para el niño de Liza. Alguien me lo pasó para que le atendiera; pero cuando le cogí, empezó a llorar.

—¡Oh, pequeñín! —dijo mi madre, haciéndole cosquillas—. Tu tía Nance va a pensar que eres un niño llorón. —Le agarró del brazo y se lo zarandeó—. ¡Choca esa mano con la tía Nancy, como un caballero!

Él tiraba de la cadera de mi madre, como de una gran pistola inflada que en cualquier momento pudiese dispararse, pero yo, prestamente, así sus dedos con los míos y se los apreté. Naturalmente, él se soltó de un tirón y lloró más fuerte. Todo el mundo se rió. George cogió al niño y lo levantó tan alto que rozó con el pelo el yeso agrietado y amarillento del techo.

—¿Quién es un soldadito? —dijo.

Miré a Alice y ella rehuyó mi mirada.

El niño se calmó por fin; la habitación se caldeó. Vi a Rhoda inclinarse hacia mi hermano y susurrarle algo; cuando él asintió, ella tosió. Dijo:

—Nancy, no te habrás enterado de la buena noticia.

La miré con atención. Se había quitado la chaqueta y advertí que llevaba los pies descalzos enfundados en unas medias de lana. Parecía muy a sus anchas.

Extendió la mano. En el dedo anular de la izquierda había una fina banda de oro, con una piedra minúscula engastada: un zafiro o un diamante, era demasiado pequeña para verlo. Un anillo de pedida.

Me sonrojé —no sé por qué— y forcé una sonrisa.

—¡Oh, Rhoda! Me alegro. ¡Davy! Eres un encanto.

No me alegraba; no era un encanto; la idea de tener a Rhoda por cuñada —¡de tener una cuñada!— era especialmente horrible. Pero debí de parecer complacida, porque los dos se pusieron rosas y engreídos.

Entonces la tía Rosina señaló con un gesto mi mano.

—No hay señal de un anillo en tu dedo todavía, ¿eh, Nance?

Vi que Alice se removía en su asiento y moví la cabeza:

—Todavía no, no.

Mi padre abrió la boca para decir algo; me resultaba insufrible, sin embargo, que la conversación discurriera por aquel cauce concreto. Me levanté y recogí mis

maletas.

—Os he comprado a todos unas cosas de Londres —dije.

Hubo murmullos y exclamaciones de sorpresa interesadas. Mamá dijo que no debería haberles comprado nada, pero buscó sus gafas y adoptó una expresión expectante. Primero me dirigí a mi tía y le entregué una bolsa llena de paquetes. «Son para el tío Joe, para Mike y las chicas. Esto es para ti.» Luego le tocó a George: le había comprado una petaca de plata. Luego a Liza y al bebé… Recorrí la habitación llena de gente y terminé con Alice: «Esto es para ti.» Su paquete —un sombrero dentro de su caja— era el más grande de todos. Lo tomó con la sonrisa más leve, tiesa y seria del mundo, y empezó a desatar las cintas con lentitud y afectación.

Todo el mundo menos yo tenía su regalo. Me senté a observar cómo abrían los paquetes, mordiéndome los nudillos y sonriendo a hurtadillas. Uno tras otro aparecieron los objetos, que fueron volteados y examinados a la luz del final de la mañana. En la habitación se instauró el silencio.

—Créeme, Nancy —dijo mi padre—, estamos orgullosos de ti.

Le había comprado un reloj grueso y reluciente como el que llevaba Walter; lo tenía en la mano y parecía brillar más que nunca contra su palma roja y la lana desvaída de su chaqueta. Se rió.

—Con esto voy a parecer todo un señor, ¿no?

Pero su risa no sonó del todo natural.

Miré a mi madre. Su regalo era un cepillo con el dorso de plata y un espejo de mano a juego: los tenía envueltos en su regazo, como si tuviera miedo de cogerlos. Pensé al instante —lo que no se me había ocurrido en Oxford Street— en lo mal que encajarían con sus frascos de perfume baratos y de colores, su tarro de crema facial y la cómoda vieja, con sus tiradores de cristal mellados. Captó mi mirada y vi que ella había pensado lo mismo. «La verdad, Nance…», dijo, y sus palabras fueron casi un reproche.

En toda la habitación se oían murmullos de la gente comparando los regalos. La tía Rosina miraba parpadeando el par de pendientes de granate que sostenía en la mano. George tocaba su petaca y me preguntó, algo nervioso, si yo había ganado en las apuestas de caballos. Sólo Rhoda y mi hermano parecían muy contentos con sus obsequios respectivos. A Davy le había comprado un par de zapatos cosidos a mano y blandos como mantequilla; estaba tamborileando en las suelas con los nudillos, y luego pasó por encima de los envoltorios de papel y cuerdas para acercarse a besarme en la mejilla.

—Eres una joya —dijo—. Me los pondré el día de mi boda y seré el tío mejor calzado de Kent.

Sus palabras parecieron recordar a todos sus modales, y de repente se levantaron para besarme y darme las gracias, y hubo un arrastrar de pies general y avergonzado. Miré por encima del hombro para ver dónde estaba Alice. Había quitado la tapa de la sombrerera, pero no había sacado el sombrero, sino que la sostenía, apática, en los dedos. Davy me vio mirándola.

—¿Qué te ha regalado a ti, hermanita? —le dijo. Cuando ella, de mala gana,

ladeó la caja pata que él viera lo que había dentro, Davy silbó—. ¡Qué preciosidad! Con una pluma de avestruz y un diamante en el ala. ¿No vas a probártelo?

—Sí, más tarde —dijo ella.

Todo el mundo se volvió a mirarla.

—¡Oh, qué sombrero tan bonito! —dijo Rhoda—. Y qué rojo más precioso, ¿Cómo llaman a este tono, Nancy?

—Rojo búfalo —dije, consternada; no me habría sentido más idiota si les hubiera regalado a todos un montón de porquerías, carretes de hilo y cabos de vela, mondadientes y guijarros, envueltas en papel y cintas de seda.

Rhoda no lo advirtió.

—¡Rojo búfalo!—exclamó—. Anda, Alice, sé buena y póntelo para que te veamos.

—Sí, venga, Alice —dijo Rosina—. Si no, Nancy pensará que no te gusta.

—No importa —dije, rápidamente—. Que se lo pruebe más tarde.

Pero George se había plantado de un salto ante la silla de Alice, le había quitado el sombrero y trataba de ponérselo en la cabeza.

—Vamos —dijo—. Quiero ver si pareces un búfalo con esto.

—¡Suelta! —dijo Alice. Hubo una escaramuza. Cerré los ojos, oí costuras que se desgarraban y cuando volví a mirar mi hermana tenía el sombrero en el regazo y George tenía la mitad de la pluma de avestruz en los dedos. La esquirla de diamantes se había desprendido y se había perdido.

El pobre George tragaba saliva y tosía; Rosina dijo con voz severa que ya podía sentirse satisfecho. Liza cogió el sombrero y la pluma y patosamente intentaba unirlos: «¡Un sombrero tan bonito», dijo. Alice empezó a respirar por la nariz, se tapó los ojos con las manos y salió corriendo de la habitación. Papá dijo: «¡Y ahora esto!»; seguía teniendo el reloj reluciente en la mano. Mamá me miró y movió la cabeza. «Qué pena», dijo. «¡Oh, Nancy, qué pena!»

En su momento Rosina y los primos se marcharon y Alice, todavía con los ojos bastante hinchados, salió a visitar a una amiga. Llevé mi equipaje a mi antiguo cuarto y me lavé la cara; cuando bajé, un poco más tarde, los regalos que había llevado habían sido recogidos y guardados, y Rhoda ayudaba a mi madre a pelar y cocer patatas en la cocina. Me ahuyentaron cuando me ofrecí a ayudarlas, diciendo que yo era una invitada, así que me senté en compañía de mi padre y de Davy, que parecían pensar que yo me sentiría a gusto si no variaban sus costumbres y se escondían detrás de los periódicos del domingo.

Después de comer, salí a dar un paseo hasta Tankerton y me senté a tirar piedras al agua. El mar estaba gris como el plomo; a lo lejos había un par de yolas y gabarras: navegando hacia Londres, donde estaba Kitty. Me pregunté qué estaría haciendo, aparte de añorarme.

A la hora del té aparecieron más primas para agradecerme los regalos y suplicarme que les enseñara mi bonita ropa nueva. Sentadas en el piso de arriba, les enseñé mis vestidos, el sombrero con velo y mis medias pintadas. Hablamos de

chicos. Supe que Alice —les asombró que ella no me lo hubiese dicho— había roto con Tony Reeves, el del Palace, y había empezado a salir con un chico que trabajaba en el astillero; era mucho más alto que Tony, me dijeron, pero no tan divertido. Freddy, mi antiguo novio, salía con otra chica, y era probable que se casara con ella… Cuando me preguntaron, de nuevo, si tenía un pretendiente, dije que no; pero titubeé al contestar, y sonrieron. Había alguien, me apremiaron; y yo asentí, para que se callasen.

—Había un chico. Tocaba la corneta en una orquesta… Miré a otro lado, como si me apenara pensar en él, y noté que ellas cruzaban miradas significativas.

¿Y qué era de Miss Butler? Tenía novio, sin duda…

—Sí, se llama Walter…

Me odié por decir esto, ¡pero también pensé en cuánto se reiría Kitty cuando se lo contase!

Me había olvidado de que mis primas se acostaban temprano. Se fueron a las diez; a las diez y media los demás empezaron a bostezar Davy acompañó a Rhoda a su casa y Alice nos dio las buenas noches. Papá se levantó y se estiró; luego se me acercó y me rodeó el cuello con el brazo.

—Es una delicia tenerte otra vez en casa, Nance. ¡Y te has puesto guapísima!

Mi madre me sonrió; fue la primera sonrisa de verdad que vi en su cara aquel día, y entonces supe lo mucho que le alegraba estar de nuevo en casa con toda mi familia.

Pero esta alegría no duró mucho. Unos minutos más tarde les deseé buenas noches y por fin me encontré a solas con Alice, en nuestro —en su cuarto—. Estaba acostada, pero con la lámpara todavía encendida y los ojos abiertos. No me desvestí, sino que me quedé con la espalda recostada en la puerta hasta que ella me miró.

—Siento lo del sombrero —dijo.

—No tiene importancia.

Me acerqué a la silla junto a la chimenea y empecé a desatarme las botas.

—No deberías haber gastado tanto —continuó.

Hice una mueca.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

Me descalcé, dejé a un lado los zaparos y empecé a soltar los ganchos de mi vestido. Ella había cerrado los ojos y no parecía tener ganas de seguir hablando. Detuve los movimientos de mi mano y la miré.

—Tu carta fue horrible —dije.

—No quiero hablar de nada de eso —respondió rápidamente, girando la cara—. Te dije lo que pensaba. No he cambiado de opinión.

—Yo tampoco.

Tiré más fuerte de los ganchos, me quité el vestido y lo colgué del respaldo de la silla. Estaba de mal humor y en absoluto cansada. Cogí una de mis bolsas y saqué un cigarrillo, y cuando rasqué la cerilla para encenderlo, Alice levantó la cabeza. Me encogí de hombros. «Otra costumbre asquerosa que me ha enseñado Kitty.» Lo dije como una corista descarada y bruja.

Me quité el resto de la ropa, me metí el camisón por la cabeza y entonces me acordé del pelo. No podía dormir con la trenza atada. Volví a mirar hacia Alice —había palidecido al oír mis palabras, pero seguía observándome— y solté las horquillas hasta aflojar el moño. Por el rabillo del ojo vi que ella se quedaba boquiabierta. Pasé los dedos por mis mechones lacios y rapados; esta acción —y el cigarrillo que acababa de fumar— me produjo un sosiego delicioso.

—No se nota que es falsa, ¿verdad? —dije.

Alice se había incorporado y aferraba las mantas delante de su cuerpo.

—No hace falta que pongas esa cara de horror —dije—. Te lo conté todo, te escribí y te lo dije: yo también actúo. Ya no soy la ayudante de Kitty. Ahora salgo al escenario y hago lo que hace ella. Canto, bailo…

—No lo escribiste como si fuera cierto —dijo—. ¡Si fuera verdad nos habríamos enterado! No te creo.

—Me da igual que me creas o no.

Ella movió la cabeza.

—Cantar —dijo—. Bailar. Es una vida de furcia. No podrías. No deberías…

—Lo hago —dije, y para demostrarle que hablaba en serio me levanté el camisón y di unos pasos por la alfombra.

El baile, como la trenza, pareció asustarla. Cuando volvió a hablar fue en tono de amargura; pero las lágrimas que se le agolpaban le pusieron la boca pastosa.

—Supongo que así te levantas las faldas, ¿no? ¡Y qué enseñas las piernas en el escenario para que todo el mundo las mire!

—¿Las faldas? —reí—. Por el amor de Dios, Alice, ¡no llevo faldas! No me he rapado el pelo para llevar un vestido. Llevo pantalones. ¡Pantalones de hombre!

—¡Oh! —dijo ella. Se había echado a llorar—. ¡Qué desfachatez! ¡Qué cosa más horrible, delante de extraños!

—Te parecía estupendo cuando lo hacía Kitty —dije.

—¡Kitty nunca ha hecho nada bueno! Te llevó de aquí y te ha cambiado. No te conozco. ¡Ojalá no te hubieras ido con ella… o no hubieras vuelto!

Se tumbó, se subió las mantas hasta la barbilla y lloró; y como no conozco a ninguna chica a la que no le conmueva hasta las lágrimas ver llorar a su hermana, me tendí a su lado en la cama y me empezaron a escocer los ojos.

Pero en cuanto me notó cerca se despegó de un brinco.

—¡No te me acerques! —gritó, y se escabulló. Lo dijo con una pasión tan sincera, con tanto horror y congoja, que no pude por menos de obedecerla y la dejé tenderse en el borde frío de la cama. Sus temblores cesaron enseguida y guardó silencio; a mí se me secaron los ojos y se me endureció otra vez la cara. Extendí la mano hacia la lámpara y la apagué; me tumbé sin decir nada.

La cama, que había estado helada, se calentó. Empecé a desear que Alice se diese la vuelta y me hablara. Luego empecé a desear que Alice fuese Kitty. Luego me puse a pensar —¡no pude evitarlo!— en todo lo que haría con Alice si fuese Kitty. La fuerza súbita de mi deseo me turbó. Recordé todas las veces en que había estado allí acostada e imaginado cosas semejantes antes de que Kitty y yo nos hubiésemos

besado. Me acordé de la primera vez que había dormido con ella en Ginevra Road, cuando yo sólo estaba acostumbrada a compartir la cama con mi hermana. El cuerpo de Alice ahora se me hacía extraño; me parecía impropio y peregrino, en cierto modo, estar acostado tan cerca de alguien y no besarle y acariciarle…

Pensé de pronto: ¿Y si me quedo dormida, me olvido de que no es Kitty y le pongo una mano o un pie encima…?

Me levanté, me puse el abrigo por encima de los hombros y fumé otro cigarrillo. Alice no se movió.

Miré mi reloj, entornando los ojos: las once y media. Me pregunté otra vez qué estaría haciendo Kitty; y envié a Stamford Hill un mensaje mental a través de la noche, para que ella hiciera un alto en lo que estuviera haciendo y se acordara de pensar en mí, en Whitstable.

Tras aquel pobre comienzo, mi visita no fue muy lucida. Había llegado un domingo y los días siguientes, naturalmente, eran laborables. La primera noche no me dormí hasta muy tarde, pero a la mañana desperté cuando lo hizo Alice, a las seis y media, y me obligué a levantarme y a desayunar con los demás en la mesa de la sala. Después, sin embargo, no supe si ofrecerme a asumir mis antiguas tareas en la cocina, con el cuchillo de abrir ostras; no sabía si les gustaría o esperarían que lo hiciera, y ni siquiera si yo podría soportarlo. Al final bajé con ellos y descubrí que mi ayuda ya no les hacía falta, porque tenían contratada a una chica para abrir y desbarbar las nativas, y al parecer era tan rápida como yo lo había sido. Permanecí a su lado —era bastante bonita— y abrí con un cuchillo desganado alrededor de una docena de conchas… Pero el agua me helaba y me picaban las manos, y pronto opté por sentarme a mirar; luego cerré los ojos, descansé la cabeza en mis brazos y escuché el rumor de cotilleo que venía del restaurante y el burbujeo de las ollas…

En suma, me quedé dormida, y sólo me desperté cuando mi padre, al pasar presurosamente por delante, tropezó con mis faldas y derramó una cazuela de jugo. Entonces me sugirieron que me fuera arriba; para no estorbar, quisieron decir. De modo que me pasé la tarde sola, leyendo a ratos el *Illustrated Police News* y a ratos caminando por la sala para mantenerme despierta, y preguntándome, con toda franqueza, para qué habría vuelto a casa.

Al día siguiente fue todavía peor, si es que era posible que lo fuese. Mamá me dijo sin rodeos que ni se me ocurriera estropear mi vestido y lastimarme las manos tratando de ayudarles en la cocina; que estaba allí de vacaciones, no para trabajar. Yo había leído el *Police News* de cabo a rabo; lo único que me quedaba por leer era el *Fish Trades Gazette* de mi padre, y no soporté la idea de pasarme un día encerrada arriba con esta revista. Volví a ponerme mi traje de viaje y salí a pasear; salí tan temprano que hacia las diez va había recorrido el camino de ida y vuelta a Seasalter. Por fin, desesperada por encontrar un pasatiempo, cogí el tren a Canterbury, y mientras mis padres y mi hermana trabajaban en la ostrería, yo pasé el día como una turista, vagando por los claustros de una catedral que no me había molestado en visitar en todos los años que había vivido tan cerca de ella.

Pero en el trayecto a la estación pasé por delante del Palace. Me pareció muy

distinto, ahora que conocía muchas salas; y cuando me acerqué a los carteles para ver el programa, vi que todos los espectáculos eran de segunda fila. Las puertas, por supuesto, estaban cerradas, y el vestíbulo oscuro, pero no pude resistir la tentación y di la vuelta hasta la puerta del escenario y pregunté por Tony Reeves.

Llevaba puesto mi sombrero con velo: no me reconoció al verme. Cuando por fin lo hizo, sonrió y me besó la mano.

—¡Nancy! ¡Qué alegría!

Él, por lo menos, no había cambiado nada. Me llevó a su despacho y me invitó a sentarme. Dije que estaba allí de visita, y que me habían mandado que saliera a entretenerme. También le dije que lamentaba lo de su ruptura con Alice. Él se encogió de hombros.

—Sabía que nunca se casaría conmigo. Pero la echo de menos; era una preciosidad de chica, aunque no tanto, sí me permites decírtelo, como ha resultado su hermana…

No me importó, porque sólo estaba coqueteando; de hecho, era más bien agradable que me piropease un antiguo novio de Alice. Le pregunté por el teatro; qué tal iba, quién había actuado, qué canciones habían cantado. Al final, Tony cogió un lápiz que estaba en el escritorio y empezó a juguetear con él.

—¿Y cuándo tendremos aquí otra vez a Miss Butler? —preguntó—. Tengo entendido que formáis buena pareja. —Le miré fijamente y noté que se me enrojecían las mejillas; pero Tony, naturalmente, sólo se refería a nuestro programa—. He oído que trabajáis juntas, y que sois un buen equipo, según dicen.

Sonreí.

—¿Cómo te has enterado? Soy muy reservada con mi familia a este respecto.

—Leo el *Era*, ¿no? «Kitty Butler y Miss Rey». Sé reconocer un nombre artístico…

Me reí.

—Oh, ¿no es divertido, Tony? ¿No es algo maravilloso? Ahora estamos haciendo *La cenicienta* en el Britannia. Kitty es el príncipe y yo hago de Dandini. Tengo que hablar, cantar, bailar, darme palmadas en el muslo y toda la pesca, con tirantes de terciopelo. ¡Y el público se vuelve loco!

Sonrió al verme complacida; ¡era una delicia que por fin me permitiesen mostrarme satisfecha de mí misma! Después movió la cabeza.

—Por lo que he oído decir, tu familia no sabe de la misa la media. ¿Por qué no les dejas que te vean en el escenario? ¿Por qué tanto secreto?

Me encogí de hombros y luego titubeé.

—A Alice no le gusta Kitty… —dije.

—Y tú y Kitty: ¿ella te sigue teniendo en el bolsillo? ¿Estás tan embobada con ella como estabas? —Yo asentí; él resopló—. Entonces, es una chica con suerte…

Parecía que de nuevo estaba coqueteando, pero tuve la impresión extrañísima, también, de que sabía más de lo que decía… y de que no le importaba un comino.

—La afortunada soy yo… —respondí, y sostuve su mirada.

Él tamborileó con el lápiz en el papel secante.

—Quizás —dijo, con una mueca.

Estuve en el Palace hasta que se hizo evidente que Tony tenía otros asuntos que atender, y entonces me despedí. Una vez en la calle, permanecí delante de las puertas del vestíbulo, reacia a renunciar a la peste de cerveza y maquillaje y a comparar los olores totalmente distintos de Whitstable, la ostrería y nuestra casa. Me había hecho bien hablar de Kitty; tanto fue así que más tarde, sentada a la mesa de la cena, entre Alice callada y la odiosa Rhoda, con su zafiro destellante y diminuto, la añoré más todavía. Tenía que pasar otro día en familia, pero pensé que no podría aguantarlo. A la hora del postre dije que había cambiado de idea y que tomaría el tren de la mañana, en vez del de la noche; que me había acordado de que tenía cosas que hacer en el teatro y que no podía postergarlas hasta el jueves.

No pareció sorprenderles, aunque mi padre dijo que era una lástima. Más tarde, cuando les di el beso de buenas noches, él carraspeó.

—Así que te vuelves a Londres por la mañana, y apenas he tenido tiempo de echarte un buen vistazo —dijo. Yo sonreí—. ¿Lo has pasado bien con nosotros, Nance?

—Oh, sí.

—¿Y te cuidarás bien en Londres? —preguntó mi madre—. Está muy lejos.

—No tanto —dije, riéndome.

—Lo suficiente para no haberte visto en un año y medio —dijo ella.

—He estado ocupada —dije—. Las dos hemos estado ocupadísimas.

Asintió, no muy impresionada: ya se lo había dicho en mis cartas.

—Procura que no pase tanto tiempo sin volver a casa. Es muy agradable recibir tus paquetes; ha sido muy agradable que nos hagas regalos, pero preferimos tenerte a ti que un cepillo o un par de botas.

Aparté la mirada, avergonzada; todavía me duraba la sensación de idiota al pensar en los regalos. Aun así, no me parecía que ella tuviese que ser tan áspera, tan dura al recordármelo.

Habiendo tomado la decisión de partir antes, me invadió la impaciencia. Hice mi equipaje por la noche y a la mañana siguiente me levanté incluso más temprano que Alice. A las siete, cuando retiraron las cosas del desayuno, estaba ya lista para marcharme. Les abracé a todos, pero mi partida no fue tan triste ni tan dulce como lo había sido la primera vez que les dejé; y esta vez no tenía la premonición de algo venidero que la hiciera más triste. Davy estuvo amable y me hizo prometerle que asistiría a su boda, y dijo que si yo quería podría llevar a Kitty, lo cual me impulsó a quererle más. Mamá sonrió, pero su sonrisa fue tensa; Alice se mostró tan fría que al final le volví la espalda. Sólo mi padre me abrazó como si realmente le apenase que me fuera; y supe que hablaba en serio cuando me dijo que me echaría de menos.

Me fui sola a la estación, pues esta vez no pudieron prescindir de nadie para que me acompañara. No miré a Whitstable ni al mar cuando el tren arrancó; no pensé, desde luego, que no volvería a verlos durante años y años; y me avergüenza decir que de haberlo pensado no me habría preocupado mucho. Sólo pensaba en

Kitty. Eran sólo las siete y media; sabía que ella se levantaría a las diez, y tenía pensado darle una sorpresa: entrar en nuestras habitaciones de Stamford Hill y meterme sigilosamente en su cama. El tren circulaba a través de Faversham y Rochester. Ya no estaba impaciente. No necesitaba estarlo. Sentada en mi asiento, me limité a pensar en su cuerpo caliente y dormido, al que pronto abrazaría; me imaginé su placer, su sorpresa, su amor creciente al ver que yo regresaba tan pronto.

Nuestra casa, cuando la contemplé desde la calle, estaba oscura y con los postigos cerrados, como yo había supuesto. Subí los escalones de puntillas e introduje la llave en la cerradura. El pasillo estaba silencioso: hasta la casera y su marido parecían estar todavía acostados. Deposité mis bolsas en el suelo y me quité el abrigo. Había una capa colgando de la percha y le eché una ojeada: era la de Walter. Qué raro, pensé, debió de venir ayer y se la dejó. Lo olvidé enseguida, mientras subía con sigilo la escalera oscura.

Llegué al cuarto de Kitty y pegué el oído a la puerta. Esperaba que hubiese silencio, pero al otro lado se oía un sonido: una especie de lameteo, como de un gatito ante un plato de leche. ¡Maldita sea!, pensé; Kitty debía de estar ya despierta y tomando el té. Tuve la certeza al oír el crujido de la cama. Decepcionada, pero alegre por la expectativa de verla, giré el picaporte y entré en el dormitorio.

Estaba, en efecto, despierta: sentada en la cama, recostada en una almohada, con las mantas subidas hasta las axilas y los brazos desnudos sobre el cubrecama. La lámpara estaba encendida a su máxima potencia: la habitación no estaba nada oscura. Había una figura ante el pequeño lavabo a los pies de la cama. Walter. No tenía puesta la chaqueta ni el cuello de la camisa: ésta estaba remetida en los pantalones, pero los tirantes le colgaban casi hasta las rodillas. Encorvado ante la jofaina, se lavaba la cara: aquél era el sonido de lameteo que yo había oído. Tenía los bigotes oscurecidos y abrillantados por el agua.

Lo primero que vi fueron sus ojos. Me miró con absoluta sorpresa, con las manos levantadas y el agua que le bajaba desde ellas hasta las mangas; su cara se contrajo en un tic horrible, y al mismo tiempo, por el rabillo del ojo, vi también a Kitty retorcerse debajo de la ropa de cama.

Creo que ni siquiera entonces comprendí.

—¿Qué es esto? —dije, y me reí un poco, nerviosa. Miré a Kitty, esperando que ella se uniera a mi risa, diciendo; «¡Oh, Nan! ¡Qué gracioso debe de parecerte! No es nada de lo que parece.»

Pero ni tan sólo sonrió. Me miró con ojos asustados y se subió las mantas más arriba, como para ocultarme su desnudez, ¡a mí!

Fue Walter el que habló.

—Nan —dijo, vacilante; nunca le había oído un tono tan seco y escueto—. Nan, nos has sorprendido. No te esperábamos hasta esta noche.

Cogió una toalla y se frotó la cara con ella. Se acercó a toda prisa a la silla, cogió su chaqueta y se la puso. Vi que le temblaban las manos.

Nunca le había visto temblar. Dije:

—He venido en un tren que salía más pronto… —Se me había secado la boca,

como a Walter; mi voz, en consecuencia, sonaba lenta y pastosa—. En realidad, pensaba que era todavía muy temprano. ¿Cuánto hace que estás aquí, Walter?

Movió la cabeza, como si la pregunta le apenara, y dio un paso hacia mí. Dijo, con cierto apremio.

—Perdóname, Nan. No tienes por qué ver esto. ¿Te importa que vayamos a hablar abajo…?

Su tono era raro y, al oírlo, lo supe.

—¡No!

Crucé las manos sobre la barriga; dentro había un revuelo caliente y agrio, como si me hubieran envenenado. Al oír mi grito, Kitty se estremeció y se puso pálida. Me dirigí a ella:

—¡No es verdad! —dije—. Oh, ¡dime, dímelo, di que no es verdad!

Ella no me miraba; se tapó los ojos con las manos y empezó a llorar.

Walter se me acercó y me puso la mano en el brazo.

—¡Aparta! —grité, y me zafé de él para dirigirme hacia la cama—. ¿Kitty? ¿Kitty?

Me arrodillé ante ella, le retiré la mano de la cara y me la llevé a los labios. Le besé los dedos, las uñas, la palma, la muñeca; sus nudillos, que estaban ya humedecidos por su llanto, pronto quedaron empapados de lágrimas y sollozos. Walter me miraba horrorizado y todavía temblando.

Kitty me miró por fin.

—Es verdad —susurró.

Di un respingo y un gemido; luego oí el chillido de Kitty, noté en mis hombros la presión de los dedos de Walter y comprendí que la había mordido, como un perro. Retiró la mano y me miró con horror. De un empellón, me deshice de Walter y me volví para chillarle:

—¡Vete de aquí, vete! ¡Sal y déjanos!

Él titubeó; le asesté puntapiés en el tobillo hasta que se alejó.

—No eres tú, Nan…

—¡Fuera!

—Me da miedo dejarte…

—¡Fuera!

Se acobardó.

—Me quedaré fuera de la puerta…

Miró a Kitty, ella asintió y él salió, cerrando la puerta muy suavemente.

Hubo un silencio sólo interrumpido por mi respiración entrecortada y el llanto débil de Kitty: igual que le había visto llorar a mi hermana, tres días antes.

¡Kitty nunca ha hecho nada bueno!, había dicho. Descansé la mejilla en el lugar de la colcha que cubría sus muslos, y cerré los ojos.

—Me hiciste creer que era amigo tuyo —dije—. Y luego me hiciste creer que no le importabas, por culpa de nosotras.

—No sabía qué hacer. Era sólo mi amigo. Y después, después…

—Pensar que tú y él, todo este tiempo…

—No ha sido lo que piensas, hasta ayer por la noche.

—No te creo.

—Oh, Nan, es verdad, ¡te lo juro! Hasta anoche… ¿Cómo podría haber habido algo? Hasta anoche, sólo ha habido charlas y… besos.

Hasta la noche anterior. . Hasta esa noche, yo había estado contenta, amada, satisfecha, segura; ¡hasta la noche anterior me sentía tan llena de amor y deseo que creí que moriría a causa de ellos! Al oír las palabras de Kitty, supe que el dolor de mi amor no era la décima, ni la centésima, ni la milésima parte del dolor que sufriría por su culpa.

Abrí los ojos. Kitty parecía enferma y asustada. Dije:

—Y los… besos: ¿cuándo empezaron?

Pero al hacer la pregunta adiviné la respuesta: «¡Aquella noche, en el Deacon…»

Ella vaciló; luego asintió, y lo vi todo de nuevo, y lo entendí todo: las torpezas, los silencios, las cartas. Le había compadecido a Walter: ¡compadecido!, cuando todo aquel tiempo yo había sido la idiota; cuando todo aquel tiempo se habían estado viendo, cuchicheando, acariciándose…

La idea me atormentaba. Walter era nuestro amigo; tanto mío como de ella. Sabía que él la amaba, pero… parecía tan viejo, tan paternal. ¿Kitty habría podido, en verdad, llegar a querer acostarse con él? ¡Era como si la hubiese sorprendido en la cama con mi propio padre!

Empecé a llorar de nuevo.

—¿Cómo has podido? —dije entre lágrimas: parecía un marido de melodrama barato—. ¿Cómo has podido?

Sentí que se removía debajo de las mantas.

—¡No me ha gustado! —dijo, desconsolada—. A veces casi no podía soportarlo…

—¡Creía que me querías! ¡Me dijiste que me querías!

—¡Te quiero! ¡Te quiero!

—¡Dijiste que no querías a nadie más que a mí! ¡Dijiste que estaríamos juntas toda la vida!

—Nunca he dicho…

—¡Me dejaste pensarlo! ¡Me hiciste pensarlo! Me has dicho tantas veces lo contenta que estabas. ¿Por qué no habríamos podido seguir como estábamos…?

—¡Tú sabes por qué! Están muy bien estas cosas cuando eres joven. Pero cuando te vas haciendo mayor… No somos un par de fregonas que pueden hacer lo que se les antoja sin que nadie se dé cuenta. Somos conocidas; nos miran…

—¡No quiero ser conocida si significa perderte! No quiero que me mire nadie más que tú, Kitty…

Me apretó la mano.

—Pero yo sí —dijo—. Yo sí. Y mientras me miran no soporto que también… se rían; o que me detesten, o que me desprecien como a un…

—¡Como a un marimacho!

—¡Sí!

—Pero podríamos tener cuidado…

—¡Nunca tendremos suficiente cuidado! Eres demasiado… Nan, te pareces demasiado a un chico…

—¿Que me parezco demasiado a un chico? ¡Nunca me has dicho eso! Soy casi como un chico… ¡pero prefieres irte con Walter! ¿Le… quieres?

Miró a otro lado.

—Es muy… agradable —dijo.

—Muy agradable, —Oí que mi voz se tornaba amarga y dura. Me incorporé y me separé de ella—. Y por eso le has hecho venir cuando yo no estaba; y ha sido agradable contigo en la cama…

Me puse en pie, súbitamente consciente de las sábanas y el colchón manchados; de que ella estaba desnuda, de que la mano de Walter la había tocado, su boca la había besado…

—¡Oh, Dios! ¿Hasta cuándo habrías seguido? ¿Me habrías dejado besarte después de él?

Alargó el brazo para alcanzar mi mano.

—Pensábamos decírtelo esta noche, te lo juro. Esta noche ibas a saberlo todo.

Había algo raro en la forma en que dijo esto. Yo había estado deambulando a su lado; me paré en seco.

—¿Qué quieres decir? —dijo—. ¿Qué significa ese todo? Ella retiró la mano.

—Vamos a… Oh, Nan, ¡no me odies! Vamos a… casarnos.

—¿Casaros? —Si hubiera tenido tiempo de pensarlo podría habérmelo esperado; pero no había tenido tiempo para nada, y la palabra me produjo un asco y un mareo más grandes—. ¿Casaros? Pero…, pero ¿y yo? ¿Dónde voy a vivir? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué pasa…, qué pasa con…? —Se me había ocurrido una idea nueva—. ¿Qué pasa con nuestro número? ¿Cómo vamos a trabajar…?

Ella miró a otra parte.

—Walter tiene un proyecto. De un nuevo número. Quiere volver a las tablas…

—¿A las tablas? ¿Después de esto? ¿Contigo y conmigo…?

—No. Conmigo. Sólo conmigo. Sólo con ella. Noté que empezaba a temblar. Dije:

—Me has matado, Kitty.

Mi voz sonó extraña incluso para mi propio oído; creo que la asustó, porque miró a la puerta, un poco empavorecida, y empezó a hablar muy rápido, pero con una especie de susurro estridente.

—No debes decir esas cosas —dijo—. Ha sido un choque para ti. Pero ya verás como, con el tiempo…, volveremos a ser amigos, ¡los tres! —Extendió la mano hacia mí; su voz se volvió más estridente y a la vez más suave—. ¿No ves que es lo mejor? Si Walter es mi marido, ¿quién pensaría, quién diría que…? —Me aparté; ella me agarró más fuerte; por fin gritó, presa de una especie de pánico—: Oh, ¿no pensarás, verdad, que voy a permitir que me aparte de ti?

Al oír esto la empujé y cayó sobre la almohada. Tenía todavía el cobertor

encima, pero había resbalado un poco. Vislumbré la prominencia de su pecho, el tono rosa de su pezón. Un palmo más abajo del sedoso hoyo de su garganta —brincando con cada inspiración y cada latido—, la perla que le había regalado colgaba de la cadena de plata. Me acordé de haberla besado, tres días antes; quizás, la noche anterior o aquella misma mañana, Walter la había sentido dura y fría contra su lengua.

Avancé hacia Kitty, agarré su collar y —una vez más, como si fuese un personaje de una novela o de una obra de teatro— tiré de él. La cadena emitió al instante un grato chasquido y quedó colgando de mi mano, rota. La contemplé un segundo y luego la solté y oí cómo se esparcía por las maderas del suelo.

Kitty gritó; creo que gritó el nombre de Walter. En todo caso, la puerta se abrió y él apareció, pálido por encima del bigote rojizo, y con los tirantes colgando todavía por debajo del dobladillo de su chaqueta, y la camisa sin cuello ondeando en su garganta. Corrió hasta el otro lado de la cama y tomó a Kitty en sus brazos.

—Si le has hecho daño… —dijo. Me reí con insolencia.

—¿Daño? ¿Daño? ¡Me gustaría matarla! Si tuviera una pistola le dispararía un tiro en el corazón… ¡y a mí también! ¡Y tú te casarías con un cadáver!

—Te has vuelto loca —dijo él—. Esto te ha enloquecido totalmente.

—¿Y acaso te extraña? ¿Sabes…, te lo ha dicho… lo que somos…, lo que éramos… una para la otra?

—¡Nan! —dijo Kitty al instante. Yo mantuve la mirada clavada en Walter.

—Sé —dijo él, lentamente— que erais… como novias.

—Como novias. De las que hacen ¿qué? ¿Se cogen de la mano? ¿Has creído, entonces, que eras el primero que te acostabas con ella? ¿No te ha dicho que me la follo!

Se amedrentó; y yo también, porque la palabra sonaba horrible: nunca la había pronunciado, y no sabía que estaba a punto de emplearla. Sin embargo, Walter conservó la mirada serena: vi, con creciente desdicha, que lo sabía todo y que no le importaba; que quizás —¿quién sabe?— hasta le gustaba. Era demasiado caballero para responderme con una grosería, pero su expresión —una curiosa mezcla de desprecio, suficiencia y compasión— era elocuente. Decía: ¡*Eso no era follar, tal como el mundo lo entiende. ¡La follabas tan bien que te ha dejado!* Decía: *¡Puede que hayas sido la primera en follarla, pero yo voy a follármela de ahora en adelante!*

Era mi rival; y a la postre me había derrotado.

Me alejé un paso de la cama y después otro. Kitty tragó saliva, con la cabeza posada todavía en el pecho amplio de Walter. Tenía los ojos grandes y lustrosos de lágrimas no vertidas, y el labio rojo donde se lo había mordido; sus mejillas estaban pálidas y las pecas muy oscuras; tenía pecas, también, en la piel del hombro y del pecho, en la parte que asomaba de las mantas. Estaba tan hermosa como no la había visto nunca.

Adiós, pensé; di media vuelta y huí.

Bajé corriendo la escalera; las faldas se me enredaban en los pies y estuve a punto de caerme. Crucé corriendo la puerca de la sala, dejé atrás el perchero donde

mi abrigo colgaba al lado del de Walter y la maleta que había traído de Whitstable. No me paré a recogerla, ni siquiera cogí un guante o un sombrero. No podía tocar nada en aquel lugar que se había convertido en algo así como una casa apestada. Corrí hasta la puerta, la abrí de golpe y la dejé abierta de par en par mientras bajaba los escalones a la calle. Hacía mucho frío, pero el aire era seco y no había viento. No miré a mi espalda.

Seguí corriendo hasta que me dolió el costado; después continué, a medias andando y a medias trotando, hasta que remitió el dolor; después seguí corriendo. Había llegado a Stoke Newington y me dirigía al sur por la larga calle recta que llevaba a Dalston, Shoreditch y la City. Más allá, no sabía adónde iba: mi único pensamiento era alejarme de Stamford Hill, de ella, de él, todo lo posible; y seguir corriendo. Las lágrimas casi me cegaban; notaba los globos oculares hinchados y calientes en sus órbitas, tenía la cara empapada de babas y se me estaba quedando helada. La gente debía de mirarme al pasar a su lado: creo que un par de individuos extendieron la mano para cogerme del brazo, pero yo no les vi ni les oí, pasé de largo apresuradamente, tropezando con la falda, hasta que la extenuación me obligó a reducir el paso y a mirar alrededor.

Había llegado a un pequeño puente sobre un canal. Había barcazas en el agua, pero estaban todavía un poco lejos, y el agua a mis pies estaba perfectamente lisa y espesa. Pensé en aquella noche en que Kitty y yo habíamos contemplado el Támesis y ella me había dejado besarla… A punto estuve de llorar al recordarlo. Coloqué las manos sobre la balaustrada de hierro; creo que, por un segundo, acaricié la idea de saltarla y recurrir a aquella escapatoria.

Pero, a mi manera, era tan cobarde como Kitty. No soportaba la idea de que aquella agua parda absorbiese mi falda, cubriera mi cabeza, llenase mi boca. Me separé del pretil, me tapé los ojos con las manos y obligué a mi cerebro a detener aquel espantoso remolino. Sabía que no podía seguir corriendo todo el día. Tendría que encontrar un sitio donde esconderme. No llevaba encima más que mi vestido. Gemí en voz alta y miré a mi alrededor, pero esta vez un poco desesperada.

Contuve la respiración. Reconocí aquel puente: desde Navidad, lo cruzábamos todas las noches, en el trayecto a *La cenicienta*. El teatro Britannia estaba cerca, y yo sabía que había dinero en nuestro camerino.

Me puse en marcha, enjugándome la cara con las mangas y alisándome el pelo y el vestido. El portero del teatro me miró con curiosidad cuando me dejó entrar, pero fue atento conmigo. Yo le conocía bien, y muchas veces me había parado a charlar con él; esta vez, sin embargo, sólo le saludé con un gesto al coger mi llave, y pasé de largo sin sonreírle. No me importaba lo que pensase: no volvería a verle nunca.

El teatro, por supuesto, estaba cerrado todavía; se oían martillazos en la sala donde los carpinteros terminaban su trabajo, pero, por lo demás, los pasillos, la sala de descanso, todo estaba en silencio. Me alegré: no quería que me viese nadie. Me dirigí deprisa pero sin hacer ningún ruido a los camerinos y llegué a la puerta que decía Miss Butler y Miss Rey. Con el mayor sigilo —porque en mi estado febril temía

a medias que Kitty pudiese estar esperándome al otro lado—, metí la llave y abrí la puerta.

El camerino estaba oscuro: entré a la luz del pasillo, encendí una cerilla y con ella una lámpara de gas, y luego cerré la puerta con la mayor suavidad que pude. Sabía exactamente lo que buscaba. En un armario debajo de la mesa de Kitty había una cajita de hojalata con un montón de monedas y billetes dentro: todas las semanas guardábamos allí una parte del sueldo para disponer de dinero cuando quisiéramos. La llave de la caja estaba entre las barras de maquillaje, en la vieja cigarrera donde Kitty guardaba los cosméticos. La cogí y le di la vuelta: las barras cayeron junto con la llave, y vi que también caía otra cosa. Siempre había habido una hoja de papel coloreada en el fondo de la caja, y nunca se me había ocurrido sacarla. Ahora se había desprendido y debajo había una postal. La cogí con dedos temblorosos y la examiné. Estaba arrugada y manchada de maquillaje, pero la reconocí al instante. En el anverso había una foto de una barca para pescar ostras; dos chicas sonreían desde la cubierta a través de una pátina de polvos y brillantina, y en la vela alguien había escrito con tinta: «A Londres.»

Había algo más escrito en el dorso; la dirección de Kitty en el Palace de Canterbury y un mensaje: «¡¡Puedo ir!!! Pero tienes que prescindir de tu ayudante durante unas noches, mientras lo preparo todo…» La firma decía: «Con cariño, tu Nan.»

Era la postal que le había enviado tanto tiempo atrás, antes de que siquiera nos hubiésemos trasladado a Brixton; y ella la había guardado en secreto como si fuese un tesoro.

Sostuve la postal entre mis dedos un momento; después volví a guardarla en la caja y coloqué encima la hoja de papel. Descansé la cabeza en la mesa y lloré hasta quedarme sin lágrimas.

Abrí por fin la cajita de hojalata y cogí, sin contarlo, todo el dinero que había dentro: unas veinte libras, como supe luego, y sólo una fracción, naturalmente, de mis ingresos totales de los doce últimos meses; pero en aquel momento estaba tan aturdida que casi no se me pasó por la cabeza que volvería a necesitar dinero. Lo metí en un sobre, lo guardé en mi cinturón y me volví para irme.

No había mirado aún alrededor; lance un último vistazo. Una cosa me llamó la atención y me hizo titubear; nuestro perchero de trajes. Estaban todos allí, los que yo había vestido en el escenario al lado de Kitty: los tirantes de terciopelo, las camisas, las chaquetas de sarga, los chalecos de fantasía. Di un paso hacia ellos y recorrí con la mano la hilera de mangas. No volvería a ponérmelos nunca…

La idea era insoportable; no podía dejarlos. Había cerca un par de petates viejos de marino; prendas gigantescas que habíamos utilizado algunas veces para ensayar por las tardes cuando el escenario del Britannia estaba vacío y tranquilo. Estaban llenos de trapos: a toda velocidad cogí uno de ellos, desaté la cuerda del cuello y vacié en el suelo casi todo su contenido. Fui al ropero y empecé a sacar trajes; no todos ellos, sino sólo aquellos de los que no quería separarme, el traje azul de sarga,

los bombachos, el uniforme escarlata de la Guardia Real, y los metí en el petate. Cogí zapatos también, camisas y corbatas, y hasta un par de sombreros. No me paré a pensar en lo que hacía, sudando, hasta que el saco estuvo casi lleno y era casi de mi altura. Pesaba, y me tambaleé al levantarlo, pero era extrañamente placentero cargar un peso de verdad sobre mis hombros: una especie de contrapeso a mi corazón terriblemente afligido.

Así cargada, recorrí los pasillos del Britannia. No me crucé con nadie, no busqué a nadie. Sólo al llegar a la puerta del escenario vi una cara que más bien me alegró ver: Billy-Boy estaba sentado en la garita del portero, solo y con un cigarrillo entre los dedos. Levantó la vista cuando me acerqué y miró asombrado mi bolsa, mis ojos hinchados, mis mejillas manchadas.

—Cielos, Nan —dijo, poniéndose de pie—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estás enferma? Moví la cabeza.

—Dame tu pitillo, Bill, ¿quieres?

Él obedeció, yo di una calada y cosí. Me miró con cautela.

—No tienes buen aspecto —dijo—. ¿Dónde está Kitty? Di otra chupada al cigarrillo y se lo devolví.

—Se ha ido —dije. Empujé la puerta y salí a la calle. Oí la voz de Billy-Boy, teñida de inquietud y de alarma, pero la puerta, al cerrarse, silenció sus palabras. Levanté el petate un poco más arriba del hombro y empecé a caminar. Doblé una esquina, luego otra. Pasé por delante de una sórdida casa de vecinos, entré en una calle concurrida y me uní a una multitud de peatones. Londres me absorbió, y durante un rato no pensé absolutamente en nada.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8

Caminé como una hora sin pararme a descansar; pero seguí un rumbo al azar que a veces volvía al punto de partida: mi objetivo no era tanto huir de Kitty como esconderme de ella, perderme en los grises espacios anónimos de la ciudad. Quería una habitación, un cuarto pequeño, mísero, un cuarto que fuese invisible a cualquier ojo perseguidor. Me veía entrar en él y taparme la cabeza como una criatura excavadora o hibernante, una cochinilla o una rata. Así pues, me interné en las calles donde había pensiones, cuchitriles, casas con letreros en la ventana que decían *Se alquilan camas*. Supongo que cualquiera de ellas me habría servido, pero estaba buscando alguna señal invitadora.

Y finalmente me pareció encontrarla. Había recorrido Moorgate, me había dirigido hacia St. Paul y luego había doblado hasta llegar casi a Clerkenwell. No me había fijado en la gente que me rodeaba, en los hombres y niños que me miraban asombrados o que a veces se reían, al verme pasar, pálida, acarreando mi saco de marino. Llevaba la cabeza gacha, los ojos entrecerrados, pero me percaté de que había entrado en una especie de plaza; tuve conciencia de un bullicio, un zumbido de actividad cercano; también percibí un olor; un olor fétido, dulzón, asqueroso, que reconocí vivamente pero que no acertaba a nombrar. Caminé más despacio y noté que el pavimento empezaba a adherirse, pegajoso, a la suela de mis zapatos. Abrí los ojos; las piedras que pisaba eran rojas y rezumaban agua y sangre. Alcé la vista y vi un elegante edificio de hierro lleno de camionetas, carretillas y porteadores que transportaban animales muertos.

Estaba en Smithfield, en el mercado de la carne.

Lancé una especie de suspiro al reconocerlo. Muy cerca había un puesto de tabaco; fui a comprar una lata de cigarrillos y cerillas; y cuando el chico me entregó el cambio le pregunté si había pensiones por allí que tuvieran habitaciones libres. Me dijo el nombre de varias y añadió, como a modo de advertencia: «Las posadas por aquí no son muy finas, señorita.» Me limité a asentir y me marché; seguí caminando hacia la primera de las direcciones que me había dado.

Resultó ser una casa alta y destartalada, que formaba parte de una hilera recta, muy cerca del ferrocarril de Farrington Street. En el patio delantero había un catre y una docena de latas oxidadas y cajones rotos; en el patio de la casa de al lado, un grupo de niños descalzos removía agua en cubos de tierra. Pero apenas me fijé en todo esto. Me planté en la puerta, deposité el saco en el peldaño y llamé. Detrás de mí, en el hueco de la vía férrea, un tren traqueteaba y silbaba. Según pasaba, el escalón que yo estaba pisando se estremeció.

Respondió a mi llamada un niña pálida que me miró intensamente mientras yo

le preguntaba por las habitaciones libres, y que luego se dio media vuelta y llamó hacia la oscuridad que había a su espalda. Al cabo de un segundo llegó una señora; y ella también me miró de arriba abajo. Pensé entonces en mi aspecto, con un vestido caro pero destocada y sin guantes, y con los ojos enrojecidos y la nariz congestionada. Pero consideré con apatía esta imagen que daba, como si no me importara gran cosa; y la señora debió de llegar a la conclusión de que yo era inofensiva. Dijo que se llamaba Mrs. Best, que tenía un cuarto libre; que el precio del alquiler era cinco chelines a la semana, o siete, incluida la limpieza, y que le gustaría cobrar por adelantado. ¿Me interesaba? Fingí que hacía un cálculo veloz y desganado —no tenía la cabeza para cavilaciones serias— y le respondí que sí.

La habitación a la que me condujo era diminuta, sórdida y perfectamente incolora; todo lo que había —el empapelado, las alfombras, hasta las baldosas junto a la lumbre— había sido frotado, lavado con lejía o restregado hasta adquirir una tonalidad gris. No había gas, sino sólo dos quinqués con los tubos agrietados y manchados de hollín. Encima de la repisa de la chimenea había un pequeño espejo, tan empañado y lleno de motas como el dorso de la mano de un anciano. La ventana daba al mercado. Todo era tan distinto de nuestra casa de Stamford Hill como era posible que fuese una habitación, lo cual, al menos, me produjo una lóbrega satisfacción y alivio. Lo único que vi en verdad, sin embargo, fue la cama —un horrible colchón viejo de plumón, de bordes amarillentos y con el centro oscurecido por una vieja mancha de sangre del tamaño de un platillo— y la puerta. La cama, a pesar de su aspecto repulsivo, me pareció en aquel momento maravillosamente acogedora. La puerta era sólida, y tenía llave.

Dije a Mrs. Best, por consiguiente, que me gustaría ocupar el cuarto de inmediato, y saqué el sobre que contenía el dinero. Al verlo, resopló; creo que me tomó por una chica de alquiler.

—Es preciso que le diga ahora —dijo— que ésta es una casa decente, y que quiero que mis huéspedes también lo sean. He tenido problemas a veces con mujeres solteras. No me importa lo que haga o a quién vea fuera de mi casa, pero hay una cosa que no tolero, y son las visitas de hombres en la habitación de una soltera…

Le dije que en ese sentido no le causaría el menor problema.

Debí de ser una huésped peculiar para Mrs. Best en aquellas primeras semanas posteriores a mi huida de Stamford Hill. Pagaba el alquiler muy puntualmente, pero nunca salía a la calle. No recibía visitas, cartas ni postales; me empecinaba en permanecer en mi cuarto, con los postigos cerrados, deambulando sobre el suelo crujiente, murmurando o llorando…

Creo que los otros huéspedes pensaban que estaba loca; quizás lo estuviese. Mi vida, sin embargo, me parecía entonces muy sensata, pues ¿a qué otro sitio hubiese podido huir en mi desgracia? Todos mis amigos de Londres —Mrs. Dendy, Sims y Percy, Billy-Boy y Flora— eran también amigos de Kitty. ¿Qué les diría si iba a verles? ¡Se alegrarían al enterarse de que Kitty y Walter eran por fin amantes! Y si iba a Whitstable, a mi casa, ¿qué dirían ellos? Me había marchado de allí hacía tan poco

tiempo, y estaba tan orgullosa… ; y parecía como si todos me hubieran augurado que me vería humillada desde el día mismo en que les había dejado. Había sido arduo vivir con ellos y añorando a Kitty. ¿Cómo volver a mi casa y reanudar mis antiguas costumbres habiéndola perdido?

Aunque suponía que sus cartas llegarían a Stamford Hill y allí se quedarían sin abrir ni contestar, y aunque suponía que, acordándose de mi fatuidad, pensarían que les había vuelto la espalda y que pronto había dejado de escribirles, nada podía hacer para evitarlo. Si me paraba a pensar en las cosas que había dejado —mis vestidos de mujer y mis salarios; las cartas y postales de admiradoras y admiradores; mi viejo baúl con mis iniciales—, las recordaba vagamente, como si fueran fragmentos de la vida de otra persona. Cuando pensaba en *La cenicienta*, en que había incumplido mi contrato y había dejado al Britannia en la estacada, no me preocupaba mucho. En mi nuevo alojamiento me llamaban «Miss Astley». Si mis vecinos habían visto alguna vez a Nan Rey en el escenario, ya no la veían en mí; de hecho, apenas la reconocía yo misma. Después de todo, era totalmente incapaz de contemplar los trajes que me había llevado conmigo. Los puse debajo de la cama, sin sacarlos del petate, y allí los dejé, apolillándose.

Nadie vino a buscarme porque nadie sabía dónde estaba. Estaba escondida, perdida. Había abandonado a todos mis amigos y alegrías, y abrazado la pobreza como oficio. Durante una semana —y después otra, y otra más, y otra— no hice más que dormir, llorar y recorrer de un lado a otro mi alcoba; o bien me quedaba mirando al mercado con la frente pegada a la ventana sucia, viendo los cadáveres de animales que traían, apilaban, levantaban, vendían y se llevaban. Las únicas caras que veía eran las de Mrs. Best y Mary, la pequeña sirvienta que me había abierto la puerta, que me cambiaba el orinal y me traía agua y carbón, y que de vez en cuando me hacía recados y me iba a buscar tabaco y comida. Su expresión cuando me entregaba los paquetes mostraba lo desconocida que yo estaba; pero yo era indiferente por igual a su miedo y a su asombro. Era indiferente a todo menos a mi congoja, a la que me entregaba con una extraña y horrible pasión.

Creo que apenas me lavé en todas aquellas semanas; y desde luego no me cambié de vestido, pues no tenía otro. Muy pronto desistí asimismo de ponerme el moño falso, y dejé que el pelo me cubriese, grasiento, las orejas. Fumaba sin parar; los dedos se me pusieron marrones desde las uñas hasta los nudillos, pero apenas comía. Aunque me gustaba ver cómo remolcaban las carcasas en Smithfield, sólo de pensar en carne me entraban náuseas y no podía tragar más que los alimentos más sencillos. Como una mujer embarazada, desarrollé un curioso antojo; me apetecía sólo el pan blanco y dulce. Le daba a Mary un chelín tras otro para que fuera a buscarme a Camden Town y a Whitechapel, a Limehouse y a Soho, bagels, brioches y panes aplastados griegos, y bollos de las panaderías chinas. Los comía todos mojados en tazas de té, que preparaba fortísimo en una tetera que ponía al fuego, y que endulzaba con leche condensada. Era la bebida que solía preparar para Kitty en nuestros primeros días juntas en el Palace de Canterbury. El té sabía como ella, y era un consuelo y un tormento atroz al mismo tiempo.

Pese a mi despreocupación por su transcurso, las semanas pasaron igualmente. No hay mucho que decir de ellas, salvo que fueron espantosas. Se marchó el huésped de la habitación encima de la mía, y le sustituyó una pobre pareja con un bebé que tenía cólicos y lloraba por la noche. El hijo de Mrs. Best encontró una novia y la trajo a casa: le daban té y bocadillos en el salón de abajo, y cantaba canciones que alguien le acompañaba al piano. Mary rompió una ventana con una escoba y gritó; volvió a gritar cuando Mrs. Best se remangó para pegarle. Ésos eran los sonidos que oía en mi lúgubre cuarto. Podrían haberme consolado, pero era inconsolable. Sólo servían para recordarme las cosas —¡las cosas corrientes!; un beso sonoro, el deje de una voz que se alza de placer o de cólera— que había abandonado. Cuando miraba al mundo desde mi ventana polvorienta era como si mirase a una colonia de hormigas o a una efervescente colmena: no reconocía nada de lo que en un tiempo me había pertenecido. Sólo la luz y el calor creciente de los días, y el hedor intensificado de la sangre en el mercado, me anunciaron que poco a poco íbamos entrando en la primavera.

Creo que habría podido disolverme en la misma inanidad que la alfombra y el empapelado. Podría haberme muerto y mi tumba no estaría señalada ni nadie la visitaría. Podría haber permanecido en mi letargo hasta el fin de los tiempos —creo que lo habría hecho— si al final no hubiese ocurrido algo que me despertó de aquel estado.

Llevaba unas siete u ocho semanas en casa de Mrs. Best y no había pisado la calle ni una sola vez. Sólo comía lo que Mary me traía; y aunque únicamente la mandaba a comprar pan, té y leche, como he dicho, algunas veces me traía comida más sustanciosa para intentar inducirme a que la comiera. «Se va a morir, señorita, si no recupera fuerzas», me decía, y me daba patatas cocidas, empanadas y anguilas en gelatina, que compraba calientes en los puestos y tiendas de Farringdon Road, y envolvía en capas de papel de periódico que formaban paquetitos bien cerrados, humeantes y húmedos. Los tomaba —habría tomado arsénico, si me lo hubiera dado en un paquete de aquéllos— y adquirí la costumbre, mientras comía una patata o una empanada, de alisar los papeles en mi regazo y leer las columnas impresas: las crónicas de robos, asesinatos y combates de boxeo de diez días antes. Lo hacía con el mismo ánimo abatido con que observaba desde mi ventana las calles del este de Londres; pero una noche en que aplanaba sobre mis rodillas una página de periódico y cepillaba las migas de pasta de entre sus pliegues, vi un nombre que conocía.

La página había sido arrancada de uno de los diarios baratos de teatro, y contenía un artículo titulado *Idilios del music-hall*. Las palabras estaban inscritas en una especie de estandarte sostenido en alto por unos querubines; pero debajo de ellas había tres o cuatro titulares más pequeños, que decían cosas como *Ben y Milly anuncian su enlace*; *Acróbatas cómicos se casan*; *¡Celestial luna de miel de Hal Harvey y Helen!* No conocía a estos artistas y no me demoré leyendo sus historias, porque en el mismo centro del artículo había una columna y una fotografía de la que, nada más verla, no pude separar los ojos.

Butler y Bliss, se titulaba, *¡los recién casados más felices de la farándula!* La foto era de Kitty y Walter con su atuendo de boda.

La miré estupefacta un momento y luego posé la mano encima de la hoja y lancé un grito; un grito breve, agudo, angustiado, como si el papel estuviese caliente y me hubiera quemado. El grito se transformó en un gemido bajo e intermitente que continuó hasta preguntarme cómo podía quedarme todavía aliento para emitirlo. Enseguida oí pasos en la escalera; Mrs. Best estaba delante de la puerta, diciendo mi nombre con curiosidad y miedo.

Al oírla puse fin a mi lloriqueo y me calmé un poco: no quería que entrase en mi cuarto a fisgar en mi pena u ofrecerme inútiles palabras de consuelo. Le dije que me encontraba bien; que había tenido un sueño que me había turbado, y al cabo de un momento oí que se marchaba. Miré de nuevo al papel en mis rodillas y leí la crónica que acompañaba a la foto. Decía que Kitty y Walter se habían casado a finales de marzo y que habían pasado la luna de miel en Europa; que Kitty se estaba tomando un descanso de la escena, pero que se esperaba que volviese a las salas en otoño, para un número totalmente nuevo y con Walter como compañero. Su antigua colega, decía, Miss Nan Rey, que había enfermado mientras actuaba en el teatro Britannia de Hoxton, estaba haciendo planes para una nueva carrera en solitario…

Al leer esto sentí un súbito y nauseabundo deseo no de gemir ni de llorar, sino de reírme. Me puse los dedos en los labios y los mantuve cerrados, como reprimiendo una oleada de vómito. Parecía hacer cien años o más que no me reía; más que nada temía volver a oír el sonido de mi propio júbilo, porque sabía que sería horrible.

Cuando pasó este acceso, miré de nuevo la página. Al principio había querido destruirla, romperla en pedazos o hacer con ella una bola y arrojarla al fuego. Luego, sin embargo, pensé que no podía apartarla de mi vista. Hundí una uña a lo largo del borde del artículo y recorté, lenta y limpiamente, el pedazo que había delimitado. El papel que sobró lo tiré a la parrilla, pero sostuve con todo cuidado en la palma de la mano el recorte que contenía la foto nupcial de Kitty y de Walter: con tanto mimo como si fuese el ala de una polilla que pudiese deslustrarse si la manoseabas mucho. Tras pensar un instante me acerqué al espejo. Había un espacio entre el cristal y el marco que lo circundaba, y encajé allí un borde del recorte. Allí se quedó sujeto, interceptando mi propio reflejo, un recordatorio visible desde cualquier punto de aquel cuarto diminuto.

Quizás estuviese un poco febril, pero sentía la mente más despejada de lo que había estado en un mes y medio. Miré a la fotografía y luego me miré yo. Vi que estaba consumida y gris, que tenía los ojos hinchados y veteados de sombras púrpura. Mi pelo, que tanto me había gustado mantener peinado y lustroso, estaba largo y sucio; tenía los labios mordidos casi hasta el borde de la sangre; y el vestido manchado y con las axilas percudidas. ¡Ellos, pensé —la pareja risueña de la fotografía—, me habían hecho aquello!

Pero, por primera vez en aquellas largas y desdichadas semanas, pensé también

que había sido una idiotez dejarles.

Giré la cabeza, me acerqué a la puerta y llamé a Mary. Cuando llegó corriendo, sin resuello y un poco nerviosa, le dije que quería darme un baño, y que me trajera jabón y toallas. Me miró de un modo raro —nunca le había pedido semejante cosa— y luego bajó al sótano y enseguida oí el ruido sordo de la bañera contra la escalera a medida que ella la iba subiendo a rastras, y el estrépito de ollas y teteras en la cocina. Enseguida, también, Mrs. Best salió de la sala, incordiada una vez más por el ruido. Cuando le expliqué mis ganas repentinas de bañarme, dijo: «Oh, Miss Astley, ¿es juicioso eso ahora?», y pareció pálida y agitada. Creo que pensó que tenía intención de ahogarme o de cortarme las muñecas en el baño.

Naturalmente, no hice ninguna de las dos cosas. Permanecí una hora sumergida en la bañera humeante, mirando la foto de Kitty en la chimenea, y devolviendo la vida a mis articulaciones y miembros doloridos con suaves masajes de una jaboneta y una toalla pequeña. Me lavé el pelo y me limpié la mugre de los ojos; me froté por detrás de las orejas, las corvas, los huecos de los brazos y la entrepierna, hasta dejar la piel roja y ardiendo.

Creo que dormité al final, y tuve una extraña y turbadora visión.

Recordé a una mujer de Whitstable —una antigua vecina nuestra— en la que no había pensado en años. Había muerto cuando yo era aún una niña, de forma repentina y de una dolencia singular. Los médicos dijeron que el corazón se le había endurecido. La piel exterior se había vuelto correosa y áspera; las válvulas se habían tornado lentas y luego le había empezado a fallar el bombeo hasta cesar por completo. No había habido más síntomas que un ligero cansancio y una respiración trabajosa; el corazón había proseguido su proyecto privado y fatal, a su propio ritmo secreto: y después se paró.

Al enterarnos, esta historia nos había conmovido y aterrado a mi hermana y a mí. Éramos jóvenes y estábamos bien atendidas; la idea de que uno de nuestros órganos —el más vital, justamente— pudiese eludir su función natural y conspirase para asfixiarnos en lugar de nutrirnos parecía espantosa. No hablamos de otra cosa durante la semana posterior a la muerte de aquella vecina. De noche, en la cama, temblábamos; nos frotábamos con dedos sudorosos, preocupadas por nuestras costillas, conscientes del pulso tenue que latía debajo, aterrorizadas de que el ritmo frágil pudiese fallar o reducirse, y convencidas de que nuestro corazón —como el de la pobre vecina confiada y difunta— se estaba endureciendo poco a poco y a escondidas, en las tiernas cavidades rojas de nuestro pecho.

Al despertar a la realidad del baño que se enfriaba, la habitación descolorida, la fotografía contra la pared, descubrí que de nuevo tenía los dedos en mi esternón, sondeando y rozando, buscando el órgano que se agrandaba debajo. Aquella vez, sin embargo, me pareció encontrarlo. Había una oscuridad, una opresión, una inmovilidad en el centro mismo de mi cuerpo que yo había ignorado que existiese, pero que entonces me proporcionó una especie de alivio. Notaba el pecho tenso e irritado, pero no me retorcí ni sudé de dolor, sino que, al contrario, crucé los brazos

sobre las costillas y abracé como un amante mi corazón oscuro y engrosado.

Quizás, mientras yo hacía esto, Kitty y Walter estaban paseando por una calle de Francia o de Italia; quizás él se inclinaba para tocarla como yo me tocaba a mí misma; quizás se besaban; quizás estaban acostados… Había pensado en estas cosas miles de veces, y había llorado y me había mordido los labios al pensar en ellos; pero ahora miraba la fotografía y notaba que mi desdicha se atirantaba, igual que mi corazón, de rabia y frustración. ¡Paseaban juntos y el mundo sonreía al verlo! ¡Se abrazaban en la calle, y los transeúntes se alegraban! Yo, entretanto, vivía pálida como un gusano, excluida del placer, del bienestar y del consuelo.

Me levanté del baño, sin hacer el menor caso del agua que chorreaba, y cogí la foto; pero esta vez la trituré. Lancé un grito, deambulé por el suelo: pero no caminaba con desánimo, sino para ejercitar mis miembros nuevos, para sentir todo mi ser desplazarse, chasquear y hormiguear de vida. Abrí la ventana del cuarto y me asomé a la oscuridad, nunca completa, de la noche de Londres, con sus sonidos y olores, que durante tanto tiempo no había percibido. Pensé que saldría al mundo de nuevo: volveré a la ciudad…, ¡ya me han privado suficiente de ella!

Pero, ¡oh!, ¡qué terrible fue adentrarme en las calles a la mañana siguiente, qué llenas me parecieron, qué sucias, concurridas, cegadoras y ruidosas! Llevaba viviendo un año y medio en Londres y la consideraba mi propia ciudad. Pero cuando la recorría antes, lo hacía acompañada de Kitty o Walter; a menudo, de hecho, no íbamos a pie, sino en cupés o coches de alquiler. A pesar de que había tomado prestados de Mary un sombrero y una chaqueta, para tener un aspecto decente, ahora me sentía como si avanzara por Clerkenwell a trompicones y sin ninguna ropa encima. En parte se debía a un miedo nervioso de doblar una esquina y ver una cara conocida, una cara que me recordase mi vida anterior, o —lo peor de todo— la cara de Kitty, ladeada y sonriente mientras caminaba del brazo de Walter. Presa de este temor, me acobardaba y me encogía, y entonces me empujaban más que nunca, y oía que me imprecaban. Las maldiciones me herían como ortigas y me producían escalofríos.

Una vez más, los hombres me clavaban la mirada y me llamaban; y en dos o tres ocasiones me agarraron, me acariciaron y me pellizcaron. Aquello tampoco había sucedido en mi antigua vida. Quizás si hubiera tenido un bebé o un atadijo en brazos, o si hubiese caminado decididamente o con la vista gacha, me habrían dejado pasar sin molestarme. Pero, como he dicho, avanzaba trastabillando y parpadeaba al ver el tráfico de alrededor; y una chica así, supongo, es una especie de invitación al juego y a los escarceos…

Las miradas y las caricias me afectaron tanto como las maldiciones: me hicieron temblar. Volví a la casa de Mrs. Best y abrí con llave la puerta de mi cuarto; allí me eché sobre el colchón rancio y tirité y lloré. Me las había prometido muy felices en mi nueva vida, pero las calles que yo había creído acogedoras me habían restituido a mi anterior desgracia. Peor aún, me habían asustado. Pensé: *¿Cómo voy a soportarlo? ¿Cómo voy a vivir?* Kitty tenía ahora a Walter; ¡Kitty se había casado! Pero yo era pobre, estaba sola y sin nadie que me cuidara. Era una chica solitaria en una

ciudad propicia para enamorados y caballeros; una chica en una ciudad donde las chicas sólo caminaban para que las mirasen.

Lo había descubierto aquella mañana. Habría podido aprenderlo antes, de las canciones que había cantado con Kitty.

Me pareció una broma cruel que a mí, que me había pavoneado tantas veces vestida de hombre, por los escenarios de Londres, me asustasen ahora sus calles, ¡por ser chica! Si fuera un chico, pensé, desconsolada. Si de verdad fuera un chico…

Entonces di un respingo y me incorporé. Recordé lo que Kitty había dicho aquel día en Stamford Hill; que me parecía demasiado a un chico. Me acordé de la reacción de Mrs. Dendy cuando había posado para ella en pantalones: *Es demasiado real*. El mismo traje que llevaba puesto aquel día —el azul de sarga que Walter me había regalado el día de Nochevieja— estaba allí, debajo de la cama, todavía arrugado dentro del petate marinero, con toda la demás ropa que me había llevado del Britannia. Me levanté del colchón, desaté el saco y al cabo de un momento tenía todos los trajes esparcidos en el suelo. Estaban alrededor, increíblemente bellos y brillantes en aquel cuarto incoloro; todos los tonos y texturas de mi vida anterior, con todos los olores y canciones del music-hall, y mi antigua pasión, con sus costuras y arrugas.

Temblé durante un segundo: temí que los recuerdos me derrotasen, y empecé a llorar de nuevo. A punto estuve de volver a meter los trajes en el saco, pero respiré hondo y obligué a mis manos a serenarse y a mis ojos humedecidos a enjugarse. Me puse la mano en el pecho, sobre aquella opresión y oscuridad que tanto me habían fortalecido.

Cogí el traje de sarga y lo sacudí. Estaba arrugadísimo, pero por lo demás su encierro en el saco no le había producido daños. Me lo puse, junto con una camisa y una corbata. Había adelgazado tanto que los pantalones se me caían de la cintura; mis caderas se habían estrechado y mis pechos eran aún más planos que antes. Lo único que estropeaba la ilusión de que fuese un chico era la estúpida chaqueta entallada, pero vi que no le habían cortado las costuras, sino que sólo las habían remetido y cosido. En la repisa de la chimenea había un cuchillo que yo utilizaba para cortar el pan; lo cogí y lo apliqué a las puntadas. Pronto la chaqueta recobró su original hechura masculina. Con el pelo rapado, pensé, y un par de zapatos de chico en los pies, nadie —¡ni siquiera Kitty!— que me viese en las calles de Londres sabría nunca que yo era una chica.

Había, por supuesto, unos pocos escollos que sortear antes de poner en práctica mi audaz plan. En primer lugar, tenía que volver a familiarizarme con la ciudad: necesité otra semana de vagar todos los días por las calles de Farringdon y St. Paul para llegar a aceptar sin sobresalto el bullicio, el fragor y las miradas de los hombres. Además había el problema de dónde cambiarme, si pensaba callejear vestida con un traje. No quería vivir como un chico todo el tiempo, ni tampoco, al menos todavía, abandonar mi cuarto en casa de Mrs. Best. Me imaginaba la cara que pondría la mujer si un día me presentaba ante ella con un par de pantalones. Pensaría que yo

había perdido por completo el juicio; llamaría a un médico o a un policía. Sin duda me expulsaría y otra vez me quedaría sin casa, cosa que no quería en absoluto.

Necesitaba algún sitio lejos de Smithfield; necesitaba, de hecho, un vestidor. Pero que yo supiera no se alquilaban esa clase de cuartos. Creo que las furcias del Haymarket se transformaban en los urinarios públicos de Piccadilly: se maquillaban en los lavabos y se ponían sus ropas chillonas mientras el picaporte de la puerta decía Ocupado. El ardid me parecía sensato, pero para mí era difícil adoptarlo, porque echaría a perder mi proyecto que me vieran saliendo de los servicios de señoras con un canotier y un traje de sarga y terciopelo.

Sin embargo, encontré la solución del problema en el ambiente de la vida golfa del West End. Había empezado a caminar hasta Soho todos los días, y me había fijado en que había muchísimas casas con letreros que anunciaban *Habitaciones por horas*. En mi ingenuidad, al principio me preguntaba quién querría dormir allí unas horas. Después, naturalmente, comprendí que nadie: las habitaciones eran para que las chicas llevasen allí a sus clientes, para acostarse, desde luego, no para dormir. Un día en que yo estaba en un tenderete de café, en la boca de un callejón que salía de Berwick Street, observé la entrada de una de aquellas casas. Vi que había en el umbral un trasiego constante de hombres y mujeres, y que nadie les prestaba la menor atención, salvo la anciana de sonrisa lasciva que estaba sentada en una silla en la puerta y recaudaba las monedas; y su alerta sólo duraba el tiempo de ver los peniques en su palma y de entregar la llave a los clientes. Creo que un caballo de cuento de hadas habría podido llegar contoneándose hasta aquella puerta, con la mano de una ramera empuñando la brida, y —siempre que el caballo tuviera lista la moneda— nadie habría dejado lo que estuviera haciendo para pararse a mirar…

Unos días más tarde, en consecuencia, me presenté en la puerta y pedí una habitación. La anciana me inspeccionó y esbozó una sonrisa amarga; cuando le entregué el chelín, me lanzó una llave y me indicó con un gesto el corredor oscuro que había a su espalda. La llave estaba pringosa; también lo estaba la manija de mi cuarto; de hecho, toda la casa era horripilante, húmeda y maloliente, y con unas paredes tan delgadas que, al deshacer mi bolsa y alisar mi traje, oí toda la actividad que se desarrollaba en las habitaciones de encima, de debajo y a ambos lados: los gruñidos, palmadas y risitas, y el trajín de los colchones.

Me cambié muy deprisa, pero cada resoplido y cada risa ahogada disminuían mi seguridad y valentía. Sin embargo, cuando me miré —había un espejo con una grieta y sangre en ella—, cuando me miré por fin, sonreí y supe que mi plan era bueno. Me había llevado una plancha de la cocina de mi casera, y eliminé del traje todas las arrugas; me había recortado el pelo con unas tijeras de costura, y lo alisé con saliva. Dejé mi vestido y mi bolso en una silla, salí al rellano y cerré la puerta desde fuera; mi nuevo corazón oscuro, entretanto, latía rápido como un reloj. Tal como había previsto, la vieja alcahueta apenas levantó los ojos al verme pasar; de modo que, con paso vacilante, empecé a descender Berwick Street. Me intimidaban todas las miradas que me dirigían; en cualquier momento me esperaba el grito: «¡Una

chica! ¡Hay aquí una chica vestida de chico!» Pero las miradas no se demoraban en mí; pasaban de largo, hacia las chicas que había detrás. No hubo grito alguno, y empecé a caminar un poco más derecha. En el chaflán de la iglesia de St. Luke, un hombre con una carretilla me pasó rozando; gritó: «¡Muy bien, guapo!» Una mujer de pelo rizado me puso la mano en el brazo, ladeó la cabeza y dijo: «Bueno, chico guapo, tienes pinta de brioso. ¿Qué tal una visita a un bonito sitio que conozco…?»

El éxito de este primer ensayo me envalentonó. Regresé a Soho para una nueva ronda, y me interné más en sus calles; después volví una y otra vez… Me convertí en una asidua del burdel de Berwick Street; la madama me reservaba un cuarto tres días a la semana. No tardó en descubrir, por supuesto, el propósito de mis visitas, aunque —a juzgar por el modo en que amusgaba los ojos cuando hablaba conmigo— creo que nunca supo con certeza si yo era una chica que iba a su casa a ponerse pantalones o un chico que iba para cambiarse de vestido. Algunas veces ni yo misma lo sabía.

En efecto, en cada visita descubría una argucia nueva para mejorar mi travestismo. Fui a una barbería e hice que me cortaran mis bucles afeminados. Compré zapatos y calcetines, calzoncillos y combinaciones. Probé con unas vendas para hacer que las curvas ligeras de mi pecho se volvieran todavía más tenues; y en la ingle llevaba un pañuelo o un guante, doblado con esmero, para simular las prominencias de una modesta polla.

No sabría decir si era feliz; no deben pensar que por entonces fuese feliz alguna vez. Había pasado tantas semanas de desdicha en la casa de Mrs. Best que en aquel cuarto descolorido no podía experimentar ninguna otra cosa: estaba deslavada de esperanza y de color, como el empapelado. Pero Londres, a pesar de todos mis lloros, no perdía nunca su colorido; y caminar libremente por ella… —caminar como un chico, un chico guapo con un traje de buen corte, a quien la gente miraba con envidia, y no con burla—, en fin, poseía un cierto encanto frágil, que era lo único que entonces, como satisfacción, estaba a mi alcance. Que Kitty me vea ahora, pensaba. No me quería cuando era una chica…, ¡pues que me vea ahora! Y me acordé de un libro que mi madre había sacado un día de la biblioteca, y en el cual una mujer repudiada volvía a su casa y cuidaba de sus hijos disfrazada de niñera. Si pudiera volver a ver a Kitty, pensaba yo, y cortejarla como un hombre… ¡y luego revelarle quién era, para romperle el corazón como ella me había roto el mío!

Pero, aunque lo pensé, no intenté contactar con ella; y todavía me estremecía la posibilidad de encontrarla por azar, de verla con Walter. Pasó junio, y después julio, y sin duda ella tendría que haber regresado de su feliz luna de miel, pero no vi su nombre en ningún cartel de salas o teatros, ni compré nunca un periódico teatral en busca de noticias, y por tanto no supe cómo le iba como esposa de Walter. Los únicos vislumbres de Kitty eran los que tenía en sueños. En ellos seguía siendo dulce y encantadora, todavía me llamaba por mi nombre y me ofrecía su boca para que se la besara: pero al final, el brazo de Walter rodeaba sus hombros pecosos y Kitty se apartaba de mí, para volverlos hacia él, sus ojos culpables.

Sin embargo, ya no despertaba de aquellos sueños llorando; sólo me espoleaban

a volver a Berwick Street. Me parecía que prestaban esplendor a mi disfraz.

No me percaté de lo bonito que era hasta una noche de agosto, al término del caluroso verano, en que paseaba ociosa por la Burlington Arcade.

Eran como las nueve de la noche. Había estado caminando, pero me había parado ante el escaparate de una tabaquería y estaba mirando los objetos expuestos: las cigarreras y cortadores de puros, los mondadientes de plata y los peines de concha. El mes había sido caluroso. No llevaba el traje de sarga azul, sino el que había lucido para cantar la canción titulada «*Scarlet Fever*»: un uniforme de la Guardia Real, con una gorra muy bonita. Me había desabrochado el botón de la garganta para que me entrase el aire.

Mientras estaba allí reparé en la presencia de un tipo a mi lado. Se había colocado delante de la vitrina, y parecía que se me había aproximado lentamente; ahora estaba cerquísima, de hecho, tanto que notaba el calor de su brazo contra el mío, y olía el olor a jabón que despedía. No me volví para mirarle la cara; sin embargo, veía que sus zapatos eran de calidad y estaban muy embetunados.

Me habló al cabo de un par de minutos de silencio:

—Una noche agradable.

Asentí cándidamente, sin volverme todavía. Hubo otro silencio.

—¿Estás admirando quizás el escaparate? —prosiguió. Asentí, volviéndome por fin para mirarle, y él pareció complacido—. ¡Entonces somos almas gemelas, te lo aseguro! —Tenía voz de caballero, pero hablaba en un tono bastante bajo—. No soy fumador, pero me siento incapaz de resistir el atractivo de una tabaquería realmente buena. Los puros, los cepillos, los cortaúñas… —Hizo un gesto con la mano—. Hay algo muy masculino en una tabaquería, ¿no te parece? —Su voz, finalmente, había descendido poco menos que hasta el grado de un murmullo. En el mismo tono, pero muy rápido, dijo—: ¿Una cana al aire, soldado?

Pestañeé al oír esto.

—¿Cómo dice?

Él miró alrededor con unos ojos rápidos, avezados, relucientes como aceite de ricino; luego volvió a mirarme.

—¿Quieres echar una cana al aire? ¿Tienes una habitación donde podamos ir…?

—No sé de qué me habla —dije; aunque, para ser sincera, vi perfilarse una idea. El hombre, al menos, debió de pensar que yo me estaba burlando. Sonrió y se relamió el bigote.

—No lo sabes. Y yo que creía que todos los soldados de la Guardia se conocen el paño…

—Yo no —dije, mojigata—. He ingresado hace una semana.

Él volvió a sonreír.

—¡Un recluta bisoño! Y me imagino que nunca lo has hecho con otro muchacho… ¿Un chico guapo como tú? —Moví la cabeza—. Bueno —dijo, tragando saliva—, ¿por qué no lo haces ahora conmigo?

—¿Hacer qué? —dije. De nuevo aquella mirada veloz y lubricada.

—Poner a mi servicio tu agujero del culo; o tus hondos labios, quizás. O simplemente meter tu bonita mano blanca por la ranura entre mis tirantes. Lo que prefieras, soldado, pero no te hagas el tonto, por favor. La tengo más dura que el palo de una escoba, y ansiosa de vaciarse.

A lo largo de este diálogo asombroso, apenas se había alterado nuestro simulacro de contemplar el escaparate de la tabaquería. Él seguía murmurando, y formulaba sus proposiciones lascivas con el mismo tono bajo y apresurado, sin levantar apenas los bigotes al pronunciar las palabras. Pensé que cualquier desconocido que nos observase nos tomaría por dos individuos perdidos en sus mundos respectivos, sin relación entre ellos.

Sonreí al pensarlo. Con la misma entonación condescendiente dije:

—¿Cuánto me dará por eso?

Ante lo cual, su cara adquirió una expresión cínica, como si no hubiese esperado nada mejor de mí; pero por detrás de su dureza capté también un efluvio de ardor, como si en realidad él no hubiera deseado que yo actuase de otra forma. Dijo:

—Un soberano por una mamada o por un Robert. —Se refería, por supuesto, a Robert Browning—. Media guinea por las dos cosas.

Hice ademán de negar con la cabeza; de despedirme, tocándome la gorra, y marcharme, concluida ya la broma. Pero en su impaciencia él se había vuelto a medias, y percibí el resplandor de algo en su torso. Era una gruesa leontina de oro. Colgaba de un elegante chaleco de rayas. Y cuando volví a mirar la cara del hombre —le daba ahora la luz de una lámpara en la vitrina— vi que tenía el pelo y los bigotes pelirrojos y tupidos.

Tenía los ojos castaños y las mejillas más bien hundidas; no obstante estos detalles, se parecía inconfundiblemente a Walter. A Walter, con quien Kitty se acostaba, a quien besaba.

La idea me produjo un efecto singular. Hablé, pero como si no hablara yo, sino alguna otra persona, y dije:

—De acuerdo. Lo haré. Le… tocaré, por un soberano.

Adoptó un porte formal. Cuando empecé a andar noté que se demoraba un momento delante del escaparate, y que después me seguía. No fui a mi burdel de siempre —tenía tan sólo el atisbo más confuso de lo que estaba haciendo, pero sabía que no podía quedarme atrapada en una habitación con aquel hombre, corriendo el riesgo de que optara, en definitiva, por un Robert… —, sino a un pequeño patio cercano, donde había un rincón encima de una rejilla que las furcias usaban como urinario. Al acercarme, de hecho, salió una mujer, que se prensaba las faldas entre las piernas para secarse: me guiñó un ojo. Cuando se hubo ido me quedé esperando, y el hombre apareció un momento después. Se tapaba la entrepierna con un periódico, y cuando retiró el papel vi debajo un bulto del tamaño de una botella. Por un instante sucumbí al pánico, pero él se acercó, se plantó delante y parecía expectante. Cerró los ojos cuando empecé a desabrocharle los botones.

Le saqué la polla y la examiné: nunca había visto una tan de cerca, y —con

todos los respetos para los varones— me pareció monstruosa. Pero siempre hay chistes sobre estas cosas en el music-hall: tenía una idea bastante exacta de cómo funcionaban. Aferrándola —con mucha impericia, sin duda, pero a él no pareció importarle—, empecé a bombearla.

—Qué gorda y larga es —dije; había oído decir que todo hombre desea que le digan algo así en momentos parecidos. El tipo suspiró y abrió los ojos.

—Oh, quiero que me beses ahí —susurró—. Tienes una boca tan perfecta… como la de una chica.

Reduje el ritmo y eché otro vistazo a la minga; y cuando me arrodillé, fue de nuevo como si no lo hiciera yo, sino otra persona. Pensé: *¡Así sabe Walter!*

Después escupí su lechada sobre los adoquines, y él me dio las gracias con mucha gentileza.

—¿Quizás, quizás te vea otra vez, en el mismo sitio? —dijo, mientras se abotonaba.

No pude responderle; la cierto era que me sentía casi al borde del llanto. Me dio un soberano; luego, tras un instante de vacilación, se adelantó y me besó en la mejilla. Su gesto me amedrentó, y cuando notó que yo me estremecía, lo interpretó mal y pareció nostálgico.

—No —dijo—, a los soldados no os gusta esto, ¿verdad?

Habló con un tono extraño; cuando le miré, vi que le brillaban los ojos.

Su excitación, antes, me había causado extrañeza; su emoción, ahora, me dejó sumamente pensativa. Cuando se volvió y salió del patio, me quedé temblando, no de tristeza, sino de alivio tras la impresión. El hombre se parecía a Walter; le había disfrutado de un modo indirecto, pensando en Kitty, y el acto en sí me había dado arcadas. Pero no era como Walter, que podía obtener el placer cuando le apeteciese. El del hombre se había convertido, al final, en una especie de congoja, y su amor era tan ardiente y tan secreto que tenía que satisfacerlo con un desconocido en un patio hediondo como aquél. Yo sabía algo de esa clase de amor. Sabía lo que era desnudar tu corazón palpitante y temer, cuando lo hacías, que los latidos se oyeran demasiado y te delatasen.

Había mantenido sofocados mis latidos, y de todos modos me habían traicionado.

Y ahora yo había traicionado a otra persona como yo.

Guardé el soberano que me había dado y fui caminando a Leicester Square. Era un lugar que, no obstante mis despreocupados paseos por el West End, procuraba evitar o atravesar aprisa: tenía siempre en mente la primera vez que había estado allí con Kitty y Walter, y no era un recuerdo que me agradase evocar muy a menudo. Aquella noche, sin embargo, me encaminé hacia ahí aposta. Fui a la estatua de Shakespeare, donde nos habíamos parado aquel día, y me coloqué delante de ella para contemplar el panorama que habíamos visto entonces. Recordé que Walter había dicho que estábamos en el mismo corazón de Londres, y ¿sabía yo lo que hacía latir a aquel corazón grande? *¡Las variedades!* Aquella tarde había mirado alrededor y había visto, atónita, lo que me pareció toda la diversidad del mundo reunida en un

solo lugar extraordinario. Había visto a ricos y pobres, a espléndidos y míseros, a blancos y negros bullendo unos con otros. Les había visto formar un conjunto armonioso y me había emocionado pensar que yo estaba a punto de encontrar mi sitio particular en él, como amiga de Kitty.

¡Cómo había cambiado desde entonces mi visión del mundo! Había aprendido que la vida de Londres era aún más extraña y diversa de lo que había creído; pero también había aprendido que no toda aquella gran variedad era visible para la mirada distraída; que no todas las piezas de la ciudad encajaban sin esfuerzo ni de buen grado, sino que se rozaban, se raspaban y empujaban mutuamente, y que se superponían; que algunas, por miedo, se mantenían escondidas y sólo se mostraban a aquellos de cuya comprensión estaban seguras. Sin quererlo, yo había sido elegida por uno de aquellos elementos secretos y reclamada como uno de los suyos.

Miré a las multitudes que pasaban a ambos lados. Había allí trescientos, cuatrocientos, quizás quinientos hombres. ¿Cuántos eran como el caballero cuyos genitales yo acababa de tocar? Mientras me lo preguntaba vi a un fulano que miraba en mi dirección, adrede…, y después vi a otro.

Quizás hubiese habido muchas miradas parecidas desde mi retorno al mundo como un chico, pero no las había advertido ni captado su alcance. Ahora, sin embargo, lo captaba muy bien, y temblé de nuevo, de satisfacción y despecho. Al principio me había puesto pantalones para evitar las miradas de los hombres; sentirme objeto de las miradas de aquellos hombres, de los que pensaban que yo era como ellos, que era así…, en fin, eso no era ser acosada; era, de una forma extraña, ser vengada.

Durante un par de semanas seguí vagando, observando y aprendiendo las pautas y los gestos del mundo en que había caído. Pasear y observar, de hecho, eran la tónica de aquel universo: paseas para que te miren; observas hasta que encuentras una cara o una figura que te gustan; hay una señal, un guiño, un movimiento de cabeza, un encaminarse intencionado hacia una calleja o una pensión… Al principio, como he dicho, no participaba en aquellos intercambios, sino que sólo los estudiaba en otras personas, y a mi vez recibía mil miradas interrogantes, algunas de las cuales sostenía, no sin cierta burla, pero la mayoría las rechazaba al cabo de un segundo, dando muestras de desinterés. Pero una tarde me abordó de nuevo un caballero que se me antojó que se parecía ligeramente a Walter. Quería solamente que le tocara y que le susurrase al oído una retahíla de zalamerías lúbricas mientras le trabajaba con desmaña; no pedía gran cosa. Si titubeé, no creo que lo notase. Enuncié mis condiciones —un soberano, también— y le llevé al rincón donde había atendido a su antecesor. Su polla me pareció más bien pequeña, pero asimismo le dije lo gorda y bonita que era.

—Eres un chico muy guapo —me susurró después. No hubo problemas respecto al pago.

De este modo tan fácil —tan fácil y tan fatídico como había emprendido mi carrera en el music-hall— perfeccioné mis nuevos travestismos y me convertí en un chapero.

Capítulo 9

Podría parecer curioso el salto de un donjuán de music-hall a chapero. En realidad, el mundo de los actores y artistas no es tan distinto del mundo de mercenarios en que acabé trabajando. La patria de ambos es Londres, y el West End su capital. Los dos son una mezcla singular de magia y necesidad, de sudor y encanto. Los dos tienen sus arquetipos: sus *ingénues* y *grandes dames*, sus estrellas en ascenso, sus estrellas en declive, sus reyes y sus pajes…

Aprendí todo esto lenta pero continuamente, en las primeras semanas de mi aprendizaje, del mismo modo que había aprendido el oficio del music-hall con Kitty. Tuve la suerte de encontrar a un amigo y consejero, un chico con el que entablé conversación una noche en que nos guarecimos juntos de un chaparrón súbito en el portal de un edificio en la esquina de Soho Square. Era un joven muy afeminado —lo que llaman una auténtica «nena»— y, al igual que muchos de ellos, se había puesto un nombre de chica: Alice.

—¡Así se llama mi hermana! —dije, cuando me lo dijo, y él sonrió: también era el nombre de su hermana, sólo que su hermana, me dijo, había muerto. Le dije que yo ignoraba si la mía estaba viva o muerta, y que me daba lo mismo, cosa que no le sorprendió.

Calculé que aquella Alice era más o menos de mi edad. Era tan guapo como una chica; más guapo, en realidad, que la mayoría (yo incluida), porque tenía un lustroso pelo negro y una cara en forma de corazón, y unas pestañas increíblemente largas, oscuras y espesas. Me dijo que se alquilaba desde los doce años; la vida mercenaria era la única que conocía, pero no le desagradaba.

—De todos modos, es mejor que trabajar en una tienda o en una oficina —dijo—. Creo que si tuviera que trabajar en el mismo cuartucho todo el día, sentado en el mismo taburete y mirando a las mismas caras insulsas, ¡me volvería loco de remate!

Cuando me preguntó por mi historia, le dije que había venido a Londres desde Kent, que una persona me había tratado bastante mal y que ahora me veía obligada a buscarme la vida en la calle; todo lo cual era, a su manera, bastante cierto. Creo que se apiadó de mí, o quizás sólo le caí simpática por la coincidencia del nombre de nuestras hermanas respectivas, pero el caso fue que empezó a cuidarme un poco, y a pasarme soplos y advertencias. A veces nos reuníamos en los tenderetes de café de Leicester Square, y o bien nos jactábamos o despotricábamos un poco de nuestra fortuna. Y mientras charlábamos los ojos se le disparaban de un lado para otro, buscando nuevos o antiguos clientes, o novios y amigos. «Polly Shaw», decía, inclinando la cabeza cuando un joven menudo pasaba por delante, sonriente. «Un

encanto, un verdadero encanto, pero nunca le dejes engatusarte para que le prestes una libra.» O bien, más arteramente: «¡Qué veo! ¡Pero ese puto siempre se liga a la flor y nata!», cuando otro chico llegó en un coche de caballos y se metió en el Alhambra del brazo de un caballero con un ribete de seda roja en la capa.

Al final, por supuesto, su mirada errática se asentaba y se endurecía, y hacía un pequeño gesto o guiñaba un ojo, y precipitadamente posaba su taza. «¡Epa!», decía, «veo a un portero que quiere picar el billete de la dulce Alice. *Adieu, chérie*. ¡Mil besos en tus maravillosos ojos!» Se tocaba la yema de un dedo con los labios y luego lo posaba con suavidad en la manga de mi chaqueta; a continuación le veía dirigirse cauteloso a través de la plaza concurrida hacia el tipo que le había hecho la seña.

Antes, cuando me había preguntado cómo me llamaba, le dije que me llamaba Kitty.

Fue Dulce Alice quien me presentó a varios tipos de chaperos y me explicó su vestimenta, sus costumbres y sus habilidades. Los primeros de ellos, por supuesto, eran los femeniles, los otros chicos como él, a los que se les veía recorriendo de arriba abajo el Haymarket a cualquier hora del día y de la noche, con carmín en los labios y la garganta empolvada, y con pantalones tan prietos y reveladores, casi, como las carnes de una bailarina. Aquellos chicos llevaban a sus clientes a pensiones y hoteles; su ambición era que se fijase en ellos algún caballero joven y viril, y que les instalara como a una querida en un apartamento propio. Más de los que se pensaría veían cumplida esta aspiración.

Luego estaban los de aspecto más corriente, los oficinistas y dependientes; despreciaban un poco a las «nenas» y se iban con hombres —o eso afirmaban— más por el dinero que por gusto; creo que algunos estaban casados o tenían novia. La aristocracia o la vanguardia de esta variedad especial del oficio eran los soldados de la Guardia Real: yo me había vestido como ellos cuando me puse el uniforme escarlata; con la mayor inocencia, desde luego, porque entonces no sabía nada de la reputación que tenían en este sentido. Me aseguraron que aquellos hombres, casi exclusivamente, meneaban y chupaban pollas. De vez en cuando se tiraban a un tío que les caía en gracia, pero no consentían que les acariciasen o besaran sus partes. A este respecto eran orgullosos hasta un punto maniático, dijo Dulce Alice.

Mi propio personaje de chapero, era, por necesidad, una curiosa mezcla de varios tipos. Como no era un chico muy viril, no atraía a los caballeros a quienes les gusta que les metan una mano ruda por la abertura de los calzoncillos, o recibir alguna bofetada en la penumbra; tampoco, sin embargo, podía permitirme que me vieran como uno de esos mozos puros como un lirio que atraen a los obreros y con los que se sienten a sus anchas. En esto también era exigente. Había muchos tíos con apetitos especiales en las calles de alrededor de Leicester Square; pero no todos eran del género que yo buscaba. A decir verdad, la mayoría se va con un mercenario del mismo modo que ustedes o yo entraríamos en una taberna al volver a casa desde el mercado; pasan un buen rato, sueltan un eructo y no piensan más en ello. Pero también hay algunos —suelen ser caballeros; aprendí a detectarlos desde lejos— que

son quejosos, sentimentales o románticos, y que, como hizo el de Burlington Arcade, ceden al impulso de besarme, de agradecerme y hasta de llorar mientras les manipulo.

Y, cuando lo hacían, cuando se tensaban, jadeaban y me susurraban sus deseos en algún callejón, patio o mingitorio chorreante, tenía que girar la cara para ocultar mi sonrisa. Tanto mejor si se parecían a Walter. Si no se le parecían…, pues bueno, todos eran señores y (tuvieran la opinión que tuvieran al respecto) con la bragueta abierta todos parecían iguales.

Despertar su lascivia no excitaba la mía. Ni siquiera necesitaba las monedas que me daban. Era como una persona a la que le han robado todo lo que posee y ama y que se vuelve a su vez una ladrona, no para disfrutar de los bienes de sus vecinos, sino para estropearlos. Lo único que lamentaba era que mis magníficas actuaciones diarias no tuvieran público. Miraba en derredor al sombrío y lóbrego lugar donde mi cliente y yo estábamos resollando, y deseaba que los adoquines fueran las tablas de un escenario, los ladrillos el telón y las ratas escabulléndose las luces brillantes de unas candilejas. Anhelaba que una —¡sólo una!— iluminase nuestros acoplamientos: una mirada entendida y osada que viera lo bien que yo interpretaba mi papel y lo embaucado y humillado que estaba mi compañero insensato y crédulo.

Lo cual, teniendo en cuenta las circunstancias, era de todo punto imposible.

Todo continuó sin percances durante, quizás, unos seis meses: mi vida en casa de Mrs. Best era tan monótona como mis visitas al West End y mi actividad de chapero. Mis escasas reservas de dinero disminuyeron hasta agotarse, y como alquilarme era lo único que sabía hacer y me gustaba, empecé a vivir exclusivamente de lo que ganaba en las calles.

Seguía sin tener noticias de Kitty, ¡ni una palabra! Llegué a la conclusión de que se habría ido al extranjero, a probar suerte con Walter: a Norteamérica, quizás, donde habían proyectado ir. Mis meses en los escenarios de los music-halls me parecían ya muy lejanos y totalmente irreales. Alguna que otra vez, en mis callejeos por la ciudad, veía a alguien conocido de los viejos tiempos: a un tipo con el que habíamos compartido cartel en el Paragon, o a la encargada de la guardarropía del Bedford, en Camden Town. Una noche en que estaba apoyada en una columna de Great Windmill Street, vi a Dolly Arnold —que había interpretado a Cenicienta frente al príncipe encarnado por Kitty en el Britannia— salir por la puerta del Pavillion y subir a un coche de caballos. Me miró, parpadeó y miró a otro lado. Tal vez pensó que mi cara le resultaba conocida; quizás creyó que era un chico con quien había trabajado; quizás sólo pensó que yo era un pobre travestido que acechaba en las sombras a algún cliente. Sé, en todo caso, que no me reconoció como Nan Rey; y si tuve el apremio de dirigirme hacia ella, revelarle quién era y pedirle noticias de Kitty, duró sólo un momento, y entretanto el cochero azuzó a los caballos y el coche partió traqueteando.

No, ahora mi único contacto con el teatro era como puto. Descubrí que los music-halls de Leicester Square —los mismos a los que Kitty y yo habíamos mirado,

esperanzadas, dos años antes— eran bastante famosos entre el puterío como lugares de exhibición y de contacto. El Empire, en especial, estaba siempre lleno de sodomitas; recorrían el paseo al lado de las furcias o, formando pequeños corros, contaban chismorreos, comparaban fortunas y se saludaban agitando las manos y con un vocerío exagerado.

Nunca miraban al escenario, no ovacionaban ni aplaudían, sino que se limitaban a mirarse en el espejo o en las caras empolvadas de los otros, o —más encubiertamente— miraban a los señores que, con paso vivo o remolón, pasaban por delante.

Me encantaba pasear con ellos, observarles y que me observaran. Me encantaba pasear alrededor del Empire, la sala más bonita de Inglaterra, como Walter la había descrito —¡la sala cuya invitación Kitty había anhelado tan ardientemente y tan en vano!— me encantaba pasear de espaldas a su espléndido escenario dorado, con mi traje vistoso debajo del fulgor hostil de sus arañas eléctricas, el pelo brillante, los pantalones abultados, los labios rosas, mi figura y mi pose apestando —como dicen los travestidos— a espliego, y cuya insinuación era atrevida, inconfundible… y falsa. No miraba ni una sola vez a los cantantes y a los cómicos. Había roto para siempre con aquel mundo.

Todo transcurría sin tropiezos, como he dicho; entonces, en las primeras semanas de calor de 1891 —es decir, más de un año después de haber huido de Kitty—, se produjo una fastidiosa interrupción de mi pequeña rutina.

Volví al burdel después de una velada de bastante ajetreo y descubrí que la dueña no estaba, que su silla estaba volcada y que la puerta de mi cuarto estaba astillada y abierta de par en par. Nunca supe con certeza lo que había sucedido; al parecer se habían llevado o ahuyentado a la madama, aunque nadie parecía saber si había sido la policía o una alcahueta rival. En suma, los ladrones se habían aprovechado de su ausencia para robar en la casa, asustar y amenazar a las chicas y a sus clientes y arramblar con todo lo que pudieron llevarse: las alfombras y los colchones resudados, los espejos rotos, los pocos muebles desvencijados, así como mis vestidos, zapatos, sombrero y bolso. Para mí no suponía una gran pérdida, pero significaba que tendría que volver a casa con mi indumentaria masculina —llevaba un canotier y mis viejos bombachos— y tratar de ganar mi habitación sin que Mrs. Best me pillara.

Era bastante tarde y fui andando muy despacio a Smithfield con la esperanza de que todos los Best estuviesen acostados y durmiendo para cuando yo llegase; y, en efecto, cuando llegué a la casa las ventanas estaban oscuras y todo parecía en silencio. Entré y empecé a subir sin ruido la escalera, acordándome de la última vez horrible en que había entrado con sigilo en una casa donde todos dormían, y de lo que había deparado mi entrada furtiva. Acaso fue este recuerdo lo que me indujo a cometer una pifia, pues a mitad de camino me llevé la mano a la cabeza y mi sombrero cayó por la barandilla y fue a aterrizar sonoramente en el pasillo de abajo. Me detuve, maldiciendo. Sabía que tenía que bajar a buscarlo; justo cuando estaba a

punto de volverme para iniciar el descenso, oí el crujido de una puerta y vi el resplandor fluctuante de una vela.

—Miss Astley… —Era la voz de mi casera, que sonaba baja y quejumbrosa en la oscuridad—. ¿Es usted, Miss Astley?

En vez de parar a contestarle, subí a toda velocidad los peldaños que quedaban y corrí a mi habitación. Tras cerrar la puerta, me arranqué la chaqueta de los hombros y los pantalones de las piernas y los metí, junto con la camisa y los calzones, en el pequeño nicho tapado con una cortina donde colgaba mi ropa. Busqué un camisón y me lo puse; pero cuando me estaba abrochando los botones de la garganta, oí lo que había temido: el sonido de unos pasos rápidos y pesados en la escalera, seguidos de un aporreo en mi puerta y de la voz alta y estridente de Mrs, Best.

—¡Miss Astley! ¡Miss Astley! Le agradecería que me abriera la puerta. ¡He encontrado una prenda especial en el pasillo de abajo y creo que tiene ahí a alguien que no debería estar!

—¿Qué quiere decir, Mrs. Best? —respondí.

—Ya sabe lo que quiero decir, Miss Astley. ¡Le prevengo de que tengo a mi hijo aquí conmigo!

Aferró el pomo de la puerta y lo agitó. Encima de nuestras cabeza se oyeron más pasos; el bebé se había despertado con el ruido y empezó a llorar.

Giré la llave y abrí. Mrs. Best, en camisón y con un chal de cuadros, me hizo a un lado e irrumpió en el cuarto. Detrás de ella, con camisa y un gorro de dormir, estaba su hijo. Tenía un carácter pésimo.

Me volví hacia la casera. Ella miraba alrededor, frustrada.

—¡Sé que aquí hay un hombre en alguna parte! —gritó. Retiró las ropas de la cama y miró debajo. Al final, naturalmente, se encaminó hacia el nicho. Me precipité para impedírselo, y ella curvó el labio, satisfecha—. ¡Ya lo tenemos! —dijo. Extendió la mano, descorrió la cortina y retrocedió, con un grito ahogado. Había dentro unos cuatro trajes, aparte del que acababa de quitarme—. ¡Caray con la ramera! —exclamó—. ¡Así que estaba planeando una señora gorgía!

—¿Una gorgía? ¿Una gorgía? —Me crucé de brazos—. Son telas remendadas, Mrs. Best. ¿Es un delito, acaso, coser ropa para caballeros?

Cogió el par de calzones que yo me había quitado un momento antes y los olisqueó.

—¡Todavía están calientes! —dijo—. Del calor de la aguja, va a decirme, ¿no? ¡Del calor de su aguja, más bien! —Abrí la boca, pero no encontré una respuesta para aquello. Mientras yo titubeaba ella se acercó a la ventana y se asomó a la calle—. Por aquí han escapado, me figuro. ¡Maleantes! Bueno, ¡no irán muy lejos vestidos como vinieron al mundo!

Miré de nuevo a su hijo, que me estaba mirando los tobillos que asomaban por debajo del camisón.

—Lo siento, Mrs. Best —dije—. ¡No lo volveré a hacer, se lo prometo!

—¡Naturalmente que no lo volverá a hacer en esta casa! Quiero que se vaya, Miss Astley, mañana por la mañana. Siempre me ha parecido una huéspeda

sospechosa, no me importa confesarlo…, ¡y ahora intenta dármela con queso! ¡No se lo permito, desde luego que no! Ya se lo advertí cuando llegó.

Agaché la cabeza; ella se dio media vuelta. A su espalda, el hijo, finalmente, me miró con desdén. «Puta», dijo. Escupió y se perdió con su madre en la oscuridad.

Como no estaba precisamente sobrecargada de cosas que empacar, a la mañana siguiente abandoné la casa nada más lavarme. Mrs. Best torció el labio cuando pasé por delante. Mary, sin embargo, me miró con una especie de admiración, como sobrecogida e impresionada por el hecho de que al final yo hubiera resultado ser normal, tan espectacularmente normal. Le di un chelín y una palmada en la mano. Después di una última vuelta por el mercado de Smithfield. Era una mañana calurosa, y el hedor de las carcasas era horrible y el zumbido de las moscas que las circundaban tan profundo y constante como el de un motor; sentí, no obstante, una especie de afecto triste por el lugar que tantas veces había contemplado en mis semanas de locura.

Por fin me marché, dejando a las moscas con su desayuno. Tenía sólo la más vaga idea de adonde dirigirme, pero había oído que en las calles en torno a King Street había muchas pensiones, y pensé que quizás debería probar suerte en aquella zona. Pero ni siquiera tuve que ir tan lejos. En la vitrina de una tienda en Gray's Inn Road vi una pequeña tarjeta: *Señora respetable busca una inquilina*, y una dirección. Miré la tarjeta unos cuantos minutos. Lo de respetable era desalentador. No podría soportar a otra Mrs. Best. Pero había algo atractivo en lo de inquilina. Vi que yo encajaba dentro del guión.

Memoricé la dirección. Era en una calle llamada Green Street, que resultó que estaba maravillosamente cerca: en una callejuela que salía de la misma Gray's Inn Road, con una hilera de casas en buen estado en una acera y en la otra una casa de vecinos bastante deprimente. El número que buscaba estaba en la hilera y tenía un aspecto agradable, con un tiesto de geranios en el escalón y, a su lado, el garito de la casa que se limpiaba la cara. El animal dio un salto cuando me acerqué, y levantó la cabeza para que se la acariciase.

Tiré de la campanilla y me recibió una señora de rostro bondadoso y pelo blanco, con un delantal y zapatillas; me hizo pasar cuando le expliqué el motivo de mi visita, se presentó como «Mrs. Milne» y dedicó un momento a juguetear con el gato. Mientras lo hacía parpadeó al mirarme. La entrada estaba casi tan llena de fotos como el salón de Mrs. Dendy. Pero aquéllas no eran de teatro; de hecho, hasta donde pude distinguir, sólo tenían en común el hecho de que todas eran de un tono muy brillante. La mayoría eran vulgares —algunas habían sido recortadas de libros y periódicos y clavadas sin enmarcar a la pared—, pero había un par de imágenes famosas. Encima del paragüero, por ejemplo, colgaba una copia del cuadro chabacano *La luz del mundo*; debajo había una pintura india de un esbelto dios azul con los ojos sombreados y una flauta en las manos. Me pregunté si Mrs. Milne sería una fanática religiosa: una teósofa o una convertida al hinduismo.

Pero cuando me vio mirar a las paredes sonrió de un modo muy cristiano.

—Cuadros de mi hija —dijo, como si esto lo explicase todo—. Le gustan los colores.

Asentí y luego subí tras ella la escalera.

Me llevó directamente a la habitación que estaba en alquiler. Era una alcoba agradable y normal, y en su interior todo estaba limpio. Su principal atractivo era la ventana: una puertaventana, dividida en el centro para formar dos jambas de cristal que daban a un balconcito de hierro desde el cual se veía Creen Street y, enfrente, la casa de vecindad destartalada.

—El alquiler son ocho chelines —dijo Mrs. Milne mientras yo miraba alrededor. Asentí—. Usted no es la primera chica que ha venido, pero, a decir verdad, esperaba a una mujer mayor —continuó—. Quizás una viuda. Mi sobrina ha vivido aquí hasta hace poco, pero nos ha dejado para casarse. ¿Usted también planea casarse pronto?

—Oh, no —dije.

—¿No tiene novio?

—No.

Esto pareció complacerla. Dijo:

—Me alegro. Verá, aquí sólo vivimos mi hija y yo, y ella es una chica muy poco corriente y confiada. No me gustaría tener a jovencitos que entran y salen…

—No tengo novio —dije con firmeza.

Ella volvió a sonreír; después pareció que vacilaba.

—¿Podría preguntarle…, podría decirme… por qué se ha marchado de su dirección actual?

Esta vez fui yo la que vaciló, y su sonrisa se hizo menos amplia.

—Si le soy sincera —dije—, he tenido un pequeño problema con mi casera…

—Ah.

Se atiesó un poco y comprendí que al decirle la verdad había metido la pata.

—Quiero decir… —empecé, pero vi que ella estaba cavilando. ¿Qué pensaría? Probablemente, que mi casera me había sorprendido besando a su marido.

—Verá —empezó a decir, apenada—, mi hija…

La hija debía de ser una auténtica belleza, pensé —o bien una erotómana redomada—, para que su madre estuviese tan ansiosa de tenerla a salvo y encerrada, lejos de las miradas de los hombres. Y, sin embargo, del mismo modo que me había atraído aquella tarjeta con un guión mal puesto en el escaparate de una tienda, algo en la casa y en su propietaria, inexplicablemente, me gustaba.

Tenté a la suerte.

—Mrs. Milne —le dije—, lo cierto es que tengo una profesión curiosa, una profesión teatral, diríamos, que a veces me obliga a vestir de hombre. Mi casera me ha sorprendido con esa ropa y se lo ha tomado a mal. Tengo la seguridad de que si vivo aquí no traeré nunca a un joven a su puerta. Se preguntará por qué estoy tan segura, pero sólo le puedo decir que lo estoy. No me retrasaré en el pago del alquiler; seré discreta y apenas notará que soy su huéspeda. Si usted y su hija no tienen reparo en verme con bombachos y corbata de vez en cuando…, creo que podría ser la inquilina que busca.

Había hablado en serio —más o menos— y Mrs. Milne se quedó pensativa.

—Con ropa de hombre —dijo, no en un tono hostil o incrédulo, sino más bien de interés. Asentí, desaté la cuerda de mi petate y saqué una casaca: resultó ser la de mi uniforme de Guardia Real. La sacudí y me la coloqué sobre el pecho, esperanzada.

—Qué veo —dijo ella, cruzándose de brazos—; qué preciosidad. A mi niña le gustaría él.

—Hizo un gesto hacia la puerta—. Si me permite… —Salió al rellano y llamó—: ¡Gracie! —Oí abajo el ruido de pasos. Mrs. Milne ladeó la cabeza—. Es una pizca tímida —dijo en voz baja—, pero no le haga caso si se pone un poco tonta. Ella es así.

Sonreí, dubitativa. Un segundo después, Gracie empezó a subir la escalera; un par de segundos más y estaba en la habitación, al lado de su madre.

Yo me esperaba una beldad extraordinaria, Gracie Milne no era una beldad, pero vi al instante que era extraordinaria. Era difícil calcular su edad. Pensé que podría tener entre diecisiete y treinta años; pero tenía el pelo rubio y fino como el lino, que le colgaba suelto hasta los hombros, como el de una chica. Vestía una extraña combinación de colores; una falda corta azul, y un pichi amarillo, y debajo unas medias con dibujos y zapatillas de terciopelo rojo. Sus ojos eran grises y sus mejillas pálidas. En sus facciones había una extraña tersura, como si su cara fuese un dibujo al que alguien hubiese aplicado con desgana un pedazo de caucho. Habló con una voz pastosa, como un ligero cacareo. Entonces comprendí lo que podría haber adivinado: era un tanto simplona.

Vi todo esto, naturalmente, en un santiamén. Gracie se había enlazado del brazo con su madre y, en efecto, al serme presentada había retrocedido con timidez. Pero ahora miraba con evidente placer la casaca que yo sostenía en las manos, y vi que se moría de ganas de agarrar su manga roja y acariciarla.

Y, en definitiva, era una casaca preciosa. Le pregunté:

—¿Te gustaría probártela?

Ella asintió y miró a su madre. «Si puedo.» Mrs. Milne dijo que podía. Levanté la casaca para que se la pusiera y me moví alrededor de Grace para atar los botones. La sarga escarlata y el ribete dorado casaban, curiosamente, con su pelo, sus ojos, su vestido y sus medias.

—Pareces una mujer de circo —dije, y su madre y yo retrocedimos para examinarla—. La hija del maestro de ceremonias.

Ella sonrió; hizo una reverencia patosa. Mrs. Milne se rió y aplaudió.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Gracie. Moví la cabeza.

—La verdad, Miss Milne, creo que no puedo prescindir de ella. Si tuviera dos iguales…

—Vamos, Gracie —dijo su madre—, por supuesto que no puedes quedártela. Miss Astley necesita el traje para sus funciones.

Grace torció el gesto, pero no pareció seriamente consternada. Su madre me miró.

—A lo mejor podría prestársela, quizás, de vez en cuando… —susurró.

—Puedo prestarles todos mis trajes ahora mismo, por lo que a mí respecta —

dije, y cuando Grace levantó la mirada le guiñé un ojo, sus mejillas pálidas se sonrosaron un poco y agachó la cabeza.

Mrs. Milne chistó suavemente y se cruzó de brazos, complacida.

—Creo que, después de todo, Miss Astley, usted nos viene muy bien.

Me mudé de inmediato. Pasé la primera tarde desempacando mis pocas pertenencias, mientras Gracie, a mi lado, lanzaba exclamaciones al verlas, y Mrs. Milne traía más y más té con bizcocho. Para la hora de la cena me llamaban «Nancy»; y la propia cena —una empanada con guisantes y salsa, seguida de crema en un molde— fue la primera que tomaba en familia desde la última noche que pasé en Whitstable, más de un año antes.

Al día siguiente, Gracie se probó mis trajes, en todas sus combinaciones, y su madre aplaudía. Hubo salchichas para cenar, y después bizcocho. Tras haberlo comido, me cambié para ir al Soho, y cuando Mrs. Milne me vio vestida de sarga y terciopelo, aplaudió de nuevo. Me había hecho una copia de la llave para que no las despertara al volver tarde a casa…

Era como vivir con unos ángeles. Llevaba los horarios que quería, me ponía la ropa que se me antojaba y Mrs. Milne no decía nada. Si yo volvía con el cuello de la chaqueta pringoso a causa de la impetuosa erupción de un hombre, me quitaba la chaqueta con sus manos nerviosas y lo lavaba en el grifo: «¡No he visto nunca a una chica tan descuidada con la ropa!» Si volvía abatida, asediada de recuerdos, me apilaba más cosas en la bandeja del desayuno, sin preguntar nada. Era tan simple, a su manera, como su propia hija; era buena conmigo en atención a Gracie, porque ésta me gustaba y era amable con ella.

Era paciente, por ejemplo, respecto al interés que Grace mostraba por las cosas de colores. No podías no advertirlo si pasabas tres minutos en aquella casa; pero al cabo de tres días empecé a intuir en su manía una especie de método que, si yo hubiera tenido costumbres fijas, como una chica cualquiera, habría podido resultar exasperante. Cuando bajé a desayunar, el primer miércoles que pasé allí, con un chaleco amarillo, Mrs. Milne se asustó:

—A Gracie no le gusta nada ver amarillo un miércoles en casa —dijo.

Tres días después, sin embargo, tomamos el té con natillas: al parecer, los sábados, tenía que haber amarillo o nada…

Mrs. Milne estaba tan habituada a estas manías que ya casi no las notaba; y, con el tiempo, como he dicho, yo también me acostumbré a ellas, y preguntaba: «¿Qué color toca hoy, Grace?», cuando me vestía por la mañana, o: «¿Puedo ponerme el traje de sarga azul, o tienen que ser los bombachos?» «¿Vamos a cenar grosellas o pastel?» Llegó a convertirse en una especie de juego, y pensé que los caprichos de Gracie eran una filosofía tan válida como muchas otras. Y comprendía muy bien su pasión básica por los colores vivos y brillantes, ya que había, en efecto, muchos colores hermosos en la ciudad, y en cierto modo ella me aleccionaba a verlos como si fueran nuevos. Mientras recorría calles, me fijaba en cuadros y ropas que sabía que le gustarían, y se los llevaba a casa. Tenía una serie de álbumes enormes en los que

pegaba recortes y papelitos: le buscaba revistas y libros pequeños que ella recortaba con sus tijeras; le compraba flores en los puestos de floristas: violetas, claveles, espliego y nomeolvides azules. Cuando se las daba —sacándolas con un floreo de debajo del abrigo, como un mago— se ruborizaba de placer y a veces me hacía una pequeña reverencia juguetona. Mrs. Milne presenciaba la escena, más contenta que unas pascuas, pero movía la cabeza y fingía que me regañaba.

—¡Chss! —me decía—. ¡Uno de estos días le va a volver del revés la cabeza a esta chica, se lo juro!

Y yo me paraba a pensar en lo raro que era que ella —que tanto cuidado había tenido en mantener a su hija a salvo de las miradas de codicia de los jóvenes— nos alentase a Grace y a mí, tan alegremente y con tanta despreocupación, en apariencia, a jugar a que éramos novias.

Pero era imposible pensar muy a fondo en algo en aquella casa, donde la vida era tan monótona, dulce y ociosa.

Y como después de haber perdido a Kitty, pensar era la actividad que menos me apetecía, aquello me venía de perilla.

Iban pasando los meses. Llegó mi cumpleaños: el año anterior no lo había festejado, pero esta vez hubo regalos y una tarta con velas verdes. La Navidad trajo más regalos y una cena. Rememoré con una porción pequeña e insistente del cerebro las dos alegres Navidades que había pasado con Kitty; y luego pensé en mi familia. Suponía que Davy ya se habría casado y que sería padre: y entonces yo era ya tía. Alice había cumplido veinticinco años. Todos estarían celebrando el fin del año sin mí; quizás se preguntasen dónde estaba y qué hacía; y Kitty y Walter quizás hiciesen lo mismo. Pensé: *Que se pregunten*. Cuando Mrs. Milne levantó su copa en la mesa y deseó para las tres toda la suerte de las fiestas y del nuevo año, yo le sonreí y la besé en la mejilla.

—¡Qué Navidad! —dijo— Aquí estoy con mis dos mejores chicas a mi lado. ¡Qué día de suerte Nance, fue para mí y para Grace el día en que llamaste a la puerta!

Los ojos le brillaron un poco; no era la primera vez que decía estas palabras, pero nunca tan sentidamente. Yo sabía lo que estaba pensando. Sabía que había empezado a considerarme como una hija; o como una hermana, en todo caso, para su hija, una amable hermana mayor a quien confiar, acaso, el cuidado de Gracie cuando ella hubiera muerto…

La idea, en aquel momento, me estremeció; y sin embargo yo no tenía otros planes, ya no tenía otra familia ni una hermana, y, desde luego, tampoco una enamorada.

—¡Qué día de suerte para mí! —respondí, por tanto—. ¡Si todo fuera para siempre así!

Mrs. Milne parpadeó para enjugar las lágrimas y cogió mi blanda mano blanca en la suya, senil y endurecida. Gracie nos miraba, contenta pero distraída por los esplendores del día, con el pelo reluciente como el oro a la luz de la vela.

Aquella noche, como de costumbre, fui a Leicester Square. Allí hay gente buscando putos incluso en Navidad.

No obstante, en los meses de invierno no hay mucha clientela. Las nieblas y la oscuridad temprana son clementes con el furtivo, pero a nadie le gusta desabrocharse cuando hay carámbanos en la pared, ni a mí tampoco me agradaba arrodillarme sobre adoquines resbaladizos, o callejear por el West End con una chaqueta corta por el mero gusto de enseñar mi bonito culo y el pañuelo enrollado en mi entrepierna. Me alegraba de tener una casa confortable: en enero, los gays caen enfermos como bolos, con fiebres, gripe o algo peor; Dulce Alice tosió durante todo aquel invierno; dijo que tenía miedo de toser cuando se lo estaba haciendo de rodillas a un cliente y arrancarle la polla de un mordisco.

Con el retorno de la primavera, sin embargo, las noches se hicieron más calurosas y más fácil mi curiosa carrera a la luz de las farolas; pero también más perezosa. Pasaba más tiempo en mi cuarto que recorriendo las calles: no durmiendo, sino tumbada, con los ojos abiertos y a medio vestir; o fumando, mientras la noche se espesaba y se instauraba el silencio, y una vela ardía lentamente, temblaba y se apagaba. Me habitué a abrir de par en par las ventanas para que entraran las voces de la ciudad: el traqueteo de coches y carros en Grays Inn Road; los silbatos, vibraciones y silbidos procedentes de King's Cross; retazos de peleas, confidencias y saludos de transeúntes: «¡Qué tal, Jenny!» «Hasta el martes, hasta el martes…» Cuando llegó el bochorno de junio ponía una silla en mi pequeño balcón sobre Green Street y permanecía mucho tiempo sentada en el frescor de la noche.

Así pasé unas cincuenta noches aquel verano, y hasta diría que ni cinco de ellas se distinguieron de todas las demás. Pero una de aquellas noches la recuerdo muy bien.

Había colocado, como de costumbre, la silla en el balcón, pero con el respaldo mirando hacia la calle, y estaba sentada a horcajadas en ella, indolentemente, con un brazo sobre el otro y la barbilla encima de los brazos. Recuerdo que llevaba pantalones de lino y una camisa con el cuello abierto, y un sombrero marino de paja que me había puesto para protegerme del fuerte sol de la tarde avanzada y que había olvidado quitarme. A mi espalda, la habitación estaba ya oscurecida; supuse que, aparte del resplandor intermitente y móvil de la punta de mi cigarrillo, debía de ser totalmente invisible contra sus sombras. Tenía los ojos cerrados, sin pensar en nada, y de repente oí música. Alguien había empezado a tocar un instrumento gangoso y de sonido suave —no era un banjo ni una guitarra—, y sobre las brisas vespertinas se elevaba una cadenciosa melodía gitana. Pronto una voz de mujer, aguda y temblorosa, se alzó para acompañarla.

Abrí los ojos para localizar el origen de la música; no venía, como había supuesto, de la calle de abajo, sino del edificio de enfrente, de la vieja casa de vecinos que solía estar vacía y lúgubre, y que tanto contrastaba con la agradable hilera de casas en la que mi casera tenía la suya. Hacía más de un mes que unos obreros trabajaban en ella, y yo tenía una vaga conciencia de su presencia mientras martilleaban y silbaban, encaramados a escaleras; estaban reparando y remozando el edificio. En todo el tiempo que había vivido en Green Street, las ventanas de enfrente

de la mía habían estado oscuras. Pero aquella noche las habían abierto y habían descorrido las cortinas de detrás. De allí procedía la alegre tonadilla: las cortinas descorridas me permitían una visión perfecta de la curiosa escena que se estaba desarrollando dentro.

Tocaba el instrumento —vi entonces que era una mandolina— una hermosa joven que llevaba una chaqueta de buen corte, una blusa blanca, una corbata y gafas; la tomé al instante por una oficinista o una universitaria. Sonreía mientras cantaba, y se reía cuando la voz no le llegaba a las notas más altas. Había atado un manojo de cintas al mástil de la mandolina, que se agitaban y relucían mientras la tocaba.

El corro de gente para quien cantaba, sin embargo, no era en absoluto tan alegre. Sentado a su lado, un hombre vestido con un traje bastante tosco asentía con una sonrisa fija y expectante; sobre sus rodillas tenía a una niña encantadora, con un mandil y un vestido remendados, y a cuyas manos el hombre obligaba a dar palmadas, al compás, más o menos, de la melodía. En el hombro del hombre se recostaba un chico, con el pelo cortado al rape alrededor de su cuello estrecho y sus orejotas coloradas. Detrás de él había una mujer de rostro adusto y expresión cansada —la esposa, supuse—, que apáticamente sostenía a otro niño contra el pecho. Al último miembro del grupo, una chica fornida, con una chaqueta bastante elegante, sólo se le veía parcialmente más allá del borde de la cortina. Tenía la cara oculta, pero vi sus manos, esbeltas y más bien pálidas, con singular claridad; sostenían una tarjeta o un folleto y lo movían como un abanico en el aire caliente e inmóvil.

Todas estas figuras estaban congregadas en torno a una mesa, sobre la cual había un jarrón con margaritas mustias y las sobras de una cena modesta: té y cacao, fiambres y encurtidos y un bizcocho. A pesar de las caras largas y las sonrisas forzadas, había algo festivo en la escena. Supuse que se trataba de una fiesta de inauguración de la vivienda, aunque no acerté a captar la relación existente entre la mandolinista y la pobre y apocada familia para la que tocaba. Tampoco se me ocurrió nada sobre la otra chica, la de las manos pálidas; pensé que habría podido pertenecer a cualquiera de los dos grupos.

La canción cambió y presentí la inquietud que se adueñó de la familia. Encendí un cigarrillo y observé la escena: pensé que tanto daba mirar aquella o cualquier otra. Al final, la chica tapada por la cortina dejó su abaniqueo intermitente y se levantó. Abriéndose camino por entre los presentes, se acercó a la ventana: como la mía, daba a un pequeño balcón, en el que entró y desde donde oteó, con una mirada distraída y un bostezo, la calle tranquila que había a sus pies.

No nos separaban más de doce metros y estábamos casi a la misma altura, pero, como yo había presumido, mi sombra se fundía con la del interior del cuarto, y ella no me había visto. Yo no le había visto aún la cara. La ventana y las cortinas la enmarcaban bellamente, pero toda la luz se hallaba a su espalda. Le iluminaba el pelo, que parecía rizado como un sacacorchos, y le prestaba una especie de aureola llameante, como la de un santo en la vidriera de una iglesia; la oscuridad, empero, le envolvía la cara. La observé. Cuando cesó la música hubo un conato de aplausos

cohibidos, seguidos de un poco de charla desganada, pero ella permaneció en el balcón y no se giró para mirar.

El cigarro se consumió, casi hasta la yema de mis dedos, y lo tiré a la calle. Ella captó el gesto; dio un respingo, amusgó los ojos para verme y se puso rígida. Su confusión —no obstante la oscuridad, vi cómo se le enrojecían las puntas de las orejas— me desconcertó hasta que me acordé de mi ropa masculina. ¡Me tomó por un voyeur insolente! La idea me produjo una extraña mezcla de vergüenza y turbación no exentas, lo confieso, de placer. Toqué mi sombrero de paja y lo levanté, cortésmente.

—Buenas noches, mi amor —dije, en voz baja y perezosa. Era la clase de cosas que los tipos rudos de la calle, los fruteros y los peones camineros, dicen continuamente a las mujeres que pasan. No sé por qué, precisamente entonces, se me ocurrió imitarles.

La chica esbozó otro tic y abrió la boca como para pronunciar una réplica hosca; pero en aquel momento su amiga se acercó a la ventana. Llevaba un sombrero y se estaba calzando los guantes.

—Tenemos que irnos, Florence —dijo. El nombre, en la penumbra, sonó muy romántico—. Es hora de que los niños vayan a la cama. Mr. Mason dice que nos acompaña hasta King's Cross.

La chica no volvió a mirar en mi dirección, sino que entró rápidamente en el cuarto. Allí besó a los niños, estrechó la mano de la madre y se despidió con cortesía; desde el balcón la vi a ella, a su amiga y a la tosca carabina de ambas, Mr. Mason, salir del edificio y dirigirse hacia Grays Inn Road. Pensé que quizás se volviera para ver si yo seguía mirando, pero no lo hizo—, ¿y qué más me daba? Cuando la luz de la farola alumbró por fin su cara vi que no era nada guapa.

Podría haberla olvidado totalmente de no ser porque, unos quince días después de haberla visto en la oscuridad, volví a verla: pero esta vez a plena luz del día.

Era otro día de calor y me había despertado bastante temprano. Mrs. Milne y Grace habían salido de visita, y en consecuencia yo no tenía absolutamente nada que hacer ni nadie más de quien ocuparme que de mí misma. Antes de que el dinero se me acabase, me había comprado un par de vestidos decentes, y aquel día llevaba puesto uno de ellos. También lucía mi antigua trenza falsa: parecía maravillosamente natural a la sombra del ala rígida de un sombrero de paja negro. Tenía pensado ir andando a un parque: a Hyde Park, pensaba, y luego quizás a Kensington Gardens. Sabía que los hombres me darían la lata a lo largo del trayecto, pero había descubierto que los parques están llenos de mujeres: llenos de niñeras que empujan cochecitos, de ayas que sacan a bebés de paseo y de dependientas que almuerzan en la hierba. Sabía que una chica con un vestido bonito y una sonrisa podría trabar conversación con cualquiera de ellas, y aquel día tenía el antojo —un antojo curioso— de gozar de compañía femenina.

Tenía este talante, estos planes y aquel vestido cuando vi a Florence.

La reconocí en el acto, a pesar de lo mal que la había visto antes. Yo acababa de

salir de casa y me había entretenido un momento en el escalón más bajo, bostezando y frotándome los ojos. Ella salía a la luz del sol de un pasadizo en el otro lado de Green Street, un poco más abajo y a mi izquierda, y llevaba una chaqueta y una falda de color mostaza: fue esta ropa, iluminada por el sol y reluciente, lo que me había llamado la atención. Ella hizo un alto, igual que yo; tenía una hoja de papel en la mano y parecía consultarla. El pasadizo conducía a los apartamentos de la casa de vecinos, y supuse que habría visitado a la familia que celebró la fiesta. Me pregunté ociosamente qué camino seguiría. Si se encaminaba hacia King's Cross, la perdería de vista.

Por fin guardó el papel en una cartera que llevaba colgada en bandolera sobre el pecho, y giró: a su izquierda, hacia mí. No aceleré el paso y la observé, como aquella noche; poco a poco fue llegando a mi altura, hasta que sólo nos separaba la anchura de la calle. Vi que sus ojos destellaron una vez hacia los míos, luego se apartaron y, al sentir la tenacidad de mi mirada, volvieron a mirarme. Sonreí; ella redujo el paso y, con expresión de incertidumbre, me devolvió la sonrisa, pero advertí que no tenía la menor idea de quién era yo. No podía desperdiciar la ocasión. Me llevé la mano a la cabeza, levanté el sombrero y dije, con el mismo tono bajo que había empleado la vez anterior; «Buenos días.»

Se sobresaltó, como la otra vez. Miró al balcón que estaba encima de mi cabeza. Y se ruborizó.

—¡Oh! Así que eras tú…

Sonreí de nuevo e hice una pequeña reverencia. Mis ballenas crujieron; parecía impropio galantear vestida con una falda, y tuve el temor repentino de que me tomase no por un voyeur impertinente, sino por una idiota. Al alzar los ojos hacia ella, sin embargo, su sonrojo se estaba apagando y su cara no mostraba desprecio ni desconcierto, sino una expresión divertida. Ladeó la cabeza.

Pasó un furgón entre nosotras, seguido de un carro. Al saludarla con mi sombrero sólo había pensado, y vagamente, en corregir el malentendido anterior y, quizás, en hacerla sonreír. Pero cuando la calle volvió a quedar despejada y ella siguió parada donde estaba, pareció una especie de invitación. Crucé la calle y me planté ante ella.

—Siento haberte asustado la otra noche —dije. El recuerdo pareció incomodarla, pero se rió.

—No me asustaste —dijo, como si no se asustara nunca—. Sólo me sobresaltaste. Si hubiera sabido que era una mujer… ¡bueno!

Se sonrojó de nuevo, o quizás fuese el mismo rubor de antes. Miró a otra parte y guardamos silencio.

—¿Dónde está tu amiga, la música? —dije al fin. Rasgueé un par de notas en una mandolina imaginaria, delante de mi cintura.

—Miss Derby —dijo, con una sonrisa—. Ha vuelto a la oficina. Hago un poco de caridad, buscando casas a familias pobres que han perdido la suya. —Tenía, más o menos, un acento vulgar del East End, pero su voz era profunda y un poquito entrecortada—. Llevábamos siglos intentando pillar algún apartamento en esta

manzana, y aquella noche en que me viste habíamos instalado a la primera familia… Era un éxito modesto, no tenemos muchos medios, y Miss Derby pensó que había que celebrarlo.

—¿Ah, sí? Bueno, toca muy bien. Deberías decirle que venga a cantar por aquí más a menudo.

—¿Vives ahí, entonces? —preguntó, señalando hacia la casa de Mrs. Milne.

—Sí. Me gusta sentarme en el balcón…

Levantó la mano para retirarse un mechón de pelo debajo del sombrero.

—¿Y siempre usas pantalones? —me preguntó de golpe, y yo parpadeé.

—Sólo a veces.

—¿Pero siempre miras a las mujeres y las asustas? Volví a parpadear dos o tres veces.

—No se me había ocurrido antes de verte —dije. Era la pura verdad, pero ella se rió, como diciendo: «Ah, ya.» Su risa, y el diálogo que la había causado, eran perturbadores. La examiné con mayor atención. Como había visto la primera noche, no era lo que podríamos llamar una belleza. Tenía el talle grueso, casi robusto, la cara ancha y la barbilla firme. Sus dientes eran parejos, pero no del todo blancos; tenía los ojos de color avellana, pero las pestañas no eran largas; sus manos, sin embargo, parecían gráciles. El pelo era de ese tipo que todas hemos agradecido no tener, pues aunque lo llevaba recogido en un moño, los rizos se le disparaban y se le esparcían por la cara. Con la lámpara detrás, me había parecido de un tono caoba, pero sería más exacto decir que era castaño.

Creo que preferí que no fuese más guapa. Y si bien había algo deliciosamente intrigante en su serenidad ante mi extraña conducta —como si las mujeres llevaran continuamente pantalones de hombre; como si coqueteasen con chicas en balcones con tanta frecuencia que estuviese acostumbrada y lo considerase una mera travesura—, creo que no vi en ella aquel toque, aquel algo furtivo que yo había reconocido en otras chicas. Nadie, desde luego, pensaría al verla en adoptar un aire despectivo y llamarla ¡marimacho! Que así fuese me alegraba. Había abandonado el rollo de los corazones y los besos; ¡por entonces yo me dedicaba a un negocio totalmente distinto!

Aun así, ¿qué daño me haría, al cabo de canto tiempo, tener una… amiga?

—Oye, ¿me acompañas al parque? —dije—. Iba hacia allí cuando te he visto.

Ella sonrió, pero movió la cabeza.

—No puedo, estoy trabajando.

—Hace demasiado calor para trabajar.

—Pero hay que hacer el trabajo, ¿sabes? Tengo una visita en Old Street: una mujer que Miss Derby conoce quizás pueda cedernos algunas habitaciones. Ya debería estar allí.

Y miró con el ceño fruncido un pequeño reloj que le colgaba como una medalla de una cinta en el pecho.

—¿No puedes avisar a Miss Derby y decirle que vaya ella? Me parece terrible para ti. Apuesto a que está sentada en el despacho con los pies encima del escritorio,

tocando una canción con la mandolina, y aquí estás tú apechando con toda la caminata al sol. Necesitas un helado, por lo menos. Hay una italiana en Kensington Gardens que vende los mejores helados de Londres, y a mí me los vende a mitad de precio… Ella volvió a sonreír.

—No puedo. ¿Qué sería, si no, de nuestras familias pobres?

A mí me importaban un bledo, pero me importaron, de pronto, al pensar en que podría perder a Florence.

—Bueno, entonces tengo que verte la próxima vez que vengas a esta calle —dije—. ¿Cuándo vendrás?

—Ah, pues… verás —dijo—. No vendré. Dejo este puesto dentro de unos días, y tengo que ayudar a dirigir un albergue en Stratford. Para mí es mejor, porque está cerca de donde vivo, y conozco a la gente de allí, pero eso significa que pasaré casi todos los días en el este…

—Oh —dije—. ¿Y después ya no vendrás nunca a la ciudad?

Ella dudó; dijo:

—Bueno, vengo a veces, por la noche. Voy al teatro o a conferencias en el Athenaeum Hall. Podrías acompañarme a alguno de estos sitios…

Yo sólo iba ya al teatro como chapero; no volvería a sentarme, ni siquiera por Florence, en un asiento de terciopelo delante de un escenario. Dije:

—¿El Athenaeum Hall? Lo conozco. Pero conferencias… ¿A qué te refieres? ¿Cosas de la Iglesia?

—Políticas. Ya sabes, la cuestión de clases, la cuestión Irlandesa…

Noté que el corazón se me oprimía.

—La de la mujer…

—Exactamente. Hay oradores y conferencias, y después debates. Mira. —Metió la mano en la cartera y sacó un folleto delgado y azul. *Series de conferencias de la sociedad Athenaeum Hall*, se titulaba; *Las mujeres y el trabajo: ponencia de…*, y ponía un nombre que he olvidado, seguido de un breve texto explicativo y de una fecha que era de cuatro o cinco días más tarde.

«¡Señor!», dije, de una forma ambigua. Ella levantó la cabeza, me cogió el folleto y dijo:

—Bueno, quizás, al fin y al cabo, prefieras el carro de helados de Kensington…

Hubo un retintín en estas palabras que descubrí que no soportaba. Me apresuré a decir:

—¡Cielo santo, no! ¡Esto parece de lo más interesante!

Pero añadí que si no vendían helados en la sala, antes tendríamos que tomar un refrigerio. Me habían dicho que había una pequeña taberna en el chaflán de King's Cross con Jude Street, con una salita para mujeres al fondo donde daban una cena muy rica y nada cara. La conferencia empezaba a las siete: ¿podríamos vernos antes? ¿A las seis, por ejemplo? dije —porque pensé que le agradaría— que quizás necesitase un poco de instrucción sobre los intríngulis de la cuestión de la mujer.

Al oír esto resopló y me lanzó otra mirada cómplice, aunque no sé muy bien qué pensaría ella que sabía. Accedió, sin embargo, a una cita, advirtiéndome que no

la dejara en la estacada. Dije que de ningún modo lo haría, y le tendí la mano: y *pof* un segundo noté sus dedos, muy firmes y calientes dentro de sus guantes grises de lino, estrechar los míos.

Hasta después de habernos despedido no caí en la cuenta de que no nos habíamos dicho nuestros nombres respectivos, pero para entonces ella ya había doblado la esquina de Green Street y se había ido. Pero yo tenía, al menos, como un secreto conocimiento de nuestro anterior y más oscuro encuentro, su romántico nombre de pila. Y además sabía que volvería a verla al cabo de una semana.

Capítulo 10

Los días de aquella semana fueron aún más calurosos, y empezaba a cansarme del calor. Todo Londres anhelaba un res-piro del clima; cuando por fin llegó, la noche del jueves, la gente salió a las calles aliviada.

Yo salí también. Durante casi dos días había permanecido en casa sumergida en una especie de letargia caliente, bebiendo incontables tazas de limonada con Mrs. Milne y Gracie en la sala en penumbra, o dormitando desnuda en mi cama, con las ventanas abiertas y las cortinas corridas. Ahora me atraía como un imán la promesa de una noche fresca de libertad en las calles bulliciosas y populacheras del West End. Mis arcas, además, estaban vacías, y tenía que pensar en la cena que debería pagarle a Florence la noche siguiente. Así que pensé que necesitaba ser el centro de atención. Me lavé y me dejé el pelo liso y brillante de macasar, y al vestirme me puse mi traje predilecto, el uniforme de guardia, con sus botones de latón y sus ribetes, su casaca escarlata y su gorra primorosa.

Apenas me lo ponía. Las estrellas y las hebillas militares no me decían nada, pero albergaba el vago temor de que algún día un soldado de verdad las reconociese y me dijera que eran de su regimiento; o bien de que ocurriera alguna emergencia —que atacaran a la reina, por ejemplo, cuando yo paseaba por delante del Buckingham Palace— y que me instaran a desempeñar un papel imposible para resolverla. Pero el traje también me traía suerte. Me había deparado al audaz caballero de la Burlington Arcade, cuyo beso había resultado profético, y había inclinado la balanza a mi favor en mi primera entrevista con Mrs. Milne. Aquella noche pensé que me conformaría con que me agenciase un soberano.

Y aquella noche reinaba en la ciudad un curioso ambiente que parecía casar perfectamente con la indumentaria que yo había elegido. Como el aire era fresco e insólitamente limpio, los colores —el rojo de un labio pintado, el azul de los tablones de un hombre anuncio, el violeta, el verde y el amarillo del muestrario de una florista— parecían resaltar de la penumbra. Era como si la ciudad fuese una alfombra monstruosa a la que un gigante le hubiese aplicado el sacudidor para restaurarle todo su brillo. Contagiada por el talante que yo había presentido en mi alcoba, la gente, al igual que yo, se había puesto de tiros largos. Chicas con vestidos alegres recorrían las aceras en filas largas e intimidatorias, o se besuqueaban en escalones y bancos con sus galanes de sombrero bombín. Chicos con la cabeza abrillantada con pomada, reluciente como seda a la luz de gas, bebían en las puertas de las tabernas. La luna colgaba baja sobre los tejados del Soho, rosa y brillante y turgente como un

farolillo de papel. Junto a ella, unas pocas estrellas emitían destellos depravados.

Y yo caminaba por el medio de todo esto, con mi traje escarlata; pero a las once de la noche, cuando ya las calles se iban quedando desiertas, no había tenido suerte. Al parecer, a un par de caballeros les había gustado mi apariencia, y uno de aire zafio me había seguido desde el mismo Piccadilly hasta Seven Dials y vuelta. Pero al final otros chaperos les habían atraído, y mi perseguidor no era el tipo de cliente que me interesaba. Le había dado esquinazo en unos urinarios con dos salidas.

Y había habido más tarde otro encuentro a medias, cuando yo holgazaneaba junto a una farola de St. James's Square. Un cupé que circulaba lentamente se había parado, y luego, como yo, se plantó donde estaba. Nadie se apeó ni subió al coche. El cuello alto que llevaba el cochero le ensombrecía la cara, y no había apartado ni un instante la vista del caballo, pero imperceptibles tirones al encaje de las ventanillas del carruaje oscuro me informaron de que me estaban observando con atención desde dentro.

Yo había deambulado un poco y encendido un cigarro. No hacía prestaciones en coches, por razones obvias. Sabía por mis amigos de Leicester Square que los caballeros en vehículos eran exigentes. Pagaban bien, pero a cambio esperaban amplios favores: trabajarles el trasero, líos de cama y, alguna que otra vez, noches en hoteles. Aun así, no costaba nada pavonearse un poco: el señor del coche quizás me recordara en otra ocasión más peatonal. Estuve diez minutos largos recorriendo los bordes de la plaza, y de vez en cuando extendía la mano para estirarme la ingle, pues aquella noche me había vestido con intención llamativa y había acolchado mis calzones con una corbata de seda enrollada, en vez del pañuelo o el guante habituales, y la prenda resbalaba y se me bajaba hacia el muslo. No obstante, pensé que un gesto así quizás no resultase desagradable para la mirada distante de un caballero interesado…

De todos modos, el cupé con su cochero taciturno y su vergonzoso ocupante se había puesto finalmente en marcha y se había ido.

A partir de entonces, todos mis admiradores habían observado la misma cautela que aquel caballero; había percibido que me dirigían algunas miradas de interés, pero me las había apañado para no responder a ninguna con mi propia mirada más abiertamente inquisitiva. Había oscurecido y casi hacía frío. Pensé que era hora de volver despacio a casa. Estaba decepcionada. No con mi actuación, sino con la velada, que había comenzado muy prometedora y terminado en un completo fiasco. No había ganado un céntimo: tendría que pedirle prestado un poco de efectivo a Mrs. Milne y pasar más horas callejeando, con mayor resolución y menos remilgos la semana siguiente, hasta que volviera a sonreírme la suerte. La idea no me alegró: el oficio mercenario, que al principio me había parecido una fiesta, últimamente se había vuelto un poco fatigoso.

Con este estado de ánimo emprendí el camino de regreso a Creen Street, evitando ahora las calles más concurridas por las que había transitado para divertirme, y tomando otras más desiertas: Old Compton Street; Arthur Street; Great Russell Street, que pasaba por delante de la mole silenciosa y pálida del Museo

Británico, y, por último, Guilford Street, que a través del hospital Foundling desembocaba en Gray's Inn Road.

Pero incluso en aquel itinerario más tranquilo, el tráfico parecía extrañamente intenso; era algo inhabitual y sorprendente, pues aunque me adelantaban pocos carros y coches, el ruido mitigado de ruedas y cascos acompasaba de un modo continuo mis lentas pisadas. Por fin, a la entrada de una caballeriza oscura y silenciosa, comprendí por qué; me había parado para atarme un cordón y, al agacharme, miré casualmente hacia atrás. Un coche que emergió de la penumbra avanzaba poco a poco hacia mí, un coche particular con un retumbo especial, de ruedas bien engrasadas, que vi que era el que me había seguido a lo largo de todo el trayecto desde Soho, y con un cochero encorvado y embozado al que creí reconocer. Era el cupé que se había parado cerca de mí en St. James's Square. A su tímido dueño, que me había observado mientras yo posaba debajo de una farola y recorría la acerca con mis dedos en la entrepierna, sin duda le apetecía echar otro vistazo.

Atado el cordón, me incorporé, pero con la precaución de no moverme del sitio. El coche redujo la marcha y —con su oscuro interior oculto tras el grueso encaje de sus ventanillas— pasó de largo. Luego se detuvo, un poquito más lejos. Con paso inseguro, me encaminé hacia él.

El cochero se mantuvo tan impasible e inmóvil como antes: sólo le veía la curva de los hombros y la elevación de su sombrero; de hecho, al acercarme por detrás al coche, desapareció de mi vista por completo. En la oscuridad, el cupé parecía muy negro, pero a la luz de una farola despedía un vivo resplandor carmesí, a trechos punteado de oro. Pensé que el caballero de dentro debía de ser muy rico.

En fin, se llevaría un chasco: me había seguido para nada.

Avivé el paso y me dispuse a rebasar al coche, con la cabeza gacha.

Pero al llegar a la altura de la rueda trasera oí el suave chasquido de una manilla: la puerta giró sobre sus goznes en silencio y me obstruyó el paso. De las sombras, más allá del marco de la portezuela, salió una voluta de humo azul de tabaco; oí una aspiración, un susurro. No tenía más remedio que o volver sobre mis pasos y cruzar por detrás del cupé o pasar apretujada entre la portezuela abierta y la pared a mi izquierda… captando, de pasada, un vislumbre del enigmático ocupante. Estaba intrigada, lo confieso. Era claramente alguien muy especial un caballero capaz de infundir un sentido teatral a la puesta en escena de un encuentro que, en circunstancias normales, se habría concertado de un modo muy anodino: con una palabra, un gesto de asentimiento o el aleteo de una pestaña sombreada. Además, sinceramente, me sentía halagada y, por causa de ese halago, generosa. Puesto que había tenido que llegar a aquel extremo para admirar mi trasero desde una cierta distancia, me pareció justo darle una oportunidad de que lo viese más de cerca, aunque tendría que contentarse, por supuesto, con mirar.

Avancé un poco hacia la portezuela abierta. El interior estaba oscuro; vi sólo el vago contorno de un hombro, un brazo, una rodilla, contra el cuadrado más iluminado de la otra ventanilla. Brilló brevemente en la negrura la punta de un cigarrillo cuyo fulgor rojo se reflejó en una pálida mano enguantada y en un rostro.

La mano era delgada, y lucía anillos. La cara estaba empolvada: una cara de mujer.

Estaba tan sorprendida que no pude reírme; tan sobresaltada que, por un instante, sólo acerté a mirarla boquiabierta, parada en el halo de penumbra que parecía emanar del coche; ella habló en aquel momento.

—¿Puedo ofrecerte transporte?

Tenía una voz sonora, algo altanera y en cierto modo imponente. Me hizo tartamudear.

—Es muy amable por su parte, señora —dije, con la afectación escrupulosa de un dependiente que rechaza una propina— pero no estoy ni a cinco minutos de mi casa y llegaré mucho antes si me permite desearle buenas noches y seguir mi camino.

Ladeé mi gorra hacia el lugar oscuro de donde procedía la voz y, con una leve sonrisa forzada, me dispuse a pasar de largo.

Pero la dama habló de nuevo.

—Es bastante tarde —dijo— para andar solo por calles como éstas. —Dio una chupada y la punta del cigarrillo refulgió de nuevo en la oscuridad—. ¿Quieres que te deje en algún sitio? Tengo un cochero muy diestro.

Seguro que lo es, pensé: el hombre seguía encorvado en el pescante, de espaldas a mí, sumido en sus pensamientos. De repente tuve un impulso de cautela. Había oído en Soho historias de mujeres como aquélla, mujeres que recorrían las calles a oscuras con sirvientes bien pagados en busca de hombres o de chicos ociosos que les harían pasar un buen rato por el precio de una cena. Ricachonas solteras, o con maridos ausentes o incluso (eso, por lo menos, contaba Dulce Alice) con un marido en casa, calentando la cama, con quien luego compartían la presa asustada. Nunca había sabido si creer en la existencia de mujeres así; delante, sin embargo, tenía a una de ellas, altiva, perfumada y con ganas de juerga.

¡Qué equivocada estaba aquella vez!

Puse la mano en la portezuela y me dispuse a cerrarla. Pero ella habló de nuevo.

—Si no quieres que te lleve a tu casa —dijo—, ¿me harás el favor de hacer conmigo un recorrido en coche? Como ves, estoy sola, y esta noche anhelo compañía.

Me pareció que le temblaba la voz, aunque no sabría decir si de melancolía, de expectación o incluso de risa.

—Oiga, señorita —dije, hablando hacia la oscuridad—, se confunde de persona. Déjeme pasar y diga a su cochero que le dé otra vuelta por Piccadilly. —Me reí—: Créame. No tengo lo que está buscando.

El coche crujió; la punta roja del cigarrillo osciló, brilló e iluminó de nuevo una mejilla, una frente, un labio. El labio se curvó.

—Al contrario, encanto. Tienes exactamente lo que estoy buscando.

No caí en la cuenta todavía, sino que sólo pensé: ¡Caray, qué insistente! Miré alrededor. Unos cuantos coches pasaban a toda prisa por Gray's Inn Road, y dos o tres peatones tardíos se perdieron de vista enseguida detrás de ellos. Se estaban apeando los pasajeros de un cupé que se había detenido al fondo de las caballerizas, muy cerca de nosotros; cruzaron una puerta, el cupé se puso en marcha y partió, y

todo volvió a quedar en silencio. Respiré y me asomé al interior oscuro del coche.

—Señora —dije entre dientes—. No soy un chico. Soy… —Vacilé. La punta del pitillo desapareció: lo había tirado por la ventana. Oí que exhalaba un suspiro de impaciencia; y entonces, de golpe, comprendí.

—Qué idiota —dijo—. Sube.

Bueno, ¿qué debería haber hecho? Había estado cansada, pero ya no lo estaba. Me había sentido decepcionada, mis expectativas para la velada se habían truncado; pero aquella invitación inesperada pareció restaurar todo el encanto de la noche. Ciertamente era muy tarde y yo estaba sola, y aquella mujer era a todas luces una desconocida con determinación y con secretos y peculiares gustos… Pero su voz y su conducta eran, como he dicho, imperiosos. Y era rica. Y mis arcas estaban vacías. Titubeé un momento; ella extendió la mano y, a la luz de la farola que iluminó sus anillos, vi lo grandes que eran las piedras. Fue eso —sólo eso, entonces— lo que me decidió. Tomé su mano y subí al coche.

Me senté a su lado en la oscuridad. El cupé arrancó con un crujido amortiguado y emprendió su marcha fluida, silente y suntuosa. A través del grueso encaje de las ventanillas las calles parecían cambiadas, desprovistas de sustancia. Comprendí que así veían siempre la ciudad los ricos.

Miré de reojo a la mujer que estaba a mi lado. Llevaba un vestido o una capa de alguna tela pesada y sombría, que no se distinguía de la tapicería oscura del interior del vehículo; su cara y sus manos enguantadas, iluminadas a intervalos por el brillo de farolas que pasaban, con su superficie fantásticamente veteada por la sombra de las cortinas, parecían flotar como nenúfares en un charco de tinieblas. Hasta donde pude ver, era guapa y muy joven, unos diez años, quizás, mayor que yo.

Las dos callamos durante medio minuto; después, ella echó hacia atrás la cabeza y me inspeccionó. Dijo:

—¿Vuelves, quizás, de un baile de disfraces?

Había en su voz un deje nuevo, ligeramente arrogante.

—¿Un baile? —respondí. Para mi sorpresa, mi voz sonó aflautada, temblorosa.

—Pensaba…, el uniforme…

Hizo un gesto hacia mi traje. Éste también parecía haber perdido parte de su jactancia, como si su carmesí se desangrara en la penumbra del coche. Sentí que iba a defraudarla.

—Oh, el uniforme es mi disfraz para las calles, no para una fiesta. Pienso que a una chica con faldas, sola en la ciudad, la miran de un modo que no siempre es agradable.

Ella asintió.

—Ya veo. ¿Y no te gusta? Que te miren, me refiero. Nunca lo habría imaginado.

—Bueno… Depende de quién mire, desde luego.

Por fin estaba recobrando mi aplomo, y presentía que ella también se estaba animando. Por un segundo sentí algo que no había sentido desde hacía siglos: la emoción de actuar con una compañera a mi lado, con alguien que conocía las

canciones, los pasos, el zapateo, la pose… El recuerdo me despertó el sordo y antiguo dolor de una congoja; pero se le superpuso, en aquel nuevo escenario, un placer intenso y expectante. ¡Allí estábamos los dos, la extraña dama y yo, en el trayecto hacia no sabía qué, jugando a putas y sus mañas tan bien que era como si estuviésemos recitando un diálogo sacado de un manual para furcias! Yo estaba aturdida.

Ella levantó la mano para tocar el cuello galoneado de mi casaca.

—¡Qué impostora eres! —dijo, con un tono benévolo—. Pero creo que tienes un hermano en la Guardia. Un hermano o, quizás, un novio…

Los dedos le temblaron levemente, y noté en la garganta el más glacial cuchicheo de zafiro u oro.

—Trabajo en una lavandería, y un soldado trajo esto —dije—. Pensé que no se daría cuenta si lo tomaba prestado. —Alisé las arrugas alrededor de la entrepierna, donde la corbata resbaladiza todavía formaba un bulto soez—. Me gusta el corte de los pantalones —añadí.

Tras la más breve de las pausas, su mano —como supe que haría— se posó en mi rodilla, desde donde trepó hasta la parte superior de mi muslo, y descansó allí. Tenía la palma sumamente caliente. Hacía siglos que nadie me tocaba en aquel punto; de hecho, había montado tan estrecha vigilancia sobre mi regazo últimamente que tuve que reprimir el impulso de apartarle los dedos.

Tal vez notó mi tirantez, pues ella misma retiró la mano y dijo:

—Me temo que eres un poco provocadora.

—Oh —dije, reponiéndome—. Sé provocar muy bien, si es lo que le gusta…

—Ah.

—Y además —añadí, con insolencia—, es usted quien provoca: la he visto mirándome en St. James's Square. ¿Por qué no me ha parado allí si tantas ganas tenía de compañía?

—¿Y estropear la diversión precipitándola? ¡La espera era la mitad del placer!

Al decir esto levantó los dedos de la otra mano —la izquierda— hasta mi mejilla. Sentí que las puntas de sus guantes estaban algo húmedas, y percibí que estaban perfumados con un aroma que me hizo retroceder de confusión y sorpresa. Ella se rió.

—¡Pero qué ñoña te has vuelto! Estoy segura de que no eres tan melindrosa con los señores de Soho.

En esta observación había un tono de certeza. Dije:

—Me ha estado observando… ¡antes de esta noche!

—Bueno, es increíble lo que se ve desde un coche, si eres rápida, aguda y paciente —respondió—. Puedes seguir a tu presa como el sabueso a un zorro…, sin que el zorro se dé cuenta de que le persiguen…, puede creer que se ocupa de sus propios asuntos: levanta la cola, arquea la frente, se relame las fauces… Podría haberte capturado, querida, una docena de veces: pero ¡ah!, como he dicho, ¿por qué estropear la caza? Esta noche… ¿qué me ha hecho decidirme, al fin? Quizás el uniforme; quizás la luna…

Y volvió la cara hacia la ventanilla del coche, por donde se divisaba la luna: más alta y pequeña que antes, pero todavía muy rosa, como avergonzada de gravitar sobre el mundo malvado al que no tenía más remedio que alumbrar con su luz…

Y a mí también me ruborizaron las palabras de la dama. Lo que había dicho era extraño, escandalizador… y, no obstante, supuse que muy bien podría ser cierto. En el bullicio y hormigueo de las calles en las que yo ejercía mi turbia actividad, un carruaje que se detiene o se demora pasaría inadvertido, sobre todo para mí, más atenta al tráfico de las aceras que al de las calzadas. Me incomodó enormemente la idea de que me hubiese estado observando todas aquellas veces… Pero tener aquel público ¿no era precisamente lo que yo había ansiado? ¿No me había lamentado una y otra vez de que mis nuevas actuaciones nocturnas tuviesen que representarse en la oscuridad, al socaire, insospechadas? Pensé en todos los genitales que había manipulado, los clientes ante los que me había arrodillado, las pollas que había chupado. Lo había hecho más fresca que unas pascuas; ahora, pensar que ella me había estado espiando me afectó directamente a la cruz de la entrepierna, y me humedecí.

Dije —no se me ocurrió otra cosa—, dije:

—¿Soy tan… especial?

—Veremos —respondió ella.

Después de lo cual no volvimos a hablar.

Me llevó a su casa, en St. John's Wood; y la casa, como supuse, era magnífica: una mansión alta y blanca, en una plaza bien cuidada, con un portal amplío y altas ventanas de bisagra con muchos lienzos de cristal. En una de ellas brillaba una lámpara; las casas vecinas, por el contrario, tenían los postigos negros y cerrados, y en aquel silencio me pareció espantoso el traqueteo de nuestro coche: no estaba acostumbrada a la quietud total, anómala, que reina en las calles y las casas de los ricos cuando están durmiendo.

Me llevó a la entrada sin decir palabra. Vino a abrirnos una criada de expresión adusta, que cogió la capa de su señora y me lanzó una sola mirada furtiva, pero después mantuvo los ojos bajos. La dama se entretuvo leyendo las tarjetas encima de la mesa; y yo, cohibida, miré alrededor. Estábamos en un vestíbulo espacioso, al pie de una amplia escalera que ascendía hacia pisos más altos y oscuros. A derecha e izquierda de nosotras, había puertas: cerradas. El suelo era de mármol, de cuadros negros y rosas. Las paredes, a juego, estaban pintadas de un rosa muy oscuro, que se oscurecía aún más donde la escalera se curvaba y se elevaba, como las espirales internas de una concha.

Oí que mi anfitriona decía: «Puede retirarse, Mrs. Hooper», y la criada se despidió con una inclinación de la cabeza. La dama cogió la lámpara de la mesa que había a mi lado y, sin decir palabra, empezó a subir la escalera. La seguí. Subimos un piso y después otro. A cada paso la casa se volvía más sombría, hasta que por fin sólo hubo el parvo foco de luz de su mano para guiar mis pasos inseguros en la oscuridad. Me llevó por un corto pasillo hasta una puerta cerrada, se volvió y la tuve

enfrente, con una mano levantada sobre la madera y la otra con la lámpara a la altura del muslo. A decir verdad, parecía nada menos que *La luz del mundo* que colgaba encima del paragüero en el recibidor de Mrs. Milne, pero su gesto surtió su efecto en mí. Sentí una punzada, entonces, no de deseo, sino de miedo: su cara, iluminada por detrás de la lámpara humeante, parecía a la vez macabra y grotesca. Me pregunté qué gustos tendría aquella mujer y cómo habrían decorado la habitación que había al otro lado de aquella puerta muda, en la casa silenciosa, con sus criados indiferentes y curiosos. Tal vez hubiera cuerdas, tal vez hubiese cuchillos. Quizás hubiera un grupo de chicas travestidas, con el pelo lustroso de brillantina y el cuello todo ensangrentado.

La mujer sonrió y se volvió. Se abrió la puerta. Me invitó a entrar.

No era, en definitiva, más que una especie de salón. Un pequeño fuego se había vuelto ceniciento en la rejilla, y un bol con pétalos parduscos en la repisa de la chimenea recargaba aún más el aire con un perfume embriagador. Cortinas de terciopelo recubrían la alta ventana; contra la pared de enfrente había dos sillas sin brazos y de respaldo recto. Una puerta junto a la chimenea daba acceso a otra habitación; estaba entreabierta, pero no pude ver su interior.

Entre las sillas había un buró, y la señora se encaminó hacia él. Se escanció un vaso de vino, cogió un cigarrillo con el filtro rosa y lo encendió.

Yo ya había visto que era más mayor y menos guapa, pero más llamativa, de lo que creí al principio. Tenía la frente ancha y pálida, tanto más pálida porque la enmarcaban la negrura rizada de su pelo y sus cejas oscuras y espesas. Su nariz era muy recta; su boca, una boca llena que en otro tiempo, supuse, lo habría sido todavía más. Sus ojos, de un avellana oscuro, parecían contener sólo pupilas a la luz tenue de la lámpara que estaba a medio gas. Cuando los entornó —lo que hizo entonces para escrutarme a través de la neblina azul del humo de tabaco—, se veía la red de arrugas, finas y no tan finas, que los circundaba.

Hacía muchísimo calor en aquel cuarto. Desaté el botón de mi garganta, me quité el sombrero y me pasé los dedos por el pelo; a continuación me froté la palma contra la lana del muslo, para limpiarla de aceite. Y entretanto ella me miraba. Dijo:

—Debes de pensar que soy algo grosera.

—¿Grosera?

—Por haberte traído hasta aquí sin preguntarte tu nombre siquiera.

Dije, sin vacilación:

—Soy Nancy Rey, y lo menos que podría hacer, creo, es ofrecerme un cigarrillo.

Sonrió, vino hacia mí y me puso su pitillo, medio fumado y con la boquilla húmeda, entre los labios. Percibí en su aliento el mal olor del tabaco, junto con el débil regusto del vino que había ingerido.

—*Si tú fueras el rey del placer y yo fuera la reina del dolor…* —dijo, y añadió, con un tono distinto—: Eres muy guapa, Miss Rey.

Di una larga calada: el tabaco me mareó como una copa de champán. Dije:

—Ya lo sé.

Al oír esto, ella levantó las manos hasta mi pechera —no se había quitado los

guantes, con los anillos encima— y me recorrió con ellas, con delicadeza y parsimonia, y suspirando entretanto. Por debajo de la lana del uniforme, los pezones se me pusieron tiesos como pequeños sargentos; mis pechos —que se habían habituado a estar, por así decirlo, aplastados por el corsé y el corpiño— parecieron, al contacto, elevarse, hincharse y tensarse contra sus envolturas. Me sentí como un hombre transformado en mujer por la mano de una hechicera. El cigarrillo se consumía en mis labios, olvidado.

Deslizó las manos más abajo y las detuvo en mi regazo, que, al igual que antes, empezó a palpitar y a caldearse. Allí estaba enrollada la corbata de seda y, al manosearla ella, me ruboricé.

—¡Otra vez te pones ñoña! —dijo, y empezó a desatarme los botones. Un instante después, tenía la mano metida en la ranura de mis calzones, había aferrado una punta de la corbata y tiraba de ella. La seda se desrizó y se escurrió susurrante fuera de mis pantalones, como una anguila.

Parecía absurdamente un mago de teatro, que extrae un pañuelo o una ristra de banderines de un puño, una oreja o un bolso de señora, y ella era, por supuesto, demasiado inteligente para ignorarlo: arqueó una ceja oscura, se dibujó en su labio una curva irónica y susurró: «*Presto!*», cuando la corbata quedó libre. Pero entonces cambió su expresión. Se llevó la seda a los labios y me miró desde encima.

—Toda tu promesa se ha quedado en nada ahora —dijo. Se rió, retrocedió unos pasos y señaló mis pantalones, por cuyos botones asomaba ahora, naturalmente, una blancura—. Quítatelos.

Obedecí al instante, y en mi premura me enredé con los zapatos y las medias. El cigarrillo me asperjaba ceniza, y lo tiré a la rejilla.

—Y la ropa interior —prosiguió ella—, pero déjate la casaca. Así me gusta.

Un montón de ropa yacía ahora a mis pies. La chaqueta me llegaba a las caderas; más abajo, a la luz débil, mis piernas parecían muy blancas y muy oscuro el triángulo de vello en su confluencia. La mujer me observó todo este tiempo, sin hacer ademán alguno de volverme a tocar. Pero cuando terminé, se dirigió a un cajón del buró; al volverse hacia mí tenía algo en la mano. Era una llave.

—En mi dormitorio encontrarás un arcón que se abre con esta llave —dijo, señalando hacia la segunda puerta. Me la entregó. Estaba muy fría sobre mi palma caliente, y por un momento no hice más que mirarla estúpidamente. Ella dio una palmada—. *Presto!* —repitió, y esta vez no sonrió, y su tono fue bastante seco.

La habitación contigua era más pequeña que el salón, pero igual de suntuosa, caldeada y débilmente iluminada. En un lado había un biombo tras el cual se escondía un excusado; en el otro, un ropero lacado, con su superficie dura, negra y brillante como el lomo de un escarabajo. Al pie de la cama había, en efecto, un arcón: era hermoso y antiguo, de madera seca y perfumada —palisandro, creo—, con cuatro patas en forma de garras y remaches de latón, tallas intrincadas en los lados y una tapa a la que el resplandor mate del fuego confería un relieve exagerado. Me arrodillé y metí la llave en la cerradura; noté al girarla el desplazamiento de algún profundo resorte interno.

Un movimiento en el rincón del cuarto me hizo girar la cabeza. Había allí un espejo de cuerpo entero, tan grande como una puerta, y vi en él mi reflejo; estaba pálida y con los ojos muy abiertos, sin aliento y curiosa, pero a pesar de todo esto parecía una Pandora inverosímil, con mi casaca escarlata, mi gorra pícara, mi pelo corto y mi culo al aire. En el cuarto de al lado todo estaba en silencio. Volví a concentrarme en el arcón y abrí la tapa. Dentro había un revoltijo de frascos y pañuelos, de cuerdas, paquetes y libros encuadernados de amarillo. Pero no me entretuve examinando estos objetos; de hecho, apenas los miré, pues encima de todo aquel barullo, sobre un cuadrado de terciopelo, había la cosa más extravagante y lasciva que había visto en mi vida.

Era una especie de arnés de cuero: parecía un cinturón pero no lo era del todo, pues aunque tenía una banda ancha con hebillas, atadas a ella había otras dos tiras más cortas y estrechas, asimismo con hebillas. Por un momento pensé con alarma que podría ser la brida de un caballo; luego vi el artilugio al que las bandas y las hebillas servían de soporte. Era un cilindro de cuero, un poco más largo que la longitud de mi mano y de la anchura aproximada que yo podía abarcar con ella. Un extremo era redondo y estaba ligeramente ensanchado, y el otro estaba firmemente sujeto a una base plana; a esta base se ataban, mediante aros de latón, el cinturón y las tiras más estrechas.

Era, en suma, un consolador. Nunca había visto uno; en aquella época ignoraba que cosas así existiesen y tuvieran un nombre. Que yo supiera, aquél podría ser un original que la mujer había hecho fabricar de acuerdo con un diseño suyo.

Quizás Eva pensó lo mismo cuando vio su primera manzana.

Lo cual no le impidió conocer para qué servía la manzana…

Pero, por si acaso yo seguía pasmada, la mujer habló de nuevo.

—Póntelo —dijo; debía de haber oído cómo se abría el arcón—. Póntelo y ven aquí.

Tuve que forcejear unos segundos para colocar las bandas y atar las hebillas. El latón se me clavaba en la piel blanca de las caderas, pero el cuero era maravillosamente flexible y cálido. Volví a mirarme en el espejo. La base del falo formaba una cuña más oscura sobre mi propio escudo triangular de vello, y su punta inferior me producía un roce de lo más insinuante. A partir de esta base, el consolador se erguía obscenamente; no todo recto, sino formando un ángulo malicioso, de tal modo que cuando lo miré lo primero que vi fue su cabeza bulbosa, brillando en el fulgor rojo del fuego y hendida por una hilera casi invisible de puntadas diminutas de marfil.

Cuando di un paso adelante, la cabeza osciló.

—Ven aquí —dijo la dama, cuando me vio en la entrada; y al caminar hacia ella, el falo vibró aún más fuerte. Levanté la mano para aquietarlo, y ella, al verme, puso sus dedos encima de los míos y me instó a aferrar el mástil y a acariciarlo. Los roces insinuantes de la base se volvieron aún más insinuantes: no tardaron mucho en temblarme las piernas, y ella, al intuir mi placer creciente, empezó a respirar más

fuerte. Retiró las manos, se volvió y se levantó el pelo de la nuca, y me hizo una señal de que la desvistiera.

Encontré los corchetes de su vestido y después los cordones de su corsé; vi que por debajo tenía la piel veteada de escarlata por las cien minúsculas arrugas de su camisa. Se agachó para quitarse las enaguas pero no se quitó las bragas, las medias y las botas, y también conservó puestos los guantes. Muy osadamente —pues todavía no la había tocado— deslicé una mano por el borde de sus bragas, y con la otra le apresé un pezón y lo apreté.

Entonces ella me besó en la boca. Nuestros besos fueron imperfectos, como los de todos los amantes nuevos, y sabían a tabaco: pero —así como los besos de los amantes nuevos— su propia rareza los tornó emocionantes. Cuanto más la acariciaba yo, más fuerte me besaba ella y más húmeda se ponía mi entrepierna, por debajo de mi funda de cuero. Por último ella se desasió y me agarró de las muñecas.

—¡Todavía no! —dijo—. ¡Todavía no, todavía no!

Sin soltar mis manos de las suyas, me llevó a una de las sillas de respaldo recto y me sentó en ella, y el consolador, entretanto, me tiraba de la pelvis, tosco y rígido como un bolo. Adiviné el propósito de mi anfitriona. Con las manos enlazadas alrededor de mi cabeza, se sentó a horcajadas y descendió despacio sobre mis piernas; después empezó a subir y bajar, arriba y abajo, con una cadencia cada vez más rápida. Al principio le sujeté las caderas, para guiárselas; luego volví a hundir una mano en sus bragas y con los dedos de la otra le hurgaba desde el muslo hasta las nalgas. Con la boca prensaba ya un pezón, ya el otro, a veces topando con la sal de su piel y a veces con el algodón humedecido de su camisa.

Su respiración enseguida se convirtió en gemidos y después en gritos; enseguida mi voz se sumó a la de ella, pues el falo que la empalaba también me daba placer a mí: sus movimientos presionaban cada vez más deprisa y cada vez con más fuerza aquella parte precisa de mi cuerpo que más agradecía la presión. Tuve un breve instante de reparo cuando me vi desde una cierta distancia, montada por una extraña en una casa desconocida, uncida a aquel instrumento monstruoso, jadeando de placer y sudorosa de lujuria. Pero un momento después ya sólo me estremecía sin pensar en nada; y el placer —el mío y el de ella— alcanzó su cenit arqueado y doliente y se consumió.

Un segundo después ella se despegó de mi pelvis, se me sentó a horcajadas en el muslo y se columpió en él suavemente, dando alguna sacudida hasta que al final se quedó inmóvil. Notaba su pelo, que se le había soltado, caliente contra mi mandíbula.

Al fin se rió, y volvió a apretarse contra mi cadera.

—¡Ah, qué putilla más exquisita eres! —dijo.

Y así permanecimos acopladas, saciadas y exhaustas, a horcajadas sin la menor elegancia sobre aquella elegante silla de respaldo alto; y a medida que transcurrían los minutos pensé con cierta consternación en cómo iba a pasar la noche. Pensé: Me ha obligado a follarla; ahora me mandará a mi casa. Si tengo suerte me dará una libra

por las molestias. Era, de entrada, la perspectiva del soberano lo que me había inducido a seguirla hasta la sala. Y, sin embargo, había algo inexpresablemente deprimente en la idea de abandonar su compañía; de devolver el juguete que tenía atado y de acallar los impulsos bolleros que él y su dueña, inesperadamente, habían revivido.

Levantó la cabeza y vio, supongo, mi expresión abatida.

—Pobre niña —dijo—. ¿Siempre te entristeces cuando has terminado tu tarea?

Me cogió la barbilla con la mano y me movió la cabeza hacía la lámpara, y yo le agarré de la muñeca y le retiré la mano. Se me cayó la gorra que había conservado puesta durante nuestros besos violentos. Al instante ella volvió a tocarme la cara y me palpó el pelo apelmazado por la brillantina; después se rió, se levantó y entró en su dormitorio.

—Sírvete vino —dijo—. Y enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres?

Oí el silbido de agua contra loza y supuse que estaría utilizando el excusado.

Me acerqué al espejo y me examiné. Tenía la cara tan encarnada casi como mi chaqueta, el pelo revuelto y los labios magullados e hinchados. Me acordé del consolador en mis caderas, y me incliné para desatarlo. Su brillo se había empañado, y las tiras inferiores estaban empapadas y reblandecidas por mi copioso flujo, pero mantenía la indecente rigidez y la misma potencia que antes: lo cual nunca ocurría con los clientes del Soho. Lo limpié con un pañuelo que había en la mesita junto al fuego, y después me limpié yo misma. Encendí dos cigarrillos y dejé uno quemándose. Me serví un vaso de vino y, entre sorbo y sorbo, fui recogiendo mis medias, mis pantalones y mis botas del montón de ropa desperdigada por la alfombra.

La mujer reapareció y cogió su pitillo. Se había puesto un camisón de gruesa seda verde, y estaba descalza; tenía ese largo segundo dedo del pie que a veces se ve en las estatuas griegas.

Se había soltado el pelo y, una vez peinado, se lo había recogido en una trenza larga y suelta, y por fin se había quitado los guantes blancos de cabritilla. La piel de sus manos era casi tan blanca como ellos.

—Deja eso —dijo, señalando los pantalones que yo sostenía en el brazo—. La criada se ocupará mañana. —Entonces vio el consolador y lo cogió por una de sus correas—. Pero debería guardar esto.

Yo no estaba segura de haber oído bien.

—¿Mañana? —dije— ¿Quiere decir que debo quedarme?

—Pues claro. —Parecía sinceramente sorprendida—. ¿No puedes? ¿Te echarán en falta?

De repente me sentí aturdida. Le dije que vivía con una señora que, aunque se extrañaría de mi ausencia, no se inquietaría a causa de ella. Luego me preguntó si tenía un patrono —¿quizás en la lavandería que había yo mencionado?— que me esperase por la mañana. Me reí al oír esto, y moví la cabeza.

—No me echará en falta nadie. No tengo a nadie en quien pensar, nadie a quien complacer.

Mientras yo decía estas palabras, el juguete apoyado en su muslo empezó a balancearse.

—Hasta ahora no —dijo—. Ahora me tienes a mí.

Esta frase, la expresión con que la dijo, se mofaban de los esfuerzos que yo hacía con el pañuelo; otra vez me humedecí de deseo. Junté mis pantalones con las enaguas de ella, y añadí la chaqueta al montón de ropa. En la habitación contigua, el cobertor de seda había sido retirado, y las sábanas de debajo eran muy blancas y parecían frescas. El arcón ocupaba su lugar silencioso y enigmático al pie de la cama. El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba las dos y media.

No dormimos hasta eso de las cuatro; y serían las once cuando desperté. Recordé que había ido a trompicones al retrete en algún momento del amanecer, y recordé el breve lapso de pasión que se produjo cuando volví a sus brazos; pero después mi sueño había sido pesado y sin sueños, y al despertar vi que estaba sola en la cama; ella se había puesto la bata y estaba fumando en la ventana entreabierta, mirando pensativa a la calle de fuera. Cuando me removí, ella se volvió y sonrió.

—Duermes como una niña —dijo—. Llevo media hora levantada, armando un ruido terrible, y has seguido durmiendo.

—Estaba derrengada —dije. Bostecé… y recordé todas las cosas que me habían fatigado. Un ligero embarazo pareció invadirnos. La noche anterior, el cuarto había sido tan irreal como un escenario: un espacio de luz y sombras, colores y aromas de un fulgor inverosímil, en el cual nos habían otorgado la licencia de no ser nosotras mismas, o de ser algo más que nosotras mismas, como los actores. En la tardía luz matutina que se filtraba por las cortinas entreabiertas, vi que no había nada fantástico en la alcoba; vi que era muy elegante y bastante austera. Me sentí de pronto horriblemente desplazada. ¿Cómo se despide una furcia de su cliente? No lo sabía, no lo había hecho nunca.

La mujer seguía mirándome. Dijo:

—He esperado a que despertases para pedir el desayuno. —Había un cordón de una campanilla empotrado en la pared, junto a la chimenea. Yo no lo había visto la noche anterior—. Tienes hambre, supongo.

Tenía, en efecto, mucha hambre, pero al mismo tiempo una ligera náusea. Además, tenía un sabor de boca abominable: confiaba en que ella no intentase besarme. No lo hizo; guardó las distancias. Enseguida, picada por su aire nuevo, extraño y tímido, empecé a pensar que por qué no venía a besarme, por lo menos, la mano.

Llamaron con un golpe suave y respetuoso a la puerta de la habitación contigua. La mujer dio su permiso y la puerta se abrió; oí pasos y tintineo de loza. Para mi sorpresa, el sonido creció, los pasos se aproximaron: la criada —que pensé que depositaría su carga en el cuarto adyacente, para después retirarse con toda discreción— apareció en la entrada de la nuestra. Subí la sábana hasta mi garganta y me quedé muy quieta: ni al ama ni a la criada, sin embargo, parecía asombrarles lo más mínimo mi presencia allí. Esta última —no la mujer pálida que había visto la

víspera, sino una chica un poco más joven que yo— inclinó levemente la cabeza, con los ojos bajos, e hizo sitio para una bandeja en el tocador. No bien hubo terminado, permaneció con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre el delantal.

—Muy bien, Blake, eso será todo —dijo la mujer—. Pero ten preparado un baño para Miss Rey a las doce y media. Y dile a Mrs. Hooper que hablaré con ella del almuerzo más tarde.

Hablaba con un tono muy cortés, pero incoloro; yo había oído mil veces a damas y a caballeros utilizarlo con cocheros, dependientas y porteros.

La chica volvió a inclinar un poco la cabeza; «Sí, señora», dijo, y se retiró. No había mirado en absoluto hacia la cama.

Los minutos siguientes transcurrieron sin percances, ocupadas con el desayuno. Me senté en la cama —haciendo continuas muecas, porque el cuerpo me dolía como si me hubieran dado una paliza o extendido en un potro de tortura— y la mujer me sirvió el café y bollos calientes untados de miel y mantequilla. Ella sólo bebió una taza y a continuación fumó. Parecía deleitarse en verme comer, del mismo modo que la noche anterior le había gustado observar cómo me desvestía y encendía cigarrillos; pero persistía en su expresión aquel desconcertante aire pensativo que me despertaba el ansia de sus besos sinceros y crueles de la víspera.

Habló cuando hubimos apurado entre las dos la cafetera y yo terminado todos los panecillos, y su voz fue la más grave que hasta entonces le había oído. Dijo:

—Anoche, en la calle, te invité a venir conmigo y tú dudaste. ¿Por qué?

—Tenía miedo —respondí con franqueza.

Ella asintió.

—¿Tienes miedo ahora?

—No.

—Te alegras de que te haya traído aquí.

No era una pregunta, pero al decirlo levantó la mano hasta mi garganta y me acarició hasta que me puse colorada y tragué saliva, y no pude sino responder: «Sí.»

Entonces retiró la mano. Se puso otra vez pensativa y sonrió.

—De niña leí un cuento persa sobre una princesa, un mendigo y un genio. El mendigo libera al genio de una botella y éste le recompensa con un deseo; pero el deseo, ¡como siempre pasa!, exige unas condiciones. El hombre puede vivir setenta años en un estado de bienestar normal, o bien puede vivir una vida de placeres (casado con una princesa, con criados que le bañan y túnicas de oro) durante quinientos días. —Hizo una pausa, añadió—: ¿Qué elegirías si fueras el mendigo?

Yo vacilé.

—Esas historias son tontas —dije por fin—. A nadie le preguntan nunca…

—¿Qué elegirías? ¿El bienestar o el placer? Se puso una mano en la mejilla. —El placer, supongo. Ella asintió.

—Por supuesto. Lo mismo hizo el mendigo. Me habría entristecido si hubieras dicho lo otro.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas? —Sonrió de nuevo—. Dices que no tienes que responder

ante nadie. ¿No tienes tampoco un… ser querido? —Moví la cabeza, quizás con amargura, pues ella suspiró con cierta satisfacción—. Dime, entonces: ¿te quedarás conmigo aquí? ¿Recibiendo placer y dándolo a su vez?

Durante un segundo sólo acerté a mirarla con una expresión estúpida.

—¿Quedarme con usted? —dije—. ¿Quedarme como qué? ¿Como invitada, sirvienta…?

—Como mi puta.

—¡Su puta! —Parpadeé; oí cómo se endurecía mi voz—. ¿Y cómo se me pagará por eso? Muy generosamente, me figuro…

—Querida, te lo he dicho: ¡tu sueldo será el placer! Vivirás aquí conmigo y gozarás de mis privilegios. Comerás en mi mesa, viajarás en mi cupé y te pondrás la ropa que yo te escoja… y te la quitarás también cuando te lo pida. Serías lo que las novelas sensacionalistas llaman una mantenida.

La miré y luego miré a otra parte: al cobertor de seda encima de la cama, al ropero lacado, al cordón de la campanilla, al arcón de palisandro… Recordé mi habitación en casa de Mrs. Milne, donde en los últimos tiempos estaba muy cerca de sentirme plenamente feliz; pero también recordé las obligaciones crecientes que más de una vez me habían inquietado allí. ¡Cuánto más libre sería yo, paradójicamente, si estuviera vinculada a aquella dama, atada a la lujuria, encadenada al placer!

Y, sin embargo, era asimismo un poco repulsivo que me hiciera semejantes promesas con tanto desparpajo. Dije, de nuevo, con una voz dura:

—¿Y no tiene miedo de la sensación usted? Parece muy segura de mí, ¡pero no me conoce de nada! ¿No le preocupa que arme un escándalo, que cuente su secreto a los periódicos…, a la policía?

—¿Y, de paso, el tuyo? Oh, no, Miss Rey, no tengo miedo de la sensación: ¡por el contrario, la busco! ¡Busco causar sensación! Y tú también. —Se me acercó un poco más y acarició con un dedo un mechón de mi pelo—. Dices que no sé nada de ti, pero no olvides que te he observado en las calles. ¡Con qué frialdad te exhibes, deambulas y flirteas! ¿Pensabas que ibas a jugar a Ganimedes para siempre? ¿Creías que por llevar una polla de seda no tenías un coño en la juntura de las bragas? —Tenía la cara muy cerca de la mía; no me dejaba apartar mis ojos de los suyos. Dijo—: Eres como yo: lo has demostrado, ¡lo estás mostrando ahora mismo! ¡Estás hambrienta de las de tu propio sexo! Quizás pensaste en sofocar tus apetitos, ¡pero sólo has conseguido que se vean más! Y por eso no vas a armar un escándalo, por eso vas a quedarte y ser mi puta si yo lo deseo. —Imprimió a mi pelo una torsión cruel—. ¡Reconoce que es como yo digo!

—¡Sí!

¡Porque así era, así era! Había dicho la verdad: había descubierto todos mis secretos; me lo había demostrado a mí misma, no sólo con sus palabras virulentas en aquel momento, sino con todo —los besos, las caricias, el polvo que habíamos echado en la silla— lo que le había empujado a decirlas, ¡y yo me alegraba! Había amado a Kitty; siempre la amaría. Pero había vivido con ella una especie de extraña vida a medias, escondiéndome de mi auténtico ser. Desde entonces me había negado a amar

totalmente, me había convertido —o eso creía— en una persona inmune a la pasión, que sonsacaba a otros secretas y humillantes confesiones de lascivia, pero sin ofrecer nunca la mía. Aquella mujer acababa de arrancármela; me había dejado tan desnuda como si me hubiese desgarrado la piel aullante de mis huesos blancos. Se apretó más contra mí, y cuando percibí su aliento cálido en mi mejilla, sentí que mi deseo renacía al encuentro del suyo, y me supe transida.

Al fin y al cabo, hay momentos en la vida que nos cambian, que nos inculcan el descontento con el pasado y nos ofrecen un nuevo futuro. La noche en el Canterbury Palace en que Kitty me había lanzado la rosa y transmutado en amor mi admiración por ella… había sido uno de esos instantes. Éste era otro; quizás, en efecto, ya había pasado; quizás el verdadero comienzo de mi nueva vida fue el segundo en que fui invitada a entrar en el corazón oscuro de aquel cupé que aguardaba. De todos modos, sabía que ahora no había vuelta atrás. El genio ya había salido por fin de la botella, y yo había optado por el placer.

No se me pasó por la cabeza preguntar qué le sucedió al mendigo del cuento cuando los quinientos días llegaron a su fin.

Capítulo 11

Supe en su momento que la mujer se llamaba Diana: Diana Lethaby. Era una viuda sin hijos, rica y atrevida, y en consecuencia —aunque en una escala notablemente más grande— tan consumada como yo en el hábito de procurarse placer, y asimismo tan dura de corazón. En aquel verano de 1892 debía de tener treinta y ocho años, es decir, era más joven que yo ahora, aunque a mí, a mis veintidós años de entonces, me parecía viejísima. Creo que su matrimonio había sido una unión sin amor, porque no llevaba anillo de boda ni tampoco de duelo, ni había un solo retrato de Mr. Lethaby en ninguna habitación de aquella casa espaciosa y espléndida. Nunca pregunté por él, y ella no me interrogó nunca sobre mi pasado. Al volverme a crear, los viejos días oscuros no significaban nada para ella.

Y tampoco debían significar nada para mí, naturalmente, a partir del momento en que cerramos el trato. La primera y feroz mañana de mi estancia en la casa, ella volvió a besarme, me ordenó bañarme y ponerme otra vez el uniforme de la Guardia; y mientras yo me vestía, se apartó a un lado para examinarme. Dijo:

—Tendremos que comprar más trajes. A pesar de todos sus encantos, éste no durará mucho tiempo. Mandaré a Mrs. Hooper a buscar a un sastre.

Me abotoné los pantalones y estiré los tirantes por encima de mis brazos.

—Tengo otros trajes en casa —dije.

—Pero más vale que tengas otros nuevos. Fruncí el ceño.

—Claro, pero tengo que recoger mis cosas. No puedo dejarlas sin haber seleccionado lo que quiero y lo que no.

—Podría mandar a un chico a buscarlas.

Me puse la guerrera.

—Debo un mes de alquiler a mi casera.

—Le mandaré el dinero. ¿Cuánto tengo que mandar? ¿Una libra? ¿Dos libras?

No contesté. Sus palabras me hicieron comprender de nuevo la magnitud del cambio que se me venía encima; y pensé, por vez primera, en la visita que tendría que hacer a Mrs. Milne y a Gracie. Difícilmente podía eludir este deber enviando a un chico con una carta y dinero… ¿Podía hacer eso? Sabía que no.

—Tengo que ir yo misma —dije por fin—. Verá, me gustaría despedirme de mis amigas. Ella enarcó una ceja.

—Como quieras. Mandaré a Shilling que saque el coche esta tarde.

—Podría ir en tranvía…

—Mandaré a Shilling. —Se me acercó, me puso la gorra en la cabeza y me cepilló las hombreras escarlatas—. Me parece muy feo por tu parte que quieras separarte de mí. Al menos, ¡tengo que asegurarme de que volverás enseguida!

Mi visita a Green Street fue punto por punto tan triste como había previsto. En cierto modo, no podía permitir que el cupé me llevara hasta el portal de Mrs. Milne, y le pedí a Shilling —el taciturno cochero de Diana— que me dejara en Percy Circus y me aguardase allí. Así pues, cuando entré en la casa con mi llave, fue como si acabara de volver de una expedición de compras o un paseo, como hacía la mayoría de los días; la duración de mi ausencia era el único indicio que Mrs. Milne y su hija tenían de mi tremendo cambio de fortuna. Cerré la puerta sin hacer el menor ruido; no obstante, el agudo oído de Grace debió de captar el débil sonido, pues la oí —estaba en el salón— lanzar un grito de «¡Nance!», y al instante siguiente ya había bajado torpemente la escalera y me estaba abrazando con tal violencia que habría podido romperme el cuello. Su madre la siguió enseguida hasta el rellano.

—¡Querida! —llamó—. ¡Gracias a Dios, ya ha vuelto a casa! Nos hemos estado preguntando como tontas dónde estaría metida, ¿verdad, mi amor? La pobre Gracie estaba muerta de nervios, pero yo le he dicho: «No te preocupes por Nancy, niña. Habrá encontrado a alguna amiga que la haya hospedado, o habrá perdido el último autobús a casa y pasado la noche en alguna pensión. Pero volverá sana y salva mañana, ya verás.»

Y según hablaba iba bajando despacio la escalera, hasta que estuvimos a la misma altura. Me miró con verdadero afecto. Pero pensé que sus palabras estaban teñidas de reproche. Me sentí aún más culpable de la noticia que tenía que darle: pero también un poco rencorosa. Yo no era su hija ni el novio de Gracie. No les debía nada, me dije, salvo el alquiler.

Me distancié con todo cuidado de Grace y asentí a su madre. Dije:

—Tiene razón, me encontré con una amiga. Una amiga muy antigua a la que no veía desde hacía mucho tiempo. ¡Qué sorpresa encontrarla! Su alojamiento está en Kilburn. Era demasiado lejos para volver tan tarde.

La historia me sonaba hueca, pero a Mrs. Milne pareció resultarle convincente.

—¿Lo ves, Gracie? ¿Qué te había dicho? —dijo—. Ahora baja y pon la tetera en el fuego. Seguro que Nancy querrá tomar un té.

Me sonrió otra vez, mientras Gracie, obedientemente, se iba a la cocina; después Mrs. Milne se volvió para subir la escalera, y yo la seguí.

—La cosa es, Mrs. Milne —empecé—, que esta amiga que le digo está un poco apurada. Resulta que su compañera de cuarto se le fue de repente la semana pasada —Mrs. Milne se detuvo un instante, y luego reemprendió la ascensión— y no puede reemplazarla, y no puede pagar el alquiler ella sola, porque la pobre sólo tiene un trabajo a tiempo parcial en una sombrerería…

Habíamos llegado al salón. Mrs. Milne se volvió hacia mí, con los ojos empañados.

—Es una lástima —dijo, sentidamente—. En estos tiempos es difícil encontrar una buena huéspeda, bien lo sé yo. Por eso, y ya se lo he dicho antes, como usted sabe, por eso yo y Gracie hemos apreciado tanto tenerla con nosotras. En fin, si alguna vez tuviera que dejarnos, Nance…

Era la peor situación para decírselo, pero no tuve más remedio que hacerlo.

—¡Oh, no diga eso, Mrs. Milne! —dije, desdramatizando—. Porque verá, lamento decirle que tengo que marcharme. Mi amiga me lo ha pedido y, bueno, le he dicho que ocuparé el lugar de la otra chica… Sólo para echarle una mano, ¿entiende?

La voz se me apagó. Mrs. Milne se puso lívida. Se desplomó en una silla y se llevó una mano a la garganta.

—Oh, Nance…

—No se lo tome así —dije, tratando de parecer jovial—, ¡no, por favor! Válgame Dios, no soy una huéspeda tan especial, y no tardará en encontrar otra chica que me sustituya.

—No me importa tanto por mí como por Gracie —dijo—. Ha sido tan buena con ella, Nance; no hay muchas personas que la entiendan tan bien como usted, muy pocas se tomarían la molestia de disculpar sus rarezas como usted.

—Pero vendré a visitarlas —dije, con ánimo razonable—. Y Grace… —Tragué saliva al decir eso, porque sabía que Gracie nunca sería bien recibida en la quietud y elegancia de la mansión de Diana—. Grace podrá venir a visitarme. La cosa no es tan grave.

—¿Es por el dinero, Nance? —dijo ella—. Sabe que no tengo mucho…

—No, por supuesto que no es por el dinero —dije—. De hecho…

Me había acordado de la moneda que llevaba en el bolsillo: una libra depositada en él por los propios dedos de Diana. Saldaba con creces el alquiler que debía y el aviso con quince días de antelación que estaba estipulado. Se la ofrecí; pero ella se limitó a mirar la moneda con expresión sombría y no hizo ademán de tomarla. Me encaminé con paso inseguro hacia la repisa de la chimenea y la deposité con suavidad encima.

Hubo un silencio sólo interrumpido por los suspiros de Mrs. Milne. Tosí.

—En fin —dije—. Será mejor que vaya a recoger mis cosas…

—¿Qué? ¿No irá a marcharse hoy? ¿Tan pronto?

—Se lo he prometido a mi amiga —dije, procurando sugerir por mi tono que toda la culpa se le podría atribuir a mi amiga.

—Pero ¿se quedará a tomar un té, por lo menos?

La sola idea de la estampa deprimente que formaríamos las tres, con Mrs. Milne decepcionada y lívida, y Gracie, con toda seguridad, llorando, si no algo peor, me causó consternación. Me mordí el labio.

—Más vale que no —dije.

Mrs. Milne se enderezó; se le achicó la boca. Movió la cabeza despacio.

—A mi pobre hija se le va a partir el corazón.

Hubo en su tono una severidad más aterradora y más condenatoria que su tristeza de un momento antes, pero de nuevo descubrí que me embargaba un vago despecho. Había abierto la boca para proferir alguna broma espantosa cuando se oyó un arrastrar de pies en la puerta y apareció Grace. «¡El té está caliente!», canturreó, sin sospechar nada. No pude soportarlo. Le sonreí, hice un gesto a ciegas hacia la madre y me escapé. Su voz —«Oh, mamá, ¿qué pasa?»— me persiguió por la

escalera, seguida de los murmullos de Mrs. Milne. En un instante estaba de nuevo en mí habitación, encerrada con llave.

Mis pertenencias, por supuesto, podían empacarse en un santiamén, en mi petate de marino y en una bolsa hecha con tela de alfombra que me había regalado Mrs. Milne. Plegué la ropa de cama y la coloqué pulcramente al pie del colchón, y sacudí la alfombra por la ventana abierta; despegué de la pared las pocas imágenes que había clavado en ella y las quemé en el fuego. Tiré al cubo de la basura mis artículos de aseo: una jaboneta amarilla y rajada, un tarro medio gastado de polvo de dientes, un tubo de crema facial que olía a violeta. Sólo conservé el cepillo de dientes y la brillantina; los guardé en la bolsa junto con una caja sin abrir de cigarrillos y una tableta de chocolate, aunque —tras un momento de vacilación— volví a sacar la tableta y la dejé en la repisa de la chimenea, con la esperanza de que Gracie la encontrase. Al cabo de media hora el cuarto recobró el aspecto que tenía cuando lo ocupé. De mi estancia en él no había más huellas que el conjunto de agujeros en el empapelado donde había clavado mis ilustraciones y la marca de una quemadura en la mesilla donde una vez, al adormecerme mientras leía una revista, había dejado caer una vela. Parecía una idea desdichada, pero no quise entristecerme. No fui a la ventana para una última visión sentimental del panorama. No registré los cajones ni hurgué debajo de la cama ni levanté los almohadones de la silla. Sabía que Diana suplantaría con algo mejor las cosas de las que hubiese podido olvidarme.

Abajo reinaba un silencio agorero, y al llegar al salón encontré la puerta cerrada. Llamé y giré el picaporte, con el corazón acelerado. Mrs. Milne estaba sentada a la mesa, tal como yo la había dejado. Estaba menos lívida que antes, pero todavía con el semblante sombrío. La tetera se enfriaba en su bandeja, sin que el té hubiera sido servido; las tazas estaban amontonadas en sus platos. Gracie estaba sentada en el sofá, rígida y recta, con la cara vuelta trabajosamente a un lado y la mirada clavada —inflexible, pero asimismo, pensé, ciega— en la vista de fuera de la ventana. Yo había esperado que llorase al conocer la noticia; por el contrario, parecía haberla enfurecido. Tenía los labios apretados y exangües.

Mrs. Milne, por lo menos, parecía haberse reconciliado un poco con mi partida, pues me dirigió la palabra con un esbozo de sonrisa.

—Me temo que Gracie no es del todo ella misma —dijo—. La noticia la ha trastornado. Le he dicho que vendrá a vernos, pero…, bueno…, es muy testaruda.

—¿Testaruda? —dije, fingiendo asombro—. ¿Nuestra Gracie?

Di un paso hacia ella y extendí una mano. Ella me rechazó con una especie de aullido, y se desplazó hacia el extremo más alejado del sofá, con la cabeza ladeada todo el tiempo en aquella postura tiesa y forzada. Nunca hasta entonces me había mostrado tanto desagrado; cuando le hablé lo hice con verdadero sentimiento.

—Ah, no seas así, Gracie, por favor. ¿No me vas a decir nada ni a darme un beso antes de que me vaya? ¿Ni siquiera vas a estrecharme la mano? Te echaré mucho de menos, y detestaría que nos separásemos de mala manera, después de los

buenos ratos que hemos pasado juntas.

Y proseguí hablando de esta guisa, mitad súplica y mitad reproche, hasta que Mrs. Milne se levantó, me tocó el hombro y dijo en voz baja:

—Más vale que la deje, Nance, y que se vaya. Vuelva a verla otro día. Para entonces, sin duda, ya se habrá recuperado.

Así que al final tuve que marcharme sin que Grace me diera un beso de despedida. Su madre me acompañó a la puerta de la calle, y allí permanecimos sin saber qué decirnos, delante de *La luz del mundo* y el afeminado ídolo azul, ella con los brazos cruzados sobre el pecho, y yo cargada con bolsas y todavía vestida con mis trapos escarlatas.

—Siento que todo haya sido tan precipitado, Mrs. Milne —tanteé, pero ella me impuso silencio.

—No importa, querida. Tiene que seguir su propio camino.

Era demasiado bondadosa para mantenerse severa mucho tiempo. Le dije que había dejado la habitación ordenada; que le mandaría mi nueva dirección (¡no lo hice nunca, nunca!), y, por último, que era la mejor casera de toda la ciudad, y que si la inquilina siguiente no la apreciaba yo me encargaría de averiguar por qué.

Ella sonrió con seriedad, y nos abrazamos. Pero al separarnos intuí que algo la turbaba, y cuando yo estaba ya en el peldaño para la despedida definitiva, Mrs. Milne habló.

—Nance —dijo—, perdóneme la pregunta, pero… esa amiga suya: ¿es de verdad una chica?

Resoplé.

—¡Oh, Mrs. Milne! ¿De verdad ha pensado que…? ¿Ha pensado de verdad que yo…?

Que yo me iba a vivir con un hombre: era lo que ella había pensado: ¡yo, con pantalones y el pelo rapado! Se ruborizó.

—Sólo pensaba que, en los tiempos que corren, a una chica puede pescarle un tipo de un voleo. Y al marcharse así, tan de repente, casi estaba convencida de que algún caballero le habría hecho un montón de promesas. No era una idea acertada.

Mi risa sonó un poco hueca, al pensar en lo cerca que había estado de la verdad su presunción, y a la vez tan lejos.

Así mis bolsas con mayor firmeza. Le había dicho que me dirigía a la parada de coches que había en Kings Cross Road, pues era la dirección que debía seguir para reunirme con el cochero de Diana. Sus ojos, que habían permanecido secos en los primeros momentos de la conmoción por la noticia, ahora empezaron a humedecerse. No se movió del umbral mientras yo emprendía mi lento y patoso descenso de Green Street. «¡No nos olvide, cariño!», gritó, y me volví para decirle adiós. Una figura había aparecido en la ventana del salón. ¡Grace! Se había asomado lo suficiente para verme partir. Ensanché el arco de mi saludo, levanté mi gorra y la agité hacia ella. Dos chicos que daban volteretas sobre una barandilla rota interrumpieron su juego para efectuar una salutación jocosa: supongo que me tomaron por un soldado al que se le había terminado el permiso, y a Mrs. Milne por

mi llorosa y anciana madre de pelo blanco, y a Grace, sin duda por mi mujer o mi hermana. Pero por mucho que agité la mano y le soplé besos, ella no respondió con seña alguna, sino que se quedó con la cabeza y las manos apoyadas en el cristal de la ventana, que formó un círculo más blanco en el centro de su frente pálida y en la yema de cada dedo entumecido. Al fin aminoré el movimiento de mi brazo y lo dejé caer.

—No le quiere mucho —dijo uno de los chicos, y cuando aparté la vista de él para mirar a la casa, Mrs. Milne había desaparecido.

Gracie, sin embargo, seguía en la ventana. Su mirada —fría y dura como alabastro, penetrante como un alfiler— me persiguió hasta la esquina de Kings Cross Road. Fue como si sus ojos compungidos me pincharan la piel de la espalda mientras yo subía la cuesta empinada de Percy Circus, desde donde no se ven ya las ventanas de Green Street. No me sentí liberada ni vi despejado el camino de mi nueva vida hasta que me senté en la penumbra interior del coche de Diana y cerré el picaporte de la portezuela.

Pero incluso entonces hubo otro recordatorio de mis deudas impagadas con la vida anterior, pues cuando recorríamos Euston Road y nos aproximamos a la esquina de Judd Street, me acordé de pronto de la cita que había concertado con mi reciente amiga Florence. La cita era el viernes, y caí en la cuenta de que era aquel día. Le había dicho que la encontraría a las seis en punto en la entrada de la taberna, y en aquel momento debían de ser las seis pasadas… Cuando lo estaba pensando, el tráfico frenó la marcha del cupé y la vi allí aguardándome, un poco más abajo de la calle. El coche rodaba más despacio aún; desde detrás de las cortinas de encaje la veía perfectamente, mirando ceñuda a derecha y a izquierda, agachando la cabeza para consultar el reloj en su pecho, y después alzando una mano para colocarse un mechón en su sitio. Su cara me pareció muy fea y bondadosa. Tuve el impulso súbito de abrir la portezuela y correr a su encuentro; pensé que como mínimo podría pedirle al cochero que detuviese al caballo para que yo le gritase a Florence alguna disculpa…

Pero mientras titubeaba, intranquila, el tráfico se volvió fluido, el coche dio una sacudida y en un instante dejamos atrás Judd Street y a la fea y bondadosa Florence. Ya no tuve arrestos para pedir al adusto Shilling que diera media vuelta, a pesar de que yo era su ama aquella tarde. Y, además, ¿qué le diría a Florence? Supuse que no dispondría de libertad para volver a verla, y era impensable la perspectiva de que viniera a visitarme a casa de Diana. Pensé que le extrañaría que yo no me presentara, y que se enfadaría: era la tercera mujer a la que yo decepcionaba aquel día. Lo lamenté, pero, al volver a pensarlo, no me apenó tanto. En absoluto lo lamenté tanto.

Cuando regresé a Felicity Place —pues entonces vi que así se llamaba la plaza donde mi señora tenía su domicilio— fui recibida con regalos. Encontré a Diana en la sala de arriba, ya bañada y vestida, con trenzas en el pelo y una trama compleja de horquillas. Estaba guapa con su bata gris y carmesí, y tenía el talle muy estrecho y la espalda muy recta. Recordé los encajes y lazos que la noche anterior yo había

desatado a tientas: no había ya la menor traza de ellos por debajo de la tela lisa de su corpiño. Me excitó pensar en aquel lino y aquella corsetería invisibles que los dedos serenos de una criada habrían atado y escondido y que mis propias manos temblorosas, destaparían y desatarían más tarde. Me acerqué, le puse encima las manos y la besé fuerte en la boca hasta que ella se rió. Me había despertado cansada y dolorida; había pasado un mal rato en Green Street, pero ya no estaba deprimida: me sentía ágil y rijosa. Si hubiera tenido polla, ahora la tendría tiesa.

Nuestro abrazo duró uno o dos minutos; después ella se separó y me cogió la mano.

—Ven conmigo —dijo—. Te han preparado una habitación.

Al principio me desalentó un poco saber que no compartiría la de Diana, pero el desaliento me duró poco. El cuarto al que me llevó —un trecho más allá a lo largo del pasillo— era apenas menos suntuoso que el suyo e igual de espacioso. Tenía las paredes desnudas y de color crema, las alfombras eran doradas y el biombo y el armazón de la cama eran de bambú; además, el tocador estaba repleto de objetos: una pitillera de carey, un par de cepillos y un peine, un broche de marfil y diversos tarros y frascos de aceites y perfumes. Una puerta al lado daba acceso a un retrete alargado y de techo bajo; allí, colgada de un par de hombreras de madera, había una bata de seda carmesí, que combinaba con la verde de Diana; y allí también estaba el traje que me había prometido: un terno precioso de estambre gris, tremendamente pesado y elegante. Junto a él había una serie de cajones con rótulos que decían *gemelos* y *corbatas*, *cuellos* y *botones*. Estaban todos llenos; y en otra estantería que anunciaba ropa blanca, había un pliegue tras otro de camisas de batista blancas.

Miré todo aquello y después le di a Diana un beso impetuoso; en parte, lo confieso, con la esperanza de que cerrase los ojos y no advirtiera el temor reverencial que me inspiraba. Pero en cuanto se marchó, bailé de placer sobre el suelo dorado. Cogí el traje, una camisa, un cuello y una corbata y los puse por orden encima de la cama. Bailé otra vez. Transporté al reservado las bolsas que me había llevado de casa de Mrs. Milne y las tiré, sin abrir, al rincón más alejado.

Me puse el traje para la cena: sabía que me sentaba muy bien. Diana, sin embargo, dijo que el corte no era perfecto y que al día siguiente mandaría a Mrs. Hooper que me tomase las medidas exactas para dárselas al sastre. Se me antojó extraordinaria la fe que tenía en la discreción de su ama de llaves, y cuando ésta nos hubo dejado —pues, al igual que en el almuerzo, ella nos sirvió los platos y nos escanció los vasos, y aguardó con una compostura grave y (a mi juicio) crispante hasta que la ordenaron retirarse—, se lo dije a Diana. Ella se rió.

—La cosa tiene un secreto —dijo—; ¿no lo adivinas?

—Le paga una fortuna, me figuro.

—Bueno, quizás. Pero ¿no has visto el disimulo con que te miraba mientras te estaba sirviendo la sopa? ¡Caray, prácticamente se le caía la baba en tu plato!

—¿Quiere decir…, imposible…, quiere decir que ella es… como nosotras?

Diana asintió.

—Pues claro. Y en cuanto a la pequeña Blake…, en fin, la rescaté a la pobre de la

celda de un reformatorio. La encerraron allí por corromper a una criada…

Volvió a reírse, y yo la miré pasmada. Ella se inclinó para limpiarme con la servilleta una salpicadura de salsa en mi mejilla.

Habíamos comido chuletas y mollejas, todas muy sabrosas. Yo las comí sin parar, como había tomado el desayuno. Diana, sin embargo, bebió más que comió, y fumó más de lo que había bebido; y más aún que fumar, miraba. Guardamos silencio después del diálogo sobre las sirvientas: descubrí que muchas de las cosas que yo decía causaban una especie de tic en sus labios y en su frente, como si mis palabras —perfectamente sensatas para mis oídos— la divirtieran; así que opté por no decir nada, y como ella tampoco hablaba, lo único que se oía era el débil silbido de las espitas de gas, el tictac regular del reloj encima de la chimenea y el tintineo del cuchillo y el tenedor contra mi plato. Pensé sin querer en las alegres comidas con Grace y Mrs. Milne en el salón de Green Street. Pensé en la cena que habría podido tomar con Florence, en la taberna de Judd Street. Pero ya había terminado de comer y Diana me lanzó uno de sus cigarrillos rosa, y cuando ya el tabaco me tenía mareada vino hacia mí y me besó. Y entonces me acordé de que no me habían contratado precisamente para las tertulias de la sobremesa.

Aquella noche hicimos el amor con una cadencia más pausada, y casi con ternura. No obstante, me sorprendió que me agarrase del hombro cuando yo ya estaba al borde del sueño —con mi cuerpo deliciosamente saciado y mis brazos y piernas entrelazados con los suyos— y que me despabilara. Para mí había sido un día de enseñanzas; en aquel momento recibí la última.

—Puedes irte, Nancy —dijo, exactamente con el mismo tono que había empleado con la criada y con el ama de llaves—. Esta noche quiero dormir sola.

Era la primera vez que me hablaba como a una sirvienta, y sus palabras disiparon totalmente de mis miembros el calor residual del sueño. Con todo, me despedí sin quejarme y recorrí el pasillo hasta la habitación blanca donde me aguardaba mi propia cama fría. Me gustaban sus besos, me gustaban más todavía sus regalos, y si para conservarlos tenía que obedecer a Diana, que así fuera. Estaba acostumbrada a servir a clientes en el Soho, a una libra la mamada; la obediencia —a una señora como ella, y en semejante mansión— parecía en aquel momento una tarea nimia.

Capítulo 12

A pesar de toda la extrañeza de aquellos primeros días y noches en Felicity Place, no tardé en asumir mi papel en la casa y en buscarme una nueva rutina. Era una pauta igual de indolente que la que había disfrutado en casa de Mrs. Milne; la diferencia, por supuesto, residía en que mi indolencia tenía ahora una patrona, una señora que me mantenía bien alimentada, bien vestida y descansada, y que sólo exigía a cambio que mi vanidad tuviera por principal destinatario su persona.

En Green Street tenía por costumbre despertarme bastante temprano. Muchas veces Grace me traía el té a eso de las siete y media; con frecuencia, de hecho, se subía a la cama caliente y, tumbada a mi lado, hablaba hasta que su madre nos anunciaba el desayuno; más tarde yo me lavaba en el gran fregadero de la cocina de abajo, y a veces Grace me peinaba. En Felicity Place, nada me instaba a levantarme. Me servían el desayuno y yo lo recibía al lado de Diana, o bien en mi cama, si la noche anterior me había despedido de la suya. Mientras ella se vestía yo tomaba un café y fumaba un pitillo, bostezaba y me frotaba los ojos; a menudo sucumbía a un sueño ligero del que sólo despertaba cuando ella volvía, con abrigo y sombrero, deslizaba una mano enguantada por debajo de la colcha y me despertaba con un pellizco o una caricia lúbrica.

—Despierta y dale a tu señora el beso de los buenos días —decía—. No volveré hasta la cena. Diviértete tú sola hasta mi vuelta.

Yo fruncía el ceño y refunfuñaba.

—¿Adónde va?

—A visitar a una amiga.

—¡Lléveme!

—Hoy no.

—Esperaré en el cupé mientras hace la visita…

—Preferiría que te quedases a esperarme aquí.

—¡Qué cruel es usted!

Ella sonreía y me besaba. Y después se iba y yo volvía a sumirme en la estupidez.

Cuando por fin me levantaba, pedía que me preparasen un baño. El cuarto de baño de Diana era magnífico: podía pasarme allí una hora o más, empapada de agua perfumada, separándome el pelo, poniéndome la gomina y examinándome delante del espejo en busca de imperfecciones o lunares. En mi antigua vida me había conformado con jabón, crema de limpieza facial, aroma de espliego y el ocasional toque de cosmético en los ojos. Ahora, desde la coronilla hasta la curva de los dedos de los pies, tenía un ungüento para cada parte de mi cuerpo: aceite para los párpados

y crema para las pestañas; un tarro de polvo de dientes, una caja de *blanc-de-perle*; esmalte para las uñas y un bastoncillo escarlata para enrojecer la boca; pinzas para arrancar los pelos de los pezones y una piedra para eliminar la piel áspera de mis talones.

Era igual que vestirse para el music-hall, salvo que allí, naturalmente, tenía que cambiarme entre bastidores mientras la orquesta cambiaba de tempo; ahora disponía de días enteros para acicalarme. Diana era mi público exclusivo y las horas en que no estaba con ella eran como un tiempo en blanco. No podía hablar con las sirvientas: con la extraña Mrs. Hooper, de miradas veladas y resbalosas, ni con Blake, que me aturullaba con sus reverencias y su costumbre de llamarme «señorita»; ni con la cocinera, que me mandaba la comida y la cena, pero nunca asomaba la cara fuera de la cocina. Oía sus voces alzándose de alegría o en disputa, si me paraba ante la puerta de paño verde que llevaba al sótano; pero me sabía separada de ellas, y tenía que ceñirme a mi estricto territorio: los dormitorios, la sala de Diana, el gran salón y la biblioteca. Mi ama había dicho que no le gustaría que saliera de la casa sin acompañante; de hecho, ordenaba a Mrs. Hooper que cerrase la gran puerta principal: yo la oía girar la llave cada vez que se acercaba a cerrarla.

No lamentaba mucho mi falta de libertad; como he dicho, el calor, el lujo, los besos y el sueño me estaban entonteciendo y me volvían más perezosa que nunca. Vagaba de una habitación a otra, sin hacer ruido y sin pensar en nada, y me paraba quizás a contemplar los cuadros de las paredes; o las calles y los jardines apacibles de St. John´s Wood; o a mí misma, en los diversos espejos de Diana. Era como un espectro; como el fantasma, imaginaba a veces, de una muchacha hermosa que había muerto en la casa y seguía recorriendo sus pasillos y aposentos, buscando sin cesar recordatorios de la vida que allí había perdido.

«¡Qué susto me ha dado, señorita!», decía la criada, con la mano en el corazón, cuando topaba de golpe conmigo, apostada en una curva de la escalera o en las sombras de una cortina o de un hueco; pero yo le sonreía y le preguntaba qué tarea tenía que cumplir allí o bien si sabía qué clase de día hacía, si despejado o nublado, y ella se limitaba a sonrojarse y a poner una expresión asustada; «No lo sé, señorita, no sabría decirle.»

El punto culminante de mis días, el suceso al que tendían de forma natural mis pensamientos, y que daba rumbo y sentido a las horas precedentes, era el regreso de Diana. Tenía que haber teatro en la elección de la alcoba y en la pose que adoptaba para ella. Podía encontrarme rimando en la biblioteca o dormitando, con algunos botones desatados, en la sala; fingía sorpresa al verla entrar, o dejaba que ella me despertase si simulaba que estaba dormida. Sin embargo, el placer que su aparición me producía era genuino. Perdía al instante aquella sensación espectral, aquel sentimiento de espera entre bastidores, y recobraba el calor y la sustancia ante la llama de su atención. Le encendía un cigarrillo o le servía una copa. Si estaba cansada la llevaba a una silla y le acariciaba las sienes; si le dolían los pies —usaba botas altas, negras, con los cordones muy prietos—, le desnudaba las piernas y se las frotaba hasta que la sangre retornaba a sus dedos. Si estaba cariñosa —como ocurría a

menudo—, la besaba. A veces me hacía acariciarla en la biblioteca o en el salón, sin hacer el menor caso de las criadas que pasaban por delante de la puerta cerrada, o que bien llamaban y, al percibir nuestro silencio entrecortado de respuesta, se retiraban por su propia iniciativa. O bien ella daba orden de que no la molestaran y me llevaba a la sala, al cajón secreto donde guardaba la llave que abría el arcón de palisandro.

Abrirlo me embelesaba y me excitaba todavía, aunque enseguida me había acostumbrado a manejar su contenido. Eran artilugios, quizás, algo blandos. Estaba, por supuesto, el consolador que ya he descrito (aunque, imitando a Diana, aprendí a llamarlo *el aparato* o *el instrumento*: creo que a ella le agradaba este eufemismo innecesario, con su olor a cirugía o a correccional; sólo cuando estaba muy caliente lo llamaba por su nombre exacto, e incluso entonces era probable que lo llamase *Monsieur Olisbos* o *Monsieur* a secas). Aparte de esto había un álbum de fotos de chicas de grandes nalgas y con las partes velludas que lucían plumas; también una colección de folletos y novelas eróticos, todos ellos loando las delicias de lo que yo llamaría amor de tortilleras pero que los libros, al igual que Diana, llamaban pasión sáfica. Supongo que eran bastante soeces en su género, pero yo nunca había visto nada parecido, y los miré muerta de vergüenza hasta que Diana se echó a reír. Luego había cordones, correas y mechones postizos, la clase de cosas, ciertamente nada rudas, que me imagino que habría en el armario de una institutriz estricta. Por último había más cigarrillos de filtro rosa como los que fumaba Diana. Contenían, tal como yo había adivinado muy pronto, un tabaco francés muy aromático y mezclado con hachís, y eran, a mi entender, los objetos más agradables de todos, ya que, combinados con los demás adminículos, volvían más interesantes todavía sus efectos.

Ya podía estar cansada o aturdida; podía estar mareada de tanta bebida; podía tener las caderas doloridas por la menstruación, pero abrir aquel arcón, como ya he dicho, me excitaba siempre: era como un perro que se retuerce y babea para que su ama le grite *¡Hueso!*

Y cada contorsión, cada babeo, complacía más a Diana.

—¡Qué orgullosa estoy de mi pequeño tesoro! —decía, mientras yacíamos fumando en las sábanas manchadas de la cama. Podía ocurrir que ella no llevase encima nada más que un corsé y un par de guantes púrpura; yo tenía el consolador atado, quizás con un collar de perlas enrollado en él. Ella extendía la mano hacia el pie de la cama y pasaba la mano por el arcón entreabierto, y se reía—. De todos los regalos que te he hecho —dijo una vez—, éste es el mejor, ¿a que sí, a que sí? ¿Dónde encontrarías algo igual en Londres?

—¡En ninguna parte! —respondía yo—. ¡Eres la guarra más descocada de la ciudad!

—¡Sí!

—Eres la guarra más descocada y con el chocho más experto. Si follar fuera un país…, pues que me follen, ¡tú serías la reina…!

Tales palabras empleaba yo ahora, espoleada por mi señora; palabras lascivas

que me chocaban y me inflamaban cuando las decía. Nunca se me había ocurrido emplearlas con Kitty. Yo no la había *follado*, no habíamos *jodido*; sólo nos habíamos besado y estremecido. No tenía un *chocho* o un *coño* entre las piernas; de hecho, en todas las noches que pasamos juntas, creo que ni siquiera le pusimos nombre…

Si me viese ahora, pensaba, tumbada al lado de Diana, mientras aseguraba el collar de perlas alrededor del consolador y Diana alargaba de nuevo la mano para acariciar el arcón y después se inclinaba para acariciarme a mí.

—¡Mira las cosas de las que soy dueña! —decía, con un suspiro—. ¡Mira, mira lo que poseo!

Yo fumaba hasta que la cama parecía escorarse; me tendía y reía, mientras ella se me montaba encima. En una ocasión dejé caer un pitillo sobre la colcha de seda, y sonreí al verlo consumirse mientras follábamos. Otra vez fumé tanto que vomité. Diana tocó la campanilla para llamar a Blake, y cuando ella llegó exclamó:

—¡Mira a mi furcia, Blake, resplandeciente hasta en su miseria! ¿Has visto alguna vez un animal tan bello? ¿Lo has visto?

Blake respondió que no; después empapó de agua un paño y me limpió la boca.

Fue la vanidad de Diana la que al final rompió el hechizo de mi reclusión. Llevaba un mes en su casa —sólo la había abandonado para pasear por el jardín y en todo aquel tiempo no había puesto ni siquiera la puntera de mi bota en una calle de Londres— cuando una noche declaró que había que raparme. Levanté la vista del plato, pensando que se refería a llevarme al Soho para que lo hicieran; de hecho, se limitó a llamar a las criadas: tuve que permanecer sentada en una silla, con una toalla alrededor del cuello, mientras Blake empuñaba el peine y el ama de llaves manejaba las tijeras. «¡Con mucha suavidad, suave!», decía Diana, observando. Mrs. Hooper estuvo a punto de cortarme el flequillo, y noté su aliento, acelerado y caliente, sobre mi mejilla.

Pero el corte de pelo resultó ser sólo el preludio de algo mejor. A la mañana siguiente, al despertar en la cama de Diana, vi que ya estaba vestida y que me miraba con su antigua sonrisa enigmática. Dijo:

—Tienes que levantarte. Tengo un regalo para ti hoy. Dos regalos, en realidad. El primero está en tu cuarto.

—¿Un regalo? —Bostecé; la palabra casi había perdido su aliciente para mí—. ¿Qué es, Diana?

—Es un traje.

—¿Qué tipo de traje?

—Un traje para presentarte en sociedad.

—¿Presentarme…?

Me levanté pitando.

Desde la primera vez en que me puse pantalones, en casa de Mrs. Dendy, había usado una cantidad increíble de trajes de hombre. Los había lucido todos, y muy bien y con estilo, desde el sencillo hasta el pantomímico, desde el militar al afeminado, desde el castaño burdo hasta el velvetón amarillo: de soldado, marinero, criado,

chapero, recadero, dandy y duque de comedia. Pero el traje que aquel día me aguardaba en mi cuarto de la mansión de Diana en Felicity Place era el más suntuoso y el más bonito que jamás me había puesto; todavía lo recuerdo, en toda su magnificencia.

Constaba de una chaqueta y unos pantalones de lino color hueso y un chaleco algo más oscuro, con la espalda de seda. Todas estas prendas venían en una caja forrada de terciopelo; en un envoltorio distinto encontré tres camisas de piqué, cada una de ellas de un tono más claro que la anterior, y las tres tan finas y de un tejido tan denso que brillaban como satén, o como la superficie de una perla.

Luego había cuellos tan blancos como dientes nuevos; los gemelos del cuello eran de ópalo, y los de los puños, de oro. Había una corbata y un fular de moaré color ámbar: relucieron y se ondularon cuando los saqué del papel de seda, y resbalaron como serpientes de mis dedos hasta el suelo. En un estuche plano de madera había guantes: un par de cabritilla, con botones forrados, y otro de piel de gamo y fragante como almizcle. En una bolsa de terciopelo encontré medias, bragas y camisetas, no de franela, como hasta entonces había sido mi ropa interior, sino de seda tejida. Para la cabeza había un sombrero de fieltro de color crema, con una cinta a juego con las corbatas; de calzado, un par de zapatos de un cuero castaño tan cálido y lustroso que no pude contener el impulso instantáneo de aplicarlos a la mejilla, después a los labios y, por último, de tocarlos con la lengua.

A punto estuvo de pasarme inadvertido un último y frágil paquete: contenía un conjunto de pañuelos, tan finos y ligeros como las camisas de piqué y que llevaban bordadas unas diminutas y elegantes iniciales: N. K. El traje me embelesó, con todos sus componentes y sus texturas y tonos delicados y armónicos; pero este último detalle, y el sello inconfundible de permanencia que prestaba a mis relaciones con el ama apasionada y generosa de mi curioso nuevo hogar…, en fin, este último detalle fue el que más me satisfizo.

Después me bañé y me vestí delante del espejo; luego cerré los postigos, encendí un cigarrillo y me contemplé mientras fumaba. Creo que puedo decirlo sin vanidad: estaba hecha una monada. El traje, como toda la ropa cara, tenía un porte y una elegancia propias: con él puesto, casi todo el mundo habría estado guapo. Pero Diana había sido juiciosa al encargarlo. El lino blanqueado complementaba el oro mate de mi pelo y el tono que ya languidecía de mis muñecas y mejillas de chapero. La llama de ámbar en mi garganta realzaba mis ojos azules y mis pestañas sombreadas. Los pantalones, con su raya vertical, hacían que mis piernas pareciesen más largas y más esbeltas que nunca, y se abultaban en los botones, donde yo había enrollado uno de los guantes de gamo perfumados. Vi que estaba casi turbadoramente atractiva. Encuadrada por el marco de madera del espejo, con la pierna izquierda ligeramente doblada, una mano colgando fláccida a la altura del muslo y la otra con el pitillo a mitad de camino hacia mis labios pintados de un carmín tenue, no parecía yo misma en absoluto, sino una especie de cuadro viviente, un lord rubio o un ángel al que un artista envidioso hubiese plasmado o petrificado detrás del cristal. Estaba sobrecogida.

Hubo un movimiento en la puerta. Me volví y vi a Diana; me había estado observando mientras yo me contemplaba; había estado tan absorta en mi prestancia que no había advertido su presencia. Sostenía en la mano un ramillete de flores y se acercó a prendérmelo en la chaqueta. Dijo: «Deberían ser narcisos; no lo he pensado.» Las flores eran violetas. Agaché la cabeza para verlas mientras ella me las ponía en el ojal, y aspiré su perfume; un capullo se desprendió del tallo y cayó ondeando al suelo, donde lo aplastó el tacón de Diana.

En cuanto hubo acabado su trabajo en mi pecho, me cogió el cigarrillo para fumarlo ella y retrocedió para supervisar su obra: lo mismo que Walter había hecho, tanto tiempo atrás, en casa de Mrs. Dendy. Al parecer, era mi destino que otros me vistieran, me acicalasen y me admirasen. Me daba igual. Me acordé sólo del traje de sarga azul de aquella época inocente, y se me escapó la risa.

La risa imprimió dureza a mis ojos, que chispearon. Diana lo vio y asintió complacida.

—Causaremos sensación —dijo—. Te adorarán, lo sé.

—¿Quiénes? —pregunté—. ¿Para quién me ha vestido?

—Voy a llevarte a conocer a unas amigas. Voy a llevarte a mi club —dijo, poniéndome una mano en la mejilla.

El club se llamaba Mujeres de Cavendish, y estaba en Sackville Street, justo encima de Piccadilly. Conocía bien la calle, las conocía bien todas, pero nunca me había fijado en el edificio de fachada gris, esbelto, al que Diana ordenó a Shilling que nos llevara. Su escalón, supongo, es bastante oscuro, y su placa es pequeña, y la puerta estrecha; tras haberlo visitado una vez, sin embargo, siempre supe encontrarlo.

Vayan a Sackville Street hoy, si quieren, y traten de localizarlo: recorrerán tres o cuatro veces toda la longitud de la acera. Pero cuando encuentren el edificio de fachada gris, dediquen un momento a contemplarla; y si ven a una dama franquear su oscuro umbral, fíjense bien en ella.

Entrará —como yo con Diana aquel día— en un vestíbulo: es elegante, y sentada en él, detrás de un escritorio, hay una mujer sencilla, fea, sin edad. La primera vez que fui, esta mujer se llamaba Miss Hawkins. Estaba apuntando las entradas en un libro cuando llegamos, pero levantó la vista al ver a Diana y esbozó una sonrisa. Al verme a mí, la sonrisa se encogió. Dijo:

—Mrs. Lethaby, señora, ¡qué gusto! Mrs. Jex la espera en la sala de estar, creo.

Diana asintió y extendió la mano para firmar su nombre en una hoja. Miss Hawkins volvió a mirarme.

—¿El caballero la esperará aquí? —dijo.

La pluma de Diana se desplazó con fluidez y no levantó los ojos. Dijo:

—No sea pesada, Hawkins. Ella es Miss Rey, mi compañera.

Miss Hawkins me miró con más dureza y se ruborizó.

—Bueno, verá, Mrs. Lethaby, no puedo hablar por las señoras, pero algunas podrían considerar esto un poco… irregular.

—Estamos aquí —respondió Diana, enroscando la pluma— por gusto a lo irregular.

Se volvió para inspeccionarme y levantó una mano para tirarme de la corbata, se mojó la punta de un dedo enguantado para alisarme la frente y, por último, me quitó el sombrero de la cabeza para arreglarme el pelo.

Dejó que Miss Hawkins se ocupase del sombrero. Después, con decisión, enlazó su brazo con el mío y me llevó por un tramo de escaleras hasta la sala de estar.

Esta habitación, al igual que el vestíbulo de abajo, era suntuosa. No sabría decir de qué color la tienen ahora; en aquella época estaba revestida de damasco dorado, y sus alfombras eran de color crema, y sus sofás azules… Estaba engalanada, en suma, de todos los colores que exhibía mi propia indumentaria; o, mejor dicho, yo estaba engalanada a tono con ellos. Debo confesar que esta idea era desconcertante; por un segundo, empezó a parecerme que la generosidad de Diana no era sólo el cumplido que yo había pensado que era al posar aquella mañana delante del espejo.

Pero recordé que todos los actores se visten en sintonía con su escenario. ¡Y qué escenario aquél, y qué público!

Habría, creo, como unas treinta personas: todas ellas mujeres, todas sentadas a mesas, con bebidas, libros y papeles en las manos. No te habrían llamado la atención si te hubieras cruzado con ellas en la calle, pero el efecto combinado de su apariencia era más bien extraño. No vestían de un modo extraño, sino diferenciado. Llevaban falda, pero una clase de falda como la que habría confeccionado un sastre, por una apuesta, para coserle un polisón a un caballero. Muchas parecían vestir traje de paseo o ropa de montar a caballo. Muchas llevaban quevedos o monóculos atados a una cinta. Una o dos lucían peinados extravagantes, y había más corbatas de las que había visto nunca en una reunión exclusivamente femenina.

No reparé en todos estos detalles a la vez, por supuesto; pero la sala era grande y como Diana se tomó su tiempo para atravesarla en mí compañía, tuve ocasión de mirar alrededor. Caminamos por entre un silencio espeso como un terciopelo fruncido, pues al hacer nuestra aparición en la puerta, las mujeres habían girado la cabeza para vernos y luego habían abierto los ojos como platos. No sabría decir si, al igual que Miss Hawkins, me tomaron por un caballero o si —como Diana— habían descubierto mi disfraz al instante. Fuera cual fuese el caso, hubo una exclamación, «¡Válgame Dios!», seguida de otra, más pausada: «Qué cosa…» Noté que Diana se envaraba a mi lado, de pura satisfacción.

Luego se oyó otro grito, cuando se puso en pie una mujer sentada a una mesa, en la esquina más alejada. «¡Diana, libertina! ¡Por fin lo has hecho!» Dio una palmada. A su lado, otras dos mujeres miraron, con la cara rosa. Una de ellas portaba un monóculo, y se lo aproximó al ojo.

Diana me colocó delante de aquel público y me presentó, con más gentileza que al presentarme a Miss Hawkins, pero de nuevo como «su compañera», y las damas se rieron. La primera, la que se había levantado para recibirnos, me tomó la mano. Sus dedos sujetaban un puro corto y grueso.

—Querida Nancy, te presento a Mrs. Jex —dijo mi ama—. Es mi amiga más

antigua en Londres… y la de peor fama. Todo lo que te diga tiene por fin corromper.

Le hice una reverencia.

—Eso espero, en efecto —dije. Mrs. Jex lanzó una carcajada.

—¡Pero si habla! —exclamó—. Con todo esto —señaló mi cara, mi atuendo—, ¡y la criatura hasta sabe hablar! Diana sonrió y enarcó una ceja.

—A su manera —dijo. Yo parpadeé, pero Mrs. Jex retuvo mi mano y la apretó.

—Diana es brutal contigo, Miss Nancy, pero no debe importarte. Aquí, en el Cavendish, hemos estado jadeando por verte y que seas nuestra amiga especial. Debes llamarme «María» —lo pronunció a la antigua usanza—, y ésta es Evelyn, y ésta Dickie. A Dickie, como ves, le gusta considerarse el chico del club.

Les hice una reverencia por turnos. La primera de las nombradas me esbozó una sonrisa; la que se llamaba Dickie (era la que tenía monóculo: estoy segura de que era de puro cristal) sólo inclinó la cabeza, con una expresión altiva.

—Así que ésta es la nueva Calisto, ¿no? —dijo.

Llevaba una camisa de pechera y una pajarita, y su pelo, aunque largo y recogido, estaba lustroso de aceite. Tendría unos treinta y dos o treinta y tres años, y su cintura era gruesa; pero su labio superior, al menos, era oscuro como el de un chico. Supongo que hacia 1880 la habrían considerado guapísima.

María volvió a apretarme los dedos y puso los ojos en blanco; ladeó la cabeza, y cuando me incliné hacia ella, pues era bastante baja, dijo:

—Ahora, querida mía, tienes que satisfacer nuestro apetito. Queremos que nos cuentes de cabo a rabo la sórdida historia de tu encuentro con Diana. Ella no va a contarnos nada; sólo que hacía una noche cálida, que las calles estaban populacheras, que la luna se tambaleaba entre las nubes como una borracha en busca de amantes. ¡Cuéntanos, Miss Nancy, cuéntanos! ¿Se tambaleaba de verdad la luna como una borracha en busca de amantes?

Dio una calada de su puro y me examinó. Evelyn y Dickie se inclinaron, aguardando. Las miré y luego a María; tragué saliva.

—Sí, si Diana lo dice —dije por fin.

Y al oír esto, María soltó una carcajada baja y alta y rápida como el traqueteo de una perforadora; y Diana me cogió del brazo, me hizo un hueco en el sofá y llamó a una camarera para que nos trajera algo de beber.

Las mujeres que estaban en las demás mesas seguían mirando: no pude por menos de observar que algunas lo hacían de un modo quisquilloso. Había habido murmullos y cuchicheos; también algunas risas disimuladas y algún grito ahogado. Ninguna de las presentes prestó la más mínima atención a ellos. María mantenía los ojos clavados en mí, y cuando llegaron las bebidas, me lanzó por encima de su vaso una sonrisa lasciva: «¡Por los dos extremos del violín!», dijo, y me guiñó un ojo. Diana había girado la cara para oír una historia que le contaba la mujer llamada Evelyn. Estaba diciendo:

—¡Un escándalo, Diana, como nunca has visto! Se había prometido a siete mujeres, y las ve a todas en días distintos: ¡una de ellas es su cuñada! Se ha hecho un álbum…, ¡casi me muero al verlo, querida!…, lleno de trozos y pedazos de cosas que

les ha cortado o les ha arrancado: pestañas y recortes de uñas de los pies…, compresas usadas, por lo que pude ver; y tiene vello…

—Vello, Diana —le interrumpió Dickie, insinuante.

—Vello con el que ha hecho rizos y copetes. Lord Myers vio un broche y le preguntó dónde lo había comprado, y Susan le dijo que era de la cola de un zorro, y que le haría uno ¡para que él se lo regalase a su mujer! ¿Te imaginas? ¡Y ahora Lady Myers se presenta en todas las fiestas de postín con un mechón en el pecho que ha salido del chocho de la cuñada de Susan Dacre!

Diana sonrió.

—¿Y el marido de Susan sabe todo esto y no le importa?

—¿Importarle? ¡Él es el que paga las facturas del joyero! Anda jactándose, yo misma le he oído, de que tiene pensado rebautizar la finca *Nuevo Lesbos*.

—¡Nuevo Lesbos! —exclamó Diana, suavemente. Después bostezó—. Si esa lesbiana latosa de Susan anda metida en el asunto, bien podría ser que fuese el nombre original… —Se volvió hacia mí y bajó una octava el tono de voz—. Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres, niña?

Saqué dos pitillos de la pitillera de carey que llevaba en el bolsillo del pecho, los encendí los dos juntos en mis labios y le pasé uno a Diana. Las mujeres me miraban: de hecho, incluso mientras se reían y charlaban, observaban todos mis movimientos, todas mis hechuras. Cuando me incliné para tirar la ceniza del cigarro, parpadearon. Cuando me pasé la mano por el pelo rapado del flequillo, se sonrojaron. Cuando separé las piernas y mostré el bulto que había entre ellas, María y Evelyn, las dos a la vez, se removieron en su asiento, y Dickie estiró el brazo hacia su copa de brandy y apuró su contenido de un trago salvaje.

Al cabo de un momento, María se me acercó otra vez. Dijo:

—Vamos, Miss Nancy, seguimos esperando a que nos cuentes tu historia. Queremos saberlo todo de ti, y hasta ahora nos has dejado con las ganas.

—No hay nada que saber —dije—. Pregunte a Diana.

—Diana habla por la voz de la inteligencia, no de la verdad. Dime —su voz se había vuelto confiada—, ¿dónde naciste? ¿En un lugar de penuria? ¿En un cuchitril, donde dormíais diez hermanas en la misma cama?

—¿Un cuchitril? —Pensé de golpe, y más intensamente de lo que había hecho en meses, en el antiguo salón que había en nuestra casa; en el paño cuyos flecos colgaban, aleteando, sobre el hogar. Dije—: Nací en Kent, en Whitstable —María me miraba fijamente. Repetí—. En Whitstable, donde hay viveros de ostras.

Al oírlo, echó hacia atrás la cabeza.

—¡Vaya, querida, eres una sirena! Diana, ¿lo sabías? ¡Una sirena de Whitstable! Aunque, por suerte —y aquí me puso la mano libre en la rodilla, y le dio una palmada—, por suerte, sin cola. No quedaría bien, ¿eh?

No pude responder. Cálida en mi memoria, tras la imagen de nuestra sala había surgido el recuerdo de Kitty, en la puerta de su camerino. Miss Sirena, me había llamado; y lo había repetido aquel día en Stamford Hill en que me oyó llorar y vino a besar mis lágrimas…

Tragué saliva y me llevé el cigarrillo a los labios. Estaba casi terminado y poco faltó para que me los quemara; al manipular con él, se me cayó. Cayó en el sofá, rebotó y rodó entre mis piernas. Quise cogerlo, ante lo cual las mujeres volvieron a mirar e hicieron muecas, pero estaba atascado, todavía encendido, entre mi nalga y la silla. Me levanté de un brinco, di por fin con el pitillo y estiré el lino que me tapaba el trasero. Dije:

—¡Demonios, por poco me agujerea los malditos pantalones!

Las palabras me salieron en un tono más alto de lo que había pretendido, y hubo una exclamación de respuesta en la habitación que yo tenía a mi espalda.

—La verdad, Mrs. Lethaby, ¡esto es intolerable! —Una mujer se había levantado y se dirigía hacia nuestra mesa—. Debo protestar, Mrs. Lethaby —dijo cuando llegó a ella—. ¡Debo protestar en serio, en nombre de todas las damas presentes, y también de las ausentes, por el gran daño que está infligiendo a nuestro club!

Diana elevó hacia ella unos ojos lánguidos.

—¿Daño, Miss Bruce? ¿Se refiere a la presencia de mi compañera, Miss Rey?

—Sí, señora.

—¿No le gusta?

—¡No me gusta su lenguaje, señora, ni su ropa!

Ella, por su parte, vestía una falda de seda con faja y un fular; en el fular lucía un alfiler de plata en forma de la cabeza de un caballo. Se colocó expectante al lado de Diana, y ésta, al cabo de un momento, suspiró.

—Bueno —dijo—. Veo que tenemos que acatar el gusto de las socias.

Se levantó, me acercó a su lado y se colgó ostentosamente de mi brazo.

—Nancy, querida —dijo—, por lo visto tu traje resulta demasiado atrevido para el Cavendish. Parece que tengo que llevarte a casa para quitártelo. Bueno, ¿quién nos lleva a Felicity Place para ver el espectáculo…?

Hubo un alboroto en la sala. María se levantó de inmediato y cogió su bastón.

—¡Tantivy, tantivy! —exclamó, y a continuación—: ¡Hala, Satin!

Oí un gañido, y de debajo de su silla salió un hermoso y joven galgo enano, con una correa de piel de cerdo, al que yo no había visto antes, porque estaba dormitando detrás de la cortina de las faldas de María.

Dickie y Evelyn también se levantaron. Diana inclinó la cabeza ante Miss Bruce y yo le hice una reverencia más completa. Todas las miradas nos habían seguido cuando hicimos nuestra entrada; todos los ojos nos siguieron mirando cuando nos dirigimos hacia la salida. Oí que Miss Bruce volvía a su asiento, y que alguien le decía: «¡Muy bien hecho, Vanessa!» Pero otra mujer me sostuvo la mirada cuando pasé por delante, y me lanzó un guiño; y de una mesa cerca de la puerta se levantó una mujer para decirle a Diana que esperaba que los pantalones de Miss Rey no se hubiesen chamuscado sin remedio…

El estropicio en los pantalones era bastante grave; ya en Felicity Place, Diana me hizo caminar e inclinarme ante María, Evelyn y Dickie, para que ellas lo examinaran. Dijo que me encargaría otro par exactamente igual.

—¡Qué hallazgo, Diana! —dijo María, mientras Evelyn palmeaba la tela. Lo dijo

como podría haberlo dicho de una estatua o un reloj que Diana hubiera descubierto por cuatro chavos en un mercado mugriento. Le importó un comino que yo oyera o no su comentario. ¿Qué más daba que lo oyese? ¡Hablaba en serio, en serio! Había admiración en sus ojos. Y ser admirada por unas damas de buen gusto… En fin, yo sabía que no era lo mismo que ser amada. Pero ya era algo. Y yo valía para aquello.

¡Quién hubiera pensado que valiese tanto!

—Quítate la camisa, Nancy —dijo Diana entonces—, y que las señoras vean tu ropa interior.

Obedecí, y María exclamó de nuevo:

—¡Qué hallazgo!

Capítulo 13

Creo que el círculo más amplio de amistades de Diana juzgaba fantástica nuestra unión. A veces veía cómo nos miraban y entreoía sus murmullos: «El *caprice* de Diana», me llamaban, como si yo fuera un plato de comida suculenta, de la que se cansaría un paladar sensible. Diana, sin embargo, después de haberme encontrado parecía cada vez menos dispuesta a separarse de mí. Con aquella breve y única visita al Club Cavendish me había dado el espaldarazo en mi cometido de compañera permanente. Ahora hacíamos más excursiones, más visitas, más desplazamientos, y me compraba más trajes que ponerme. Yo estaba satisfecha. En otro tiempo había estado desplomada en la silla de su sala, a la espera de que me mandase a casa con un soberano en el bolsillo. Ahora, cuando las mujeres cuchicheaban «ese engendro de Diana Lethaby», me cepillaba la pelusa de la manga de mi chaqueta, sacaba del bolsillo el pañuelo con mis iniciales y sonreía. Pasó el otoño de 1892, llegó el invierno y luego la primavera del 93, y como yo aún conservaba mi puesto de privilegio al lado de Diana, cesaron los cuchicheos de las damas. Al final pasé a ser no el capricho de Diana sino su chico a secas.

«Ven a cenar, Diana.»

«Ven a desayunar, Diana.»

«Ven a las nueve, Diana, y trae a tu chico.»

Yo siempre la acompañaba, en efecto, como un chico, incluso cuando nos aventurábamos en el mundo público, el mundo corriente que había fuera del círculo de las sáficas de Cavendish, el de las tiendas y cenas y paseos en coche por el parque. A cualquiera que preguntase por mí, me presentaba audazmente como «Mi pupilo, Neville Rey»; creo que varias damas con hijas casaderas le pidieron que me las presentara. Ella declinaba las peticiones; «Es anglocatólico, señora», les decía, «y destinado a la Iglesia. Es su última temporada antes de recibir las santas órdenes…»

Fui con Diana con quien volví al teatro; intimidada de que me llevase a un palco junto a las candilejas, y acobardada también cuando atenuaban la luz de las arañas. Pero los teatros que ella prefería eran los fastuosos. Tenían luz eléctrica en lugar de gas, y los espectadores guardaban silencio. Yo no veía dónde estaba el placer. Las obras me gustaban, pero la mayor parte del tiempo paseaba la mirada por el público y, por supuesto, siempre había un montón de ojos y de lentes que se apartaban del escenario para clavarse en mí. Vi varias caras que conocía de mis tiempos de chapero. Una vez en que estaba lavándome las manos en los urinarios de un teatro, noté que un caballero me observaba: no se acordaba de que yo ya le había puesto los labios encima, en un callejón que salía de Jermyn Street; más tarde le vi entre el público, con su esposa. En otra ocasión vi también a Dulce Alice, el mariquita

que había sido tan bueno conmigo en Leicester Square. Estaba sentado en otro palco, y al reconocerme me sopló un beso.

Estaba con dos caballeros: yo alcé las cejas y él puso en blanco los ojos. Entonces vio a mis acompañantes —Diana y María— y se me quedó mirando. Yo me encogí de hombros, él pareció pensativo y volvió a poner los ojos en blanco, como diciendo: *¡Vaya conquistas!*

A todos aquellos sitios, como he dicho, iba vestido de chico; en realidad, las únicas veces en que me vestía de chica era cuando íbamos al Cavendish. Era el único lugar de la ciudad donde Diana me habría hecho ir en pantalones sin que le importara quién lo supiera; pero después de la queja de Miss Bruce habían introducido una nueva regla, y desde entonces me presenté siempre con faldas. A tal efecto Diana había encargado algo para mí, ahora no me acuerdo de qué corte y color. En el club yo me sentaba a beber y fumar, María me cortejaba y las otras socias me miraban mientras Diana departía con amigas o escribía cartas. Lo hacía muy a menudo, pues tenía un renombre de filántropa —supongo que, en cierto modo, yo debería haberlo adivinado—, y las mujeres la solicitaban para intrigas. Daba dinero a algunas entidades benéficas. Enviaba libros a chicas encarceladas. Participaba en la publicación de una revista en pro del sufragio femenino que se llamaba *Shafts*. Se ocupaba de todo eso en mi compañía. Si yo me inclinaba para coger un periódico o una lista y los leía con desgana, ella me quitaba la hoja de las manos, como si mirar muy fijamente a tantas palabras pudiese cansarme. Al final me conformaba con los dibujos del *Punch*.

Tales eran, pues, mis apariciones públicas. No eran muy frecuentes; estoy hablando de un período que duró como un año. Diana me mantenía cerca la mayor parte del tiempo, y me exhibía en casa. Decía que le gustaba limitar el número de mujeres que me veían; decía que tenía miedo de que me difuminase como una fotografía de tanto manosearme.

Cuando digo «exhibir», naturalmente, lo digo en serio; formaba parte del misterio de Diana convertir en reales las palabras que otras personas empleaban como metáfora o en son de burla. Yo había posado para María, Dickie y Evelyn con los pantalones chamuscados y mis bragas de seda. Cuando vinieron otra vez, acompañadas de otra mujer, Diana me hizo posar para ellas con un traje distinto. Después de esto, se convirtió en una especie de juego para ella cambiarme de ropa y hacerme desfilar delante de sus invitadas, o bien entre ellas, escanciando bebidas y encendiendo cigarrillos. Un día me vistió de lacayo, con bombachos y una peluca empolvada. Era más o menos el atuendo que llevaba en *La cenicienta*, aunque en el Brit los pantalones no habían sido tan ceñidos ni tan anchos en la ingle.

El engendro con bombachos la inspiraba más. Se cansó de los trajes de hombre; empezó a exhibirme disfrazada; me tenía preparada detrás de una pequeña cortina de terciopelo de la sala. Esto ocurría una vez o dos cada semana. Venían a comer unas damas y yo comía con ellas, en pantalones, pero mientras se entretenían con el café y los pitillos, yo las dejaba, me deslizaba fuera del comedor e iba a mi cuarto a

cambiarme de ropa. Para cuando se dirigían al salón yo estaba ya detrás de la cortina, adoptando una pose, y cuando Diana estaba lista tiraba de un cordón con una borla y revelaba mi presencia.

A veces yo era Perseo, con una espada curva y una cabeza de Medusa, y sandalias con tiras que me llegaban a las rodillas. A veces era Cupido, con alas y un arco. Una vez hice de San Sebastián, atado al tronco de un árbol; recuerdo el trabajo que nos dio atar las flechas para que no se cayeran.

Otra noche yo era una amazona. Llevaba el arco de Cupido, pero esta vez un pecho al descubierto; Diana me puso colorete en un pezón. La semana siguiente —ella dijo que si había enseñado uno, daba igual que enseñase los dos— representé a la Marianne francesa, con un gorro frigio y una bandera. La semana después fui Salomé; llevaba otra vez una cabeza de Medusa, pero sobre una bandeja y con una barba pegada; y mientras las señoras aplaudían yo me desvestí bailando hasta quedarme en bragas.

Y la semana siguiente… fue la semana en que yo era Hermafrodito. Lucía una corona de laurel, un capa de maquillaje plateado y… nada más, excepto, atado a mis caderas, el *Monsieur Olisbos* de Diana. Las damas lo miraron boquiabiertas.

Les producía temblores.

Y éstos ejercieron sobre mí la influencia habitual y me acordé de Kitty. Me pregunté si seguiría poniéndose un traje y una chistera, si seguiría cantando canciones como «*Sweethearts and Wives*».

Entonces se me acercó Diana y me puso un cigarrillo rosa entre los labios, y me paseó entre las señoras para que acariciasen el cuero. No sé si entonces me acordé de Kitty o más bien de Diana. Creo que pensé que era de nuevo un chapero en Piccadilly; o, si no un chapero, el cliente de uno: pues cuando me removía y gritaba había sonrisas en la penumbra; y cuando me estremecía y lloraba, oía risas.

No estaba en mi mano evitar todo esto. La instigadora era Diana. Era tan osada, tan apasionada, tan diabólicamente inteligente. Era como una reina con toda su extraña corte: yo lo veía en aquellas fiestas. Las mujeres la buscaban y la observaban. Le llevaban regalos, «para tu colección»: ¡una colección tan envidiada y de la que hablaba todo el mundo! Cuando ella hacía un gesto, levantaban la cabeza para captarlo. La escuchaban cuando hablaba. Creo que era su voz lo que las cautivaba: aquel timbre musical que en una ocasión me había raptado de mis vagabundeos sin rumbo a medianoche para introducirme en su propio universo oscuro. Una y otra vez, yo oía discusiones zanjadas por un grito o un murmullo de la garganta de Diana; una y otra vez, las conversaciones dispersas de una habitación llena de gente se apagaban y morían, y una vez tras otra renunciaban las finas hebras de alguna anécdota u ocurrencia para captar las cadencias más imperiosas de Diana.

Su audacia era contagiosa. Las mujeres que se le acercaban se aturdían. Era como una cantante que hace añicos los cristales. Era como un cáncer, era como un moho. Era como una heroína de uno de sus cuentos soeces: si la hubieras metido en un aposento con una monja y una institutriz, al cabo de una hora se habrían

arrancado el pelo para fabricarse un látigo.

Hablo como si estuviera harta de ella. No lo estaba entonces, ¿cómo iba a estarlo? Formábamos una pareja perfecta. Ella era lasciva, atrevida, pero ¿quién hacía visible aquel atrevimiento? ¿Quién daba testimonio de su pasión, de su poder cordial, de la rara, encantada atmósfera de su casa en Felicity Place, donde las reglas y las conductas normales parecían en suspenso y reinaba un disipado desorden?

Yo era la prueba de todos sus placeres. Yo era la mancha que dejaba su lujuria. Tenía que retenerme o lo perdería todo.

Y yo debía conservarla o quedarme sin nada. No me imaginaba una vida distinta a la trazada por ella. Había despertado en mí singulares apetitos, ¿y dónde, pensaba yo, sino con Diana, en compañía de las sáficas; dónde podría haber saciado aquellas singulares apetencias?

He hablado de la cualidad extrañamente intemporal de mi nueva vida, de la supresión de las pautas ordinarias de las horas, los días y las semanas. Diana y yo muchas veces hacíamos el amor hasta el alba y desayunábamos al atardecer; o bien despertábamos a la hora normal, pero seguíamos en la cama, con las cortinas corridas, y almorzábamos a la luz de unas velas. Una vez llamamos a Blake, que acudió en camisón: eran las tres y media de la mañana y la habíamos despertado de su sueño. Otro día me despertaron los trinos de un pájaro: amusgando los ojos, miré la línea de luz alrededor de los postigos y caí en la cuenta de que no había visto el sol desde hacía una semana. En una casa caldeada por el trabajo de las criadas, y con un coche que nos recogía para trasladarnos a donde quisiéramos, hasta las estaciones perdían su sentido o adquirían otros nuevos. Sólo sabía que el invierno había llegado porque la ropa de calle de Diana cambiaba de la seda a la pana, y porque sus capas pasaban del color granadina al azabache; y cuando el astracán, el tweed y el pelo de camello abultaban las perchas de mi ropero.

Pero había un aniversario del antiguo orden de cosas que yo no podía olvidar, ni siquiera en la atmósfera hechizada de Felicity Place, rodeada de tanto lujo narcótico. Un día, cuando ya hacía poco menos de un año que era la amante de Diana, me despertó el susurro de las hojas de un periódico. Mi ama estaba a mi lado con el matutino, y al abrir los ojos vi un titular. «*Ley de autogobierno*», decía. «*Los irlandeses se manifiestan el 3 de junio*.» Lancé un grito. No era la noticia lo que me había atraído; no significaba nada para mí. La fecha, sin embargo, me era tan familiar como mi nombre. El 3 de junio era mi cumpleaños; al cabo de una semana cumpliría veintitrés.

—¡Veintitrés! —dijo Diana, con cierto deleite, cuando se lo dije—. ¡Qué edad más gloriosa! Con la juventud todavía fresca en ti, como un amante que jadea; y con la cara del tiempo fisgando alrededor de la cortina.

Sabía hablar así, incluso a primera hora de la mañana; yo sólo bostecé. Pero luego dijo que había que celebrarlo, y entonces me animé un poco.

—¿Qué haremos que no hayamos hecho? —dijo—. ¿Dónde voy a llevarte…?

Al final, el lugar que eligió fue la ópera.

La idea me pareció horrible, aunque preferí no traslucirlo; aún no me había enfurruñado con ella, como más adelante haría. Y yo seguía siendo lo bastante niña como para que mi cumpleaños me encantara cuando por fin llegó; por supuesto, hubo regalos… y los regalos nunca perdieron su encanto.

Los recibí durante el desayuno, en los paquetes dorados. El primero era grande y contenía una capa: era una capa especial, y magnífica, para ir a la ópera, pero como la esperaba apenas la consideré un obsequio. El segundo paquete, sin embargo, resultó más maravilloso. Era pequeño y liviano: supe al instante que tenía que ser una pieza de joyería; quizás un par de gemelos, o un broche para mi fular, o un anillo. Dickie llevaba uno en el dedo meñique de la mano izquierda y yo lo había admirado muchas veces; sí, estaba segura de que sería un anillo como el de ella.

Pero no lo era. Era un reloj de plata, insertado en una correa delgada de cuero. Tenía dos agujas oscuras que indicaban los minutos y las horas, y una más veloz para los segundos. La esfera estaba recubierta de cristal; las agujas las movía la cuerda. Di vueltas al reloj en mis manos, y Diana sonreía entretanto.

—Es para la muñeca —dijo al fin.

La miré maravillada —en aquella época nadie llevaba relojes de pulsera, era de un exotismo prodigioso— y luego intenté sujetarme el reloj en el brazo. No lo conseguí, naturalmente: como con tantas otras cosas en Felicity Place, hacía falta una criada para hacerlo como se debía. Al final me lo puso Diana, y las dos nos quedamos mirando la esfera y la aguja de los segundos y escuchando el tictac. Dije:

—¡Diana, es lo más maravilloso que he visto en mi vida!

Ella se ruborizó y pareció complacida; era una perra, pero también era humana.

Más tarde, cuando María vino a visitarnos, le enseñé el reloj y ella asintió, sonriente, y acarició mi muñeca por debajo de la correa de cuero. Después se rió.

—¡Querida, no es esa hora! Tu reloj marca las siete, ¡y sólo son las cuatro y cuarto!

Miré al dial otra vez y fruncí el ceño, por la sorpresa. Yo sólo lo llevaba a modo de pulsera; no se me había ocurrido pensar que también sirviera para indicar la hora. Para dar gusto a María, moví las agujas hasta el 4 y el 3, pero no había la menor necesidad, por descontado, de que yo le diese cuerda.

El reloj fue el regalo más bonito; pero recibí otro de la propia María: un bastón de ébano, con una borla en el mango y una contera de plata. Iba muy bien con mi nueva ropa de ópera; de hecho, Diana y yo, aquella noche, formamos una pareja muy vistosa, pues ella llevaba un vestido blanco, negro y plata, a juego con mi traje. Lo había comprado en Worth's: pensé que debía de parecer que habíamos salido de las páginas de una revista de modas. Al caminar, me aseguré de mantener muy recto el brazo izquierdo para que el reloj se viera.

Cenamos en un reservado del Solferino. Cenamos con Dickie y María; ésta llevó a Satin, su galgo, y le daba exquisiteces de su plato. Informados de que era mi cumpleaños, los camareros daban vueltas a mi alrededor, ofreciéndome vino. «¿Cuántos cumple hoy su joven caballero?», le preguntaron a Diana, y por el modo

de preguntarlo supe que me creían más joven de lo que era. Supongo que quizás pensasen que Diana era mi madre; por diversas razones, la idea no era muy agradable. Un día, con todo, me había parado ante un limpiabotas mientras Diana y sus amigas se quedaban cerca para observarnos, y el hombre —al ver a Dickie y detectar bollerismo, al igual que lo detecta mucha gente normal, como una especie de parecido de familia— me preguntó si Dickie era mi tía que me llevaba a pasar el día fuera; y sólo por la cara que ella puso, valió la pena que el hombre me tomara por un colegial. Un par de veces, Dickie había intentado competir conmigo en cuestión de trajes. La noche de mi cumpleaños, por ejemplo, llevaba una camisa con gemelos y, encima de la falda, una esclavina de hombre. En la garganta, sin embargo, lucía una chorrera; yo jamás me habría puesto algo tan afeminado. Ella no lo sabía —¡le hubiera horrorizado enterarse!—, pero parecía, ni más ni menos, un mariquita viejo y cansino, de ésos a los que se ven a veces ligando con jovencitos en Piccadilly: llevaban tanto tiempo de chaperos que les llamaban *reinonas*.

Nuestra cena fue muy suculenta, y cuando acabamos de cenar Diana mandó a un camarero a buscar un coche. Ya he dicho que su plan no me parecía apetecible, pero aun así no pude por menos de emocionarme cuando nuestro cupé se sumó a la fila de carruajes que se balanceaban a la puerta de la Royal Opera, y nosotras —Diana, María, Dickie y yo— hicimos nuestra entrada entre el gentío de damas y caballeros agolpados en el vestíbulo. Yo no había estado nunca allí; nunca, a lo largo de un año en que había hecho de acompañante ocasional, había formado parte de un grupo de personas tan ricas y guapas; los hombres, al igual que yo, todos con sus capas y sombreros de seda, y todos con sus gafas; las mujeres enjoyadas con diamantes, y portando unos guantes tan altos y finos que se diría que habían tenido los brazos hundidos hasta aquel momento, hasta los sobacos, en bañeras de leche.

Permanecimos un momento apretujadas en el vestíbulo; Diana intercambiaba gestos de saludo con algunas mujeres a las que reconocía, María sujetaba a Satin contra su pecho para protegerlo de los tacones, las colas y el revuelo de capas. Dickie dijo que iba a buscarnos una bandeja de bebidas, y se marchó a buscarlas. Diana dijo: «Llévanos los abrigos, Neville, ¿quieres?», señalando a un mostrador donde dos hombres de uniforme recogían las capas. Se volvió para que yo pudiera quitarle el abrigo, María hizo lo propio y yo me abrí paso entre la gente acompañada por ambas, e hice un alto para desatar mi capa, pensando todo el tiempo únicamente en la hermosa reunión allí congregada, ¡y en lo bien que yo encajaba en ella!, y asegurándome de que los abrigos que llevaba no me cayeran encima de la muñeca y me deslustrasen el reloj de pulsera. Ante el mostrador había una cola, y mientras aguardaba miré, por hacer algo, a los hombres cuyo trabajo consistía en recoger las capas de los caballeros y entregarles un billete. Uno de ellos era flaco y con la cara cetrina: podría ser italiano. El otro era negro. Cuando por fin llegué al mostrador y él volvió la cara hacia las prendas que yo le tendía, vi que era Billy-Boy, mi antiguo camarada de tabaco en el teatro Britannia.

Al principio sólo me quedé mirándole; en realidad, creo que estaba pensando en la mejor manera de escabullirme antes de que me viese. Pero después, cuando él

tiró de los abrigos y vio que yo no los soltaba, alzó los ojos y supe que no me reconocía en absoluto, y que se preguntaba por qué yo dudaba; y aquello me dio una pena tremenda. Dije: «Bill», y él miró con mayor atención. Luego dijo: «¿Señor?»

Tragué saliva y repetí:

—Bill. ¿No te acuerdas de mí? —Inclinándome hacia él, bajé la voz—. Soy Nan —dije—, Nan Rey. Le cambió la cara. Dijo:

—¡Dios mío!

Detrás de mí, la cola era más larga; alguien gritó: «Pero ¿por qué no avanzan?» Bill me cogió por fin los abrigos, se apresuró a colgarlos de un gancho y me dio un billete. Se hizo un poco a un lado, dejando que su amigo trajinase un momento él solo con las capas. Yo también me aparté de los hombres que empujaban y los dos nos miramos de frente, por encima del mostrador, meneando la cabeza. Bill tenía la frente perlada de sudor. Su uniforme constaba de una chaqueta blanca y una pajarita barata, de color escarlata. Dijo:

—¡Cielo santo, Nan, qué susto me has dado! Pensé que eras alguien al que debo dinero. —Miró mis pantalones, mi chaqueta, mi pelo—. ¿Qué estás haciendo aquí, vestida de ese modo? —Se secó la frente y miró alrededor—. ¿Has venido con un agente? No actuarás en la función, ¿verdad, Nan?

Moví la cabeza y luego dije, en voz muy baja:

—No me llames «Nan» ahora, Bill. La cosa es… —La cosa era que no había pensado qué decirle. Titubeé, pero era imposible mentirle—. Bill, ahora vivo como un chico.

—¿Como un chico?

Lo dijo en voz alta, y a continuación se tapó la boca con la mano. Aun así, uno o dos de los hombres que gruñían en la cola giraron la cabeza. Me alejé un poco más de ellos y repetí:

—Ahora vivo como un chico con una mujer que se ocupa de mí…

Y al oír esto, por fin, pareció comprender mejor y asintió.

Detrás de él, al italiano se le cayó un sombrero, y su propietario le chistó.

—¿Me esperas? —dijo Bill, y acudió en ayuda de su amigo, cogiendo otro par de abrigos. Después se me acercó otra vez. El italiano tenía un semblante agrio.

Lancé una ojeada hacia Diana y María. El vestíbulo se había vaciado un poco; me estaban esperando. María había dejado a Satin en el suelo, y el perro le estaba arañando la falda. Diana se volvió para mirarme. Yo miré a Bill.

—¿Cómo estás tú? —le pregunté.

Pareció afligido, y levantó la mano: en ella había una alianza de casado.

—Bueno, ¡para empezar me he casado! —dijo.

—¿Casado? ¡Oh, Bill, cuánto me alegro! ¿Con quién? ¿Con Flora? ¿Te has casado con Flora, nuestra antigua ayudante?

El asintió; se había casado con ella.

—Trabajo aquí por ella —añadió—. Tiene un empleo a la vuelta de la esquina, un mes en el Old Mo. Flora sigue, ya sabes… —de repente le costaba explicarse—, ya sabes que sigue vistiéndole a Kitty…

Le miré de hito en hito. Hubo más murmullos en la cola, y más miradas agrias del italiano, y Bill se retiró de nuevo para ayudarle con las capas, los sombreros y los billetes. Yo levanté una mano hasta la cabeza y me pasé los dedos por el pelo, tratando de comprender lo que acababa de decirme. Se había casado con Flora y Flora seguía vistiendo a Kitty; y Kitty tenía un número en el Middlesex music-hall. Y este local estaba unas tres calles más lejos de donde yo estaba.

Y Kitty, por supuesto, se había casado con Walter.

¿Son felices?, quise preguntarle a Bill. *¿Habla de mí alguna vez? ¿Piensa en mí? ¿Me echa de menos?* Pero cuando él volvió, más agitado y con la frente más húmeda que antes, sólo le dije:

—¿Qué tal…, qué tal es su número, Bill?

—¿El número? —Respiró—. No tan bueno, me parece. No tan bueno como en los viejos tiempos…

Nos miramos. Le miré con atención y vi que había engordado un poco debajo de la barbilla, y que la piel en torno a sus ojos era algo más oscura que cuando le conocí. Entonces le llamó el italiano: «Bill, ¿puedes venir?» Y Bill me dijo que tenía que irse.

Asentí y le tendí la mano. Al estrecharla pareció que dudaba de nuevo. Luego dijo, muy deprisa:

—Sabrás que a todos nos entristeció mucho que te marcharas de sopetón de! Brit. —Me encogí de hombros—. Y Kitty —prosiguió—, bueno, Kitty fue la que más lo sintió. Puso anuncios con Walter en el *Era* y el *Ref*, semana tras semana. ¿No viste los anuncios?

—No, Bill, no los vi nunca.

Meneó la cabeza.

—¡Y aquí estás tú, vestida como un dandy! —Pero lanzó a mi traje una mirada dubitativa y añadió—: Seguro que te va bien, ¿verdad?

No le respondí. Me limité a mirar de nuevo a Diana. Ella ladeaba la cabeza para verme; a su lado estaban María, Satin y Dickie. Ésta sostenía la bandeja de bebidas y se había puesto el monóculo en el ojo. Dijo: «El vino se va a calentar, Diana», con un tonillo quisquilloso: la oí perfectamente, porque quedaba poca gente en el vestíbulo.

Diana volvió a escorar la cabeza:

—¿Qué está haciendo ese chico?

—¡Está hablando con el negro del guardarropa! —respondió María.

Noté que se me inflamaban las mejillas y me apresuré a mirar de nuevo a Bill. Su mirada había seguido la mía, pero la había atrapado un caballero que le tendía un abrigo, y Bill estaba levantando la prenda por encima del mostrador y ya se volvía con ella hacia la hilera de ganchos.

—Adiós, Bill —dije, y él asintió por encima del hombro y me esbozó una sonrisa triste de despedida. Retrocedí un paso…, pero entonces, a toda velocidad, volví al mostrador y le puse la mano en el brazo—. ¿Qué puesto ocupa Kitty en la cartelera del Mo?

—¿Puesto? —Lo pensó, mientras doblaba otro abrigo—. No estoy seguro.

Segunda parte, cerca del comienzo, a eso de las nueve y media…

Entonces se alzó la voz de María.

—¿Algún problema con la propina, Neville?

Sabía que si me entretenía más tiempo con Bill habría una escena horrible. Sin volver a mirarle, regresé al instante junto a Diana y dije que disculpase, que no pasaba nada. Pero cuando ella levantó una mano para alisarme el pelo que se me había despeinado, me azoré al notar los ojos de Bill en mí; y cuando Diana enlazó mi brazo con el suyo, y María pasó por detrás de mí para tomarme del otro brazo, sentí una especie de escalofrío en la espalda, como si me apuntara una pistola.

Apenas miré el teatro, que era magnificente y grandioso. No teníamos un palco —no había habido tiempo para reservarlo—, pero nuestras localidades eran muy buenas, en el centro de las primeras filas de butacas. Yo había retrasado a mi comitiva, y casi todas las butacas estaban ya ocupadas; tuvimos que pasar a trompicones por encima de veinte pares de piernas para llegar a nuestros asientos. Dickie derramó el vino. Satin lanzó una tarascada a una mujer con una piel de zorro alrededor del cuello. Diana, cuando por fin nos sentamos, frunció los labios, cohibida: no era en absoluto la clase de entrada que había planeado que hiciéramos.

Yo me senté, ajena a ella, ajena a todo aquello. Pensaba sólo en Kitty. En que ella seguía actuando en music-halls, acompañada de Walter. En que Bill la veía a diario; la vería más tarde, después de la función, cuando fuese a recoger a Flora. En que en aquel mismo momento en que se maquillaban los actores de la ópera que íbamos a ver, ella se maquillaba también, sentada en un camerino a tres calles de distancia.

Mientras pensaba todo esto apareció el director de orquesta y le aplaudieron; atenuaron las luces y los espectadores guardaron silencio. Miré al escenario con una especie de estupor, cuando arrancó la música y por fin levantaron el telón. Y me encogí cuando empezaron a cantar. La ópera era *Las bodas de Fígaro*.

Apenas recuerdo nada de la obra. Pensaba sólo en Kitty. El asiento me resultaba sumamente estrecho y duro, y me removía y retorcía en él, hasta que Diana se inclinó para susurrarme que debía estarme quieta. Pensé en todas las veces en que había vagado por la ciudad, temerosa de toparme con Kitty al doblar una esquina; pensé en el disfraz que había adoptado para evitarla. Eludir a Kitty, en efecto, se había convertido, en mis tiempos de chapero, en una segunda naturaleza para mí, por lo que había zonas enteras de Londres por las que, automáticamente, jamás pasaba, calles en las cuales no tenía que pararme a pensar antes de dar media vuelta para entrar en otra. Era como un hombre con una magulladura o un miembro roto que aprende a caminar entre la multitud de tal manera que nadie le roce la herida. Ahora, al saber que Kitty estaba tan cerca, era como si me sintiera impelida a apretar la moradura, a retorcer yo misma el miembro dolorido. Subió el volumen de la música y me empezó a doler la cabeza; mi asiento parecía más estrecho que nunca. Consulté mi reloj, pero las luces eran demasiado tenues para ver la hora; tuve que ladearlo para que su esfera captara el fulgor del escenario, y al hacerlo mi codo chocó con el de Diana, que suspiró de rabia y me miró furiosa.

El reloj marcaba las nueve menos cinco: ¡cuánto me alegré de haberle dado cuerda! La ópera estaba en ese punto ridículo en que la condesa y la criada han obligado a ponerse un vestido a la mujer que interpreta a un joven, y la han encerrado en un armario, y el canto y el alboroto alcanzan su pésimo paroxismo. Me volví hacia Diana.

—Diana —le dije—, no puedo soportarlo. Tendré que esperarte en el vestíbulo.

Ella extendió la mano para agarrarme del brazo, pero yo me zafé, me levanté y diciendo «¡Perdón! ¡Oh, perdone!» a cada dama que me chistaba y a cada caballero sobre cuyas piernas me apoyaba o cuyos pies pisaba, recorrí vacilante la fila y me encaminé hacia el acomodador y la puerta.

Fuera, el vestíbulo estaba maravillosamente silencioso después de toda la estridencia del escenario. En el guardarropa, el italiano estaba sentado leyendo un periódico. Cuando me acerqué, bufó.

—No está aquí —dijo cuando le pregunté por Bill—. No se queda cuando la función empieza. ¿Quiere su capa?

Le dije que no. Salí del teatro y me dirigí a Drury Lane, muy consciente de mi traje, el lustre de mis zapatos y la flor en el ojal. Al llegar al Middlesex, encontré fuera a un grupo de chicos consultando el programa y comentando los números. Atisbé por encima de sus hombros, buscando los nombres que quería ver, y un número concreto.

Walter Walters y Kitty, vi por fin: me conmocionó saber que Kitty había perdido su apellido Butler y que trabajaba con el antiguo nombre escénico de Walters. Tal como Bill me había dicho, estaban cerca del comienzo de la segunda parte, en el puesto catorce de la lista, después de una cantante y de un mago chino.

En la taquilla de dentro estaba sentada una chica con un vestido violeta. Fui a la ventanilla y señalé con un gesto la sala.

—¿Quién está actuando? —le pregunté—. ¿En qué número están?

Ella alzó la vista y al ver mi traje se rió con disimulo.

—Se ha perdido, querido —dijo—. La ópera está a la vuelta de la esquina.

Me mordí el labio y no dije nada, y a ella se le borró la sonrisa.

—Muy bien. Lord Alfred —dijo entonces—. Es el número doce, la Belle Baxter, cantante *cockney*.

Compré una entrada de seis peniques; ella hizo una mueca, por supuesto: «Creí que tendríamos que sacar la alfombra roja, como mínimo.» Lo cierto era que no me atrevía a aventurarme demasiado cerca del escenario. Me figuré que Billy-Boy habría ido al teatro y le habría dicho a Kitty que me había visto y cómo iba vestida. Recordé lo cerca que podía parecer el público cuando te aproximabas a las candilejas, y con mi abrigo y mi pajarita, naturalmente, ella no tardaría en verme. ¡Que horrible sería que Kitty me viese mientras yo la miraba, que tuviera los ojos clavados en mí al mismo tiempo que le cantaba a Walter!

Conque subí al gallinero. La escalera era estrecha; al doblar una esquina y encontrar a una pareja besuqueándose, tuve que sortearles pasando muy cerca de ellos. Me miraron el traje como la taquillera había hecho y, lo mismo que ella,

soltaron una risa ahogada. Oía a través del muro el estruendo de la orquesta. Al llegar a la puerta que había en la cima de la escalera, el ruido sonó más alto y el corazón pareció que me latía contra al pecho al compás de los instrumentos. Di un traspié, casi, cuando por fin entré en el gallinero, en la media luz grosera, el calor, el humo y el hedor del público vociferante.

En el escenario, una chica con un vestido color llama se subía la falda a tirones para mostrar sus medias. La oí terminar una canción mientras me agarraba a una columna para no perder el equilibrio, y luego empezó otra. El público, al parecer, se la sabía. Hubo aplausos y silbidos, y antes de que hubieran amainado recorrí el pasillo hacia un asiento vacío. Resultó que estaba en el extremo de una fila de chicos: fue una mala elección, ya que, por supuesto, al verme con la flor y mi traje de ópera se dieron codazos y empezaron a reírse. Uno estornudó contra la palma de su mano, pero el estornudo sonó como «¡*Litri*!». Aparté la cara de ellos y centré mi atención en el escenario. Al cabo de un rato saqué un cigarrillo y lo prendí. La mano me temblaba al encender la cerilla.

La cantante, por fin, terminó su actuación. Hubo aplausos, seguidos de una breve pausa punteada de gritos, de arrastrar de pies y de susurros, basta que la orquesta atacó la introducción del número siguiente: el tintineo de una melodía china, lo que impulsó a un chico de la fila a levantarse y gritar: «¡Camelo!» El telón se alzó y apareció un mago y una chica, y un armario lacado de negro, no muy diferente del que había en el dormitorio de Diana. El mago chasqueó los dedos y hubo un fogonazo, un estallido y una vaharada de humo púrpura; ante lo cual, los chicos se llevaron los dedos a los labios y silbaron.

Yo había visto —o creía haber visto— miles de números parecidos, y presencié aquél con el cigarrillo bien prensado entre los labios, cada vez más mareada e insegura. Me acordé de cuando me sentaba en el palco del Canterbury Palace, con el corazón palpitante y los guantes con lazos: parecía una época inconmensurablemente lejana y extraña. Pero, al igual que hacía entonces, me aferré al terciopelo pringoso del asiento y miré al lindero donde, con un vislumbre de cuerda colgante y de tablones polvorientos, el escenario daba paso a los bastidores, y pensé en Kitty. Ella estaba allí, en alguna parte, justo detrás del borde del telón, enderezándose, quizás, la vestimenta que llevara; charlando quizás con Walter o con Flora; quizás con expresión de asombro, porque Billy-Boy le habría hablado de mí, quizás sonriendo o llorando o diciendo sólo, con voz suave: «¡Figúrate!», para olvidarme luego…

Pensaba todo esto mientras el mago ejecutaba su último truco. Hubo otro fogonazo y más humo: éste llegó hasta el gallinero y todo el mundo tosió, pero eran toses alegres. Cayó el telón, hubo otra pausa mientras cambiaban el número, y luego un temblor azul, blanco y ámbar cuando el luminotécnico cambió el filtro de su foco. Yo había terminado un pitillo y saqué otro. Como esta vez me vieron hacer esto los chicos de mi fila, les ofrecí tabaco y todos se sirvieron. «Muy generoso.» Pensé en Diana. ¿Y si la ópera había acabado y me esperaba, maldiciendo, golpeándose el muslo con el programa? ¿Y si volvía a Felicity Place sin mí?

Pero entonces sonó la música y el crujido del telón. Miré al escenario… y allí

estaba Walter.

Parecía muy ancho, más de lo que yo le recordaba. Tal vez hubiese engordado; tal vez llevase un traje un poco acolchado. Se había peinado los bigotes de tal modo que sobresalían de una forma cómica. Vestía pantalones de cuadros y una chaqueta de terciopelo verde; en la cabeza llevaba una gorra y en el bolsillo una pipa. Detrás de él había una tela con un dibujo que representaba una sala. Al lado de Walter había una butaca en la que se apoyó mientras cantaba. Estaba solo. Nunca le había visto vestido con ropa de teatro y maquillado. Era tan distinto de la figura que yo seguía viendo a veces en mis sueños —la figura con la camisa desabrochada, la barba humedecida, la mano sobre Kitty—, que fruncí el ceño al observarle; mi corazón apenas había reaccionado cuando apareció en el escenario.

Tenía una voz de barítono bajo, nada desagradable; había habido una salva de aplausos cuando apareció en escena y hubo otra de palmas satisfechas y unas cuantas ovaciones. Su canción, sin embargo, era algo extraña: hablaba de un hijo que había perdido y que se llamaba «Pequeño Jackie». Cada estrofa de versos terminaba con el mismo estribillo; era algo como: «Oh, pero ¿dónde, dónde estará ahora el Pequeño Jackie?» Me pareció raro que cantase aquella canción solo. ¿Dónde estaba Kitty? Di una calada profunda. No veía cómo encajaría ella en aquel número, con un sombrero de seda, una pajarita y una flor…

De repente empezó a formarse en mi mente una idea terrible. Walter había sacado un pañuelo del bolsillo y con él se estaba enjugando los ojos. Su voz se elevó sobre el coro consabido, y al que no pocos espectadores se unieron: «Oh, pero ¿dónde, dónde estará ahora el Pequeño Jackie?» Me removí en mi asiento. Pensé: ¡Que no sea eso! ¡No, por favor, que el número no sea eso!

Pero era. Cuando Walter entonó su quejumbrosa pregunta, una voz aflautada respondió desde bastidores: «¡Aquí está, padre, tu pequeño Jackie! ¡Aquí!» Salió corriendo al escenario una figura que le tomaba la mano y se la besaba. Era Kitty. Vestía un traje de marinero; una blusa blanca holgada con una faja azul, bombachos blancos, medias y zapatos sin tacón marrones: y llevaba a la espalda un sombrero de paja colgado de una cinta. Tenía el pelo bastante largo y peinado con rizos. La orquesta atacó otra melodía y Kitty unió su voz con la de Walter en un dueto.

El público la aplaudió, sonriente. Ella dio un brinco, Walter se agachó y le ofreció una flor, y le gente se rió. Le gustaba esta escena. Le gustaba ver a Kitty —a mi encantadora, pícara y arrogante Kitty— jugar como un niño con su marido, con medias hasta la rodilla. Los espectadores no me veían ruborizarme y retorcerme; no habrían sabido por qué lo hacía; yo tampoco lo sabía bien: tan sólo me sentía presa de una horrorosa vergüenza. No me habría sentido peor si la hubieran abucheado o arrojado huevos. ¡Les gustaba Kitty!

La miré con mayor atención. Entonces me acordé de mis prismáticos, los saqué del bolsillo y me los apliqué a los ojos, y la vi delante, tan cerca como en un sueño. Su pelo, aunque más largo, seguía siendo de color avellana. Tenía las pestañas tan largas como antaño, y seguía estando delgada como un sauce. Se había recubierto con cosmético sus pecas encantadoras, y en lugar de ellas había unas pocas manchas

cómicas, pero a mí —que tantas veces había recorrido con los dedos los contornos de las pecas— me pareció que podía reconocer la forma que tenían por debajo de los polvos. Conservaba los labios carnosos, que brillaban mientras ella cantaba. Levantó la boca y depositó un beso, entre verso y verso, en los bigotes de Walter…

Al ver esto dejé caer los prismáticos. Vi que los chicos de la fila los miraban con envidia y se los pasé; creo que al final fueron a parar a una chica de la galería. Cuando volví a mirar al escenario, Kitty y Walter me parecieron muy pequeños. Él se había sentado en una silla y había acercado a Kitty para que se sentara sobre su rodilla; ella tenía las manos cruzadas sobre el pecho y columpiaba los pies calzados con zapatos sin suelas, de chico. Pero no pude aguantar más. Me levanté. Los chicos me gritaron algo; no entendí lo que dijeron. Recorrí dando tumbos el pasillo oscuro y encontré la salida.

En la Royal Opera, los cantantes seguían aullando en escena y las trompas retumbaban todavía. Pero yo lo oí desde la puerta; no me atreví a abrirme camino por las butacas hasta la de Diana para encarar su expresión de desagrado. Entregué el billete al italiano del guardarropa y me senté en una silla de terciopelo del vestíbulo a observar la calle que se iba llenando de cupés a la espera de sus pasajeros, de floristas, de furcias y de chaperos.

Finalmente se oyeron los gritos de «¡*Bravo*!» y las ovaciones a la soprano. Abrieron las puertas de par en par, el vestíbulo se llenó de gente que charlaba y al poco tiempo aparecieron Diana, María, Dickie y el perro, me vieron esperando y se acercaron a bostezar, reñirme y preguntarme qué había pasado. Dije que había vomitado en los urinarios de caballeros. Diana me tocó la mejilla.

—Las emociones del día han podido contigo —dijo.

Pero lo dijo con bastante frialdad, y guardamos silencio durante el largo trayecto de regreso a Felicity Place. Cuando hubimos entrado y Mrs. Hooper pasó el cerrojo de la puerta grande de la calle, acompañé a Diana hasta su dormitorio, pero al llegar allí pasé de largo hacia el mío, y ella, al verme, me agarró del brazo:

—¿Adónde vas? —dijo.

Liberé el brazo.

—Diana —dije—. Me siento muy mal. Déjame sola. Ella me agarró otra vez.

—Te sientes muy mal —dijo, con desdén en la voz—. ¿Crees que me importa cómo puedas sentirte? Entra ahora mismo en mi dormitorio, pequeña puerca, y desvístete.

Yo titubeé, y después dije:

—No, Diana. Se me acercó.

—¿Qué?

Los ricos tienen una manera muy suya de decir ¿Qué?; la palabra es afilada y tiene punta, sale de su boca como una daga de su funda. Así lo dijo Diana en aquel pasillo poco iluminado. Sentí que me perforaba y me hizo flaquear. Tragué saliva.

—No, Diana —dije. No fue más que un susurro, pero cuando ella lo oyó me agarró de la camisa y me zarandeó. Dije—: ¡Suéltame, me haces daño! ¡Suéltame,

suelta! ¡Diana, vas a romperme la camisa!

—¿Cuál? ¿Esta camisa? —respondió y, diciendo esto, metió los dedos por debajo de los botones y tiró de la tela hasta desgarrarla y hasta que mis pechos emergieron desnudos. Luego agarró la chaqueta y también me la arrancó, jadeando sin parar y con los miembros pegados a los míos. Trastabillé, me apoyé en la pared y me tapé la cara con el brazo: pensé que iba a golpearme. Pero cuando volví a mirarla, vi que tenía las facciones lívidas, pero no de cólera, sino de lujuria. Me cogió la mano y me puso los dedos en el cuello de su vestido y, desdichada de mí, cuando comprendí lo que ella quería que hiciera, sentí que la respiración se me aceleraba y que el coño me brincaba. Tiré del encaje y oí que unas costuras se rasgaban; este sonido obró en mí como la punta de un látigo que chasquea contra la grupa de un caballo. Le desgarré el vestido negro y blanco y plata que había comprado en Worth`s a juego con mi traje, y cuando estuvo destrozado y pisado en la alfombra, me hizo arrodillarme sobre él y follarla hasta que se corrió y volvió a correrse.

Después, de todos modos, me mandó a mi cuarto.

Tumbada en la oscuridad, temblando, me tapé la boca con las manos para no llorar. Sobre la mesilla al lado de mi cama, reluciente donde le alcanzaba la luz de las estrellas, estaba mi regalo de cumpleaños, el reloj de pulsera. Lo cogí y lo noté frío entre mis dedos; pero al pegarlo contra la oreja me estremecí… porque lo único que decía era: *Kitty*, *Kitty*, *Kitty*…

Entonces lo solté y me puse la almohada contra los oídos para ahogar aquel sonido. No iba a llorar. ¡No lloraría! Ni siquiera pensaría. Me sometería para siempre a la rutina despiadada e intemporal de Felicity Place.

Eso pensé entonces; pero mis días allí estaban contados. Y las agujas de mi elegante reloj los iban dejando atrás.

Capítulo 14

A la mañana siguiente del día de mi cumpleaños dormí hasta tarde; y cuando desperté y toqué el timbre para que Blake me trajera el café, descubrí que Diana había salido mientras yo dormía.

—¿Salido? —dije—. ¿Adónde? ¿Con quién?

Blake hizo una reverencia y dijo que no lo sabía. Me incorporé, recostada en la almohada, y cogí la taza de su mano.

—¿Cómo iba vestida? —pregunté.

—Llevaba el traje verde, señorita, y también su bolso.

—Su bolso. Entonces quizás haya ido al Club Cavendish. ¿No ha ido dicho que iba a su club? ¿No ha dicho cuándo volvería?

—Por favor, señorita, no ha dicho nada. A mí nunca me dice nada. Debería preguntárselo a Mrs. Hooper…

Debería, pero Mrs. Hooper tenía una manera de mirarme cuando yo estaba en la cama que no me gustaba un pelo. Dije:

—No, da igual.

Luego suspiré, mientras Blake se agachaba para limpiar la chimenea y preparar un fuego. Pensé en los ásperos besos de Diana la noche anterior; en cómo me había excitado y me había asqueado porque mi corazón seguía suspirando por Kitty. Gemí; cuando Blake alzó la vista dije, con una especie de desgana:

—¿No te cansas, Blake, de servir a Mrs. Lethaby?

La pregunta le coloreó de rosa las mejillas. Volvió la mirada a la chimenea y dijo:

—Me cansaría igual de cualquier ama, señorita.

Respondí que me lo imaginaba. Después, como era una novedad hablar con ella, y como Diana se había ido sin despertarme y yo estaba picajosa y aburrida, dije:

—¿Así que no crees que Mrs. Lethaby sea un ama dura?

Ella volvió a sonrojarse.

—Todas lo son, señorita. Si no, ¿cómo serían amas?

—Bueno, pero… ¿te gusta esto? ¿Te gusta ser criada en esta casa?

—Tengo una habitación para mí sola, que es más de lo que tiene la mayoría de las sirvientas. Además —se levantó y se limpió las manos en el delantal—, Mrs. Lethaby paga un sueldo decente.

Pensé en que traía el café todas las mañanas, y todas las noches llegaba con jarras de agua para las palanganas. Dije:

—No me tomes por una maleducada, pero… ¿cómo te lo gastas?

—¡Lo estoy ahorrando, señorita! —dijo—. Quiero emigrar. Mi amiga dice que

en las colonias una chica puede poner una pensión con veinte libras, y tener criadas propias.

—¿Ah, sí? —Ella asintió—. ¿Y te gustaría tener una pensión?

—¡Oh, sí! Siempre necesitan pensiones en las colonias para la gente que va a vivir allí.

—Bueno, eso es verdad. ¿Y cuánto has ahorrado?

Se ruborizó de nuevo.

—Siete libras, señorita.

Asentí. Luego pensé y dije:

—¡Pero en las colonias, Blake! ¿Aguantarías el viaje? Tendrías que vivir en un barco, ¿y si hubiese tormentas? Ella recogió el cubo de carbones.

—¡Oh, no me importaría, señorita!

Me reí, y ella también. Nunca habíamos hablado con tanta libertad. Me había acostumbrado a llamarla sólo «Blake», como hacía Diana; me había acostumbrado a sus reverencias y a que me viese como estaba en aquel momento: con los ojos y la boca hinchados, desnuda en la cama con la sábana hasta el pecho y las marcas de los besos de Diana en la garganta. Me había habituado a no mirarla, a no verla en absoluto. Mientras se reía, me sorprendí mirándola por fin, sus mejillas rosas y sus pestañas, que eran morenas, y pensando: *¡Oh!*, pues en verdad era bastante guapa.

Y, mientras pensaba esto, resurgió la cohibición entre nosotras. Levantó un poco más arriba el cubo y luego vino a recoger la bandeja y me preguntó:

—¿Quiere que haga alguna cosa más?

Respondí que me gustaría que me preparase un baño, y ella asintió con una reverencia.

Y cuando estaba sumergida en el baño oí el portazo en la puerta de la calle. Era Diana. Subió a verme. Había estado en el Cavendish, pero sólo para llevar una carta que tenía que firmar otra señora.

—No he querido despertarte —dijo, hundiendo la mano en el agua.

Me olvidé de Blake y de lo guapa que era.

Olvidé a Blake, de hecho, durante un mes o más. Diana organizaba cenas y yo posaba y lucía trajes; visitábamos el club y la casa de María en Hampstead. Todo discurría como de costumbre. Yo estaba a veces de mal humor, pero al igual que la noche de la función de ópera, ella encontraba maneras de sacar un provecho lascivo de mi talante hosco; al final, yo no sabía bien si estaba enfadada de verdad o si sólo fingía estarlo para despertar su deseo sexual. En un par de ocasiones deseé que ella me enfureciera; descubrí que follarla con ira podía ser, en el momento adecuado, más excitante que follarla con ternura.

En cualquier caso, proseguimos como estábamos. Más tarde, una noche tuvimos una pelea por culpa de un traje. Estábamos vistiéndonos pata cenar en casa de María y yo no quise ponerme la ropa que ella me había elegido. «Muy bien», dijo. «¡Puedes ponerte lo que te plazca!» Subió a su coche y se fue a Hampstead sola. Yo lancé una taza contra la pared y luego llamé a Blake para que la limpiara. Y cuando

se presentó, recordé lo grato que había sido conversar con ella; la hice sentarse a mi lado y le pedí que me dijera algo más de sus planes.

Y a partir de entonces venía a pasar un par de minutos conmigo cada vez que Diana estaba ausente; y Blake se volvió más desenvuelta conmigo y yo más libre con ella. Y por fin le dije:

—Caray, Blake, me vacías el orinal desde hace más de un año ¡y ni siquiera sé cómo te llamas!

Ella sonrió, y de nuevo estaba guapa. Su nombre de pila era Zena.

Se llamaba Zena y su historia era triste. Me la contó una mañana de otoño de aquel año, cuando yo estaba acostada en la cama de Diana y ella vino, como de costumbre, a traerme el desayuno y a ocuparse del fuego. Diana había madrugado y había salido. Al despertar vi a Zena arrodillada ante la lumbre, depositando carbones sin el menor ruido para no despertarme. Me moví debajo de las sábanas, más perezosa que un oso. Mi breva —a su manera inteligente— seguía muy resbalosa, de la pasión de la víspera.

La observé desde la cama. Zena levantó una mano para rascarse la frente, y al retirarla dejó una mancha de hollín en ella. Su cara, en contraste con la marca, parecía muy pálida y pachucha. Dije: «Zena», y ella se sobresaltó: «¿Sí, señorita?»

Vacilé; después repetí «Zena», y añadí:

—Perdona que te pregunte algo, pero no se me quita de la cabeza. Diana me dijo una vez…, en fin, que habías salido de la cárcel. ¿Es verdad?

Se volvió de nuevo hacia la chimenea y continuó apilando carbones sobre el fuego, pero vi que las orejas se le ponían rojas como la grana.

—Se llama reformatorio —dijo—. No es una cárcel.

—Pues un reformatorio. Pero es verdad que estuviste en uno. —Ella no respondió—. A mí no me importa —me apresuré a añadir.

Sacudió la cabeza y dijo:

—No, a mi no me importa, ahora…

Si una cosa así, con aquel tono, se la hubiera dicho a Diana, creo que ésta la habría abofeteado. De hecho, Zena me miró un poco asustada, pero entonces yo hice una mueca.

—Perdona —dije—. ¿Te parezco muy grosera? Es sólo…, bueno, es lo que Diana dijo de que te habían tenido allí encerrada. ¿Es verdad lo que dijo? ¿O es una de sus historias? ¿Es cierto que te metieron allí porque… besaste a una chica?

Ella dejó caer las manos sobre el regazo y luego se sentó sobre los talones y miró a la parrilla sin llama. Volvió la cara hacia mí y emitió un suspiro.

—Estuve un año en el reformatorio —dijo—, cuando tenía diecisiete años. Era un sitio cruel, supongo, aunque no tan duro como otras cárceles de las que he oído hablar; la directora es una señora a la que Mrs. Lethaby conoce del club, y por eso me contrató. Me mandaron al reformatorio debido al testimonio de una chica que era amiga mía en una casa de Kentish Town. Las dos servíamos allí.

—¿Eras sirvienta antes de venir aquí?

—Me pusieron a servir de fregona cuando tenía diez años: mi padre era muy pobre. Limpiaba en una casa de Paddington. A los catorce fui a la casa de Kentish Town. Era, en conjunto, un sitio mejor. Yo era ya doncella, y allí me hice íntima de otra chica que se llamaba Agnes. Ella tenía un novio y lo dejó por mí, señorita. Tan íntimas éramos…

Se miró con gran tristeza las manos en el regazo, y en la habitación reinó el silencio, y a mí me embargó la pena. Dije:

—¿Y fue Agnes la que contó la historia por la que te mandaron al reformatorio?

Ella movió la cabeza.

—¡Oh, no! Lo que ocurrió fue que la señora despidió a Agnes porque Agnes no le gustaba. Se fue a una casa en Dulwich, que, como usted sabrá, está muy lejos de Kentish, pero no tanto como para que no pudiéramos vernos los domingos, y nos enviábamos notitas y paquetes por correo. Pero entonces…, bueno, llegó otra chica. No era tan maja como Agnes, pero me cogió mucho cariño. Creo que era un poco corta de sesera, señorita. Fisgaba en mis cosas y, por supuesto, encontró mis cartas y todo lo demás. ¡Quiso que la besara! Y cuando por fin le dije que no, porque amaba a Agnes…, fue a ver a la señora y le dijo que yo la había obligado a besarme, y que la había tocado de una forma especial. ¡Y había sido ella, ella y nadie más…! Y como la señora no sabía si creerla o no, la chica fue a coger mi cajita de cartas y se las enseñó.

—¡Oh! —dije—. ¡Qué guarra!

Zena asintió.

—Eso es lo que era, desde luego; sólo que no me gustaba decir esa palabra.

—¿Y fue la señora, entonces, la que te envió al reformatorio?

—Sí, acusada de toqueteos y corrupción. Y se aseguró, además, de que a Agnes la echaran de su trabajo, y también la habrían mandado a la cárcel conmigo…, pero se encariñó otra vez de un muchacho muy listo. Y ahora está casada con él y he oído que la trata a baqueta.

Meneó la cabeza, y yo la imité. Dije:

—Bueno, ¡está visto que algunas mujeres te jugaron una buena trastada!

—¿Verdad que sí? Le guiñé un ojo.

—Ven aquí. Vamos a fumarnos un pitillo.

Ella se acercó a la cama y yo encontré dos cigarrillos; durante un rato fumamos en silencio, de cuando en cuando suspirando, chistando y meneando la cabeza.

Al final vi que me miraba con expresión pensativa. Al mirarle a los ojos, se sonrojó y miró a otro lado. Dije:

—¿Qué te pasa?

—Nada, señorita.

—No, te pasa algo —dije, sonriendo—. ¿Qué estás pensando?

Dio otra calada, fumando como se ve fumar en la calle a hombres rudos, con los dedos cerrados alrededor del pitillo y la punta ardiendo, a punto de chamuscarle la palma. Luego dijo:

—Bueno, pensará que soy más atrevida de lo que debería.

—¿Tú crees?

—Sí. Pero tengo unas ganas tremendas de saberlo, desde la primera vez que la vi. —Respiró—. Trabajaba en music-halls, ¿no? Actuaba con Kitty Butler, y se hacía llamar Nan Rey a secas. ¡Qué sorpresa me llevé la primera vez que la vi! Nunca había servido a ninguna famosa.

Examiné la punta de mi cigarrillo y no le contesté. Sus palabras me habían producido un sobresalto; no eran en absoluto lo que yo había previsto. Dije, con un asomo de risa:

—Bueno, ya ves. Ahora no soy famosa. De aquello hace ya mucho tiempo.

—No tanto —dijo ella—. Recuerdo que la vi en Camden Town, y otra vez en el Peckham Palace. Yo estaba con Agnes… ¡Cómo nos reímos! —La voz se le apagó un poco—. Fue justo después cuando empezaron mis problemas…

Yo me acordaba muy bien del Peckham Palace, pues Kitty y yo sólo habíamos actuado allí una vez. Fue el diciembre anterior a nuestro estreno en el Brit, de modo que cerca del comienzo de mis propios problemas. Dije:

—Pensar que tú estabas allí sentada, con Agnes a tu lado, y yo en el escenario, con Kitty Butler…

Debió de captar algo en mi voz, porque levantó la mirada hacia la mía y dijo:

—¿Y ya no ve nunca a Miss Butler…?

Yo moví la cabeza y ella adoptó una expresión cómplice.

—Bueno —dijo—, ¡ya es algo haber sido una estrella de la escena!

Suspiré.

—Supongo que sí. Pero… —yo había pensado en otra cosa— que Mrs. Lethaby no te oiga decir eso. A ella, bueno, no le gusta nada el music-hall.

Zena asintió.

—Ya me figuro.

Entonces dio la hora el reloj que había encima de la chimenea y ella se levantó, aplastó la colilla y agitó la mano delante de la boca para disipar el olor del humo.

—¡Dios santo, míreme! —exclamó—. Me va a matar Mrs. Hooper.

Cogió mi taza de café, recogió la bandeja y fue a buscar el cubo de carbones. Después se volvió y se puso colorada de nuevo. Dijo:

—¿Alguna cosa más, señorita?

Nos miramos por espacio de un par de latidos. Ella tenía aún la mancha de carbón en la frente. Yo me moví debajo de las sábanas y noté otra vez aquel punto resbaladizo entre mis muslos; sólo que ahora estaba más húmedo que nunca. Había estado follando a Diana casi todas las noches desde hacía un año. Follar se había convertido para mí en algo como estrechar una mano; podías hacerlo, como una cortesía, con cualquiera. Pero si la hubiese llamado a la cama, ¿Zena me habría dejado besarla?

No lo sé. No la llamé. Sólo dije:

—Gracias, Zena; nada más, por ahora.

Ella recogió el cubo y se fue.

Yo tenía todavía mis remilgos en estas cuestiones.

Y sabía que Diana se habría enfurecido.

He dicho ya que esto ocurrió en el otoño de aquel año. Recuerdo muy bien aquella época, y los dos o tres meses siguientes, porque fueron muy agitados: era como si mi estancia con Diana estuviese adquiriendo una especie de intensidad febril, como dicen que les pasa a algunos enfermos, a medida que se aproximaba a su fin. María, por ejemplo, dio una fiesta en su casa. Dickie organizó otra en un barco: lo alquiló para que nos llevara desde Charing Cross a Richmond, y bailamos hasta las cuatro de la mañana, amenizadas por una orquesta cuyos miembros eran todos chicas. La Navidad la pasamos en Kettner's, comiendo ganso en un reservado: el Año Nuevo lo celebramos en el Cavendish: en nuestra mesa reinaba un ambiente tan ruidoso y procaz que Miss Bruce se nos acercó de nuevo para quejarse de nuestros modales.

Y en enero llegó el cuarenta cumpleaños de Diana, y la convencieron de que lo celebrara con un baile de disfraces en su propia casa de Felicity Place.

Lo llamamos baile, pero en realidad no fue tan grandioso. En cuanto a la música sólo hubo una mujer al piano; y en cuanto al baile —en el comedor, con la alfombra enrollada—, fue bastante modoso. Nadie, sin embargo, acudió por el gusto de bailar un vals. Vinieron a causa de la reputación de Diana y de la mía. Vinieron por el vino, la comida y los cigarrillos de filtro rosa. Vinieron por el escándalo.

Y se quedaron maravilladas.

Para empezar, decoramos la casa a lo grande. Colgamos terciopelos de las paredes y lentejuelas de los techos; apagamos todas las lámparas e iluminamos las habitaciones nada más que con velas. Despejamos de muebles el salón y dejamos sólo la alfombra turca, sobre la cual colocamos almohadones. Sembramos de rosas el vestíbulo de mármol; las pusimos también sobre el fuego, para que humearan; al final de la noche su fragancia mareaba. Hubo champán, brandy y vino con especias: Diana hizo que lo calentaran en un bol de cobre colocado sobre un quemador de alcohol. Encargó al Solferino toda la comida. Le prepararon un asado frío al estilo romano, ganso relleno de pavo relleno de pollo relleno de codorniz; creo que la codorniz tenía una trufa dentro. También había ostras, dispuestas encima de la mesa en un tonel que decía *Whitstable*; sin embargo, una dama que no estaba acostumbrada al manejo de las conchas trató de abrir una con un cortapuros. La hoja resbaló y se cortó el dedo casi hasta el hueso; y después de que hubo sangrado sobre el hielo, nadie mostró interés por las ostras. Diana mandó que las retirasen.

La mitad del Club Cavendish asistió a la fiesta y, además de las socias, otras mujeres, francesas y alemanas y hasta una de Capri. Era como si Diana hubiese enviado una invitación a todos los círculos pudientes del mundo, aunque, por supuesto, la tarjeta rezaba: *Sólo sáficas*. Éste era el primer requisito; el segundo exigía, como he dicho, que acudieran disfrazadas.

El resultado fue desigual. Muchas damas estimaron que la velada era una oportunidad de dejar por fin sus casacas de montar en casa y ponerse pantalones. Dickie fue una de ellas: vino vestida con un frac y un ramito de lilas en la solapa, y dijo que era «Dorian Gray». Hubo atuendos, no obstante, más espléndidos. María Jex

se embadurnó la cara y se puso bigotes, y vino vestida con una túnica de pachá turco. Evelyn, la amiga de Diana, llegó disfrazada de María Antonieta, aunque más tarde apareció otra y después una tercera. Lo cual, de hecho, constituyó uno de los aprietos de la velada: conté cinco Safos completas y distintas, todas con su lira; y había seis Ladies de Llangollen[2]; yo ni siquiera había oído hablar de estas mujeres antes de conocer a Diana. Por otra parte, las que fueron más audaces en su indumentaria corrieron el riesgo de que nadie las reconociese. «¡Soy la reina Ana!», le oí decir a una, muy enfadada, cuando María no logró identificarla, pero cuando ésta abordó con este mismo título a otra que portaba una corona, la dama se ofendió aún más. Resultó que era la reina Cristina de Suecia.

Diana, por su parte, estuvo más guapa que nunca aquella noche. Se vistió como su tocaya griega, con una túnica y sandalias que mostraban el dedo largo del pie, y con el pelo recogido hacia arriba y una media luna prendida en él; y encima del hombro llevaba un carcaj con flechas y un arco. Afirmó que las flechas eran para lanzárselas a caballeros, aunque más tarde le oí decir que eran para perforar corazones de jovencitas.

Yo mantuve en secreto mi disfraz y no se lo quise enseñar a nadie; mi plan consistía en exhibirme cuando todas las invitadas hubiesen llegado, y en rendir homenaje a mi ama. No era un atavío muy picante, pero me pareció inteligentísimo, porque tenía relación con el regalo que le había comprado a Diana para su cumpleaños. El año anterior le había suplicado que me diese el dinero para comprarle un regalo, y le compré un broche. Creo que le gustó bastante. Este año, sin embargo, creí que me había superado. Le había comprado, por correo y en secreto, un busto de mármol del paje romano Antinus. Había leído su historia en un periódico del Cavendish, y al leerla había sonreído porque —aparte, desde luego, del detalle de que Antinus fuese tan desdichado que al final se había arrojado al río Nilo— pensé que se parecía a la mía. Le había entregado el busto a Diana durante el desayuno, y ella lo había adorado al instante y lo había colocado sobre un pedestal en el salón. «¡Quién hubiera dicho que el chico fuera tan listo!», dijo un rato más tarde. «María, se lo has escogido tú, ¿verdad?» Mientras todas las damas estaban congregadas en la fiesta de abajo, yo permanecí en el dormitorio, temblando ante el espejo y vistiéndome de Antinus. Tenía una toga minúscula que me llegaba a las rodillas, ceñida por un cinturón romano: lo que ellos llamaban un cíngulo. Me había empolvado las mejillas para que parecieran lánguidas, y me había sombreado los ojos. Me cubrí el pelo por completo con una peluca de azabache que se me rizaba a la altura de los hombros. En el cuello me puse una guirnalda de flores de loto; puedo asegurarles que estas flores habían sido lo más difícil de encontrar en Londres en el mes de enero.

Tenía otra guirnalda para dársela a Diana; me la puse también alrededor del cuello. Luego fui a la puerta, escuché y, cuando me pareció el momento oportuno,

[2] Llamaban Ladies de Llangollen a la pareja formada por la escritora Eleanor Butler (1739-1829) y su compañera, durante más de cincuenta años, Sarah Ponsonby (1755-1831). (N. del T.)

corrí al ropero de Diana y saqué una capa suya, me envolví con ella y alcé la capucha. Y entonces bajé al salón.

En el vestíbulo encontré a María.

—¡Nancy, chico querido! —exclamó. Tenía los labios muy rojos y húmedos donde se veían, por la rendija de sus bigotes de pachá—. Diana me ha mandado a buscarte. ¡El salón está repleto de mujeres jadeantes por echar un vistazo a tu *pose plastique*!

Sonreí —un público concurrido era precisamente lo que yo quería— y le dejé que me condujera a la sala, todavía con la capa puesta, y que me escondiese en el nicho que había detrás de la cortina de terciopelo. Después, en cuanto me quité la capa y adopté una pose, la avisé con un murmullo y ella tiró del cordón con borla, descorrió la cortina y me expuso a las miradas. Según caminaba entre las invitadas todas se callaban con un aire cómplice, y Diana, que estaba justo donde a mí me habría gustado que estuviera, junto al busto de Antinus en su pedestal, arqueó una ceja. Las mujeres suspiraban y murmuraban al verme con mi toga y mi cíngulo.

Les concedí un momento y luego me encaminé hacia Diana, me levanté del cuello la guirnalda sobrante y se la puse en el suyo. A continuación me arrodillé, le cogí la mano y se la besé. Ella sonrió; las mujeres cuchichearon otra vez y después, encantadas, empezaron a aplaudir. María se acercó a mí y tocó con la mano el dobladillo de mi toga.

—Esta noche estás hecha una joyita, Nancy, ¿verdad, Diana? ¡Cómo te admiraría mi marido! ¡Pareces un dibujo de una antología de maricones!

Diana se rió y dijo que así era. Extendió la mano, sus dedos me tocaron la barbilla y me besó… tan fuerte, que sentí sus dientes sobre la carne blanda de mis labios.

Entonces sonó la música en el cuarto que había al fondo del salón. María me trajo una copa del vino caliente y especiado y, para acompañarla, un cigarrillo de la pitillera especial de Diana. Una de las María Antonietas se abrió camino entre las invitadas para cogerme la mano y besarla.

—*Enchantée* —dijo; era la francesa auténtica—. ¡Qué espectáculo nos habéis preparado! No se ven estas cosas en los salones de París…

Toda la velada resultó encantadora; de hecho, fue quizás el punto culminante de mi triunfo como chico de Diana. No obstante, a pesar de todos mis preparativos, del éxito de mi disfraz y de mi cuadro vivo, la fiesta no me causó placer alguno. La propia Diana —era su cumpleaños, al fin y al cabo— parecía distante y preocupada por otras cosas. Apenas un par de minutos después de haberle puesto en el cuello la guirnalda de flores de loto, ella se la quitó, diciendo que no casaba con su disfraz; la colgó de un borde del pedestal, de donde no tardó en caerse, y más tarde vi a una mujer con algunas de sus flores en la solapa. No sabría decir por qué —¡Dios sabe que había sufrido desaires más graves a manos de Diana, y los había encajado con una sonrisa!—, pero su indiferencia hacia la guirnalda me puso de mal humor. Además, en la habitación hacía un calor horrible y estaba terriblemente perfumada; y la peluca me daba todavía más calor y me picaba, pero no podía quitármela por

miedo a estropear mi atuendo. Después de la María Antonieta, se acercaron más mujeres a decirme lo mucho que me admiraban; pero cada una estaba más borracha y más rijosa que la anterior, y empecé a encontrarlas fastidiosas. Bebí copa tras copa de vino especiado y de champán en mi afán de sentirme tan desenfadada como ellas, pero el vino —o, más probablemente, el hachís que había fumado— pareció volverme más cínica que alegre. Aparté de un empujón violento a una mujer que estiró la mano para acariciarme un muslo cuando pasaba a mi lado. «¡Qué bestezuela!», exclamó, encantada. Al final me refugié en las sombras, medio escondida, observando y frotándome las sienes. Mrs. Hooper, apostada en la mesa, servía el vino caliente: vi cómo me miraba y la especie de sonrisa que esbozaba. A Zena le habían ordenado que deambulara entre las invitadas con una bandeja de manjares, pero miré a otra parte cuando pareció que ella quería mirarme. Aquella noche me sentía lejos incluso de ella.

Casi me alegré, por tanto, cuando a eso de las once cambió el humor de la fiesta. Dickie pidió que encendieran más luces, que la pianista dejara de tocar y que todas las mujeres presentes, formando un corro a su alrededor, prestaran atención.

—¿Qué es esto? —exclamó una—. ¿Por qué hay tantas luces?

Evelyn dijo:

—Vamos a escuchar la historia de Dickie Reynolds, contada en un libro escrito por un médico.

—¿Un médico? ¿Está enferma?

—¡Es su *vie sexuelle*!

—¡Su *vie sexuelle*!

—Querida, yo ya me la conozco, es soporífera…

Dijo esto una mujer que estaba a mi lado en la penumbra, disfrazada de monje; cuando me volví hacia ella bostezó y luego se escabulló del salón en silencio en busca de otro pasatiempo. Las demás invitadas, sin embargo, parecían tan ávidas como Dickie podía desear. Estaba al lado de Diana; ésta tenía en las manos el libro que había mencionado Evelyn: era pequeño, negro y de letra prieta, sin una sola ilustración; no era para nada la clase de cosas que la gente solía regalar a Diana para su colección. No obstante, ella lo estaba hojeando, fascinada. Una mujer agachó la cabeza para leer el título en el lomo, y gritó:

—¡Pero si está en latín! Dickie, ¿de qué sirve una historia cochina si la maldita está escrita en latín?

Dickie se mostró entonces un poco gazmoña.

—Sólo está en latín el título —respondió—, y además no es un libro cochino, es un libro valiente. Lo ha escrito un hombre para intentar explicar cómo somos nosotras, para que el mundo normal nos entienda.

Una dama disfrazada de Safo se sacó el puro de la boca y escudriñó a Dickie con un semblante algo incrédulo. Dijo:

—Este libro, que va a llegar al público, ¿cuenta tu historia? ¿La historia de tu vida como amante de mujeres? Pero Dick, ¿te has vuelto loca? ¡Este hombre parece un pornógrafo de la peor especie!

—Ella aparece con un *nom de guerre*, por supuesto —dijo Evelyn.

—Aun así. ¡Es una locura, Dickie!

—No lo entiendes —dijo Dickie—. Es algo totalmente nuevo. Este libro va a ayudarnos. Nos dará publicidad.

Algo como un estremecimiento colectivo recorrió el salón. La Safo con el puro meneó la cabeza.

—Nunca he oído hablar de una cosa semejante —dijo.

—Pues en adelante oirás hablar más, créeme —dijo Dickie, con un tono rotundo.

—¡Queremos oírlo ahora! —exclamó María, y alguna otra dijo: «Sí, Diana, léenos algo, ¡por favor!»

Así pues, trajeron más velas y las colocaron junto al hombro de Diana. Las mujeres se sentaron en posturas cómodas y empezó la lectura.

Ahora no recuerdo el texto. Sé que, tal como Dickie había prometido, no era nada obsceno; en realidad, era más bien árido. Con todo, la misma monotonía de la prosa en que el libro estaba escrito le confería una cierta lubricidad al relato. Durante todo el tiempo en que Diana leyó, las damas hicieron comentarios salaces. Una vez terminada la historia de Dickie, leyeron otra que era más lasciva. Después leyeron una muy picante, de la sección dedicada a caballeros. Al final el aire estaba más espeso y más caliente que nunca; hasta a mí, que estaba huraña, empezaron a cosquillearme las descripciones ñoñas del doctor. El libro pasó de mano en mano mientras Diana se encendía otro cigarrillo. Una mujer dijo:

—Eso se lo tienes que preguntar a Bo; estuvo siete años con los hindúes.

—¿Qué? ¿Qué es lo que tiene que preguntar? —intervino Diana.

—¡Estamos leyendo la historia —gritó en respuesta la otra, de una mujer con un clítoris tan grande como la polla de un niño! Dice que se contagió la enfermedad una criada india. Digo que si Bo Holliday estuviera aquí podría confirmarlo, pues era uña y carne con los hindúes en los años que pasó en Indostán.

—No es verdad eso de la chicas indias —dijo otra mujer—. Pero sí de las turcas. Las crían así, para que puedan darse placer en el serrallo.

—¿Es cierto eso? —dijo María, acariciándose la barba.

—Sí, sin duda alguna.

—¡Pues también les pasa a nuestras chicas pobres! —dijo otra—. Se crían veinte juntas en una misma cama. La fricción constante les hace crecer el clítoris. Lo sé a ciencia cierta.

—¡Patrañas! —dijo la Safo con el veguero.

—Te aseguro que no —contestó la otra, acalorada—. Y si hubiera aquí entre nosotras una chica de los barrios bajos, le bajaría las bragas para demostrártelo.

Estas palabras fueron festejadas con risas, y luego se restauró el silencio. Miré a Diana, y ella giró la cabeza despacio para mirarme. «Tal vez…», dijo, pensativa, y una o dos mujeres, al oírla, empezaron a estudiarme. Sentí un ligero tirón en el estómago. Pensé: ¡No lo hará! Y en tanto lo pensaba, otra mujer distinta dijo:

—Pero, Diana, ¡si tienes la criatura que necesitamos! Tu criada creció en una

barriada, ¿no? ¿No la sacaste de una cárcel o algo así? ¡Me figuro que se frotan hasta que la cosa se les pone como un champiñón de grande!

Diana apartó la mirada de mí y dio una calada de su pitillo con filtro rosa; después sonrió.

—¡Mrs. Hooper! —llamó—. ¿Dónde está Blake?

—Está en la cocina, señora —respondió el ama de llaves desde su puesto ante el bol de vino—. Está cargando la bandeja.

—Ve a buscarla.

—Sí, señora.

Mrs. Hooper salió. Las damas se miraron entre sí y luego miraron a Diana. Ésta se mantenía muy tranquila y serena junto al busto del frío Antinus, pero cuando elevó la copa hasta sus labios, vi que la mano le temblaba levemente. Desplacé mi peso de un pie al otro, ya desvanecida mi breve llamarada de lujuria. Al cabo de un momento, Mrs. Hooper regresó con Zena. Diana la llamó y ella avanzó pestañeando hacia el centro del salón. Las mujeres se apartaron para abrirle paso y cerraron filas a su espalda cuando hubo pasado. Diana dijo:

—No estamos preguntando algo sobre ti, Blake.

Zena volvió a pestañear.

—¿Señora?

—Nos hacemos preguntas sobre tu estancia en el reformatorio. —Zena se ruborizó—. Nos preguntamos cómo matabas el tiempo. Creemos que debías de tener alguna ocupación a la que dedicabas tus dedos ociosos en tu celda solitaria.

Zena vaciló. Al cabo dijo:

—Por favor, señora, ¿se refiere a coser bolsas?

Nada más oír esto, las mujeres soltaron una carcajada que intimidó a Zena; se puso más colorada y se llevó una mano a la garganta. Diana dijo, muy despacio:

—No, niña, no me refiero a coser bolsas. Me refiero a que debías de manosearte en tu pequeña celda. A que debías de frotarte hasta que el coño se te quedaba escocido. A que tuviste que frotarte tanto tiempo y tan fuerte que te forjaste una polla. Creemos que debes de tener un pito, Blake, dentro de las bragas. ¡Queremos que te levantes la falda y que nos lo enseñes!

Las mujeres volvieron a reírse. Zena las miró y luego miró a Diana.

—Por favor, señora —dijo, y empezó a temblar—. ¡No sé de qué me habla!

Diana dio un paso hacia ella.

—Creo que sí sabes —dijo. Había cogido el libro que Dickie le había entregado y ahora lo abrió y lo puso tan opresivamente cerca de Zena que ésta se asustó—. Estamos leyendo un libro lleno de historias de chicas como tú —dijo—. Y ahora, ¿qué insinúas? ¿Que el doctor que escribió este libro, este libro que me ha regalado Miss Reynolds por mi cumpleaños, es un idiota?

—¡No, señora!

—Pues entonces. El doctor dice que tienes una polla. ¡Venga, levántate las faldas! ¡Válgame Dios, chica, sólo queremos mirarte…!

Había puesto la mano en la falda de Zena, y vi que las otras mujeres,

enardecidas por su osadía, se aprestaban a ayudarla. La escena me puso enferma. Salí de la penumbra y dije:

—¡Déjala, Diana! ¡Por lo que más quieras, déjala en paz!

Al instante se hizo el silencio en la sala. Zena me miró despavorida, y Diana se volvió y parpadeó. Dijo:

—¿Quieres levantarle tú la falda?

—¡Quiero que la dejes tranquila! Vamos, Blake —le dije a Zena—. Vuelve a la cocina.

—¡Quédate donde estás! —le gritó Diana—. Y en cuanto a ti —dijo, clavándome una mirada afilada, negra y brillante—, ¿crees que eres el ama para dar órdenes a mis criadas? ¡Tú también eres una! ¿Qué te importa que le pida a mi chica que me enseñe el trasero? ¡Tú me lo has enseñado de sobra! ¡Vuelve a meterte detrás de tu cortina! Quizás, cuando hayamos terminado con la pequeña Blake, todas le echemos un tiento a Antinus.

Fue como si, prensada por sus palabras, la cabeza dolorida me estallase, como si estuviese hecha de cristal. Agarré la guirnalda de flores que se marchitaban en mi garganta y la rompí de un tirón. Hice lo mismo con la peluca de azabache, y la tiré al suelo. Tenía el pelo pegado al cráneo con brillantina, y las mejillas coloradas de vino y de cólera: debía de tener un aspecto horrible. Pero no me sentía así: me sentía llena de fuerza y de luz. Dije:

—No te atrevas a hablarme en ese tono. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Al lado de Diana, Dickie puso los ojos en blanco.

—La verdad, Diana —dijo—, ¡qué pesada es!

—¿Pesada? —Me volví hacia ella—. Mírate, vaca vieja, con esa camisa de satén como si fueras un chico de diecisiete años. ¿Dorian Gray? ¡Más bien pareces el retrato ensangrentado después de que Dorian haya hecho varios viajes a los muelles!

Dickie gesticuló y se puso pálida. Varias mujeres se rieron, entre ellas María.

—¡Mi querido chico…! —empezó a decir.

—¡No me vengas con ésas, adefesio, bruja! —le dije a María—. Eres igual que ella, con tus bombachos turcos. ¿Qué haces, vigilas tu harén? No me extraña que se follen entre ellas con sus coños enormes si te tienen a ti como dueño. Me has puesto los dedos encima durante un año y medio; pero si una chica de verdad se destapase la teta y te la pusiera en la mano, ¡tendrías que llamar a tu criada para que te enseñe qué hay que hacer con ella!

—¡Ya basta! —dijo Diana. Me miraba furiosa y con la cara blanca, pero sin haber perdido su tremenda calma. Se volvió para dirigirse al grupo de mujeres atónitas. Les dijo—: A Nancy le parece divertido concederse a veces una pataleta; y a veces lo es, desde luego. Pero no esta noche. Me temo que esta noche es sólo un incordio. —Me miró de nuevo a mí, pero como si hablara a sus invitadas—. Se irá arriba hasta que se arrepienta —dijo, con voz serena—. Luego pedirá disculpas a las damas a las que ha insultado. Y luego pensaré algún pequeño castigo para ella. —Recorrió con la mirada los despojos de mi traje—. Quizás algo romano, en consonancia.

—¿Romano? —respondí—. Nadie mejor que tú para saberlo. ¿Cuántos has cumplido hoy? Tú estabas allí, ¿no?, ¿no estabas en el palacio de Adriano?

Era un insulto leve, después de todo lo que yo había dicho. Pero cuando lo dije hubo una risita alrededor. Sólo fue una, pero si había alguien que no soportaba que se rieran de ella, ese alguien era Diana. Creo que habría preferido que le descerrajasen un tiro entre los ojos. Al oír la risa ahogada, se puso todavía más pálida. Dio un paso hacia mí y levantó la mano; la movió tan rápido que sólo me dio tiempo a percibir el destello de algo oscuro en la extremidad de su brazo; luego me alcanzó lo que sentí como una pequeña explosión en la mejilla.

Diana tenía aún el libro de Dickie en la mano, y con él me había estampado la cara.

Di un grito y me tambaleé. Al tocarme con la mano me encontré sangre en la cara: manaba de la nariz, pero también de un corte debajo del ojo, donde se había estrellado la arista del lomo encuadernado en cuero. Para reponerme, traté de recostarme en un hombro o un brazo, pero todas las mujeres retrocedieron y estuve a punto de caer al suelo. Miré a Diana: ella también había reculado después de asestarme el golpe, pero Evelyn estaba a su lado, ciñéndole la cintura con el brazo. No me dijo nada, y yo había perdido la facultad del habla. Creo que tosí o resoplé. Un chorro de sangre salpicó la alfombra turca, y las mujeres se alejaron aún más, haciendo pequeñas *moues* de sorpresa y de asco. Di media vuelta y salí del salón trastabillando.

Satin, el galgo de María, me ladró al verme cruzar la puerta. María le había colocado allí, con sendas cabezas de perro, de *papier maché*, adosadas a cada lado del collar, para representar al can que montaba guardia a la puerta del Hades.

Ya he dicho que habíamos sembrado de rosas el suelo de mármol del vestíbulo: fue una dura prueba atravesarlo descalza, con la cabeza zumbando y la mano en la mejilla. Antes de llegar a la escalera, oí pisadas detrás de mí y un ruido. Al volverme vi a Zena: Diana la había expulsado del salón y había cerrado la puerta tras ella. Me miró y luego se acercó y me tocó el brazo. «Oh, señorita…»

Y yo —que la había librado del salvajismo de Diana sólo para que su cólera, como pensé entonces, se volviese contra mí— la aparté de un empujón: «¡No me toques!», grité. Me alejé corriendo hacia mi habitación y cerré la puerta.

Mísera de mí, sentada en mi cuarto, en la oscuridad, acuné la herida de mi mejilla. De abajo, al cabo de unos minutos de silencio, llegó el sonido del piano; después se oyeron risas, seguidas de gritos. ¡Proseguían la fiesta sin mí! No podía creerlo. El juego con Zena, los insultos, el golpe y la nariz sangrando, todo aquello parecía haber alegrado y embellecido más el alegre festejo.

Si Diana, al menos, hubiera despedido a sus invitadas. Si yo hubiera podido descansar la cabeza en la cama y olvidarlas. Si no hubiera rumiado pensamientos de desdicha, de rabia y de venganza al oír lo bien que se lo pasaban.

Si Zena, al menos, no me hubiera perdonado mi aspereza en el vestíbulo…, si no hubiese venido sigilosa a mi cuarto para preguntarme si me dolía mucho, si podía

hacer algo por mí, para consolarme.

Cuando la oí llamar, tuve miedo: pensé que tenía que ser Diana, que venía a torturarme o —quizás, ¿quién lo sabía?— a acariciarme. Al ver que era Zena, la miré con fijeza.

—Señorita —dijo. Tenía una vela en la mano y la llama se ondulaba y menguaba, arrojando sombras que bailaban por las paredes como locas—. No podía subir a mi cuarto sabiendo que estaba aquí herida y sangrando, y todo… ¡oh, todo por mi culpa!

Suspiré.

—Entra y cierra la puerta —dije. Y cuando ella lo hizo y se me acercó, hundí la cara en mis manos y gemí—. ¡Oh, Zena! —dije—. ¡Qué noche! ¡Qué noche!

Ella dejó la vela.

—He cogido un paño con un poco de hielo —dijo—. Si me permite, le… —Levanté la cabeza y me aplicó el paño contra la mejilla; hice una mueca de dolor—. ¡Vaya ojo a la virulé que se le va a poner! —dijo, y a continuación, en un tono distinto—. ¡Es un demonio de mujer!

Empezó a limpiarme la sangre que se había coagulado en torno de las ventanillas nasales; inclinada sobre mí en la cama, a mi lado, apoyó la mano libre en mi hombro para sujetarse.

Poco a poco, sin embargo, caí en la cuenta de que estaba temblando.

—Es el frío, señorita —dijo—. Sólo el frío y, bueno, el rato de miedo que he pasado abajo…

Pero mientras lo decía le creció el tembleque y rompió a llorar.

—La verdad es —dijo entre las lágrimas— que no soportaba la idea de estar acostada arriba, en mi cuarto, con todas esas malvadas sueltas por la casa. Pensaba que a lo peor venían a intentarlo otra vez…

—No te apures —dije. Le cogí el trapo y lo dejé en el suelo. Retiré la colcha de la cama y le envolví los hombros con ella—. Te quedas aquí conmigo, donde no pueden tocarte… —La rodeé con el brazo y ella recostó la cabeza en mi oreja. Todavía llevaba su cofia de sirvienta. Le quité los alfileres, se la retiré y el pelo le cayó hasta los hombros. Estaba aromatizado de rosas ardientes y de vino especiado. Al olerlo, con el calor de Zena contra mi hombro, de repente empecé a sentirme más ebria que en toda la noche. Quizás fuese solamente que la cabeza me zumbaba por la fuerza del golpe de Diana.

Tragué saliva. Zena se puso un pañuelo en la nariz y se quedó más quieta. De los suelos de abajo llegaba el sonido de pies que corren, el furioso aporreo del piano y una carcajada.

—¡Escucha eso! —dije, soliviantada de nuevo—. ¡Siguen la fiesta como si nada! Se han olvidado totalmente de nosotras, pobres, aquí arriba…

—¡Oh, espero que sí!

—Pues claro que sí. ¡Cualquier cosa que hiciésemos les tendría sin cuidado! ¡Hasta podríamos hacer una fiesta las dos solas! —Ella se sonó la nariz y luego se rió.

Mi cabeza dio una especie de brinco—. ¡Zena! ¿Por qué no hacemos una fiesta, las dos solas? ¿Cuántas botellas de champán quedan en la cocina?

—Montones.

—Pues entonces baja a coger una. Se mordió el labio.

—No sé…

—Ve, no te verán. Están en el salón, y puedes ir por la escalera de atrás. Y si te ve alguien y te pregunta algo, dices que la botella es para mí. Lo cual es cierto.

—Bueno…

—¡Vamos! ¡Coge la vela!

Me levanté, le cogí de las manos y la puse de pie; ella, contagiada por mi temeridad, soltó otra risita, se llevó los dedos a los labios y salió de puntillas de la habitación. Entretanto yo encendí una lámpara, pero la gradué con una luz muy tenue. Zena había dejado la cofia encima de la cama: la cogí y me la puse en la cabeza, y cuando volvió, cinco minutos después, y me vio con ella puesta se rió en voz alta.

Traía una botella empañada de humedad y una copa.

—¿Has visto a alguien? —pregunté.

—He visto a una par de mujeres, pero no me han visto. Estaban en la cocina y… ¡oh, se estaban devorando a besos!

Me la imaginé apostada en las sombras, observando a la pareja. Fui hasta ella, cogí la botella y le desprendí del cuello la capucha de plomo.

—La has agitado —dije—. ¡Va a hacer pop al abrirse!

Ella se tapó los oídos y cerró los ojos. Yo noté que el corcho se retorcía contra el cristal por un segundo; luego saltó de mis dedos y lancé un grito:

—¡Rápido, rápido! ¡Trae una copa!

Un chorro de espuma cremosa se había alzado del cuello de la botella y me estaba empapando los dedos y las piernas; yo seguía llevando, por supuesto, la pequeña toga blanca. Zena tomó la copa de la bandeja y la mantuvo, otra vez riéndose, debajo del líquido que manaba a chorros.

Fuimos a sentarnos en la cama, Zena con la copa en las manos y yo dando sorbos de la botella espumosa. Tosió mientras bebía, pero le volví a llenar la copa y dije:

—¡Bébetela entera! Como esas vacas de abajo.

Y ella bebió y bebió hasta que las mejillas se le pusieron rojas. Sentí la cabeza un poco más mareada con cada sorbo que daba, y que las pulsaciones en mi cara hinchada eran cada vez más fuertes. Al final dije: «¡Ay, cómo me duele!», y Zena dejó la copa para tocarme muy suavemente la mejilla. Sus dedos llevaban unos segundos posados en ella cuando le cogí la mano con la mía, me incliné y la besé.

No me rechazó hasta que la tumbé en la cama y la atraje hacia mí. Entonces dijo:

—¡Oh, no podemos! ¿Y si viene Mrs. Lethaby?

—No vendrá. Me deja sola para castigarme.

Le toqué la rodilla, y después el muslo, a través de las capas de su faldamenta.

—No podemos… —repitió, pero esta vez con una voz más débil. Y cuando le

tiré del vestido y dije: «Vamos, quítatelo… ¿o tendré que arrancarte los botones?», ella soltó una risa ebria—: ¡No hará tal cosa! Ayúdeme con educación.

Desnuda era muy delgada y tenía colores extraños: de un carmesí llameante las mejillas, de un rojo más tosco desde los codos hasta la yema de los dedos, y de un blanco pálido —de un blanco casi azulado— el torso, la parte superior de los brazos y los muslos. El vello de la entrepierna —nunca se saben estas cosas de antemano— era de un rojo anaranjado.

Lanzó un chillido cuando hundí en él mis labios: «¡Oh! Pero ¿qué hace?» Al cabo de un momento, sin embargo, me agarró la cabeza y la apretó. Entonces no parecía estar nada apenada por mi nariz hinchada. Sólo dijo:

—¡Oh, dese la vuelta, deprisa, para que yo le haga lo mismo!

Después, cubrí a las dos con la colcha y bebimos más champán, turnándonos para beberlo a sorbos de la botella. Posé una mano encima de ella. Dije:

—¿Solías frotarte en el reformatorio?

Me dio un manotazo, diciendo:

—¡Oh, es tan mala como las de ahí abajo! ¡Por poco me muero! —Retiró la manta hacia abajo y se miró el chocho—. ¡Pensar que tengo una polla! ¡Vaya idea!

—¿Vaya idea? Oh, Zena, ¡me encantaría verte con una! Me encantaría… —Me incorporé—. Zena, ¡me encantaría verte con el *olisbos* de Diana!

—¿Con esa cosa? ¡Le ha vuelto una cochina! ¡Me moriría de vergüenza antes de ponerme una cosa de ésas! —dijo, pestañeando.

—¡Te has puesto roja! Te atrae, ¿verdad? Te atrae un poco ese tipo de juego, ¿eh? ¡No me digas que no!

—¡Por favor, una chica como yo!

Pero estaba más colorada todavía y rehuyó mi mirada. Le cogí de la mano y la obligué a levantarse.

—Anda —dije—. Me has puesto de lo más cachonda. Diana no lo sabrá nunca.

—¡Oh!

La llevé hasta la puerta y me asomé al pasillo. La música y las risas de abajo eran más débiles, pero todavía ruidosas y agitadas. Zena cayó sobre mí y me rodeó la cintura con los brazos; fuimos a trompicones a la salita de Diana, totalmente desnudas y tapándonos la boca para no reírnos.

Allí fue cosa de un instante abrir el cajón secreto del buró y abrir después con la llave que había dentro el arcón de palisandro. Zena vigilaba, lanzando miradas temerosas hacia la puerta. Con todo, cuando vio el consolador se ruborizó de nuevo, pero no era capaz de separar los ojos del artefacto.

—Levántate —dije. Lo dije casi como lo decía Diana—. Levántate y abrocha las hebillas.

Cuando lo hubo hecho, la llevé ante el espejo. Me sobresaltó ver mi cara toda roja y tumefacta, y aún con costras de sangre entre sus pliegues, pero más que la magulladura me distrajo la imagen de Zena mirándose el falo que sobresalía de su cuerpo, tocando la verga y tragando saliva para sentir el movimiento del cuero. La

giré hacia mí, le puse las manos en los hombros y encajé el glande del consolador entre mis muslos. Si mi breva hubiera tenido lengua, no habría podido ser más elocuente; y si la hubiera tenido el chocho de Zena, se habría relamido los labios.

Dio un grito. Nos precipitamos sobre la cama y caímos en diagonal sobre la colcha de raso. La cabeza me colgaba fuera de la cama —la mejilla me dolía de la sangre que afluía a ella—, pero Zena había metido la vara dentro de mí, y cuando empezó a contorsionarse y a empujar, no tuve más remedio que levantar la boca y besarla.

En ese instante oí un ruido perfectamente nítido que prevaleció sobre la vibración de los postes de la cama y los latidos del pulso en el interior de mis oídos. Dejé caer la cabeza y abrí los ojos. La puerta del dormitorio estaba abierta, y el umbral lleno de caras femeninas. Y el rostro que ocupaba el centro de todos, pálido de cólera, era el de Diana.

Por un segundo permanecí paralizada; vi lo que ella veía: el arcón abierto, el revoltijo de miembros encima de la cama, el culo que bombeaba, con sus tiras de cuero (pues Zena, ay, tenía los ojos cerrados y seguía embistiendo y jadeando al tiempo que su ama la observaba, indignada). Entonces así con las manos los hombros de Zena y se los apreté muy fuerte. Abrió los ojos, vio lo que yo veía y emitió un grito de pánico. Instintivamente, intentó erguirse, olvidando el asta que uncía sus caderas sudorosas con las mías. Por un segundo forcejeamos juntas, como dos patosas; ella tuvo un acceso de risa nerviosa, más disonante que su primer y agudo chillido de miedo.

Por fin hizo una contorsión; hubo como un sonido de succión, monstruosamente audible en el súbito silencio y horriblemente acusador; y Zena se despegó. Se quedó en un costado de la cama, con el consolador balanceándose ante ella. Una de las mujeres que estaban al lado de Diana dijo:

—¡Tiene una polla, en resumidas cuentas!

—Esa polla es mía —respondió Diana— ¡Estas furcias me la han robado!

Lo dijo con voz pastosa, quizás de la borrachera, pero también, creo, de la conmoción. Miré de nuevo al arcón grande y desbordante del que ella estaba tan envanecida y celosa, y sentí que un gusano de satisfacción se retorcía dentro de mí.

Y recordé asimismo otra habitación, una que yo creía haber olvidado por entero: un cuarto en cuya puerta fui yo la que me quedé sin habla mientras mi novia temblaba y se sonrojaba junto a su amante. Sonreí al ver a Diana en mi situación de antaño.

Fue esta sonrisa, creo, la que la trastornó.

—María —dijo, pues María estaba allí con ella, así como Dickie y Evelyn; quizás todas ellas habían venido al cuarto a coger un libro obsceno—, María, ve a buscar a Mrs. Hooper. Quiero que traigan aquí las cosas de Nancy: se va de esta casa. Y un vestido para Blake. ¡Las dos vuelven a la alcantarilla de donde yo las saqué! —Su voz era fría; sin embargo, cuando avanzó un paso hacia mí se tornó más vehemente—. ¡Putilla! —dijo—. ¡Mujerzuela! ¡Puta, ramera, zorra, guarra!

Pero eran palabras que había empleado conmigo mil veces en sus arrebatos de lujuria o de pasión; y ahora que las decía con odio estaban curiosamente desprovistas de aguijón.

A mi lado, sin embargo, Zena había empezado a temblar. Con el temblor se le columpiaba el *olisbos*, y cuando Diana vio la oscilación rugió:

—¡Quítate ese chisme de las caderas!

Zena, al instante, se puso a trajinar con las correas; me adelanté a ayudarla, porque los dedos le brincaban y apenas conseguía asir las hebillas. Durante todo este rato, Diana le escupía insultos: que era una lerda, una puta callejera, una vulgar pajera. Las mujeres miraban y se reían en la puerta. Una de ellas —bien pudo ser Evelyn— señaló el arcón y gritó:

—¡Dale con la correa, Diana! Ésta curvó el labio.

—Ya le zurrarán la badana en el reformatorio, cuando vuelvan a encerrarla —dijo.

Al oír esto, Zena se postró de rodillas y empezó a llorar. Diana la miró con desdén y apartó el pie para que las lágrimas no le cayesen sobre las sandalias. Dickie —con la corbata desatada en la garganta, la lila del ojal aplastada y mustiándose— dijo:

—¿No podemos ver cómo follan? ¡Diles que follen, Diana, para divertirnos!

Pero Diana se negó con la cabeza, y la mirada que me dirigió era tan fría y tan muerta como el ojo de una antorcha cuando se ha extinguido la llama de su interior. Dijo:

—Es la última vez que follan en esta casa. Que follen en la calle, como perros.

Otra mujer, muy borracha, dijo que en tal caso deberían concederse, como mínimo, el placer de presenciarlo desde una ventana. Pero yo sólo miraba a Diana y, por primera vez en toda aquella noche horrible, empecé a sentir miedo.

María regresó con Mrs. Hooper, a la cual le brillaban los ojos. Acarreaba mi antiguo petate de marino, que yo había traído de casa de Mrs. Milne y arrojado al rincón del fondo del ropero, y un vestido negro y raído y un par de botas de suelas gruesas. En presencia de todas las mironas, Diana le lanzó a Zena el vestido y las botas; después, con un ademán de asco, metió la mano en mi petate, sacó un vestido arrugado y algunos zapatos y me los arrojó. Era el vestido que yo solía ponerme en mi vida anterior, y que por entonces me parecía bonito. Ahora estaba frío al tacto y ligeramente pringoso, y tenía las costuras orladas de polvo de polillas.

Zena se apresuró a ponerse el vestido astroso y a calzarse las botas. Yo, por el contrario, con el mío en las manos, miraba a Diana, tragando saliva.

—No voy a ponerme esto —dije.

—O te lo pones —respondió, cortante— o sales desnuda de Felicity Place.

—¡Oh, échala desnuda, Diana! —dijo una mujer a su espalda. Era una Lady de Llangollen, salvo por el sombrero de copa.

—No voy a ponérmelo —dije. Diana asintió.

—Muy bien —dijo—, entonces te obligaré.

Y mientras yo permanecí tan asombrada que no levanté una mano para

defenderme, ella cruzó la habitación, me arrancó el vestido de los dedos y bajó el dobladillo de la falda sobre mi cabeza. Me convulsioné y empecé a patalear; ella me empujó hasta la cama, me sujetó encima con una mano y, con la otra, siguió cubriéndome con los pliegues de tela. Forcejeé con más saña; no tardó en oírse el rasgón de un repulgo roto.

Al oírlo, Diana gritó:

—Ayudadme, ¿queréis? ¡María! ¡Mrs. Hooper! Tú, chica —dijo, dirigiéndose a Zena—, ¿quieres volver a aquel maldito reformatorio?

De golpe me cayeron encima como unas cincuenta manos que tiraban del vestido, me pellizcaban y contenían el pataleo de mis piernas. Las tuve sobre mí un siglo. Yo estaba desfallecida debajo de las capas de lana. Recibí un golpe en la cabeza hinchada, que empezó a palpitar y a dolerme. Alguien me colocó un pulgar —recuerdo con claridad este detalle— en lo alto del muslo, en el hueco resbaladizo de la ingle. Pudo haber sido María. Pudo haber sido Mrs. Hooper, el ama de llaves.

Al final acabé jadeando encima de la cama, con el vestido puesto. Me embutieron los zapatos en los pies y los ataron. «¡De pie!», dijo Diana, y en cuanto estuve de pie me agarró del hombro y me sacó a empellones de su habitación, cruzamos la sala y salimos al pasillo oscuro. Detrás de mí venían las mujeres, y María y Mrs. Hooper llevaban a Zena sujeta entre las dos. Cuando vacilé, Diana me dio tal empujón hacia delante que estuve a punto de tropezar y caer.

Empecé a llorar. Dije: «Diana, no hablas en serio…» Pero su mirada era fría. Me agarró, me pellizcó y me obligó a caminar más deprisa. Acaloradas, acezantes y con aquellos disfraces de fantasía, bajamos por el centro de aquella casa alta, por una gran escalera de caracol desnivelada, como en un retablo de condenados que descienden al infierno. Atravesamos el salón: quedaban allí algunas damas repantigadas en los almohadones, y al vernos preguntaron a gritos qué estábamos haciendo. Una mujer de nuestra comitiva les respondió que Diana había sorprendido a su chico y a su criada en su propia cama, y que las estaba expulsando de casa, y que no se perdieran el espectáculo.

Así pues, cuanto más bajábamos, mayor era el cortejo de mujeres a mi espalda, y más ruidosas las risas y los gritos procaces. Llegamos al sótano, donde hacía más frío; Diana abrió la puerta de la cocina que daba al jardín, en la trasera de la casa, y el fuerte soplo del viento me azotó los ojos llorosos. Dije: «¡No puedes, no puedes!» El frío me estaba serenando. Había tenido una visión de mi alcoba, mi ropero, mi tocador, mi ropa blanca; mi pitillera, mis gemelos, mi bastón con su contera de plata; mi traje de lino de color hueso, mis zapatos de piel tan hermosa y fina que en una ocasión los había lamido con la lengua. De mi reloj, con la leontina que lo ataba a mi muñeca.

Diana me empujó; yo me volví y le agarré del brazo.

—¡No me eches, Diana! —dije—. ¡Déjame quedarme! ¡Me portaré bien! ¡Déjame quedarme y te haré disfrutar!

Yo suplicaba, pero ella me forzaba a caminar hacia atrás; por fin llegamos a la alta cancilla de madera que había junto al establo, al fondo del jardín. Había allí una

puerta más pequeña, y Diana se adelantó para abrirla: más allá, la oscuridad era absoluta. Liberó a Zena de las garras de Mrs. Hooper y la agarró por el cuello.

—Vuelve a asomar la cara por Felicity Place, o di o haz algo que me recuerde tu mísera y repulsiva existencia, y cumpliré mi promesa de mandarte de vuelta a aquella mazmorra para que no salgas hasta que te pudras. ¿Entendido?

Zena asintió. Fue arrojada al cuadrado de oscuridad que se la tragó. Entonces Diana se volvió hacia mí.

—Lo mismo te digo a ti, furcia.

Me empujó hasta la puerta, pero allí me aferré a la cancilla y le supliqué:

—¡Por favor, Diana! ¡Déjame, por lo menos, recoger mis cosas!

Miré por detrás de ella a Dickie y a María; me devolvieron una mirada furibunda y borrosa, a causa del vino y la persecución, en la que no había una sola chispa de compasión. Miré a todas aquellas señoras con sus ojos desorbitados y sus ropajes vaporosos.

—Ayúdenme, ¿quieren? —les grité—. ¡Ayúdenme, por lo que más quieran! ¿Cuántas veces me han mirado con deseo? ¿Cuántas veces han venido a decirme lo guapa que soy y lo que envidiaban que Diana me tuviera? ¡Cualquiera puede tenerme ahora! ¡Cualquiera! ¡No la dejen que me eche a la calle, a la oscuridad, sin un céntimo encima! ¡Oh! ¡Son un hatajo de malditas brujas si le dejan hacer una cosa así!

De este modo les grité, llorando al mismo tiempo que hablaba; luego me volví para sonarme la nariz en la manga de mi vestido barato. Notaba que la mejilla había duplicado su tamaño normal, y tenía el pelo apelmazado en los lugares donde había recostado la cabeza. Por último, las mujeres apartaron la mirada de mí, con una mueca de aburrimiento…, y supe que estaba perdida. Mis manos resbalaron de la cancilla, Diana me empujó y salí despedida al callejón que había fuera. Detrás de mí salió mi petate de marino, que aterrizó en los adoquines, a mis pies, con un chasquido.

Alcé los ojos para ver una vez más la casa de Diana. La luz sonrosaba las ventanas del salón, y algunas invitadas ya se encaminaban hacia ellas a través de la hierba. Capté un vislumbre de Mrs. Hooper; de Dickie, que se sujetaba el monóculo en su ojo acuoso; de María y de Diana. Unos mechones de su pelo moreno se habían desprendido de las horquillas y el viento los agitaba en torno a sus mejillas. El ama de llaves le dijo algo y Diana se rió. Después cerró la puerta y dio la vuelta a la llave, y perdí para siempre las luces y las risas de Felicity Place.

TERCERA PARTE

Capítulo 15

Tras haber caído tan bajo, cabría pensar que no hubiera tenido el menor reparo en aporrear la puerta que se me había cerrado, o incluso en tratar de escalarla para suplicar desde su cima a mi antigua ama. Tal vez pensé en estas cosas en los momentos en que permanecí anonadada y gimoteando en aquel callejón oscuro y solitario. Pero había visto la mirada que me dirigió Diana, una mirada desprovista del menor fuego, bondad o lascivia. Peor aún, había visto la expresión en la cara de sus amigas. ¿Cómo presentarme ante ellas, cómo esperar volver a caminar guapa y orgullosa en su presencia?

Lloré más todavía al pensarlo; quizás podría haber llorado delante de aquella puerta hasta el amanecer. Pero al cabo de un rato percibí un movimiento a mi lado y al alzar la vista vi a Zena allí plantada, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cara muy pálida. En mi zozobra, me había olvidado de ella. Le dije:

—¡Oh, Zena! ¡Cómo ha acabado todo! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer? —respondió; no parecía en absoluto la misma—. ¿Qué vamos a hacer? Sé lo que voy a hacer yo. La voy a dejar aquí y espero que esa mujer vuelva a buscarla, se la lleve dentro y la trate a baqueta. ¡Se lo merece!

—Ah, pero no volverá a buscarme… ¿O sí?

—No, por supuesto que no. Tampoco vendrá por mí. ¡Mire adónde hemos llegado con sus dulces palabras! A la calle, en la noche más fría de enero, sin sombrero ni un par de bragas, ¡sin ni siquiera un pañuelo! Ojalá estuviera en un calabozo. Por su culpa he perdido mi puesto, he perdido mi reputación. He perdido las siete libras ahorradas de mi sueldo para ir a las colonias… ¡Oh! ¡Qué idiota he sido por dejarme besar! ¡Qué idiota usted al pensar que el ama no…! ¡Oh, la pegaría!

—¡Pues pégame! —grité, lloriqueando—. Ponme morado el otro ojo, ¡me lo merezco!

Pero ella se limitó a menear la cabeza, se envolvió con los brazos el cuerpo y se dio media vuelta.

Me enjugué las lágrimas en la manga y procuré serenarme un poco. Era sólo medianoche cuando salí dando tumbos del salón, todavía disfrazada de Antinus; supuse que ahora serían alrededor de la una y media…, una hora horrible, pues significaba que quedaban las más largas y frías hasta el amanecer. Dije, con la mayor humildad que pude:

—¿Qué voy a hacer, Zena? ¿Qué debo hacer?

Ella me miró por encima del hombro.

—Supongo que debería irse con los suyos. Tiene familia, ¿no? ¿Tiene amistades?

—No tengo a nadie ahora…

Me tapé la cara con la mano; ella se volvió y empezó a mordisquearse el labio.

—Si de verdad no tiene a nadie —dijo por fin—, estamos en igualdad de condiciones, porque yo tampoco tengo; mi familia me dejó en la estacada cuando la historia con Agnes y la policía. —Miró mi petate de marino y lo empujó con la bota—. ¿No tiene ni una moneda encima? ¿Qué hay aquí dentro?

—Toda mi ropa —contesté—. La ropa de chico con que llegué a casa de Diana.

—¿Es buena?

—Eso creía yo. —Levanté la cabeza—. ¿Te refieres a que nos la pongamos para hacernos pasar por hombres…?

Zena se había inclinado sobre la bolsa y estaba fisgando en su interior.

—Me refiero a venderla.

—¿Venderla? ¿Vender mi uniforme de la Guardia Real y mis bombachos? No sé…

Se acercó las manos a la boca, para soplarse los dedos.

—O la vende, señorita, o baja hasta Edgware Road y se apuesta en una farola hasta que algún tipo le ofrezca una moneda…

Vendimos la ropa. Se la vendimos a un viejo ropavejero que tenía un tenderete en un mercado de Kilburn Road. Cuando Zena le encontró, el hombre estaba empacando sus bolsas; el mercado había estado abierto hasta alrededor de medianoche, pero cuando llegamos casi todas las carretillas estaban vacías y la calle estaba sembrada de basura, y estaban apagando las lámparas de nafta y vertiendo el agua de los cubos en los desagües. El hombre nos vio llegar y dijo en el acto: «Llegáis tarde, ya no vendo.»

Pero cuando Zena abrió el petate y sacó los trajes, él ladeó la cabeza y lanzó un resoplido.

—Estos trapos de soldado apenas valen para exponerlos a la venta —dijo, extendiendo la casaca encima del brazo—, pero me los quedo por la sarga, que podría servir para un chaleco de fantasía. El abrigo y los pantalones no están mal, y tampoco los zapatos. Os doy una guinea.

—¡Una guinea! —dije.

—Una guinea es el mejor precio que os harán esta noche. —Resopló otra vez—. Diría que son robados.

—De eso nada —dijo Zena—. Pero se los damos por una guinea; y si nos vende un par de lindezas femeninas y otro par de sombreros con cintas, se lo rebajamos a una libra.

Las bragas y las medias que nos dio estaban amarillentas por el uso; los sombreros eran espantosos, y además, por supuesto, todavía nos faltaban unas ballenas. Pero Zena, al menos, pareció satisfecha con el trato. Se embolsó el dinero y me llevó a un puesto de patatas cocidas. Tomamos una cada una y una taza de té entre las dos. Las patatas sabían a barro. El té era, en realidad, agua teñida. Pero en el puesto había un brasero para calentarnos.

Ya he dicho que Zena parecía muy cambiada desde que nos habían expulsado de la casa. No temblaba —era yo la que lo hacía—, y mostraba un aire de conocimiento y autoridad, un modo de recorrer las calles como si estuviera a sus anchas en ellas. Yo también me había movido en otro tiempo como un pez en el agua; aquella noche, sin embargo, creo que la habría cogido de la mano si ella me lo hubiese permitido; sólo acertaba a pisarle los talones y a decir, como una infeliz: «¿Qué hacemos ahora, Zena?», y «¡Oh, Zena, qué frío hace!», y hasta «¿Qué crees que estarán haciendo ahora en Felicity Place? Ah, ¿puedes creerte que de verdad me haya echado de su casa?».

—Señorita —acabó diciéndome—, no se lo tome a mal, pero si no cierra el pico no tendré más remedio que zurrarla.

—Perdona, Zena —dije.

Al final trabó conversación con una chica de la vida que también había venido a calentarse al lado del brasero, y de ella obtuvo las señas de una pensión cercana que dijo que admitía huéspedes durante toda la noche. Resultó ser un lugar cochambroso, con una alcoba para las mujeres y otra para los hombres, y todo el mundo estaba tosiendo. Zena y yo dormimos en la misma cama, ella con el vestido puesto, para combatir el frío, pero yo, todavía preocupada por las arrugas del mío, lo metí debajo del colchón, con la esperanza de que durante la noche lo planchara.

Dormimos muy derechas y quietas, con la cabeza encima del mismo cabezal urticante, pero ella con la suya separada de la mía y los ojos cerrados. Las toses de las otras huéspedas, el escozor en mi mejilla y, en general, mi pánico y desdicha me mantuvieron despierta. Cuando Zena tiritó, le puse una mano encima, y como no la retiró, me acerqué un poco más a ella y le dije, muy bajito:

—¡Oh, Zena, no puedo dormir pensando en todo esto!

—Ya me figuro.

Temblé.

—¿Me odias, Zena? —dije, y ella no respondió—. No te lo reprocho si me odias. Ah, pero no sabes cuánto lo lamento.

Una mujer, en la cama contigua, lanzó tal chillido —creo que era una borracha— que nos sobresaltó, y juntamos más las caras. Zena mantenía los ojos cerrados, pero yo sabía que me estaba escuchando. Pensé en la forma tan distinta en que habíamos estado tumbadas unas horas antes. Mi desgracia, desde entonces, había disipado por completo mi ardor, pero como ninguna de las dos lo había dicho, y yo pensaba que había que decirlo, susurré:

—¡Ah, si Diana no hubiera aparecido! Era divertido, ¿eh? Hasta que Diana ha venido a estropearlo…

Ella abrió los ojos.

—Era divertido —dijo tristemente—. Siempre lo es hasta que te pillan.

Me miró y tragó saliva.

—No nos irá tan mal, Zena —dije—. Tú eres ahora la única bollera que conozco en Londres, y como estás sola pensé… que podríamos intentarlo, ¿no crees? Podríamos encontrar un cuarto en una pensión. Tú encontrarías trabajo de costurera

o de asistenta. Yo me compraré otro traje, y en cuanto me haya cicatrizado la cara…, bueno, me sé un par de mañas para ganar dinero. Tendremos tus siete libras dentro de un mes. Conseguiremos veinte en un periquete. Y entonces tú podrás viajar a las colonias y yo… —tragué saliva— podría acompañarte. Dijiste que allí siempre necesitan caseras; sin duda, también los hombres necesitarán furcias…, incluso en Australia, ¿no?

Me miró sin decir nada mientras yo hablaba. Acto seguido agachó la cabeza y me besó una sola vez, muy levemente, en los labios. Se dio la vuelta y por fin me quedé dormida.

Cuando desperté era de día. Oí las toses y los escupitajos de mujeres que hablaban, en voz baja y quisquillosa, de las noches que habían pasado y de los días que aún las esperaban. Acostada con los ojos cerrados y la cara entre las manos, no quería verlas, ni tampoco ver una pizca del mundo sórdido que ahora no tenía más alternativa que compartir con ellas. Pensé en Zena y en el plan que le había propuesto; pensé: *Será duro, durísimo, pero Zena me librará de las peores penurias. Sin ella sería muy difícil…*

Retiré las manos de la cara y me volví para mirar hacia el otro lado de la cama; estaba vacía: Zena se había ido. Se había llevado el dinero. Se había levantado al alba, como era su costumbre de sirvienta y me había dejado durmiendo y sin blanca.

Curiosamente, percatarme de esto no me causó un sobresalto: creo que estaba demasiado aturdida para atolondrarme aún más, me sentía demasiado desgraciada para hundirme aún más. Me levanté, saqué de debajo del colchón mi vestido, que estaba más arrugado que antes, y me lo abotoné. La borracha de las cercanías había pagado medio penique por una jofaina de agua templada y me dejó utilizarla, después de haberse lavado, para limpiarme de la mejilla los últimos residuos de sangre y alisarme el pelo. Cuando me miré en el pedazo de espejo que había pegado a la pared, mi rostro parecía una cara de cera que hubiesen aproximado excesivamente a un quemador de alcohol. Cuando me calcé, los pies protestaron: eran unos zapatos que había usado para ejercer de chapero, pero o bien los pies me habían crecido desde entonces, o bien se habían habituado a una piel más suave; en el camino andando hasta Kilburn Road me habían salido ampollas que ahora empezaban a reventar y estaban húmedas, mientras que las medias se me deshilaban.

No permitían quedarse durante el día en el dormitorio de la pensión: a las once llegó una mujer que nos metió prisa a golpes de escoba. Acompañé un trecho a la mujer alcohólica. Al separarnos, arriba de Maida Vale, sacó una bola diminuta de tabaco, lió dos cigarrillos con algunas hebras y me dio uno. Me dijo que el tabaco era la mejor cura para una moradura. Fumé sentada en un banco hasta chamuscarme los dedos; después pensé en mi atolladero.

Mi situación, al fin y al cabo, me resultaba ridículamente conocida: había pasado tanto frío, había estado tan enferma y había sido tan desventurada como ahora cuatro años antes, después de mi huida de Stamford Hill. En aquel entonces,

de todas maneras, tenía dinero y ropas bonitas; tenía comida y tabaco, tenía todo lo necesario para mantenerme, si no feliz, por lo menos viva. Ahora no tenía nada. Me entraron náuseas de hambre y de la resaca del vino; y para conseguir siquiera un penique con que comprar un cucurucho de anguilas tendría que mendigarlo, o hacer lo que Zena me había recomendado y probar suerte como ramera, recostada en una pared chorreante. La idea de mendigar se me hacía odiosa; me resultaba insufrible pensar en el modo de arrancar piedad y unas monedas a la clase de hombres que, quince días antes, habían admirado el corte de mi traje y el brillo de mis gemelos cuando pasé por delante de ellos en compañía de Diana. La idea de que me follasen como a una chica era aún más insoportable.

Me levanté: hacía demasiado frío para estar sentada en un banco todo el día. Recordé lo que Zena me había dicho la noche anterior: que debía volver con los míos, que mi familia me acogería. Le había dicho que no tenía a nadie, pero de pronto pensé que quizás hubiese, en definitiva, un lugar al que acudir. No pensé en mi auténtica familia, la de Whitstable: me parecía entonces que había terminado con ellos para siempre. Pensé, en cambio, en una mujer que había sido para mí como una madre, y también en su hija, que había sido como mi hermana. Pensé en Mrs. Milne y en Gracie. Hacía año y medio que no había tenido contacto con ellas. Les había prometido que las visitaría, pero nunca tuve libertad para hacerlo. Les había prometido enviarles mis señas, o una tarjeta para el cumpleaños de Gracie. La verdad era que, después de los primeros y extraños días en Felicity Place, no las había añorado en absoluto. Pero al recordar sus atenciones me entraron ganas de llorar. Entre Diana y Zena me habían convertido en una paria, pero Mrs. Milne —¡estaba segura!— me acogería en su casa.

Así pues, fui desde Maida Vale a Green Street; caminaba con aire furtivo, debido a mi desgracia, mi vergüenza y el roce de las botas, como si cada paso lo diera descalza sobre el filo de una espada. Cuando por fin llegué allí, la casa me pareció destartalada, pero ya sabía lo que era cambiar un piso por una mansión y al volver encontrarla más modesta de lo que esperaba. No había flor delante de la puerta ni gatito, pero, claro, era invierno, y la calle estaba muy desapacible y fría. Yo sólo pensaba en mi desamparo, y cuando llamé al timbre y nadie vino a abrir, pensé: *Bueno, me sentaré a esperar. Mrs. Milne nunca tarda en volver, y si el frío me entumece, me servirá de escarmiento…*

Pero luego apoyé la cara contra el cristal al lado de la puerta y atisbé el recibidor y vi que las paredes —que antes tenían los cuadros de Gracie, *La luz del mundo*, el ídolo hindú y otros— estaban desnudas; que sólo había marcas en el lugar de los cuadros. Al ver esto temblé, así la aldaba y empecé a aporrear la puerta con una especie de pánico, y grité por el buzón: «Mrs. Milne, Mrs. Milne!» y «¡Gracie! ¡Gracie Milne!». Pero mi voz sonaba hueca, y el recibidor continuó oscuro.

De la casa de vecinos a mi espalda llegó un grito.

—¿Busca a la señora y a su hija? Se han marchado, ¡se fueron hace un mes!

Di media vuelta y alcé la vista. Desde un balcón sobre la calle un hombre me llamaba y me hacía señas de que me acercase a la casa. Fui hasta ella, le miré con

expresión acongojada y pregunté dónde se habían ido.

Él se encogió de hombros.

—A casa de su hermana, he oído decir. La madre se puso muy mala en otoño, y como la hija era una simplona, como ya sabe usted, ¿verdad?, decidieron que no era sensato dejarlas solas. Se llevaron todos los muebles; creo que van a poner la casa en venta. —Me miró la mejilla—. Qué ojo a la virulé tiene en la cara —dijo, como si yo no me hubiera percatado—. Como en la canción, ¿eh? ¡Aunque usted sólo tiene uno!

Le miré fijamente, tiritando mientras él se reía. A su lado, en el balcón, había aparecido una niña rubia, que se agarró a la barandilla y puso los pies sobre los barrotes. Dije:

—¿Dónde vive esa hermana?

Él se dio un tirón en la oreja y pareció pensativo.

—¡Vaya, lo sabía, pero se me ha olvidado!… Creo que era en Bristol; o puede que en Bath…

—¿No vive en Londres, entonces?

—¡Oh, no, en Londres no. ¿O era en Brighton…?

Aparté de él la mirada hacia la casa de Mrs. Milne: hacía la ventana de mi antiguo cuarto y el balcón donde solía sentarme en verano. Cuando volví a mirarle el hombre tenía a la niña en brazos y el viento le columpiaba su pelo dorado en torno a las mejillas: reconocí a los dos como el padre y la hija a los que había visto dando palmadas al son de una mandolina aquella noche fragante de junio, la semana en que conocí a Diana. Habían perdido su hogar y les habían dado otro. Les había visitado aquella muchacha de la beneficencia con aquel nombre romántico.

¡Florence! No creo que me hubiese acordado de ella. No había pensado en ella durante más de un año.

¡Si pudiera encontrarla! Ella buscaba casas para los pobres; quizás me buscase una para mí. Si había sido amable conmigo una vez, ¿no lo sería, si se lo pedía, una segunda? Pensé en su cara agraciada y en su pelo rizado. Había perdido a Diana, había perdido a Zena, y ahora había perdido a Mrs. Milne y a Grace. En todo Londres, Florence era la persona más próxima a una amiga que tenía en aquel momento, y una amiga era la cosa que más ansiaba en el mundo.

Arriba, en el balcón, el hombre miraba a otra parte. Le llamé:

—¡Oiga, señor! —Me acerqué más al muro de la casa y levanté la vista: él y su hija estaban recostados en la barandilla; ella parecía un ángel en el techo de una iglesia. Dije—: No me reconocerá, pero yo vivía ahí, con Mrs. Milne. Estoy buscando a una chica que les visitó cuando llegaron. Trabajaba para la gente que les buscó la vivienda.

Frunció el ceño:

—¿Una chica, dice?

—Una chica de pelo rizado. Una chica feúcha, que se llama Florence. ¿No la conoce? ¿No sabe el nombre de la fundación benéfica donde trabaja? La dirigía una mujer, una mujer muy despierta. Tocaba la mandolina.

El hombre seguía con el ceño fruncido y se rascó la cabeza; pero este último

detalle le refrescó la memoria.

—Aquélla, sí —dijo—. Ya me acuerdo. Y la que la ayudaba, sí, era su compañera, ¿no?

Dije que sí, y añadí:

—¿Y la fundación? ¿Se acuerda de ella, de dónde tiene su sede?

—Su sede…, déjeme pensar… Yo iba allí a menudo, pero no me acuerdo del número concreto. Sé que estaba bastante cerca de Angel, en Islington.

—¿Cerca de Sam Collin's? —pregunté.

—Después de Sam Collin's, en Upper Street. No lejos de la estafeta de correos. Era una puertita en la acera izquierda, entre una taberna y una sastrería…

Fue todo lo que pudo recordar; pensé que tal vez fuera suficiente. Le di las gracias y él sonrió.

—Qué ojo a la virulé —repitió, pero esta vez hablando con su hija—. Como en la canción, ¿eh, Betty?

Para entonces me sentía como si llevara andando un mes. Sospeché que las botas me habían pelado las medias y que estaban en contacto directo con la piel desnuda de los dedos, los talones y los tobillos. Pero no me paré a sentarme en un banco y a desatarme los cordones para averiguarlo. Se había levantado un poco de viento y el cielo estaba plomizo, a pesar de que eran sólo como las dos de la tarde. No sabía a qué hora cerrarían sus despachos las entidades benéficas; no sabía cuánto tiempo tardaría en encontrar la que buscaba; no sabía si Florence seguiría trabajando en ella. Subí, pues, bastante deprisa Pentoville Hill, sin importarme que los pies se me hiciesen puré, y procuré preparar lo que le diría cuando la encontrase. No era empresa fácil. Al fin y al cabo, apenas la conocía; peor aún —no pude por menos de recordarlo—, en una ocasión había concertado una cita con ella y la había dejado plantada. ¿Se acordaría de mí, siquiera? En aquel lóbrego pasillo de Creen Street había tenido la certeza de que sí, pero a cada paso trabajoso que daba estaba cada vez menos segura.

Al final resultó que no me costó mucho tiempo encontrar la oficina. El hombre tenía buena memoria, y Upper Street, por suerte, casi no había cambiado desde la última vez en que él la había visitado: la taberna y la sastrería eran exactamente como él las había descrito, estaban cerca una de la otra en la acera izquierda de la calle, nada más pasar el music-hall. Entre las dos había tres o cuatro puertas que llevaban a las habitaciones y despachos de arriba, y en una de ellas había atornillada una pequeña placa esmaltada que decía: *Viviendas modélicas Ponsonby*. *Directora Miss J. A. D. Derby*; recordé muy bien que éste era el nombre de la mujer con la mandolina. Debajo de la placa había una nota manuscrita, perlada de lluvia, con una flecha que apuntaba a un timbre en un lado de la puerta: *Llame, por favor, y entre*, rezaba. Conque, no sin cierta agitación, hice ambas cosas.

El pasillo detrás de la puerta era muy largo y muy oscuro. Conducía a una ventana que daba a un panorama de ladrillos y tuberías que rezumaban humedad; desde allí sólo se podía seguir hacia arriba, por una escalera de peldaños desnudos.

La barandilla estaba pegajosa, pero la aferré y empecé a subir. Antes de llegar al tercer o cuarto escalón, se abrió una puerta en la cima de la escalera, una cabeza asomó por el hueco y una voz agradable de mujer gritó:

—¡Hola! Es bastante empinada, pero vale la pena el esfuerzo. ¿Necesita una luz?

Respondí que no y subí más deprisa. Arriba del todo, un poco sofocada, una mujer me guió hasta un cuarto minúsculo que contenía un escritorio, un armario y una serie de sillas disparejas. Me senté, obedeciendo a un gesto suyo; ella se encaramó en el borde de la mesa y se cruzó de brazos. De una habitación próxima llegaba el *crak-crak* intermitente de una máquina de escribir.

—Bueno —dijo—, ¿en qué podemos ayudarla? ¡Cómo le han puesto ese ojo!

Yo me había quitado el sombrero, como si fuese un hombre, y mientras ella examinaba mi mejilla —y luego, con mayor precaución, mi cabeza rapada—, yo manoseaba con torpeza la cinta del sombrero. Dijo:

—¿Tiene una cita con nosotras?

Le contesté que no buscaba una casa. Buscaba a una chica.

—¿Una chica?

—Una mujer, más bien. Se llama Florence y trabaja aquí, en la beneficencia.

Ella frunció el ceño.

—Florence —dijo—. ¿Está segura? Aquí sólo estamos Miss Derby, otra mujer y yo.

—Miss Derby —dije, rápidamente— sabe de quién hablo. Estoy segurísima de que trabajaba aquí, porque la última vez que la vi dijo…, dijo…

—¿Dijo…? —me alentó la mujer, más precavida que antes, porque yo me había quedado boquiabierta, y la mano se me había disparado hacia la mejilla hinchada, y maldije, en un acceso de furia desconsolada e impotente.

—Dijo que iba a abandonar este puesto para trasladarse a otro —dije—. ¡Qué idiota he sido! Se me había olvidado. ¡Lo cual significa que hace un año o más que Florence no trabaja aquí!

La mujer asintió.

—Ah, bueno, ya ve, eso fue antes de que yo llegara. Pero, como usted dice, Miss Derby seguro que la recuerda. Al menos esto seguía siendo cierto. Levanté la cabeza.

—Entonces, ¿puedo verla?

—Puede…, pero no hoy, y tampoco mañana, me temo. No estará hasta el viernes.

—¡El viernes! —Una tardanza terrible—. Pues tengo que ver a Florence hoy. ¡Tengo que verla! Tendrá usted una lista, un libro, algo donde diga adónde se ha ido. Alguien aquí tiene que saberlo.

La mujer pareció sorprendida.

—Bueno —dijo lentamente—, quizás lo sepamos… Pero verá, no puedo dar esa información a desconocidos. —Meditó un momento—. ¿No podría escribirle una carta para que nosotras se la hagamos llegar…?

Meneé la cabeza y noté que los ojos me escocían. Debió de verlo y lo interpretó

mal, porque entonces dijo, con suavidad:

—Ah…, ¿quizás no se arregla bien con una pluma…?

Yo habría sido capaz de admitir cualquier cosa con tal de obtener una palabra amable. Moví otra vez la cabeza.

—No muy bien, no.

Ella guardó silencio un instante. Tal vez pensó que si yo no sabía leer ni escribir, no podía haber algo muy siniestro en mi búsqueda. Fuera como fuese, se levantó y dijo: «Espere aquí.» Salió de la habitación y entró en otra, al otro lado del pasillo. El ruido de la máquina de escribir aumentó durante un segundo y luego cesó por completo; en su lugar oí unos cuchicheos, el susurro prolongado de papel y, por último, el choque de un cajón contra un armario.

La mujer volvió con una página en blanco: parecía una carta.

—¡Ha habido suerte! Gracias al magnífico sistema de archivo de Miss Derby hemos localizado a su Florence o, al menos, a una Florence. Se fue de aquí en mil ochocientos noventa y dos, justo antes de que entráramos Miss Bennet y yo. Sin embargo —se puso seria—, no podemos darle su dirección privada, pero se fue de aquí para trabajar en una residencia para chicas sin amigos, y podemos decirle dónde está. La residencia se llama Freemantle House y está en Stratford Road.

¡Una residencia para chicas sin amigos! La sola idea me estremeció y debilitó.

—Tiene que ser ella —dije—. Pero ¿en Stratford? ¿Tan lejos?

Moví los pies debajo de la silla y noté el roce del cuero contra mis talones ensangrentados. Las propias botas estaban embarradas; mi falda había adquirido una franja de quince centímetros de mugre en el dobladillo. La lluvia salpicaba los cristales. «Stratford», repetí, tan compungida que la mujer se me acercó y me puso la mano en el brazo.

—¿No tiene para el trayecto? —preguntó con suavidad. Moví la cabeza.

—He perdido todo mi dinero. ¡Lo he perdido todo!

Me tapé los ojos con la mano y, extenuada, me recosté en el escritorio. Al hacerlo vi lo que había encima. Era la carta. La mujer la había depositado allí, con la cara hacia arriba, sabiendo —creyendo— que yo no sabía leer. Era muy breve; la firmaba la propia Florence —vi que su nombre completo era Florence Banner— y estaba dirigida a Miss Derby. *Tenga a bien aceptar mi dimisión…*, decía. No leí este fragmento, pues en la esquina superior derecha de la página había una fecha y una dirección; no la de Freemantle House sino, claramente, la de la casa que no me permitían conocer. Un número seguido del nombre de la calle: Quilter Street, Bethnal Green, Londres Este. Los memoricé al instante.

La mujer, entretanto, seguía hablando afablemente. Apenas la había escuchado, pero al levantar la cabeza vi lo que estaba haciendo. Había sacado una llave pequeña del bolsillo y con ella había abierto un cajón del escritorio. Estaba diciendo: no tenemos por costumbre hacer esto, pero veo que está muy cansada. Si toma un autobús desde aquí a Aldgate, allí puede tomar otro que la llevará, creo, por la Mill End Road a Stratford. —Extendió la mano. Tenía en la palma tres peniques—. ¿Quizás en el camino se tomará una taza de té?

Cogí las monedas y musité unas palabras de agradecimiento. Entonces sonó un timbre, muy cerca de nosotras, que nos sobresaltó. Miró a un reloj de pared.

—Mis últimos clientes del día —dijo.

Capté la indirecta y me calé el sombrero. Se oyeron pasos en el pasillo de abajo y el sonido de pies en la escalera. La mujer me acompañó a la puerta y llamó a los visitantes: «Adelante, muy bien. Es empinada, pero vale la pena el esfuerzo…» De la penumbra salió un hombre joven seguido de una mujer. Los dos eran atezados —italianos, supuse, o griegos— y tenían un aspecto depauperado y pobre. Todos maniobramos torpemente un momento en la entrada del despacho, sonriendo; al fin la mujer y la joven pareja entraron y yo me quedé sola en el rellano.

Al alzar la cabeza, la mujer me miró.

—¡Buena suerte! —dijo, un tanto distraída—. Espero que encuentre a su amiga.

Como no tenía la menor intención de desplazarme a Stratford, no tomé un autobús, como ella me había recomendado, pero sí una taza de té, en un tenderete con un toldo encima, en High Street. Y cuando devolví la taza a la chica, hice un gesto:

—¿Por dónde se va a Bethnal Street? —le pregunté.

Sola y a pie, Clerkenwell era lo más lejos al este que había ido nunca. Cuando bajé cojeando City Road hacia Old Street, noté que me asaltaba un nerviosismo nuevo. Había oscurecido durante el tiempo que pasé en el despacho, y el aire se había vuelto brumoso y húmedo. Todas las farolas se habían encendido, y todos los coches llevaban una linterna colgando; City Road, empero, no era como el Soho, en cuyas aceras se proyectaba la luz de mil llamas y ventanas. Por cada diez pasos de mi trayecto que estaba iluminado por un charco de luz de gas había otros veinte sumidos en la oscuridad.

La penumbra se disipó un poco en Old Street, pues allí había oficinas y numerosas paradas de autobús y tiendas. Mientras caminaba hacia Hackney Road, sin embargo, pareció espesarse y el entorno se volvió más lúgubre. Los cruces en Angel estaban más o menos decentes; aquí, en cambio, las calles estaban tan sembradas de estiércol que cada vez que pasaba un vehículo me salpicaba basura. Los otros viandantes —que hasta entonces, habían sido trabajadores honrados, hombres y mujeres con abrigos y sombreros tan descoloridos como los míos— también eran más pobres. Llevaban trajes no sólo sucios, sino astrosos. Calzaban botas, pero sin medias. Los hombres llevaban bufandas en lugar de cuellos, y gorras en vez de bombines; las mujeres usaban chales y las chicas iban con mandiles sucios o sin delantal alguno. Todo el mundo parecía arrastrar algún peso: una cesta, un hatillo o un niño en la cadera. La lluvia arreció.

La chica del puesto en Angel me había dicho que me encaminase hacia el mercado Columbia; poco después de adentrarme en Hackney Road, me encontré de pronto en el lindero de su patio grande y sombreado. Tirité. El enorme vestíbulo de granito, con sus torres y tracerías tan complejas como las de una catedral gótica, estaba muy oscuro y silencioso. Agazapados en sus arcadas, unos tipos de apariencia

ruda, con botellas y cigarrillos, se soplaban las manos para calentárselas.

Me sobresaltó un retumbo súbito en la torre del reloj. Resonaron fuera de hora unos tañidos complicados, tan quisquillosos y superfinos como el vestíbulo abandonado del mercado: eran las cuatro y cuarto. Como era demasiado temprano para visitar la casa de Florence si ella trabajaba todo el día, permanecí una hora más en uno de los arcos del mercado, donde el viento no era tan cortante ni la lluvia tan recia. Cuando las campanas dieron las cinco y media entré de nuevo en el patio y miré alrededor: para entonces, estaba ya embotada. Cerca de mí había una niña que llevaba una bandeja grande colgada del cuello y llena de racimos de berros. La abordé para preguntarle si Quilter Street estaba muy lejos, y a continuación, porque me pareció que estaba muy triste, fría y mojada —y también porque tuve la vaga idea de que no debía presentarme ante Florence con las manos vacías—, le compré el más grueso de los ramos. Me costó medio penique.

Con los berros torpemente encajados en el hueco de mi brazo rígido, recorrí el corto trecho hasta la calle que buscaba; no tardé en encontrarme en un extremo de una larga hilera de casas bajas y planas; no era una vecindad nada sórdida, aunque tampoco muy elegante, pues el cristal de algunas de las farolas estaba rajado o había desaparecido, y obstruían la acera aquí y allí, pilas de muebles rotos y montones de lo que las novelas, con delicadeza, llaman cenizas. Miré el número de la puerta más próxima: el número 1. Bajé despacio la calle. El número 5…, el 9…, el 11… Me sentía más débil que nunca…, el 15…, el 17…, el 19…

Aquí me detuve, pues ya veía con claridad la casa que buscaba. Tenía las cortinas corridas contra la oscuridad, y una farola las iluminaba; al verlas, la aprensión me produjo un mareo repentino. Apoyé la mano en la pared para reponerme; pasó un chico junto a mí, silbando, y me guiñó un ojo; supongo que pensó que yo había bebido. Cuando pasó de largo miré a mi alrededor, presa de pánico, las casas desconocidas: recordé la determinación que me había invadido en Green Street, pero ahora me parecía un impulso insensato, una escena de comedia; si se lo contaba a Florence, se reiría en mi cara.

Pero había ido hasta allí y no había retorno. Me arrastré hasta la ventana sonrosada y luego hasta la puerta; llamé y aguardé. Tenía la sensación de haber llamado aquel día a miles de umbrales, y en todos me había visto cruelmente frustrada o rechazada. Me moriría, pensé, si allí no había para mí una palabra bondadosa.

Por fin oí un murmullo y pisadas, abrieron la puerta, y Florence en persona apareció delante, muy parecida a como era la primera vez en que la había visto, atisbando la oscuridad, enmarcada a contraluz y con la misma aureola gloriosa de cabello ardiente. Lancé un suspiro que era también un temblor; entonces vi un movimiento en su cadera y vi lo que sostenía. Era un bebé. Miré después a la habitación que había detrás y vi a otra figura; la de un hombre sentado en mangas de camisa delante de un fuego crepitante, con la vista levantada del periódico que tenía en las rodillas para mirarme con una leve expresión interrogante.

Volví a mirar a Florence.

—¿Sí? —dijo ella. Vi que no me recordaba en absoluto. No me recordaba y, lo que era peor, tenía un marido y un hijo.

Pensé que no podría soportarlo. La cabeza me dio vueltas, cerré los ojos y caí desvanecida en la entrada de la casa.

Capítulo 16

Cuando recobré el conocimiento estaba tumbada encima de una alfombra, al parecer con los pies descansando sobre un pequeño almohadón; a mi lado sentí el calor y el chisporroteo de un fuego, y el murmullo de voces que hablaban bajo en algún lugar cercano. Abrí los ojos: la habitación dio vueltas horriblemente y me pareció que la alfombra se hundía; volví a cerrarlos en el acto y los mantuve bien cerrados hasta que el suelo, como una moneda girando, poco a poco dejó de dar bandazos y se inmovilizó.

Después fue maravilloso yacer simplemente al resplandor del fuego, notando que la vida retornaba a mis miembros doloridos y embotados; me obligué, sin embargo, a considerar mi singular situación y a prestar a mi entorno un poco de atención reflexiva. Comprendí que estaba en la sala de Florence: ella y su marido debían de haberme recogido del umbral y acomodado delante de la lumbre. Eran sus murmullos lo que oía: estaban detrás de mí, a una cierta distancia —era evidente que no habían captado el destello de mis ojos abiertos— y hablaban de mí en un tono interrogante.

—¿Pero quién puede ser? —oí decir al hombre.

—No lo sé —dijo Florence. Hubo un crujido, seguido de un silencio, en el que percibí que ella amusgaba los ojos para observar mis facciones—. Pero —continuó— hay algo en su cara que me resulta conocido…

—Mira que mejilla —dijo el hombre, en voz más baja—. Mira su pobre traje y su sombrero. ¡Mira que pelo! ¿Crees que habrá estado en la cárcel? ¿No podría ser una de tus chicas recién salida del reformatorio? —Hubo otra pausa; tal vez Florence se encogió de hombros—. Pues yo diría que ha estado en la cárcel —prosiguió el hombre—, a juzgar por el penoso estado de su pelo…

Oír esto me indignó una pizca, y la indignación me hizo dar un respingo.

—¡Mira! —dijo el hombre—. Está despertando.

Al abrir de nuevo los ojos le vi inclinarse sobre mí. Era un hombre de rasgos muy agradables, con el pelo corto, de un color rubio rojizo, y un conjunto de bigotes y patillas que le asemejaba al marinero que aparece en los paquetes de tabaco Players. Esta idea me despertó al instante el deseo de fumar un cigarrillo, y emití una tosecilla seca. El hombre se acuclilló y me dio una palmada en el hombro.

—Oiga, señorita —dijo—. ¿Se encuentra bien, querida? ¿Se ha recuperado? Está entre amigos, ¿sabe?

Su voz y sus modales eran tan afables que —todavía débil y levemente aturdida por el desmayo— noté que las lágrimas asomaban a mis ojos y me llevé una mano a la frente para contenerlas. Al retirar la mano me pareció ver sangre; di un grito,

creyendo que estaba otra vez sangrando por la nariz. Pero no era sangre; era sólo la lluvia que había empapado mi sombrero burdo y el tinte se había esparcido por mi frente en grandes vetas carmesíes y húmedas.

¡En qué macho me había convertido Diana! Pensarlo precipitó por fin una oleada de terribles y serios sollozos de vergüenza. Al verlo, el hombre sacó un pañuelo y me palmeó de nuevo el brazo.

—Supongo —dijo— que le apetecerá tomar algo caliente.

Asentí y él se levantó y se fue. Florence ocupó su sitio. Debía de haber dejado al bebé en alguna parte, pues ahora tenía los brazos rígidamente cruzados sobre el pecho.

—¿Se siente mejor? —me preguntó. Su tono no era tan amable como había sido el del marido, y su mirada era más severa. Dije que sí con un gesto, y ella me ayudó a levantarme del suelo y a sentarme en una butaca cerca del fuego. Vi que el bebé estaba tumbado de espaldas en otra, uniendo y desuniendo sus manitas. De una habitación contigua —la cocina, supuse— llegó el tintineo de vajilla y un silbido desafinado. Me soné la nariz y me sequé la cabeza; lloré otro poco y me quedé más calmada. Miré a Florence y dije:

—Siento haberme presentado aquí en semejante estado. —Ella no dijo nada—. Supongo que se preguntará quién soy… Ella esbozó una débil sonrisa.

—Un poco, sí.

—Soy… —empecé, y tosí para encubrir mi titubeo. ¿Qué podía decirle? ¿Soy la chica que flirteó contigo un día, hace dieciocho meses? ¿Soy la chica que te invitó a cenar y te dejó plantada, sin decir una palabra, en Judd Street?—. Soy una amiga de Miss Derby —dije al fin.

Florence parpadeó.

—¿Miss Derby? —dijo—. ¿Miss Derby, la del Ponsonby Trust? Asentí.

—Sí… La vi a usted una vez, hace mucho tiempo. Pasaba por Bethnal Green para hacer una visita y se me ocurrió venir a verla. Le he traído unos berros…

Giramos la cabeza y los miramos. Los habían colocado en una mesa cerca de la puerta y tenían un aspecto mustio, porque yo, al desmayarme, había caído sobre ellos. Las hojas estaban aplastadas y negras, los tallos rotos y el papel que los envolvía mojado y verde.

—Muy amable por su parte —dijo Florence. Sonreí, algo nerviosa. Hubo un segundo de silencio; entonces el bebé dio una patada y un grito y ella se agachó para cogerle en brazos y estrecharlo contra el pecho, diciendo—: ¿Quieres que mamá te coja? Ya, ya.

El hombre reapareció con una taza de té y un plato con pan y mantequilla que depositó, con una sonrisa, en el brazo de la butaca. Florence posó la barbilla en la cabeza del bebé.

—Ralph —dijo—, esta mujer es amiga de Miss Derby… ¿Te acuerdas de la Miss Derby para la que yo trabajaba?

—Santo cielo —dijo el hombre: Ralph. Seguía en mangas de camisa; cogió su chaqueta del respaldo de una silla y se la puso. Yo me ocupé de la taza y el plato. El

té estaba muy caliente y dulce: el mejor té, pensé, que había tomado nunca. El bebé volvió a llorar y Florence empezó a acunarle y mecerle, y a acariciarle la cabeza con la mejilla, distraídamente. Pronto el lloro se transformó en gorgoteo y enseguida en un suspiro; al oírlo, yo también suspiré, pero lo convertí en un soplo con que enfriar el té, por si acaso pensaban que iba a ponerme a llorar de nuevo.

Hubo otro silencio; luego Florence dijo:

—Me temo que he olvidado su nombre. Al parecer, nos vimos una vez —explicó a Ralph. Yo carraspeé.

—Miss Astley —dije—. Miss Nancy Astley. Florence asintió; Ralph me tendió la mano y la estrechó cordialmente.

—Encantado de conocerla, Miss Astley —dijo. Señaló con un gesto mi mejilla—. Vaya ojo que le han puesto.

—Sí, ¿verdad? —dije.

—Quizás se haya desmayado por culpa de ese golpe. Nos ha dado un buen susto.

—Lo siento. Creo que tiene razón, debió de ser el golpe. Yo… Me lo dio un hombre en la calle, con una escalera.

—¡Una escalera!

—Sí, él… se dio media vuelta de sopetón, sin verme, y…

—¡Vaya! —dijo Ralph—. ¡Parece mentira que pasen esas cosas, como no sea en una comedía, en el teatro!

Le dirigí una sonrisa apagada, bajé los ojos y ataqué el pan con mantequilla. Me pareció que Florence me estaba escudriñando con mucha atención.

El bebé estornudó y, mientras su madre le ponía un pañuelo en la nariz, dije, sin gran entusiasmo:

—¡Qué niño más guapo!

Al instante sus padres volvieron los ojos hacia mí, con idénticas y tontas sonrisas de placer y de inquietud. Florence alzó en el aire al bebé y lo distanció un poco para que le diera la luz de la lámpara, y vi con sorpresa que ciertamente era muy bonito; lejos de parecerse a su madre, tenía rasgos hermosos, el pelo muy moreno y un labio diminuto, saliente y rosado.

Ralph se inclinó para acariciar la cabeza de su hijo, que se bamboleaba.

—Es una monada —dijo—, pero hoy tiene más sueño que de costumbre. Durante el día le cuida una chica que vive en la acera de enfrente, y estamos seguros de que le pone láudano en la leche para que no llore. No se lo reprocho —añadió rápidamente—. Tiene que cuidar a tantos niños para ganarse el sueldo, que el ruido le ensordece cuando todos empiezan a llorar. Aun así, preferiría que no lo hiciese. No creo que sea muy saludable…

Hablamos un momento de este tema y luego admiramos al bebé un rato; después guardamos silencio.

—¿Así que es amiga de Miss Derby? —porfió Ralph.

Miré velozmente a Florence. Estaba acunando de nuevo al niño, pero mantenía un semblante pensativo.

—Así es —dije.

—¿Y cómo está Miss Derby? —dijo Ralph.

—¡Oh, bien, usted ya la conoce!

—Igual que siempre, entonces, ¿no?

—Igual que siempre —dije—. Exactamente igual.

—¿Sigue en el Ponsonby?

—Sigue allí. Sigue haciendo buenas obras. Sigue tocando la mandolina.

Levanté las manos y ejecuté con desgana unos acordes imaginarios, pero al ver esto Florence dejó de acunar al bebé y endureció la mirada. Me apresuré a volver la mía hacia Ralph, que había sonreído al oír mis palabras.

—La mandolina de Miss Derby —dijo, como si le divirtiera este recuerdo—. ¡A cuántas familias sin techo habrá alegrado con ella! —Parpadeó—. Me había olvidado de eso…

—Yo también —dijo Florence, con un tono totalmente desprovisto de ironía. Mastiqué muy fuerte y muy deprisa una corteza de pan. Ralph volvió a sonreír y dijo, con la mayor dulzura:

—¿Y dónde conoció usted a Flo? Tragué saliva.

—Pues… —empecé.

—Creo —dijo la propia Florence—, creo que fue en Green Street, ¿verdad, Miss Astley? En Green Street, que sale de Gray's Inn Road, ¿no?

Posé el plato y alcé la vista hacia ella. Tuve un segundo de placer al descubrir que al fin y al cabo no había olvidado a la chica que la había mirado, con tanto descaro, aquella remota noche cálida de junio; pero temblé al ver la dureza de su expresión.

—Ay —dije, cerrando los ojos y tocándome la frente—. Creo que no me siento bien después de todo.

Sentí que Ralph daba un paso hacia mí y se paraba: Florence debió de detenerle con una mirada significativa.

—Creo que Cyril debería subir ya, Ralph —dijo en voz baja. Oí cómo el niño pasaba de unos brazos a otros, después el sonido de una puerta que se abría y se cerraba, y por último el de botas sobre una escalera y el crujido de tablas en la habitación de encima de nuestras cabezas. Luego hubo un silencio; Florence se sentó en la otra butaca y suspiró.

—¿De veras la enfermaría mucho, Miss Astley —dijo con una voz cansada— decirme por qué ha venido aquí? —La miré, pero no pude hablar—. No creo que Miss Derby le haya recomendado que venga.

—No —dije—. Sólo la vi aquella vez, en Green Street.

—¿Entonces quién le ha dicho dónde vivo?

—Otra señora de la oficina de Ponsonby —dije—. No me lo ha dicho, pero tenía su dirección sobre el escritorio y yo… la he visto.

—La ha visto.

—Sí.

—Y ha pensado en visitarme… Me mordí el labio.

—Estoy en un aprieto —dije—. Me acordé de usted… —Me acordé, estuve a punto de añadir, de una chica más amable de lo que está demostrando que es—. La mujer de la oficina me ha dicho que trabajaba en una residencia para chicas sin amigos…

—¡Y trabajo! Pero no aquí. Esto es mi casa.

—Pero yo no tengo amigos, no conozco a nadie —dije con la voz entrecortada—. Estoy más sola de lo que pueda imaginarse.

—La verdad es que ha cambiado mucho —dijo al cabo de un momento— desde la última vez que nos vimos.

Bajé la mirada hacia mi vestido arrugado, mis botas espantosas. Luego la miré. Entonces vi que ella también estaba cambiada. Parecía más mayor y más delgada, y la delgadez no la favorecía. El pelo, que yo recordaba tan rizado, lo tenía recogido en la nuca en un moño compacto, y el vestido que llevaba era feo y muy oscuro. En conjunto, parecía tan sobria como Mrs. Hooper, el ama de llaves de Felicity Place.

Respiré hondo para mantener firme la voz.

—¿Qué puedo hacer? —dije simplemente—. No tengo adónde ir. No tengo dinero, no tengo casa…

—Lo siento por usted, Miss Astley —respondió, aturullada—. Pero Bethnal Green está llena de chicas en apuros. Si acogiera a todas las que vienen, ¡tendría que vivir en un castillo! Además, yo… no la conozco, no sé nada de usted.

—Por favor —dije— Sólo una noche. Si supiera cuántas puertas me han cerrado. Creo de verdad que si me echa a la calle me iré caminando hasta un río o un canal y me lanzaré al agua para ahogarme.

Ella frunció el ceño; se llevó un dedo a los labios y se mordió una uña; entonces advertí que las tenía todas muy cortas y mordisqueadas.

—¿En qué aprieto se encuentra exactamente? —dijo por fin—. Mr. Banner ha pensado que quizás ha salido de…, en fin, de la cárcel.

Moví la cabeza y dije con voz cansina:

—La verdad es que he estado viviendo con alguien; y me han echado a la calle. Se han quedado con mis cosas… ¡Oh, unas cosas tan preciosas! Y me han dejado como a una pobre desgraciada y confundida…

La voz me sonó pastosa. Florence me observó en silencio un momento. Después dijo, tras pensárselo mucho:

—¿Y esa persona era…?

Pero yo vacilé. Si le decía la verdad, ¿qué haría ella? En una ocasión la había tomado casi por bollera, pero ahora…, bueno, quizás había sido siempre una chica corriente que me había invitado a una conferencia por pura amistad. O quizás le habían gustado las chicas en un tiempo y luego les había vuelto la espalda… ¡Como Kitty! Este pensamiento me indujo a la cautela: yo sabía muy bien qué acogida dispensaría Kitty a una marimacho que se presentara magullada en la puerta de su casa. Hundí la cabeza en las manos.

—Un hombre —dije, en voz baja—. He estado viviendo en la casa de un

caballero, en St. John's Wood, durante año y medio. Le dejé que me hiciera… —recordé una expresión de Mrs. Milne— una ristra de promesas. Me compró toda clase de ropas. Y ahora… —Levanté la mirada hacia ella—. Debe de creer que soy una malvada. ¡Me dijo que se casaría conmigo!

Ella pareció sorprendidísima, pero también había empezado a apiadarse.

—Supongo que ha sido ese individuo el que le ha puesto así el ojo, y no una escalera —dijo.

Asentí, y levanté una mano hasta la herida de mi mejilla; al recordarlo, me toqué el pelo con los dedos.

—¡Era un demonio! —dije—. Como era muy rico, hacía lo que quería. Me vio en el balcón, lo mismo que usted, con unos pantalones. Él… —Me sonrojé—. Le gustaba disfrazarme de chico, con un traje de marino…

—¡Oh! —exclamó, como si nunca hubiera oído nada tan atroz—. Los ricos son los peores, ¡se lo juro! ¿No tiene familia a la que recurrir?

—Me…, me han rechazado todos, a causa de este asunto.

Al oír esto movió la cabeza; volvió a ponerse pensativa y me lanzó una mirada rápida a la cintura.

—¿No estará…? ¿Está usted…? —preguntó, en voz baja.

—¿Si estoy…? —No pude evitarlo; era como si ella me estuviese dictando el texto para que yo se lo repitiera—. He estado —dije, con los ojos en mi regazo—, pero él arregló el problema cuando me pegó. Creo que ha sido por eso por lo que estaba tan mal hace un rato…

Entonces se le pintó en la cara una expresión extraña y bondadosa, y asintió, tragó saliva… Vi que la había convencido.

—Si de verdad no tiene ningún sitio, no importará, supongo, que se quede una noche, pero sólo una noche, aquí, con nosotros. Y mañana le diré los nombres de algunos sitios donde podría encontrar una cama…

—¡Oh! —De puro alivio, estuve a punto de desmayarme de nuevo—. Y a Mr. Banner, ¿no le importará? —pregunté.

Resultó que Banner no tenía el menor reparo en que yo me quedase a dormir allí: de hecho, al igual que antes, se mostró más agradable que su esposa, y se desvivió para que yo me sintiese a gusto. Cuando cenaron —porque yo les había interrumpido cuando estaban a punto de tomar el té—, él me puso el plato y me lo llenó de estofado. Fue a buscarme un chal cuando tirité, y cuando me vio entrar cojeando en la habitación, después de una visita al excusado, me hizo quitarme las botas y me trajo una palangana de agua con sal para lavar mis pies llenos de ampollas. Por último —y lo mejor de todo—, cogió de un estante de la librería una lata de tabaco, lió dos pulcros cigarrillos y me ofreció uno.

Florence, entretanto, permaneció toda la velada sentada a la mesa de la cena, un poco apartada de nosotros, despachando una pila de papeles: quise suponer que eran listas de chicas sin amigos; hojas de contabilidad, quizás, de Freemantle House. Cuando encendimos los pitillos ella alzó la cabeza y olió, pero no expresó queja

alguna; de vez en cuando suspiraba o bostezaba, o se frotaba la nariz como si le doliera, y entonces su marido le dirigía unas palabras de aliento o de afecto. Una vez lloró el niño; ella ladeó la cabeza pero no se movió; fue Ralph quien se levantó, sin refunfuñar lo más mínimo, para atender al bebé. Ella siguió trabajando: escribía, leía, comparaba páginas, proponía direcciones en sobres… Trabajaba mientras Ralph bostezaba, hasta que al final se levantó, éste se estiró, rozó con los labios la mejilla de Florence y cortésmente nos deseó buenas noches; ella siguió trabajando mientras yo bostezaba y empezaba a adormilarme. Por fin, a eso de las once y media, recogió sus papeles y se pasó la mano por la cara. Al verme dio un respingo: creí de verdad que, en su diligencia, se había olvidado de mi presencia.

Al advertirla se ruborizó y después frunció el ceño.

—Más vale que me retire, Miss Astley —dijo—. Espero que no le importe dormir aquí. Me temo que no tenemos otro sitio para usted.

Sonreí. No me importaba, aunque pensé que debía de haber una habitación libre arriba y me pregunté para mis adentros por qué no me instalaba en ella. Me ayudó a juntar las dos butacas y fue a buscar una almohada, una manta y una sábana.

—¿Necesita algo? —me preguntó—. El retrete está ahí fuera, como sabe. Si tiene sed, hay una jarra de agua limpia en la cocina. Ralph se levantará como a las seis, y yo a las siete, o más temprano, si Cyril me despierta. Tendrá que marcharse a las ocho, cuando yo salga.

Asentí rápidamente. En aquel momento no tenía ganas de pensar en el día siguiente. Hubo un silencio embarazoso. Ella parecía tan cansada y normal que tuve el impulso insensato de darle un beso de buenas noches en la mejilla, como había hecho Ralph. No lo hice, por supuesto; sólo di un paso hacia ella mientras se despedía con un gesto y se disponía a dirigirse a la escalera, y dije:

—No puedo decirle cuánto se lo agradezco, Mrs. Banner. Ha sido muy amable conmigo, a pesar de que apenas me conoce; y sobre todo su marido, que no me conoce de nada.

Al decir yo esto ella se volvió y parpadeó. Puso la mano en el respaldo de una silla y esbozó una sonrisa extraña.

—¿Ha creído que era mi marido? —dijo. Yo vacilé, sonrojándome de pronto.

—Bueno, yo…

—¡No es mi marido! Es mi hermano.

¡Su hermano! Su sonrisa se prolongó al ver mi confusión, y luego se rió: por un momento fue la chica coqueta con quien yo había hablado en Green Street, hacía tantos meses…

Pero entonces el bebé, en la habitación de arriba, lanzó un grito y las dos miramos hacia el techo; yo noté que me ruborizaba. Su sonrisa se borró al verlo.

—Cyril no es hijo mío —se apresuró a decir—, aunque digo que lo es. Su madre se hospedaba con nosotros y lo acogimos cuando ella… se marchó. Ahora le queremos mucho…

La desmaña con que lo dijo revelaba que allí había alguna historia: quizás la

madre estaba en la cárcel; quizás el hijo fuese de una prima, una hermana o una novia de Ralph. Tales cosas ocurrían muy a menudo en familias de Whitstable: no le di mucha importancia. Me limité a asentir, luego bostecé. Y, al verme, ella bostezó también.

—Buenas noches, Miss Astley —dijo, con la boca tapada por la mano. Ya no parecía la chica de Green Street. Sólo parecía cansada y más corriente que nunca.

Aguardé un momento mientras ella subía la escalera; oí cómo arrastraba los pies arriba y, naturalmente, supuse que debía de compartir la habitación con el bebé; cogí una lámpara y salí al retrete. El patio era muy pequeño, y sus cuatro lados estaban rodeados de paredes y ventanas oscuras; me entretuve un segundo en las baldosas heladas, mirando a las estrellas y aspirando los débiles efluvios del este de Londres, para mí desconocidos: un olor a río y a coles. Un susurro en el patio contiguo me turbó y sobresaltó, temiendo que hubiera ratas. No eran ratas, sin embargo, sino conejos: había cuatro en una conejera, y sus ojos brillaron como joyas en la luz que enfoqué hacia ellos.

Dormí en enaguas, mitad tumbada y mitad sentada entre las dos butacas, envuelta en las mantas y con el vestido encima de ellas, para tener más calor. No suena muy confortable, pero de hecho era sumamente cómodo, y a pesar de todos los motivos que tenía para sentirme enferma e inquieta, descubrí que sólo podía bostezar y sonreír al notar la blandura de los almohadones debajo de mi espalda y el calor del fuego que se extinguía a mi lado. Me desperté dos veces durante la noche: la primera, a causa del sonido de gritos en la calle, y de los portazos y el chirrido del atizador en la rejilla de la casa de al lado; y la segunda, debido al llanto del bebé en el cuarto de Florence. Éste lloró en la oscuridad, me estremeció, porque me recordó las noches espantosas que había pasado en casa de Mrs. Best, en aquella alcoba gris que daba al mercado de Smithfield. No duró mucho, sin embargo. Oí que Florence se levantaba, cruzaba el cuarto y se volvía —con Cyril, supuse— a la cama. Y después el niño no se movió más, ni yo tampoco.

A la mañana siguiente me despertó el portazo de la puerta trasera; era Ralph, pensé, que se iba al trabajo, porque el reloj marcaba las siete menos diez. Poco después hubo movimiento en el piso de arriba, cuando Florence se levantó y se vistió, y mucha actividad fuera, en la calle, que a mí, acostumbrada a dormir en la mansión silenciosa de Diana, sin que me molestaran los madrugadores, me pareció increíblemente próxima.

Permanecí quieta, mientras me abandonaba poco a poco la satisfacción de la noche. No quería levantarme y afrontar el día, volverme a calzar las botas apretadas, despedirme de Florence y ser de nuevo una chica sin amigos. La sala se había quedado muy fría durante la noche, y mí pequeña cama improvisada parecía el único sitio caliente. Me tapé la cabeza con las mantas y gemí; descubrí que gemir me gratificaba, y en consecuencia gemí aún más fuerte… Sólo dejé de hacerlo cuando oí el pestillo de la puerta; retiré entonces las mantas de mi cara para ver a Florence, que amusgaba los ojos, con semblante grave, tratando de verme en la penumbra.

—¿Sigue enferma? —dijo. Moví la cabeza.

—No. Estaba… gimiendo.

—Oh. —Miró a otro lado—. Ralph nos ha dejado un poco de té. ¿Le traigo una taza?

—Sí, por favor.

—Y luego… tendrá que levantarse, me temo.

—Por supuesto —dije—. Ahora me levanto.

Pero cuando ella se fue comprendí que no podía levantarme. Tenía que estar tumbada. Sentía urgencia de ir de nuevo al excusado; sabía que era una tremenda grosería demorarse acostada en la sala de unos desconocidos. Pero me sentía como si por la noche me hubiese visitado un cirujano que me había extirpado todos los huesos y los había reemplazado por barras de plomo. No podía hacer nada…, nada más que estar tumbada.

Florence me trajo té y lo tomé; después volví a tumbarme. La oí moverse por la cocina, limpiando al bebé; al volver a la sala descorrió las cortinas significativamente.

—Son las ocho menos cuarto, Miss Astley —dijo—. Tengo que llevar a Cyril a la acera de enfrente. ¿Estará levantada y vestida cuando vuelva, verdad? ¿Lo estará?

—Oh, desde luego —dije, pero cuando ella reapareció, cinco minutos más tarde, no me había movido ni un centímetro. Ella me miró y meneó la cabeza. Le devolví la mirada.

—Sabe que no puede quedarse aquí. Tengo que ir a trabajar, y tengo que ir ahora. Si me retrasa un poco más, llegaré tarde.

Dicho esto, agarró la parte inferior de la manta. Pero yo sujeté la superior.

—No puedo —dije—. Debo de estar enferma.

—¡Si está enferma, tiene que ir a un sitio donde la atiendan como es debido!

—¡No estoy tan enferma! —grité—. Pero si pudiera quedarme un ratito acostada, hasta recobrar las fuerzas… Vaya a trabajar y yo me iré, y cuando vuelva ya habré dejado la casa mucho tiempo antes. Puede fiarse de mí, se le aseguro. No me llevaré nada.

—¡Hay bien poco que llevarse! —exclamó. Me arrojó su extremo de la manta y se puso una manó en la frente—. Oh —dijo—, ¡cómo me duele la cabeza!

La miré sin decir nada. Por fin pareció que se esforzaba en calmarse, y dijo con voz severa:

—Supongo que hará lo que me ha dicho y que se irá enseguida.

Cogió el abrigo colgado detrás de la puerta y se lo puso. Luego recogió su bolso, rebuscó dentro y sacó un pedazo de papel y una moneda.

—Le he hecho una lista —dijo— de hostales y casas en donde podría buscar una cama. El dinero —era media corona— es de mi hermano. Me ha pedido que le despida de su parte y le desee buena suerte.

—Es un hombre muy bueno —dije.

Ella se encogió de hombros, se abrochó el abrigo, se puso el sombrero y se clavó un alfiler en él. El abrigo y el sombrero eran de color barro. Dijo:

—Hay un pedazo de bacon todavía caliente en la cocina que puede tomar para

el desayuno. Luego…, ¡oh!, luego tiene que irse, por fuerza.

—¡Se lo prometo!

Asintió y tiró de la puerta. De la calle entró una ráfaga de aire glacial que me hizo tiritar. Florence también tiritó. El viento le desplazó de la frente el ala del sombrero, ella entornó sus ojos avellana y tensó la mandíbula. Dije:

—¡Miss Banner! ¿Podría…, podría volver alguna vez, de visita? Me gustaría…, me gustaría ver a su hermano y darle las gracias…

Me gustaría verla a ella, quería decir. Había ido allí a hacerme amiga suya. Pero no sabía cómo decírselo.

Se llevó una mano al cuello y pestañeó ante el viento.

—Haga lo que quiera —dijo, y cerró la puerta, dejando tras ella la sala helada, y vi su sombra en el encaje de la ventana cuando se alejaba.

En cuanto se hubo ido, me pareció que se me aligeraban, a la vez y como por milagro, todos mis miembros plúmbeos. Me levanté, me arrastré de nuevo al retrete gélido; luego encontré la rebanada de bacon que me habían dejado, cogí un mendrugo y un puñado de berros y desayuné de pie junto a la ventana de la cocina, mirando ciegamente aquel entorno desconocido.

Después, me froté las manos, miré alrededor y empecé a preguntarme qué iba a hacer.

En la cocina, por lo menos, hacía calor, pues alguien —Ralph, seguramente— había encendido temprano un pequeño fuego en el fogón, y los carbones estaban sólo medio consumidos. Era una lástima desperdiciar aquel calor delicioso, y me dije que no había nada malo en calentar un poco de agua para lavarme. Abrí la puerta de un armario, en busca de un cazo que poner en el hornillo, y encontré una plancha. Al verla pensé: *No les importará tampoco que la caliente para darle un planchado a mi vestido…*

Mientras aguardaba a que se calentasen estas cosas, volví a la sala para separar las butacas que me habían servido de cama y poner las mantas en un montón ordenado. Hecho esto, hice lo que al principio por desconcierto y luego por somnolencia no pude hacer la noche anterior. Me levanté y eché un buen vistazo al cuarto.

Era muy pequeño, como ya he dicho —mucho más, desde luego, que mi antiguo dormitorio en Felicity Place—, y no tenía lámparas de gas, sino sólo de petróleo y candeleros. El mobiliario y los objetos decorativos se me antojaron una mezcla curiosa. En las paredes no había ningún papel, como en la casa de Diana, sino que estaban pintadas de un azul disparejo, como un taller: como decoración sólo había un par de anuarios —el de aquel año y el del anterior— y dos o tres grabados insípidos. Dos alfombras cubrían el suelo, una vieja y raída y la otra nueva, de un colorido vivo, áspera y bastante rústica: la típica alfombra que tejería un pastor que sufriese alguna dolencia ocular para matar el tiempo en las interminables horas tenebrosas de un invierno en las Hébridas. La repisa de la chimenea estaba recubierto por un chal colgante, como en la casa de mi madre, y encima de la repisa había la clase de adornos que de niña había visto en todas las casas de amigas y primas: una

pastora de loza polvorienta con el cayado roto y toscamente arreglado; un fragmento de coral debajo de una cúpula de cristal manchada de hollín; un reloj de mesa reluciente.

Al lado de estas cosas, sin embargo, había otras menos previsibles: una postal arrugada, con una foto de obreros y las palabras *¡Seis peniques al estibador o huelga!*; un ídolo oriental bastante deslustrado; un grabado en color de un hombre y una mujer con ropa de trabajo y la mano derecha enlazada, mientras con la izquierda sostenían una pancarta ondeando: *¡La unidad hace la fuerza!*

Estas cosas no me interesaban mucho. A continuación inspeccioné el nicho que había detrás de la campana de la chimenea, donde había una serie de estanterías caseras repletas de libros y revistas. Esta colección era asimismo muy variada y estaba polvorienta. Había un buen surtido de clásicos a un chelín —Longfellow, Dickens, autores así— y un par de novelas baratas; pero había también un conjunto de textos políticos y dos o tres volúmenes de lo que podrían considerarse poemas de calidad. Había visto uno de ellos, al menos —*Hojas de hierba*, de Walt Whitman—, en los anaqueles de Diana en Felicity Place. Había intentando leerlo un día, en un rato de ocio; me había parecido aburridísimo.

Las estanterías y su contenido retuvieron mi atención durante unos minutos; después la reclamaron dos fotografías que colgaban del raíl de encima. La primera era un retrato de familia, tan envarado, singular y maravillosamente intrigante como lo son todos. En primer lugar busqué a Florence y la encontré —con unos quince años, y muy lozana, rolliza y seria— sentada entre una mujer de cabello blanco y otra chica más joven y más morena, que apuntaba ya la prestancia de una camarera y que pensé que debía de ser una hermana suya. Detrás de ellas, de pie, estaban los tres chicos: Ralph, pero sin sus bigotes de marinero y con un alzacuello; un hermano algo mayor que se le parecía mucho, y otro hermano más mayor. No estaba el padre.

El segundo retrato era una fotografía de postal: la habían insertado en el borde de un marco grande, pero por la esquina un poco curvada asomaba una voluta de escritura descolorida en el reverso. El modelo de la foto era una mujer: tenía la frente despejada y el pelo moreno despeinado, parecía muy tiesa en su asiento, y su mirada era grave. Pensé que podría ser la hermana del grupo familiar, ya adulta; o bien una amiga de Florence, o una prima; en fin, podría ser cualquiera. Me incliné para intentar leer las letras que asomaban por la curva del cartón, pero quedaban ocultas y no quise arrancar la postal de su sitio: no me intrigaba tanto. Entonces oí el borboteo de la cazuela de agua que había puesto en el fogón y fui corriendo a retirarla del fuego.

Encontré una pequeña palangana de hojalata para lavarme y una jaboneta de cocina verde; después, como no había toalla, y no me pareció apropiado utilizar el trapo, bailoteé delante del hornillo hasta que estuve lo bastante seca para ponerme mis enaguas sucias. Con un ligero suspiro, recordé el precioso cuarto de baño de Diana; aquel armario de cremas que me gustaba probar durante horas seguidas. Aun así, era maravilloso volver a estar limpia, y después de haberme peinado y arreglado la cara (me restregué la herida con un poco de vinagre y luego un poco de harina);

después de haberme quitado la mugre de mis faldas y de haberlas planchado antes de ponérmelas, me sentí en condiciones, caliente y, aunque no fuese muy razonable, alegre. Volví a la sala —estaba como a unos diez pasos—, permanecí en ella un segundo y regresé a la cocina. Pensé que la casa era muy agradable, pero ya me había fijado en que no estaba muy limpia. Vi que las alfombras necesitaban una buena sacudida. Los zócalos estaban raspados y salpicados de barro. Todos los estantes y los cuadros tenían tanto polvo como hollín tenía el manto de la chimenea. Si aquélla fuera mi casa, pensé, la tendría como los chorros del oro.

Entonces tuve una idea estupenda. Corrí a la sala y miré al reloj. Había transcurrido menos de una hora desde que Florence se había ido, y ni ella ni Ralph, supuse, volverían antes de las cinco. Esto me daba un plazo de ocho horas enteras; un poco menos, calculé, si quería asegurarme de encontrar un cuarto en alguna pensión o algún hostal mientras todavía era de día.

¿Cuánta limpieza se podía hacer en ocho horas? No lo sabía; por general, era Alice la que ayudaba a mi madre en mi casa; yo casi no había limpiado nada en toda mi vida; en los últimos tiempos tenía criadas que limpiaban por mí. Pero sentí el impulso de adecentar aquella casa donde había estado tan contenta, aunque brevemente. Sería una especie de regalo de despedida para Florence y Ralph. Yo sería como una chica de un cuento que barre la casita de los enanos o la cueva de los ladrones mientras los enanos y los ladrones están trabajando.

Creo que aquel día trajiné más que nunca, y al repensar en la diligencia de aquellas horas me he preguntado si lo que estaba limpiando no sería en verdad mi propia alma. Empecé encendiendo un fuego más grande en el hornillo para calentar más agua. Luego descubrí que había consumido todo el agua que había en la casa: tuve que acarrear renqueando dos cubos grandes por Quilter Street, en busca de un grifo público; cuando lo encontré había una cola de mujeres delante, y tuve que esperar media hora hasta que quedó libre el grifo, que no era más que un reguero, y que a veces sólo borboteaba y se extinguía. Las mujeres me miraron de arriba abajo: me miraban el ojo, y sobre todo la cabeza, porque me la había cubierto con una gorra de Ralph en lugar de mi sombrero húmedo, y vieron que debajo tenía el pelo rapado y afeitado. Pero no se mostraron nada hostiles. Una o dos de ellas, que me habían visto salir de la casa, me preguntaron si era una inquilina de los Banner, y yo respondí que sólo estaba de paso. Parecieron contentarse con esto, como si la gente de paso fuera algo muy habitual en aquel barrio.

Cuando a duras penas llegué con el agua a la casa, la puse a calentar en el fogón y me puse un delantal grande y mugriento que encontré colgado en la parte trasera de la puerta de la cocina. Primero limpié con un trapo mojado todas las cosas sucias de hollín y de polvo; luego limpié la ventana y después los zócalos. Las alfombras las saqué al patio; las colgué en el tendedero y las sacudí hasta dolerme el brazo. Mientras lo hacía, se abrió la puerta trasera de la casa vecina y salió al escalón una mujer con las mangas remangadas como las mías y las mejillas también coloradas. Al verme me saludó con un gesto al que yo correspondí.

—Vaya trabajito, limpiar la casa de los Banner —dijo. Sonreí, agradecida por el

descanso, y me sequé el sudor de la frente y el labio.

—¿Se les conoce por su suciedad, entonces?

—En esta calle sí —dijo ella—. Se ocupan muchísimo de las casas de otra gente y no lo bastante de la suya. Ése es el problema.

Aun así lo dijo de buen humor: no pareció insinuar que Ralph y Florence fueran unos entrometidos. Me froté el hombro dolorido.

—Supongo que usted es la nueva inquilina —dijo. Moví la cabeza y repetí lo que les había dicho a los otros vecinos: que sólo estaba de paso. Ella pareció tan satisfecha como los demás con mi respuesta. Me observó durante un ratito cuando reanudé mi tarea y luego se metió en la casa sin decir nada más.

Una vez sacudidas las alfombras, barrí la chimenea de la sala: encontré un poco de grafito en la cocina y empecé a pasarlo. No había limpiado una rejilla desde que me fui de casa, aunque le había visto mil veces a Zena limpiar la chimenea de Diana, y lo recordaba como una labor sencilla. De hecho, por supuesto, era un trabajo sucio y penoso que me ocupó una hora y me arrebató la mitad del entusiasmo con que lo había acometido. Pero no me paré a descansar. Barrí los suelos y luego los restregué; limpié los azulejos de la cocina, el fogón y la ventana. No quise aventurarme en el piso de arriba, pero fregoteé la sala y la cocina, incluso el retrete y el patio, hasta que quedaron relucientes, hasta que brilló cada superficie que debía hacerlo y todos los colores recobraron su viveza, apagada y empañada por el polvo.

Mi triunfo definitivo fue la entrada de la casa: la barrí, la limpié y la restregué con una piedra de la chimenea hasta dejarla tan blanca como cualquier otro umbral de la calle, y los brazos, ennegrecidos por el grafito, se me quedaron veteados de creta desde los codos hasta las uñas. Al terminar, me arrodillé unos instantes para admirar el efecto de mi obra y enderezar mi espalda dolorida, tan tonificada por el trabajo que no me molestó la brisa de enero. Entonces vi a una figura que salía de la casa de al lado y alcé la mirada para ver a una niña con un vestido andrajoso y unas botas de una talla exagerada que se me acercaba con una taza de té desbordante.

—Mamá dice que debes de estar reventada, y que te dé esto —dijo. Luego agachó la cabeza—. Pero tengo que quedarme contigo mientras te lo bebes, para estar segura de que recuperamos la taza.

El té estaba enturbiado por un poco de leche desnatada y empalagaba de puro dulce. Lo bebí rápidamente, mientras la niña tiritaba y pateaba el suelo con el pie.

—¿Hoy no tienes escuela? —le pregunté.

—Hoy no. Es día de limpieza, y mamá me necesita en casa para que los bebés no le enreden entre las piernas.

Mientras me hablaba tenía la vista clavada en mi pelo rapado. El suyo era rubio y —de un modo muy parecido al mío en otro tiempo— serpenteaba entre sus omóplatos salientes en una trenza larga y desgreñada.

Eran cerca de las tres y media, y cuando volví a la cocina de Florence para limpiarme las manos y los brazos sucios, descubrí que la oscuridad se iba adueñando de la casa. Me quité el delantal y encendí una lámpara: dediqué unos minutos a deambular entre las habitaciones, inspeccionando la transformación que había

operado. Pensé, como un niño, en lo contentos que se pondrían… ¡Qué contentos…! Sin embargo, ya no estaba tan alegre como seis horas antes. A semejanza de la luz menguante, al otro lado de la ventana de la sala, una idea sombría mellaba los bordes de mi satisfacción: la idea de que tenía que irme y buscar algún refugio. Cogí la lista que me había confeccionado Florence. Su escritura era muy pulcra, pero la tinta le había ensuciado los dedos y había una mancha en la parte de la hoja donde había posado su mano cansada.

Se me hacía insoportable la idea de marcharme, de recorrer la lista de albergues y que me enseñaran camas en un cuarto como aquel en que había dormido con Zena. Me iría al cabo de una hora; entretanto volví a pensar, resueltamente, en lo encantados que estarían Ralph y Florence al volver a casa y encontrarla limpia; luego, con mayor entusiasmo, pensé: *¡Y cuánto más encantados estarían si volvieran a su casa adecentada y encontrasen la cena hirviendo en el fogón!* Por lo que pude ver, no había mucha comida en las alacenas, pero estaba, por supuesto, la media corona que me habían dejado… No me paré a pensar en que tenía que guardarla para atender a mis propias necesidades. Cogí la moneda —que estaba donde Florence la había depositado, pues yo sólo la había levantado para limpiar con un trapo lo que había debajo y había vuelto a dejarla en su sitio— y bajé Quilter Street rumbo hacia los tenderetes y carretillas de Hackney Road.

Media hora después estaba de regreso. Había comprado pan, carne, verduras y una piña, por el simple hecho de su apariencia preciosa en la carretilla de un frutero. Durante año y medio sólo había comido chuletas y ropa vieja, patés y frutas confitadas; pero había un plato que Mrs. Milne solía cocinar, consistente en puré de patatas, puré de coles, carne de ternera acecinada y cebolla; Grace y yo nos relamíamos al verlo servido en la mesa. Pensé que no sería muy difícil de hacer y me puse a guisarlo para Ralph y Florence.

Había puesto a hervir las patatas y la col, y estaba dorando las cebollas, cuando llamaron a la puerta. Me sobresalté y luego me sentí azorada. Me había puesto tan a mis anchas que instintivamente pensé que debía contestar, pero ¿debía hacerlo? ¿No había un punto en que la solicitud, si se persistía en ella, se tornaba impertinencia? Miré la cazuela de cebollas, mis mangas remangadas. ¿No había quizás franqueado ya aquel punto?

Me lo estaba preguntando cuando volvieron a llamar, y esta vez no vacilé, sino que fui derecha a la puerta y la abrí. Frente a mí había una chica: una chica bastante guapa, con una boina escocesa de terciopelo por la que asomaba su pelo moreno.

—¡Oh! ¿Así que Florrie no está en casa? —dijo al verme, y miró rápidamente mis brazos, mi vestido, mi ojo morado y después mi pelo.

—Miss Banner no está, estoy sola —dije, resoplando, y creo que percibí el olor a cebollas quemándose—. Escuche —proseguí—. Estoy friendo algo… ¿Le importa…?

Corrí a la cocina para salvar el plato. Para mi sorpresa oí un portazo en la puerta de la calle y vi que la chica me había seguido. Al volverme vi que se estaba desabrochando el abrigo y mirando alrededor, maravillada.

—Dios mío —dijo. Su voz tenía un deje de buena cuna, pero no era en absoluto

altiva—. He llamado porque he visto el escalón de la entrada y he pensado que Florrie habría sufrido un ataque. Ahora veo que o ha perdido la chaveta o aquí han entrado las hadas.

—He sido yo la que ha limpiado todo esto… —dije.

Se rió, enseñando los dientes.

—Entonces usted debe de ser el rey de las hadas. ¿O es una reina? No sé si su pelo no cuadra con su ropa o si es al revés. Si esto —volvió a reírse— significa algo.

No supe a qué se refería. Me limité a decir, como una repipi, que estaba esperando a que me creciera el pelo, y ella respondió: «¡Ah!», y su sonrisa se hizo más pequeña. Añadió, con cierta perplejidad:

—¿Y es usted huéspeda de Ralph y Florence?

—Me han hecho el favor de dejarme dormir esta noche en la sala, pero hoy tengo que marcharme. A propósito, ¿qué hora tiene?

Me enseñó el reloj; las cinco menos cuarto, mucho más tarde de lo que yo pensaba.

—Tengo que irme enseguida.

Retiré la cazuela del fuego —las cebollas se habían dorado un poco más de la cuenta— y empecé a buscar un bol.

—Oh —dijo ella, desdeñando mi prisa con un ademán—, por lo menos tome una taza de té conmigo.

Puso a hervir agua y yo removí las patatas con un tenedor.

El plato, tal como lo guisé, no se parecía en nada al que hacía Mrs. Milne, y cuando lo probé no estaba tan sabroso como el de ella. Lo dejé a un lado y fruncí el ceño. La chica me tendió una taza. Se recostó en el aparador, a sus anchas, dio un sorbo de su taza y bostezó.

—¡Qué día he tenido! —dijo—. ¿No apesto como una rata? Me he pasado la tarde en una alcantarilla.

—¿En una alcantarilla?

—Eso mismo. Soy asistente de inspección sanitaria. No ponga esa cara; fue todo un triunfo conseguir ese empleo. Consideran que las mujeres son demasiado delicadas para esa clase de trabajo.

—Creo que yo preferiría serlo que conseguir ese puesto —dije.

—¡Oh, pero si es maravilloso! Sólo de vez en cuando tengo que inspeccionar cloacas, como hoy. La mayoría de las veces tomo medidas, hablo con los obreros y me informo de si pasan mucho calor o mucho frío, si tienen suficiente aire para respirar y locales de aseo decentes. Tengo una orden del gobierno, ¿y sabe lo que significa? Que puedo exigir que me enseñen una oficina o un taller, y sí no está en condiciones, puedo exigir que lo solucionen. Puedo hacer que cierren edificios, que los modifiquen… —Agitó las manos—. Los capataces me odian. Los patronos avarientos, desde Bow a Richmond, no quieren verme ni en pintura. ¡No cambiaría este empleo por nada del mundo!

Sonreí ante el entusiasmo de su tono; tal vez fuera inspectora sanitaria, pero tenía también a mi entender, algo de actriz. Dio otro trago de té.

—En fin —dijo, después de ingerirlo—, ¿desde cuándo es amiga de Florrie?

—Bueno, amiga no es la palabra exacta, digamos…

—¿No la conoce a fondo?

—En absoluto.

—Qué lástima —dijo ella, moviendo la cabeza—. Estos últimos meses no ha sido ella. Ha sido otra persona…

Creo que habría seguido hablando si en aquel momento no se hubiera oído el sonido de la puerta al abrirse y a continuación el de pasos en el suelo de la sala.

—¡Oh, maldición! —exclamé. Dejé la taza, miré frenéticamente a mi alrededor y pasé corriendo por delante de la chica hacia la puerta de la antecocina. No me paré a pensarlo; no le dije una palabra ni la miré. Salté dentro del pequeño aparador y cerré la puerta detrás de mí. Desde allí agucé el oído.

—¿Hay alguien aquí?

Era la voz de Florence. La oí entrar con cautela en la cocina. Entonces debió de ver a su amiga.

—Annie, oh, ¡eres tú! Gracias a Dios. Por un momento he pensado… ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Qué pasa? ¿Qué le ha pasado al escalón de la entrada? ¿Y qué es ese guiso en el fogón?

—Florrie…

—¿Qué?

—Creo que debería decírtelo; la verdad es que creo que estoy obligada a decírtelo…

—¿Qué? Me estás asustando.

—Hay una chica en la cocina.

Hubo un silencio durante el cual barajé mis alternativas. Había muy pocas; opté, pues, por la más noble. Agarré el picaporte del aparador y abrí la puerta. Florence, al verme, dio un respingo.

—Estaba a punto de irme —dije—. Se lo juro. Miré a la tal Annie, que asintió.

—Es cierto —dijo—. Es cierto.

Florence me miró. Salí de la cocina y pasé de refilón por delante de ella, en dirección a la sala. Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué demonios ha estado haciendo? —preguntó mientras yo buscaba mi sombrero—. ¿Por qué todo parece tan raro?

Cogió una caja de cerillas y encendió dos lámparas de petróleo y un par de velas. Mil superficies pulidas absorbieron la luz; Florence se sobresaltó.

—¡Ha limpiado la casa!

—Sólo las habitaciones de abajo. Y el patio. Y el escalón de la entrada —dije, con un acento de desventura creciente—. Y he preparado la cena.

Me miró boquiabierta.

—¿Por qué?

—La casa estaba sucia. La vecina de al lado me ha dicho que todo el mundo les

conoce por eso…

—¿Ha hablado con la vecina?

—Me ha ofrecido un té.

—La dejo en mi casa un día y la transforma entera. Traba relación con los vecinos. Me figuro que se ha hecho íntima de mi mejor amiga. ¿Y qué le ha estado contando?

—¡No le he dicho nada, te lo aseguro! —gritó Annie desde la cocina.

Tiré de un hilo que se me había soltado en el puño.

—Pensé que le agradaría —dije en voz baja— tener la casa limpia. Pensé…

Había pensado que así le caería en gracia. En el mundo de Diana habría surtido ese efecto o alguno parecido.

—Me gustaba mi casa tal como estaba —dijo.

—No le creo —contesté; y, viendo que vacilaba, añadí lo que supongo que planeaba decirle desde el principio—: ¡Déjeme quedarme, Miss Banner! ¡Déjeme, por favor!

Me miró desconcertada.

—¡No puedo, Miss Astley!

—Podría dormir aquí, como esta noche. Limpiaría y guisaría, como he hecho hoy. Podría hacer la colada. —Me volvía más impetuosa y desesperada a medida que hablaba—. ¡Oh, cómo me habría gustado hacer estas cosas cuando estaba en la casa de St. John's Wood! Pero el demonio con quien vivía decía que deberían hacerlo las criadas…, que se me estropearían las manos. Pero si me quedase aquí…, bueno, cuidaría al bebé mientras ustedes trabajan. ¡Yo no le daría láudano cuando llorase!

Los ojos de Florence estaban ahora más abiertos que nunca.

—¿Limpiar y hacer la colada? ¿Cuidar a Cyril? ¡No le consentiría hacer nada semejante!

—¿Por qué no? ¡He visto a cincuenta mujeres hoy en esta calle haciendo estas cosas! Es lo natural, ¿no? Si yo fuese su mujer…, la mujer de Ralph, quiero decir, sin duda es lo que haría.

Ella se cruzó de brazos.

—En esta casa, Miss Astley, ése es seguramente el peor argumento que podría haber encontrado.

No obstante, mientras hablaba, se abrió la puerta de la calle y apareció Ralph. Llevaba un periódico de la tarde debajo de un brazo, y a Cyril en el otro.

—Caray —dijo—, ¡mira cómo brilla este escalón! Me da miedo pisarlo. —Sonrió al verme—. Hola, ¿todavía por aquí? —Miró alrededor—. ¡Y mira todo esto! ¿No me habré equivocado de sala?

Florence se le aproximó para coger al bebé, y luego empujó a Ralph hacia la cocina. Oí allí sus exclamaciones efusivas; primero a propósito de Annie, después del asado con patatas y por último de la piña. Florence forcejeó con Cyril un momento; el niño se revolvía, quisquilloso y al borde del llanto. Me acerqué a ella y —con una audacia tremenda, pues el último bebé que había cogido en brazos había sido el de mi prima, hacía cuatro años, y él me había chillado a la cara— dije:

—Démelo, los bebés me quieren.

Florence me lo entregó y, en virtud de algún milagro extraordinario —quizás porque le sostenía de un modo tan inexperto que se quedó pasmado—, recostó la cabeza en mi hombro, suspiró y se quedó tranquilo.

De haber tenido más experiencia en la materia, yo habría podido pensar que la imagen de su hijo adoptivo quieto y contento en los brazos de una chica sería la última cosa que pudiese convencer a una madre de que ésta se quedase a vivir en su casa; sin embargo, cuando volví a mirar a Florence vi que tenía los ojos clavados en mí, con una expresión —al igual que la noche anterior— extraña y casi triste, pero asimismo sumamente tierna. Se le había desprendido un rizo del moño y le colgaba lacio sobre la frente. Al levantar la mano para retirárselo del ojo, me pareció que la yema de su dedo estaba un poco humedecida.

Pensé: Diantre, fue un error actuar de travestida, debería haber hecho melodramas. Me mordí el labio y tragué saliva.

—Adiós, Cyril —dije, con la voz un poco temblorosa—. Ahora tengo que ponerme mi sombrero mojado y salir a la oscuridad de la noche para encontrar un banco donde dormir…

Pero esto, al fin y al cabo, resultó excesivo. Florence resopló y adoptó de nuevo una cara severa.

—Muy bien —dijo—. Puede quedarse… una semana. Y si sale bien, haremos un mes de prueba: me figuro que habrá que pagarle una parte del sueldo familiar por cuidar a Cyril y hacer las tareas domésticas. Pero si no resulta, tiene que prometerme, Miss Astley, que se irá de esta casa.

Se lo prometí. Acomodé al bebé un poco más arriba de mi hombro y Florence miró a otro lado. No me paré a observar qué expresión tenía entonces. Me limité a sonreír: posé los labios en la cabeza de Cyril —tenía un cierto olor agrio— y le besé.

¡Cuánto agradecí en aquel momento el haber mentido acerca de Diana! ¿Qué importaba que yo no fuese todo lo que fingía ser? En un tiempo había sido una chica corriente; podría volver a serlo; incluso tal vez fuesen como unas vacaciones. Rememoré mi historia reciente y me estremecí; volví a mirar a Florence y me alegré —como me había alegrado en otra ocasión— de que fuera una chica feúcha y corriente. Había sacado un pañuelo y se estaba sonando; luego gritó a Ralph que pusiera la tetera en el fuego. Mis deseos habían sido raudos y me habían inducido a placeres virulentos: pero sabía que ella nunca los despertaría. Mi corazón tan tierno se había endurecido en otro tiempo, y en la última época se había encallecido aún más; pero no había posibilidad alguna de que se ablandase, pensé, en Quilter Street.

Capítulo 17

Una de las invitadas que había ido disfrazada de María Antonieta a la horrible fiesta de Diana no se había vestido de reina, sino de pastora, con un cayado en la mano: yo le había oído decir a otra mujer (que la había confundido con Bo Peep, la del poema infantil) que María Antonieta tenía una casa campestre en el jardín de su palacio, y que le hacía gracia jugar allí con todas sus amigas disfrazadas de lecheras y aldeanas. Me acordé de este relato con cierta amargura en las primeras semanas que pasé en Quilter Street. Creo que me sentía un poco como la reina francesa el día en que me puse un delantal y limpié la casa de Florence y le guisé la cena; creo que hasta me sentí como aquélla el segundo día que hice esto. Para el tercero, sin embargo —el tercer día que hice la cola en la calle para que el caño borbotease su chorrito de agua turbia, que limpié con grafito la chimenea y el fogón, que blanqueé el escalón y restregué el retrete—, estaba dispuesta a colgar el cayado y volver a mi palacio. Pero, por supuesto, me habían cerrado sus puertas; ahora debía trabajar de firme. Y además debía hacerlo con un bebé que se me retorcía en los brazos —o que gateaba por el suelo, dándose coscorrones contra los muebles— o, la mayoría de las veces, lloraba a moco tendido en su cuna del piso de arriba porque quería leche o pan con mantequilla, A pesar de mis promesas a Florence, si hubiese habido ginebra en la casa se la habría dado al niño, o quizás la hubiese ingerido yo para hacer mis tareas un poco más alegre. Pero no había ginebra, y Cyril estaba espabilado y mis quehaceres eran arduos. Y no me podía quejar, ni siquiera a mí misma, pues sabía que, por deprimente que fuera, no lo era tanto como los hábitos que tendría que aprender si abandonaba Bethnal Green para probar fortuna a la intemperie, sin amigos y en invierno.

Conque no me quejaba, pero pensaba a menudo en Felicity Place. Pensaba en lo tranquila y lo bonita que era aquella plaza; en lo magnífica que era la mansión de Diana, lo agradables que eran sus dormitorios, lo clara, cálida, perfumada, lustrosa… ; en suma, lo distinta que era a la casa de Florence, emplazada en uno de los barrios más pobres y ruidosos de la ciudad; tenía un cuarto oscuro que hacía las veces de alcoba, un comedor, una biblioteca y una sala; tenía ventanas que vibraban y chimeneas que humeaban, y una puerta que continuamente se abría y se cerraba o era aporreada por un puño. Se me antojaba que la calle entera era de caucho, tal era el trasiego que había de gritos y risas, de gente y olores y perros, de una casa a las vecinas. No debería haberme importado, ya que, en definitiva, me había criado en una calle parecida y en una casa donde mis primos bajaban y subían con estrépito la escalera y el salón podía estar lleno, cualquier día de la semana, de gente que bebía cerveza, jugaba a las cartas y en ocasiones reñía. Pero yo había perdido la costumbre

de aguantarlo, y ahora me resultaba fatigoso.

Allí también había muchas visitas. Las que hacía, por ejemplo, la familia de Florence: su hermano con su mujer y los niños; su hermana, Janet. El hermano era el primogénito del retrato familiar (el mediano se había ido a Canadá); trabajaba de carnicero y a veces nos traía carne, pero era bastante engreído: se había mudado a una casa en Epping, y consideraba a Ralph un idiota por haberse quedado en Quilter Street, donde toda la familia había crecido. Aquel hermano no me gustaba mucho. En cambio, me encariñé al instante de Janet que venía más a menudo. Tenía dieciocho o diecinueve años, y era de huesos grandes y guapa; al verla en la foto había pensado que había nacido para camarera, y por eso me hizo gracia saber que trabajaba en un bar de la City y que se alojaba con la familia propietaria, en sus aposentos encima del local. Florence se desvivía por ella: la madre de ambas había muerto cuando las hermanas eran todavía muy jóvenes (el padre ya llevaba muerto muchos años), y ella la había criado sola y como todas las hermanas mayores, estaba convencida de que a Janet la echaría a perder el primer hombre que le pusiera las manos encima.

—Se casará sin pensárselo dos veces —me dijo, hastiada, la primera vez que Janet la visitó después de haberme instalado yo en la casa—. Empezará a parir un hijo tras otro, perderá la belleza y morirá ajada a los cuarenta y tres años, como nuestra madre.

Cuando Janet venía a cenar se quedaba a pasar la noche; dormía en la cama de Florence, y yo oía sus murmullos y risas desde la sala donde estaba acostada: aquellos sonidos me perturbaban mucho. Pero era maravillosa la naturalidad con que Janet me trataba cuando me veía servir los arenques en la mesa del desayuno o pasar por el rodillo la ropa interior de su hermano un día de colada. «Muy bien, Nancy, decía: me llamó «Nancy» desde el principio. El día que nos conocimos yo tenía todavía el ojo morado, y ella, al verlo, silbó: «Apuesto a que eso te lo ha hecho una chica, ¿verdad? Una chica siempre busca los ojos. Un tío va por los dientes.»

Cuando la casa no se estremecía hasta los cimientos por el estruendo de los pasos de Janet en la escalera, temblaba ante las discusiones y las risas de las amigas de Florence, que venían asiduamente a traer libros, panfletos y algunos chismes, y se quedaban a tomar el té. Aquellas chicas formaban un grupo muy peculiar. Todas trabajaban, pero al igual que Annie Page, la inspectora de sanidad, ninguna de ellas tenía un empleo aburrido y sencillo: hacer sombreros de fieltro, o plumas de adorno o atender un comercio. Todas trabajaban en entidades benéficas o en centros de beneficencia: tenían sus listas de tullidos, inmigrantes o huérfanas, y no cejaban en su empeño de buscarles trabajo, hogares o sociedades filantrópicas. Todas las historias que contaban empezaban igual: «Hoy ha venido una chica a la oficina…»

«Hoy ha venido una chica que acaba de salir de la cárcel y a la que su madre le ha robado el bebé y se ha marchado con él…»

«Hoy ha venido una pobre mujer; la trajeron de la India para trabajar de sirvienta y ahora la familia no quiere pagarle el viaje de vuelta…»

«Hoy ha venido una mujer a la que un caballero, después de buscarle la ruina le ha propinado semejante tunda que…» Sin embargo, esta historia en concreto nunca

la terminaban: la chica que la estaba contando me veía sentada en una butaca, junto al codo de Florence, se sonrojaba, se llevaba la taza a los labios y cambiaba de tema. Todos conocían mi desventura —mi relato falso— a través de Florence. Cuando no encubrían su sonrojo tras la taza de té, me llevaban aparte para preguntarme en privado si ya me encontraba bien, y para recomendarme algún hombre que podría ayudarme si decidía llevar mi caso a los tribunales, o bien un tratamiento a base de verduras que facilitaría la curación de mi mejilla…

Todos los miembros del círculo de amistades de Ralph y Florence eran, de hecho, empalagosamente afables, serios y concienzudos en esta clase de asuntos. Como no pude por menos de descubrir muy pronto, los Banner eran activistas destacados del movimiento obrero local; siempre tenían entre manos un proyecto desesperado o un plan encaminado a que se aprobase o se impidiese la promulgación de una ley; la sala, en consecuencia, siempre estaba llena de gente que celebraba reuniones de urgencia o debates monótonos. Ralph era cortador en una fábrica de seda y secretario del sindicato de la seda. Florence, además de trabajar en la residencia femenina de Stratford, la Freemantle House, colaboraba con una asociación denominada Liga Cooperativa de Mujeres: era trabajo sindical (no listas de chicas sin amigos, como yo había supuesto) lo que la había atareado hasta tan tarde la noche de mi llegada a su casa, y lo que, en suma, la mantenía ocupada hasta altas horas muchas noches, equilibrando presupuestos y escribiendo cartas. En aquella primera época, alguna que otra vez yo echaba un vistazo a las páginas en las que trabajaba; pero viera lo que viese me hacía fruncir el ceño. «¿Qué significa cooperativa?», le pregunté una vez. No era una palabra que hubiese oído emplear en Felicity Place.

Y, sin embargo, había momentos en Quilter Street, cuando estaba sirviendo tazas de té, liando cigarrillos, cuidando a bebés mientras los demás discutían y reían, en que pensaba que igualmente habría podido estar en el salón de Diana, vestida con una túnica. Allí nadie me preguntaba nunca nada, porque no creían que yo pudiese tener una opinión digna de atención; pero al menos les gustaba mirarme. En casa de Florence nadie me miraba y, lo que era aún peor, todos suponían que yo tenía que ser tan enérgica y bondadosa como ellos. Por lo tanto, vivía en un pánico constante de desengañarles sin querer; de que alguien me preguntase mi opinión sobre el SDF o el ILP, y de que mi respuesta dejase bien claro que no sólo confundía el SDF con el WLF y el ILP con el WTUL, sino que no tenía la menor idea, ni nunca la había tenido, de lo que significaban estas siglas. Un día en que confesé tímidamente, unas seis semanas después de mi llegada, que apenas sabía la diferencia entre un tory y un liberal, lo tomaron como una agudeza. «¡Qué razón tiene, Miss Astley!», había contestado un hombre. «No hay ninguna diferencia, y si todo el mundo fuese tan lúcido como usted, nuestra labor sería mucho más fácil.» Sonreí y no dije nada más. Luego recogí las tazas y me llevé a Cyril a la cocina, y mientras aguardaba a que se calentase la tetera le canté una vieja canción del music-hall que le hizo patalear y gorjear.

Entonces apareció Florence.

—Qué canción más bonita —dijo con aire distraído. Se estaba frotando los

ojos—. Ralph y yo vamos a salir… ¿No te importará cuidar a Cyril? En casa de una familia al fondo de la calle… se han presentado los alguaciles. Les he dicho que iríamos, por si las cosas se ponían feas…

Siempre había algo así: algún vecino en apuros que necesitaba dinero o ayuda, o bien había que escribir una carta o presentarse ante la policía, y siempre recurrían a Ralph y a Florence. No llevaba yo una semana con ellos cuando vi a Ralph interrumpir su cena y correr por la calle en mangas de camisa para brindar unas palabras de consuelo y dar unas monedas a un hombre que había perdido el empleo. Esta conducta me parecía de locos. En Whitstable éramos amables con nuestros vecinos, pero la amabilidad tenía límites; mamá no disponía de tiempo para esposas irresponsables o para holgazanes y borrachos. Florence y Ralph, en cambio, ayudaban a todo el mundo, incluso —o sobre todo, me pareció— a los padres haraganes o a las madres abandonadas contra los que se habían indispuesto sus convecinos de Bethnal Green. Reaccioné con brusquedad al enterarme de que Florence iba a visitar a la familia que tenía a los alguaciles en casa.

—Sois un par de santos, vosotros dos —dije, llenando un cuenco de agua con jabón—. Nunca tenéis un minuto libre para vosotros. Tenéis una casa bonita, ahora que estoy yo para atenderla, y ni un momento para disfrutarla. Ganáis un sueldo decente entre los dos ¡y lo regaláis entero!

—¡Me mudaría a Hampstead si quisiera cerrar la puerta a mis vecinos y contemplar toda la noche mis preciosas paredes! —contestó, pasándose una mano por sus facciones demacradas—. He vivido toda la vida en esta casa; no hay una familia en esta calle que no haya ayudado a mi madre, en una ocasión u otra, cuando éramos niños y las cosas eran difíciles. Tienes razón: Ralph y yo ganamos un salario digno entre los dos; pero ¿crees que podría disfrutar de mis treinta chelines sabiendo que Mrs. Monks, que vive al lado, tiene que apañarse con diez para sacar adelante a todas sus hijas? ¿Y que Mrs. Kenny, en la acera de enfrente, cuyo marido está enfermo, tiene que arreglarse con los tres chelines que gana dejándose las pestañas para hacer esas flores de papel todas las noches…?

—Está bien —dije. Me lanzaba con frecuencia parrafadas de este género, y yo pensaba que era como una hija del pueblo en las novelas sentimentales sobre la vida en el East End: a María Jex le gustaba leer estas novelas y Diana se burlaba de ella. Pero no se lo dije a Florence. No le dije nada, pero cuando ella, Ralph y sus amigos del sindicato se hubieron ido, me dejé caer pesadamente en una butaca de la sala. Lo cierto era que detestaba su caridad; odiaba sus buenas obras, sus misiones, a los huérfanos que protegían. Les aborrecía porque yo era uno de ellos. Yo había creído que Florence me había acogido en su casa como si me concediera una merced extraordinaria, pero ¿qué clase de distinción era aquélla cuando ella y su hermano, cada poco tiempo, recogían al primer pordiosero que encontraban tambaleándose en la calle, víctima de su mala estrella, y le daban de cenar? No era que a mí me desatendiesen. Yo sabía que Ralph, por ejemplo, era el hombre más bueno que había conocido en mi vida: nadie, ni la más encallecida sáfica de la ciudad, habría podido vivir con Ralph sin quererle un poco; y yo —que me tenía por una marimacho nada

blanda— aprendí enseguida a quererle mucho. Florence también era afable conmigo, a su manera cansina y distraída. Pero aunque comía lo que yo guisaba, aunque me confiaba a Cyril para que le lavara, le vistiese y le acostara, y aunque, transcurrido un mes, había accedido a que me quedase en su casa si quería, y mandó a Ralph al desván para que me bajara una carriola que ella dijo que sería más cómoda que las dos butacas de la sala; aunque hiciese todas estas cosas, no las hacía como si las hiciese por mí. Las hacía porque las cenas y el cuidado de Cyril le permitían dedicar más horas a otras causas. Me había dado trabajo como una señora se lo daría a una chica descarriada que acaba de salir de la cárcel.

No habría sido yo misma si su indiferencia no me hubiese despechado un poco. Había pasado dieciocho meses en Felicity Place, amoldando mi conducta a los deseos de mujeres lascivas hasta adquirir tanta pericia y sutileza en este terreno como un fabricante de guantes: no podía tirar por la borda aquellas mañas sólo porque ahora también había aprendido a limpiar una chimenea. Mis habilidades, sin embargo, no surtían efecto con Florence. «No puede ser una lesbi», me decía a mí misma, pues aunque nunca coqueteaba conmigo, por nuestra sala pasaban muchas chicas y nunca, ni una sola vez, la vi flirteando con ninguna de ellas. Pero tampoco la había visto coquetear con un hombre. Finalmente supuse que era demasiado buena para enamorarse de nadie.

Y, a fin de cuentas, yo no había ido a Quilter Street para flirtear; había ido para ser una chica corriente. Y el saber que no había ojos que seducir ni deseo que despertar me volvió aún más ordinaria. Me dejé crecer el pelo, que, de todos modos, al cabo de un par de semanas había perdido su corte militar; hasta empecé a rizarle las puntas. Mis botas prietas perdieron rigidez a medida que me las ponía, pero las troqué por un par de zapatos con lazos en un tenderete de ropa de segunda mano. Hice lo mismo con mi sombrero y mi vestido andrajoso: los cambié por un sombrero con flores engastadas en un alambre y un vestido con una cinta en el cuello. «¡Vaya, qué vestido más bonito!», me dijo Ralph cuando lo estrené, pero él, por hacerme sonreír, me habría dicho que estaba guapa envuelta en una tira de papel de estraza. La verdad era que estaba hecha una facha desde que me fui de St. John's Wood, y ahora, con un vestido estampado, me había convertido en un adefesio. Había comprado el tipo de ropa que usaba en Whitstable y con Kitty, y me pareció recordar que en aquella época me consideraban una chica guapetona. Pero era como si el hecho de haberme travestido de hombre me hubiera incapacitado para la feminidad, como por arte de magia y para siempre; como si la mandíbula se me hubiera puesto más firme, las cejas más gruesas, las caderas más finas y las manos enormes para adaptarme a las ropas que Diana me había puesto. El ojo morado no tardó en curarse, pero la pelea con el libro de Dickie me había dejado una cicatriz en la mejilla —todavía la tengo— que, combinada con la nueva firmeza de mis hombros y muslos, adquirida a fuerza de acarrear cubos y blanquear escalones, me daba un cierto sello de rudeza. Por las mañanas, cuando me lavaba en una palangana en la cocina y me veía reflejada desde un cierto ángulo en la ventana oscurecida, parecía un chico que se enjuaga después de un combate de boxeo en un vestuario masculino. ¡Cómo me

habría admirado Diana! Ya he dicho, sin embargo, que en Quilter Street nadie se fijaba en mi figura. Para cuando Ralph y Florence bajaban a desayunar, yo ya llevaba puesto mi vestido y me había rizado el pelo; y, la mayoría de los días, Florence se tomaba el té de un trago y decía que no tenía tiempo de comer nada, pues tenía que pasar por el sindicato de camino al trabajo. Ralph despachaba los arenques rojos que ella había dejado en el plato —«¡No me digas, Cyril, que no parecen riquísimos!»—, y ella se marchaba sin mirarme siquiera, enrollándose una bufanda en la garganta como una anciana de noventa años.

Por mucho que pensara en ella —y pasé muchas horas haciéndolo, pues las faenas domésticas no te permiten ocupar mucho el cerebro, y lo mismo habría podido pensar en ella que en cualquier otra cosa—, no lograba entenderla. La Florence de cuando la había conocido, la de Green Street, era una joven alegre; el pelo le formaba bucles semejantes a los muelles de una cama, llevaba faldas de colores vivos como la mostaza y se reía y enseñaba los dientes. La Florence Banner de Bethnal Green, en cambio, era una mujer seria y abatida. Tenía el pelo lacio y se ponía vestidos oscuros o de color herrumbre, polvo o ceniza; y cuando sonreía era una sorpresa, porque no te lo esperabas, y te retraías.

Descubrí, en efecto, que tenía un carácter voluble. Era buena como un ángel con los pobres indignos de Bethnal Green, pero en casa a veces estaba deprimida y muy a menudo enfadada; yo veía a su hermano y a sus amigas pasar de puntillas a su lado para no despertarla: me parecía increíble la paciencia que todos observaban con ella. Podía ser la persona más alegre del mundo durante varios días seguidos, pero luego volvía a casa de un paseo, o bien despertaba una mañana, como de un sueño agitado, descorazonada. A mi entender, lo más extraño de todo era su modo de comportarse con Cyril, pues aunque yo sabía que le amaba como a un hijo, a veces apartaba de él la mirada o rechazaba las manos con que él se agarraba a ella, como si le odiara; otras veces le cogía y le cubría de besos hasta que él se quejaba. Llevaba yo varios meses en Quilter Street cuando la conversación, una noche, se centró en los cumpleaños, y comprendí con un respingo de sorpresa que el de Cyril debía de haber pasado sin que lo celebraran. Cuando le pregunté a Ralph me dijo que, tal como yo pensaba, había sido en julio, pero que no habían creído que valiese la pena festejarlo. Dije, riéndome: «Ah, los socialistas, entonces, ¿no celebráis los cumpleaños?», y él había sonreído. Florence, en cambio, se había levantado sin decir palabra y había salido de la habitación. Volví a preguntarme qué historia se escondía detrás del bebé, pero ella no me dio la menor pista y yo no husmeé en el asunto. Pensé que si lo hacía tal vez la empujase a interrogarme de nuevo sobre el caballero que presuntamente me había rodeado de lujos y después amoratado un ojo. Ella no había vuelto a aludir a él desde la primera noche. Yo me alegraba de que no lo hubiese hecho. Era tan buena y sincera, al fin y al cabo, que hubiera detestado tener que mentirle.

Es más, habría aborrecido tener que engañarla en cualquier cosa. Andaba de un lado a otro de la habitación, retorciéndome las manos, y quería zarandearla cuando la veía trabajar tan de firme y acabar tan cansada. No era el trabajo en la residencia de chicas lo que la agotaba, sino la labor interminable de la Liga y el sindicato, las

pilas de listas y libros contables que colocaba encima de la mesa cuando las cosas de la cena ya se habían retirado y que escudriñaba toda la noche, hasta que los ojos se le ponían rojos y arrugados como pasas. Como yo no tenía nada mejor que hacer, a veces me sentaba a su lado y la ayudaba escribiendo direcciones en sobres o en otras menudencias sencillas. Empecé a acompañarla cuando la Liga fundó en primavera un sindicato local de costureras y Florence visitaba a las convecinas de Bethnal Creen, mujeres pobres que trabajaban largas horas solas, en habitaciones sórdidas, por un sueldo miserable. Presenciábamos escenas muy míseras, y a las mujeres les gustaba recibir visitas, y la Liga estaba agradecida, pero en realidad yo lo hacía por Florence. No podía tolerar que ella hiciese la tarea deprimente y que recorriese sola y de noche las calles del East End.

Y luego —como ya he dicho, un ama de casa se ocuparía de todas las nimiedades para facilitarle la jornada—, empecé a trabajar para ella en la cocina. Florence estaba flaca, y la delgadez no le sentaba bien: me entristecía ver las sombras en sus mejillas. De modo que mientras la Liga asumía la causa de sindicar a todas las mujeres que trabajaban en sus casas, en el este de Londres, yo convertí en mía la de cebar a Florence con desayunos y almuerzos, meriendas y cenas, galletas y leche. Para empezar, no tuve mucho éxito, pues sí bien recorría los puestos de carne del mercado de Whitechapel para comprar albóndigas y salchichas, conejos y callos, y bolsas de sobras de lo que en Whitstable llamábamos «recortes», en realidad yo era una cocinera bastante negligente, y lo mismo quemaba la carne o la dejaba cruda que me salía sabrosa; creo que Ralph y Florence no lo notaban, porque no estaban acostumbrados a algo mejor. Pero un día, a finales de agosto, vi que había empezado la temporada de ostras y compré una caja de nativas y un cuchillo para abrirlas; y al aplicar la hoja a la hendidura fue como si girase una llave que abrió todas las recetas de mi madre y me las depositó en la yema de los dedos. Preparé una empanada de ostras y Florence dejó a un lado para comerla el texto que estaba escribiendo, y después clavó el tenedor en la corteza que quedaba en el bol. La noche siguiente hice buñuelos de ostra, y la siguiente sopa. Hice ostras a la parrilla, ostras escabechadas y ostras rebozadas en harina y cocidas con nata.

Florence sonrió cuando le serví un plato de esta última receta; y suspiró después de probarlo. Cogió un pedazo de pan con mantequilla y lo dobló en dos para untar con él la salsa, y el pan le dejó migas en los labios, que se lamió con la lengua, y luego se las limpió con los dedos. Recordé que en otra ocasión, en otra sala, había servido a otra chica una sopa de ostras, y fortuitamente la había cortejado, y mientras estaba pensando en esto, Florence levantó una cucharada llena de pescado y suspiró otra vez:

—Oh —dijo—, de verdad creo que si en el paraíso sólo sirviesen un plato, un único plato, sería uno de ostras, ¿no te parece, Nance?

Nunca hasta entonces me había llamado «Nance», y nunca tampoco, en todos los meses que llevaba viviendo con ella, le había oído decir algo tan imaginativo. Me

reí al oírla, y lo mismo hizo su hermano, y ella también se rió.

—Creo que sí, que sería de ostras —dije.

—En mi paraíso sería mazapán —dijo Ralph; era muy goloso.

—Y tendría que haber un cigarrillo al lado del plato —añadí—. Si no, no valdría la pena comerlo.

—Es cierto. Y la mesa estaría encima de una colina, pero con vistas a una ciudad; no habría una sola chimenea; todas las casas tendrían luz y calefacción eléctricas.

—¡Oh, Ralph! —dije—. ¡Piensa nada más en lo aburrido que sería que te vieran en todos los rincones! En mi paraíso no habría luces eléctricas, ni siquiera casas. Habría…

Ponis enanos y hadas colgadas de un alambre, quise decir, rememorando mis noches en el Britannia, pero no encontré palabras para explicarlo. Mientras yo vacilaba, Florence dijo:

—¿O sea que todos tenemos un paraíso distinto?

Ralph movió la cabeza.

—Bueno, tú, por lo menos, estarías en el mío —dijo—. Y Cyril.

—Y Mrs. Besant, supongo —dijo Florence. Tomó otra cucharada y se volvió hacia mí—. ¿Quién estaría en el tuyo, Nancy?

Sonrió, y yo también estaba sonriendo, pero cuando me hizo esta pregunta noté que mi sonrisa empezaba a apagarse. Me miré las manos, que descansaban encima de la mesa: se habían vuelto blancas como lirios en Felicity Place, pero ahora tenían los nudillos rojos y partidas las uñas, y olían a sosa; y, más arriba, los flecos de mis puños estaban manchados de grasa: no había aprendido a remangarme unas mangas de mujer, pues no parecía haber tela suficiente que enrollar. Tiré de uno de los puños y me mordí el labio. La verdad era que no sabía quién estaría a mi lado en el paraíso. La verdad era que nadie querría que yo estuviese a su lado en el suyo… Miré de nuevo a Florence.

—Pues me imagino que tú y Ralph —dije por fin— estaríais en el paraíso de todo el mundo, enseñándoles a organizarlo.

Ralph se rió. Florence ladeó la cabeza y esbozó una de sus sonrisas tristes. Un momento después, pestañeó y buscó mi mirada.

—Y tú, por supuesto —dijo—, tendrás que estar en el mío…

—¿En serio, Florence?

—Pues claro…, si no, ¿quién me cocinaría las ostras?

Me habían echado piropos mejores, pero no recientemente. Noté que me ponía colorada, y agaché la cabeza.

Cuando la miré de nuevo, ella dirigía la vista hacia el rincón del cuarto. Me volví para ver lo que estaba mirando: era el retrato de familia, y supuse que estaría pensando en su madre. Pero en la esquina del marco, por supuesto, estaba la foto de la mujer de semblante grave y cejas muy tupidas. Nunca había sabido quién era. Le pregunté a Ralph:

—¿Quién es esa chica, la de la foto pequeña? Necesita que le pasen un cepillo.

Me miró sin responderme. Fue Florence la que habló.

—Es Eleanor Marx —dijo, con una especie de temblor en la voz.

—¿Eleanor Marx? ¿La conozco? ¿Es esa prima vuestra que trabaja en la pollería?

Ella me miró como si, en vez de haber hecho la pregunta, la hubiese ladrado. Ralph dejó el tenedor.

—Eleanor Marx —dijo— es una escritora y oradora, y una socialista grandísima…

Me sonrojé: aquello era peor que preguntar qué significaba cooperativa. Pero Ralph, al ver mi rubor, dulcificó la expresión.

—No te apures. ¿Por qué ibas a saberlo? Seguro que podrías citar a una docena de escritores que has leído y que Flo y yo no conocemos.

—Es cierto —dije, muy agradecida; pero aunque había leído libros decentes en casa de Diana, en aquel momento sólo se me ocurrían los indecentes, y todos eran del mismo autor; Anónimo.

Así que no dije nada y terminamos de cenar en silencio. Y cuando volví a mirar a Florence, ella miraba a otro lado, con semblante serio. Pensé entonces que, al fin y al cabo, en realidad no querría una chica como yo en su paraíso, ni siquiera para cocinarle las ostras; y aquella idea, en aquel preciso momento, me pareció tristísima.

Pero me equivocaba totalmente con respecto a Florence. Estuviese yo o no en su paraíso, ella no se habría fijado; y no era a su madre a la que esperaba ver allí, ni tampoco a Eleanor Marx, y ni siquiera a Karl Marx. Pensaba en otra persona completamente distinta, pero no supe en quién hasta semanas más tarde, una noche del otoño de aquel año.

He dicho ya que había empezado a acompañar a Florence en sus visitas para la Liga, y una de aquellas noches fuimos a la casa de una costurera en Mile End. Era una casa pobrísima: apenas había muebles en las habitaciones, sólo un par de colchones, una alfombra raída y una mesa y una silla destartaladas. En el cuarto que servía de sala había una caja de embalaje volcada, con las sobras de una triste cena encima; un mendrugo, un poco de grasa de carne en un tarro y una taza a medio llenar de leche azulada. La mesa del comedor estaba toda cubierta con los pertrechos de su oficio: prendas dobladas, papel de seda, alfileres, carretes de algodón y agujas. Dijo que las agujas se caían constantemente al suelo y los niños las pisaban; hacía poco que su bebé se había metido en la boca un alfiler que se le había clavado en el paladar y por poco le asfixia.

Escuché este relato y miré a Florence mientras ella hablaba a la mujer de la Liga de Mujeres y del sindicato de costureras que ésta había creado. ¿Vendría a una reunión?, le preguntó. La mujer movió la cabeza y dijo que no tenía tiempo; que no tenía nadie que cuidase de los niños; que tenía miedo de que los patronos textiles para los que trabajaba se enterasen y dejasen de pagarle.

—Además, señorita —dijo finalmente—, mi marido no querrá que vaya. No porque él tampoco esté sindicado, sino porque no está de acuerdo en que las mujeres

tengan algo que decir sobre estas cuestiones. Dice que nuestra opinión sobra.

—Pero ¿qué piensa usted, Mrs. Fryer? ¿No le parece bueno un sindicato femenino? ¿No le gustaría que las cosas cambiaran…, que a los patronos se les obligara a pagarle más y a explotarla menos?

Mrs. Fryer se frotó los ojos.

—Prescindirían de mí, señorita, y encontrarían a una jovencita que trabajase más barato. Hay muchas, muchas chicas que me envidian hasta mis pobres chelines…

La discusión prosiguió hasta que por fin la mujer se puso nerviosa y dijo que nos lo agradecía, pero que no tenía más tiempo para escucharnos. Florence se encogió de hombros.

—Piénselo, ¿de acuerdo? Le he dicho la fecha de la reunión. Traiga a sus bebés si quiere…, ya encontraremos a alguien que los cuide una o dos horas.

Nos levantamos; miré de nuevo la mesa, el montón de carretes y ropas. Había un chaleco, un juego de pañuelos, ropa interior masculina; me vi atraída hacia todo aquello, y los dedos me hormiguearon al coger las prendas y acariciarlas. Vi la mirada de la mujer y señalé el tablero de la mesa. Dije:

—¿Qué hace exactamente, Mrs. Fryer? Aquí hay cosas muy bonitas.

—Soy bordadora, señorita —respondió—. Bordo las letras.

Levantó una falda y me enseñó su bolsillo: sobre él había un monograma floreado, cosido muy pulcramente en seda de color marfil.

—Se hace un poco raro —continuó tristemente— ver todos estos primores en este pobre cuarto…

—Sí —dije, pero apenas logré articular la palabra. El hermoso monograma me había recordado de repente a Felicity Place y a todas las ropas deliciosas que había vestido allí. Volví a ver los chalecos, las chaquetas y camisas de buen corte y aquellas iniciales diminutas y lujosas que me habían emocionado. No sabía entonces que las cosían en cuartos como aquél, mujeres tan tristes como Mrs. Fryer; pero de haberlo sabido, ¿me habría importado? Sabía que no y me sentí horriblemente incómoda y avergonzada, Florence había llegado a la puerta y me aguardaba; Mrs. Fryer se había agachado para coger a su hijo más pequeño, que había empezado a llorar. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo. Dentro había un chelín y un penique que me habían sobrado de un viaje al mercado; los saqué y los puse encima de la mesa, entre las camisas y los pañuelos de fantasía, tan tímida como un ladrón.

Cuando vio el dinero, sin embargo, Mrs. Fryer sacudió la cabeza.

—Oh, vamos, señorita… —dijo.

—Para el bebé. —Yo estaba más cohibida y más a disgusto que nunca—. Sólo para el más pequeño. Por favor.

La mujer bajó la cabeza y murmuró «Gracias», y yo no la miré, ni tampoco a Florence, hasta que estuvimos en la calle y el lúgubre cuarto quedó lejos.

—Has sido muy bondadosa —dijo ella al fin. No lo había sido; me parecía que había abofeteado a la mujer en vez de hacerle un obsequio. Pero no supe explicárselo a Florence—. No deberías haberlo hecho, por supuesto —estaba diciendo—. Ahora

pensará que la liga está formada por mujeres mejores que ella, no iguales que ella, que tratan de ayudarse a sí mismas.

—Tú no eres igual que ella —dije; un poco picada, a mi pesar, por su comentario—. Crees que sí, pero en verdad no lo eres.

Ella resopló.

—Tienes razón, supongo. Pero me parezco a ella todo lo que podría parecerme. Me parezco más a ella que a alguna de esas mujeres que se ocupan de los pobres y los sin techo y los desempleados…

—Mujeres como Miss Derby —dije.

Sonrió.

—Sí, mujeres así. Miss Derby, tu gran amiga.

Me guiñó un ojo y me cogió del brazo, y como era agradable verla tan frívola empecé a olvidarme de la pequeña conmoción que había sufrido en casa de la costurera y recobré la alegría. Recorrimos despacio del brazo, en el anochecer de otoño, el trayecto hasta Quilter Street, y Florence bostezó.

—Pobre Mrs. Fryer —dijo—. Tiene toda la razón: las mujeres no lucharán por horarios más cortos y salarios mínimos mientras haya tantas chicas en situación tan precaria que acepten cualquier trabajo, por mísero que sea…

Yo no la estaba escuchando. Estaba mirando el brillo de su pelo donde lo iluminaba, en los bordes del sombrero, la luz de la farola, y me pregunté si no se le instalaría una polilla entre los rizos, al confundirlos con las llamas de una vela.

Cuando llegamos a casa, Florence colgó su abrigo y empezó a trabajar, como de costumbre, con su pila de papeles y libros. Yo subí en silencio al piso de arriba para ver a Cyril durmiendo en su cuna; luego bajé a sentarme con Ralph mientras Florence seguía trabajando. Hacía frío, y encendí un pequeño fuego: «El primero del otoño», como apuntó Ralph, y sus palabras —y la idea de que tres estaciones enteras habían transcurrido desde mi llegada a aquella casa— me resultaron extrañamente conmovedoras. Alcé los ojos hacia él y sonreí. Le habían crecido las patillas y se parecía más que nunca al marinero de los paquetes de Player's. También se parecía más que nunca a su hermana, y este parecido hizo que me gustara todavía más, y me extrañó que hubiese podido tomarle por el marido de Florence.

El fuego llameaba, se tornó caliente y ceniciento, y a eso de las diez y media Ralph bostezó, dio una palmada a la butaca, se levantó y nos dio las buenas noches. Todo era exactamente igual como había sido mí primera noche allí; salvo que ahora también me besaba a mí como besaba a Florence, y que en el rincón estaba mi pequeña carriola, y mis zapatos al lado del fuego y mi abrigo colgado del gancho detrás de la puerta.

Miré todo esto con una cierta satisfacción y después bostecé y me levanté para coger la tetera.

—Deja todo eso —le dije a Florence, señalando sus libros—. Ven a sentarte y a charlar conmigo.

No era una propuesta inédita; casi habíamos contraído el hábito de charlar de los sucesos del día cuando Ralph ya se había acostado, y ella me miró, sonrió y dejó

la pluma.

Columpié la tetera encima de la lumbre y Florence, tras levantarse, se estiró y ladeó la cabeza.

—Cyril —dijo. Yo también escuché, y al cabo de un segundo oí su llanto irregular y débil. Ella se dirigió a la escalera—. Voy a acunarle antes de que despierte a Ralph.

Al cabo de unos cinco minutos, el tiempo que estuvo ausente, reapareció con Cyril en brazos; las pestañas del niño brillaban a la luz de la lámpara y tenía el pelo húmedo y oscurecido por el sudor del sueño inquieto.

—No se tranquiliza —dijo ella—. Que se quede con nosotras un rato.

Se sentó en la butaca junto al fuego y el niño recostó todo su peso sobre ella. Le pasé el té y ella dio un sorbo de refilón y bostezó. Luego me miró y se frotó los ojos.

—¡Qué ayuda has sido para mí, Nance, todos estos meses! —dijo.

—Sólo te ayudo —respondí con franqueza— para que no revientes. Te matas a trabajar.

—¡Hay tanto que hacer!

—No puedo creer que todo eso que haces tenga que recaer en ti. ¿No te cansas nunca?

—Sí me canso —dijo, bostezando otra vez—, ¡como puedes ver! Pero nunca de eso.

—Pero Flo, si es una tarea inacabable, ¿para qué acometerla?

—¡Pues porque debo hacerlo! ¿Cómo voy a estar cruzada de brazos cuando el mundo es tan cruel y feroz, pudiendo ser tan dulce…? Lo que hago tiene su propia gratificación, tenga o no éxito. —Bebió su té—. Es como el amor.

—¡El amor! —dije con desdén—, ¿Crees que el amor contiene su propia recompensa?

—¿Tú no?

Miré a mi taza.

—Lo creí en un tiempo —dije—, pero…

Nunca le había hablado de aquella época. Cyril se retorció y ella le besó la cabeza y le cuchicheó algo al oído, y por un momento reinó un gran silencio; quizás ella pensó que yo estaba rememorando al hombre con quien dije que había vivido en St. John´s Wood. Pero volvió a hablar, con más vigor.

—Además, no creo que sea una tarea inacabable. Las cosas están cambiando. Hay sindicatos en todas partes, y no sólo de hombres, sino de mujeres. Las mujeres hacen cosas hoy en día que sus madres, hace veinte años, se habrían reído si les hubieran dicho que sus hijas harían. ¡Pronto tendrán hasta el derecho de voto! Si las personas como yo no trabajan es porque miran al mundo, a todas las injusticias y podredumbre, y lo único que ven es un país que se derrumba y las arrastra con él. Pero de esa suciedad nacen cosas nuevas, ¡cosas maravillosas!: nuevas pautas laborales, un nuevo tipo de gente, nuevas maneras de vivir y enamorarse…

De nuevo el amor. Toqué con un dedo la cicatriz de mi mejilla, donde la había alcanzado el libro de medicina de Dickie. Florence agachó la cabeza para ver al bebé,

que suspiraba sobre su pecho.

—¡Imagínate cómo será el mundo dentro de veinte años! —continuó en voz baja—. Será un siglo nuevo. Cyril será un jovencito casi de mi edad. Imagina las cosas que verá y que hará…

Miré a Florence y luego al bebé, y por un instante casi pude ver con ella el extraño mundo nuevo en el que, andando los años, Cyril sería ya un hombre…

Cuando la estaba mirando, ella se removió en su asiento, extendió un brazo hacia la librería que estaba a su lado y sacó un volumen de las estanterías. Era Hojas de hierba; pasó las páginas y encontró un pasaje que al parecer conocía.

—Escucha esto —dijo, y empezó a leer en voz alta. Su tono era suave y algo cohibido, pero vibraba de pasión, una pasión que yo nunca había percibido en su voz—. *¡Oh, mater!¡Oh, hijo!* —leyó—. *¡Oh, prole continental! ¡Oh, flores de los prados! ¡Oh, espacio sin límites! ¡Oh, zumbido de potentes productos! ¡Oh, ciudades efervescentes! ¡Oh, tan invencible, turbulenta, orgullosa! ¡Oh, raza del futuro! ¡Oh, mujeres! ¡Oh, padres! ¡Oh, vosotros, hombres de pasión y tormentosos! ¡Oh, belleza! ¡Oh, tú mismo! ¡Oh, barbudos rudos! ¡Oh, bardos! ¡Oh, todos esos durmientes! ¡Oh, despertad! ¡Suena estridente el pito del pájaro del alba! ¿No ois el canto del gallo?*

Permaneció inmóvil un momento, mirando la página; después levantó los ojos hacia los míos y vi con sorpresa que en los suyos relucían lágrimas sin verter. Dijo:

—¿No te parece maravilloso, Nancy? ¿No te parece un poema maravilloso?

—Sinceramente, no —dije; sus lágrimas me habían puesto nerviosa—. Sinceramente, he visto versos mejores en las paredes de algunos urinarios. —Lo cual era verdad—. Si es un poema, ¿por qué no tiene rima? Le faltan unas buenas rimas y una melodía bonita y alegre.

Cogí el libro de sus manos y estudié el fragmento que me había leído —estaba subrayado con lápiz— y lo entoné con la música y el ritmo, más o menos, de una canción de music-hall del momento. Florence se rió y, sujetando a Cyril con una mano, intentó arrebatarme el libro.

—¡Eres una bruta! —exclamó— Eres una filistea completa.

—Soy una purista —dije, melindrosa—. Sé cuándo unos versos son bonitos, y éstos no lo son.

Pasé las páginas del libro, renunciando a mi intento de encajar a la fuerza las líneas desiguales en una melodía, pero leyendo todos los pasajes absurdos que encontraba —y había muchos— con el bobo acento americano de un yanqui de teatro. Topé con otro extracto subrayado y empecé por él.

—*¡Oh, mi camarada!* —empecé—. *¡Oh, tú y yo por fin, y sólo nosotros dos: oh, poder, libertad, eternidad por fin! ¡Oh, verse libre de distinciones! ¡Sacar partido de vicios y de virtudes! ¡Oh, igualar ocupaciones y sexos! ¡Oh, ponerlo todo en un terreno común! ¡Oh, adherencia! ¡Oh, el ansia meditabunda de estar juntos… tú no sabes y yo no sé por qué!*

Arrastré la voz; había perdido la inflexión americana y enunciado las últimas palabras en un murmullo medroso. La risa de Florence había cesado, y miraba a la lumbre con un semblante grave: vi el reflejo de las llamas anaranjadas en sus ojos de color avellana. Cerré el libro y lo devolví a su estante. Hubo un silencio bastante

largo. Por fin, ella respiró. Cuando habló, su voz sonó rara, no parecía la misma Florence.

—Nance —comenzó—, ¿te acuerdas de aquel día en que hablamos, en Green Street? ¿Te acuerdas de que quedamos en vernos y no viniste a la cita…?

—Claro —dije con cierta timidez. Ella sonrió: fue una sonrisa curiosamente vaga, como introspectiva.

—¿Verdad que nunca te he dicho lo que hice aquella noche? —prosiguió. Moví la cabeza. Yo recordaba muy bien lo que yo hice: cenar con Diana y después follármela en su hermoso dormitorio para ser expulsada luego al mío, muerta de frío y castigada. Pero siempre me había preguntado qué habría hecho Florence; y ella, en efecto, nunca me lo había dicho.

—¿Qué hiciste? —le pregunté—. ¿Fuiste sola a aquella… conferencia?

—Sí —dijo, y tomó aliento—. Allí conocí a… una chica.

—¿Una chica?

—Sí. Se llamaba Lilian. La vi al momento y no pude apartar los ojos de ella. Tenía un aire tan… interesante. ¿Sabes eso que pasa, a veces, con una chica? Bueno, no, quizás no lo sepas…

¡Pero yo sí, yo sí lo sabía! Y al mirarla sentí que me enardecía; después me enfrié. Florence tosió y se tapó la boca con la mano. Después dijo, mirando a los carbones del fuego:

—Cuando terminó la conferencia Lilian hizo una pregunta. Era una pregunta muy inteligente, y el conferenciante se quedó cortado. Entonces la miré y supe que tenía que conocerla. Me acerqué a ella y empezamos a hablar. ¡Hablamos sin parar, Nance, una hora seguida! Tenía unas ideas de lo más infrecuentes. Me pareció que lo había leído todo y tenía opiniones sobre todo.

La historia continuó. Se habían hecho amigas; Lilian fue a visitarla…

—¡La amabas! —dije.

Florence se ruborizó y luego asintió.

—No podías conocerla sin amarla un poco.

—Pero Flo, ¡la amabas! La querías… ¡como un marimacho!

Florence pestañeó, se llevó un dedo al labio y se sonrojó más que antes.

—Pensé que quizás lo hubieses adivinado…

—¡Adivinado! Yo…, no lo sé, nunca pensé que habrías podido…, bueno, no sé decir lo que pensé…

Giró la cabeza hacia otro lado.

—Ella también me quería —dijo, al cabo de un rato—. ¡Me quería muchísimo! Pero no de la misma manera. Yo sabía que nunca ocurriría, pero no me importaba. La cosa es que tenía un amigo que quería casarse con ella. Pero Lilian no quería, creía en la unión libre. Nance, ¡era la mujer más lúcida que he conocido en mi vida!

Oír aquello me resultó insufrible, pero no dejé de captar aquel era. Tragué saliva y Florence me miró y luego miró al fuego.

—Unos meses después de conocerla, empecé a darme cuenta de que ella no se encontraba… bien. Un día se presentó aquí con una maleta. Iba a tener un hijo, y a

causa del embarazo la habían echado de su alojamiento, y el hombre, que al final resultó ser un inútil, estaba demasiado avergonzado para hacerse cargo de ella. No tenía adónde ir… Por supuesto, la acogimos. A Ralph no le importó, la quería casi tanto como yo. Decidimos vivir los tres juntos y criar al bebé como si fuera nuestro. Me alegraba, ¡me alegré!, de que el hombre la hubiese dejado en la estacada, de que la casera la hubiese expulsado…

Hizo una mueca y a continuación rascó con una uña una viruta de ceniza que llegó flotando desde el fuego y se le posó en la falda.

—Creo que aquéllos fueron los meses más felices de mi vida. Tener a Lilian aquí era como…, no puedo decir cómo era. Era cegador: yo estaba deslumbrada de felicidad. Ella cambió la casa, la cambió de verdad, me refiero, no sólo su espíritu. Nos hizo rascar las paredes y pintarlas. Ella hizo esa alfombra. —Señaló la alfombra chillona delante del fuego, la que yo creía que habría tejido, en un momento de tedio, un pastor escocés ciego; y me apresuré a retirar los píes de encima—. Daba igual que no fuésemos amantes; estábamos tan próximas, más aún que unas hermanas. Dormíamos arriba, juntas. Leíamos juntas. Me enseñaba cosas. Esa foto de Eleanor Marx —señaló la foto pequeña— era suya. Eleanor era su gran heroína, yo le decía que le daba un trato de favor; yo no tengo una foto de Lily. Ese libro, el de Whitman, también era suyo. El pasaje que has leído siempre me hace pensar en mí y en ella. Decía que éramos camaradas, si las mujeres podemos serlo. —Se le habían secado los labios y se pasó la lengua por ellos—. Si podemos ser camaradas —repitió—, yo era la suya…

Enmudeció. La miré y miré a Cyril; su cara sonrosada y dormida, sus pestañas delicadas y su saliente labio rosa. Dije, invadida por un cierto temor:

—¿Y después…?

Ella parpadeó.

—Y después, bueno…, se murió. Era muy frágil, el parto fue difícil, y se murió. Ni siquiera pudimos encontrar a una comadrona que la atendiese, porque era soltera. Al final trajimos a una mujer de Islington a la que no conocíamos y le dijimos que era la mujer de Ralph. La mujer la llamaba «Mrs. Banner», ¡figúrate! Era buena persona, supongo, pero bastante estricta. No nos dejó entrar en la habitación de Lilian; tuvimos que oír sus gritos aquí sentados, Ralph se retorcía las manos y no paraba de llorar. Yo pensaba: ¡Que muera el niño, oh, que muera el niño y que se salve ella…! Pero Cyril no murió, como ves, y Lilian también parecía sana y salva, sólo estaba cansada, y la comadrona dijo que la dejáramos dormir. Así lo hicimos, y cuando fui a verla un poco más tarde descubrí que había empezado a sangrar. La partera, por supuesto, ya se había ido. Ralph salió corriendo a buscar a un médico, pero Lilian ya no tenía salvación. Su buen corazón, querido y generoso, se fue con la hemorragia…

Le falló la voz. Me acerqué a ella, me acuclillé a su lado y le toqué una manga con los nudillos, y ella me lo agradeció con afecto, con una leve sonrisa distraída.

—Ojalá lo hubiera sabido —dije; sin embargo, para mis adentros, era como si yo misma me tuviese agarrada por el pescuezo y me golpeara mi propia cabeza contra la pared. ¿Cómo había sido tan idiota de no adivinarlo? Había reparado en lo del

cumpleaños: el aniversario, comprendí entonces, de la muerte de Lily. Había advertido las extrañas depresiones de Florence; su fatiga, su ira, la bondadosa paciencia de su hermano, la inquietud de sus amigos. Había observado su extraña ambivalencia con respecto al bebé, el hijo de Lilian, pero asimismo su asesino, a quien Florence le había deseado la muerte para que su madre se salvara…

La miré de nuevo y ojalá hubiera sabido algún modo de consolarla. Estaba desolada, pero al mismo tiempo muy lejana; nunca la había abrazado, e incluso en aquel momento tenía reparos en tocarla. Me contenté, pues, con quedarme a su lado, acariciando con suavidad su manga… Ella, por último, se levantó y me dirigió algo parecido a una sonrisa; yo me retiré.

—Cuánto he hablado —dijo—. No sé por qué he hablado de todo esto esta noche.

—Me alegro de que lo hayas hecho —dije—. Debes de… echarla muchísimo de menos.

Me miró sin expresión durante unos segundos, como si *echar de menos* fuera una emoción mezquina y *muchísimo* una palabra demasiado suave para su gran tristeza; luego asintió y miró a otro lado.

—Ha sido duro; he estado rara; a veces he deseado también haberme muerto. ¡Sé que he sido una pobre compañía para ti y para Ralph! Y creo que no fui muy amable contigo cuando llegaste. Por entonces hacía unos seis meses de la muerte de Lily, y la idea de que hubiera otra chica en la casa…, sobre todo tú, a quien había conocido la misma semana que a ella… Y tu historia era parecida a la de ella, tú habías vivido con un hombre que te había echado de su casa después de haberte metido en un lío… Resultaba muy extraño. Pero hubo un momento, cuando cogiste a Cyril, seguro que ni siquiera te acuerdas, pero cogiste a Cyril en brazos y yo pensé en Lilian, que nunca le había acunado… Al verte, no supe si podría soportar que le arrullases o si podría aguantar que parases de hacerlo. Y entonces hablaste, y no eras para nada como Lily, claro. Y, oh, ¡en toda mi vida no me he alegrado más de algo!

Se rió; articulé un sonido que simulaba una risa, esbocé una mueca que podía confundirse, en aquella luz tenue, con una sonrisa. Florence lanzó un bostezo tremendo, se levantó, alzó a Cyril un poco más arriba contra su garganta y se frotó la mejilla con la cabeza del niño. Un momento después, sonrió y se encaminó cansinamente hacia la puerta.

Pero antes de que llegara a ella, la llamé por su nombre.

—Flo, nunca ha existido aquel hombre que me echó de su casa —dije—. Fue una mujer con la que yo vivía, pero te mentí para que me dejaras quedarme. Soy…, soy lesbiana, como tú.

—¡Tú también! —Me miró boquiabierta—. Annie lo dijo de entrada, pero nunca pensé mucho en ello después de aquella primera noche. —Empezó a fruncir el ceño—. Entonces, si no hubo un hombre, tu historia no era como la de Lilian… —Moví la cabeza—. Y nunca estuviste en apuros…

—No en ese tipo de apuro.

—Y todo el tiempo que has estado aquí, yo creyendo de ti una cosa y…

Me miró, con una extraña expresión, y no supe si estaba furiosa, triste o perpleja, si se sentía traicionada o cómo se sentía.

—Lo siento —dije, pero ella movió la cabeza y se tapó un momento los ojos con una mano; cuando la retiró, su mirada era perfectamente clara y casi divertida.

—Annie siempre lo ha dicho —dijo—. ¡Estará contenta ahora! ¿Te importa que se lo diga?

—No, Flo. Puedes decírselo a quien quieras.

Cuando se marchó, todavía meneando la cabeza, yo me senté y la oí subir la escalera y oí los crujidos en la habitación de arriba. Saqué tabaco y papel de una caja de hojalata, me lié un cigarrillo y lo encendí; acto seguido, lo dejé caer en la chimenea, lo arrojé al fuego, apoyé la frente en mi brazo y gimoteé.

¡Qué tonta había sido! Había irrumpido en la vida de Florence, tan empozada en mi amargura insignificante, que no me había percatado de su gran congoja. Me había abalanzado sobre ella y su hermano y me había creído muy astuta y encantadora; había pensado que estaba dejando mi sello en su casa y que me estaba adueñando de ella. Había creído que estaba interpretando un papel en una historia y resultó que en todo momento la trama había sido distinta, ¡que todo aquel tiempo lo único que hacía era ensayar torpemente lo que la fascinante Lilian había hecho tan bien y con tanta habilidad antes que yo! Paseé la mirada por la habitación: las paredes pintadas de azul, la alfombra espantosa, los retratos; los vi de repente tal como eran: detalles de un altar a la memoria de Lilian que yo, sin saberlo, había estado cuidando. Mi mirada se detuvo en la foto pequeña de Eleanor Marx, pero no fue a ella a quien vi, sino, por supuesto, a Lilian con los rasgos de Eleanor. La volteé en mis manos y leí lo que estaba escrito en el dorso: F. B. , mi camarada, decía, en letras grandes y curvadas, mi camarada para siempre, L. V.

Gemí aún más fuerte. Quise tirar al fuego la maldita foto junto con el cigarrillo a medio fumar; para abstenerme de hacerlo, tuve que volver a colocarla rápidamente en su marco. ¡Estaba celosa de Lilian! ¡Estaba más celosa de lo que nunca había estado de nadie! No debido a la casa, ni a Cyril, ni siquiera a Ralph, que había sido bueno conmigo pero que había llorado por ella, y que se retorcía las manos, afligido, cuando ella se estaba muriendo; sino a causa de Florence. Porque, por encima de todo, era la historia de Lilian la que parecía haberme dado a Florence y la que me había privado de ella para siempre. Pensé en mis trabajos de los meses anteriores. No había hecho feliz a Florence, ni había conseguido que engordara, como yo suponía: había sido el tiempo el que mitigó su pena y fue debilitando sus recuerdos. ¿Te acuerdas de que quedamos en vernos, me había preguntado un rato antes, y no viniste a la cita…? Le habían brillado los ojos al preguntarme esto, porque le había hecho un favor inmenso al no presentarme aquella noche, dos años antes.

A ella le había hecho un favor inmenso, pero a mí misma me había prestado el más flaco servicio. Rememoré de nuevo cómo había pasado yo aquella noche y las que siguieron; pensé en los placeres lúbricos de Felicity Place, en todos los trajes, las cenas, el vino, las *poses plastiques*. En aquel momento lo habría trocado todo por la oportunidad de haber ocupado el lugar de Lilian en aquella aburrida conferencia, ¡y

porque los ojos avellana de Florence me hubiesen mirado fascinados!

Capítulo 18

A lo largo de los días y semanas que siguieron a la confesión de Florence advertí que las cosas habían cambiado bastante en Quilter Street. La propia Florence parecía más alegre, más animada, como si al contarme su historia se hubiese deshecho de un pesado fardo y ahora estuviese flexionando los miembros que habían estado entumecidos, agarrotados, y enderezando una espalda que hubiera estado torcida. Seguía decaída a ratos, y seguía saliendo sola a dar paseos de los que regresaba nostálgica. Pero ya no procuraba ocultar su melancolía ni de encubrir su causa, pues me había informado por ejemplo, de que en sus salidas (como yo habría podido adivinar) iba a la tumba de Lilian. Con el tiempo incluso empezó a hablar de su amiga muerta de un modo rutinario. «¡Cómo se habría reído Lilian al saber esto!», decía; o bien: «Si Lily estuviese aquí podríamos preguntárselo y seguro que lo sabía.»

Su nuevo y más dulce talante tuvo un efecto sobre todos nosotros. La atmósfera de nuestra pequeña casa —que yo siempre había creído bastante respirable, pero que ahora veía que había estado totalmente asfixiada por el recuerdo de Lilian y la tristeza de Florence y Ralph— pareció despejarse y aclarar: era como si en vez de estar entrando en las nieblas y las heladas del invierno nos acercásemos a la primavera, con toda su tibieza y sus fragancias. Yo veía sonreír a Ralph cuando miraba a su hermana tararear o coger a Cyril y hacerle cosquillas, y la miraba con cariño, y a veces se inclinaba para besarle feliz, la mejilla. Hasta el bebé parecía haber notado el cambio y estaba como más hermoso y más contento.

Y yo por el contrario, estaba cada vez más amargada, más reservada e inquieta.

No podía evitarlo. Era como si al desembarazarse de su antiguo fardo, Florence me hubiese cargado a mí con uno nuevo; mis sentimientos, que removidos la noche de su confesión habían formado una curiosa mezcla, parecían cada vez más singulares y contradictorios a medida que transcurrían las semanas. Había compadecido a Florence y me alegraba tanto como a su hermano verla de buen humor ahora, también me agradaba y conmovía que por fin hubiese confiado en mí y me lo hubiera contado todo. Pero ay, ¡cómo deseaba que su historia hubiese sido distinta! Nunca lograría que me gustara la trágica Lilian, y tenía que tragarme la rabia cada vez que hablaban de ella con tanta reverencia. Tal vez me la imaginaba como a Kitty; sin duda veía la cara de Walter siempre que pensaba en el hombre cobarde que la había abandonado, pero me enardecía y me aturdía pensar que Lilian había presidido la pasión de Florence, que dormía con ella noche tras noche y sin volver nunca la cara hacia su amiga para besarla en la boca. ¿Por qué Florence la había amado tanto? Miraba la foto de Eleanor Marx —no conseguía desprenderme de la confusa convicción de que las facciones allí estampadas eran las de Lilian—

hasta que su rostro empezaba a dar vueltas delante de mis ojos. Era tan diferente de mí; ¿acaso no me lo había dicho la propia Florence? ¡Me dijo que nada le había alegrado tanto en su vida que el que yo fuese muy distinta a Lilian! Supongo que se refería a que Lilian era inteligente y buena; que conocía el significado de palabras como cooperativa y no necesitaba preguntarlo. Pero yo, ¿qué era yo? Sólo era una chica ordenada y limpia.

Bueno, creo que después de aquella noche no volví a ser tan ordenada. Desde luego no volví a sacudir el polvo de la chillona alfombra de Lilian; sonreía, en cambio, cuando la gente la pisaba y me producía un placer espantoso observar cómo se desdibujaban sus colores.

Pero entonces me imaginaba a Lilian en el paraíso, tejiendo más alfombras para que Florence llegase un día a sentarse encima y a descansar la cabeza contra su rodilla. Me la representé llenando las estanterías de ensayos y poemas para que ella y Florence caminasen una al lado de otra, leyendo juntas. La vi preparando un fogón en alguna pequeña cocina trasera del cielo, para que yo tuviese un lugar donde estofar las ostras mientras ella y Flo se cogían de la mano.

Empecé a mirar las manos de Florence, cosa que hasta entonces nunca había hecho, y a imaginarme todas las ocupaciones que yo les encomendaría de haber estado en el lugar de Lilian…

Tampoco esto podía evitarlo. Me había convencido de que Florence era una especie de santa, con los miembros débiles e inconcebibles de los santos y con sus apetencias y ternuras; ahora sin embargo, tras haberme contado la historia de su gran amor, era como si de pronto ella se me hubiese mostrado sin la túnica. Y yo no lograba apartar la vista de lo que veía.

Una noche, por ejemplo —una noche oscura muy tarde, en que Ralph estaba fuera con sus amigos del sindicato y Cyril estaba callado en el piso de arriba—, Florence se bañó y se lavó el pelo, y luego se sentó en la sala con la bata puesta y se quedó dormida. Yo la había ayudado a verter en el retrete el agua con jabón del baño y había ido a calentar leche a la cocina, y cuando volví con las tazas la encontré dormida delante del fuego. Estaba en una postura ligeramente torcida, con la cabeza recostada y los brazos inertes y colgantes, y tenía las manos fláccidas y cruzadas de cualquier modo en el regazo. Respiraba hondo y casi roncaba.

Me planté delante, con las tazas humeantes. Se había quitado la toalla de la cabeza y el pelo se le esparcía sobre el pedazo de encaje en el respaldo de la butaca, como la aureola de una madona flamenca. No recordaba haberle visto nunca el pelo tan denso y suelto, y la contemplé durante un largo rato. Me acordé de cuando había pensado que era de un color caoba insulso; no lo era, pues tenía mil vetas de oro, castaño y cobre. Se le elevaba y se le rizaba, y adquiría un brillo más intenso a medida que se iba secando.

Después le miré la cara; las pestañas, la boca ancha y rosada, la línea de la mandíbula y el leve peso de la piel de debajo. Le miré las manos y recordé que las había visto agitar el aire cálido de junio en Green Street; recordé que un poco más

tarde había tenido su mano en la mía; recordé la presión exacta de sus dedos contra los míos, dentro de su guante caliente de lino. La noche en Quilter Street tenía las manos rosas y todavía un poco hinchadas por el baño. Las uñas —que recordé entonces que solía morderse— estaban limpias e intactas.

Miré su garganta. Era tersa y muy blanca; debajo —apenas visible en la V que se ensanchaba en el escote de su bata— se veía asomar la incipiente prominencia de un pecho.

Miré y remiré, y noté en el mío propio un curioso movimiento, una especie de tirantez, de torsión o de flexión que me parecía no haber sentido en siglos. Casi de inmediato le siguió una sensación similar, bastante más abajo… Las tazas de leche temblaron tanto en mis manos que temí verterlas.

Me volví y las deposité con cuidado encima de la mesa; luego salí de la habitación sin hacer el menor ruido.

El movimiento en mi corazón y entre mis piernas se tornó más definido con cada paso que daba: me sentía como una ventrílocua que encierra en un baúl a las muñecas que protestan. Al llegar a la cocina me recosté en la pared; todavía temblaba, más que antes. No volví a la sala hasta que oí media hora después, que Florence despertaba y lanzaba una exclamación de sorpresa al ver las tazas de leche que yo había dejado encima de la mesa enfriándose y formando una capa de nata; yo seguía estando tan azorada y temblorosa que ella me miró y dijo: «¿Qué te pasa?» Tuve que responderle: «Nada, nada…», apartando la mirada en todo momento de aquella V blanca de piel ondulada debajo de su garganta, porque sabía que si la miraba de nuevo, no podría contener el impulso de acercarme a besarle el pecho.

Había ido a Quilter Street para ser una chica corriente; sin embargo, era más marimacho que nunca. En efecto, una vez que lo hube confesado y empecé a mirar alrededor, vi que estaba totalmente rodeada de bolleras, y no acertaba a creer que no me hubiese percatado antes. Al parecer, dos de las amigas de Florence que trabajaban en obras de caridad eran pareja: supongo que debió de informarles sobre mí, pues la siguiente vez que vinieron a casa pensé que me miraban de una forma muy distinta. En cuanto a Annie Page, cuando volví a verla me rodeó el hombro con el brazo y dijo:

—¡Nancy! ¡Florrie me ha dicho que eres de las nuestras! Querida, nada me ha sorprendido menos ni me ha alegrado tanto…

Y, a pesar de lo perturbador que era mi nuevo y desconcertante interés por Flo, era maravilloso sentir que todos mis deseos renacían…, notar que todas mis zonas sáficas estaban engrasadas y ronroneaban, como un mecanismo provisto de llama que se aplica a unos carbones. Una noche soñé que paseaba por Leicester Square con mi antiguo uniforme de la Guardia, el pelo cortado al estilo militar y un guante debajo de los botones de mi pantalón (de hecho, era un guante de Florence: ya no podía verlos sin ruborizarme). Salvo por el detalle del guante había tenido sueños parecidos en Quilter Street; pero en esta ocasión, cuando desperté, persistió el picor en el cráneo y el cosquilleo en la cara interior de mis muslos, y toqué con un poco de asco mis ricitos sosos y mi vestido estampado. Aquel día fui al mercado de

Whitechapel; en el trayecto de vuelta a casa me entretuve ante el escaparate de una sastrería de hombres, y mi frente y las yemas de mis dedos imprimieron en el cristal marcas de sudor y anhelo…

Y bien, pensé, ¿por qué no? Entré —quizás el sastre creyó que había ido a comprar ropa para mi hermano— y compré un pantalón de molesquín, un par de calzoncillos, una camisa, un par de tirantes y unas botas de cordones; al llegar a Quilter Street, llamé a la puerta de la chica que cortaba el pelo por un penique y le dije: «¡Rápame, rápame enseguida, antes de que cambie de idea!» Ella me cortó los rizos y —los marimachos tienden a ponerse sentimentales en lo que respecta a los cortes de pelo, pero recuerdo muy nítidamente aquella sensación— no era como si la chica me estuviese cortando el pelo, sino como si yo tuviera un par de alas debajo de los omoplatos sobre las cuales hubiera crecido la piel y me las estuviese liberando a golpes de tijera…

Florence, esa noche, llegó a casa distraída y apenas se fijó en si yo tenía o no pelo en la cabeza, aunque Ralph dijo, con optimismo: «¡Esto sí que es un corte de pelo!» Ella tampoco me vio en pantalones, pues yo me había prometido que en atención a los vecinos, sólo me los pondría para los quehaceres domésticos, y para cuando Florence todas las noches volvía a casa de Stratford, yo ya me había cambiado y llevaba el vestido y un delantal. Pero un día volvió más temprano. Entró por la puerta de atrás cruzando el patio que daba a la cocina, y yo estaba limpiando el cristal de la ventana. El cristal era grande dividido en recuadros: los había cubierto de espuma y los estaba limpiando uno por uno. Llevaba puestos el pantalón de molesquín y la camisa con el cuello suelto; tenía las mangas remangadas hasta los codos, los brazos llenos de polvo y las uñas negras. El hoyo de mi garganta estaba húmedo así como mi labio superior; me detuve para secarlo. Me había peinado el pelo hacia atrás pero se había soltado, y tenía que fruncir el labio para soplar o retirar con un ademán de la muñeca un mechón largo que a cada rato me tapaba los ojos. Ya había limpiado todos los cristales menos el que estaba a la altura de mi cara, y di un brinco cuando empecé a limpiarlo, porque Florence estaba al otro lado, muy quieta. Llevaba abrigo y sombrero y el bolso colgado del brazo, pero me estaba mirando como si… En fin, yo había sido objeto de tantas miradas de admiración a lo largo de los años desde que me presenté ante Kitty Butler con un vestido de fiesta y no comprendí por qué se ruborizaba al verme, que supe por qué a Florence la turbaba mi aparición con pantalones y el pelo rapado.

Pero, al igual que a Kitty, su deseo le resultaba casi tan doloroso como placentero. Cuando nuestras miradas se cruzaron agachó la cabeza y entró en casa; lo único que dijo fue: «¡Vaya, qué relucientes has dejado los cristales!» Y si bien fue una delicia saber que —por fin, ¡y sin querer!— había conseguido que me mirase y me deseara; si bien durante el segundo en que su mirada se cruzó con la mía sentí el brote de mi nueva pasión y la reacción apasionada de Florence, y aún cuando esta pasión me dejó aturdida, dolorida y excitada, en mi temblor y enervamiento hubo tanto nerviosismo como lascivia.

De todos modos, cuando la vi más tarde sus ojos turbios rehuyeron los míos, y

pensé de nuevo: *¿Por qué iba a quererme a mí cuando está llorando todavía la pérdida de una chica como Lilian?*

Y en éstas estábamos mientras el clima se volvía más frío. Pasé la Navidad no en Quilter Street, sino en Freemantle House, donde Florence había organizado una fiesta para sus chicas y necesitaba más manos para asar el ganso y lavar los platos. El primero de año hicimos un brindis por 1895, y otro por los «amigos ausentes» (claro está que se refería a Lilian); yo nunca le había hablado de todas las amigas que yo había perdido. En enero celebramos el cumpleaños de Ralph. Por una coincidencia increíble, caía en el mismo día que el de Diana, y cuándo yo observaba sonriente cómo Ralph abría los regalos, recordé el busto de Antinus y me pregunté si seguiría presenciando con su mirada frígida las lúbricas transacciones de Felicity Place, y si Diana lo miraba alguna vez y se acordaba de mí.

Para entonces había llegado a sentirme tan a gusto en Bethnal Green que me costaba creer que hubiese vivido en otros lugares o imaginar una época en que no me ocupara de los quehaceres de Quilter Street. Ya me había acostumbrado a la escandalera de los vecinos y al estruendo de la calle. Me bañaba una vez a la semana, como Florence y Ralph, y el resto del tiempo me contentaba con lavarme en una jofaina; el cuarto de baño de Diana se había convertido en un recuerdo extraño y lejano, como el del paraíso después de la caída. Conservé el pelo corto. Me ponía pantalones, como había proyectado, para hacer el trabajo de casa; así lo hice al menos durante un par de meses: después, como todos los vecinos me habían visto ya con pantalones, y como ya se sabía en el barrio que yo los usaba, era un lío quitármelos por la noche para ponerme un vestido. A nadie pareció importarle: al fin y al cabo, en Bethnal Green era un lujo tener ropa que ponerse, y a menudo veíamos a mujeres que se ponían chaquetas de sus maridos, y algunas veces a un hombre con un chal. Las hijas de Mrs. Monk, la vecina de al lado, echaban a correr gritando cuando me veían. Los colegas de Ralph del sindicato solían mirarme de arriba abajo mientras debatían, y perdían el hilo de sus textos. Ralph, sin embargo, bajaba a veces con una camisa o un chaleco de franela en la mano y me decía, distraídamente:

—He encontrado esto, Nance, en el fondo de mi armario, y no sé si a ti te serviría de algo…

En cuanto a Florence… Bueno, la pillaba cada vez con más frecuencia mirándome del modo en que me había mirado aquel día a través del cristal de la ventana; pero siempre —siempre— apartaba la vista y los ojos se le oscurecían. Yo ansiaba que los fijase en mí, pero no sabía cómo conseguirlo. Por complacer a Diana me había vuelto una descarada; había coqueteado cruelmente con Zena; pero con Florence era como si tuviese otra vez dieciocho años y sudorosa y agitada, me asustara invadir su tristeza decreciente. Si al menos fuéramos chaperos, pensaba. Si yo volviera a ser un chapero y ella un nervioso cliente del Soho, y si pudiera llevarla a un lugar oscuro y sórdido y allí desabrocharle…

Pero no éramos chaperos; éramos sólo un par de marimachos pudorosas, dubitativas entre el deseo y el acto mientras el invierno transcurría y el año poco a

poco iba avanzando, y Eleanor Marx permanecía pegada a la pared, grave, intemporal, desaliñada.

El cambio llegó en febrero, en un día normal. Fui al mercado de Whitechapel, algo que hacía a menudo. Al volver a casa entré por el patio; encontré la puerta de atrás entornada y entré sin hacer ruido. Cuando depositaba los paquetes en el suelo de la cocina oí voces en la sala: eran las de Florence y Annie. Todas las puertas estaban entornadas y yo las oía perfectamente:

—Trabaja en una imprenta —estaba diciendo Annie—. Es la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—Oh, Annie, siempre dices eso.

—No, de verdad. Estaba sentada a un escritorio mirando una página, y brillaba iluminada por la luz del sol. Cuando levantó los ojos hacia mí le tendí la mano. Le dije: «¿Eres Sue Bridehead? Me llamo Jude…»

Florence se rió: todas acababan de leer en una revista el último capítulo de aquella novela; probablemente Annie no habría hecho esta broma si hubiera conocido el desenlace de la historia. Florence dijo:

—¿Y qué te respondió ella? ¿Que no lo sabía seguro, pero que quizás Sue Bridehead trabajaba en la otra oficina…?

—Nada de eso. Me dijo: *¡Aleluya!* Me cogió de la mano y… ¡Oh, entonces supe que me había enamorado!

Flo volvió a reírse, pero fue una risa pensativa. Un segundo después dijo algo que no llegué a entender, pero que hizo reír a su amiga. Annie dijo entonces, con el mismo tono risueño:

—¿Y cómo está ese tío tuyo tan guapo?

¿Tío?, pensé avanzando unos pasos para calentarme las manos en el fogón. ¿De qué tío hablaba? No creí ser un oído indiscreto. Oí que Florence rezongaba.

—No es mi tío —dijo con toda claridad—. Ella no es mi tío, como bien sabes tú.

—¿No es tu tío? —exclamó Annie—. Una chica así…, con ese pelo…, gruñendo en tu sala con unos pantalones de gamuza como un albañil típico…

Al oír esto ya no tuve escrúpulos: di un paso rápido y sigiloso hacia el pasillo y agucé más el oído. Florence se rió otra vez.

—Te prometo que no es mi tío —dijo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no iba a serlo? Florrie, me desesperas. No es natural lo que estás haciendo. Es como… como tener un asado en la despensa y tomar sólo mendrugos y vasos de agua. Pues si no va a ser tu tío, piensa en tus amigas y pásasela a otra que lo disfrute.

—¡No vas a disfrutarla tú!

—Yo no busco a nadie ahora que he encontrado a Sue Bridehead. Pero ¡mira por dónde, a ti sí te interesa!

—Pues claro que me interesa —dijo Florence en voz baja. Yo estaba aguzando tanto el oído que la oí parpadear, fruncir los labios.

—¡Pues entonces! Llévala al Chico mañana por la noche. —Tuve la certeza de

haber oído bien—. Llévala al Chico. Te presentaré a mi amiga Miss Raymond…

—No sé —respondió Florence. Tras estas palabras se instauró un silencio. Y cuando Annie habló de nuevo, lo hizo en un tono ligeramente distinto.

—No puedes llorarla eternamente —dijo—. Ella no lo habría querido.

Florence rezongó.

—Estar enamorada no es como tener un canario en una jaula —dijo—. Cuando pierdes a tu novia no sales a buscar otra que la sustituya.

—¡Es exactamente lo que creo que deberías hacer!

—Eso es lo que haces tú, Annie.

—Pero Florence, podrías abrir la puerta de la jaula, aunque sólo fuera un poco… Hay otro canario en tu puerta, golpeando los barrotes con su linda cabeza.

—Supón que le dejo entrar —dijo Flo— y que no le quiero tanto como al anterior. Supón que… ¡Oh! —Oí un ruido sordo—. ¡Es increíble que me la estés comparando con un periquito!

Yo sabía que no se refería a mí, sino a Lilian, y aparté la cabeza, pensando que al fin y al cabo más me habría valido no haber escuchado. La sala permaneció en silencio unos segundos, y oí que Florence metía la cuchara en su taza y la removía. Antes de que yo hubiese vuelto de puntillas a la cocina, su voz me llegó de nuevo, hablando bajo.

—¿Crees que es verdad, de todos modos, lo que me has dicho del canario nuevo y los barrotes…?

Mi pie tropezó con una escoba y la derribó; no tuve más remedio que lanzar un grito y dar una palmada, como si entrara en casa en aquel mismo momento. Annie me llamó y me dijo qué había preparado. Me dio la impresión de que Florence levantaba hacia mí una mirada algo meditabunda.

Annie se marchó poco después y Florence estuvo atareada toda la noche con papeleo: poco tiempo antes se había agenciado unas gafas, y como el fuego del hogar se reflejaba constantemente en ellas yo no sabía hacia dónde miraba, si a mí o a sus libros. Nos despedimos como todas las noches, pero las dos permanecimos despiertas. Oía el crujido de su cama en el cuarto de arriba, y una vez bajó al retrete de fuera. Pensé que quizás se habría detenido delante de mi puerta para ver si yo roncaba. No le dije nada.

A la mañana siguiente estaba tan cansada que no pude observarla con la máxima atención pero vino a verme cuando yo ponía una sartén con bacon en el fogón. Se me acercó mucho y dijo en voz muy baja, quizás para que su hermano, que estaba en la habitación del otro lado del pasillo, no la oyera.

—Nance, ¿quieres salir conmigo esta noche?

—¿Esta noche? —dije, bostezando y mirando al bacon con el ceño fruncido, pues lo había introducido demasiado húmedo en la sartén muy caliente, y crepitaba y humeaba—. ¿Adónde? Espero que no sea a pedir suscripciones.

—No, no es eso. No es nada de trabajo, sino… de placer.

—¡Placer!

Jamás le había oído decir esta palabra que de repente me pareció sumamente

lujuriosa. Tal vez Florence pensó lo mismo porque se puso un poco colorada cogió una cuchara y jugueteó con ella.

—Hay un bar cerca de Cable Street —continuó— con un reservado para mujeres. Las chicas lo llaman El Chico en la Barca…

—¿Ah, sí?

Me miró una vez y luego miró a otro lado.

—Sí. Annie me ha dicho que estará allí con una nueva amiga suya; y quizás estén Ruth y Nora.

—¡También Ruth y Nora! —dije con ligereza; eran las dos que habían resultado ser pareja—. ¿Así que todas serán lesbianas?

Para mi sorpresa, ella asintió muy seria: «Sí.»

¡Todas bolleras! La idea me trastornó. Hacía doce meses que no había pasado una velada en una habitación llena de sáficas; ya no sabía si conservaba el tranquillo. ¿Qué me pondría? ¿Qué actitud adoptaría? ¡Todas bolleras! ¿Cómo les caería yo? ¿Y qué pensarían de Florence?

—¿Irás de todos modos si no voy? —pregunté.

—Creo que sí…

—Entonces sí iré —dije, y como tuve que ocuparme de la sartén de bacon humeante, no vi si su expresión era complacida, satisfecha o indiferente.

Pasé un día agitado, rebuscando entre mis pocos y feos vestidos y faldas, con la esperanza de encontrar entre ellos alguna joya sáfica olvidada. Por descontado, no había nada más que mis pantalones sucios por culpa del trabajo, pero los juzgué demasiado atrevidos para un público del East End —aunque habrían podido causar sensación en el Cavendish Club—, y los descarté a regañadientes en favor de una falda, una camisa de hombre y una corbata. La camisa y el cuello los lavé y almidoné yo misma, y les puse añil para que estuvieran más blancos; la corbata era de seda, una seda muy fina, con una única imperfección en su textura que Ralph me había traído de su fábrica y que yo había llevado a un sastre judío para que la cosiera. La seda era azul y resaltaba mis ojos.

No me cambié por supuesto, hasta después de haber retirado las cosas de la cena, y cuando lo hice me embargó una especie de emoción inquieta con una alegría casi temblorosa, desterrando al pobre Ralph y a Cyril a la cocina mientras yo me lavaba y vestía delante del fuego de la sala. A pesar de que eran faldas, ballenas y enaguas lo que me estaba poniendo, me sentía como creí que se sentiría un joven que se viste para su novia, y durante el tiempo que dediqué a abrocharme el vestido y a manipular a ciegas el gemelo del cuello y la corbata, oía un crujido de tablas y un frufrú de tela encima de mi cabeza, hasta que al final casi me pareció increíble que no fuera mi novia la que se estaba vistiendo para mí en el piso de arriba.

Cuando finalmente ella empujó la puerta de la sala y entró en la habitación, la miré parpadeando un momento muda de asombro. Se había cambiado su ropa de trabajo por una blusa, un chaleco y una falda. Ésta era de una tela gruesa de invierno, de color ciruela y aspecto cálido. El chaleco era de un tono más claro y la blusa casi roja; llevaba prendido un broche en la garganta: unas pocas esquirlas de granate

rodeadas de oro. Era la primera vez en un año que la veía sin sus sobrios trajes de color negro y marrón, y parecía otra persona. Los tonos rojos y de color ciruela realzaban el arrebol de sus labios, el resplandor dorado de su pelo rizado, la blancura de su garganta y de sus manos, las lunas pálidas y rosadas de sus dedos pulgares.

—Estás muy guapa —dije, patosamente. Ella se ruborizó.

—Me he ensanchado demasiado para mi ropa nueva —dijo, y contempló mi vestimenta—. Tú estás muy elegante. Qué bien te sienta esa corbata…, ¿no crees? Pero la tienes torcida. Espera.

Vino hacia mí y me tocó el nudo para enderezarlo; noté al instante que el pulso en mi garganta latía contra mis dedos, y emprendí una búsqueda vana en mis caderas de unos bolsillos donde introducir las manos.

—¿No puedes estarte quieta? —dijo con voz benévola como si le hablara a Cyril, pero advertí que sus mejillas no habían palidecido y que su voz no sonaba todo lo firme que debiera.

Retrocedió unos pasos cuando acabó de manipular mi corbata.

—Sólo me falta el pelo —dije. Cogí los cepillos, los humedecí en una jarra de agua y me retiré el pelo de la cara hasta dejarlo aplastado y lustroso; después me unté las palmas de macasar —que ahora tenía— y me las pasé por la cabeza hasta notar que el pelo se pegaba y el olor llenaba la habitación pequeña y excesivamente caldeada. Y en todo este tiempo Florence me observaba, apoyada en el quicio de la puerta de la sala; cuando terminé, se rió.

—¡Válgame Dios, qué par de bellezas! —exclamó Ralph, que en aquel instante llegó por el pasillo, con Cyril gateando a sus pies—. No las hemos reconocido, ¿verdad, hijo?

El bebé extendió los brazos hacia Florence, y ella le levantó con un gruñido. Ralph le puso una mano en el hombro y dijo, con un tono mucho más suave:

—Qué bonita estás, Flo. No te he visto tan guapa desde hace más de un año.

Ella ladeó la cabeza grácilmente: por un momento podrían haber sido el retrato medieval de un caballero y su dama. Ralph miró hacia mí y sonrió, y no supe entonces a quién de los dos le quería yo más, si a él o a su hermana.

—¿Te arreglarás con Cyril, eh? —dijo Florence preocupada cuando devolvió el niño a Ralph y empezó a abrocharse el abrigo.

—¡Yo diría que sí! —dijo su hermano.

—No volveremos tarde.

—Volved todo lo tarde que queráis; no nos extrañará. Pero andad con ojo. Tenéis que atravesar calles peligrosas…

En el trayecto desde Bethnal Green hasta Cable Street tuvimos que atravesar en efecto, algunos de los barrios más violentos, pobres y sórdidos de la ciudad, y que normalmente no eran nada alegres. Yo conocía el camino porque lo había recorrido a menudo con Florence: sabía cuáles eran los patios más lúgubres, las fábricas que explotaban más ferozmente a sus obreros y los edificios que albergaban a las familias más tristes y desamparadas. Pero aquella noche salíamos juntas, como la propia Florence había admitido, por motivos de placer y por extraño que parezca, el

itinerario nos resultó agradable y el entorno nos pareció distinto del que recorríamos en otras ocasiones. Pasamos por garitos y tugurios, cafetines y tabernas: aquella noche no eran los lugares siniestros y lóbregos que solían ser, sino que resplandecían de luz, animación y color, rebosantes de risas y gritos y apestaban a hedores de cerveza, sopa y salsa. Vimos a parejas que se besuqueaban y a chicas con cerezas en el sombrero y los labios del mismo color; vimos a niños encorvados delante de fritangas humeantes de callos, pies de cerdo y patatas asadas. A saber a qué tristes hogares volverían al cabo de una o dos horas. De momento sin embargo, irradiaban un extraño encanto, así como las calles —Diss Street, Sclater Street, Hare Street, Fashion Street, Plumbers Row, Coke Street, Pinckin Street, Little Pearl Street— por las que pululaban.

—¡Qué alegre parece la ciudad esta noche! —dijo Florence, admirada.

Es por ti, quise contestarle: por ti y por tu vestido nuevo. Pero me limité a sonreírle y la tomé del brazo.

—¡Mira esa chaqueta! —dije al cruzarnos con un chico que llevaba una amarilla de fieltro que, en las sombras de Brick Lane, brillaba como un farol—. A una chica que conocí le hubiera encantado esa chaqueta…

Después no tardamos mucho en llegar a Cable Street. Allí doblamos a la izquierda y luego a la derecha y al fondo de la calle vi el bar que supuse que era nuestro destino: un edificio bajo, de tejado plano, con una lámpara de gas con una pantalla de color ciruela encima de la puerta, y un letrero chabacano —The Frigate— que me recordó lo cerca del Támesis que nos había conducido nuestro itinerario.

—Es por aquí —dijo Florence algo cohibida. Sobrepasamos la puerta y dimos la vuelta al edificio hasta llegar a una entrada más pequeña y oscura que había en la parte de atrás. Por unos escalones bastante empinados y de aire traicionero se descendía a lo que debía de haber sido un sótano; al pie de la escalera había una puerta de cristal esmerilado, y detrás de ella el reservado que buscábamos: recordé que lo llamaban El Chico en la Barca.

No era una habitación amplia, pero sí bastante oscura, y me llevó tiempo calibrar su longitud y su altura y discernir los espacios de penumbra entre las diversas zonas luminosas: el fuego crepitante, las lámparas de gas, el resplandor de latón, cristal, espejo y peltre en el mostrador. Calculé que habría unas veinte personas en aquel recinto; estaban sentadas en una hilera de taburetes o recostadas de pie contra el mostrador, o congregadas en el rincón más alejado y visible, en torno a lo que parecía una mesa de billar. No me paré a mirarlas con detenimiento, pues al hacer nuestra aparición todas las miradas convergieron en nosotras y me sentí extrañamente intimidada por ellas y por la impresión que yo les causaría.

Así que con la cabeza gacha seguí a Florence hasta el mostrador. Lo atendía una mujer de mentón cuadrado que estaba limpiando un vaso de cerveza con un paño; al vernos llegar dejó el vaso y el paño y sonrió.

—¡Vaya, Florence! ¡Qué alegría verte otra vez por aquí! ¡Y qué guapetona vienes!

Extendió la mano para coger los dedos de Florence y la inspeccionó con deleite.

Luego volvió la vista hacia mí.

—Te presento a mi amiga Nancy Astley —dijo Flo, no sin cierta timidez—. Ésta es Mrs. Swindles, la dueña del local.

La señora y yo intercambiamos saludos y sonrisas. Me quité el abrigo y el sombrero y me pasé la mano por el pelo; cuando ella me vio hacer esto, arqueó un poco la ceja y yo esperé que estuviera pensando lo mismo que Annie Page: ¡Bueno, Florence ya tiene otro tío estiloso!

—¿Qué quieres tomar Nance? —me preguntó Florence. Dije que tomaría lo mismo que ella y tras un titubeo, pidió dos vasos de ron caliente—. Vamos a sentarnos.

Atravesamos el bar —pisando con las botas la arena que cubría las tablas del suelo— para llegar a una mesa colocada entre dos bancos. Nos sentamos una enfrente de otra y removimos el azúcar de nuestras bebidas.

—¿Venías aquí antes con frecuencia? —le pregunté a Flo.

—Sí —asintió—. Hacía siglos que no venía.

—¿No?

—No desde que Lily murió. A decir verdad, es un sitio un tanto frívolo. No tenía ánimos para venir…

Yo miraba dentro de mi vaso. De improviso, del taburete a mi espalda nos llegó una carcajada que me sobresaltó.

—Le dije —dijo una voz de chica—: «Yo sólo hago eso, señor, con mis amigas.» «Emily Pettinger», me dijo él, «me contó que te dejaste follar por ella durante hora y media», lo cual es mentira, por otra parte. «Follar es una cosa, señor» le dije, «y esto es otra distinta. Si quiere que la… —aquí debió de hacer un gesto— tendrá que pagarme, amigo mío.»

—¿Y te pagó? —dijo otra voz. La otra, la que había hablado antes hizo una pausa, quizás para dar un sorbo de su bebida, y luego dijo:

—Que me aspen si el bastardo no se metió la mano en el bolsillo, sacó un soberano y lo dejó encima de la mesa, tan campante…

Miré a Florence y ella sonrió.

—Son prostitutas —dijo—. La mitad de las que vienen aquí lo son. ¿Te importa?

¿Cómo iba a importarme cuando yo también lo había sido? Bueno, prostituto, en todo caso. Dije que no con la cabeza.

—¿Y a ti? —le pregunté.

—No. Sólo me da pena que tengan que hacer esto…

No la escuché: estaba demasiado interesada por el relato de la chica, que ahora estaba diciendo:

—Follamos a tope durante media hora; después le lustré la perla mientras el señor miraba. Luego Suise sacó un par de vamps y…

Miré de nuevo a Florence, frunciendo el ceño.

—¿Son francesas o qué? —le pregunté—. No entiendo nada de lo que están diciendo.

Y en verdad así era, porque nunca había oído aquellas palabras, en toda mi época de trotacalles.

—*Lustrar la perla*: ¿qué quiere decir eso? Suena como a jerga de teatro…

Florence se sonrojó.

—Podrías intentarlo en un teatro —dijo—, pero creo que el director de escena te expulsaría del escenario…

Yo aún conservaba mi expresión interrogante cuando ella abrió los labios y me enseñó la punta de la lengua mientras lanzaba una mirada muy rápida a mi regazo. Nunca le había visto hacer una cosa así, y me produjo a la vez una conmoción y una excitación tremendas. Fue como si realmente me hubiera hundido los labios entre los muslos: noté que se me humedecían las bragas y que las mejillas se me ponían rojas como un tomate, y para ocultar mi confusión tuve que mirar a otro lado.

Miré a Mrs. Swindles en el mostrador y a las jarras de peltre que colgaban sobre ella, en una larga hilera reluciente; después miré al grupo de figuras alrededor de la mesa de billar. Al cabo de un momento, las observé con más atención y le dije a Florence:

—Creo que me dijiste que aquí sólo había bolleras. Hay unos tíos allí.

—¿Tíos? ¿Estás segura?

Miró hacia donde yo le indicaba y observó conmigo a los que jugaban al billar. Armaban bastante ruido, y la mitad de ellos vestía pantalón y chaleco y lucía un pelo al rape carcelario. Pero Florence se rió después de haberlos examinado.

—¡No son tíos! Nancy, ¿cómo has podido pensarlo?

Parpadeé y volví a mirarles. Empecé a ver que… No eran hombres, sino chicas… y eran bastante parecidas a mí… Tragué saliva. Dije:

—¿Viven como hombres, esas chicas?

Florence se encogió de hombros sin advertir la carraspera en mi voz.

—Creo que algunas. Casi todas se visten como les apetece y viven como otros les piden que vivan. —Captó mi mirada—. ¿Sabes? Pensaba que tú debías de haber hecho lo mismo que hacen ellas…

—¿Me creerías muy tonta si te dijera que yo pensaba que era la única…? —respondí.

Entonces ella suavizó la mirada.

—¡Qué extraña eres! —dijo con dulzura—. Nunca has lustrado la perla…

—No he dicho que no lo haya hecho nunca; sólo he dicho que nunca lo he llamado así.

—Bueno. Entonces emplearás toda clase de expresiones raras. Parece que nunca hayas visto a una bollera en pantalones. La verdad Nance, a veces…, a veces pienso que debiste de nacer adulta…, como Venus en la concha en ese cuadro…

Puso un dedo contra un lado del vaso, para frenar un reguero de ron azucarado, y a continuación se llevó el dedo a los labios. Noté que la garganta se me tornaba aún más ronca, y el corazón me dio un vuelco extraño. Respiré por la nariz y miré de nuevo a las lesbianas en pantalones que estaban junto a la mesa de billar. Al cabo de un segundo, dije:

—Pensar que, al fin y al cabo, habría podido ponerme mi pantalón de molesquín…

Florence se rió. Seguimos sentadas un rato con nuestras bebidas; llegaron más mujeres y el local se animó aún más y se llenó de ruido y humo. Fui al mostrador a pedir otra consumición y cuando volví con ellas a nuestra mesa encontré allí a Annie en compañía de Ruth y de otra chica rubia y bonita que me fue presentada como Miss Raymond. «Miss Raymond trabaja en una imprenta» dijo Annie, y yo tuve que fingir que acababa de enterarme. Cuando como una media hora después, Miss Raymond fue a los urinarios Annie nos hizo cambiar de sitio para poder sentarse a su lado.

—¡Rápido, rápido! —ordenó— ¡Volverá enseguida! ¡Nancy, ponte aquí!

Me vi sentada entre Florence y la pared y durante largos ratos deliciosos en los cuales las otras charlaban, yo saboreaba la presión de su muslo envuelto en tela de color ciruela contra el mío, más escueto y delgado. Cada vez que ella se volvía hacia mí, notaba su aliento en mi mejilla, caliente, azucarado y aromatizado de ron.

A medida que transcurría la velada empecé a pensar que nunca había pasado una más placentera. Al mirar a Ruth y Nora las veía muy juntas, riéndose. Miré a Annie: tenía su mano sobre el hombro de Miss Raymond y los ojos fijos en su cara. Miré a Florence y ella me sonrió. «¿Todo bien, Venus?», dijo. El pelo se le había desprendido de las horquillas y se le rizaba alrededor del cuello.

Nora contó entonces una de aquellas historias: «Escuchad lo de la chica que ha venido hoy a la oficina…», y yo bostecé y miré hacia las jugadoras de billar; me sorprendió mucho descubrir que el grupo de mujeres se había despegado de la mesa y me miraba. Al parecer deliberaban sobre mí: una asentía, otra meneaba la cabeza, otras amusgaba los ojos para verme y golpeaba enfáticamente contra el suelo su taco de billar. Comencé a sentirme incómoda: quizás, ¿quién sabía?, mi pelo corto y mi falda transgredían alguna etiqueta sáfica. Aparté la mirada; cuando volví a mirarlas, una de las chicas se había separado del resto y se encaminaba con paso decidido hacia nuestra mesa. Era una mujerona y llevaba las mangas remangadas hasta los codos. Lucía en el brazo un tatuaje tosco, tan verde y sucio que habría podido ser una magulladura. Llegó a donde estábamos, descansó el brazo tatuado en el respaldo del reservado y se inclinó para verme.

—Perdona, monada —dijo en voz bastante alta—, pero Jenny mi colega, se empeña en que eres Nan Rey en persona, la que actuaba en music-halls con Kitty Butler. Le he apostado un chelín a que no lo eres. ¿Nos sacas de dudas?

Lancé una mirada rápida en torno a la mesa. Florence y Annie tenían una expresión de sorpresa. Nora, que había interrumpido su relato, sonrió y dijo:

—Yo sacaría el máximo provecho de esa Nance. A lo mejor hay una copa gratis.

Miss Raymond se rió. Nadie creía que yo pudiese ser Nan Rey y yo por descontado había pasado cinco años ocultando aquella época, negando que era ella.

Pero el ron, la efusión, mi nueva y callada pasión parecieron obrar en mí como el aceite en una cerradura herrumbrosa. Me volví hacia la mujerona.

—Me temo que vas a perder la apuesta —dije—. Sí soy Nan Rey.

Era la verdad, pero me sentí como una impostora, como si acabase de decir: «Soy Lord Rosebery.» No miré a Florence, aunque por el rabillo del ojo vi que estaba boquiabierta. Miré a la mujer tatuada y me encogí un poco de hombros, con modestia. Ella a su vez había retrocedido; asestó a nuestro banco una palmada que lo removió y llamó riéndose a su amiga.

—¡Jenny, has ganado la moneda! ¡La tía dice que sí es Nan Rey!

Al oír estas palabras, el grupo junto al billar profirió un grito colectivo, y la mitad del local guardó silencio. Las chaperas del reservado contiguo se levantaron para inspeccionarme; oí que en todas las mesas susurraban: «¡Es Nan Rey, está aquí Nan Rey!» Jenny, la amiga del marimacho, se acercó y me tendió la mano.

—Miss Rey —dijo—, sabía que eras tú en cuanto te vi entrar. ¡Qué buenos ratos pasé en el Paragon viendo tu espectáculo con Kitty Butler!

—Muy amable de tu parte —dije estrechando su mano. Al hacerlo sorprendí la mirada de Florence.

—Nance, ¿qué es todo esto? —preguntó—. ¿De verdad trabajaste en music-halls? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Fue hace muchísimo tiempo…

Ella meneó la cabeza y me miró de arriba abajo.

—No me digas que no sabías que tu amiga era una estrella del escenario —le preguntó Jenny, que nos había oído.

—No sabíamos que era una estrella de nada —dijo Annie.

—Ella y Kitty Butler…, ¡qué pareja! No ha habido un par de tenorios como ellas…

—¡Tenorios! —dijo Florence.

—Pues sí —contestó Jenny, y añadió—: Espera un segundo… Creo que hay algo por aquí que…

Se abrió camino hacia el mostrador entre los grupos de mujeres pasmadas, y la vi llamar la atención de la camarera y señalar hacia la pared que había detrás de las hileras de botellas boca abajo. Allí había un tapete descolorido lleno de postales y billetes antiguos; vi que Mrs. Swindles rebuscaba entre las capas de papel arrugado y que sacaba algo pequeño y doblado. Se lo entregó a Jenny; en un santiamén ella me lo puso delante y me vi mirando una fotografía: Kitty y yo, borrosa pero inconfundible, con canotier y bombachos. Tenía mi mano posada sobre su hombro y un cigarrillo sin encender entre los dedos.

Miré la foto una y otra vez. Recordaba con toda claridad el peso y el olor de aquel traje, el tacto del hombro de Kitty debajo de mi mano. Aun así me estremecí, como si contemplara un pasado ajeno.

La primera que me arrebató la postal fue Florence —que la examinó con la cabeza baja casi con tanta atención como yo—, seguida de Ruth y Nora, luego de Annie y Miss Raymond, y por último de Jenny, que se la pasó a sus amigas.

—Figúrate que la teníamos todavía en la pared —dijo—. Me acuerdo de la chica que la puso ahí: estaba muy encariñada contigo. La verdad es que en el Chico siempre fuiste muy popular. A la chica se la vendió una mujer de Burlington Arcade.

¿Sabías que había allí una mujer que vendía fotos como la tuya a tías interesadas?

Moví la cabeza… estupefacta, al pensar en la cantidad de veces que había recorrido Burlington Arcade en busca de tíos interesados, sin que nunca me hubiera fijado en aquella vendedora.

—Qué maravilla, Miss Rey, encontrarla aquí… —gritó otra.

Hubo un murmullo general mientras se digerían las insinuaciones contenidas en este comentario.

—No es que no me quedara el gusanillo de la duda —dijo alguna otra.

Jenny se me acercó de nuevo y ladeó la cabeza.

—¿Qué ha sido de Kitty Butler si no te importa que te lo pregunte? Me han dicho que ella también tenía pinta de bollera.

—Es cierto —dijo otra chica—. Yo también lo oí decir. Yo vacilé.

—Pues oísteis mal —dije, al fin—. No lo era.

—¿Ni siquiera un poco…?

—Ni una pizca.

Jenny se encogió de hombros.

—Bueno, pues qué lástima.

Bajé los ojos hacia mi regazo, con repentino disgusto; lo peor, sin embargo, estaba por llegar, ya que en aquel momento una de las chaperas se interpuso entre Ruth y Nora para interpelarme.

—Oh, Miss Rey, ¿por qué no nos cantas algo?

Una docena de gargantas se sumó a su petición. «¡Oh, sí, canta, Miss Rey!», y como en una pesadilla apareció de pronto como por ensalmo, un piano viejo y desvencijado que empujaron rodando por el suelo arenoso. De inmediato una mujer se sentó al piano, chasqueó los nudillos y tocó una escala.

—¡No puedo, en serio! —dije. Despavorida miré a Florence que me escudriñaba como si nunca me hubiese visto la cara. Jenny gritó, con desparpajo:

—Oh, vamos Nan, sé buena con las chicas y el Chico. ¿Cómo era aquélla que cantabas…, la de guiñar un ojo a las mujeres bonitas, con una moneda de un soberano en la mano…?

Un coro de voces empezó a entonarla. Annie estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de cerveza que acababa de dar.

—¡Dios! —dijo, enjugándose la boca—. ¿Tú cantabas esto? ¡Te vi una vez en el Holborn Empire! Me tiraste una moneda de chocolate; estaba casi derretido por el calor de tu bolsillo. ¡Me lo comí y pensé que me moría! ¡Oh, Nancy!

La miré y me mordí el labio. Todas las jugadoras de billar habían depositado los tacos y se habían congregado alrededor del piano; la pianista estaba tocando los acordes de la canción y unas veinte mujeres la cantaban. Era una canción idiota, pero recordé la voz de Kitty elevándose sobre el coro y prestando a la melodía una especie de dulzura líquida, como si la estúpida letra se convirtiese en miel sobre su lengua. Sonaba muy distinta en aquel antro zafio, pero aun así conservaba una cierta autenticidad y poseía una dulzura nueva y propia. Escuché la bulla que armaban las chicas y sin darme cuenta empecé a tararear… Al instante siguiente me había

arrodillado encima del banco y uní mi voz a las suyas; después, cuando me ovacionaron y aplaudieron, no tuve más remedio que apoyar la cabeza en mi brazo y morderme el labio para que no se me saltaran las lágrimas.

Empezaron a cantar otra canción que no era mía ni de Kitty, sino otra que yo no conocía, y esta vez no pude acompañarlas. Me senté y recosté la cabeza en el respaldo del banco. Una chica se presentó en un extremo de nuestra mesa con una empanada de cerdo en una bandeja enviada por Mrs. Swindles y que corría «a cuenta de la casa». Mordisqueé un rato la corteza y me tranquilicé un poco. Ruth y Nora con los codos hincados en la mesa y la cabeza apoyada en la barbilla me miraban, olvidadas de su idilio. Alcancé a oír en las pausas de la canción nueva, que Annie le estaba explicando a una Miss Raymond incrédula:

—No, te lo juro, no teníamos ni idea. Llegó a la puerta de Florrie con un ojo morado y un ramo de berros, y allí vive desde entonces. Nos ha salido rana…

Florence por su parte, tenía la cara vuelta hacia mí y los ojos en las sombras.

—¿Es verdad que eras famosa? —me preguntó, en tanto yo buscaba un cigarrillo y lo prendía—. ¿Y que cantabas?

—Cantaba y bailaba. Y una vez actué en una pantomima en el Britannia. —Me di una palmada en el muslo—. «Señores, ¿dónde está el príncipe, nuestro amo?»

Ella se rió, pero yo no.

—¡Cómo me gustaría haberte visto! ¿Cuándo fue todo eso?

Lo pensé un momento y dije:

—En mil ochocientos ochenta y nueve.

Ella proyectó un labio hacia fuera.

—Ah. Huelgas continuas; no había tiempo para el music-hall. Alguna noche debí de estar en la puerta del Britannia, recaudando dinero para los estibadores… —Sonrió—. Pero me hubiera gustado que me dieran un soberano de chocolate.

—Bueno, seguro que yo te hubiera lanzado uno…

Se llevó el vaso a los labios y pensó en otra cosa.

—¿Qué ocurrió para que dejaras el teatro? —preguntó—. Si te iba tan bien, ¿por qué lo dejaste? ¿Cuál fue el motivo?

Yo había confesado algunas cosas, pero no estaba dispuesta a confesarlo todo. Empujé mi bandeja hacia ella.

—Cómetela tú —dije. Me incliné y, por delante de ella, llamé al otro extremo de la mesa—. Oye, Annie. Pásame un cigarrillo, ¿quieres? Éste es una birria.

—Puesto que eres una celebridad…

Florence se comió la empanada con ayuda de Ruth. Las cantantes junto al piano se cansaron de cantar con su voz ronca y volvieron a la mesa de billar. Las chaperas de la mesa contigua se levantaron y recogieron sus sombreros; supuse que se marchaban a trabajar en los bares más vulgares de Wapping y Limehouse. Nora bostezó y al verla todas la imitamos; Florence lanzó un suspiro.

—¿Nos vamos? —preguntó—. Creo que es muy tarde.

—Es casi medianoche —dijo Miss Raymond. Nos levantamos y nos abrochamos el abrigo.

—Quiero hablar un segundo con Mrs. Swindles —dije— para darle las gracias por la empanada.

Una vez hecho esto y tras haber sido agarrada y saludada en el camino por media docena de mujeres, me encaminé al rincón del billar donde estaba Jenny.

—Buenas noches —le dije—. Me alegro de que ganaras la apuesta.

Ella me cogió la mano y me la estrechó.

—¡Buenas noches Miss Rey! El chelín no ha sido nada comparado con el placer de tenerte entre nosotras.

—¿Volveremos a vernos, Nan? —me preguntó su amiga, la del tatuaje.

—Espero que sí —asentí.

—Pero la próxima vez tienes que cantarnos una canción de las tuyas, con todas tus ropas de hombre.

—¡Oh, sí, desde luego!

Sonreí, sin contestarles, y me alejé un paso; de pronto recordé algo e hice una seña a Jenny para que se aproximase.

—Esa foto —le dije en voz baja cuando estuvo cerca—. ¿Tú crees que a Mrs. Swindles le importaría…? ¿Crees que podría quedármela?

Se metió la mano en el bolsillo, sacó la foto descolorida y arrugada y me la entregó.

—Tómala —dijo; no pudo evitar preguntarme, un tanto extrañada—. Pero ¿tú no tienes ninguna? Yo habría pensado…

—Entre tú y yo —dije—, dejé el oficio de sopetón perdí un montón de cosas y no he vuelto a pensar en ellas hasta ahora. Pero esto… —Miré la foto—. ¿Qué daño puede hacerme guardar este pequeño recordatorio?

—Ninguno, espero —respondió amablemente. Miró a Florence y a las otras—. Tu chica te está esperando —dijo con una sonrisa. Guardé la foto en el bolsillo de mi abrigo.

—Ya sé —dije, distraída—. Ya sé.

Me reuní con mis amigas, cruzamos el local atestado y subimos por la resbaladiza escalera hasta el frío cortante de la noche de febrero. Fuera del Frigate la calle estaba oscura y silenciosa; de Cable Street no obstante, llegaba el rumor lejano de una reyerta. Clientes de todos los demás bares y tabernas se disponían a emprender como nosotras, su achispado regreso a casa.

—¿No hay problemas ni tensiones —pregunté, cuando emprendimos la marcha— entre las mujeres del Chico y los vecinos de aquí?

Annie se alzó el cuello del abrigo contra el frío y luego tomó el brazo de Miss Raymond.

—A veces —dijo—. A veces. Un día unos chicos disfrazaron a un cerdo con un gorro y lo tiraron por la escalera del sótano.

—¡No!

—Sí —dijo Nora—. Y a una mujer una vez, le abrieron la cabeza en una riña.

—Pero fue por culpa de una chica —dijo Florence bostezando—, y el que le pegó era el marido de la chica…

—La verdad es —continuó Annie— que en estos barrios hay un revoltijo tal entre judíos e hindúes, alemanes y polacos, socialistas, anarquistas, salvacionistas…, que la gente está curada de espanto.

No había terminado de hablar cuando dos tipos salieron de una casa al fondo de la calle y al vernos, al ver a Annie y Miss Raymond cogidas del brazo, a Ruth y a Nora de la mano y el hombro de Florence apretado contra el mío, rezongaron con desprecio. Uno de ellos carraspeó según pasábamos y escupió; el otro, gritando y riendo, se cubrió con la mano ahuecada la bragueta.

Annie me miró y se encogió de hombros. Miss Raymond para hacernos sonreír, dijo:

—Me gustaría saber si alguna vez le romperán la cabeza a una mujer por mi culpa…

—Sólo le romperán el corazón Miss Raymond —dije galantemente, y tuve la satisfacción de ver que tanto Annie como Florence me miraban con cara enfurruñada.

El grupo se redujo a medida que avanzábamos, pues Ruth y Nora se despidieron en Whitechapel para alquilar un coche que las llevase a su piso en la City, y al llegar a Shoreditch donde vivía Miss Raymond, Annie se miró la punta de la bota y dijo:

—Bueno, como es tan tarde creo que voy a acompañar a Miss Raymond hasta su puerta; vosotras seguid que enseguida os alcanzo…

De modo que Florence y yo nos quedamos a solas. Caminábamos a paso ligero porque hacía mucho frío, y Florence se mantenía muy junta, rodeándome el brazo con las manos. Al llegar al final de Quilter Street nos paramos como yo había hecho la primera vez que llegué allí a contemplar un momento las torres oscuras y fantasmagóricas del mercado de Columbia, y a mirar el cielo londinense sin estrellas ni luna, congestionado de niebla y de humo.

—No creo que Annie nos alcance —murmuró Florence, mirando atrás hacia Shoreditch.

—No —dije—. Tampoco yo lo creo…

El aire de la casa cuando entramos, parecía caliente y recargado, pero no tardamos en quedarnos heladas después de habernos quitado los abrigos y visitado el retrete. Ralph me había dejado la carriola hecha y una nota en la repisa de la chimenea diciendo que teníamos una tetera dentro del horno. Así era; el té estaba tan espeso y pardo que parecía salsa, pero lo tomamos, a pesar de todo. Llevamos las tazas a la sala donde hacía más calor, y extendimos las manos delante de los últimos carbones relucientes en el hogar ceniciento.

Ralph había retirado las butacas para hacer sitio a mi cama y no sin cierta timidez, nos sentamos encima, una al lado de la otra; al hacerlo las ruedas se desplazaron un poco y Florence se rió. Aparte de una lámpara tenue que había encima de la mesa, la sala estaba a oscuras. Bebiendo el té mirábamos los carbones a ratos la ceniza bullía un poco en la parrilla y un carbón saltaba.

—Después del Chico, ¡qué callado está esto! —dijo Florence, en voz baja.

Yo tenía las rodillas pegadas al mentón —la cama baja se elevaba muy poco por

encima de la alfombra— y giré la cara para sonreírle.

—Me alegro de que me llevaras —dije—. Creo que no he pasado una noche tan agradable desde…, no sé.

—¿No lo sabes?

—No, porque la mitad de mi placer ha sido verte contenta. Ella sonrió, y luego bostezó.

—¿No te ha parecido guapísima Miss Raymond? —me preguntó.

—Muy guapa.

No tanto como tú habría querido decirle volviendo a mirar las facciones que en otro tiempo me habían parecido feas. *Oh, Flo, ¡no hay nadie más guapa que tú!*

Pero no lo dije. Y, entretanto, ella había sonreído.

—Me acuerdo de otra chica a la que Annie cortejaba. Vivía aquí con nosotros, porque Annie estaba compartiendo alojamiento con su hermana. Dormían aquí, y Lilian y yo estábamos arriba; y hacían tanto ruido que Mrs. Monks vino a preguntar si había alguien enfermo. Tuvimos que decirle que a Lily le dolían las muelas, cuando en realidad había estado durmiendo tan tranquila a mi lado…

Bajó la voz. Me llevé la mano al cuello para aflojar la corbata: me amargaba la idea de Flo acostada junto a Lilian, arrebatada por una pasión inútil. Dije:

—¿No era difícil compartir la cama con alguien a quien amabas tanto?

—¡Era durísimo! Pero también maravilloso.

—¿No… la besaste nunca?

—A veces la besaba mientras ella dormía; le besaba el pelo. Tenía un pelo precioso…

Tuve entonces un vivo recuerdo de cuando yo estaba acostada con Kitty, en los días en los que todavía no habíamos hecho el amor. Dije cambiando un poco de tono:

—¿Le mirabas la cara mientras dormía, con la esperanza de que soñase contigo?

—¡Encendía una vela sólo para contemplarla!

—¿No tenías ganas de tocarla cuando estaba tumbada a tu lado?

—¡Pensaba en tocarla! Pero al pensarlo me moría de miedo.

—¿Pero algunas veces no te tocabas tú misma, pensando que ojalá fueran sus dedos…?

—¡Oh, y luego me avergonzaba! Una vez me apreté contra ella en la cama y ella dijo dormida: «¡Jim!» Era el nombre de su novio. Y después repitió, «¡Jim!». Con una voz que no le había oído nunca. No supe si llorar o no, pero lo que de verdad quería, ¡oh, Nance!, lo que quería era que siguiese dormida como si estuviera en trance, para poder tocarla y que creyera que yo era Jim y volviera a llamarle con aquella voz…

Respiró hondo. Un carbón de la lumbre cayó con un chasquido, pero ella no lo miró, ni yo tampoco. Nos miramos fijamente: era como si sus palabras tan tiernas, hubiesen fundido nuestras miradas y no pudiésemos despegarlas. Dije, casi riendo: «¡Jim! ¡Jim!» Ella parpadeó, y casi tiritó. Yo también me estremecí y luego sólo dije: «Oh, Flo…»

Y entonces, como en virtud de algún poder oculto, la distancia entre nuestros labios pareció reducirse y desaparecer, y nos estábamos besando. Levantó la mano

para tocar la comisura de mi boca: sus dedos se interpusieron entre nuestros labios prensados; sabían todavía a azúcar. Empecé a temblar tan fuerte que tuve que apretar los puños y decirme a mí misma: «¡Para de temblar! ¡Va a pensar que nunca has besado a nadie!»

Sin embargo, cuando levanté mis manos hacia ella, descubrí que Florence temblaba igual de fuerte, y cuando un momento después desplacé los dedos desde su garganta hacia la prominencia de sus pechos, se revolvió como un pez, para luego sonreír y acercarse aún más a mí. «¡Apriétame más fuerte!», dijo.

Caímos sobre la cama cuyas ruedas la deslizaron otro palmo sobre la alfombra, y desaté los botones de su camisa y apreté mi cara contra su busto y le succioné un pezón a través del algodón de su corpiño, hasta que se puso enhiesto y Flo empezó a atiesarse y jadear. Volvió a ponerme las manos en la cabeza para colocarme en una posición donde poder besarme; me tumbé y me moví encima de ella y noté que Florence se movía debajo de mí, sentí sus pechos contra los míos y supe que si no me corría iba a desmayarme, pero entonces ella me dio media vuelta me levantó la falda y me puso la mano entre las piernas y me acarició con tanta suavidad y tan despacio, de un modo tan excitante, que deseé no correrme nunca…

Por fin sentí que su mano se asentaba en la más húmeda de las humedades de mi cuerpo, y me susurró algo al oído: «¿Te gusta dentro?», murmuró. La pregunta era tan gentil, tan galante, que casi me hizo llorar. «¡Oh!», exclamé, y ella volvió a besarme y al cabo de un momento noté que se movía dentro de mí, primero con un dedo, después con dos supuse, luego con tres… Tras unos segundos de presión, acabó metiendo la mano hasta la muñeca. Creo que grité; creo que temblé, jadeé y chillé al sentir la delicadeza con que torcía y retorcía sus dulces dedos debajo de mi útero…

Al alcanzar el clímax sentí una erupción y descubrí que con mi flujo le había mojado el brazo desde la punta de los dedos hasta el codo, y que ella se había corrido como por simpatía, y que con todo su peso yacía desmadejada contra mí, con las faldas mojadas. Al liberar su mano —lo que me causó otro estremecimiento—, se la agarré, la acerqué a mi cara y la besé; después nos quedamos muy calladas con los miembros muy juntos, como maquinarias que se enfrían, hasta que apaciguado el pulso, quedamos sosegadas.

Cuando Florence se levantó, se dio un coscorrón contra la mesa; sin que nos diéramos cuenta, la cama había traqueteado desde un extremo al otro de la sala. Se rió. Nos desvestimos, ella apagó la lámpara y nos metimos en enaguas debajo de las mantas. Cuando se quedó dormida le toqué las mejillas y le besé el punto de la frente donde se había lastimado.

Al despertar descubrí que todavía era de noche, aunque había aclarado. No sabía lo que me había desvelado; sin embargo al mirar alrededor vi que Florence se había incorporado un poco en la almohada y que me miraba al parecer plenamente despierta. Busqué de nuevo su mano, se la besé y sentí una especie de convulsión en mis entrañas. Ella sonrió, pero en su sonrisa había una incertidumbre que me

produjo un escalofrío.

—¿Qué pasa? —murmuré. Ella me acarició el pelo.

—Sólo estaba pensando…

—¿Qué?

Ella no respondió; me incorporé a su lado, totalmente despierta yo también.

—¿Qué, Florence?

—Te estaba mirando en la oscuridad; nunca te había visto dormir. Me has parecido una extraña. Y entonces he pensado que lo eres…

—¿Una extraña? ¿Cómo puedes decirme eso? ¡Has vivido conmigo más de un año!

—¡Y hasta anoche no supe que habías sido una estrella del music-hall! —contestó—. ¿Cómo has podido mantener en secreto una cosa así? ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué más has hecho que yo no sepa? Por lo que yo sé, quizás has estado en la cárcel. Has podido estar loca. ¡Has podido ser una chapera!

Me mordí el labio pero a continuación, recordando lo amable que ella había sido con las mercenarias del Chico, dije rápidamente:

—Flo, tuve una época de trotacalles. No me odiarás por eso, ¿verdad?

Ella retiró al instante la mano.

—¡Trotacalles! ¡Dios mío! Claro que no te odio, pero… ¡Oh, Nance! Pensar que has sido como una de esas tristes chicas…

—No era triste —dije, y miré a otro lado—. Y si te digo la verdad…, bueno, tampoco era una chica.

—¡Tampoco una chica! —dijo—. ¿Qué quieres decir?

Rasqué con la uña el borde de seda de la manta. ¿Le contaría mi historia, la historia que había mantenido tan callada tanto tiempo? Vi su mano encima de la sábana y al sentir otro vuelco en el estómago, recordé sus dedos que me abrían, recordé su puño dentro, girando lentamente. Respiré.

—¿Alguna vez has estado en Whitstable…?

Una vez que empecé, no pude parar. Se lo conté todo: de mi vida como ostrera, de Kitty Butler por quien había abandonado a mi familia y que me había abandonado a mí a su vez, por Walter Bliss. Le hablé de mi locura; de mi mascarada; de mi vida con Mrs. Milne y Grace en Green Street donde ella me había conocido. Y por último le hablé de Diana, de Felicity Place y de Zena.

Cuando terminé de hablar casi había amanecido; hacía más frío que nunca en la sala. Florence había escuchado en silencio todo mi relato; había empezado a fruncir el entrecejo cuando llegué a mi actividad de chapero, tras lo cual había torcido aún más el gesto. Su expresión era muy seria.

—Querías saber mis secretos… —dije.

Ella apartó los ojos.

—No creí que hubiese tantos.

—Has dicho que no me odiarías por lo de venderme.

—Duele tanto pensar que hiciste esas cosas… por divertirte. Y, oh, Nance, ¡por divertirte de un modo tan cruel!

—Hace muchísimo tiempo.

—Pensar en toda la gente que has conocido… y que no tengas amigos.

—Los dejé atrás a todos.

—A tu familia. Cuando llegaste aquí dijiste que tu familia te había abandonado. ¡Pero fuiste tú la que les abandonó a ellos! ¡Cuánto pensarán en ti! ¿Nunca piensas en ellos?

—A veces, a veces.

—Y aquella señora que se encariñó tanto contigo, en Green Street, ¿no piensas en visitarlas a ella y a su hija?

—Se trasladaron e intenté encontrarlas. De todos modos estaba avergonzada, porque las había descuidado…

—Descuidado por aquella… ¿Cómo se llamaba?

—Diana.

—Diana. ¿La querías tanto entonces?

—¿Quererla? —Me incorporé sobre un codo—. ¡La odiaba! ¡Era una especie de diablo! Ya te lo he dicho…

—Pero te quedaste con ella mucho tiempo…

De pronto me sentí asfixiada por mi propia historia y por el sentido que Florence extraía de ella.

—No puedo explicarlo —dije—. Tenía un poder sobre mí. Era rica. Tenía… cosas.

—Primero me dijiste que un hombre te había expulsado de su casa. Luego, que fue una mujer. Pensé que habías perdido a una chica…

—La había perdido, pero era Kitty y hacía años de eso.

—Y Diana era rica, y le dejaste que te golpeara y te pusiera un ojo morado. Y luego te puso de patitas en la calle porque… besaste a su criada. —Su tono había ido endureciéndose—. ¿Qué fue de ella?

—No lo sé. ¡No lo sé!

Guardamos silencio un rato y la cama, de repente, pareció estrechísima. Florence miró al cuadrado de luz en la cortina de la ventana y yo miré a Florence desconsolada. Se llevó un dedo a la boca para morderse una uña y yo levanté la mano para impedírselo, pero ella me apartó de un empujón el brazo y se levantó.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Arriba. Quiero sentarme a pensar un poco.

—¡No! —exclamé, y en aquel momento Cyril despertó en su cuna de arriba y empezó a llamar a su madre. Me lancé sobre Florence, le agarré de la muñeca y sin hacer caso del llanto del bebé, la tumbé de espaldas y la presioné contra la cama—.

—Ya sé lo que vas a hacer —dije—. ¡Quieres pensar en Lilian!

—¡No puedo evitar pensar en ella! —respondió, compungida—. No puedo evitarlo. Y tú…, tú eres exactamente igual sólo que no lo sabes. No me digas…, ¡no me digas que anoche no pensabas en ella, en Kitty, cuando me besabas!

Respiré hondo… y titubeé. Era verdad lo que ella decía. Kitty había sido la primera a la que había besado con todo mi ardor; y era como si después tuviera

impresos en mis labios el sabor y el color y la forma de sus besos. Ni el esperma ni las lágrimas de todos aquellos cabrones lacrimosos de Soho ni el vino y las caricias húmedas de Felicity Place habían borrado el rastro de sus besos. Yo siempre lo había sabido, pero no me había importado con Diana ni con Zena. ¿Por qué habría de importarme con Florence?

¿Por qué preocuparme de en quién pensara ella mientras me besaba?

—Lo único que sé —dije por fin— es que nos habríamos muerto si no nos hubiéramos acostado esta noche. ¿Y ahora me dices que no debemos acostarnos nunca más después de esto, que ha sido tan maravilloso…?

Aún la tenía aprisionada contra la cama y Cyril seguía llorando; pero de golpe, en virtud de algún milagro, su llanto cesó… y Florence por su parte, se ablandó entre mis brazos y apretó la cabeza contra mí.

—Me gustaba imaginarte como a Venus en una concha —dijo quedamente—. No he pensado nunca en las novias que has tenido antes de venir aquí…

—¿Por qué tienes que pensar en ellas ahora?

—¡Porque piensas tú! ¿Y si Kitty apareciera y te pidiese que volvieras con ella?

—No aparecerá. Kitty se ha ido Flo. Como Lilian. Créeme, ¡no hay ninguna posibilidad de que Lilian vuelva! —Comencé a sonreír—. Y si lo hace, puedes irte con ella y no diré una palabra. Y si Kitty viene a buscarme a mí tú harás lo mismo. Y supongo que entonces las dos tendremos nuestro paraíso… y nos saludaremos desde nuestras nubes separadas. Pero hasta entonces, hasta entonces, Flo, ¿no podemos seguir besándonos y estar contentas?

Sabiendo cómo son las promesas de amor, me figuro que aquélla fue bastante curiosa: pero éramos chicas con historias curiosas, chicas con un pasado similar a una caja cuya tapadera encaja mal. Teníamos que cargar con ella pero transportarla con mucho cuidado. Nos iría muy bien pensé, mientras Florence suspiraba y levantaba los brazos hacia mí, todo iría bien siempre que no se derramase el contenido de las cajas.

Capítulo 19

Aquella tarde trasladamos la carriola al desván —creo que sus ruedas torcidas ya no tenían arreglo— y yo llevé mis cosas al cuarto de Florence y metí mi camisón debajo de su almohada. Hicimos todo esto mientras Ralph estaba fuera; cuando llegó a casa y vio el sitio donde solía estar la cama y luego a nosotras todo sofocadas, con los ojos velados y los labios hinchados, parpadeó como una docena de veces y tragó saliva, y luego se sentó a leer y se tapó la cara con un ejemplar de *Justice*, pero por la noche, cuando se levantó para irse a su habitación, me dio un beso muy efusivo. Miré a Florence.

—¿Por qué no tiene una novia? —dije cuando él salió. Ella se encogió de hombros.

—Parece ser que no gusta a las chicas. Todas mis amigas lesbianas están medio enamoradas de Ralph, pero las chicas normales… ¡En fin! Le gustan las remilgadas; la última le dejó plantado por un boxeador.

—Pobre Ralph —dije y añadí—: Es de lo más tolerante con respecto a tus… inclinaciones. ¿No crees?

Ella se acercó y se sentó en el brazo de mi butaca.

—Ha tenido mucho tiempo para acostumbrarse —dijo.

—Entonces, ¿las has tenido siempre?

—Bueno, supongo que siempre había por aquí alguna que otra chica. Mi madre nunca pudo imaginárselo. A Janet le da igual; dice que así hay más tíos para ella. Pero a Frank —Frank era el hermano mayor que visitaba de cuando en cuando a la familia—, a Frank nunca le gustó en los viejos tiempos que vinieran chicas a buscarme; un día me dio una bofetada. Nunca lo he olvidado. No le haría mucha gracia verte aquí ahora.

—Podemos aparentar otra cosa si quieres —dije—. Podemos bajar otra vez la carriola y hacer como si…

Se separó de mí como si la hubiera insultado.

—¿Fingir? ¿Fingir en mi propia casa? Si a Frank no le gustan mis costumbres que deje de visitarnos. Él y cualquiera que piense como él. ¿Quieres que la gente piense que nos avergonzamos?

—No, no. Era sólo que Kitty…

—¡Oh! ¡Kitty, Kitty! Cuanto más me hablas de ella, menos me gusta. Pensar que te tuvo tanto tiempo reprimida y culpabilizada, cuando habrías podido salir y divertirte como un verdadero marimacho…

—No lo habría sido en absoluto si no llega a ser por Kitty Butler —dije, más dolida por sus palabras de lo que quería mostrar.

Me miró de arriba abajo: llevaba mis pantalones puestos.

—No me vengas con eso —dijo—. No me lo creo. Tarde o temprano habrías conocido a una mujer.

—Probablemente después de haberme casado con Freddy y haber tenido media docena de crios. Desde luego, no te hubiera conocido a ti.

—Supongo entonces, que tengo algo que agradecerle a Kitty.

El nombre, cuando lo pronunciaban en voz alta, todavía me cosquilleaba los nervios y me los erizaba un poco: creo que Florence lo sabía. Pero dije, como si tal cosa:

—Sí. Y procura acordarte. De hecho tengo algo que te lo recordará…

Fui a buscar mi abrigo y saqué del bolsillo la foto de Kitty y mía que me había dado Jenny en El Chico en la Barca; la llevé a la librería y la coloqué debajo de los otros retratos.

—Tu Lilian —dije— puede emocionarse mirando a Eleanor Marx. Hace cinco años, chicas sensibles ponían fotos mías en la pared de su dormitorio.

—Deja de presumir —respondió ella—. Tanto hablar del music-hall y no me has cantado ni una sola canción.

Fui a la butaca en la que ahora se había sentado ella y le empujé las rodillas con las mías. «Tommy»[3], canté; era una antigua canción de W. B. Fair's; «Tommy, hazle sitio a tu tío.»

Ella se rió.

—¿Cantabas esto con Kitty?

—¡Ni hablar! A Kitty le habría dado pavor, por si había alguna lesbiana de verdad en el público que pillaba el doble sentido y pensaba que lo decíamos en serio.

—Pues cántame alguna de las que cantabas con Kitty.

—Bueno…

Nada convencida por la idea, le canté unas líneas de nuestra canción sobre las monedas, deambulando por la sala mientras cantaba y levantando las piernas enfundadas en el pantalón de molesquín. Cuando terminé, ella sacudió la cabeza.

—Qué orgullosa de ti debía de estar —dijo suavemente—. Si yo hubiera sido ella…

No acabó la frase. Se levantó, vino hacia mí, me abrió la camisa por donde se ondulaba, debajo de mi garganta, y besó la piel expuesta hasta que me hizo temblar.

En otro tiempo la había creído casta como un santo de yeso; me había parecido fea. Pero ya no era casta; era deliciosamente osada, franca y dispuesta; y la osadía la embellecía, la hacía relucir como si le hubieran aplicado una capa de lustre. No podía mirarla sin querer tocarla. No podía ver el brillo de sus labios rosas sin sentir el impulso de acercarme a ella y apretar mi boca contra ellos; no podía mirar su mano descansando en el tablero de una mesa, o empuñando una pluma, o llevando una taza, o haciendo cualquier cosa rutinaria, sin que me invadiese el ansia de tomarla y

[3] Tommy es «marimacho», en jerga lésbica. Como se ha visto en páginas anteriores, «tío» designa a la amante de una lesbiana. (N. del T.)

besar sus nudillos, o de recorrer con mi lengua su palma, o de apretársela contra la entrepierna de mis pantalones. Cuando estaba a su lado en una habitación llena de gente, notaba cómo se me erizaba el vello de los brazos y veía que a Florence se le ponía carne de gallina, veía el arrebol en sus mejillas y sabía que me deseaba tanto como yo a ella; pero también se regodeaba cruelmente en prolongar las visitas de sus amistades, sirviendo una segunda ronda de té y luego una tercera, mientras yo la observaba, torturada y húmeda.

—Me hiciste esperar dos años y medio —me dijo una vez en que la seguí a la cocina y la rodeé con mis brazos temblorosos mientras ella ponía la tetera en el fuego—. No te morirás si esperas una hora hasta que no haya nadie en la sala…

Pero otra noche en que dijo algo parecido la toqué a través de los pliegues de su falda hasta que sentí que su voz desfallecía… y entonces ella me llevó a la despensa, puso una escoba de una parte a otra de la puerta y nos acariciamos entre los paquetes de harina y las latas de melaza, y entretanto la tetera silbaba y la cocina se llenaba de un vapor blanco, y Annie nos llamó desde la sala: ¿qué estábamos haciendo?

Lo cierto era que no habíamos besado en tanto tiempo que no podíamos parar en cuanto empezamos a besarnos de nuevo.

Nos maravillaba nuestra propia audacia.

—Te había tomado por una de esas chicas espantosas —me dijo una noche, como una semana después de nuestra visita al Chico—. Por una de esas tiquismiquis de mírame-y-no-me-toques…

—¿Hay chicas así? —le pregunté.

Se puso colorada.

—Bueno, me he acostado con alguna que otra…

La idea de que se hubiera acostado con chicas diferentes —con tantas que podía clasificarlas en categorías— era increíble y sumamente excitante. Extendí la mano —estábamos en la cama desnudas a pesar del frío, porque nos habíamos bañado en una bañera humeante y estábamos todavía calientes y entumecidas— y le acaricié desde el hoyo en la garganta hasta la hondonada de la ingle; al volver a acariciarla, noté que tiritaba.

—¡Quién hubiera pensado que te tocaría y que te hablaría así! —dije en un susurro, porque Cyril dormía en su cuna a nuestro lado—. Estaba segura de que serías patosa y ñoña. Convencida de que serías tímida. ¡No podías ser de otra manera, siendo tan política y tan buena como eres!

Ella se rió.

—No es el Ejército de Salvación, ¿sabes? —respondió—. Es el socialismo.

—Bueno, quizás…

No dijimos nada más; sólo nos besamos y susurramos. Pero la noche siguiente sacó un libro y me hizo leerlo. Era *Towards Democracy*, el poema de Edward Carpenter, y al pasar las páginas, con la cálida presencia de Florence a mi lado, noté que me estaba humedeciendo.

—¿Lo leías con Lilian? —le pregunté.

Ella asintió.

—Le gustaba que se lo leyera cuando estábamos en la cama. No podía saber supongo, lo duro que me resultaba a veces…

Quizás sí lo supiera pensé, y la idea me humedeció aún más. Le pasé el libro.

—Léemelo —dije.

—Ya lo has leído.

—Léeme los pasajes que le leías a ella…

Obedeció tras un titubeo; y mientras murmuraba le puse la mano entre las piernas y le acaricié, y su voz se tornó menos firme a medida que yo la acariciaba con mayor firmeza.

—Hay libros escritos expresamente para estas cosas —le dije rememorando las muchas veces en que yo había hecho algo similar con Diana; las mismas noches probablemente, en que Florence se contenía tumbada junto a Lilian—. ¿No preferirías que te comprase un libro de ésos? No creo que Carpenter escribiera su poema para que fuera disfrutado así.

Posó sus labios en mi garganta.

—Oh, creo que Carpenter lo aprobaría.

Había dejado caer el libro sobre el pecho. Yo lo aparté y rodé encima de ella.

—Y esto —dije moviendo las caderas—, ¿contribuye realmente a la revolución social?

—¡Oh, sí!

Culebreé más abajo.

—¿Y esto también?

—¡Oh, desde luego!

Me deslicé debajo de la sábana.

—¿Y qué me dices de esto?

—¡Oh!

—Dios mío —dije un poco más tarde—. Pensar que todos estos años he formado parte de la conspiración socialista sin saberlo…

A partir de entonces guardamos *Towards Democracy* de Carpenter al lado de la cama, y de la misma manera que Florence me decía algunas veces cuando la casa estaba en silencio, «Cántame una canción, tío, en pantalones…», así también yo me inclinaba para susurrarle durante la cena o cuando caminábamos juntas: «¿Vamos a ser democráticas esta noche, Flo…?» Había algunas canciones, por supuesto —«*Sweethearts and Wives*» era una de ellas—, que nunca le hubiera cantado. Y advertí que *Hojas de hierba* seguía en la sala, en el estante de debajo de las fotos de Eleanor Marx y Kitty. Me daba lo mismo. ¿Por qué habría de importarme? Habíamos cerrado un trato. Habíamos decidido besarnos para siempre. Ni una sola vez nos habíamos dicho: Te quiero.

—¿No es maravilloso estar enamorada en primavera? —nos preguntó Annie, una noche de abril: ella y Miss Raymond eran ya pareja y pasaban largas horas en nuestra sala suspirando a causa de los encantos de la otra—. Hoy he ido a visitar una fábrica y era el sitio más lúgubre y destartalado que he visto en mi vida. Pero al salir

al patio había un sauce blanco…, un sauce común y corriente pero iluminado por un poco de sol amarillo, y se parecía tanto a mi querida Emma que he pensado en arrojarme al suelo y besarlo, llorando.

Florence dijo, desdeñosa:

—Siempre he dicho que no deberían admitir a mujeres como funcionarias. ¿Llorar delante de un sauce? No he oído en mi vida una pamplina semejante; a veces me pregunto cómo te soporta Emma. Vomitaría si le oyera a Nancy compararme con un ramo de candelilla.

—¡Oh, qué cosas dices! Nancy, ¿nunca has visto la cara de Florrie en un crisantemo o una rosa?

—Nunca —dije—. Pero ayer vi en Whitechapel una platija en la carretilla de un pescadero, y el parecido con ella era increíble. Estuve a punto de comprarla…

Annie tomó la mano de Miss Raymond y nos miró asombrada.

—Juro que sois la pareja más poco sentimental que he conocido —dijo.

—Somos demasiado racionales para tener sentimientos, ¿verdad Nance?

—Más bien estamos demasiado atareadas —dije bostezando. Florence se avergonzó.

—Pues pronto vamos a estarlo aún más, me temo. Verás, le prometí a Mrs. Macey en la Liga que la ayudaría a organizar la asamblea de trabajadores…

—¡Oh, no, Florence! —exclamé.

—¿Qué es esa asamblea? —preguntó Miss Raymond.

—Una lata de proyecto —dije—, inventado por todos los gremios y sindicatos del este de Londres que consiste en llenar Victoria Park de socialistas…

—Una manifestación —me interrumpió Florence—. Una maravilla, si cuaja. Será a finales de mayo. Habrá carpas, tenderetes y discursos y un desfile; esperamos que vengan visitantes y oradores de todo el país, e incluso algunos de Francia y Alemania.

—Y ahora has prometido que vas a ayudarles a organizarla. Lo que significa —dije con amargura a Miss Raymond— que asumirá más tareas de las que puede cumplir, y que yo como de costumbre tendré que ayudarla…, estar hasta las tantas escribiendo cartas al presidente de los peleteros de Hoxton y al sindicato de sombrereros o a la sociedad de obreros del metal de Wapping. Y todo en un momento…

Todo en un momento quise decir, en que lo único que yo ansiaba era tirar al fuego el bolso de Florence lleno de papeles, y tumbarme a besarla delante de las llamas. Creo que Florence me miró entonces con un poco de tristeza. Dijo:

—No tienes que ayudarme si no quieres.

—¿No tengo que ayudarte? —exclamé—. ¿En esta casa?

Y ocurrió exactamente como yo había previsto. Florence se había impuesto un sinfín de tareas y yo para evitar que sufriese un ataque, asumía la mitad de ellas: siguiendo sus instrucciones escribía cartas, hacía cuentas, entregaba bolsas de pancartas y panfletos a mugrientas oficinas de sindicatos, visitaba carpinterías y me sentaba a coser manteles, banderas y ropas para el desfile de trabajadores. Nuestra

casa de Quilter Street volvió a llenarse de polvo; las cenas eran cada vez más precipitadas y menos planificadas; como ya no tenía tiempo de estofar ostras, las servía crudas y las engullíamos mientras trabajábamos. La mitad de las banderas que cosí y la mitad de las cartas que Florence escribió tenían los bordes manchados de licor y ensuciados de grasa.

Ralph también participaba en estas ocupaciones. Como secretario de su sindicato le habían pedido que redactara una pequeña alocución para pronunciarla ante la asamblea en un intermedio entre los discursos principales. El título sería «*¿Por qué el socialismo?*», y componerlo y ensayarlo puso a Ralph frenético porque no le gustaba nada hablar en público. Se pasaba horas sentado a la mesa escribiendo hasta que le dolía la mano, o bien largo tiempo mirando consternado la página en blanco y corriendo luego a la librería en busca de una referencia en algún folleto de política que entonces descubría maldiciendo, que habían prestado o se había perdido:

—¿Dónde está *The White Slaves of England*? ¿A quién hemos prestado mi Sydney Webb? ¿Y dónde demonios está *Towards Democracy*?

Florence y yo le mirábamos moviendo la cabeza.

—Déjalo —le decíamos—, si no quieres hacerlo o crees que no puedes. Nadie te lo echará en cara.

—No, no —respondía Ralph tenso—. Es por el bien del sindicato. Casi he acabado.

Volvía a fruncir el ceño ante la página y se mordisqueaba la barba, y yo le veía cómo sudaba y temblaba imaginándose en pie delante de una multitud que le clavaba los ojos.

Pero en esto, al menos, yo sí podía ayudarle.

—Léeme un poco de tu discurso —le dije una noche en que Florence no estaba—. No olvides que yo he sido casi como una actriz. Es lo mismo en realidad, un escenario que una tarima.

—Es cierto —dijo él sorprendido por la idea. Pasó las hojas—. Pero me da vergüenza leerte en voz alta.

—Ralph si te da apuro conmigo en la sala de tu casa, ¿qué pasará cuando hables en Victoria Park ante quinientas personas?

Al pensarlo volvió a morderse la barba pero se puso el texto delante como yo le pedía, se plantó al lado de la cortina de la ventana y carraspeó.

—«¿Por qué el socialismo?» —comenzó. Me levanté de un brinco.

—Así es imposible —dije—. Para empezar si no lanzas la voz más allá de las manos no esperes que te oiga la gente del gallinero…, perdón, del fondo de la carpa.

—Eres muy áspera, Nancy —dijo.

—Al final me lo agradecerás. Ahora endereza la espalda, yergue la cabeza y empieza otra vez. Y habla desde aquí —dije tocándole la hebilla del pantalón, y él dio un respingo—, no desde la garganta. Adelante.

—«¿Por qué el socialismo?» —repitió, con una voz profunda e impostada—. «Es la pregunta que me han invitado a comentar con vosotros esta tarde. ¿Por qué el

socialismo? Procuraré que mi respuesta sea breve.»

Me succioné el labio.

—Seguro que algún gracioso grita «¡Hurra!» cuando llegues a este punto.

—¿Lo dices en serio Nance?

—No te quepa duda. Pero no puedes permitir que te perturbe o estarás perdido. Sigue, oigamos el resto.

Leyó la alocución —no más extensa de dos o tres páginas— y yo le escuché con expresión severa.

—Le vas a hablar al papel —dije al final—. No te oirá nadie. Se aburrirán y empezarán a charlar entre ellos. He visto cómo ocurría esto cientos de veces.

—Pero tengo que leer el texto —dijo. Yo meneé la cabeza.

—Tendrás que aprenderlo no hay otro remedio. Tendrás que aprenderlo de memoria.

—¿Qué ¿Todo esto?

Miró las páginas, desolado.

—Un día o dos de trabajo —dije. Posé una mano en su hombro—. O eso Ralph, o tendremos que ponerte un ropaje divertido…

Así pues, a lo largo de todo abril y la mitad de mayo —pues como era de esperar, le llevó bastante más que uno o dos días aprenderse siquiera la cuarta parte de las palabras—. Ralph y yo trabajamos juntos en su pequeño discurso, metiéndole con calzador las fiases en la cabeza y probando toda clase de artimañas para que las retuviera dentro. Yo hacía de apuntador con las páginas en la mano, y Ralph declamaba en mi presencia con un tono monocorde y esforzado. Le hacía recitarme el texto durante el desayuno y mientras fregábamos los platos o estábamos descansando al lado de la lumbre; parada junto a la puerta de la cocina, le obligaba a cantármelo a grito pelado mientras él estaba en la bañera.

—«¿Cuántas veces habéis oído decir a los economistas que Inglaterra es el país más rico del mundo? Si les preguntarais qué significa eso os responderían…, os responderían…»

—¡Ralph! «Os responderían: Mirad alrededor…»

—«Os responderían: Mirad alrededor, a nuestros grandes palacios y edificios públicos, nuestras casas de campo y nuestras…»

—Nuestras fábricas…

—«Nuestras fábricas y nuestro…»

—¡Imperio, Ralph!

A fuerza de ensayar por supuesto, me aprendí yo misma el condenado texto y ya no necesitaba consultar las hojas; pero también Ralph consiguió más o menos recitarlo de corrido, sin que yo le soplara y con una dicción casi aceptable.

Entretanto, a medida que se acercaba el día de la asamblea nuestro horario era cada vez más apretado y nuestra actividad más febril; y yo, a pesar de mis gruñidos, no podía evitar la impaciencia de que la reunión se celebrase por fin y estaba tan excitada y tan inquieta, casi, como Florence.

—¡Con tal de que no llueva! —dijo, observando con temor el cielo desde la

ventana de nuestro dormitorio la noche anterior del domingo previsto—. Si llueve, habrá que hacer el desfile dentro de la carpa; y nadie lo ha ensayado. ¿Y si truena? Si truena nadie oirá a los oradores.

—No lloverá —dije—. Cálmate ya.

Pero ella siguió mirando al cielo con el ceño fruncido hasta que yo misma me acerqué a la ventana y observé a las nubes.

—Con tal de que no llueva —repitió; para distraerla empañé el cristal con mi aliento y escribí con una uña nuestras iniciales: N. A. -F. B. 1895 y siempre. Dibujé un corazón alrededor y perforándolo, una flecha.

No llovió aquel domingo; de hecho, los cielos sobre Bethnal Green estaban tan azules y despejados que habría sido disculpable pensar que Dios también era socialista, ya que el sol brillante parecía una dádiva divina. En Quilter Street todos madrugamos; nos bañamos, nos lavamos el pelo y nos vestimos… Era como arreglarse para una boda. Opté cortésmente por no correr el riesgo de presentarme a la reunión en pantalones; más valía no agravar la mala reputación de los socialistas; me puse un traje azul marino, con alamares escarlata en la chaqueta, una corbata a juego y un bombín. Para ser un atuendo femenino era elegante; aun así, no paraba de darme tirones irritados a las faldas mientras deambulaba por la sala a la espera de Flo; enseguida se reunió conmigo Ralph que iba más tieso que un oficinista y no cesaba de tirarse del cuello porque le oprimía la garganta.

Florence se había puesto el traje color ciruela que yo tanto admiraba; en el trayecto desde Bethnal Green le compré una flor y se la prendí en el ojal de la chaqueta. Era una margarita grande como un puño y brillaba cuando le daba el sol, como una lámpara. «Así, desde luego» me dijo, «no me perderás de vista.»

Victoria Park estaba transformado. Obreros afanosos habían erigido carpas, estrados y tenderetes a lo largo de todo el fin de semana, y en cada árbol había ristras de banderas y pancartas, y los tenderos estaban ya armando sus mesas y muestrarios. Florence tenía una docena de listas de cosas que hacer, y en cuanto las sacó fue en busca de Mrs. Macey y de la Liga. Ralph y yo atravesamos el bosque de banderitas para buscar la carpa donde tendría que tomar la palabra. Resultó que era la más grande de todas: «¡Aquí dentro caben como mínimo setecientas personas!», nos dijeron los obreros jubilosos mientras llenaban el interior de sillas. Con ellas tenía más aforo que algunos de los teatros donde yo había actuado, y cuando Ralph lo supo se puso muy pálido y se retiró a un banco para una nueva lectura de su texto.

Yo cogí entonces a Cyril y erré por el parque mirando a todo lo que me llamaba la atención; me paré a charlar con chicas que conocía y eché una mano para colocar manteles que volaban, abrir cajas y repartir escarapelas toscas. Me pareció que allí había oradores y exposiciones de cada sociedad filantrópica o excéntrica y de todos los credos imaginables, desde sindicalistas y sufragistas hasta científicos cristianos, socialistas cristianos, socialistas judíos e irlandeses, anarquistas y vegetarianos… «¿No es maravilloso?», oía decir según pasaba tanto a amigos como a extraños. «¿Has visto alguna vez algo como esto?» Una mujer me dio una cinta de raso para

que me la prendiera en el sombrero pero yo se la até a los faldones de Cyril, y cuando la gente le veía con los colores del SDF, sonreía y le estrechaba la mano: «¡Hola, camarada!»

—¡Se acordará de este día cuando haya crecido! —dijo un hombre que tocó la cabeza de Cyril y le dio un penique. Después se irguió y contempló la escena a su alrededor con ojos resplandecientes—. Todos recordaremos este día…

Supe que estaba en lo cierto. Me había quejado a Annie y a Miss Raymond, y había cosido banderas y pancartas sin preocuparme de no dar puntadas torcidas y sin procurar que el raso no se ensuciara; pero a medida que el parque se llenaba de gente y el sol brillaba cada vez más fuerte y todos los colores se tornaban más alegres, empecé a mirar en mi derredor maravillada. «Estaremos muy contentos si vienen cinco mil personas», había dicho Florence la víspera, pero mientras paseaba y cuando subí a un montículo para entronizar a Cyril en mis hombros e hice visera con las manos para otear el campo, calculé que allí habría diez veces más que esta cifra: a mi entender, toda la gente corriente del este de Londres estaba congregada en Victoria Park, con su buen talante, su desenfado y sus mejores galas. Supuse que habían acudido tanto por el sol como por el socialismo. Extendían mantas entre los tenderetes y las carpas y almorzaban encima tumbados en compañía de sus bebés y sus novias, y les lanzaban palos a sus perros. Pero también vi que escuchaban a los oradores de los estrados, a veces asintiendo, a veces discrepando y otras examinando con cara seria un panfleto o incluyendo su nombre en una lista, o rebuscando peniques en sus bolsillos para donarlos a alguna causa.

Desde donde estaba vi pasar a una mujer con unos niños pegados a sus faldas: era Mrs. Fryer, la pobre costurera a la que Florence y yo habíamos visitado aquel otoño. Cuando la llamé vino sonriendo a mi encuentro.

—Me han hecho un hueco en el sindicato después de todo —dijo—. Su amiga me convenció…

Charlamos un momento; sus hijos tenían manzanas acarameladas y le ofrecieron una a Cyril para que la chupara. Entonces se oyó una ráfaga de música, y la gente se removió murmurando y alargó el cuello, y nosotras alzamos a los niños en el aire para que vieran el desfile de trabajadores, una procesión de hombres y mujeres vestidos con los atuendos de todos los oficios y portando pancartas, banderas y flores. El desfile tardó media hora en pasar y cuando terminó el público se llevó los dedos a los labios y silbó, ovacionó y aplaudió. Mrs. Fryer lloraba, porque la hija mayor de su vecina formaba parte del cortejo, vestida de cerillera.

Yo hubiera deseado estar con Florence, y busqué con la mirada su traje de color ciruela y su margarita pero al principio no la vi, aunque sí a casi todas las sindicalistas que habían visitado alguna vez nuestra sala. Por fin la encontré en la carpa de oradores; se había pasado toda la tarde allí, escuchando los discursos.

—¿Has oído? —me dijo al verme—. Corre el rumor de que vendrá Eleanor Marx; ¡no me muevo de aquí por miedo a perderme sus palabras!

Resultó que no había comido nada desde el desayuno: salí a comprarle un paquete de buccinos y un refresco de jengibre en un tenderete. Cuando volví

encontré a Ralph con ella, sudando y tirándose todavía del cuello y más pálido que antes. Todos los asientos de la carpa estaban ocupados y además había gente de pie. El calor era tan sofocante que todo el mundo estaba incómodo y enfadado. Abucheado, un orador que había hecho un comentario impopular había tenido que bajar del estrado.

—A ti no te van a abuchear, Ralph —le dije, pero cuando vi su cara de desdicha le tomé del brazo, dejé al niño con Florence y le llevé al aire más fresco del exterior.

—Ven, vamos a fumar un pitillo juntos. El público no debe ver que estás nervioso.

Estábamos junto a una de las lonas de la carpa y un par de compañeros de la fábrica de Ralph que pasaban de largo nos saludaron levantando la mano; yo encendí dos cigarrillos. A Ralph le temblaban tanto los dedos con que sujetaba el suyo que casi se le cayó, y esbozó una sonrisa de disculpa.

—Debo de parecerte idiota.

—¡Qué va! Me acuerdo de lo asustada que yo estaba mi primera noche: creí que iba a vomitar.

—Yo también lo he creído hace un momento.

—Le ocurre a todo el mundo y nadie vomita.

No era verdad del todo; yo había visto a muchos artistas nerviosos encorvados sobre un cuenco o un cubo para incendios a un lado del escenario; por supuesto no se lo dije a Ralph.

—¿Alguna vez actuaste ante un público rudo Nance? —me preguntó.

—¿Qué? —dije—. En un teatro, en el Deacon de Inslington, actuaba un pobre cómico antes que nosotras y unos tipos treparon al escenario y le pusieron boca abajo sobre las candilejas tratando de incendiarle el pelo.

Ralph parpadeó un par de veces y luego lanzó hacia la carpa una mirada presurosa como si quisiera cerciorarse de que allí no había llamas a la vista que pudieran sugerir a un auditorio hostil la idea de arrojarle al fuego. Miró intranquilo su cigarrillo y lo tiró al suelo.

—Si no te importa creo que voy a echar otro repaso a mi texto —dijo, y antes de que yo pudiese abrir la boca para disuadirle se había marchado y me quedé fumando sola.

No me importó: se estaba mejor fuera que dentro de la carpa. Con el pitillo entre los labios me crucé de brazos y me recosté un poco en la lona. Cerré los ojos y sentí la caricia del sol en la cara; luego me quité el cigarrillo de la boca y bostecé.

Entonces oí junto a mi hombro una voz de mujer que me sobresaltó.

—¡Vaya! De todas las chicas que puedas encontrar en una asamblea de obreros, Nancy Rey era la última que hubiese esperado ver.

Abrí los ojos, dejé caer el pitillo, me volví hacia la mujer y lancé un grito.

—¡Zena! ¡Oh! ¿Eres tú, en serio?

Era, en efecto Zena: estaba más rolliza e incluso más guapa que la última vez que la había visto, y llevaba una chaqueta escarlata y una pulsera con amuletos.

—¡Zena! ¡Oh, qué alegría verte!

Le cogí la mano y se la estreché; ella se rió.

—Hoy me he encontrado aquí con todas las chicas que he conocido en mi vida —dijo—. Y entonces veo a una, apoyada en la carpa con un pitillo en la boca y pienso, tate, ¿ésa no parece la buena de Nan Rey? Sería increíble que fuera ella después de todo este tiempo, ¡y aquí, precisamente! Y me acerco un poco más y entonces he visto que tenías el pelo corto y he sabido que eras tú, Nan en persona.

—¡Oh, Zena! Estaba segura de que nunca volvería a saber nada de ti.

Estas palabras parecieron cohibirla un poco y al recordar, le apreté la mano más fuerte y dije, cambiando totalmente el tono:

—¡Qué frescura la tuya, dicho sea de paso! ¡Después de dejarme en aquel estado, en Kilburn! Creí que me moriría.

Ella sacudió la cabeza en gesto de reproche.

—¡Caray! Buena jugarreta, ¿sabes?, la que me hiciste con aquel dinero.

—Lo sé. ¡Me porté como una bruja! Supongo que nunca llegaste a las colonias… Zena arrugó la nariz.

—Volvió mi amiga, la que se fue a Australia. Dijo que aquello estaba lleno de hombres que no quieren caseras, sino esposas. Cambié de idea al saberlo. Estoy contenta en Stepney, al fin y al cabo.

—¿Estás ahora en Stepney? ¡Pero si casi somos vecinas! Yo vivo en Bethnal Green. Con mi pareja. Mira, es aquélla. —Le puse la mano en el hombro y le señalé la carpa repleta de gente—. La que está cerca de la tarima, con el bebé en brazos.

—¿Cómo? —dijo ella—. ¡Si es Flo Banner, la que trabaja en la residencia de chicas!

—No me digas que la conoces.

—¡Tengo un par de amigas que han vivido en Freemantle House y que no paran de decir maravillas de Flo Banner! ¿Sabes? Creo que la mitad de esas chicas están enamoradas de ella…

—¿De Florence? ¿Estás segura?

—¡Segurísima! —Volvimos a mirar hacia la carpa. Florence se había puesto de pie y agitaba un papel en dirección al orador del estrado. Zena se rió—. ¡Quién lo diría, tú y Flo Banner! —dijo—. Apuesto a que ella no te consiente sandeces.

—Tienes razón —respondí sin dejar de mirar a Florence, asombrada todavía de lo que acababa de decirme Zena.

Volvimos a colocarnos donde daba el sol.

—¿Y qué me cuentas de ti? —le pregunté—. Tendrás una amiga, ¿no?

—Sí —dijo con timidez—. La verdad es que tengo un par de ellas, y no termino de decidirme por ninguna…

—¡Dos! ¡Dios mío!

Sólo pensarlo, la idea de tener dos novias como Florence me produjo espanto, y empecé a bostezar.

—Una de ellas anda por aquí ahora —estaba diciendo Zena—. Está afiliada a un sindicato y… ¡Allí está! ¡Maud!

Al oír la llamada, una chica con una chaqueta de cuadros azules y marrones

miró alrededor y vino hacia nosotras. Zena la agarró del brazo y la chica sonrió.

—Te presento a Miss Skinner —dijo Zena; y a su novia le dijo—: Maud, ésta es Nan Rey, la cantante de music-hall.

Miss Skinner —que tendría unos diecinueve años y debía de usar todavía faldas cortas la noche en que yo saludé por última vez en el Britannia— me miró educadamente y me tendió la mano. Zena prosiguió:

—Miss Rey vive con Flo Banner…

Al instante Miss Skinner aumentó la presión de su mano y abrió los ojos como platos.

—¿Flo Banner? —dijo, con el mismo tono con que lo había dicho Zena—. ¿Flo Banner, de la Liga? ¡Oh! Me gustaría… Tengo en alguna parte el programa de actos… ¿Podría usted Miss Rey pedirle que me lo firme?

—¡Firmarlo! —dije. Ella había sacado una hoja donde se indicaba el orden de los discursos y la ubicación de los puestos, y me lo tendió temblando. Vi entonces que el nombre de Florence estaba impreso junto con algunos otros entre la lista de organizadores—. Bueno —dije—. Pero podrías pedírselo tú misma: está ahí…

—¡Oh, yo no podría! —respondió ella—. Me da muchísima vergüenza…

Al final cogí la hoja y le dije que haría lo que pudiese y Miss Skinner puso una cara de gratitud infinita y se fue a contar a sus amigas que me había conocido.

—Es un poquito romántica, ¿no crees? —dijo Zena arrugando la nariz otra vez—. Quizás debería dejarla por la otra…

Moví la cabeza, miré a la hoja de nuevo y me la metí en el bolsillo de la falda.

Charlamos unos minutos más y Zena dijo:

—Así que estás muy contenta en Bethnal Green, ¿eh? Las cosas ya no son como eran en los viejos tiempos…

Hice una mueca.

—Detesto pensar en los viejos tiempos, Zena. He cambiado mucho.

—Ya veo. Pero aquella Diana Lethaby… ¡En fin! La has visto, claro.

—¿A Diana? —Negué con la cabeza—. ¡Ni en pintura! ¿Pensaste que volvería a Felicity Place después de aquella maldita fiesta…?

Zena me miró fijamente.

—Pero… ¿me estás diciendo que no lo sabías? ¡Diana está aquí!

—¿Aquí? ¡No puede ser!

—¡Es! Ya te he dicho que esta tarde está aquí todo el mundo… y ella también. Está en la mesa de no sé qué periódico o revista. ¡La he visto y por poco me desmayo!

—Santo Dios. ¡Diana aquí!

Era horrible pensarlo y sin embargo… Bueno, dicen que los perros viejos nunca olvidan las mañas que les han enseñado sus amos: me había hecho tilín la primera mención de su nombre odioso. Miré de nuevo al interior de la carpa y vi a Florence, otra vez de pie y agitando aún el brazo en dirección al estrado; me volví hacia Zena.

—¿Me enseñas dónde está? —dije.

Me lanzó una rápida mirada como de aviso; luego me cogió del brazo, me llevó a través del gentío hacia el lago y se detuvo detrás de un arbusto.

—Allí, mira —dijo en voz baja—. Cerca de aquella mesa. ¿La ves?

Asentí. Estaba al lado de un puesto —el de la revista femenina *Shafts*, en cuya edición colaboraba a veces—, hablando con otra mujer, una mujer que pensé que podría haber sido una de las que se habían disfrazado de Safo en el baile de disfraces. Una cinta de sufragista le cruzaba el busto. Diana vestía de gris y su sombrero llevaba un velo que en aquel momento se había levantado. Estaba tan altanera y guapa como siempre. La miré y tuve un recuerdo muy nítido: de mí misma despatarrada a su lado con perlas sobre mis caderas; de la cama que parecía escorarse; del roce del cuero cuando ella a horcajadas sobre mis rodillas, se columpiaba…

—¿Qué crees que haría si voy a verla? —le pregunté a Zena.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Por qué no? Ahora no tiene ningún poder sobre mí.

Pero en el preciso momento en que dije esto, la miré y sentí que me invadía de nuevo aquel apego canino…, o quizás apego no sea la palabra adecuada. Era como si ella fuese una hipnotizadora de music-hall y yo una chica que parpadea, plenamente dispuesta a hacer el ridículo por orden suya delante del público… Zena dijo:

—Pues yo no pienso acercarme un paso más…

No la escuché. Después de lanzar otra mirada rápida a la carpa de oradores, salí de detrás del arbusto y me encaminé hacia el puesto… enderezando el nudo de mi corbata. Estaba como a unos veinte metros de Diana y había levantado la mano para quitarme el sombrero cuando ella se volvió y pareció que alzaba los ojos hacia mí. La mirada se le endureció y se tornó sardónica y a la vez lasciva tal como yo la recordaba, y el corazón me dio un brinco en el pecho —¡de miedo, creo!—, como si le hubieran clavado un gancho.

Pero entonces ella abrió la boca para hablar, y lo que dijo fue:

—¡Reggie! ¡Reggie, ven aquí!

Tropecé al oír aquello. De algún lugar cercano a mi espalda llegó un grito bronco de respuesta —«¡Voy!»—, y al volverme vi a un chico que corría por el césped, con una mirada hosca y fija en la de Diana y en las manos un helado que lamía con mucha cautela por miedo a que goteara y le manchase los pantalones. Éstos eran bonitos y lucían un bulto en la entrepierna. El chico era alto y esbelto, con el pelo moreno y muy corto. Tenía una linda cara y los labios rosas como los de una chica…

Al llegar a donde estaba Diana ésta se inclinó y sacó un pañuelo del bolsillo del chico con el que empezó a toquetearle el muslo, ya que al parecer se le habían caído unas gotas de helado. La otra mujer en el tenderete observaba la escena sonriendo; después murmuró algo que hizo ruborizarse al chico guapo.

Yo había presenciado alelada todo aquello; acto seguido di un paso lento hacia atrás, y luego otro. No sé si Diana alzó la cara de nuevo; no me paré a mirar. Reggie levantó la mano para chupar su helado, este movimiento le remangó el puño y vi el centelleo de un reloj de pulsera…

Pestañeé, moví la cabeza, corrí hacia el arbusto donde Zena fisgaba y descansé

la cara en su hombro.

Cuando volví a mirar a Diana a través de las hojas, se había cogido del brazo de Reggie y ambos tenían las cabezas juntas y se estaban riendo. Me volví hacia Zena y ella se mordió el labio.

—Sólo los demonios prosperan en este mundo —dijo. Pero volvió a morderse el labio y a continuación soltó una risita ahogada.

Yo también me reí por un momento. Dirigí otra mirada acerba en dirección al puesto y dije:

—¡En fin, espero que tenga lo que se merece! Zena ladeó la cabeza.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Diana o…? Hice una mueca y no le contesté.

Volvimos a la carpa de oradores y Zena dijo que prefería ir a buscar a su Maud.

—Seremos amigas, ¿no? —dije al estrecharnos la mano. Ella asintió.

—De todos modos, tienes que presentarme sin falta a Miss Banner —dijo—. Me encantaría.

—Sí, bueno… Tienes que venir por lo menos algún día a decirle que me perdone: piensa que soy una malvada, a raíz de lo tuyo.

Ella sonrió; algo la distrajo entonces y giró la cabeza.

—Ahí está mi otra novia —dijo rápidamente señalando hacia una mujer de hombros anchos y aspecto masculino que nos observaba con un gesto hosco mientras charlábamos. Zena hizo una mueca—. A ésa le gusta hacer de tío…

—Parece un poco bruta. Más vale que te vayas: no quiero acabar con otro ojo morado.

Ella sonrió y me apretó la mano y la vi ir al encuentro de su amiga y besarle en la mejilla, para después perderse con ella entre el gentío que merodeaba por los puestos. Volví con sigilo a la carpa. Estaba más llena y hacía todavía más calor que antes; el aire estaba viciado de humo y las caras estaban sudorosas y como aquejadas de ictericia por el sol de la tarde que les daba a través de la lona. En el estrado, una mujer farfullaba un ronco parlamento, y una docena de personas de pie entre el público discutía con ella. Florence había vuelto a su asiento delante de la tarima, y Cyril pataleaba en su regazo. Annie y Miss Raymond estaban al lado de Flo con una rubia bonita a quien yo no conocía. Ralph estaba cerca, con la frente reluciente y la cara rígida de miedo.

Había un asiento libre al lado de Florence, y tras abrirme paso por el césped lo ocupé y me hice cargo del bebé.

—¿Dónde has estado? —me preguntó por encima de los gritos—. Aquí ha habido un lío horrible. Una pandilla de chicos ha entrado a armar jaleo. Al pobre Ralph le toca el turno ahora: está tan febril que se le podría freír un huevo encima.

Jugué a caballitos con Cyril en mi rodilla.

—Flo —dije—, ¡no te vas a creer a quién he visto!

—¿A quién? —preguntó, abriendo mucho los ojos—. ¿No habrá sido Eleanor Marx?

—No, no… ¡Nadie así! He visto a Zena, la chica que conocí en casa de Diana Lethaby. ¡Y no sólo a ella sino a la misma Diana! Están aquí las dos, ¿te imaginas?

¡Pensé que me moría, te juro, cuando he visto a Diana!

Zarandeé a Cyril hasta que rompió a llorar. El semblante de Florence sin embargo, se había endurecido.

—¡Dios mío! —dijo y su tono me amedrentó—. ¿Ni siquiera podemos disfrutar de una reunión socialista sin que tu triste pasado venga a acosarnos? No te has sentado aquí a escuchar un solo discurso hoy; supongo que tampoco has echado un vistazo a los puestos. Sólo piensas en ti misma; en ti y en las mujeres que te has… que te has…

—Que me he follado quieres decir supongo —dije en voz baja. Me separé de ella, horrorizada y dolida; después me puse furiosa—. Bueno, por lo menos he echado un polvo con mis antiguas novias. Es más de lo que tú pudiste sacar de Lilian.

Al oír esto se quedó boquiabierta y los ojos se le empezaron a perlar de lágrimas.

—Eres una bruja —dijo—. ¿Cómo puedes decirme estas cosas?

—¡Porque estoy hasta la coronilla de oírte hablar de Lilian y de lo puñeteramente maravillosa que era!

—Era maravillosa —dijo ella—. Lo era. ¡Ella se habría quedado aquí a ver todo esto, no como tú! Lo habría entendido todo, mientras que tú…

—¡Preferirías que ella estuviera aquí, claro, en mi lugar! —escupí, sin poder contenerme.

Florence me miró con las pestañas mojadas de lágrimas. Sentí que las mías me picaban y la garganta se me puso ronca.

—Nance —dijo ella con un tono más suave, pero yo levanté la mano y aparté la cara.

—Hicimos un pacto, ¿no? —dije procurando que en mi voz no hubiese amargura. Como ella no contestaba añadí—: ¡Dios sabe que hay muchos sitios donde me gustaría estar en vez de aquí!

Lo dije para chincharla, pero cuando se levantó y se marchó tapándose los ojos con los dedos me arrepentí profundamente. Busqué un pañuelo en mi bolsillo; en su lugar saqué el programa que me había dado Miss Skinner para que Flo lo firmara; lo miré desconcertada por el giro súbito que había cobrado la tarde. Y entretanto, la mujer del estrado continuaba su perorata ronca, discutiendo con los que interrumpían su discurso; el aire parecía cargado de gritos, humo y malhumor.

Alcé la vista. Florence estaba cerca de la pared de lona al lado de Annie y de Miss Raymond, que se inclinaban para ponerle las manos en el brazo. Cuando Annie retrocedió capté su mirada y ella vino a mi encuentro con una sonrisa precavida.

—No deberías haber reñido con Florrie —dijo sentándose a mi lado—. No conozco a nadie que tenga la lengua más afilada.

—Lo que ella dice es verdad —dije contrita—. Por afilado que sea —suspiré y, para cambiar de tema, pregunté—: ¿Lo has pasado bien hoy, Annie?

—Sí —dijo—. Ha sido todo estupendo.

—¿Y quién es esa chica que está con tu Emma?

Señalé con un gesto a la mujer rubia que estaba junto a Miss Raymond.

—Mrs. Costello —dijo—. Es la hermana viuda de Emma.

—¡Oh! —Yo ya había oído hablar de ella pero no me esperaba que fuese tan joven y bonita—. Qué guapa es. Qué lástima que no sea… como nosotras. ¿No hay esa esperanza?

—Ninguna me temo. Pero es encantadora. Su marido era el hombre más bueno del mundo, y Emma dice que su hermana desespera de encontrar otro como él. Los únicos que la cortejan resultan ser boxeadores…

Sonreí débilmente; en realidad las cuitas de Mrs. Costello no me interesaban demasiado. Mientras Annie hablaba yo miraba a Florence. Ahora se había desplazado al extremo más alejado de la carpa sujetando un pañuelo entre los dedos pero con la cara seca y pálida. Por larga y fijamente que yo la mirase, ella rehuía topar con mi mirada.

Casi me había decidido a encaminarme hacia ella cuando de repente hubo un clamor: la mujer del estrado había terminado su discurso y el público aplaudía con desgana. Había llegado el turno de Ralph; Annie y yo nos volvimos y vimos que titubeaba a un costado de la pequeña tarima, que subía la escalera cuando anunciaron su nombre y que ocupaba su puesto en el estrado.

Miré a Annie gesticulando y ella se mordió el labio. En la carpa se instauró un silencio incompleto. Casi todos los oyentes serios de la tarde se marcharon con aspecto cansado, y sus asientos fueron ocupados por personas indolentes, mujeres que bostezaban y jóvenes alborotadores.

Ralph carraspeó delante de aquel auditorio indiferente. Vi que tenía en la mano el texto de su alocución; supuse que para recurrir a él si olvidaba las frases. Tenía la frente perlada de sudor y el cuello rígido. Supe que con la garganta tan tensa y agarrotada no sería capaz de proyectar la voz hasta el fondo de la carpa.

Tosió otra vez y empezó.

—¿Por qué el socialismo? Es la pregunta que me han invitado a comentar con vosotros esta tarde.

Annie y yo estábamos sentadas en la tercera fila y de las mujeres que había detrás surgió un grito —«¡Habla más alto!»— y una carcajada. Ralph volvió a toser y cuando habló de nuevo lo hizo en un tono más alto, pero asimismo ronco.

—¿Por qué el socialismo? Procuraré que mi respuesta sea breve.

—¡Gracias a Dios! —gritó un hombre como yo sabía que gritaría alguien, y Ralph recorrió la carpa con una mirada de angustia totalmente descentrado. Vi consternada, que se había perdido y se veía obligado a consultar las hojas que tenía en la mano. Hubo un silencio horrible mientras encontraba el pasaje; cuando volvió a hablar naturalmente, fue para leer el texto como hacía en la sala de Quilter Street.

—¿Cuántas veces habéis oído decir a los economistas que Inglaterra es el país más rico del mundo?…

Empecé sin percatarme a recitar las frases con él, a apuntárselas, pero Ralph tropezaba, musitaba y en un par de ocasiones tuvo que ladear la hoja hacia la luz para leerla. Para entonces el público había comenzado a rezongar, a suspirar y a

moverse. Vi que el presidente sentado al fondo de la tarima, dudaba de si debía o no levantarse para decirle que o bien hablara más alto o que se callase; vi a Florence, pálida y agitada al ver tan patoso a su hermano, olvidada por el momento de sus propias cuitas. Ralph abordó un pasaje de estadísticas:

—Hace doscientos años —leyó—, la tierra y el capital de Inglaterra valían quinientos millones de libras; hoy valen…, valen…

Volvió a inclinar la hoja pero entretanto se levantó un tipo y gritó: «¿Tú qué eres, compadre? ¿Un socialista o un maestro de escuela?» Al oír esto Ralph flaqueó como si se hubiera quedado sin resuello. Annie susurró: «¡Oh, no! ¡Pobre Ralph! ¡No aguanto esto!»

—Yo tampoco —dije. Me puse en pie de un salto, confié a Cyril al cuidado de Annie, fui a los peldaños que había a un lado de la tarima y los subí de dos en dos. El presidente al verme hizo ademán de incorporarse para cortarme el paso, pero le hice una seña de que siguiera sentado y me encaminé con paso resuelto hacia el sudoroso y achantado Ralph.

—Oh, Nance —dijo tan al borde de las lágrimas como no le había visto nunca. Le agarré del brazo y se lo apreté muy fuerte y le mantuve en su sitio delante del público. La gente guardaba un momento de silencio; de puro placer creo, al verme acudir de una forma tan dramática en ayuda de Ralph. Aproveché la calma para lanzar la voz como un rugido por encima de sus cabezas.

—¿Así que nos os gusta la aritmética? —grité reanudando el discurso donde Ralph lo había interrumpido—. Quizás sea difícil pensar en millones; en ese caso, pensaremos en millares. Pensemos en trescientas mil. ¿A qué creéis que me estoy refiriendo? ¿Al sueldo del señor alcalde? —Hubo risitas aquí; había habido un pequeño escándalo un par de años antes a propósito del salario del alcalde. Agradecí a los que se habían reído la oportunidad de dirigirme a ellos—. No, señor —dije—. No estoy hablando de libras, ni tampoco de chelines. Hablo de personas. Hablo de la cantidad de hombres, mujeres y niños que viven en los asilos de pobres de Londres, ¡de Londres! ¡La ciudad más rica del país más rico del imperio más rico del mundo! En este mismo momento en que estoy hablando…

Conforme proseguía las risas se fueron apagando. Hablé de todos los indigentes del país y de todas las personas que morirían en Bethnal Green aquel año, en la cama de un asilo.

—¿Será usted, señor, el que muera en esa cama? —grité; a medida que avanzaba iba adornando la alocución con florituras retóricas—. ¿Será usted, señorita? ¿O será vuestra anciana madre? ¿O aquel niño?

El niño se echó a llorar. Continué:

—¿A qué edad es probable que muramos? —pregunté y miré a Ralph; él me miraba sin disimular su estupor; y grité lo bastante alto para que el público me oyese—: ¿Cuál es el promedio de edad a la que mueren Mr. Banner, los hombres y mujeres de Bethnal Green?

Ralph me miró atónito durante un segundo y luego saltó cuando le hube pellizcado el brazo:

—¡Veintinueve años!

Me pareció que su tono no era lo bastante alto.

—¿Cuántos? —grité como si yo fuese la vieja de una pantomima y Ralph el personaje que me daba la réplica, y él repitió la cifra más fuerte que antes:

—¡Veintinueve años!

—Veintinueve —dije al público—. ¿Y si yo fuera una dama, Mr. Banner? ¿Si viviera en Hampstead o… en St. John's Wood; si viviera cómodamente de mis acciones de Bryant y May? ¿A qué promedio de edad mueren esas señoras?

—A los cincuenta y cinco —dijo él al instante—. ¡Cincuenta y cinco! Casi el doble de años. —Había retomado el hilo del discurso y apremiado por mi silencio, lo reanudó con una voz casi tan fuerte como la mía—. Porque por cada persona que muere en los barrios más elegantes de la ciudad, mueren cuatro en el East End. Muchos morirán de enfermedades que sus vecinos pudientes saben perfectamente tratar o prevenir. O morirán en sus talleres, víctimas de la maquinaria. O quizás simplemente de hambre. De hecho, una o dos personas morirán esta misma noche de pura inanición en Londres… ¡Y esto después de doscientos años en los que como os dirán todos los economistas, la riqueza de Gran Bretaña se ha multiplicado por veinte! ¡Todo esto en la ciudad más rica de la tierra!

Se oyeron entonces algunos gritos, pero aguardé a que cesaran para continuar el discurso donde Ralph lo había interrumpido; cuando volví a hablar lo hice en voz baja y la gente tuvo que encorvarse y aguzar el oído para oírme.

—¿Cuál es la causa de esto? —dije—. ¿Acaso se debe a que los obreros son unos manirrotos? ¿A que nos gastamos el dinero en ginebra y cerveza, en entradas para el music-hall, en tabaco y apuestas en vez de comprar carne para nuestros hijos y pan para nosotros? Veréis que los ricos dicen y ponen por escrito estas cosas. ¿Por eso son ciertas? La verdad es extraña cuando los ricos hablan de los pobres. Pensad lo siguiente: si irrumpimos en la casa de un rico nos llamará ladrones y nos mandará a la cárcel. Si ponemos el pie en su finca, la estamos allanando, ¡y nos lanzará a sus perros! Si nos apoderamos de parte de su oro seremos rateros; si le hacemos pagar para que le devolvamos el oro, ¡seremos timadores y estafadores!

»Pero ¿qué es la riqueza del rico sino un robo llamado con otro nombre? El rico roba a sus competidores; roba la tierra y la rodea con una valla; nos roba la salud y la libertad; roba los frutos de nuestro trabajo ¡y nos obliga a recomprárselos a él! ¿Llama acaso robo y estafa y esclavitud a esto? No: lo llama empresa, talento para los negocios y capitalismo.

»¿Es natural quizás, que los niños mueran por falta de leche? ¿Es natural que las mujeres cosan faldas y abrigos hasta altas horas de la noche en talleres atestados y asfixiantes? ¿Que los hombres y los jóvenes mueran o se queden lisiados para suministrar carbón a vuestras lumbres? ¿Que los panaderos mueran asfixiados al cocer vuestro pan?

Mi voz se había alzado a medida que hablaba y ahora vociferé:

—¿Os parece natural? ¿Os parece justo?

—¡No! —clamaron al unísono centenares de voces—. ¡No! ¡No!

—¡Tampoco a los socialistas! —gritó Ralph; había aplastado entre sus dedos las páginas del discurso y las agitó frente al público—. ¡Estamos hartos de que la riqueza y la propiedad vayan a parar directamente a los bolsillos de los ociosos y los ricos! No queremos una porción de esos bienes; las migajas que el rico se digna arrojarnos cuando se le antoja. ¡Queremos transformar la sociedad de cabo a rabo! ¡Queremos que el dinero se utilice y no que se guarde como beneficio! ¡Queremos que crezcan los hijos de las trabajadoras, y que se derriben los asilos de pobres porque nadie los necesita!

Aquí hubo ovaciones y Ralph levantó las manos.

—Ahora vitoreáis —dijo—. Es bastante fácil vitorear quizás, cuando hace un día precioso. Pero tenéis que hacer más. Tenéis que actuar. Los que trabajáis, hombres y mujeres por igual, ¡afiliaos a los sindicatos! Los que tenéis voto, ¡utilizadlo! Votad para llevar a los vuestros al Parlamento. ¡Y haced campaña para que vuestras mujeres, vuestras hermanas, hijas y esposas puedan ayudaros con su propio voto!

—Volved a casa esta noche —intervine ocupando el frente del estrado— y preguntaos lo que Mr. Banner os ha preguntado aquí: «¿Por qué el socialismo?» Y os veréis obligados a responder lo mismo que nosotros. «Porque el pueblo británico», os diréis ha trabajado bajo el capitalismo y el sistema de patronos y sólo ha conseguido ser más pobre y enfermo, desdichado y temeroso. Porque con la caridad y mezquinas reformas no mejoraremos la situación de las clases más débiles, ¡ni mediante impuestos, ni eligiendo un gobierno capitalista tras otro, ni tampoco aboliendo la Cámara de los Lores!, sino por el contrario restituyendo la tierra y la industria al pueblo que las trabaja. Porque el socialismo es el único sistema para lograr una sociedad justa: ¡una sociedad en que las cosas buenas del mundo las compartan no los holgazanes, sino vosotros, los trabajadores que habéis enriquecido a los ricos a costa de vuestra salud y vuestra hambre!

A unos segundos de silencio le siguió una salva de aplausos atronadores. Vi que Ralph tenía las mejillas coloradas y las pestañas húmedas de lágrimas y le cogí de la mano y se la levanté. Y cuando por fin amainó el clamor, miré a Florence que se había reunido con Annie y Cyril y me estaba mirando con los dedos en los labios.

El presidente se aproximó a nosotros por detrás para estrecharnos la mano; después bajamos del estrado y nos vimos rodeados de sonrisas, felicitaciones y nuevos aplausos.

—¡Qué triunfo! —exclamó Annie, la primera que se adelantó a recibirnos—. Ralph, ¡has estado magnífico!

Él se sonrojó.

—Todo el mérito es de Nancy —dijo cohibido. Annie se volvió hacia mí, con una sonrisita.

—¡Bravo! —dijo— ¡Qué actuación! ¡Si hubiera tenido una flor, te la habría lanzado!

Pero no pudo decir más porque detrás de ella venía una anciana que avanzó reclamando mi atención. Era Mrs. Macey de la Liga Cooperativa de Mujeres.

—Querida —me dijo—. ¡Debo felicitarla! ¡Un discurso realmente espléndido!

Me han dicho que fue usted actriz en otro tiempo…

—¿Ah, sí? —dije—. Sí, lo fui.

—Pues no podemos tener talentos como el suyo en nuestras filas y desaprovecharlos, ¿sabe? Diga por favor, que hablará otra vez para nosotras. Un orador carismático puede hacer maravillas con un público indeciso.

—Lo haré con mucho gusto —dije—. Pero verá, el discurso lo tienen que escribir ustedes…

—¡Claro, claro! —Juntó las manos y elevó los ojos—. ¡Oh!

Preveo reuniones y debates, y hasta ¿quién sabe?, ¡una gira de conferencias!

Al oír esto la miré con alarma un segundo; luego advertí que quería hablarme una figura a mi lado y al volverme me encontré con la hermana de Miss Raymond, Mrs. Costello, excitada y con aire de sofoco.

—¡Qué maravilloso discurso! —dijo tímidamente—. Casi se me han saltado las lágrimas.

Su hermoso rostro estaba en efecto pálido y grave, y sus ojos grandes, azules y brillantes. Volví a pensar lo que había pensado: qué lástima que no fuese lesbiana… Pero entonces me acordé de lo que Annie había dicho de ella: que había perdido un marido encantador y buscaba otro.

—Muy amable por su parte —dije seriamente—, pero verá, en realidad quien merece sus elogios es Ralph Banner, porque él ha escrito el discurso.

Extendí el brazo hacia Ralph y le obligué a acercarse.

—Ralph —dije—. Te presento a Mrs. Costello, la hermana viuda de Miss Raymond. Le ha gustado mucho tu discurso.

—Es verdad —dijo ella. Tendió la mano y Ralph la estrechó parpadeando al mirarle la cara—. Siempre me ha parecido que el mundo es terriblemente injusto —prosiguió ella—, pero hasta hoy me sentía impotente para cambiarlo…

Las manos de ambos seguían unidas sin que se percataran. Les dejé a solas y me reuní con Annie, Miss Raymond y Florence. Annie me puso la mano en el hombro.

—Una gira de conferencias, ¿eh? —dijo—. ¡Nada menos! —Se volvió hacia Flo—. Y a ti, ¿qué te parecería?

Florence no me había sonreído desde que yo había descendido del estrado y tampoco me sonrió ahora. Cuando por fin habló lo hizo con una expresión triste, grave y casi desconcertada, como asombrada de su propia aspereza.

—Me parecería estupendo —dijo— si pensara que Nancy siente lo que dicen los discursos y no se limita a repetirlos como un maldito loro.

Annie incomodada miró a Miss Raymond y dijo:

—Oh, Florrie, por favor…

Yo no dije nada, pero miré a Florence fijamente durante un segundo y luego desvié la mirada con el corazón compungido y empañado mi placer por el discurso y los gritos del público.

La carpa estaba ahora en silencio; no había ningún orador en la tarima y la gente había aprovechado la pausa para salir al sol y al bullicio del parque. Miss Raymond dijo alegremente:

—Vamos a sentarnos, ¿os parece?

Pero cuando nos movimos para ocupar una fila de asientos vacíos una niña llegó al trote y me abordó.

—Disculpe, señorita —dijo—. ¿Es usted la chica que ha dado la conferencia? —Asentí—. Hay una señora ahí fuera que me manda a decirle si no le importaría salir a hablar con ella.

Annie se rió y enarcó las cejas.

—¿Otra gira de conferencias quizás? —dijo.

Miré a la niña titubeando.

—¿Una señora dices?

—Sí, señorita —dijo ella con firmeza—. Una señora. Vestida muy elegante, con los ojos tapados detrás de un velo colgado del sombrero.

Sobresaltada lancé una mirada rápida a Florence. Una mujer con velo: sólo podía ser una persona. Diana debía de haberme visto hablando en el estrado y me buscaba para… ¡A saber con qué extraño propósito! La idea me hizo temblar. Miré a la niña cuando ya se marchaba y Florence se removió en su asiento y me clavó la mirada. En el rincón de la carpa había un cuadrado de sol donde la lona había sido retirada para hacer una entrada. La luz era tan viva que tuve que entrecerrar los ojos y parpadear para mirarla. En un borde del cuadrado de luz había una mujer con la cara cubierta como la niña había dicho por un sombrero de ala ancha y una redecilla. Al examinarla, ella alzó los brazos hacia el velo y lo levantó. Entonces le vi la cara.

—¿Por qué no te vas con ella? —oí decir a Florence con frialdad—. Seguro que ha venido a pedirte que vuelvas a St. John's Wood. Allí no tendrás que volver a pensar en el socialismo…

Me volví hacia ella y al ver lo pálidas que estaban mis mejillas su expresión cambió.

—No es Diana —susurré—. ¡Oh, Flo! No es Diana… Era Kitty.

Por un momento me quedé sin habla. Aquella tarde había visto a dos antiguas amantes, y allí estaba la tercera… o mejor dicho, la primera de ellas; mi primer amor; mi único amor verdadero; mi amor auténtico, el mejor de todos…, el que me había partido el corazón de tal manera que parecía no haber latido normalmente desde entonces…

Fui hacia Kitty sin volver a mirar a Florence y al pararme frente a ella me froté los ojos por el sol…, y así cuando la miré de nuevo, la vi rodeada de mil puntos de sol que bailaban.

—Nan —dijo Kitty y sonrió, algo nerviosa—. ¿No me has olvidado, espero?

La voz le temblaba un poco, como a veces le ocurría en instantes de pasión. Su acento era más puro y con un timbre un poco menos claro de lo que yo recordaba.

—¡Olvidarte! —dije recobrando la voz—. No. Sólo estoy muy sorprendida de verte.

La miré y tragué saliva. Tenía los ojos tan castaños como siempre, las pestañas igual de oscuras y los labios igual de rosas… Pero vi al instante que había cambiado. Un par de arrugas en la frente y al lado de la boca delataban los años que habían

pasado desde que fuimos novias, y se había dejado crecer el pelo que ahora se le ondulaba encima de las orejas en un gran bucle lustroso. Con las arrugas y el pelo ya no parecía el más guapo de los chicos; tal como había dicho la niña que me envió parecía una señora.

Kitty me inspeccionaba al mismo tiempo que yo a ella. Finalmente dijo:

—Estás muy distinta de la última vez que te vi…

Me encogí de hombros.

—Claro. Entonces tenía diecinueve años. Ahora tengo veinticinco.

—Veinticinco dentro de dos semanas —respondió y le tembló un poco el labio—. Ya ves que me acuerdo de eso.

Yo también me sonrojé y no pude responderle. Miró más allá de mí hacia la carpa.

—Puedes imaginarte mi sorpresa —dijo— cuando he entrado hace un momento y te he visto en el estrado. ¡Nunca hubiera creído que acabarías en una tarima dentro de una carpa hablando de los derechos de los trabajadores!

—Yo tampoco —dije. Sonreí y ella también—. ¿Cómo es que has venido? —le pregunté.

—Vivo en Bow. Toda la semana me han estado diciendo que tenía que venir al parque este domingo porque habría algo fantástico.

—¿De veras?

—¡Oh, sí!

—Y, entonces…, ¿has venido sola? Apartó velozmente la mirada.

—Sí, Walter está en Liverpool hoy. En viaje de negocios. Tiene acciones en una sala de allí y ha alquilado una casa. Me reuniré con él cuando esté lista.

—¿Seguís trabajando en teatros?

—No tanto. Teníamos…, hacíamos un número juntos…

—Lo sé —dije—. Os vi. En el Middlesex. Se le agrandaron los ojos.

—¿Cuando te encontraste con Billy-Boy? Oh Nan, ¡si hubiera sabido que nos estabas viendo! Cuando Bill dijo que te había visto…

—No me quedé mucho tiempo —dije.

—¿Tan malo era el número? —Sonrió, pero yo moví la cabeza.

—No era tan…

Se le nubló la sonrisa. Dije al cabo de una pausa:

—¿Cómo es eso de que ya no trabajáis tanto?

—Bueno, Walter es gerente ahora. Y además…, en fin no lo divulgamos, pero estuve bastante enferma. —Vaciló—. Iba a tener un hijo…

La idea en todos los sentidos me resultaba horrible.

—Lo siento —dije.

Ella le quitó importancia.

—Walter se quedó decepcionado. Pero ya casi lo hemos olvidado. Sólo significa que ya no soy tan fuerte como antes…

Guardamos silencio. Miré por un segundo al gentío y luego de nuevo a Kitty. Se había puesto colorada. Dijo:

—Nan, Bill me dijo que cuando te vio aquel día ibas vestida de…, bueno, de chico.

—Sí. Es verdad. De los pies a la cabeza.

Ella se rió y a la vez frunció el ceño sin comprender.

—Dijo también que vivías con…, con una…

—Con una mujer. Sí.

Se ruborizó aún más.

—¿Y… sigues con ella?

—No. Ahora… vivo con una chica, en Bethnal Green.

—¡Oh!

Titubeé, pero luego hice lo que había hecho con Zena dos horas antes. Me interné un poco en la sombra de la carpa y Kitty me siguió.

—Aquella de allí —dije señalando hacia las sillas delante del estrado—. La chica con el niño.

Annie y Miss Raymond se habían ido y Florence estaba sentada sola. Cuando yo señalaba hacia ella me miró y miró con gravedad a Kitty. Ésta soltó otro pequeño «¡Oh!», con una sonrisa nerviosa.

—Es Flo —dije—, la socialista que me ha metido en todo esto…

Mientras yo hablaba Florence se quitó el sombrero: sin dilación Cyril empezó a tirar de las horquillas que sujetaban el pelo de Flo y a retorcerle los rizos entre sus dedos. Los tirones de Cyril la hicieron enrojecer. La contemplé un rato y vi cómo ella miraba a Kitty; cuando me volví hacia ésta descubrí que me estaba mirando con una expresión más bien rara.

—No puedo dejar de mirarte —dijo con una sonrisa insegura—. Cuando te fuiste, al principio estuve segura de que volverías. ¿Adónde fuiste? ¿Qué hiciste? Te buscamos por todas partes. Y como no supimos nada de ti, pensé que nunca volvería a verte. Pensé, ¡oh, Nan!, pensé que te habrías hecho daño a ti misma.

Tragué saliva.

—Tú me lo hiciste Kitty. Tú fuiste la que me hizo daño.

—Ahora lo sé. ¿Crees que no lo sé? Me avergüenza incluso hablar contigo. Siento tanto lo que sucedió.

—Ya no hace falta que lo sientas —dije torpemente. Pero ella continuó como si no hubiese oído: que lo sentía muchísimo; que lo que había hecho era imperdonable. Que lo lamentaba tanto, tantísimo…

Moví la cabeza.

—¡Oh! —dije—. ¿Qué importa todo eso ahora? ¡No importa nada!

—¿No? —dijo ella. Sentí que el corazón se me desbocaba. Como no contesté sino que sólo seguí mirándola, ella dio un paso hacia mí y empezó a hablar muy bajo y rápido—. Oh, Nan, no sabes las veces que he pensado en buscarte y en lo que te diría cuando te encontrase. ¡No puedo marcharme sin decírtelo!

—No quiero oírlo —dije con un terror súbito; creo que hasta me tapé los oídos con las manos para no captar el sonido de sus murmullos. Pero ella me cogió del brazo y me habló a la cara.

—¡Tienes que oírlo! Tienes que saberlo. No debes pensar que hice lo que hice sin más, irreflexivamente. No debes pensar que no… me partió el corazón.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—¡Porque fui una estúpida! Porque creí que mi vida en el escenario era lo que más quería en el mundo. Porque pensé que sería una estrella. Porque, por supuesto, ni siquiera pensé que te perdería de verdad…

Vaciló. Fuera de la carpa reinaba la algarabía: niños que corrían gritando, gente de los puestos que vociferaba y discutía; banderas y prospectos ondeaban a la brisa de mayo. Tomó aliento. Dijo:

—Nan, vuelve conmigo.

Vuelve conmigo… Una parte de mí corrió hacia ella en el acto, saltó hacia ella como un alfiler hacia un imán: creo que esa misma parte de mi ser iría hacia ella, correría hacia Kitty todas las veces que me lo pidiese.

Otra parte sin embargo, recordó, y todavía recuerda.

—¿Volver contigo? —dije—. ¿Contigo, que eres la mujer de Walter?

—Eso no significa nada —dijo rápidamente—. Ahora no hay nada… así entre él y yo. Si tuviéramos un poco de cuidado…

—¡Cuidado! —dije; la palabra me había estremecido—. ¡Cuidado! ¡Cuidado! Es lo único que he conocido contigo. ¡Teníamos tanto cuidado que podríamos habernos muerto! —Me zafé de su contacto—. Ahora tengo otra chica que no se avergüenza de ser mi pareja.

Pero Kitty se me acercó y volvió a agarrarme del brazo.

—¿Esa chica con el niño? —dijo haciendo una señal hacia la carpa—. No la quieres, lo veo en tu cara. No como me quisiste a mí. ¿No te acuerdas de cómo era? Fuiste mía antes que de nadie; me perteneces. No le perteneces a ella ni a su gente que habla de todas esas paparruchas políticas. ¡Mira tu ropa, lo fea y barata que es! Mira a esa gente de alrededor: ¡huiste de Withstable para alejarte de personas así!

La miré un segundo con una especie de estupor; luego obedecí y paseé la mirada alrededor de la carpa; miré a Annie y a Miss Raymond; a Ralph que parpadeaba todavía colorado al mirar la cara de Mrs. Costello; a Nora y a Ruth, que estaban al lado de la tarima con otras chicas a las que yo había visto en El Chico en la Barca. En una silla, al fondo de la carpa —hasta entonces yo no había advertido su presencia—, estaba sentada Zena enlazada del brazo con su novia de hombros anchos; cerca de ellas estaba una pareja de amigos sindicalistas de Ralph; me saludaron cuando me vieron mirándoles y alzaron un vaso. Y, en medio de todos ellos, estaba Florence. Tenía la cabeza todavía agachada hacia donde le tironeaba Cyril: le había soltado el pelo hasta los hombros y ella había levantado las manos para liberarse de los dedos del niño. Estaba colorada y sonriente pero incluso mientras sonreía alzó los ojos hacia mí y vi lágrimas en ellos —quizás sólo a causa de los tirones de Cyril— y por detrás de las lágrimas, algo parecido a la desolación que yo no creía haberle visto nunca.

No pude corresponder a su sonrisa. Pero cuando volví a mirar a Kitty, mi mirada era serena y mi voz cuando hablé perfectamente firme.

—Te equivocas —dije—. Pertenezco a esto ahora: ellos son mi gente. Y en cuanto a Florence mi novia, la quiero más de lo que sabría expresar; no lo he sabido hasta este momento.

Kitty me soltó el brazo y retrocedió como si la hubiesen golpeado.

—Dices todo esto para mortificarme —dijo sin resuello—, porque todavía estás dolida… Meneé la cabeza.

—Lo digo porque es verdad. Adiós, Kitty.

—¡Nan! —exclamó cuando hice ademán de marcharme. Me volví.

—No me llames así —dije irritada—. Nadie me llama así ahora. No es mi nombre ni nunca lo ha sido.

Ella tragó saliva, avanzó hacia mí y dijo con una voz más baja y un tono contrito.

—Nancy pues. Escúchame. Todavía guardo todas tus cosas. Todo lo que dejaste en Stamford Hill.

—No las quiero —dije al instante—. Guárdalas o tíralas: me es indiferente.

—¡Hay cartas de tu familia! Tu padre vino a Londres a buscarte. Siguen mandándome cartas, preguntando si sé algo…

¡Mi padre! Al ver a Diana había tenido una visión de mí misma en una cama de seda. Ahora con mayor nitidez vi a mi padre con el delantal que le llegaba hasta las botas; vi a mi madre, a mi hermano y a Alice. Vi el mar. Los ojos empezaron a picarme, como si tuvieran sal.

—Devuélveles las cartas —dije roncamente y pensé: Les escribiré y les hablaré de Florence. Y si no les gusta…, bueno, al menos sabrán que estoy a salvo y feliz…

Kitty se me aproximó y bajó la voz aún más.

—También está el dinero —dijo—. Te lo hemos guardado. Nan, ¡hay casi setecientas libras tuyas!

Moví la cabeza: me había olvidado del dinero.

—No tengo nada en que gastarlo —dije sin más. Pero al decirlo me acordé de Zena a la que había robado, y pensé de nuevo en Florence: me la imaginé arrojando setecientas libras, moneda a moneda en los cepillos de caridad del este de Londres.

¿Así me amaría más que a Lilian?

—Puedes mandarme el dinero también —le dije a Kitty; y le di mi dirección, ella asintió y dijo que la recordaría.

Cruzamos las miradas. Sus labios estaban húmedos y ligeramente separados; se había puesto pálida y resaltaban sus pecas. Pensé sin querer en aquella noche en el Canterbury Palace en que la conocí y aprendí a quererla, y ella me besó la mano y me llamó «sirena» y pensó en mí como no hubiera debido. Tal vez a ella le asaltó el mismo recuerdo porque dijo:

—Entonces, ¿vamos a acabar así? ¿No me dejarás volver a verte? Podrías visitarme…

Meneé la cabeza.

—Mírame —dije—. Mira mi pelo. ¿Qué dirían tus vecinos si fuera a visitarte? Te daría miedo pasear conmigo por la calle, ¡que algún hombre nos señalase con el

dedo!

Se ruborizó y le vibraron las pestañas.

—Has cambiado —repitió; y yo sólo respondí:

—Sí Kitty, he cambiado.

Levantó las manos para bajarse el velo.

—Adiós —dijo.

Asentí con un gesto. Ella se dio media vuelta y mientras yo la observaba alejarse descubrí que estaba levemente dolorida, como de mil contusiones que cicatrizaban…

¡No puedo dejarla ir de esta manera!, pensé. Kitty estaba todavía muy cerca cuando di un paso para entrar en el ruedo de sol y miré alrededor. En el césped al lado de la carpa, había una especie de guirnalda o enramada, restos de algún ornamento que se había desprendido o lo habían desechado. Contenía rosas: me agaché y arranqué una; llamé a un chico que ganduleaba por allí, le entregué la flor, le di un penique y le dije lo que quería que hiciese. Luego volví a la sombra de la carpa detrás de la pared de lona ondulada y observé. El chico corrió en pos de Kitty; vi que ella se volvía al oír que él la llamaba y se inclinó para escuchar el mensaje. Él le tendió la rosa y apuntó con el dedo hacia donde yo estaba escondida. Kitty giró la cara hacia mí y tomó la flor; el chico se marchó corriendo a gastar la moneda, pero ella permaneció inmóvil con la rosa en sus dedos unidos y enguantados y oscilando un poco la cara cubierta por el velo mientras trataba de localizarme. No creo que me viese, pero debió de adivinar que la estaba espiando porque al cabo de un minuto inclinó la cabeza en mi dirección: la reverencia más leve, triste y espectral de las que se hacen ante las candilejas. Después dio media vuelta y enseguida la perdí de vista entre el gentío.

Yo también me di la vuelta y me dirigí a la carpa. Primero vi a Zena, que salía al sol, y luego a Ralph y a Mrs. Costello caminando juntos y muy despacio. No me paré a hablar con ellos; sólo les sonreí al pasar, y me encaminé con paso decidido hacia la fila de sillas donde había dejado a Florence.

Pero al llegar allí Florence no estaba. Y al mirar alrededor no la vi en ninguna parte.

—Annie —dije, pues ella y Miss Raymond se habían desplazado para sumarse al grupo de marimachos al pie del estrado—. Annie, ¿dónde está Flo?

Ella miró por la carpa y se encogió de hombros.

—Estaba aquí hace un minuto —dijo—. No la he visto marcharse.

En la carpa sólo había una salida: debía de haberla franqueado mientras yo seguía con la mirada a Kitty tan preocupada que no me fijé en ella…

Sentí que el corazón me daba un brinco: tuve de pronto el presentimiento de que si no la encontraba de inmediato la perdería para siempre. Salí corriendo de la carpa al parque y miré como una loca en derredor. Reconocí a Mrs. Macey entre la multitud y me dirigí hacia ella. ¿Había visto a Florence? No la había visto. Vi otra vez a Mrs. Fryer: ¿había visto a Florence? Creyó que la había atisbado un momento antes,

caminando con el niño hacia Bethnal Green…

No me entretuve en darle las gracias; salí pitando, me abrí paso a codazos entre la muchedumbre, tropecé y maldije y sudé de pánico y de urgencia. Volví a pasar por delante del tenderete de *Shafts*, y esta vez no giré la cabeza para ver si Diana seguía allí con su nuevo chico sino que lo rebasé aprisa buscando una vislumbre de la chaqueta de Florence, de su pelo reluciente o de la cinta de Cyril.

Al fin dejé atrás al grueso de la multitud y llegué a la mitad occidental del parque, cerca del lago con barcas de remo. Allí, haciendo caso omiso de los discursos y los debates que se estaban desarrollando dentro de las carpas y alrededor de los puestos, chicos y chicas remaban o nadaban, gritando, salpicando y retozando. Allí había también una serie de bancos, y en uno de ellos —¡a punto estuve de gritar al verlo!— estaba Florence sentada con Cyril a una cierta distancia hundiendo las manos y el fleco de los faldones en el agua del lago. Me paré un momento a recobrar el aliento, quitarme el sombrero y enjugarme la frente y las sienes sudorosas; después, me acerqué despacio.

Cyril me vio primero y me saludó con la mano y un grito. Al oírlo, Florence alzó la vista encontró mi mirada y tragó saliva. Se había quitado la margarita del ojal y sus dedos jugueteaban con el tallo. Me senté a su lado y descansé el brazo en el respaldo del banco de tal modo que mi mano le rozaba el hombro.

—Pensaba —dije sofocada— que te había perdido…

Ella miró a Cyril.

—Te he visto hablando con Kitty.

—Sí.

—Dijiste…, dijiste que no volvería nunca. Parecía tremendamente triste.

—Lo siento Flo. ¡No sabes cómo lo siento! Sé que no es justo que ella volviera y que Lilian nunca… Ella giró la cabeza.

—¿Ha venido a… pedirte que vuelvas con ella? Asentí.

—¿Te importaría que me fuese? —pregunté con voz suave.

—¿Que te fueses? —Tragó saliva—. Pensaba que ya te habías ido. He visto la expresión en tu cara…

—¿Y te ha importado? —repetí. Ella miró la flor entre sus dedos.

—Había decidido marcharme a casa. No parecía haber un motivo para quedarme, ¡ni siquiera Eleanor Marx! Pero al llegar aquí he pensado: ¿qué voy a hacer en casa si ella no está…?

Dio otro giro a la margarita y unos cuantos pétalos cayeron y se le adhirieron a la lana de su falda. Miré al parque alrededor, volví a mirar a Florence y empecé a hablarle con voz queda y seria, como si luchara por mi vida.

—Flo —dije—, tenías razón en lo que has dicho antes sobre lo del discurso con Ralph. No era mío, no sentía las palabras…, no al menos, cuando las decía. —Hice una pausa y me llevé una mano a la cabeza—. ¡Oh! Me siento como si hubiera estado repitiendo palabras de otros toda mi vida. Y ahora que quiero hablar por mí misma no sé cómo hacerlo.

—Si lo que no sabes es cómo decirme que te vas…

—Lo que no sé es cómo decirte que te quiero —dije—; cómo decirte que lo eres todo para mí; que tú y Ralph y Cyril sois mi familia, que nunca podría abandonaros aunque haya sido tan indiferente con la mía propia. —La voz se me puso ronca; ella me miró y como no dijo nada seguí hablando—. Kitty me partió el corazón…, ¡hasta pensaba que me lo había matado! Pensaba que sólo ella podría curármelo, y por eso he estado cinco años deseando que volviese. Durante cinco años apenas me he permitido pensar en ella por miedo a volverme loca de pena. Ahora que ha aparecido y me ha dicho todas las cosas que yo soñaba que me diría, descubro que mi corazón ya está curado gracias a ti. Me lo ha descubierto Kitty. Ésa ha sido la expresión que has visto en mi cara.

Levanté la mano para rascarme un cosquilleo que sentí en la mejilla y al tocarla noté que estaba húmeda de lágrimas.

—¡Oh, Flo! —dije— Dime sólo…, dime sólo que me dejarás quererte y estar contigo. Que me dejarás ser tu novia y tu camarada. Sé que no soy Lilian…

—No, no eres Lily —dijo—. Creí que sabía lo que significaba aquello, pero lo ignoraba hasta que te he visto mirar a Kitty y he pensado que te perdería. He añorado a Lily durante tanto tiempo que he llegado a creer que desear algo era sólo otra manera de desearla a ella, pero ¡oh!, qué diferente me ha parecido ese deseo cuando he sabido que te deseaba a ti, a ti sólo, sólo a ti…

Me acerqué más a ella; el programa que tenía en el bolsillo emitió un crujido y me acordé de la romántica Miss Skinner y de todas las chicas sin amigos que Zena me había dicho que estaban enamoradas de Flo en Freemantle House. Abrí la boca para decírselo; después preferí abstenerme de momento, por si ella no lo había advertido. Miré de nuevo el parque con su muchedumbre alegre, sus carpas y tenderetes, las cintas, las banderas y pancartas, y entonces me pareció que era la pasión de Florence, y sólo ella, la que había infundido vida a todo el parque. Volví a mirarla, tomé su mano en la mía, aplastamos la margarita entre nuestros dedos y —sin fijarme en si alguien nos veía— me incliné para besarla.

Cyril seguía acuclillado y tenía el dobladillo hundido en el agua del lago. El sol de la tarde arrojaba largas sombras sobre la hierba pisoteada y aplastada. De la carpa de oradores se elevó una ovación amortiguada y una salva creciente de aplausos.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

SARA WATERS

Sarah Waters nació en Neyland, Pembrokeshire en 1966. Su madre era ama de casa y su padre trabajó en refinerías de petróleo. Fue a la escuela local y luego a la universidad de Canterbury, donde obtuvo una Licenciatura en Literatura Inglesa. Su trabajo para el doctorado "Pieles de lobo y togas: ficción histórica gay y lesbiana, 1870 hasta el presente", le sirvió de inspiración y material para futuros libros.

Desde que publicara *Tipping the Velvet* y la BBC le hiciera una miniserie sobre la novela, el éxito de Sarah Waters ha sido imparable, tanto entre lesbianas como entre heterosexuales. Hasta la fecha ha escrito cuatro exitosas novelas, y además ha publicado artículos sobre género, sexualidad e historia en revistas como Feminist Review, Journal of the History of Sexuality y Science as *Culture*.

En enero de 2003 fue seleccionada por la revista Granta como una de las 20 mejores escritoras y escritores jóvenes de Gran Bretaña. El mismo año recibió el premio South Bank de literatura y fue nombrada autora del año en los British Book Awards.

Ahora han anunciado que Sarah publicará una historia de fantasmas en junio de 2009 titulada The Little Stranger, que estará ambientada en la década de los 40.

Actualmente vive con sus dos gatos en el ático de una casa victoriana en Kennington, al sudeste de Londres.

EL LUSTRE DE LA PERLA

Los padres de Nancy Astley tenían una ostrería, y no le dijeron que había nacido dentro de un repollo sino que la habían encontrado en una concha. Y la joven vendía ostras en una pequeña ciudad portuaria en la costa de Kent como si ese fuera su destino para siempre. Hasta que un día llegó a la ciudad una compañía de variedades donde cantaba un joven encantador. Nancy se dejó seducir por su voz y por su gracia… y descubrió que en realidad era también una jovencita, como ella.

La siguió a Londres, primero como su asistenta, luego como su amante, y más tarde, cuando ella también se puso los pantalones, como su compañera de actuación, la mitad de un dúo do falsos hombres que se hizo famoso en los escenarios del West End. Pero esto no fue más que el primer paso de una larga y muy peculiar educación sentimental. Porque en la Inglaterra victoriana como sucede siempre en las sociedades y en las familias más respetuosas del orden y la moral establecidos, la transgresión, los —vicios— más secretos, surgían a cada paso que Nancy daba…

«Una novela exquisita, una recreación histórica vigorosa, colorida, infinitamente seductora, un libro que nos atrapa y ya no nos suelta hasta el fin» *(The Independent).*

«Fascinante. Los lectores de todos los sexos y orientaciones se identificarán con su

vibrante, arrojada heroína, que sólo quiere descubrirse a sí misma, aprender a amar» *(Newsday).*

«Genial y transgresora… una fábula de intrepidez proletaria y audacia sexual. Corran a comprarla, es una verdadera fiesta» *(Out Magazine).*

«Una maravillosa novela erótica, verde y exuberante que transcurre en los gloriosos días del music-hall» *(Woman's Journal).*

«Sarah Waters es una escritora intrépida y literalmente, llena de gracia, en la mejor tradición de la picaresca, con guiños a Moll Flanders, Fanny Hill, Candide, y hasta al anónimo autor de Mi vida secreta, ese clásico de la pornografía victoriana» *(Peter Kurth, Salon.com).*

«Escrita en un estilo vigoroso y elegante, llena del ruido, la agitación, los olores y la turbulencia del Londres de Oscar Wilde… Deliciosa» *(The Seatle Times)*

«Una revelación. Muy lejos de la ficción a menudo pedagógica de las novelas históricas, Waters se las ingenia para hacernos vivir la experiencia de sus personajes con un realismo absolutamente convincente. Un libro que creará toda una mitología sobre la "erótica" victoriana» *(François Rivière, Libération)*

* * *

© Sarah Waters, 1998
Título de la edición original: Tipping the Velvet
Virago Press Londres, 1998
Traducido por Jaime Zulaika Goicoechea

© Editorial Anagrama, S. A., Marzo/2004
Colección: Panorama de narrativas, 561
Diseño de la colección: Julio Vivas
Ilustración: fotograma de la miniserie TV con Keeley Hawes y Rachael Stirling.
© BBC Photo Library
ISBN: 84-339-7021-6